



BIOGRAFÍA DEL CARIBE

GERMÁN
ARCINIEGAS

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ historia ▪



BIOGRAFÍA DEL CARIBE

GERMÁN
ARCINIEGAS

**B
C**
-historia-

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Arciniegas, Germán, 1900-1999, autor

Biografía del Caribe [recurso electrónico] / Germán Arciniegas ; presentación, Gustavo Bell Lemus. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (742 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Historia / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8959-98-6

1. Caribe (Mar) – Historia 2. Caribe (Región) – Historia 3. América - Descubrimiento y exploraciones 4. Libro digital

I. Bell Lemus, Gustavo, 1957-, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: 972.9 ed. 23

CO-BoBN- a996061

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BibloAmigos

ISBN: 978-958-8959-98-6

Bogotá D. C., diciembre de 2016

© Gabriela Arciniegas

© 2000, Presidencia de la República

© 2016, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Gustavo Bell Lemus

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

- PRESENTACIÓN 9

LIBRO PRIMERO

EL SIGLO DE ORO

- PREFACIO 21
- DEL MAR GRECOLATINO AL
MAR DE LOS CARIBES 29
- RELATO DE CRISTÓBAL EL
DESVENTURADO 53
- SANTO DOMINGO, O EL MUNDO
QUE NACE 89
- EL PACÍFICO, COSAS QUE LOS
DEL PUEBLO DESCUBREN 111
- RETOZOS DEMOCRÁTICOS BAJO
CARLOS V EL MELANCÓLICO 137
- EL DORADO Y LA FUENTE DE LA
ETERNA JUVENTUD 165
- COMIENZA EL ZAFARRANCHO
CON PIRATAS DE FRANCIA Y
AVENTUREROS ALEMANES 187
- LA REINA DE INGLATERRA Y SUS
CUARENTA LADRONES 213
- EL DORADO, PRINCIPIO Y FIN
DEL SIGLO DE ORO 263

LIBRO SEGUNDO

EL SIGLO DE PLATA

- PREFACIO 295
- EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS SIETE COLORES 301
- LA ISLA DE CROMWELL, EL PROTECTOR, Y MORGAN, EL PIRATA 333
- LA RIÑA DE GALLOS 361
- EN COPENHAGUE, COMO EN EDIMBURGO, HAY QUIENES SUEÑAN SOBRE LA ROSA DEL MAR 387

LIBRO TERCERO

EL SIGLO DE LAS LUCES

- PREFACIO 421
- CANCIÓN DE CUNA DEL MISSISSIPPI 427
- LOS CABALLERITOS, LA ENCICLOPEDIA Y EL SOMBRERO DE TRES PICOS 445
- RELATO DEL ALMIRANTE INGLÉS Y EL COJO DON BLAS 469
- EL PACTO DEL PRIMO ILUSTRADO Y EL PRIMO CALAVERA 483

- LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LOS NEGROS DE HAITÍ 505
- NAPOLEÓN, LA EMPERATRIZ CRIOLLA Y LOS EMPERADORES NEGROS 535

LIBRO CUARTO

EL SIGLO DE LA LIBERTAD

- PREFACIO 557
- LOS ÚLTIMOS PIRATAS 563
- ROMANTICISMO, GUERRILLEROS, POETAS Y FILIBUSTEROS 581
- EL BAZAR FRANCÉS 593
- MIRANDA, VAGABUNDO DE LA LIBERTAD 605
- EL MAR DE SIMÓN BOLÍVAR 627
- RELATO DE CUBA LIBRE 647
- PRELUDIO DEL CANAL DE PANAMÁ 663
- GEOGRAFÍA HUMANA DEL CANAL 681
- PRÓLOGO DE LA VIDA 709
- BIBLIOGRAFÍA 713
- CRONOLOGÍA 729

▪ PRESENTACIÓN

▪ UNA FASCINANTE TRAVESÍA DE CUATRO SIGLOS POR LAS AGITADAS OLAS DEL MAR CARIBE

CUANDO EL ECO DE LOS CAÑONES de la Segunda Guerra Mundial apenas empezaba a disiparse en el orbe, a mediados de 1945, la Editorial Sudamericana de Buenos Aires publicó la primera edición de *Biografía del Caribe*, del escritor e historiógrafo bogotano Germán Arciniegas. Pocos meses después, el mismo año, se publicó la primera edición en inglés, a la que seguirían otras tantas en francés, alemán, italiano, rumano, húngaro, polaco y serbocroata. Para 1959 se contaban ya siete ediciones en español, las que irían aumentando con el paso del tiempo.

La amplia difusión que tuvo el libro consolidó al maestro Arciniegas como uno de los escritores e intelectuales latinoamericanos más sobresalientes de la segunda mitad del siglo XX. Y sus obras se convirtieron en referencia

obligada en los más exigentes círculos académicos del continente.

Como en el cuento del escritor inglés H. G. Wells, *El país de los ciegos*, cual Núñez del relato, Arciniegas descendió de Bogotá al mar Caribe, vio el mundo y leyó muchos libros. Para luego contarles a sus compatriotas —que no habían visto el mar— todo cuanto había sucedido en ese charco y más allá de sus orillas, desde cuando, a finales del siglo XV, unos navegantes europeos desembarcaron en una de sus innumerables islas, hasta comienzos del XX.

Así fue. En 1934, al empezar a construirse la carretera que de Medellín llegaría al puerto de Necoclí, sobre el golfo de Urabá en el mar Caribe, una excelente crónica de la época, del periodista y ensayista Jaime Barrera Parra, titulada *Cañas Gordas que mira al mar*, dejó testimonio de lo que semejante acontecimiento representaba para el país andino: «vamos al mar que es la ruta del universo [...] La colonia termina con la carretera al mar [...] La carretera al mar no puede ni debe ser el rótulo de una empresa regional [...], sino una gran vía nacional que una a la capital del país con el océano [...] estamos en el camino del mar, sobre la gran ruta del mundo», se anotaba en algunos de sus apartes.

No exageraba la crónica. Puesto que para comienzos de la tercera década del siglo XX, salvo los habitantes del litoral Caribe y algunos pocos comerciantes y estudiantes andinos, la gran mayoría de los colombianos jamás había visto el mar. Como tampoco conocían la historia que había tenido por escenario aquel que tenían enfrente, el Caribe, indispensable para conocer a cabalidad el país.

En efecto, la historia de Colombia no se entiende integralmente si no se tiene como telón de fondo el mar Caribe. Al fin y al cabo, fue sobre la cresta de sus olas que llegaron los pueblos, religiones y culturas que, fusionándose con los pueblos aborígenes que habitaban sus vastos territorios, en un choque dramático y fecundo, moldearon la sociedad que actualmente somos. Se requería entonces, además de una carretera, de una verdadera biografía de ese mar que diera cuenta de aquella trama, tal como la que publicó Arciniegas en 1945.

El mérito principal de la obra fue, sin duda, haber insertado en la historia universal la historia de América a partir del Caribe. Hasta entonces, la mayoría de las obras escritas por autores hispanoamericanos sobre la historia moderna del continente adoptaban criterios nacionalistas, limitándose, o a la narración esquemática de hechos y acontecimientos, o al ensayo erudito. Arciniegas, por el contrario, incorpora esta parte del mundo a la larga historia de Occidente haciendo del Caribe el equivalente al Mediterráneo como lugar de encuentro de diversas razas y culturas. Su biografía no es la del simple mar azul, circundado por tierra firme y por la cadena de las Antillas menores; es la historia de todo cuanto en ese espacio ocurrió como parte fundamental de la expansión violenta del mundo judeocristiano a partir de la llegada de Colón a las playas de La Hispaniola.

La contribución básica del libro de Arciniegas consistió en haberle dado un sentido totalizante, clarificador y universal a la literatura histórica escrita hasta ese momento

sobre América. Aunque en estricto sentido no podría catalogarse como un tratado clásico de historia, pues no se basa en fuentes primarias que aporten nuevos hechos a los ya conocidos sobre el Caribe y su gran cuenca.

El libro sintetiza asimismo muchos de los planteamientos esbozados por el autor en sus trabajos anteriores, y prefigura otros que habrían de concentrar su atención y se traducirían en nuevas obras. Tales son los casos de *Amerigo y el Nuevo Mundo*, *El mundo de la bella Simonetta*, *El continente de siete colores*, *Nueva imagen del Caribe*, *El revés de la historia* y *América en Europa*, entre otros. De *Biografía del Caribe* también podría decirse que es un trabajo nodriza del cual se alimentan otros.

La *Biografía* de Arciniegas consta de cuatro libros que cubren cada uno los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, a los que califica como: el Siglo de Oro, el Siglo de Plata, el Siglo de las Luces y el Siglo de la Libertad, respectivamente. Un breve prefacio de cada centuria le facilita al lector el marco histórico de los hechos que se narran.

Con una prosa avasalladora, subyugante, y en innumerables pasajes verdaderamente poética, los capítulos de estos libros son una fascinante travesía por el mar Caribe, de la mano de sus más extravagantes personajes, que dan cuenta tanto de las epopeyas libertarias como de las tragedias colectivas sucedidas en sus incontables islas y en los territorios continentales bañados por sus aguas. De seguro que García Márquez debió tener presente más de uno de sus capítulos al momento de escribir *El otoño del patriarca*.

Como otras obras suyas, *Biografía del Caribe* no estuvo exenta de críticas y agudas controversias. Su particular forma de escribir e interpretar la historia de América le valieron en su momento no pocos anatemas y descalificaciones, provenientes de distintos sectores intelectuales; no obstante, el consenso acerca de sus virtudes y méritos siempre se mantuvo y aún perdura, a pesar del tiempo. La fuerza de su narrativa, la plasticidad de sus descripciones, lo vívido de muchos de sus pasajes, son atributos innegables de este libro, cuya lectura siempre será grata y provocará en quien la haga el deseo de conocer más acerca de la historia del *Mare Nostrum* americano.

En el epílogo, titulado paradójicamente «Prólogo de la vida», Germán Arciniegas escribía, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, que el siglo xx aún no había dicho su última palabra. Ciertamente, mucha sangre, mucho sudor y muchas lágrimas habrían de correr, ya no en el Viejo Continente, donde la democracia de la mano bizarra de Churchill salía victoriosa, sino en el gran Caribe, tanto insular como continental. Las guerras imperiales, aunque con menor intensidad, siguieron librándose en sus aguas —baste recordar que en octubre de 1962 estuvieron a punto de presenciar una guerra nuclear—, pero también las luchas por la independencia de las metrópolis europeas y por la autodeterminación de los pueblos. El siglo xx ya dijo su última palabra, y los ideales de libertad y democracia de los países de América, por los que tanto escribió y abogó Arciniegas, aún permanecen por realizarse en su integridad. Al menos la democracia, tal

como él la entendía: «cuando haya justicia para los humildes. Cuando haya, no tolerancia: respeto para el prójimo. Capacidad para trabajar y convivir en una comunidad de hombres diversos».

Biografía del Caribe sigue siendo hoy un auténtico clásico de la literatura y la historiografía americanas, y como tal debe tenerse. Algunos intentaron emularlo y actualizarlo, entre estos Juan Bosch y Eric Williams, con sus respectivas obras *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, y *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*; sin embargo, a despecho de las evidentes virtudes de esos textos, el trabajo del maestro Arciniegas permanece inigualable en su género.

Leer hoy *Biografía del Caribe* es saber que la verdadera globalización del mundo en que vivimos comenzó a finales del siglo xv en las diáfanas aguas de este mar, cuya historia es preciso conocer si queremos estar en la ruta del universo.

GUSTAVO BELL LEMUS

A Gabriela, mi esposa, con amor



LIBRO PRIMERO

EL SIGLO DE ORO

A la memoria de Alberto Arango Uribe

▪ PREFACIO

QUE EL SIGLO XVI ES EL SIGLO de Oro de España es la verdad: pero no es toda la verdad. El XVI es de oro no sólo para España sino para Inglaterra, para Francia. Es el siglo de Cervantes, de Shakespeare, de Rabelais. Las letras no tuvieron antes, en los tres reinos, esplendor parecido. Ni tampoco los reyes; Carlos V y Felipe II, Isabel de Inglaterra, Francisco I son en sus cortes reyes de oro, con que la historia se viste de nuevo. Pero al fondo hay algo más. Con el descubrimiento de América la vida toma una nueva dimensión: se pasa de la geometría plana a la geometría del espacio. De 1503 hacia atrás, los hombres se mueven en pequeños solares, están en un corral, navegan en lagos. De 1500 hacia delante surgen continentes y mares océanos. Es como el paso del tercero al cuarto día, en el primer capítulo del Génesis.

Todo este drama se vivió, tanto o más que en ningún otro sitio del planeta, en el mar Caribe. Allí ocurrió el descubrimiento, se inició la conquista, se formó la academia de los aventureros. La violencia con que fueron

ensanchándose los horizontes empujó a los hombres por el camino de la audacia temeraria. No hubo peón ni caballero, paje ni rey, poeta ni fraile que no tuvieran algo de aventureros. Lo fueron Colón y Vespucci, Cortés y Pizarro, Drake y Hawkins, Carlos v y la reina Isabel, Cervantes y Shakespeare, Las Casas e Ignacio de Loyola. Todo parece una epopeya. Todo una novela picaresca. En la cárcel estuvieron lo mismo Isabel cuando iba a ser reina de Inglaterra, que Francisco siendo rey de Francia, y Cervantes y Colón.

Cuanto hombre o mujer grande hubo en Europa, se vinculó a la aventura central del mar Caribe. Descubrimiento, conquista, pillaje se hicieron con reyes al fondo. Colón habla a nombre de los católicos; Balboa toma posesión del Pacífico y Cortés de México, con el estandarte del emperador Carlos v; Hawkins y Drake asaltan los puertos del Caribe con escudo de la reina Isabel; el pirata Juan Florentín aparece como socio del rey Francisco de Francia. En el Caribe empieza la lucha entre Inglaterra y España. El día en que el virrey de México vuelve astillas las naves de los contrabandistas ingleses en el puerto de San Juan de Ulúa marca un cambio de rumbo en la política europea. La historia del Caribe en el XVI hay que verla como un campo de batalla donde se juegan, con los dados de los piratas, las coronas de los reyes de Europa. Ahí se gradúan de almirantes los marinos ingleses.

La lucha de los reyes empezó a la manera medieval. Todo, pleitos de familias. A través de matrimonios y testamentos se hinchaban o enflaquecían imperios como fuelles manejados por caprichosas manos reales. Nápoles

parecía una pelota que se tiraban de mano a mano los reyes de España y Francia. Portugal, unas veces tenía su propio rey, otras el de Castilla. Flandes lo mismo. En Carlos V se confundieron las coronas de España y Alemania. Por debajo corrían las fuerzas subterráneas; las empresas del pueblo, el despertar de los burgueses. Con ellas nacían los estados modernos. La iniciativa fue privilegio de esta savia anónima en España, en Francia, en Inglaterra. Villanos, campesinos, pescadores, bandidos, mercaderes, estudiantes, hicieron la conquista, armaron los barcos piratas, empujaron a los reyes y los envolvieron en guerras inesperadas. A la gente del común, la vemos lo mismo sacando la América del fondo del mar que haciendo guerras pintadas de acero, carmín y esmeralda.

El pueblo tenía odios, amores, prejuicios, supersticiones, en una palabra: tenía su fe. Como siempre, se podían ver en él la visión del pasado y la visión del futuro; la tradición y la esperanza; la historia y la aventura. En él estaban el arrojo, el juego limpio o turbio a vida o muerte, que mantuvo tensas las cuerdas del drama, que permitió escudriñar en un cuarto de siglo todos los mares y en otro cuarto de siglo hasta el último rincón del Nuevo Continente. Esa gente del pueblo les daba la vuelta a los mares en una tabla, o iba hasta el corazón del Amazonas, hasta la cumbre de los Andes, con una espada y un hacha. Así es: el mapa del mundo se hizo en el siglo XVI con un trapo, unas tablas y unos cuchillos. Estas tres cosas forman el verdadero escudo de armas del Caribe.

El pueblo tenía su religión. Las pasiones eran tales que las guerras parecían religiosas y no de reyes de la tierra.

España tenía su Iglesia propia. No sé por qué no se hablaba de la Iglesia católica, apostólica, española, como se habla de la Iglesia romana, griega, rusa, o de Inglaterra. Cada una ha tenido colores propios tan subidos, que cualquiera puede reconocerlas en el mundo. El XVI es el siglo de Lutero y Calvino, y en el XVI España organiza las milicias de su Iglesia con san Ignacio de Loyola, levanta las murallas espirituales de sus conventos con santa Teresa, rehace las defensas del dogma con Cisneros, afirma su fe vistiendo a Carlos V de fraile y quemando herejes —luteranos, hugonotes, judíos— en las hogueras donde Torquemada arrima leña seca con pálido fervor. En las aguas del Caribe, Drake no es un inglés ni un pirata: es un luterano. Y para Drake, los gobernadores de Cartagena o Santo Domingo no son representantes del rey de España sino algo peor: del papa, el enemigo de la Iglesia de Inglaterra.

Así, el Siglo de Oro lo es de la violencia, del fuego, de la lanza, de la pasión en que se dan la mano como buenos camaradas los tipos más distantes. Todos van metidos dentro de la muchedumbre desbocada. Rabelais planea los viajes fantásticos de Pantagruel, quizás el más estupendo de sus libros, estimulado por los viajes del pirata Juan Florentín. Cervantes meditaba a un mismo tiempo en escribir el Quijote, o en venirse al Caribe: a Cartagena, a Guatemala, al Nuevo Reino de Granada; refugio, según él mismo, de pícaros y ladrones. Shakespeare llevó a sus dramas imágenes tomadas de los viajes de Raleigh por la Guayana. Lope de Vega compuso *La Dragontea* sobre la vida de Francis Drake, o el Dragón. Quien dibuje el mapa literario del

Caribe, encontrará en él todos los nombres de los poetas, los novelistas, los dramaturgos, como si hubiera sido un sueño para ellos armar su república de las letras donde tenían sus tiendas los bucaneros o encendían los bandidos sus fogatas.

Nuestro Mediterráneo, o mejor dicho: nuestro héroe, es un lago.

EMIL LUDWIG

De las Antillas podemos decir que han sido la gallería del predominio del mar.

WALDEMAR WESTERGAARD

▪ DEL MAR GRECOLATINO AL MAR DE LOS CARIBES

EN EL PRINCIPIO FUE EL Mediterráneo. Todo lo que a sus costas se acerca queda tocado de manos azules. Lo que de él se aparta se hace turbio, pavoroso. África, adentro, era el continente negro: al norte, desde Alejandría hasta Ceuta, resplandece el litoral con sus escuelas de filósofos y nidos de casas blancas. El Asia, densa y misteriosa, cerrábase impenetrable en los vastos reinos de China, de la India; acercándose al charco luminoso, es el «Asia Menor», poética y musical de Smirna, Tiro, Damasco, Sidón, que se canta en el *Cantar de los cantares*. Europa es alegre y diáfana desde el encaje de mármol que se desprende del cuello de Atenas hasta los puertos españoles, abiertos para acoger la algarabía de los árabes. Frente al mar, la costa azul. Tierra adentro, de los Alpes hacia el norte nebuloso, un mundo de los bárbaros, una Selva Negra.

En los textos de historia se habla de Occidente; de los pueblos de Oriente; del mundo antiguo. Palabras. Pedazos de una frase sin verbo ni sujeto. Porque el sujeto es el mar, mejor dicho: el Mediterráneo. El verbo, navegar. Ese mar

es no sólo la única realidad histórica sino la imagen poética en que se expresan todas las luchas, trabajos e ilusiones de unos cuantos siglos. Porque hubo esa época marina en que la geografía política no estaba en Tierra Firme sino pintada sobre sus olas. Cada rincón suyo tenía un nombre propio, proclamaba su soberanía como un reino. Las banderas de los reyes ondeaban en los mástiles. Los escudos de los nobles iban al costado de las naves. Los castillos eran de madera. Los ejércitos de marinos que mordían el agua con los remos. En las viejas cartas, y aun en las de hoy, se lee: mar de Tracia, mar de Creta, mar Egeo, mar Adriático, mar Jónico, mar Tirreno o de Toscana, mar de Cartago, mar de Iberia. Detrás de cada uno de estos nombres, a veces, no hay sino una ciudad, un faro. Sus historias son poemas, porque en los pueblos que empiezan, la historia no se escribe: se canta. En el pequeño mar Egeo —huevo de donde iba a brotar el Mediterráneo— Homero empujó sus pueblos a la inmortalidad. Era él todo un señor capitán. La poesía nace en sus rapsodias.

De las tres puntas que entonces tenía el mundo, los hombres se movieron hacia el Mediterráneo. Atrás, quedaban estepas de Siberia; montañas de la India; mares —cuando no callados— muertos; arenas del Sahara. Las gentes curiosas, que necesitan ver, oír y dialogar, iban en pos del mar común, internacional, parlanchín, comadrero y chismoso. Todos pugnaban por meterse dentro de este

pañó transparente. Sólo hubo unos bárbaros del centro de Europa que, cuando llegaron frente a luz tan esplendorosa, se ofuscaron, regresaron a sus bosques. Pero la verdad de muchos siglos es que allí se miraron cara a cara los tres continentes. De una orilla a la otra se hablaban los de oriente y occidente, los del norte y el sur. Sus almas irreconciliables ahí se cruzaban, y hasta llegaban a entenderse. Hace más de cuatro mil quinientos años descendieron por el Nilo los egipcios, y Alejandría, sobre el delta, ató el hilo de las barcas sagradas al nudo universal de las navegaciones. Paso a paso, en cada punto del litoral fue formándose una ciudad de nombre inolvidable: Atenas, Cartago, Roma, Génova, Marsella, Barcelona, Sevilla, Túnez, Venecia... ¡Lo que significa hacer un collar con esos nombres! El cielo de muchos siglos —con soles que encendieron las cabelleras castañas de las mujeres del Ticiano, y estrellas que contó Salambó en la última noche de Cartago— se apoya lo mismo sobre la Acrópolis de Atenas que sobre los viñedos italianos y los naranjos de Valencia. Piratas y ladrones de Grecia, soldados de Julio César, mercaderes de Fenicia, filósofos, apóstoles, santos, hombres libres y esclavos atados al remo; de todo se vio allí. Los pastores bajaban de la campiña a bañarse, a recoger caracoles. Praxíteles detuvo en mármol las espumas. En algunos poemas se habla del mar «Blanco». Y a los otros, que de él se desprenden como los dedos de la mano, se les dijo mar «Rojo», mar «Negro».

Hoy suelen hallarse estatuas entre la arena, o en la campiña, o royendo el asiento de las ciudades antiguas, en sus contornos. Debieron rodar de sus altares hace mil

quinientos, dos mil años. Hay una isla minúscula en el mar Egeo, con grutas que fueron en sus buenos días refugios de bandoleros y poetas; quizá lugar de cita para esos dudosos encuentros de las jóvenes griegas y los dioses, de donde nació la mitología. La islilla es volcánica. En sus rocas peladas, donde se hace una bolsa de tierra, crecen el olivo y la vid. Un día, un labriego arrancó un árbol: las raíces destaparon una cueva, y en la cueva estaba escondida la Venus de los brazos rotos. Gritó el labriego: «¡Albricias!». Respondió el mundo: «¡Prodigio!». La islita de Milo se hizo célebre. Ciudades hubo, o hubo una ciudad: Venecia, que salió de la tierra para que sus piedras se hundieran entre las aguas. A Venecia se la ha comparado con una lámpara. No: la llama estaba en el aire; la lámpara era el mar mismo. Hasta donde llegaba su luz violenta —que se expandía sin que pantalla alguna la contuviera— llegaba el mundo.

Como todos lo saben, hubo un día en que esa media naranja del mundo se oscureció. Europa sintió el terror supersticioso que sobrecoge a los salvajes cuando hay un eclipse. Fue la Edad Media. Unos la han llamado Edad Oscura. Otros, Noche Mística. Todo quedó en tinieblas por unos cuantos siglos. Se retiraron los hombres a la selva.

Fue el cataclismo, se dijo. Llegaron los bárbaros. Así que fue apagándose la ronca voz de Atila —el barbudo gigantón analfabeto—, nacieron el monasterio, la nave de la iglesia gótica con su rosa de vidrios que flota en la penumbra. Discuten los autores si puede llamarse oscurecimiento de la vida a una época en que la mística alcanzó

instantes de la más sublime elevación, en que el hombre se esforzó por asaltar las moradas de Dios a golpes de santidad. No es ese el punto. Es obvio que cuando el mundo se aparta del Mediterráneo para internarse en los bosques, le da espaldas a la claridad del sol. Sobre la vieja lámpara maravillosa, colgó su crespón la sombra de los pinos.

El contraste tuvo que ser violento. La víspera, Roma estaba fulgurante. Se agolpaban las muchedumbres, haciendo filas de muchas horas de espera, para entrar al Circo en donde bailarinas de España, luchadores de África, cómicos de todas partes, hacían olvidar los pequeños problemas de la vida cotidiana. Por un cobre se pasaba el día entero en las termas. Las aguas templadas en las estufas dejaban en el cuerpo una agradable sensación de molicie: las aguas revueltas del chisme aliviaban el alma con las desventuras del prójimo. Para todos, ahí estaban los escaños comadrosos, y en torno, estatuas de mármol, y los móviles cuerpos elásticos de las mujeres que jugaban a la pelota. Roma tenía más de un millón de habitantes. Aquello era enorme y liviano, con los palacios bien sentados sobre piedra de siglos, y una vida intensa de política y juego, en que los nombres de las viejas familias, como las piedras del Foro, parecían el centro del mundo. Pero llegan los bárbaros. Ya están sobre Roma. Se oye el cuerno de Alarico, y la pezuña del godo, que retumba como tropel de ganado. Aquello parece el colmo de la insolencia, la necedad y la locura. La

gente sigue yendo al Circo, al Senado, al Foro, a los baños. Alarico aprieta sus tenazas. Empieza a sentirse hambre. Se vacían los graneros de los ricos. No es bastante. Viene la peste: ya no hay dónde sepultar montones de cadáveres. Ni quién eche tierra a los zanjones donde se revuelven los moribundos con cuerpos en descomposición. No hay fuerza para resistir el poder de esos jayanes con cabeza de piedra. Se acude a la clemencia.

Basilio, senador español, recibe el duro encargo de entrevistarse con el rey de los godos. Le acompaña Juan, un tribuno que sabe de negocios y ha tenido amistades con los godos. Llegan a la tienda del príncipe haciendo de tripas corazón, y le dicen con harta fanfarronería: «Venimos, señor, a proponeros una paz honorable: si no la conseguimos, se harán sonar trompetas para que se levante en masa un pueblo, que hará valer sus derechos en la desesperación». Contesta el bárbaro: «Cuando más apretado está el heno, más fácil es la siega». No hay que hacer. Los parlamentarios se entregan. «¿Qué pide el señor rey?». «¡Todo el oro y la plata de la ciudad; todas las riquezas muebles; todos los esclavos!». «Si tales son vuestras demandas, ¡oh rey!, ¿qué, entonces, nos dejáis?». «Vuestras vidas». No es poca generosidad, y su réplica es soberbia. Se la tira a las caras, como quien echa a un perro el último hueso.

Y esto no es sino una escena del primer acto. La caída de Roma es lenta. Hasta que sus palacios se hundan bajo capas de basura. El Imperio queda borrado del mapa. El mundo se olvida del mar Mediterráneo. Empieza a reinar la Selva Negra.

Unos siglos después, otra vez la lámpara empieza a henchirse de luz. Es el regreso al mar grecolatino. En un principio, bajo el chisporroteo de las cruzadas, no parece sino temblorosa llama mística que alimenta, en vaso de pobre, el aceite de los olivos italianos. Pero de ahí en adelante la claridad va rasgando telarañas y avanza a paso de incendio: para henchir otra vez los cielos, penetrar el mundo, desnudar a las mujeres con el redoblado entusiasmo de una fiesta pagana. De las ciudades que renacen se desprenden bandadas de trapos blancos: velas que van a la conquista de Jerusalén, primero; luego a traer clavo, pimienta, seda, alfombras, puñales. Poco a poco, van resonando palabras ruidosas que multiplican sus ecos en el viejo anfiteatro: Génova, Pisa, Nápoles y Venecia.

Nadie pinta la escena tan cumplidamente como Sandro Botticelli: él entiende esto como la vuelta de la Venus griega a la costa de Italia. La diosa desnuda, sin afán, apoyándose en el equilibrio de su propia belleza, avanza. Ahí está, otra vez, el alma de los viejos poemas. El aire tibio la arropa y dora sus cabellos. El viento sacude el plumaje de los árboles que dejan caer sus flores como pájaros. Ella aún está en el mar: sus pies se apoyan en la cresta de una concha que parece ola de rosa. Un paso más y pisará la tierra de Italia. Tiene ya todo el impulso y la gracia, recogidos en el juego de las manos, dos palomas a punto de despertar y echar a vuelo. Botticelli comete un error, o lo han cometido quienes dicen que este cuadro se llama *Nacimiento de Venus*. Es, sencillamente, El Renacimiento.

Coincide la pintura de esta imagen del Mediterráneo con el descubrimiento de América o, para ser más exactos:

del mar Caribe. En Italia están en la última escena del drama: acá, apenas va a levantarse el telón. El mismo año de 1492 en que muere Lorenzo el Magnífico, llega Colón a Guanahaní. ¿Qué ven sus hombres desde los puentes de las tres carabelas? Indias de color de cobre que asoman asustadizas por entre la selva desgredada. La Venus caribe anda desnuda, como Dios la echó al mundo. Los cabellos de azabache caen sobre sus espaldas como pinceladas de brea. Los chiquillos, trepados en lo alto de los follajes, se confunden con los micos y dialogan con los loros. A medida que pasa la sorpresa, los indios se animan. Quieren ver las caras peludas de los europeos. Saltan sobre las olas, jinetes en sus potrillos de troncos. Sobre las anchas caras salvajes está la risa de los dientes blancos y parejos, en los ojillos negros, maliciosos.

Estos caribes tienen sus ideas. En las guerras, enemigo que cae, hombre que se descuartiza, se adoba y se lleva al asador. Cuelgan de las chozas las piernas como jamones ahumados. Esquivando la bravura del sol, bajo aleros de palmiche, los viejos se acurrucan a humar: queman hojas secas en braseros de tierra cocida y aspiran el humo que arrojan por las narices. En las fiestas, se adornan la cabeza de plumas y pintan el cuerpo de rojo, con achiote. Usan collares de huesos, dientes, uñas de bestias salvajes, caracoles. Comen gusanos, otras porquerías. Son libres e indecentes.

«Caribe» es como decir «indio bravo». Es una palabra de guerra que cubre la floresta americana como el veneno de que se unta el aguijón de las flechas. Y así es el mar. El viento huracanado levanta olas, montañas vivas. Y las revienta

contra la playa, y las pasea tierra adentro, haciendo saltar los árboles en astillas. Después de una tormenta, los gajos de la selva quedan flotando en el remolino de las aguas como tablas de una goleta destrozada.

En el mar hay tiburones. En los pantanos, los caimanes se revuelcan en el lodo. En las chozas, engordan los indios unos animales de varios palmos de largura, mitad lagarto, mitad serpiente: las iguanas. En el lecho de los ríos están revueltos oro y arena. Los nativos truecan oro por pedazos de vidrio. Pierden la cabeza por un cascabel, por un espejo. Parecen tan salvajes, que los españoles dan de ellos noticias fantásticas: de una nación en donde tienen cola como los perros, de otra en donde les arrastran las orejas por el suelo.

Por estos lados del mundo hubo en tiempos pasados, y hay a tiempo de llegar los españoles, ciudades populosas, con grandes templos y palacios. Todas, adentro del continente, en la cima de las montañas. Para los griegos, cartagineses y romanos todo fue el mar. Para aztecas, incas o chibchas, la montaña. Ninguna de nuestras grandes naciones ha tenido un puerto, no ha conocido una flota, los ojos de sus reyes no se han ido en miradas soñadoras tras un trapo volador. Adentro, las tierras eran suaves, fértiles y acogedoras. La costa del Caribe, ardiente, huracanada. En la meseta había que peinar los campos para que rindieran fruto los cereales: nació y prosperó la agricultura. Abajo, en las islas, bastaba, para vivir, tirar los anzuelos al mar, coger la fruta del árbol, encender las hojas de tabaco.

Nuestras viejas naciones quedaron encerradas en sus castillos de peñas. Nacieron, crecieron y aun murieron,

sin saber las unas de las otras. El pueblo que a orillas del lago Titicaca, tocando casi las nubes, labraba los enormes monolitos de Tiahuanaco, nunca supo que igual esfuerzo desplegaban los mayas, en otra punta del hemisferio, para alzar sus pirámides. El inca dialogaba con el sol. El azteca dialogaba con el sol. No hubo un mar común que facilitara el encuentro de estos pueblos. No hubo lugar a un cambio de ideas, a uno de esos choques que fecundan la humanidad y ensanchan los horizontes a la inteligencia. Los moradores de las islas, cuando iba haciéndose densa la población, se largaban en sus potrillos hasta encontrar en tierra firme las bocas de los ríos: los caminos que llevan a los valles ulteriores, a las montañas. Nunca regresaban. Naciones enteras abandonaron las Antillas, el mar. Cuando llegaron las naves de Colón, el Caribe pasó, de súbito, a ser cruce de todos los caminos. Por primera vez los pueblos de este hemisferio se vieron las caras. Y se las vieron los de todo el mundo. De Europa llegaron los que venían a hacer su historia, a soltar al viento una poesía nueva. El Caribe empezó a ensancharse y fue el mar del Nuevo Mundo.

Fue esta la última grande aventura de los marinos del Mediterráneo. Aquí vinieron a descubrir los de Génova y Florencia, los de Cádiz, y hasta griegos, que para todos hubo un hueco en las carabelas. De nombres italianos están salpicadas las primeras páginas de esta historia: Colón, Vespucci, Verrazano. Fue Toscanelli quien avivó

la curiosidad de Colón. Eran los agentes de los Médicis quienes en Cádiz llenaban las barcas de bizcocho, cebollas, vino y harina. Aquellas gentes azogadas por el Renacimiento acabaron por darse cuenta de que, tomando el camino que lleva al Asia Menor, el Mediterráneo era un mar sin salida: la puerta estaba en las columnas de Hércules, sobre el Atlántico, y por ahí salieron volando las naves que estaban prisioneras.

Y así, este mar salvaje, con sus palmas de corozos y sus indios que comían yuca y fumaban tabaco, se tuvo por almacén de fantásticos tesoros. Los jóvenes del viejo mundo enloquecieron. De las islas tenían que partir los caminos que llevaran a El Dorado. Las playas se creían sembradas de huevos de oro; el fondo de los golfos, de perlas. Los bosques, aromados de canela. Colón pensaba en la ciudad de los puentes de mármol, de los relatos de Marco Polo. Afirmó que aquí estaba el paraíso terrenal. Fue una exaltada comedia de exageraciones.

Y el Mediterráneo y el Caribe quedan así frente a frente, por primera vez en sus historias. Dos espejos mágicos: el uno retrata la imagen de los tiempos antiguos; el otro, la de los tiempos por venir. Lo curioso es que el momento único queda inmortalizado, para uno y otro mar, en el nombre de una familia de Florencia. Es una de esas familias cortesanas de donde salen diplomáticos, navegantes, mercaderes, predicadores, tipos de mucho mundo. Gente de amor al arte y a la aventura, con cierto genio alocado, a veces ricos, a veces pobres, pero para quienes no hay ventana abierta a la curiosidad por donde no

saquen la cabeza. Son los Vespucci. No se puede avanzar en ninguna dirección en la vida de Florencia sin dar con un Vespucci. Andan tras toda empresa grande, tras todo hombre famoso. Y tienen su atractivo. Son locuaces, parecen geniales. Están llenos de amigos. Ghirlandaio decora la capilla de familia. Savonarola recibe a Jorge Antonio Vespucci en su convento, le encomienda la traducción al latín de historias griegas. Américo juega con Pedro de Médicis, hijo del Magnífico. Y como la familia tiene su estrella, es más natural que milagroso el hecho de que los vientos de estos días queden retenidos para la eternidad en su árbol familiar.

El imperio del Mediterráneo llega hasta ese instante. Luego, Europa se independiza, empieza a tener historia propia, se torna un continente. Pero ya está dicho: la última y más perfecta estampa del mar es el cuadro que pintó Botticelli. Y, ¿quién es esa Venus desnuda, bajo cuya piel rosada corren, por venas azules, veinte o treinta siglos de poesía? ¿De dónde vino a Botticelli semejante inspiración? ¿Quién es ella? Simonetta Vespucci. Y, en cuanto al Caribe, ¿cómo llega a conocimiento de Europa —ya no de España— la noticia del Nuevo Mundo? ¿Quién escribe la primera crónica que se pueda leer, y que se lee en todas las lenguas y países? Américo Vespucci.

Américo y Simonetta son dos muchachos de la misma edad. Simonetta, para ser exactos, dos años mayor que Américo. Américo es hijo de Anastasio Vespucci; Simonetta, la mujer de Marco Vespucci, en el barrio de Santa Lucia di Ognissanti. A pocos pasos, está la de Sandro Botticelli.

Los ojos bien despiertos de Simonetta y Américo ven desfilar por su casa, y por las de sus amigos, alternando con los Vespucci, a los Médicis, a Savonarola, Botticelli, los Ghirlandaios, los Polaiolos, Leonardo da Vinci... Tipos, algunos, que apenas surgen, otros ya con aureola de gloria, todos en el cénit de la inspiración... ¿Se da cuenta el lector de lo que es vivir en una sociedad semejante?

La última lotería, la decisiva, la ganaron Simonetta y Américo. De la suerte de Américo escribió Stefan Zweig un precioso librito que se llama *Una comedia de equivocaciones en la historia*. De la vida de Simonetta podría escribirse un tratado no menos fantástico. No me explico por qué nadie, hasta ahora, ha recogido estas dos vidas en una sola novela.

Simonetta es genovesa. Tiene quince años cuando entra por las puertas de Florencia, y Florencia queda, en su presencia iluminada. Jamás se ha visto belleza semejante. Es una de esas mujeres de vida fugaz que apenas tocan la tierra, y de quienes luego hablan por siglos, la poesía, la pintura, la leyenda, la novela, en una palabra: la historia. Un año después, Florencia celebra la fiesta más esplendorosa que patrocinen los Médicis. Reina Lorenzo. Ya es el Magnífico, y sólo tiene veintiséis años. Juliano, su hermano, más hermoso y atractivo, tiene veintidós. La plaza de Santa

Croce está vestida de sedas y flores. Los escudos que llevan Lorenzo y Juliano los dibujó el Verrocchio. Ocho mil florines cuesta el traje de Juliano, con su armadura de plata. Cuando Simonetta aparece, el vocerío, la música, el canto de todos los ricos, de todo el pueblo, de los hombres, de las mujeres, que resonaba hasta más allá de las murallas, queda suspenso. Es la belleza tranquila de sus dieciséis años, rizada apenas con su espasmo de triunfo. Florencia la aclama «Reina de la Belleza». Todos los poetas, Poliziano el primero, que hace el recuento lírico del torneo, la coronan de canciones. Juliano la mira enamorado. Lorenzo canta en ella a la juventud:

*Quant'è bella giovinezza
 Che si Fugge tuttavia,
 Chi vuol esser lieto sia,
 Di doman non e certezza.*

Aquella estrofa queda cantándose como un ritornelo en recuerdo del día más brillante que haya conocido Florencia. Es como ese telón de música que, cuatro siglos después, pondrá Rubén Darío en sus versos, donde se mece, al fondo, su cuna del Caribe:

Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver...

Simonetta, pues, es la linda mujer que entra en casa de los Vespucci. Ya en el retrato que de ella pinta Pedro

de Cósimo, se lee: *Simonetta Ianvensis Vespuccia*. Así se ven las letras, grandes, como estampadas para medallón de una reina. Pero nadie hace de ella tantos retratos como Botticelli. Su recuerdo le obsesiona. Este vecino de la casa trenza y destrenza sus cabellos de oro —es este el ejercicio predilecto de sus pinceles— en cuadros que se harán inmortales. Simonetta es la inspiración de su pintura. Es la Primavera de su *Primavera*. La Venus, en *Venus y Marte*. Y, ante todo, la Venus del *Nacimiento de Venus*, es decir, del Renacimiento. Qué estupendo resulta comparar en la obra de Botticelli los retratos que pinta de Juliano de Médicis y los que hace de Simonetta Vespucci. Juliano, apretados los labios finos como espadas, siempre mira hacia abajo, con los párpados caídos. Hay algo que le avergüenza o que le ofusca. Simonetta, en cambio, como que se señorea por encima de Juliano y de todo el mundo de Florencia. Siempre la frente alta, los ojos tranquilos bien abiertos. Es buena, es dulce, pero es, por sobre todo, reina.

Cuando Simonetta muere, tiene veintitrés años. Es una muerte inesperada, súbita, que hace doblar la frente a los florentinos. La ciudad entera acompaña a los Vespucci y camina en silencio tras el féretro. Ahí va Leonardo da Vinci, cuya juventud ha quedado también cautiva de Simonetta. Lorenzo de Médicis, que anda por Pisa en estos días, recibe la noticia en la noche. Es una clara noche. Dialoga con sus amigos en el jardín. Hay una estrella más resplandeciente en el cielo, que antes no habían observado. Lorenzo no vacila: «—Es Simonetta». Juliano cae, poco tiempo después, asesinado en la horrenda conspiración de Pazzi. El

Magnífico, queriendo perpetuar su memoria, encomienda a Botticelli pinte las empresas de la fiesta en que Simonetta fue Reina de la Belleza. De esa orden se originan las obras inmortales del pintor.

Por los días en que Simonetta muere, Américo Vespucci deja Florencia. Hay peste en la ciudad. Algo trágico parece gravitar sobre el destino de la república alegre y suntuosa. El reinado de Lorenzo es la cúpula. Su padre fue Pedro el Gotoso. Su hijo será Pedro el Desventurado. Él es el Magnífico. Muere el Magnífico y la familia tiene que huir. Los tornátiles florentinos saquean sus palacios. Savonarola arroja a la hoguera cuanto puede, en su furor ascético, hasta que a él mismo lo queman los jueces de la ciudad en sus propios leños. Es el juego normal de la vida en estos tiempos y ciudades. En cuanto a los Vespucci, andan sueltos por el ancho mundo. Son ahora tres hermanos. Antonio ha entrado en Pisa a la universidad. Jerónimo se fue a Palestina a tentar fortuna: pierde el último florín. Américo pasa a España. Va a trabajar en la casa de comercio de los Médicis. Ellos, antes que artistas son políticos, han sido comerciantes, banqueros. Sus factores recorren todos los mercados de Europa. Y ahora que Pedro, con quien Américo jugaba de niño en Florencia, es cabeza de la casa, Américo va a Sevilla, a trabajar en sus negocios. Por esta puerta entra al mundo que llevará su nombre.

La suerte de Américo es fantástica. Su edad, la misma de Colón. Nacieron el mismo año, el uno en Génova, el otro en Florencia. Pero a tiempo que Colón, malhumorado, trágico, altivo, lacrimante, es ya un viejo trabajado

por todas las desventuras, Vespucci platica alegre y desprevenido, nada le ata, nada le pesa. Bien puede escribir fábulas amenas, mientras Colón solloza en sus memoriales.

Colón inventó la empresa gigantesca, tomó la iniciativa, aclaró el misterio de cómo fuera el mundo. Su tozudez le puso al mando de las tres carabelas, e hizo el descubrimiento. Pero el destino no le deja libre ni la lengua ni la pluma para poder decir al mundo su hallazgo. De sus cartas y diarios que los reyes esconden cautelosamente no se publican, en vida suya, sino la noticia del primer viaje, en la carta dirigida a Rafael Sánchez donde habla de las islas de la India que ha hallado sobre el Ganges, y luego la carta de Jamaica, sartal de gritos desgarradores que parecen proferidos ante el muro de las lamentaciones. «He llorado hasta aquí —dice— a otros: haya misericordia agora el cielo y llore por mí la tierra». Ese es el balance de su vida. Los castellanos dudan de él. Es el extranjero sospechoso. De Almirante del Mar Océano pasa a ser una figura suplicante. El mundo luminoso que ha descubierto, él mismo lo tapa con sus manos temblorosas.

Y llega Américo, y sobre aquella nebulosa turbia pone la claridad de su gracia. Viaja tres o cuatro veces a América —no importa cuántas—, y de ahí compone unas cartas estupendas, destinadas a distraer a Pedro de Médicis, el Desventurado; a Pedro Soderini, su amigo de la juventud, ahora gonfaloniero de la república de Florencia. Pedro de Médicis anda por Francia, perseguido por sus compatriotas, formando ligas para reconquistar sus perdidas grandezas. Su lucha está llena de sinsabores, desventuras,

desilusiones. Américo, que ahora podríamos decir es Américo el Magnífico, viene como a darle la mano. Le trae la más espléndida de las noticias: la aparición de un mundo nuevo. Es la primera persona que dice nada semejante. Las islas del Ganges que vio Colón, Américo las desprende, les da la forma de un continente, ¡de un nuevo mundo! Este es el prodigio de su pluma. Y a Pedro Soderini, a quien ve fatigado de los ajetreos de la política y el gobierno, le dice: «¡Alíciate de esas cargas y oye una historia estupenda!». Vespucci habla de Dante y de Petrarca, pero recuerda a Boccaccio. Su historia es un capítulo de novela picaresca, con el escenario prodigioso de las islas desconocidas, del continente que nace. Hace la pintura inmortal del mar Caribe. Es un Botticelli para el mar que nace entre sus manos. Un mar salvaje, poblado de bárbaros. Vespucci es la persona que por primera vez trata de hacer folclor y pintar nuestras cosas típicas, para entretener a un grande de Florencia. «*Anchora que vostra Mag. Stia del continuo occupata ne publici negotii, alchuna hora piglierete di scanso di consumere un poco di tempo nelle cose ridicule, o dilectevoli...*». Y agrega: «Porque después de los cuidados y meditación de los negocios, mi carta os proporcionará no pequeño deleite, al modo que el hinojo suele dar mejor olor a los manjares que va se han comido, y proporciona mejor digestión...».

De todo lo que Vespucci ve, lo que más le tienta es la mujer. La Venus del Caribe, un poco más desnuda que la que pintaba Botticelli, rojiza la piel, de cuerpo elegante, gracioso, bien proporcionado. Si anduvieran vestidas

estas Venus —dice— serían tan blancas como las nuestras. Nadan mejor que las europeas, corren leguas sin cansarse. No hay arruga, no hay gordura que las deforme. Los hombres no son celosos. Ellas, lujuriosas y de insaciable liviandad. «Manifestáronse sobradamente aficionadas a nosotros...».

Después de las mujeres, las hamacas. Qué lindas se ven estas redes, colgadas al aire, donde se duerme mejor que en las pesadas camas europeas. En las palabras del florentino charlatán se traduce el elogio de la siesta. Es cierto que parecen bárbaras estas gentes que, como él dice, no usan servilletas ni cubiertos y comen a toda hora, sin el orden y política de las naciones cultas. Pero dormir en hamacas, ya es un deleite.

Vespucci y los suyos se mezclan con los indios. A veces les asustan a cañonazos; a veces les halagan con vidrios y baratijas. Con unas naciones guerrean, con otras ajustan paces. Conocen pueblos de pescadores que viven en casas levantadas en estacas sobre las aguas, y caseríos del interior, adonde se llega cruzando montes y ríos. Un día, Vespucci, que ha hecho amigos aquí como en todas partes, entra a reconocer la tierra. Tanto les han instado los indios para que lo hagan, que no pueden sustraerse a sus ruegos. Vespucci y unos veinte más hacen una excursión que dura nueve días. Qué contento produce su llegada a cada pueblo. Cómo los palpan, los acarician, los festejan. Para ellos es la mayor comida, la hamaca más bien tejida, la india más sabrosa de cada caserío. Cuando regresan a las naves, en triunfo les traen los salvajes. Si alguno parece

cansarse, le llevan en hamaca, mejor que en litera. Y en hamacas traían los regalos: arcos, flechas, plumas, papagayos. Infinitos papagayos que salpican de color las primeras crónicas del Nuevo Mundo.

Vespucci es la primera persona que pinta el Nuevo Mundo con palabras que entusiasman a los hombres del Renacimiento. Vuelan sus cartas. A todos los idiomas se traducen, en todas partes se publican. Y en esta época en que primero se premia a un escritor agradable que a un navegante atormentado, puede decirse que el primer premio de la novela se adjudica al florentino Américo Vespucci. Alguno que en su entusiasmo va más lejos, dice: si a estas tierras nuevas de que por primera vez nos habla Vespucci, ha de ponérseles algún nombre, no escojamos palabras afeminadas como Europa, Asia, África: llamémoslas con su nombre: que sean la tierra de Américo. Y así queda bautizado el Nuevo Mundo, sin que el propio Vespucci llegue a saberlo.

Suele haber contrastes violentos en la historia. Cuando Vespucci escribe, y se publica su primera carta, Colón está dirigiendo la suya, desde Jamaica, a los reyes. Vespucci está dando la clarinada del triunfo: Colón clamando por compasión. Luego, viene la segunda carta de Vespucci. Desde la primera hasta la última línea, allí está flotando sobre el mar de la fortuna. ¿Por qué cruzó esta vez el Atlántico? Porque el rey de Portugal se lo rogaba. Vespucci no quería ir: andaba en muchas diligencias de los reyes de Castilla. Pero el de Portugal insistía. Y así, pues, el rey don Manuel, «conociendo que yo no podía ir por entonces a su corte,

volvió a enviarme a Julián Bartolomé Iocondo, que a la sazón residía en Lisboa, con encargo de que a todo trance me llevase consigo. Con su venida, y en fuerza de sus ruegos, me vi precisado a emprender mi camino a aquella corte, reprobando mi resolución todos los que me conocían. De este modo me ausenté de Castilla, donde había recibido muchas honras, y donde el mismo rey tenía de mí buen concepto; y peor de todo fue que no me despedí de nadie». Así salió. ¿Cómo llegó? «Volvimos a entrar al puerto de Cádiz, ¡con 222 personas cautivas!». El hombre era estupendo. Y Colón, ¿qué hacía en ese momento? Suplicaba al rey Fernando le diera licencia para ir a la Corte en una mula. Las mulas estaban reservadas a personas de otra calidad distinta a la suya. Pero el pobre viejo estaba que no podía moverse. No fue poco el forcejeo para lograr el permiso. A su hijo don Diego le confiaba entonces sus ansiedades: «Si sin importunar hobiese licencia de andar en mula, yo trabajaría de partir para allá pasado Enero, y así lo haré sin ella...».

Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma.

COLÓN

▪ RELATO DE CRISTÓBAL EL DESVENTURADO

HAY UN DÍA EN QUE COLÓN es el hombre más feliz del universo. Es el día en que por primera vez sus ojos ven y tocan sus manos la tierra del Nuevo Mundo. Hasta la víspera, muchos le tenían por un loco: ahora ven que es el hombre que tenía razón. Pero él, que antes había razonado con serenidad y firmeza, pierde el juicio de alegría. Cosa singular: en la contradictoria balanza de su vida, así que va cumpliéndose lo esencial de su teoría —que navegando hacia el occidente puede llegarse al oriente—, Colón va hundiéndose en un mar de confusiones. Su juventud está terminada. Acaba por negar su propia ciencia, y en sus horas de desesperación se abraza a los potros de la fábula. No hay sino una raya de luz en su vida: el 12 de octubre de 1492.

En esa raya estamos. Lo que queda atrás no son sino sus zozobras y miserias. Hasta la misma reina es una reina dura: con una mano levanta a los cristianos, con la otra da palo a los judíos. Cuando Colón salió sólo se oía en España el lamento de los judíos, subiendo hasta el cielo. Pero en

los tres barquichuelos suyos tampoco se respiraba mejor aire. Muchas veces el ala de la muerte rozó su frente batalladora. Venía jugándose la vida y no pocas veces más de un tripulante espantado llegó a pensar: «Lo mejor sería tirar a este viejo por la borda, ahorcarle del palo mayor, y volver tranquilos a España». Día hubo en que este mal pensamiento casi se realiza: hubo principio de motín a bordo. Colón cambió ideas con Martín Alonso. Martín, hombre de más edad y experiencia, y que se sentía más dueño de su gente, dijo sin vacilar: «Señor: ahorque vuesa merced media docena de ellos o échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandato de tan altos príncipes no habrá de volver atrás sin buenas nuevas». A Colón le espantó el consejo. «Martín —le replicó—: con estos hidalgos hayámonos bien, y andaremos otros días, y si en estos no hallamos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer». Cuando el pobre Colón se encierra en sus propias reflexiones —que es en él lo más común— y se toca las carnes y se ve las alas, debe pensar: «Hay en mí algo de águila y algo de gallina...».

El nombre familiar de la carabela de Colón era La Gallega. Pero él, cuidadoso de mostrarse cristiano —quizás apenas sea de los nuevos—, la llamó siempre Santa María. A las otras dos, dejó que las distinguiesen por sus apodos: La Pinta, La Niña. La Niña es la más linda y voladora: pocas barquitas de su tamaño cruzaron nunca tantas veces el mar; ahora vienen en ella veinticuatro personas. Hay que pensar en estas dos docenas de hombres, rezando la salve,

comiendo bizcocho, tomando vino y mascando ajos, en medio de un océano nunca antes cruzado, y yendo tras de una fantasía que no era la suya. Pero La Niña siempre ha sido de buenas: se llama la Santa Clara. La Santa María es más señora y más grande e infortunada. Cuarenta hombres vienen en ella. En un puente que sólo tiene veintidós metros de largo, marinos de treinta y cuarenta años llegan revueltos con mocitos sin sombra de bigote. Estos, cuando soplaban poco viento, se tiraban al mar y nadaban en torno al barco, como si venir a descubrir un mundo fuera cosa de vacaciones. Así es la juventud. De una nave a la otra volaban chistes y palabrotas. Con las piedras destinadas a los cañones, un muchacho mató un alcatraz.

La presencia del Nuevo Mundo se anuncia en los aires, en las aguas, en las nubes. Del 7 al 11 de octubre, la tierra no se ve, y ya se siente: se presiente. El 7 La Niña, que va adelante —claro: La Niña—, grita: «¡Albricias!», enarbolando bandera en el mástil, tira lombarda. Se ha equivocado. No es tierra: es una nube. No importa: todos afinan el ojo, madrugan. El Almirante siente que hay un perfume en el aire. Olor de monte que anuncia siempre las costas antillanas. «Los aires son muy dulces, como en abril en Sevilla». Lunes 8: se ven muchos pajaritos del campo. Martes 9: toda la noche oímos pasar pájaros. Miércoles 10: la gente ya no lo puede sufrir. Jueves 11: una caña, un palo, yerba que nace en tierra, ¡una tablilla! Respiran y alégranse todos. Aún no se ve tierra.

Qué emoción más grande: ¡ir viendo nacer un nuevo mundo, lo mismo que nace la mañana cuando sale tras los

montes! Y es un mundo que sólo está en el olor del aire, en un pájaro de la tierra, en una caña. Pero esta noche cantan más alegres los grumetes cuando llaman a comer: «¡Tabla, tabla, señor Capitán! ¡Viva, viva el Rey de Castilla por mar y por tierra! ¡Quien le diere guerra, le corten la cabeza; quien no dijere *amén*, que no le den de beber! ¡Tabla en buena hora, quien no viniere, que no coma!».

Pasa la comida. Avanza la noche. Viene la salve, «que acostumbra cantar a su manera los marineros». Colón dice a quienes hacen guardia en los castillos: «¡Un jubón de seda, a quien primero diga que ve tierra!».

Los reyes han ofrecido 10.000 maravedís.

Desde el castillo de proa, los ojos de Colón se esfuerzan en taladrar un horizonte de tiniebla. Le parece ver una lucecilla. No dice nada: no quiere hacer el iluso. Pero coge del brazo a Pero Gutiérrez, un repostero: «¿Ves una lucecilla?».

El Pero cree verla. Trae a Rodrigo Sánchez, el veedor: «¿Ves la lucecilla?».

El Rodrigo no ve nada. Todo sigue en silencio: muchos hablan con las estrellas. A las dos de la madrugada La Pinta da el grito. Rodrigo de Triana ha visto tierra. Nadie puede dormir ya. Amainan velas. Ahí está el Nuevo Mundo. Los noventa de la aventura ven teñirse de rosa la campaña de oriente.

El hombre Colón tenía sus cosas. Birló al buen Rodrigo la merced de los maravedís. Fernando Colón, muy graciosamente, dice en la biografía de su padre: «La Pinta hizo señal de tierra, la cual vio el primero Rodrigo de Triana, marinero, y estaba a dos leguas de distancia de ella: pero no se le concedió la merced de treinta escudos,

sino al Almirante, que vio primero la luz en las tinieblas de la noche, denotando la luz espiritual que se introducía por él en las tinieblas».

Ya el diario de Colón no es un diario técnico, con apuntes de vientos y diálogos con la estrella polar, la aguja y el cuadrante. Ahora pinta árboles, cuenta el milagro de cómo entre sus dedos se multiplican las islas y se le va entregando el mar de los caribes. Habla de hombres extraños, recoge el acento de voces antes nunca oídas. Hace poesía. Es el primer canto a América que, por cierto, es canto muy hermoso. No tiene este escrito suyo la buena suerte que tendrán las cartas de Vespucci, y poco falta para que jamás se publique. Muchos años después de su muerte vendremos a conocerlo, y ya desportillado y maltrecho. Quizá mejor que así sea: se suman estas peripecias a la incongruencia de la pluma enloquecida que salta de isla en isla, en un archipiélago de maravilla arrancado a la noche de los siglos. Pero ha de ser él, Cristóbal Colón, y no otro, quien deje escrita la primera palabra. Quien dibuje el primer perfil de una isla nuestra. Cuatrocientos años y más después de la aventura, una señora rica de España tendrá la suerte de que caiga entre sus manos una carterita de apuntes, bien forrada en pergamino, destrozadas la mayor parte de sus hojas: la libretita donde Colón ha estampado sus apuntes íntimos. Ahí está el primer perfil de La Española. Como mapa, bastante exacto: pero es más que un mapa: tiene rasgos de pasión, de aventura humana.

Lo mismo ocurre en el diario. No sólo se ve nacer en él al Nuevo Mundo. Es, además, la primera página de

la literatura hispanoamericana. Por primera vez la lengua de Castilla se ejercita en la pintura de estas tierras. A poco, resultará de ahí una avalancha inesperada de crónicas, de novelas, de versos, que harán provincia aparte de la república de las letras. Hernán Cortés, Díaz del Castillo, Hernández de Oviedo, Las Casas, fray Pedro Aguado, Alvar Núñez, vendrán luego. Sus libros pintarán aventuras no imaginadas. Su escenario será el que vayan descubriendo con sus lanzas los mismos que luego rasguen con sus plumas el papel al describirlo. Las guerras se harán en tierras desconocidas, escalando una de las montañas más grandes del mundo, y cruzando selvas, pantanos, desiertos, en una marcha que parece dirigida por la temeridad. Pero todo eso está, en germen, en el librito de Colón. Un librito que puede leerse en una hora y en un tranvía. Es el primer diálogo entre Europa y América.

Ya está ahí la fábula de las Amazonas: él habla muy seguro de la isla que sólo habitan estas hembras belicosas. Y los primeros cuentos de naciones monstruosas, o con gentes que tienen colas, u hocicos de perros. Le parece que estas buenas gentes que le miran las barbas, le creen enviado del cielo: sugiere cómo puede aprovecharse de esta ventaja para reducirlos a servidumbre. Colón, desde antes de embarcarse, pensaba en oro y esclavos. Tenía a Marco Polo en la cabeza. El Nuevo Mundo le ofrece otras cosas. Conoce las dos grandes novedades del Caribe: tabaco y hamacas. Lo del tabaco, que habrá de revolucionar el mundo, no lo entiende, pero lleva al arte de navegar el beneficio de la hamaca, y por primera vez los marineros

ya no duermen en las tablas del suelo sino meciéndose en redes de algodón.

Lo primero que sale al paso del Almirante es el loro. Cualquiera lo tomaría por el pájaro heráldico de este hemisferio. Cuando todavía las carabelas estaban en la alta mar, el 7 de octubre, Martín Alonso vio los loros en la tarde. Luego, ya fueron papagayos. El 12 de octubre se lanzan las indias nadando hasta los barcos, «y nos traen papagayos». Este día, Colón cierra el diario con estas palabras: «Ninguna bestia, de ninguna manera vide, salvo papagayos». Y cuando vaya Colón a España, entrará con papagayos y loros por cartel; durante cientos de años, este será el pájaro continental. Quien piensa en nosotros, sin mala intención, amorosamente, nos vestirá de sus plumas y pondrá en nuestro pico sus acentos.

No tiene Colón estampa de conquistador. Le falta la decisión fulminante y brutal de los soldados que habrán de seguirle. Pero es precursor de cazadores de oro. Desde que se firmó la capitulación del descubrimiento lo prometió a los Reyes Católicos. Nadie tendrá como él la obsesión de atraparlo. No lo ha visto, y ya lo persigue. El 12 de octubre se mostraron en la playa indios sin más adornos que pinturas negras y coloradas. Y al día siguiente, «yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro». Lo descubre en algunos que llegan con un pedazuelo en la nariz; ahí mismo determina buscarlo; está en el sudoeste, dice, como si lo estuviera viendo. Y escribe: Aquí nace el oro. A los dos días ya está en otra isla «por saber si allí había oro». Y al día siguiente en otra: porque «según puedo entender

hay una mina de oro». ¡Lo que podría entender, habiendo llegado a Europa el día 12! Y así, en los diez primeros días de su diario por las islas, veintiuna veces aparece la palabra *oro*. Hay lugares en que estampa cosas como esta: «y es oro, no puedo errar; con el ayuda de Nuestro Señor, que yo no lo falle adonde nace». Cada vez que escribe una palabra mística, la acompaña de una demanda de oro. Quizá presiente lo efímero de sus grandezas y se le impone a la vista el poder del dinero, llave que abre muchas puertas lo mismo a quien tiene patria que a quien no la tiene. El oro, llega a decir un día en palabras que se le escapan, Dios sabe de dónde, el oro, que sirve hasta para sacar las ánimas del purgatorio.

Pero lo cierto es que Colón está en sus glorias. Todo le inclina a ver las cosas a la luz de su golpe de fortuna. Un desastre no es entonces sino prueba de una suerte providencial. Como si Dios mismo le llevase de la mano. Un día se raja la Santa María contra unos bancos de coral. Apenas si hay tiempo de sacar a la orilla el cargamento y ponerse a salvo los tripulantes. Es la nave capitana, pero ¡qué importa! Ni cae en la cuenta de que sólo va a regresar con dos carabelas; no repara en que tendrá que dejar treinta hombres en la isla; ni siquiera se lamenta, él, que es un experto en lamentarse. Sólo ve una indicación de Dios para que se detenga unos días a explorar la isla. Como esto ha ocurrido el 24 de diciembre, ha sido un regalo de Navidad. Hará un fuerte, dejará las bases de una colonia. Y así queda fundada la Navidad, y deja treinta hombres en el fuerte.

La primera isla que ha visto es la Guanahaní, que quiere decir: Isla de las Iguanas. Él la nombra San Salvador. Luego, hace una venia a sus reyes, como buen cortesano, y les dedica las tres islas siguientes: la Isabela, la Fernandina y la Juana. Ésta última, como se ve, para el príncipe. De ahí en adelante va salpicando el mapa de alegría: Cabo Hermoso, Cabo Lindo, Cabo de la Estrella, Cabo de la Campana, Río de la Luna, Valle del Paraíso, Isla de la Amiga. Esto ya no es geografía: es un poema. Es un poema en donde todo se viste de belleza; los peces están hechos como gallos de los más finos colores del mundo y pintados de mil maneras; de los montes llega un olor tan bueno y suave de flores o árboles, que es la cosa más dulce; el viento «tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas las velas de la nao, maestra, dos bonetas, y trinquete y cebadera, mezana, y vela de gavia, y el batel por popa...».

De esta manera, el diario es como una tapicería de las Antillas, que puede colgarse al fondo de nuestra historia para que desfilen luego por ella conquistadores, frailes, virreyes, locos, bandidos y santos. Cuando estas páginas se leen en España, España empieza a vivir de la imagen de América. Los cronistas del rey, los historiadores, se inspiran en ellas. Llegará un día en que Cervantes o Lope echen mano de allí para sus novelas, sus comedias, sus versos. Un cura y bachiller, Andrés Bernáldez, capellán del arzobispo de Sevilla, hace con las propias palabras de Colón uno de los más lindos

cuadros que nos quedan de estas Antillas deliciosas: «Las tierras son altas, y en ellas hay muy altas sierras y montañas altísimas, hermosas y de mil hechuras, todas andables y llenas de árboles, de mil hechuras y naturas, muy altos, que parece llegan al cielo, creo que jamás pierden la hoja, según por ellos parecía, que era en tiempo cuando acá es invierno, que todos los árboles pierden la hoja, y allá estaban todos como están acá en el mes de mayo; y de ellos estaban floridos, y de ellos en sus frutos y granas; y allí en aquellas arboledas cantaba el ruiseñor y otros pájaros en las montañas en el mes de noviembre como acá en mayo; allí hay palmas de seis a siete maneras, que es admiración verlas por la diversidad de ellas; de las frutas, árboles, yerbas que en la isla hay es maravilla; hay en ellas pinares, vegas y campiñas muy grandísimas; los árboles y frutas no son como los de acá; hay minas de metales de oro...».

Colón está de regreso. Una tempestad le arroja a las costas de Portugal. A quien no se le acerca a saludarle con acatamiento, le dice muy señor: Cuida de incomodarme, que yo ando acá por los Reyes de Castilla. Son tantas las gentes que vienen a verle, que cubren el mar sus barcas y bajeles. El rey mismo manda que salgan a recibirle los nobles de la Corte, y le colma de agasajos. Luego, entra en España. Calles y caminos negrean de muchedumbres que vienen a mirarle, y en Barcelona cuanta gente hay en la ciudad. Los reyes, en ricas sillas de dosel con brocado de oro, le sientan a su lado. Cuando el rey sale a caballo, a un lado le acompaña Colón, a otro el infante. Se le colma de títulos. Él muestra sus papagayos y sus indios, y narigueras y pepitas de oro...

Diecisiete naves. ¡Mil doscientos hombres de pelea! He aquí lo que comanda ahora aquel italianote charlatán de quien, por loco, y en sus barbas, debieron reírse no hace muchos meses los sabihondos doctores de Salamanca. Y ahora va de almirante, virrey y gobernador, le han hecho «Don», le acompañan peones y caballeros. Han entrado a las naves los caballeros con sus caballos. Han metido diez yeguas, tres mulas, puercos y puercas, becerros y cabras y vacas y ovejas. Con los marinos, vienen labradores y artesanos. Y frailes, que antes no le acompañaron y que ahora celebran sobre cubierta el sacrificio de la misa. Y están cosmógrafos como Juan de la Cosa, y futuros descubridores como Ponce de León y Alonso de Ojeda, y el italiano Michele de Cuneo, y el médico cirujano doctor Chanca, y Diego Colón, hermano del Almirante. Ha sido lucha, en Sevilla, contener la ola de hidalgos y curiosos que han querido meterse entre las naves. Jamás se ha visto nada más lucido. La reina, que piensa ya en un imperio y muchas colonias, hace que traigan semillas de caña de azúcar, cepas de viñas. La nave capitana es la Santa María, que los marineros dicen «La Marigalante».

Se cruza alegremente el mar. Las islas que se van hallando reciben nombres lindos y piadosos: la Deseada, la Marigalante, Mil Vírgenes. A esta la llama la Bien Aventurada Virgen Antigua; a aquella, la de San Juan Bautista... No siempre todo, sin embargo, es feliz. Los caribes reciben a los recién llegados en la punta de sus flechas. Un marinero queda clavado como mariposa. Y a Michele de

Cuneo, una muchacha esquiva, no se le deja, y le destroza con las uñas. Todo esto parece de mal augurio.

Colón avanza ansioso en busca de los compañeros que dejó en el fuerte de La Navidad. Va a conocer el resultado de su primera fundación. A abrazar a esos valientes que, a su turno, esperarán ansiosos su llegada. La gallarda flota de los diecisiete navíos palpa ya los contornos de La Española. No se ve en parte alguna huella de cristianos. Por fin, unos que han bajado a explorar las márgenes de un río, encuentran dos cadáveres: uno con un lazo atado al pescuezo, otro a los tobillos. ¿Serán, por ventura, de cristianos? Dos cadáveres más: en uno, el rostro barbudo. No hay duda. Los indios —los más mansos del mundo, que había escrito Colón— no dejaron cristiano vivo. Las casas están abrasadas. El tonel que debían tener repleto de oro, ahí está vacío. Colón lo mira como la cuenca de un ojo que hubieran vaciado a picotazos los buitres. Es cuanto puede enseñar a los españoles ilusos que se han embarcado bajo la bandera de su fantasía. Su estrella empieza a declinar. Está en medio de una tierra hostil, sin saber qué hará con mil doscientos hombres de pelea, y debiendo gobernar una nación en tierra cuando sólo ha sabido de palos en el mar.

Lo que sigue es el anuncio del drama final. Funda la ciudad de La Isabela, para asiento de la colonia, en cualquier parte, o en el peor sitio: donde el mar no hace puerto. Envía un ejército tierra adentro a cazar oro. ¡Oro, oro, oro! Es lo que urge para que renazcan las ilusiones y alumbré otra vez la estrella. Lo pide con lágrimas en sus oraciones. Pero la isla no tiene oro. Después de andar mucho, llegan

los cazadores con unos pocos puñados. Lo esperaban a toneladas. Colón, que ve lo que se le viene encima, quiere deshacerse de cuantos sea posible. Muchos se han enfermado. Casi todos murmuran. Si no devuelve a España unos cuantos cientos, acabarán por ahorcarle, esta vez sin escapatoria posible. Carga, pues, como puede, doce de los barcos de la flota y los enrumba a Cádiz. Más que oro, llevan cartas pidiendo a los reyes cosas que la colonia necesita. Mala espina deben sentir los de Cádiz cuando ven regresar tan pronto tanto barco sin riquezas.

Pero ahí está él más libre, otra vez, y con sus cinco barcos. Tiene un mundo por conocer al norte, al sur, al occidente. Con los más aventureros se hace a la mar. Deja la colonia en manos de Diego, su hermano, y de Pedro Margarit, el catalán. Recorre la mitad de las costas de Cuba, creyendo que son un pedazo de la India, y descubre Jamaica. Son unos meses de vagabundeo marítimo. Pero cuando regresa a La Isabela, empieza a dibujarse en su rostro la vejez. La gota le atormenta. Sobre su cabeza llueve ceniza. Y, como va a ocurrirle siempre, de ahora en adelante, lo peor de todo: se presenta con las manos vacías. Él lo puede ver en el ojo goloso de los caballeros: no queremos tierra: queremos oro.

Drama en el alma del Almirante: drama en La Isabela. Los españoles se van fastidiando con una tribu que es la que menos gracia les hace: la tribu de los Colón. Ya no son Cristóbal y Diego. Ahora son los tres hermanos, porque en cuanto Bartolomé, que andaba por Inglaterra y Francia, supo del hallazgo de Cristóbal, consiguió con el rey

de Francia cien escudos para llegar a Castilla, y en Castilla cartas de la reina para venir al Caribe y compartir glorias con don Cristóbal. Los primeros en incomodarse y levantarse son los catalanes: Margarit y el fraile Buil. Toman las tres carabelas que trajo Bartolomé Colón y en ellas se van, con todos los descontentos, a publicar en Castilla tristezas de las Antillas. El fraile Buil es un benedictino que con la paciencia propia de su orden se dedica a hacer una prolija diatriba de Colón.

Y en La Isabela las cosas van de mal en peor. No se sabe qué hacer con los enfermos. El mal francés daña la sangre a estos glotonos que con su lujuria embisten a las indias bravas y ardorosas. Los caribes van cayendo en servidumbre. Colón, que ve adelgazársele el oro, inventa el tributo. Cada tres meses, cada indio entregará una campanilla de Flandes llena de oro en polvo. Como recibo del pago se le colgará al cuello una medalla de latón. La orden es fantástica, porque en La Española los ríos apenas si llevan un polvillo de oro en sus arenas. Tras la fantasía viene la violencia. Las penas, los castigos brutales. A quien comete un hurto, le cortan orejas y narices.

La reina de Castilla ha oído a los descontentos. Envía un juez para que meta las narices en los actos del gobierno. La reina aún trata con respeto y cariño al Almirante, pero se le ha demandado justicia y no la niega. Cristóbal envía a su hermano Diego para que abogue por él: no quiere que vaya con las manos vacías, y llevará indios cautivos en las cuatro carabelas que le prepara. Mil quinientos se han cazado en la isla. Se escogen los quinientos más hermosos

y se ponen en las naves. Como las carabelas no pueden con semejante cargamento humano, doscientos mueren en el viaje. Por donde van las carabelas, queda flotando la carne morena del caribe.

Y acá, la suerte sigue mostrándose adversa. Ahora es el viento. Entre el puño del huracán, el mundo tiembla como un pajarito. Qué horrendo ruido hacen las hojas de los árboles sacudidas por sus manos violentas. Las palmeras, el penacho invertido, no están barriendo arena sino espuma del mar. Se ve más blanca la espuma entre la negra tempestad. Las olas avanzan hasta el corazón del monte. Ramas desgajadas van a estrellarse contra las casuchas de los españoles: se las ve volar entre la fulguración de los relámpagos. Los riachuelos son avenidas de lodo, cadáveres, leños, hojarasca, que envuelven en inmundicia las copas de los más altos árboles. El mar sacude las carabelas ancladas al puerto con un furor que hace crujir los cascos, despedazarse los puentes, abajarse los mástiles. Cuatro naves tiene Colón y, de las cuatro, tres quedan en astillas. Cuando calma el viento, brilla el sol, se aquieta el mar, bajo el azul perfecto de un auténtico día tropical, Colón no ve sino árboles sucios, ramas caídas que ciegan los caminos, el destrozo de las naves. Los frailes murmuran: Castigo de Dios. Lo peor es que murmuran la verdad. Hay pintura de espanto en los rostros.

Resuelve el Almirante construir una barca con las tablas que logren pescarse del desastre. Será la primera carabela que se construya en el Nuevo Mundo para cruzar el Atlántico. Parece absurdo, pero se ponen a la obra.

Cada cual hace cuanto puede, y en la pequeña colonia se oyen martilleo, runrún de las sierras, palabrotas, trajín de un minúsculo astillero. Hay una esperanza que alienta a todos: la de que en esa nave volverán a España. Y así nace La India. Del naufragio, ¡claro!, se salva La Niña, y como llevadas una y otra de la mano, La Niña y La India salen para España.

Tres años y tres meses antes, el 15 de marzo de 1493, entraba Colón a España a coronarse de gloria. Los papagayos anunciaban su paso por las calles de Sevilla como alegre cartel de feria. No traía por compañeros marinos sino descubridores. Y como el otro Cristóbal, el santo, sobre los hombros llevaba un nuevo mundo. Su gozo era tal que le escribió a Santángel, el tesorero de la reina, una carta que terminaba así: «Celébrense procesiones: háganse fiestas solemnes: llénense los templos de ramas y flores: gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos, así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar la España sino toda la cristiandad».

Ahora Colón entra mohíno, cabizbajo. En las dos barquichuelas en que ha llegado vienen doscientos veinticinco cristianos, y los que sobreviven de treinta cautivos. De cómo cupo este número de personas en un par de naves

como La Niña, en donde sólo habían viajado antes dos docenas de marinos, es misterio que sólo aclara el ardiente deseo de abandonar el infierno de las Antillas. Aquellas gentes habían ido tras el paraíso que les pintó Colón. El cura Andrés Bernaldez, a cuyo techo se acoge el almirante, virrey y gobernador, lo ve llegar «vestido de unas ropas de color de hábito de San Francisco, de la observancia, y en la hechura poco menos que hábito, e un cordón de San Francisco por devoción». Cuando va a visitar a los reyes, echa por delante a sus indios. Trae una cadena de oro que pesa seiscientos castellanos, y cuando entra a las ciudades se la cuelga a uno de los indios por collar. Más parece Colón, con estas mercancías, buhonero o gitano que almirante y virrey.

Colón conserva el apoyo de los reyes. Pero no tiene el respaldo del pueblo. Ya no vuelve al Caribe con su flamante flota de diecisiete naves: con trabajo logra aparejar seis. No se agolpan en el puerto caballeros y peones pidiendo ser de la tripulación. Nadie quiere embarcarse. Es preciso recurrir a criminales que están en las cárceles. Se les ofrece la alternativa de seguir en los calabozos o irse a la aventura del Nuevo Mundo. Los bandidos, después de todo, son ilusos, y muchos aceptan la propuesta. Esta solución no tiene nada de extraño desde el punto de vista penal: por tradición, las galeras han sido cárceles flotantes y, con el tiempo, el ideal de Francia será enviar los condenados a pena perpetua justamente a las tierras que va a descubrir Colón. Lo curioso es que los Reyes Católicos patrocinan idea semejante. Ellos no ven en la conquista de las Indias

sino una empresa espiritual: llevar a ellas la suave luz del Evangelio. El papa les ha dado privilegio para que se enseñoreen de las tierras que descubran porque marchan a la cruzada de la fe. Pero, ¿en qué manos van a poner los reyes una obra tan piadosa y edificante? Responde a esta pregunta, con ácida ironía, el texto del indulto a los criminales: «Nos, queriendo proveer por ello, así por lo que cumple a la dicha conversión e población, como por usar de clemencia e piedad con nuestros súbditos, queremos e ordenamos que todos e cualesquier personas varones, e muchos nuestros súbditos naturales que hobieren cometido fasta el día de la publicación desta nuestra carta cualquier muerte o feridas, e otros cualesquier delitos de cualquier natura e calidad que sean, ecepto de heregía a Lesae Majestatis, o perdullones, o traición, o aleve, o muerte segura o fecha con fuego o con saeta, o crimen de falsa moneda o de sodomía, o hubieren sacado moneda de oro o plata, o otras cosas por nos vedadas fuera de nuestros reinos, que fueren a servir a la isla Española», pueden salir de la cárcel para las naves. Hablando en buen romance, es así como los reyes ponen al diablo a hacer hostias.

Y así se embarca Colón. En este tercer viaje va, de veras, a descubrir el continente. Hasta ahora lo único que ha visitado es ese collar de islas verdes que desde Guanahaní, en el norte, hasta la Marigalante y la Dominica en el sur, separan el mar Caribe del Atlántico. Pero al otro lado de las islas —nadie lo sabe hasta ahora— está el continente, la tierra firme, lo que será la América grande de los Andes, el Mississippi, el Amazonas, el Plata. Quien

primero pisará tierra, también va a ser Colón. Pero ya un Colón con los ojos cansados, recóndito, amargado, profético, que deja de ser una figura histórica para convertirse en un personaje de tragedia. Con su partida de asesinos y aventureros, inyectadas de sangre las pupilas, flotando al viento las largas caras en desorden, se alza en la proa como una transfiguración mística de la locura.

Ha sido él uno de esos sujetos que no hacen amigos. La sequedad que hay en el fondo de su alma no le permite ese acercamiento cordial y efusivo en donde los hombres se dan la mano porque sí. El espíritu de Cristóbal el desventurado no transita por los caminos humildes del corazón donde los buenos camaradas se unen bajo la sombra grata de la amistad. Colón no ha tenido amigos sino socios. O por una fatalidad de su destino, o por comunidad de sangre, quienes han sido sus palancas en la Corte, los hombres a quienes en primer término da cuenta de sus descubrimientos —antes que a la reina misma— son la flor de la vieja judería, Luis de Santángel, el tesorero de la reina, y Gabriel Sánchez, el tesorero de Aragón. Es un milagro que estos dos salven su propio pellejo, cuando de Santángel y Sánchez, sus parientes más cercanos —que llenan las páginas del Libro Verde de los judíos—, alimenta, ahora mismo, sus hogueras la Santa Inquisición. Y claro: estos dos hombres, que piensan a través de los signos aritméticos, son sus socios más que sus amigos. Y socios son los

Colones de su familia, y socios los genoveses a quienes quiere vincular a su empresa, por razones recónditas. En los españoles, que son la carne del descubrimiento, la entraña de las carabelas, el nervio de ese inmenso cuerpo que lucha por adueñarse del Nuevo Mundo, él no hace amistades. No las hace con los de abajo porque tiene delirio de gran señor. No las hace con los de arriba porque entre él y sus capitanes hay la distancia impuesta por sus reservas y suspicacias, la permanente ausencia de toda sencilla cordialidad.

Quien primero siente este vacío es él mismo. Él sabe que la propia reina no ha de colocarse a su lado en una lucha en que van formándose dos partidos: acá Colón, allá los castellanos. ¿A quién volver los ojos? A Dios. Pero a Dios con una pasión desesperada y supersticiosa, un poco improvisada e intelectual, vestida con profusión de palabras bíblicas. Quiere ser más católico que Isabel la Católica. E Isabel, que en medio de todo es una mujer de sentido común, ve que el hombre está enloquecido. Este es el fondo esquiliano del tercer viaje de Colón, que es el viaje en que descubre el continente.

De la primera tierra que divisa no se asoman en el horizonte sino las puntas de tres cerros. ¡Milagro! Ahí está el símbolo de la Santísima Trinidad. Y así queda bautizada la isla: Trinidad. Las otras que descubre, las dedica a la Virgen: la Asunción, la Concepción. Pero lo estupendo es que ya sus naves tocan, de verdad, la costa de Venezuela. ¡Al fin, continente! ¿El continente? No: Colón «tiene asentado en el ánimo que allí es el paraíso terrenal». Entre los padres de la Iglesia había sido tema de curiosas especulaciones

saber dónde estaba el paraíso. Ahora Colón ha descubierto el sitio exacto. Casi no tiene ni para qué demostrarlo: es patente. Él viaja llevado por la mano de Dios. Y da la nueva de que no es en forma de montaña áspera, como creen algunos teólogos, sino donde él ha visto un monte con figura de pezón de pera.

Por decir estas cosas que nadie, de la reina para abajo, cree, la carta que ha podido servir a Colón para que los letrados de Europa vieran en él al descubridor del nuevo mundo, la carta en que habla del «gran continente» pasa a ser papel de un insensato. Pedro Mártir dice que son «fábulas en que no hay que detenerse». Fernando, su hijo, las calla con piedad filial. Por ironía de la suerte, allí mismo donde Colón ve el paraíso tendrán su escenario, cuatro siglos más tarde, dramas que un escritor muy a tono con la realidad recogerá en un libro titulado *El paraíso del diablo*. Son las selvas que nosotros llamaremos el «infierno verde».

Y llega Colón a La Española. No va, como antes, al pueblo de La Isabela, que no existe. Va a Santo Domingo, que fundó otro. Lo que encuentra, en pocas palabras lo dirá luego su hijo: «Todas las familias de la Isla estaban en gran tumulto y sedición. Gran parte de la gente, de la que dejó, era ya muerta, y no habían quedado allí más que ciento sesenta hombres, llenos del mal francés».

La historia de este fracaso espectacular es, en parte, la historia del otro Colón: Bartolomé. El gobierno de Bartolomé en La Española había sido la catástrofe. Bartolomé era de otra madera que Cristóbal. Halló su paraíso en La

Española, haciéndole el amor a cierta cacica, de cuyo idilio se harán lenguas luego las historias pintando escenas de alegres jolgorios con bailes de mozas desnudas que sacudían guirnaldas de flores. Pero el idilio quedó cortado por la ruda realidad del gobierno. Empezó la gente a languidecer de hambre, y Francisco Roldán, alma atravesada, a nombre del “común” hizo la primera revolución del pueblo en América, esta vez contra la dictadura de los Colones. Cuando Cristóbal llega a Santo Domingo, Roldán y los suyos han sentado república aparte. Cristóbal no sabe qué hacer. Se humilla a Roldán. Se le entrega. Y de esta entrega nace una institución que formará luego la base de la política colonial en América: el repartimiento. Entre los propios alzados de Roldán, y para que vivan tranquilos del trabajo ajeno, reparte la tierra y sus indios. Y sobre la base de esta paz, que es una complicidad, Colón se ensoberbece y empieza a reprimir toda insubordinación con la horca. Ya no es él solo: son los tres Colones que respiran y descansan cuando por punta a punta de la ciudad se levantan las horcas, siempre con racimo.

Con dos ahorcados frescos les ve Bobadilla desde su nave. Es el juez que viene de parte de la reina y trae poderes bastantes para poner a raya a los Colones. Este va a ser el fin del tercer viaje. Los tres Colones: Cristóbal, Bartolomé y Diego, tras breve forcejeo, tienen que doblar la cerviz y entregarse en manos de la justicia. Y como la justicia española se hace con hierro y sangre, ese que una vez llegó a virrey, gobernador y almirante, ahora arrastrará cadena en la cárcel. Bobadilla no sólo ha encontrado las dos horcas

servidas sino diecisiete españoles que el almirante tenía listos, en un hoyo, para alimentar el lazo de nudo corredizo. Pero esto no es nada: todo el mundo declara contra Colón y sus hermanos, y a la queja menuda se agrega una acusación más seria: que Colón tiene concertado con los genoveses entregarles el mundo que ha descubierto.

Hay una serie de coincidencias que deben alimentar la sospecha del común. No ha habido viaje de Colón en que no traiga italiano a bordo: Jácome el Rico, de Génova, Antón de Calabria, Juan de Venecia, en el primer viaje; en el segundo: Michele de Cuneo, vecino de Génova, compañero suyo de la infancia; ahora, en el tercero, el genovés Juan Antonio Colombo, hijo de su tío Antonio, que entra a España enviado por sus hermanos genoveses, y ha llegado a Santo Domingo de capitán en una de las naves. Genovesa ha sido la casa de Centurione, que ha servido de intermediaria para entregar los fondos con que se hizo el tercer viaje. En Génova venden Pantaleón Italian y Centurión, el trigo de la orden de Calatrava, y sobre el crédito de estas ventas Colón gira para armar sus naves. Y él mismo, al salir de España, deja establecido en su testamento que se tome cierto porcentaje de sus entradas para que en el banco de San Jorge, en Génova, vaya formándose un fondo acumulativo que alivie de impuestos a los genoveses y mantenga con decoro la casa de los Colones en esa ciudad. A medida que Castilla se le va de entre las manos, Colón vuelve los ojos al viejo terruño de su patria.

Hasta dónde la murmuración de los descontentos deduce de estos hechos un cargo concreto contra Colón,

es asunto que nunca se sabrá. El proceso que le sigue Bobadilla, desaparece. El cura Bernáldez dice que unos le acusaron de que encubría el oro, y otros de que quería dar la isla a los genoveses; los frailes jerónimos escriben que los males de la isla vienen desde los tiempos del Almirante Colón, que las descubrió, «sobre el concierto que hizo con los ginoveses». Sea de ello lo que fuera, con cadenas llega Colón a España, enviado por el juez de la reina. Seis semanas tiene que esperar, hasta que viene la real orden para que se las quiten. Quiso antes hacerlo el capitán de la nave, pero Colón, que se complace un poco en hacer la víctima, «jamás lo consintió: no quería que otras personas que las mismas de sus altezas hiciesen sobre ello lo que les agradase; pues tenía determinado guardar los grillos para reliquias y memoria del premio de sus muchos servicios, y así lo hizo —concluye su hijo—, porque yo los vi siempre en su retrete, y quiso que fuesen enterrados con él».

A orillas de la isla de Jamaica viven unos náufragos. La mayor parte son niños de trece, catorce años. Se alimentan con cazabe, chicha, bollos de maíz que truecan con los indios por vidrios y cascabeles. Son los sobrevivientes de la última aventura de Colón; del cuarto viaje en que comenzó a soñar una vez que se vio libre de los fierros. El viaje ha sido lo que está a la vista. Un año, tres meses y cuatro días hace que salieron de Sevilla, Guadalquivir abajo. De entonces acá, sólo han conocido hambres, tempestades, guerras. En cuatro naves salieron: en dos llegaron a esta costa. Eran dos navíos «podridos, abrumados, todos fechos agujeros». Sólo sirvieron para transformarlos en dos casuchas. Ahí viven

todos. Es esta la orilla a donde nadie llega. Piensan que si hubiera un hombre temerario que se lanzara a la mar en una canoa para cruzarla e ir a La Española, quizás ablandara el corazón de piedra del gobernador y les tendiera la mano. Todos saben que, cuando venían de Sevilla, sorprendidos por la tormenta, quisieron tocar en la isla para pedir, por merced, un navío. Ni eso les permitió el gobernador. Colón no tenía derecho a pisar las tierras que había puesto en manos de sus reyes. Del envoltorio de cartas que mandó pidiendo auxilio, nunca supo ni si lo habían abierto.

Colón está en medio de este grupo de desesperados, mira sus miserias, se pasea por su propia alma, y comienza a desahogarse en un monólogo que unas veces arranca chispas de soberbia a sus ojos y otras los inunda en llanto. Año y medio pasó en la Corte, yendo como un perro tras los reyes, suplicando, demandando, prometiendo, hasta crear una última ilusión en la reina, que siempre acababa por creerle. Colón ha sido como un profeta cabalístico, y al fin nadie sabrá hasta dónde conoce los secretos del mundo, hasta dónde es un sonámbulo de su fantasía. Ya no hablaba de descubrir un nuevo mundo: eso estaba hecho. Ahora era algo, si se quiere, más extraordinario. Descubrir el estrecho que lleva al otro mar. Lo que durante cuatro siglos seguirían buscando las naciones hasta que la mano del hombre lo abra en Panamá: allí mismo donde Colón ha venido a buscarlo. Y con esta ilusión se armaron de máquinas de guerra las naves y se llenaron de viejos y de niños. Ciento cuarenta salieron de Sevilla. Qué diversos han sido estos viajes: en el primero salió Colón con los marinos más

arriesgados, en el segundo con gente de pro, en el tercero con asesinos, en el cuarto con niños. El cuento de sus tratos con los italianos debió de disiparse en la Corte: de hecho, no menos de siete genoveses han venido ahora con él, sin contar a uno de Milán. Si algo hubiera habido de cierto, no se los hubiera admitido en las naves. Y así llegó Colón a las tierras de Veragua, a Panamá. Encontró más oro en cuatro horas que en cuatro años se haya visto en La Española, y perdió sus naves. Oigámosle:

«En ochenta y ocho días de espantable tormenta no vide el sol, ni las estrellas del mar: los navíos tenía abiertos, rotas las velas, perdidas anclas y jarcias y barcas y bastimentos. La gente, enferma. Todos contritos, muchos con promesa de religión, habían llegado a se confesar los unos a los otros. Ahí estaba Fernando, mi hijo, con sus trece años. De verlo, el dolor me arrancaba el ánima. Yo había adolescido: de una camarilla que mandé facer sobre cubierta, mandaba la vía. Y pensar lo poco que me han aprovechado veinte años de servicio: no tengo en Castilla una teja; si quiero comer o dormir, al mesón, a la taberna, y a veces, falta hasta la blanca para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas: Diego mi hijo, que dejé en España, desposeído de honra y hacienda [...] Cariay, Veragua. ¡Las minas de oro, la provincia donde hay oro infinito, donde lo llevan las gentes adornándoles los pies y los brazos, y en él se enforran y guarnecen las arcas y las mesas! Las mujeres traían collares colgados de la cabeza a las espaldas. A diez jornadas está el Ganges. De Cariay a Veragua es tan cerca como de Pisa a Venecia. Yo todo esto

lo sabía: Por Tolomeo, por la Sacra Escritura; y se lo dije a la reina: son el sitio del paraíso terrenal [...] Bien fatigado estaba yo. Y los navíos, y la gente. Se me refresca del mal la lлага: nueve días anduve sin esperanza de vida. Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea, y hecha espuma. Aquella mar hecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso: un día con la noche ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los másteles y velas [...] Día de Navidad: mares desbastados en costa brava. Día de la Epifanía: llovió sin cesar. Enero 24: El río alto y fuerte quebróme las amarras. Envié hombres la tierra adentro: hallaron muchas minas. En toda parte había oro. En cuatro horas, todos habían cogido oro. Como mi gente era de la mar, y los más grumetes, nadie había visto minas, y los más ni oro [...] Vinieron los indios a matarnos. Tuvimos guerra. La mar se puso alta y fea. Yo estaba solo, afuera en una de las naves, con fiebre. Subí trabajando a lo más alto, llamando a voz temeroso, llorando, a los maestros, a todos los cuatro vientos, por socorro: mas nunca me respondieron. Cansado, me dormí. Una voz piadosa oí diciendo:

—¡Oh, estulto y tardo en creer y servir a tu Dios! ¿Qué hizo Él más por Moysés o por David, su siervo? Desque naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dio poder para ello. De los atamientos de la Mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves.

¿Qué hizo más al alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿No por David, que de pastor hizo rey de Judea? Tórnate a Él y conoce ya tu yerro; su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá a toda cosa grande; muchas heredades tiene Él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró a Isaac. ¿Y Sara, era moza?...

Yo, amortecido, oí todo. Acabó él de fablar, quien quiera que fuese, diciendo:

—No temas: confía. Todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.

Levantéme, y al cabo de nueve días hizo bonanza. Partí en nombre de la Santísima Trinidad la noche de Pascua, con los navíos podridos, abrumados, todos hechos agujeros. En Belén, dejé uno. En Belpuerto, otro. Partí para La Española. La mar brava me hizo fuerza. Volvía atrás sin velas. Había perdido los aparejos. Los navíos, horadados de gusanos, estaban más que un panal de abejas. La gente, acobardada [...] Y aquí estoy. Ninguno sabe dónde quedan las tierras que he visto, las tierras del oro. Sólo pueden certificar que han visto el oro, que en esta tierra de Veragua se vio más oro en dos días que en La Española en cuatro años. Las tierras no pueden ser más hermosas ni más labradas, ni la gente más cobarde, ni mejor el puerto, ni más fermoso el río. Tan señores son vuestras altezas de esto, como de Jerez o Toledo. De allí sacarán oro. El oro es excelentísimo, de él se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, llega a que echa las ánimas al paraíso. Del oro de Veragua llevaron 666 quintales a Salomón. De ese oro hizo 300 lanzas y 2000 escudos, y

fizo el tablado que habían de estar arriba de ellas de oro, y vasos muchos, muy grandes y ricos de piedras preciosas. David en su testamento dejó 3000 quintales de oro en las Indias a Salomón para ayuda de edificar el templo, y según Josefo era de estas mismas tierras. Hierusalem y el monte Sión han de ser reedificados por mano de cristianos. Quien lo haga ha de salir de España: el profeta le dijo al Abad Joaquín. Y ¿quién se ofrecerá para ello? Si Nuestro Señor me lleva a España yo me obligo [...] El oro que tiene el Quibian de Veragua, no me pareció bien de se lo tomar por vía de robo: la buena orden evitaría escándalo y mala fama, y hará que todo venga al tesoro que no quede un grano [...] No es este hijo para dar a criar a madrastra. No es razón que quien ha sido tan contrario a esta negociación la goce, ni sus hijos. Los que se fueron de las Indias fuyendo los trabajos y diciendo mal de ellas y de mí, volvieron con cargos. Este temor me hizo suplicar antes que viniese que me las dejasen gobernar en su real nombre: plúgoles a vuestras magestades: la escritura largamente lo dice. Siete años anduve en la corte que a cuantos se habló de esta empresa, todos dijeron que era burla: agora, fasta los sastres suplican por descubrir.

Creen que van a saltar, y se las otorgan con perjuicio de mi honra y daño del negocio. Yo fui preso y echado con dos hermanos en navío, cargados de fierros y desnudos. Agora no tengo cabello en mi persona que no sea cano, y el cuerpo enfermo. La restitución de mi honra y el castigo de quien lo fizo, hará sonar su real nobleza [...] Afrenta tan desigual no da lugar al ánima que calle: suplico a vuestras

altezas me perdonen. He llorado hasta aquí a otros: haya ahora misericordia en el cielo y llore por mí la tierra...».

Con estas mismas palabras, pasa al papel Colón su soliloquio y lo envía como carta a los reyes. Locura no es pensar estas cosas: locura es escribirlas, y más locura enderezárselas a los reyes, sin otra base debajo de los pies que las cuatro tablas de un naufragio. Pero así es Colón. Y al lado de Colón, hay otro loco: Diego Méndez. Diego Méndez va a llevar la carta. Diego Méndez clava un palo en una canoa grande, amarra un trapo y así se lanza a la mar que ya sabemos, como si fuera por un lago tranquilo en el más gentil velero. No es la primera hazaña de este hombre singular, cuya vida merece libros. Más atrevimiento fue meterse solo hasta la tienda del cacique en Panamá, cuando los indios amenazaban guerra, para saber el secreto de sus intenciones. Méndez no es un soldado, no es un marino, sino un filósofo. Es un lector de Erasmo. El único tesoro que encontrarán sus hijos, cuando muera, será un estantito de libros, casi todos de quien escribió, precisamente, el *Elogio de la locura*. Este es el hombre que ven salir los naufragos, con un puñado de indios por bogas. Colón ha encontrado, en este borde de la muerte, al fin, un amigo. Y este amigo llega a La Española. Siete meses le retiene prisionero el gobernador. El gobernador se goza en las desgracias de Colón. En Jamaica, Colón y sus naufragos piensan si Diego Méndez ha muerto. No. No ha muerto. Porfía. Sale de la cárcel, y se pasa las semanas y los meses mirando al horizonte, hasta que ve venir unas naves de

España. En una de esas naves, por obra de Diego Méndez, vuelve Colón a España.

De este Diego Méndez hay que decir dos palabras más, porque es la imagen de muchos otros que luego vendrán a dejar pedazos de su vida en estas tierras. El hombre llegó a España, como Colón, y Colón se lo encomendó a Diego su hijo. Pasan los años. Diego llega a gobernar en las Indias, no tanto por ser hijo de su padre, como por haberse agarrado a las faldas de una dama de la Corte, a quien hace su esposa. Y se hace, pues, señor de la isla. En cuanto lo es, con muy gentil cortesanía vuelve las espaldas al Diego Méndez y le deja con la mano suplicante... Méndez muere olvidado. En su testamento, sólo pide que pongan una piedra en la cabecera de su tumba y graben en ella una canoa, y que debajo, en letras muy claras, se lea: *canoas...*

Volvamos a Colón. Regresa a España. Hay una esperanza que le alienta: ver a su reina. Él lo sabe muy bien: la reina se lo devolverá todo, le dará la mano, castigará a sus enemigos.

Cuando salta a tierra, quizá lo primero que pregunta es: «Y la Reina, ¿dónde está? ¿Por dónde anda la Corte?». «La reina está agonizando...». La reina va a morir y, claro, no dejan que este loco la importune. No la verá ya más. Muere. Ahora tendrá que habérselas con Fernando de Aragón. Recrudecida la gota en Colón, no sabe cómo ir a la Corte. Piensa que la catedral de Sevilla le alquile un magnífico Catafalco que se había usado en los funerales del duque del infantado. No ha podido escoger mejor carroza el señor Almirante. Pero, luego pasa a un plano

más humilde: solicitar un permiso del rey para cabalgar una mula. Sólo los obispos andan en mula. Pasa el tiempo y el permiso no llega. El Almirante ve acercarse la muerte. Escribe cartas. Sobre lo de la mula, sobre lo de sus hijos, sobre lo de sus negocios. Una de las últimas habrá de leerse más tarde como fino toque de ironía: en ella recomienda a su hijo la persona de Américo Vespucci. El Almirante quiere ayudar a este amigo italiano, persona excelente, cuyos servicios merecen mejor paga de la que ha tenido.

La verdad es que el rey Fernando de Aragón anda ahora en un negocio más importante: va a casarse con una alegre chica de dieciocho años, para hacer menos duro su propio duelo. Es germana, que en la Corte de Francia se ha educado para vivir placenteramente. España es ahora una gallera; todo son intrigas y dobleces. Felipe el Hermoso entra violando sus compromisos, a ponerle la mano al reino de Castilla. Va con su mujer, Juana, loca de atar. Fernando no puede ver a su yerno. El yerno no puede ver al suegro. El padre no puede abrazar a su hija —Felipe no se lo permite—. En cada cortesano de Castilla hay un traidor escondido. Mucho es que Fernando, al fin, logre concederle una cosa a Colón: el permiso de la mula. Y entre la cuestión de la mula, el dolor de la gota, la boda del viejo Fernando y la muchacha, las traiciones del rey Hermoso, las melancolías de Juana y las nuevas noticias de América que en manos de otros más violentos y menos quejumbrosos empieza a derramar perlas sobre España, Cristóbal Colón muere de cualquier modo, no muy mal de dineros, pero sin amigos. Recibe una sepultura silenciosa,

que se abre bajo los ojos de las cuatro o cinco personas que han ido a acompañarle, y que se cierra para verdadero descanso de tan inquieto marino. Este es su quinto viaje: su viaje de verdad al paraíso. Una sola navecilla, un sólo tripulante, y cuatro o cinco compañeros que le dicen muy quedo, desde la orilla: Adiós, mi Capitán.

Bien conozco que toda comparación es odiosa para algunos de los que escuchan lo que no querrían oír; e assi acaescerá a algunos letores secilianos e ingleses con este mi tractado, en especial con lo que podrán ver en este capítulo, en el qual torno a decir lo que he dicho y escrito otras veces, y es: que si un príncipe no tuviese más señorío que aquesta sola isla (La Hespaniola), en breve tiempo sería tal, que hiciese ventaja a las islas de Secilia e Inglaterra; porque lo que aquí sobra, a otras provincias haría muy ricas.

OVIEDO

▪ SANTO DOMINGO, O EL MUNDO QUE NACE

POR FORTUNA, EL NUEVO MUNDO no es como lo pinta Colón en sus últimas cartas. Aquí hay algo más que lágrimas y exclamaciones bíblicas. La vida es sensual, a veces alegre y liviana. A las guerras y trabajos suceden algunas compensaciones de mayor atractivo que los naufragios y locuras del Almirante. Y así, capricho es de la suerte, la única pintura del Nuevo Mundo que no gusta es la de su propio descubridor. Es una pintura que no tiene *sex appeal*. Y lo singular es que él no la hace de otro modo porque le falte talento para la picaresca, que a veces se le escapan en las cartas unas líneas que, ¡válgame Dios! Ni que no hubiera visto cosas como para ejercitarse en las descripciones que hacen las delicias de cuantos leen a Américo Vespucci. Samuel Eliot Morison, que sigue sus pasos con minuciosa exactitud, dice: «Ha tenido que ocurrir mucho entretenimiento entre los hombres de mar y las muchachas de las islas, ya que las costumbres de estas islas son enteramente promiscuas». Pero agrega: «Colón, sin embargo, no dice nada de esto, ya que su diario está calculado para

ser puesto bajo los ojos de una reina recatada». Este es el punto fundamental. Además, Colón representa en la literatura del descubrimiento no a la España que empieza a despertar con liviandad del espíritu, sino a la España que se entierra con la reina Isabel. Una España sin Renacimientos pecaminosos, sin libertades ni licencias: la España cruzada que se oye a lo lejos como el zumbido de un coro de frailes. Colón, temeroso de decir cualquier disparate que le muestre heterodoxo, se anticipa a aplicar la fórmula de Gracián Dantisco sobre el arte de hacer relatos para el consumo interno de Castilla: «Procure el gentilhombre que se pone a contar algún cuento o fábula, que sea tal, que no tenga palabras deshonestas, ni sucias, ni tan puercas, que puedan causar asco a quien las oye, pues se puede decir por rodeos y términos limpios y honestos, sin nombrar claramente cosas semejantes, especialmente si en el auditorio hubiese mujeres».

Pero digámoslo todo de una vez: que ni España es por el momento como Colón lo piensa, ni el Nuevo Mundo como él lo pinta. Y la historia y la vida pueden arreglarse sin tantas bregas ni circunloquios como los que él ha buscado.

Cuando muere la reina Isabel, cuando Colón muere, España entra en un periodo de descuadernamiento. La reina Isabel, cuando cazó a Fernando y con él se casó, hizo un milagro: coser los retazos de reinos que eran España, para hacer una gran nación. Antes de Isabel había que leer

las historias sueltas de Castilla, de Navarra, de Aragón, de Granada. Todo aquello lo ató la reina, como un cinturón, sobre sus faldas. Pero en cuanto la reina da el último traspie y rueda al sepulcro, que de apetitos se levantan, qué pasiones más ligeras las que explotan para que salte en pedazos la nación española. Sobre la que había sido una austera y paupérrima Castilla, caen pájaros de rapiña, águilas de Austria, y aun cierto pajarillo picoteador que llega de Francia, para cantar al oído del viejo don Fernando el Católico las más dulces melodías. Jamás se había visto por estas cortes nada tan internacional. Los muchachos leen a Erasmo, y en la Corte se oyen idiomas rarísimos.

Nada pinta mejor esta breve escena del drama español que la entrevista de Fernando el Católico con su yerno Felipe el Hermoso. Ocurre en Sanabria. Fernando quedó por regente de Castilla al morir la reina, pero heredera del trono es Juana, su hija, que está loca, y Felipe su marido, que es hermoso. Los castellanos estimulan la venida de Felipe y Juana para que tomen el gobierno de Castilla. Les carga la regencia de Fernando, por aragonés, y piensan que en un cambio de gobierno los listos pueden pescar algo mejor. Felipe no necesitaba de estímulos. Ardientemente quería verse coronado. Y violando algún tratado, y promesas, y palabras de honor, entra armado de todas las armas a ponerle la mano al reino. Viene de Flandes. Los cortesanos de Castilla se apresuran a rodearle con

ese calor delicioso que dan los abrigos de la Corte. El rey Fernando, que con Isabel había encumbrado a España, en donde estaba, contempla hoy el desgranarse de sus amigos para formar mazorca con el recién venido. Menos mal que Fernando tiene cierta grandeza.

Conviene en verse todos en Sanabria para liquidar el negocio en santa paz. Sin embargo, Felipe entra al campo en su caballo de guerra, con armadura resplandeciente, y sus guardias bien montados en corceles. Le preceden los soldados alemanes, en línea de batalla. Luego, los brillantes escuadrones de la caballería castellana. Por la otra punta del campo va entrando el suegro, tranquilo. En man-sas mulas cabalgando vienen los doscientos nobles de su cortejo. Fernando trae capa negra y un gorro al uso de Aragón. Sonríe un poco al ver la máquina de su yerno. Y más cuando empieza a saludar examigos. Abraza a Garcilaso de la Vega, su viejo ministro en Roma: el abrazo resulta embarazoso, porque bajo los terciopelos cortesanos trae disimulada la cota de malla, para por si acaso... La situación se resuelve con una sonrisa, porque le dice el rey: —Felicitos, Garcilaso, porque os encuentro mucho más robusto que cuando os estreché contra mi pecho la última vez...

Pero no hay nada que hacer. Felipe el Hermoso carga con Castilla, y Fernando vuelve grupas camino de Aragón. España se abre en dos mitades. En la parte de Castilla queda un rey fanfarrón y una reina loca. En la de Aragón,

un rey de cincuenta y tres años, casado con una chica de dieciocho. A esta, unos la encuentran bonita, otros fea, pero todos agraciada. Más aún, patialegre, no obstante ciertas diferencias de sus remos inferiores, o quizá por esto mismo. Dice un cronista que Fernando casó por remozar su vieja sangre con la juventud de su sobrina. Y de ella agrega:

Era la reina poco hermosa, algo coxa, amiga mucho de holgarse, y andar en banquetes, y huertas y jardines y fiestas. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos, y aun sus reyes, muy moderados en esto. La que más gastaba en fiestas y banquetes con ella, era su más amiga. Año de 1511, le hicieron en Burgos un banquete, que de sólo rábanos gastaron 11.000 maravedís. De este desorden tan grande se siguieron muertes y pependencias, que a muchos les causaba la muerte el demasiado comer.

No hay duda de que en España nace un Nuevo Mundo. Por el momento nadie sabe quién va a dominar en él, si el espíritu de los advenedizos o el de la tierra. Del otro lado del mar nace también otro mundo. En este, con los cambios de reyes en España, los ánimos están suspensos. Se necesita vivir bajo la amenaza de ese misterio que se llama «el favor de la corte», para entender muchos capítulos en la historia del mar Caribe. Pero por encima de la política está la vida. El Caribe va ensanchándose, van descubriéndose sus contornos bajo la luz de la violencia que encienden los conquistadores atrevidos. La isla de Santo Domingo, o La Española, surge como imagen de todas las colonias futuras que España tenga en América. En pequeño, se desarrolla en

ella todo el drama. Quien conozca sus intimidades, en los primeros cincuenta años, puede decir que ha visto, condensada, la vida de la América colonial. Que es, por otra parte, historia de siete colores. Parece la estampa de un papagayo.

Santo Domingo es la primera ciudad estable que fundan los europeos en América. Ahí se instala el primer gobierno, como si dijéramos: la Corte. El gobernador, que muy pronto se llamará «virrey», vive en su «palacio». Fernando Colón cuenta que el gobernador Bobadilla ha tenido la desvergüenza de alojarse en el «palacio» de su tío. El gobernador pacta la paz con los «reyes» o «reinas» de las naciones indígenas, o les hace la guerra. Para el lector de tiempos posteriores, estas palabras resultarán un tanto confusas. Una reina es, en realidad, una cacica. Un palacio, una choza. Una ciudad, lugar donde se reúnen cien o doscientos españoles con sus criados cobrizos o sus esclavos negros. Viene un huracán, carga con la pala de los techos, arranca las estacas en que se tienen las paredes, y se lleva la ciudad que ha fundado Bartolomé Colón. Ovando, el nuevo gobernador, la hace otra vez. La hace con casas de piedra: no más castillos en el aire. Traza calles muy derechas. Se perfilan los edificios que son fundamentales para una ciudad a la española: iglesia, fortaleza, hospital y cárcel. Luego vendrán catedral y universidad. En todas estas palabras, que hay que seguir oyendo con reservas, está el ingenuo orgullo de esos hombres que, puestos en medio de temporales y flechas, modelan con sus manos nuevas repúblicas. Ellos las palpan gozosos. La fe de su voluntad creadora desarma cualquier comentario burlón.

Y Hernández de Oviedo, el primero que describe la ciudad, dice: —En cuanto a los edificios, ningún pueblo de España, tanto por tanto, aunque sea Barcelona, la cual yo he visto muy bien muchas veces le hace ventaja: todas las casas de Santo Domingo son de piedra como las de Barcelona, o de tan hermosas tapias y tan fuertes, que es muy singular argamasa: y el asiento, mejor que el de Barcelona, porque las calles son tanto y más llanas y muy más anchas, y sin comparación, más derechas.

Por esas calles empiezan a verse los tres colores de la bandera del Nuevo Mundo: el del indio, el del español, el del africano. Los indios son de color «loro claro». Andan vestidos de aire y sol. En sus ejércitos y guerras, llevan las barrigas por rodela. Los españoles son gente de armas, pero se dice que va llegando cada día mayor número de hidalgos. Hidalgo quiere decir, propiamente, hijo de padre conocido, como para diferenciarlo del que es un poco menos que bastardo. Sin embargo, la excelencia de los reyes ha tenido a bien ordenar a las justicias que las personas que hayan cometido delitos graves, que no merezcan pena de muerte, se condenen y destierren a la isla La Española, donde vivirán libres y en paz. Lo único que preocupa a la corona es que a La Española no lleguen moros, ni herejes, ni judíos, ni reconciliados, ni personas nuevamente convertidas a nuestra santa fe, «salvo si fueren esclavos negros o otros esclavos». Cada castellano que se embarca para La Española puede, al principio, traer una esclava. Luego, hasta veinte. Todos quieren tener sus esclavos, y es lo más natural. El padre Las Casas lo pide al

rey con entusiasmo. Los padres jerónimos sugieren armar expediciones para cazarlos en Cabo Verde o Guinea. Fray Bernardino de Manzedo escribe: «Todos los vecinos de La Española suplican a V. A. les mande dar licencia para llevar negros: nos pareció a todos que era muy bien que se llevasen con tanto que sean tantas hembras como varones y que sean bozales y no criados en Castilla, porque estos salen bellacos».

La vida se organiza. Nicolás de Ovando —¿para qué negarlo?— es Gobernador con mayúscula. Español que le va resultando demasiado inquieto, con dulces palabras lo llama, con suave mano lo lleva a una nave y lo devuelve a España. Para los frailes que comienzan a llegar, abre conventos. Inicia lo del hospital. Las tierras, con sus indios, las reparte entre los de Castilla: a este cincuenta indios a aquel ciento. Cada cual hace que los indios le trabajen hasta reventar. El resultado no es malo: empiezan a verdear los cañaduzales, a herirse los aires con el grito de los capataces, que arrean caballos en los trapiches donde chorrea la miel y se fabrican enormes panes de azúcar. Algo de oro se saca en limpio. Las mujeres de los señores, unas blancas, otras de color claro, se engalanan. Hay fundiciones de oro y permiso para que cuando se esté fundiendo puedan hacerse cadenas y joyas de oro labrado a martillo, sin soldadura, para que cada cual pueda ataviarse de acuerdo con su calidad. Los hidalgos viven una vida deliciosa, asaltando indias, barajando naipes, sacando al aire sus cuchillos; jugando a las cañas en los briosos alazanes andaluces. Por todas partes se ven caballos, perros, cerdos, cabras y gallinas. Hasta

los frailes encuentran un campo incomparable para sus labores: tienen repartimiento de indios, como los señores, y casan, bautizan, predicán. Los franciscanos hacen sermones contra los dominicos y los dominicos contra los franciscanos —franciscos, como ellos dicen—, con tal entusiasmo que cada orden acaba mandando un delegado a la Corte para que el rey calle a los contrarios.

Las indias son mansas y desenvueltas. Al gobernador le han cantado y bailado areitos, que es una de las diversiones más deliciosas del mundo. La reina Anacaona organizó su fiesta, con trescientas doncellas. Anacaona es «graciosa y palanciana en sus hablas y artes y movimientos, amicísima de los cristianos». Los areitos se bailan cantando. Cogiéndose de las manos unas veces, otras con los brazos ensartados, en fila o en corro, todas repiten cuanto hace la que va guiándolas, que avanza o retrocede a contrapás, todo en mucho orden, cantando unas veces alto, otras bajo, mientras retumban los tambores. En sus cantos, relatan sucesos y leyendas de la tribu, y lo hacen tan bien, que dicen los españoles: «Nos recuerdan los cantares y danzas de los labradores, cuando en algunas partes de España, en verano, con los panderos, hombres y mujeres se solazan».

Los castellanos más mozos, aun los menos, encuentran estrechas calles y contornos de la ciudad: salen a medir tierras con sus lanzas. Son tipos que, como cualquier don Nadie, salieron de España. Aquí se alzan hasta tocar las nubes como inmensos figurones de la historia. Uno de estos mozos es Juan Ponce de León: conquistará la isla de San Juan, descubrirá la Florida. Otro primer conquistador de

mozas en España, pasará en breve a ser el primer conquistador de Indias: Hernán Cortés. Y así todos. Por estas calles y casas de Santo Domingo, se ven amansando caballos, durmiendo a pierna suelta en las hamacas, platicando en misteriosos conciliábulos, trayendo nuevas, contando maravillas. La sed de aventuras les va disparando a los cuatro vientos. Aquí han llegado Juan de la Cosa, Vespucci y Alonso de Hojeda con el cuento de que descubrieron la Isla de los Gigantes. Vicente Yáñez Pinzón, con que vio la boca del Amazonas. Bastidas, con que ha recorrido la costa, desde Venezuela hasta Panamá, por donde no pasó Colón. De aquí sale Balboa a descubrir el mar Pacífico. Pizarro a conquistar el Perú, Heredia a fundar Cartagena, Días de Solís a descubrir el mar de su nombre y a morir en el Río de la Plata, Sebastián del Campo y Diego Velásquez a reconocer a Cuba como una isla y gobernarla. Para todos ellos, Santo Domingo es la universidad, el periódico, la taberna del chisme y la noticia secreta, la tertulia donde el corazón palpita con violencia. Aquí se hacen las primeras armas, se matan los primeros indios, se recoge y juega el primer oro. A veces relampaguean al aire los puñales: más comúnmente, las blasfemias.

Un día llegan a la ciudad Alonso Niño y Cristóbal Guerra. Del viaje maravilloso que han hecho podría componerse un libro estupendo. Con treinta y un hombres, en una sola nave, salieron de España. Por ciertas líneas de una carta de

Colón habían sabido de las perlas de Venezuela, y a buscarlas vinieron. Las que han recogido son para enloquecer a cualquiera. Los de Santo Domingo las miran exaltados: hay algunas tan gruesas como avellanas. Y dejándolos así, Niño y Guerra siguen para España. Desembarcan en un puerto de Galicia. Ciento cincuenta marcos de perlas muestran a sus compatriotas. Bajan, dice el cronista, «cargados de perlas, cual pudieran de paja». Más decisivo que las cartas de Colón, es este viaje de la carabela solitaria, que sólo ha durado sesenta y un días.

En Santo Domingo no hay quien no salga a rescatar perlas. Hasta los dominicos y franciscanos cruzan el mar y se quedan en Venezuela. Cuando sus colegas, los frailes jerónimos, llegan luego a practicarles visita en nombre del rey, los encuentran instalados y dispuestos a poner su casa en orden como Dios manda. «Ciertas cosas para la sacristía nos demandaron los padres franciscanos, de que decían haver en aquella tierra necesidad, y también así ellos como los dominicos nos pidieron ciertas piezas de artillería, y pólvora y otras armas...».

Mientras los españoles se alegran los indios se fastidian. No les dejan tranquilas a sus mujeres. A ellos, los mandan a las minas por «una demora», que son ocho meses de trabajo, y a ellas, las dejan para agarrarlas. Cuando regresan, encuentran sus hogares en ruinas. Las mujeres, antes que criar hijos para esclavos, los matan al nacer. Centenares

de indios mueren en los trabajos forzados. Otros se suicidan. Un indio convida a sus compañeros a hacer la guerra porque el juez, a quien se ha quejado de que un español abusa de su mujer, le responde con un puntapié. Un español, por distraerse, azuza a su perro contra un cacique, y el perro, en obra de segundos, saca al indio las entrañas. Los súbditos del cacique se alzan contra el español. Los dominicos, defendiendo a los indios, ponen el grito en el cielo. Los franciscanos se hacen al partido de los españoles. Que Dios me perdone si es un mal pensamiento —murmura Las Casas—, pero los franciscanos tienen repartimiento... Y así se levanta una polvareda de prédicas, a coro con el vozarrón de los capataces. Santo Domingo es un centro de educación física y de ejercicios espirituales.

El gobernador no quiere escándalos ni desórdenes. Ha venido para que todo esté a codal y escuadra. Ve lo que está ocurriendo y reflexiona: lo mejor es empezar por la cabeza. Ofrece un agasajo a la reina Anacaona —la de los areitos y meneos— y a sus caciques. Les va a hacer, frente al palacio de la reina, una gran fiesta a la española, en que los caballeros jugarán a las cañas. Gran entusiasmo entre los indios. La reina y sus caciques, pintándose de rojo y negro, se preparan a presenciar el gentil torneo. Los españoles sólo esperan la señal del gobernador. Saludos, sonrisas, lindas cabriolas de los caballos. Ovando se lleva la mano al pecho, sobre la cruz de Calatrava. Es la señal. Los caballeros españoles se precipitan al palacio, acuchillan a todos los caciques, y sólo se reservan a Anacaona. Para honrarla mejor, la ahorcan en la plaza. «El castigo fue tan espantable cosa para

los indios, que de ahí en adelante asentaron el pie llano, y en memoria de aquesto fundó el gobernador una villa que se llamó Santa María de la Vera Paz». Dice el cronista Oviedo: el gobernador era «muy devoto e gran christiano, e muy limosnero e piadoso con los pobres: manso y bien hablado con todos. Favoreció a los indios mucho, e a todos los christianos; trató como padre a todos e a todos enseñaba a bien vivir: como caballero religioso y de mucha prudencia, tuvo la tierra en mucha paz y sosiego».

Son cosas que pasan. No pueden ayuntarse indios y blancos, siervos y señores, y esclavos de África en una sociedad nueva, sin que ocurran escaramuzas. Los indios disminuyen, pero se traen otros frescos de las Lucayas. La ciudad se ve mejor cada día, con su hermoso río al frente, por donde entran los barcos de España, con pólvora, ajos y aceites, y salen cargados de azúcar, oro y perlas. A veces se indigna el rey con las noticias que le llevan los dominicos, pero siempre se alegra cuando recibe barras de oro, marcos de perlas. La isla no es una maravilla de minas, pero la máquina de la servidumbre hace que salga el oro a viva fuerza. El tesorero de Santo Domingo enriquece hasta perder la cabeza: un día pone en el banquete, en vez de sal, polvo de oro en los saleros. Con esto, aun el ceño más fruncido se desnubla.

Ahora llega una flota mayor. Las naves traen algo más importante: virrey. Ha logrado al fin don Diego Colón que le den este gobierno. Su mujer es doña María de Toledo, de las grandes de España. Y doña María llega como toda una señora virreina, con muchas damas, todas doncellas, y letrados. El virrey es de buena estampa, alto y de señorío. La virreina, activa y con la cabeza en su puesto. Ahora todos van a ver cómo es una Corte: van a verla los hidalgos y pícaros venidos de España, y los negros y las indias que aún quedan para bailar y cantar areitos. Los virreyes se instalan al principio en la fortaleza, pero luego construyen «palacio». Esta vez, de verdad: cuatro siglos pasarán sobre sus piedras, y ahí estarán las piedras proclamándolo. Para que el rey sepa de esta fábrica se la describe quien la ha visto: «La casa es tal, que ninguna sé yo de España de un cuarto que tal tenga, toda de piedra y muy buenas piezas y muchas, y de la más hermosa vista de mar y tierra que se puede; V. M. podría estar aposentado en ella como en una de las más cumplidas casas de Castilla».

No podía ser de otra manera. El hijo de quien descubrió la tierra, al fin respira, se ve honrado, se siente grande como un rey. Es una copia en miniatura del de Castilla y Aragón. La virreina va casando a las doncellas que trajo con los más ricos de los encomenderos. Son los primeros arbolillos genealógicos, que ella misma siembra, riega, poda y ve crecer con vigoroso entusiasmo maternal. El virrey tiene tierras, esclavos, trapiche: ve escurrir la miel de las cañas como la primera almíbar de su vida.

Don Diego es hombre resuelto, tiene su carácter, se hace a sus enemigos. No puede ver que nadie, si no es el hijo de su padre, venga a descubrir sin su permiso. Una vez en Castilla le armó guerra al propio Fernando de Magallanes, que armaba su flota a nombre del rey. Ahora, en Santo Domingo, su soberbia es aún mayor. El rey ve crecer en insolencia al cachorrillo que tuvo de niño en la Corte por su paje. Un día se ve obligado a tirarle de las orejas: «Me maravillo —le escribe— mucho de vos agraviaros porque yo escribo a vos y a los oficiales en cosa de gobernación juntamente, porque todos los que yo he visto en gobernaciones suelen holgar de tener quien los aconseje. Vos sabéis muy bien que cuando la reina, que santa gloria haya, y yo, enviamos al comendador Ovando por gobernador de esa isla, a causa del mal recaudo que vuestro padre se dio en ese cargo que vos ahora tenéis, estaba toda alzada, perdida, sin ningún provecho. Mucho vos ruego y encargo que de aquí adelante obréis de manera que sea excusado mandarnos escribir yo cartas tales como esta...».

Bajo la mano dura de los nuevos amos, la paz se consolida. Lo que hizo el gobernador Ovando no pudo estar mejor dispuesto: con el cuerpo de la reina Anacaona moviéndose al aire, los indios doblaron la cabeza. Si algunas veces se esconden en los montes, los perros los sacan en pedazos. Pero ahora acontece algo nuevo a don Diego Colón: la rebelión de los negros, que empieza por los veinte esclavos de su ingenio. En el segundo día de la Navidad de Cristo, que es tiempo de esperanza y ensueño, estos negros huyen y van a confabularse con los de los ingenios vecinos.

Aunque es demasiado temprano en el mundo para pensar en ser libres, ellos lo intentan. De ingenio en ingenio van cantando a guerra. Los primeros cristianos que les salen al paso, caen en el encuentro. Cuando don Diego Colón lo sabe, monta su caballo y sale con todos los caballeros e hidalgos. Aquello parece convite a caza de jabalí. Los perros olfatean, ladran, mueven la cola. Encabritanse y relinchan los caballos. Y, como en una estampa inglesa, la virreina ve el cuadro de la partida con dulce satisfacción de señorío. Los indios miran y callan. Los negros andan por los montes.

Que ya han muerto a nueve cristianos. Que asaltaron el hato de Melchior de Castro. Que tienen ofrecido pasar a cuchillo a todos los blancos de la villa de Azú. Don Diego y sus caballeros querrían tuviesen alas los caballos para ir a reparar tamañas insolencias. Melchior de Castro no puede más. Le hierva la sangre en la cabeza, y en su pecho es como si bramaran todas las vacas de su hato: se adelanta a don Diego. Organiza y da la batalla. Oviedo la relata en una página que es todo un gobelino del más perfecto dibujo medieval:

«Al tiempo que el lucero del día salía del horizonte se hallaron a par de los negros. Determinaron de romper con ellos, e abrazaron sus adargas, y puestas sus lanzas de encuentro llamando a Dios y al apóstol Santiago, todos doce de a caballo, hechos un escuadrón, de pocos jinetes en número, pero de animosos varones, estribera con estribera, a rienda tendida, dieron por medio de batallón con toda aquella gente negra, que los atendió con mucho ánimo

para resistir al ímpetu de los cristianos; pero los caballeros lo rompieron, e pasaron de la otra parte. E deste primer encuentro cayeron algunos esclavos pero no dejaron de juntarse en continente, tirando muchas piedras, y varas, y dardos, e con otra mayor grita atendieron al segundo encuentro de los caballeros cristianos. El cual no se les dilató, porque no obstante su resistencia de muchas varas tostadas que lanzaban, revolvieron luego los de caballo sobre ellos con el mismo apellido de Santiago, e con mucho denuedo dando en ellos, los tornaron a romper pasando por medio de los rebeldes: los cuales negros viéndose tan improviso apartados unos de otros y con tanta determinación de tan pocos y tan valientes caballeros acometidos y desbaratados, no osaron esperar el tercer encuentro, que ya se ponía en ejecución. E volvieron las espaldas, puestos en huida por unas peñas y riscos que había cerca de donde este vencimiento pasó, y quedó en el campo y la victoria por los cristianos, e allí tendidos muertos seis negros, e fueron heridos dellos otros muchos; y al dicho Melchior de Castro le pasaron el brazo izquierdo con una vara. E los vencedores quedaron allí en el campo hasta que fue de día, porque como era de noche y muy oscuro, y la tierra áspera y arborada en partes, no pudieron ver a los que huían».

El virrey ha quedado satisfecho. Sus caballeros persiguen por montes y quebradas a los derrotados de la víspera. Uno a uno van cayendo, y a trechos quedan sembrados por el camino en muchas horcas. Torna don Diego a la ciudad. Doña María de Toledo le estrecha en sus robustos brazos. Los caballeros se acarician las barbas de negra espuma. Este

virrey —anota el cronista— ha cumplido muy bien con el servicio de Dios y de sus majestades: quedaron penitenciados los negros levantiscos, y los demás espantados y advertidos.

No pasa mucho tiempo y llegan a Santo Domingo, con mucho poder, los frailes jerónimos. Como en España unos días manda Fernando, otros Felipe, luego el cardenal Cisneros, enseguida Carlos V, y siempre algún ministro que está por encima de los propios reyes, por Santo Domingo van desfilando las gentes más diversas. Gobernador que llega, es enemigo que ha triunfado sobre el anterior, y anuncio de cambio de viento en la Corte, que para en huracán en las Antillas. Ahora, fray Bartolomé de Las Casas ha cantado la doctrina en Castilla. Con su locuacidad desbordante, sus incontenibles pasiones y esas pinturas tan tiernas que hace de indios infelices acuchillados por carniceros españoles, saca en limpio que se envíen a estos frailes y que en Castilla se redacte un proyecto de república ideal, una Utopía, de donde luego tomaron inspiración los jesuitas para el estado comunista del Paraguay. Traen instrucciones los frailes de hacer un censo general de indios y agruparlos en pueblos de trescientas almas, que se fundarán donde haya aguas claras, buen monte, verdes pastos. Cada familia tendrá casa grande, tierras para sembrar yuca y maíz, y doce gallinas y un gallo. Habrá en cada pueblo iglesia, hospital, casa para el cacique. Se hará que todos anden

vestidos, duerman en camas y no coman en el suelo. Que cada uno sea contento con tener a su mujer. Cada pueblo tendrá bienes comunales, ejidos donde pascen el ganado, y diez o doce yeguas, cincuenta vacas, quinientos puercos y cien puercas. Que vayan a misa los indios y que se sienten en orden, apartados los hombres de las mujeres.

No hay nada más hermoso y edificante que hacer una república en el papel. Y en el papel queda.

En medio de todas las violencias y contradanzas, a los veinticinco años de llegar los españoles, la isla es otra isla. Todo, hasta el paisaje, ha cambiado, los indios han conocido caballos, hierro, pólvora, frailes, el idioma castellano, el nombre de Jesucristo, vidrio, terciopelo, cascabeles, horcas, carabelas, cerdos, gallinas, asnos, mulas, azúcar, vino, trigo, negros del África, gentes con barbas, zapatos, papel, letras o, como ellos creen, unas hojas blancas que hablan al oído. Los niños empiezan a hablar una lengua que antes no se había oído. Los campos a cubrirse de caña de azúcar, las minas a trabajarse. Donde antes hubo un monte ahora se oye la algarabía de los trapiches. Otra generación nunca ha presenciado cambios más radicales y violentos. Los caciques se sacaron colgados de las horcas. Nació una ciudad de piedra. Vino un virrey. Y carpinteros y sastres y

zapateros. Se oyó la campana que convida a misa. Se vio a los hidalgos corajudos doblar la rodilla, inclinar la frente, en la silenciosa elevación de la hostia. La isla es para los indios un nuevo mundo. Más nuevo para ellos que para los mismos españoles. Los que sobreviven a este choque violento y a su propia perplejidad, ven que su misma piel va mudando de color, y las indias, que de su sangre y de la de los recién venidos va hinchándose una vena con muchos misterios, que al fin acaba por adelgazarse en notas de ternura, cuando empiezan a sollozar, en nidos de paja, los primeros mestizos.

Los españoles también van conociendo cosas. El pan cazabe, maíz, chicha, tabaco, la enfermedad de las bubas, hamacas, yuca, canoas, flechas, bancos de perlas, guerras, cocodrilos, mares, bosques en donde cada árbol es distinto de los árboles de España, cada pájaro canta una nueva canción, cada alborada muestra una montaña desconocida, cada lucha una experiencia deslumbrante, más deslumbrante que el oro que antes nunca vieron y que ahora pesan en el cuenco de sus manos temblorosas.

*Saludó al Mar Austral y le dio infinitas
gracias a Dios y a todos los Santos del cielo, que
le habían guardado la gracia de una palma
tan grande a él, que no era hombre de gran ingenio,
ni de letras, ni de la nobleza.*

PIETRO MARTIRE D'ANGHIERA

▪ EL PACÍFICO, COSAS QUE LOS DEL PUEBLO DESCUBREN

AQUÍ ESTÁN LAS ISLAS. AL frente, la Tierra Firme, que no es sino un trazo de una costa. El continente no existe: es un presentimiento. México y el Perú —con ciudades de piedra y reyes vestidos de oro— y la cordillera verde de los Andes con sus coronas de nieve, y el Orinoco, el Amazonas, el Paraná, y el Potosí de entrañas de plata, y el Muzo de venas de esmeralda, son ríos, montañas, ciudades, minas, reyes, que no se saben pero se imaginan. Castillos al aire, que se alzan en Santo Domingo desde las hamacas, a la hora de la siesta y bajo el aire cálido del trópico.

El perfil del Nuevo Mundo lo van trazando, a golpes de audacia, quienes menos saben de geografía. La costa de las perlas la han explorado Alonso Niño y Cristóbal Guerra en una sola nave: con cuatro, descubre el Amazonas Vicente Yáñez Pinzón; con dos, Diego de Lepe va hacia el sur más lejos que ninguno. Estos empresarios son tipos que salen del montón de los marineros, cuando no hijos de campesinos que no conocieron antes la estampa de un barco. No les han ayudado las letras, ni el favor de los

reyes, ni el dinero: los padres de nuestra América son los hijos-de-nadie. Y, sin embargo, América es hija de unos hombrazos como suelen verse muy poco en los anales del mundo.

En uno de esos viajes, Colón había explorado las costas de las Cayanas y Venezuela; hasta donde dejó la marca de las perlas. En otro, vio la América Central hasta Veragua, donde encontró el primer oro de Tierra Firme. Ahora es preciso unir estos dos puntos del mapa, explorar un pedazo de tierra que la imaginación de los castellanos ve suspendido de un broche de perlas y unos collares de oro. Los árabes, en mil y una noches, no soñaron cuentos mejores.

Vive en los suburbios de Sevilla un escribano que, cuando oye hablar de estas cosas, no puede escribir más; no le obedece la pluma. Él ha de ir a conquistar esa costa. Su nombre es Rodrigo de Bastidas. Cuelga al cinto, con la espada, el cuerno de la tinta y convida a descubrir. Con esa disposición natural que tienen los españoles para hacer cosas desproporcionadas, no le faltan seguidores, y las dos naves del escribano se llenan de gente. Esta vez, el caballero de la tinta no va a escribir, va a hacer historia. Y la hace. Explora todo el fragmento de la costa que le ha faltado a Colón. Ese fragmento —así es todo en esta vida— viene a ser el único que América consagre a la memoria del Almirante: se llamará Colombia.

Como es de uso corriente, los barcos del escribano se hacen pedazos y a Santo Domingo llegan por milagro los náufragos. Pero Bastidas ha visto el oro. Es misterio y proeza que todos saben y de que se habla en voz baja en los

corrillos: a pesar del naufragio, Bastidas ha llegado con dos arcones repletos de oro. Fulano de las naves lo dice, Zutano lo vio, Mengano lo tocó con sus manos. Suerte grande es que el hombre, envuelto en esta leyenda, logre salir de la cárcel en que, como es de rigor, el gobernador le remacha unas cadenas. Pero, en tanto, el pueblo se entrega a proyectar y aun a hacer expediciones. Darién, la tierra de Bastidas, es ahora palabra que tienta el ánimo. Son cuatro o cinco años de búsquedas y sondeos, que llevan a la convicción de todos que quien se haga a la gobernación de esa región tendrá entre sus manos la clave de los descubrimientos. Porque el Darién no es el oro de los cofres de Bastidas; es el camino para las grandes conquistas de América.

Queda el Darién en el vértice donde la América Central y la del Sur se unen. Desde el primer día, estas pobres gentes ven ahí el punto crucial del mundo que nace. Lo mismo ahora que cuatro siglos más tarde, quien apriete en el puño ese nudito de tierra, tendrá señorío en el mundo. Por el momento no es sino albergue de tigres, mosquitos e indios flecheros. El golfo de Urabá serviría de refugio a las naves, pero sus costas —selvas y pantanos— son tan precario refugio para el hombre, que los indios hacen sus habitaciones en barbacoas aéreas; apoyadas en las copas de los árboles se ven como nidos enormes. Abajo quedan las ciénagas hirvientes de culebras. Mujeres, niños, viejos, trepan como micos por largas escaleras de bejucos. Aunque no lo parezca, esa es la Tierra Firme, y allí han de fundar los españoles las primeras ciudades. Humanamente, es una estupidez. Geográficamente, acierto redondo.

Pero, ¿quiénes están creyendo que van a ser los gobernadores? En las noches claras de Santo Domingo platican sobre estas cosas tipos muy diversos; ahí está Juan de la Cosa, cosmógrafo, que anduvo con Colón y Bastidas, y luego se ha hecho a la mar por cuenta propia; es de los pocos que saben de velas; su nombre lo recordarán los siglos porque ha hecho el primer mapa del Nuevo Mundo. Con él alterna el bárbaro de Francisco Pizarra, que no habiendo en su infancia hecho cosa distinta de cuidar puercos, entre los cuales había nacido, se vino a América fugado porque una vez se le fueron de entre las manos los sucios animales y creyó que era más fácil cruzar el mar que habérselas con el dueño del hato. Otro es Hernán Cortés, que en España ha hecho el don Juan, dejando una estela de dramáticos romances; por esta razón se le ha conocido allá como el auténtico conquistador, aunque no lo haya sido de tierras. También está el bachiller Enciso, tinterillo, que enriquece en la isla con su profesión: aquí todo el mundo juega, blasfema, se endeuda y arma pleitos, y no hay en España patio para un leguleyo que pueda compararse al de Santo Domingo. Enciso, además, presume de escritor; dejará libro.

Pero quizá de todos estos notables caballeros, de tan limpios antecedentes, no hay quien pueda igualarse a Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Ojeda es muy conocido en la isla desde los días de Colón, porque fue quien introdujo la excelente costumbre de cortar a los indios orejas y narices, para enseñarles cuán feo es tomar lo ajeno sin la voluntad del nuevo amo. La reina le quiso mucho,

primero porque lo encontró gran maromero, y luego hombre de raro ingenio. Pequeño de cuerpo, hermosa la cara, grandes los ojos, es una de esas flores del pueblo español que alegran un arrabal y cautivan una Corte. Cuando la reina subió a la torre de la iglesia mayor de Sevilla —cuenta Las Casas—, de donde mirando los hombres que están abajo parecen enanos, Ojeda fue al madero que sale veinte pies fuera de la torre, lo midió con sus pies aprisa como si corriera por un enladrillado, al cabo del madero sacó un pie en vano, dio la vuelta, y con la misma prisa se tornó a la torre. La reina quedó encantada. Pero lo mejor de Ojeda, y lo que le hizo ganarse más su cariño, fue cierta hazaña de acrobacia combinada con ingenio, que cumplió en Santo Domingo. Un día fue a visitar al cacique con la intención secreta de prenderlo; con palabras muy dulces le invitó a que se bañasen en el río donde habría de mostrarle las joyas que en Europa llevan los reyes por pulsera. Eran unas esposas que puso al cándido cacique y, cuando con ellas le tuvo asegurado, en ancas de su caballo lo llevó a la cárcel. Fue una de las hazañas que más gustaron e hicieron reír en la Corte. Al cacique, lo ahorcaron.

Diego de Nicuesa hace muy buen par con Ojeda. Es, como él, regular de estatura, y tan ágil y esforzado que cuando juega a las cañas muele huesos de los cañazos que da contra las adargas. En la isla es la admiración de los indios, y aun de los españoles, por las maravillas de circo que hace en su yegua de Andalucía. Ha sido cortesano, y lo que de él celebró más la Corte fueron las serenatas: por siglos se le recordará como al «gran tañedor de vihuela».

Como se ve, el asunto de terminar el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo está en manos de esa minúscula asamblea integrada por un músico, un maromero, un cosmógrafo, un tinterillo, un porquero, un don Juan y otras gentes de la laya, que se alimentan de pan cazabe y esperanzas. En España se ventilan otras cuestiones: los rábanos que en una cena consumen la reina germana y sus alegres amigas y que cuestan tantos maravedís, que escandalizan a las comadres; la muerte —nunca bien alabada— del joven Felipe el Hermoso; dicen unos que provino de haber tomado un vaso de agua estando acalorado, y otros, que de una indigestión; la vuelta a la regencia de Castilla de don Fernando para gobernar a nombre de su hija, doña Juana la Loca, que mantiene suspensos a los oportunistas de palacio. Etcétera. Como es notorio, el verdadero Consejo de Indias es el de esos refugiados de Santo Domingo, y la conquista, más que España, la hace América; más que el rey, el pueblo. Es la América del pueblo que empieza a surgir en el mar Caribe. El rey se limita a dar aprobación final. Ahora, cuando el rey tiene que escoger para gobernador de la provincia del Darién, que descubrió el escribano de Sevilla, la reparte entre el maromero y el músico: entre Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Y así, de un pequeño infierno verde, el rey de España saca dos gobernaciones. Las que le imponen los aventureros.

Ojeda sale con sus naves el primero. Parten con él el cosmógrafo y el porquero; luego, el tinterillo, y no se sabe cuántos más, ni cuáles más desconocidos y oscuros. Luego, con el resto, se va Nicuesa. La primera ciudad que se funda

es simbólica: se llama San Sebastián. Al fundarla, Ojeda piensa en la imagen del santo que sufrió el suplicio de ser traspasado a flechazos. Al primer encuentro de Ojeda con los indios le mataron por ese mismo procedimiento a unos cuantos españoles, entre otros al cosmógrafo Juan de la Cosa, que quedó con más puntas que un puerco espín.

El bravo de Ojeda ve que el hambre, la fiebre, los indios, devoran su colonia. Dicen que cuando se vio con Nicuesa, se echó a llorar. Otro día, le atravesaron una pierna de un flechazo. Llamó al cirujano y le ordenó pasarle un fierro al rojo blanco por la herida. Vaciló el cirujano. Ojeda gritó: «O me obedecéis en el acto, o que os preparen la horca». Un olorcillo a carne asada, y queda rengo, pero vivo, el gobernador. Pero ya el hambre no se resiste. De Santo Domingo se demora en llegar, con auxilio, Enciso, el tinterillo. Ojeda resuelve poner la colonia en manos de Francisco Pizarro, el porquero, e irse él mismo a buscar apoyo en Santo Domingo. Es la última vez que le veremos. Tan maltrecho llega a la ciudad, que toma hábito de franciscano y muere sin cobre en la bolsa. Cuando dobla la cabeza demacrada, parece un hombre bueno. Con su pierna coja y la cara de color de cera, está lejos de recordar al alegre maromero de Sevilla, que volteaba la pierna al aire desde lo alto de la Giralda.

Mientras Ojeda se prepara en Santo Domingo para su viaje al otro mundo, la gente que dejó en San Sebastián resuelve abandonar esta fundación, e irse a levantar ciudad en otra parte. Lleva por caudillo nominal a Enciso, que al fin trajo los auxilios. Se escoge al otro lado del golfo y

a la nueva ciudad se le llama Santa María la Antigua del Darién, porque Enciso, que estuvo a punto de naufragar, hizo este voto a Santa María la Antigua de Sevilla. Mientras los blancos y los indios van parando casas en la Antigua, en San Sebastián crecen —en las calles, en la plaza— las yerbas y retoñan los árboles.

Los soldados hacen su balance. Sacan en claro que aquí no manda nadie, ni son ellos mismos: el pueblo, el común. Ojeda está difunto. A nadie, el rey, ha dado título ninguno. A Enciso, por tinterillo, no le pasan. Pizarro todavía parece ser el porquero de Extremadura. Hay que nombrar a un capitán del común. ¿Quién puede ser? La respuesta es unánime: ¡Que sea Vasco Núñez de Balboa!

¿De dónde ha salido este Balboa? Balboa es el perfecto don Nadie. No es ni siquiera músico ni maromero. Mucho menos cosmógrafo, ni tinterillo. Sobre su aparición en la historia de América se formarán dos grandes escuelas de académicos, que disputarán con loable ardentía; dirán los unos que apareció saliendo de un barril; los otros, que de los pliegues de una vela. Esto ya no es maroma; es prestidigitación. Las cosas ocurrieron de esta manera:

Entre la gente que en Santo Domingo perdió hasta la camisa —jugándola— estaba Balboa. Había venido hacía unos diez años a América, después de haber sido en España criado del sordo Portocarrero, y era en Santo Domingo, como lo fue en su tierra, un deudor rodeado de acreedores por todas partes; pensar en enrolarse en las expediciones era inútil, pues tenía a la isla por cárcel. Pero él sabía de la Tierra Firme y sus riquezas, porque las vio cuando se vino

de España con Bastidas y, con esta tierra firme por esperanza, resolvió dar el salto más audaz: fugarse escondido en la nave que ofrecía el mayor peligro, en la nave del abogado, de Enciso el tinterillo, que desplegaba sus velas para el Darién. Y es ahí cuando los historiadores empiezan su hermosa lucha, forcejeando los unos por sacarlo de un barril, y los otros del pliegue de la vela. Las dos operaciones son complicadas porque, además, Balboa no venía solo: traía su perro. Jamás en las academias se verá comedia más apasionante. El hecho es que cuando, ya en altamar, Balboa aparece en la cubierta de la nave, la ira del abogado no tiene límites. Piensa en arrimar a cualquier isla y dejarlo: que se lo traguen los caribes. ¡Con los pleitos —amigo Balboa— no se juega! Los tripulantes, sin embargo, que son de la misma ralea del aparecido, aplacan al abogado, y cuando la nave llega a la costa, cualquiera puede observar que ya quien manda no es Enciso: es Balboa. Balboa es quien sugiere ir a fundar la Antigua donde Enciso la funda. Él es quien dialoga con los de abajo para moverlos a que nombren capitán. Él quien primero toma el hacha para abrir monte, atiende al soldado que enferma, propone las entradas para sujetar a los indios y hacerse con oro y maíz, y sugiere que el oro se reparta entre quienes lo ganen con el sudor de su frente y no para las perezosas manos de quienes viven haciendo letras, sentados, en la Antigua. Cuando menos se piensa, ya está Balboa encumbrado por encima de todos. El cosmógrafo y el maromero muertos son; al músico, que pretende mandar sobre las dos gobernaciones, lo mete Balboa en una nave desvencijada, que se desclava en el mar; se lo tragan

los tiburones; al tinterillo lo encarcela por conspirador, y por no colgarlo le envía procesado a Santo Domingo; sólo conserva al porquero y lo lleva por capitán. La verdad es que la única persona que logra hacer una colonia de dos gobernaciones que eran hambre, muerte y trabajos, es el capitán del común, don Vasco Núñez de Balboa.

A tiempo que ocurren estas cosas, gobierna en Santo Domingo don Diego Colón. A él no le parece mal que Balboa siga en el mando y confirma su capitanía. El rey, a quien ya Balboa escribe cartas, confirma lo de don Diego. Y Balboa no se duerme. Todo el mundo —dice—, a respetar al capitán del común. Un cura —su propio confesor— no se quita el bonete para saludarle, paga su falta en la cárcel. Hay unos bachilleres que conspiran contra él, los mete en una jaula. Con las naciones indígenas pacta alianzas. Pone a los indios a que siembren maíz para sus soldados. Coge oro aquí y allá. Se lleva por manceba a una hija que le regala cierto cacique en señal de alianza y amistad; es una muchacha de serios atractivos que se enamora de él, con bravura de india apasionada. Balboa empieza a tener amigos entre los blancos como entre las gentes de color de loro claro. Cuando cierta nación aborigen le prepara una emboscada, hay una india amorosa que se lo advierte, y por ella se salva la colonia. El hijo de un cacique, que ha visto disputar a los españoles por un reparto de oro, dice a Balboa: —No entiendo estas peleas por cosa que cualquiera puede tener: si lo que deseáis es oro, ¿por qué no pasáis al otro lado de estos montes, donde hay todo el que queráis y está el otro mar, y naciones ricas y prósperas?

De nada más distinto de estas palabras necesita Balboa para descubrir el Océano Pacífico. Ahí mismo escribe al rey una carta exaltada, en que las informaciones del indio quedan bordadas sobre la trama de sus ilusiones. Es uno de los más hermosos documentos de estos días. Dios le ha concedido que sea él, Balboa, que nada vale, quien descubra estos países maravillosos; su pecho se inunda de gratitud y alborozo. Pero él sabe muy bien que a quien madruga Dios le ayuda: no será de esos gobernadores que se quedan en la cama, despachando. Él ha sido y seguirá siendo el primero en la lucha, que avanzará por selvas y pantanos, codo a codo con sus soldados. Pero, hablemos del oro, dice: Hay caciques a quienes se lo llevan los indios en canastadas, a las espaldas; en Davaire hay dos maneras de cogerlo: la una, esperando a que crezcan los ríos; cuando la creciente pasa, se pescan los granos que quedan entre las piedras, grandes como naranjas, como el puño de un hombre. La otra manera es quemando monte: pasada la quema, no es sino agacharse a recoger pepas. Hay cacique que trueca pepas de oro por muchachos; estos indios aprecian mucho la carne de niño, y preparan a las criaturas como lechoncitos ahumados. Hay lugares en donde el oro se amontona en barbacoas, como maíz... Balboa anuncia, luego, el otro mar, que no es alborotado como el Caribe, sino terso, profundo y tranquilo. En sus islas se pescan las perlas más gordas. Naves de otros reinos cortan sus aguas. Si el rey me da poder, y me envía mil hombres, descubriré todo eso. Mil hombres de Santo Domingo — advierte —, porque los de Castilla no sirven; no están hechos al clima;

aquí Balboa dice la primera palabra del español que se siente americano, contra el que sólo sabe de cosas de la península. En embrión, Balboa tiene el espíritu de la independencia de América. Como garantía de su empresa, Balboa ofrece lo único que puede ofrecer, y lo que tiene de verdad: su cabeza.

Un detalle final, y obvio: «V. A. mande proveer que ningún bachiller en leyes pase a estas tierras, so una gran pena, porque no ha pasado ninguno que no sea diablo, y tenga vida de diablos, y no solamente ellos son malos, sino que hacen y tienen forma para que haya mil pleitos y maldades...».

¡Con esta carta todos, hasta el rey, pierden la cabeza! Ahí están el oro y el mar. La noticia vuela por La Española primero, luego por toda Castilla. Las gentes se convidan a pescar oro. El rey lo ve todo, ahora, muy claro: el muy listo de Diego Colón no había favorecido ni a Ojeda ni a Nicuesa para que nadie, sino él, el hijo de su padre, conquistara la tierra firme y el mar que lleva al oriente, a Cipango. Razón había tenido el rey escribiéndole una cartita, para ponerlo en su puesto: «e por mi servicio, que no deis lugar de aquí delante a que nadie pueda decir que dexáis de cumplir mis mandamientos, porque ya vedes quán mal suena e quán rescio sería de corregir...».

Don Fernando, el muy católico, piensa que ahora puede fomentar una empresa que eclipse a las de su difunta mujer, la reina Isabel. Bajo su regencia va a descubrirse la otra media naranja del mundo. Ya no habla más de Darién, ni Urabá —palabras que nada dicen—, sino de Castilla de

Oro. Así la empieza a nombrar en sus cartas. Y, claro, además —y esto es muy humano—, el rey Fernando, como buen rey, lo primero que hace es asestar una puñalada en las espaldas a Balboa, dando la gobernación a uno de sus cortesanos, para que toda la gloria quede entre sus amigos. ¡Ni más faltaba, sino que un capitán del común fuera a descubrir el otro mar! Todo lo contrario: el nuevo gobernador lleva entre el bolsillo órdenes bien claras para que, en cuanto pise tierra firme, meta en la cárcel a Balboa. Y «enbiadle preso a nuestra corte...».

Linda cosa es ver al rey Fernando, con todo el remozamiento de la sangre que le ha traído la chica reina germana, empujando las cosas, discutiendo con los de la Casa de Contratación porque a ellos les parecen demasiadas, quince mil arrobas de harina, muchos tres mil quintales de bizcocho. Pero ¿es que no se han dado cuenta de que va a ser una empresa sonada? Y, ¿no ven que yendo bien cernida la harina, no se daña? No: que se ponga todo, y aceite y vinagre en muchas botijas, y mil quinientas arrobas de vino y que no falten las habas y garbanzos y, para el viaje, sardinas y pescado. Fernando habla con la precisión de un despensero mayor, y con la largueza de un rey. Así son los descubrimientos que se hacen desde las cortes.

Hagamos una digresión. Cuando Colón tenía ya descubierto lo que venía a descubrir, y se embarcó de virrey y almirante para su palacio de La Española, se le autorizó traer tres sábanas, cuatro almohadas, una colcha delgada, seis toallas, dos tazas de plata, dos jarros, un salero, doce cucharas, dos tenedores para la cocina, cuatro sartenes,

dos grandes y dos pequeñas; dos cazuelas, una olla de cobre grande y otra pequeña... Ahora, para el cortesano que viene a birlarle el descubrimiento a Balboa, todo es previsto en abundancia. No correrá para él la pragmática que limita el uso de la seda, y podrá llevar toda la que quisiere, y el brocado para que los indios conozcan cómo «las cosas que Nos mandamos hacer representan más cirimonias que las suyas dellos». La armada va repleta de herramientas y cosas mil, algunas con inequívoco destino, como doscientas bateas para lavar oro. Acompañarán al gobernador un físico, un cirujano, un boticario, y Ruy Díaz, lapidario, veedor de todas las perlas, y piedras diamantes y rubíes y otras cualesquiera piedras preciosas que se encuentren...

Pero, ¿quién es el cortesano afortunado que vendrá de gobernador? El tipo es fantástico. No es marinero ni músico: es ajustador. Se llama Pedrarias Dávila. Tiene sesenta años. Hace algún tiempo, por equivocación, lo llevaron a enterrar. Creyéndolo muerto, lo velaron en el monasterio de las monjas del Torrejón, y cuando lo iban a meter en la sepultura, un criado se abrazó a la caja y oyó que dentro algo se movía. Destaparon y Pedrarias respiró, abrió los ojos. En memoria de este milagro, él mismo se hace decir cada año una misa de réquiem que oye desde su sepultura, abierta en la propia iglesia. Cuando viaja, lo hace siempre con su ataúd, que encuentran en su cuarto los visitantes. Así son las cosas de este viejo. Pero además, es duro y acometedor. Y galante y palaciego; una vez, cuando le entregó el rey de Portugal dos fuentes llenas de cruzados de oro y joyas, por vencedor en las justas, dijo a los criados:

Poned todo esto en manos de las damas de la reina, para que entre ellas se repartan.

No digamos que Pedrarias fuera precisamente de la vieja nobleza. Era nieto de un judío converso, que se hizo rico. Se encuentran en el romancero de la familia coplas como ésta, que le cantaron a su abuelo:

Águila, castillo y cruz,
dime, ¿de dónde te viene?
El águila es de San Juan;
el castillo, el de Emaús,
y en cruz pusiste a Jesús,
siendo yo allí capitán...

Pero estas cosas no son las que ahora importan al rey. Pedrarias tiene un escudo que vale por ciento: su mujer, doña Isabel de Bobadilla, sobrina de la marquesa de Moya. A Fernando se le hacen siglos los días que demora Pedrarias en salir, que ciertamente no son pocos. Al fin, un día se ven desplegadas las velas. ¡Veintidós naves! ¡Dos mil hombres! Ahí va todo: los trajes de seda y brocado, los cañones y culebrinas, los estandartes y la sobrina de la marquesa, las sardinas, las arrobas de vino, el bizcocho, el ataúd, la harina bien cernida, el cedulario para apresar a Balboa, el físico, el cirujano, el lapidario, los bachilleres... Jamás se vio antes flota más lucida. Y a la cabeza, como su mascarón de proa, el viejo Pedrarias que va a descubrir la mar y sus contornos.

Unos pocos meses antes, en nueve canoas y un bergantín, Vasco Núñez de Balboa embarcó en la Antigua sus

ciento noventa españoles. Le seguía una muchedumbre de indios. Supo a tiempo lo de Pedrarias, y mientras el rey y el ajustador andaban en las vueltas del brocado, la seda y el bizcocho, él creyó oportuno tomar la delantera y hacer las cosas como Dios manda.

Ahora marchan siempre adelante Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, imágenes del soldado desconocido, que van a realizar el prodigio: sacar de ese campamento de enfermos miserables los hombres que vayan, primero, a descubrir el océano Pacífico; luego, media América del Sur. Es la primera vez que los del pueblo toman entre sus manos un negocio tan grande, y lo despachan a su modo y sus maneras. El relato que sigue parece una novela.

Desembarcaron en el puerto de Acla. Aquí Balboa deja a la mayoría de los españoles e indios cuidando la nave, las canoas. Con unos pocos, echa adelante. Llevan unos puñados de maíz tostado, y los cuchillos: para entretener el hambre y abrirse camino por los montes. Van tan seguros a reconocer su mar, que nada los detiene: ni el torrente, ni el indio desconocido, ni la culebra. Jamás se oyó tumbar monte con tal ansia, fe y vigor. Parecen muchachos de veinte años. Los indios están contagiados de la alegría común. Muchos mueren en las duras jornadas; los dejan a un lado, sin mayor ceremonia: son percances del oficio. Y siguen adelante. Se acercan. Ya dicen los indios: —Desde la punta de aquel cerro se ve. Balboa quiere ser el primero. Que todos —son 67— lo esperen en la falda: él sube solo. Ya no se oyen sino las zancadas del capitán. Como estatuas, inmóviles, los 67 lo ven subir. Cada rama de arbusto que

quiebra, cada piedra que pisan sus botas, llenan el enorme silencio, y resuenan en el alma con el batir de los corazones. ¡Ahí está! ¡El mar! ¡La azul, profunda, infinita llanura de las aguas, que apenas riza el viento! Son las diez de la mañana. El aire, transparente. Una ola de encaje se dibuja en las playas lejanas. Balboa cae de rodillas. Alza las manos al cielo. Hace una oración que se ahoga entre sus propias lágrimas y el vocerío de los 67 que, arrancados con violencia de su quietud, se lanzan enloquecidos al asalto de una visión azul: ¡El mar! ¡El mar! ¡El mar!, gritan como los griegos de la leyenda. ¡Como si tuvieran, estos bárbaros, el azul en el alma, en las manos, en las palabras! Destrocan un árbol, hacen una cruz, y con la punta de los cuchillos trazan el nombre del rey Fernando... Un clérigo con el *Te Deum Laudamus*. El escribano extiende un acta del descubrimiento y anota los 67 nombres. Ahí quedan todos, para la inmortalidad: Baracallo, el carpintero; León el platero, el negro Olano, Beas el de color de loro, el clérigo Pedro Sánchez —que no les dijo misa jamás—, Lentin el siciliano, García el marinero, Pizarro el porquero...

Cuatro días después llega Balboa a la propia orilla. Se adelanta con veinte españoles a tomar posesión del océano. Es la hora de vísperas. Entra en el agua de la mar salada, hasta que le da a las rodillas, y con el estandarte de sus altezas en alto comienza a pasearse, diciendo con ronca y alta voz:

«¡Vivan los muy altos y poderosos reyes don Fernando y doña Johana, en cuyo nombre y por la real corona de Castilla tomo posesión de estas mares e tierras e costas e

puertos e islas australes. E si príncipe o capitán, chripstiano o infiel o de cualquier ley o secta o condición que sea pretende algún derecho a estas tierras e mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir en nombre de los reyes de Castilla!».

Escuchan, los que vienen de Castilla, en silencio. Los indios, perplejos, nunca volverán a ver nada más extraño. El escribano araña papeles para dar testimonio. Y así pone en manos del rey Fernando estos mares, el capitán del común don Vasco Núñez de Balboa.

Cuando Balboa y los suyos tornan al campamento, el entusiasmo es indescriptible. Los del pueblo han triunfado. Balboa se apresura a escribirle una completa relación al rey. Y todos trabajan en la ciudad, que ahora parece más ciudad, vestida de triunfos y esperanzas.

Cuando el serenísimo rey don Fernando recibe la noticia, Pedrarias ya va camino de Castilla de Oro. Pronto los ojos del cortesano divisan el perfil de la costa. América va a ser suya, y las pupilas le fulguran. Avanzan las naves. Ya se ven, en el puerto, los alegres descamisados de la colonia que le saludan con algarabía. Pedrarias quiere que la primera impresión no deje lugar a dudas, y que todos sepan quién es él. De banderolas viste las naves, y a doña Isabel de Bobadilla, de seda y brocado. Los que están en tierra, poniéndose las manos por visera, pugnan por identificar a quienes van apareciendo. ¡Obispo tenemos, válgame Dios! Cortesanos a granel. Mujeres. Y aquel, de ojillos vivaces, ¿quién es? Diablos: ¡otra vez Enciso el tinterillo!... A Pedrarias le palpitan entre el bolsillo las cédulas que trae

contra Balboa. Pero Balboa sonríe, y en los labios de todos los de abajo se pinta cierta gracia que es como si le fueran alargando las narices a Pedrarias. Si se las tocara, las sentiría de dos palmos. Extiende la mano Pedrarias a Isabel, y bajan como dos príncipes. No han pisado la tierra, cuando se lo cuentan todo. El mar está descubierto. El rey, avisado.

No pasan muchos días, y llegan cartas del rey. Hay una para Balboa que Pedrarias escamotea y trata de que no llegue a sus manos. La cosa se divulga. Brama el obispo. Pedrarias no tiene otro camino sino el de claudicar y entregar el papel; es nada menos que el agradecimiento del rey por sus servicios y el nombramiento que le hace de Adelantado del Mar del Sur. Escribe el rey a Balboa palabras muy melosas, y le dice: Ahora mismo escribo al gobernador que mire mucho por vuestras cosas y os favorezca y trate como a persona a quien tengo yo tanta voluntad de hacer merced y que tan bien me ha servido y sirve y tengo por cierto que así lo har . Vos, entretanto, por mi servicio, ayudadle y aconsejadle en todo lo que hubiera de hacer, y aunque no pregunte todas las cosas, tened cuidado de lo avisar y aconsejar.

Hay que convenir en que, por el momento, Pedrarias no mete en la cárcel a Balboa; el obispo, desde luego, no se lo permite. Pedrarias se limita a abrirle un juicio de residencia, para que no pueda moverse, y acaba quitándole todo cuanto tiene. Todavía, ochenta y cinco años más tarde, un nieto de Pedrarias, el muy ilustre conde Pu onrostro, escribirá: «La mayor culpa que se le puede imputar a mi abuelo es non habelle cortado la cabeza, cuando le tom 

residencia». Pero la verdad es que el rey ha dado a Balboa gobierno sobre las costas del Pacífico, y que la ambición de Balboa es ir a descubrir por ese lado, quizás hasta el Perú, que es lo que ya debe moverse en la imaginación de Pizarro. Un día planea la salida. El asunto está en secreto. Ha conseguido que de Santo Domingo le envíen unos auxilios y sus compañeros están listos a seguirle. En cuanto Pedrarias lo sabe, pone el grito en el cielo. ¡Traición! Y mete a Balboa a la cárcel. Alboroto en el pueblo. Mediación del obispo. Y, por último, una solución diplomática: que se case Balboa con la hija de Pedrarias que está en España, y que todo quede así en familia. Muy solemnemente se aprueba el acuerdo. Al entregar así Pedrarias a su hija, ha hecho exactamente lo que hizo antes, con el mismo Balboa, el cacique de Darién, que es lo mismo que hacen los reyes en Europa. Pero, en fin, es una base de entendimiento, y Balboa, con un grupo de los suyos, se va a las montañas, a construir las naves que servirán para el descubrimiento y conquista de las costas del Pacífico.

Desde luego, Pedrarias no está pensando en traer a su hija, ni dejará que Balboa haga los descubrimientos; en cuanto las naves estén hechas, las pondrá bajo otro comando. La traición queda planeada en una forma perfecta. Es su venganza. Quizás el mismo Balboa lo sospecha, pero no le importa: tiene una fe grande en su empresa. Divide sus peones en cuadrillas, y empiezan a derribar árboles, a aserrar tablas, a cargarlas en la espalda hasta doblar los montes que miran al nuevo mar. Es un prodigio ver cómo esta gente hace las dos primeras naves que

navegarán en el Pacífico. Han sido meses, más de un año, en que desde Balboa hasta el último peón, hasta el último indio, han bregado para darles forma con sus manos inexpertas a los cascos, han parado árboles para las velas, han cosido trapos, han puesto la brea, hasta ver bajar por un río extraño aquellos castillos de palo que han construido por sus propias manos.

Y mientras esto hacen los de Balboa, a Pedrarias se le disuelve la flamante colonia. Muere en las calles la gente, dando este quejido: «Dame pan». Se trueca brocado por maíz. Un camisón carmesí por una libra de pan. Una persona de las principales, dice el cronista, que iba clamando por la calle que padecía de hambre, tropezó y cayendo en el suelo «se le salió el ánima». Las amistades con los indios se han perdido. A cada entrada que hacen a los montes, los españoles siembran el terror y dejan convenida la guerra. Herrera dice que los capitanes de Pedrarias asaron a los hombres vivos, los aporrearon, los robaron, los alancearon, los mataron para sacarles el unto para curar llagas, colgaron los cuartos de los indios en las perchas para cebar perros bravos... En casa de Pedrarias se juega más de lo permitido. Él ha perdido al ajedrez, en una noche, cien esclavos. Por lo demás, el viejo es un roble. Tienen que contenerle para que no salga a descubrir.

El rey trata de explicarse este enorme fracaso de la mejor expedición que se ha armado en su gobierno, adhiriendo a lo que Pedrarias le dice en sus cartas: es culpa de Balboa, que no dio al gobernador buenos informes. La carga, pues, contra Balboa: le escribe que se maravilla

de que haya tenido el atrevimiento de escribirle cosas tan inciertas. Envía la carta por conducto de Pedrarias, para que sólo la entregue cuando ya lo tenga preso. En este incidente el rey y Pedrarias tienen la misma altura, y se ven unidos como los dos botones de una mancornia.

La prisión de Balboa ocurre de la manera más sencilla e imprevista. Después de todo, la gobernación de Pedrarias toca a su fin, Balboa lo sabe y concibe una esperanza. Envía a un compañero para que se informe de estas cosas con los mismos que rodean a Pedrarias, pero Pedrarias sorprende el espionaje y ordena la prisión de Balboa. El propio Francisco Pizarro hace prisionero a Balboa. Los abogados levantan en un instante el proceso. La sentencia es definitiva: que le corten la cabeza. El gobernador lo ordena. Y así, doblado el cuello sobre el tajo, muere el capitán del común don Vasco Núñez de Balboa, descubridor del océano Pacífico. Le fue aún peor que a Colón.

Dos detalles últimos:

En cuanto Pedrarias vio que rodaba como un coco por el suelo la cabeza de Balboa, se fue a tomar posesión del océano, como si todo lo de Balboa no hubiese ocurrido. Es de morir de risa ver al viejo en la orilla, con escribano al pie, gritando que toma posesión en nombre de SS. AA. de las aguas y las tierras, «desde las piedras de los ríos hasta las hojas de los montes», según muy bellamente dicen los caballeros. ¡Y luego, repetir con el agua a las rodillas la escena del estandarte!

Pero todavía queda flotando en España la leyenda de que Balboa ha dejado inmensa fortuna. Pasan unos años,

el propio emperador Carlos V cree en el cuento y envía a Castilla de Oro a Fernández de Oviedo para que se apersonase del asunto y haga el reparto de los bienes, que en realidad Oviedo no encuentra porque no existen. Pero lo curioso es el destino que se les iba a dar, y la razón del afán por encontrarlos: había que darle un quinto de la herencia de Balboa a Carlos de Puper, señor de Laxao: uno de esos famélicos flamencos que llegaron a la Corte de Carlos V para chuparse la sangre de España.

*Es general en todas las
naciones del mundo querer las propias
cenizas para cubrir sus brasas.*

PRUDENCIO DE SANDOVAL

▪ RETOZOS
DEMOCRÁTICOS
BAJO CARLOS V EL
MELANCÓLICO

AHORA LOS CASTELLANOS LLEVAN el cadáver del rey Fernando a Sevilla y lo colocan en su puesto, es decir: al lado de su mujer, la reina Isabel. El príncipe Carlos está en Flandes, aprendiendo a mandar. Tiene quince años. Con la noticia los mensajeros le traen el testamento del rey; quedan en sus manos los reinos de Castilla y de León. De ahí en adelante sobre su cabeza irán acumulándose coronas. Por el momento no es sino un barbilampiño, de bonito rostro, carácter muy débil, cortedad de palabra y sumisión a los maestros. No tiene idea del idioma castellano. Flandes ha sido su escuela. De Flandes han sido sus maestros. En Flandes le ha dirigido su verdadero guardián, el emperador de Alemania. Dos tutores ha tenido: el uno trató de inclinarlo a los libros, el otro a los caballos. Él se decidió por los caballos. No llegará a expresarse bien en latín, pero se le tendrá por buen jinete. Y, siendo melancólico, un día dejará los caballos y se irá a un convento. Así es el siglo XVI.

Ha vivido distante de España, y no sólo ignora las cosas de Castilla sino que no está en edad de entenderlas.

Esto hace que el pueblo le espere receloso. El rey Fernando mismo se inclinaba a hurtarle la corona para ponerla en las sienes de Fernando, el infante que se ha criado en Castilla y entiende el idioma. Pero era una trampa que sus propios consejeros no le dejaron hacer al viejo Fernando. Del asunto se habló mucho, y en torno a la cama donde él trataba de arreglar sus cuentas con Dios rondaba la curiosidad de los cortesanos. Ahí estaba Adriano, deán de Lovaina, el futuro papa Adriano VI, maestro de Carlos y ahora su embajador ante el rey. Quiso Adriano saludarle y sondear su ánimo. «No viene sino a ver si muero: decidle que se vaya, que no me puede ver», fue la réplica de Fernando, por donde se derramó todo el mal humor con que miraba a los alemanes y flamencos. Pero muere Fernando, y sobre Castilla se precipitan las águilas de Alemania, que el pueblo ve no sólo con dos cabezas sino con más garras de las que la heráldica supone.

En Bruselas, los funerales que ordena Carlos están a la altura del negocio. Desde su palacio hasta la iglesia mayor, coronando una doble empalizada, arden las antorchas. Doscientos pobres vestidos de luto llevan otras tantas en sus manos. Cubierta está de paños de luto la iglesia y resplandecen en los altares 6.000 cirios encendidos. El catafalco, cubierto con las armas de Castilla y Aragón hechas en brocado, se alza entre un monte de velas que alumbrá los rostros de cera de los clérigos y frailes y canónigos y obispos y abades revestidos de capas pluviales, y las duras caras de los caballeros. En la calle, las casas parece que fueran a desplomarse al peso de los racimos humanos que se

aprietan en los vanos de puertas y balcones y negrean en cornisas y tejados para ver pasar a los tres reyes de armas y el poderoso caballo cubierto de damasco pardillo y verde, y los estandartes de los Reyes Católicos y las banderas de todos los señoríos ganados a los moros.

Sobre una almohada, en el caballo cubierto de terciopelo morado, viene la corona de oro: ¡cuidado!, que la custodian seis caballeros. El príncipe llega en una mula cubierta de paño negro. A un lado, el embajador del papa. Al otro, el del emperador. Luego, enviados de reyes, caballeros del Toisón, gente de a pie.

Canta el obispo Manrique la misa y responsos y luego se echan por tierra las armas reales, y tres veces, con palabras que retumban en la bóveda, llama en alta y solemne voz: ¡Rey don Fernando! ¡Rey don Fernando! ¡Rey don Fernando! Un bajo profundo responde con vozarrón que sale de ultratumba: «¡Ya es muerto!». Es lo que todos esperaban. Una sensación de alivio levanta los pechos. Y se alza una marea de capas pluviales, sedas, brocados, encajes, que va a estrellarse dulcemente a los pies del joven Carlos: son los grandes que le saludan como a rey: Él entra a una especie de tienda que se ha hecho a su lado, se quita el capirote negro que llevaba en la cabeza, y aparece muy sonriente, con una sonrisa que se multiplica en cada labio, en cada pupila del apretado concurso. ¡Es el rey!

Entra Carlos en Castilla. Es una delicada flor de la inexperiencia que empuja y lleva, coronando sus espumas, el aluvión bramador de los cortesanos. Son los flamencos rapaces que ponen pavor en el campesino malicioso, en el

caballero cargado de privilegios, en la iglesia católica, apostólica y castellana. La venta de los oficios se convierte en revuelto mercado; ahí no se tiene en cuenta la capacidad sino la propina. La Corte no es un salón sino un mercado. A su solicitud concede el papa a Carlos, en una bula, que se eche a la bolsa un décimo de las rentas de la Iglesia. El escándalo llega a las nubes, a los cielos: «No se contenta monsieur de Chièvres con los dineros que ha robado del reino y de los pobres y ricos, sino que quiere de nuevo robar los tesoros de los templos». Niéganse las cortes a votar dócilmente los subsidios que les pide el rey cuando va a que le juren obediencia. Y cuando a través de estos forcejeos empieza a conocer el pueblo que va a gobernar, y se dibujan ante él los apetitos de los nobles y los anhelos del pueblo, y empiezan a brotarle los primeros pelos de la barba, muere su otro abuelo: Maximiliano, el emperador. Esto quiere decir que pronto recibirá la corona del imperio alemán; Carlos es la estampa del nieto afortunado. Y sobre la corona de Alemania, en que se podía pensar porque Maximiliano era ya un poco del otro mundo, le cae otra, inesperada: la del imperio de México.

Cuando Carlos se posesiona de Castilla, América no es sino un trazo en el mapa. El continente no tiene sino una cara: la del Atlántico. Del lado del mar que descubrió Balboa, nadie sabe lo que hay.

Del Caribe mismo sólo se conoce la mitad. Falta por ver toda la costa que va desde Florida hasta Yucatán. Durante los cuarenta años que reinará Carlos, el continente quedará todo explorado y visto: serán cuarenta años

que transformen al mundo. Carlos empujará las naves de Magallanes, que medirán la cintura de la esfera; se fundarán virreinos y gobernaciones; se erigirán todas las capitales de América, excepto Santo Domingo y La Habana. Habrá exploradores que entren por la costa del Pacífico, doblen la cordillera de los Andes y salgan navegando por las bocas del Amazonas, del Orinoco, del Plata. Se crearán ciudades desde la orilla del mar, como Buenos Aires, hasta el tope de las montañas, como La Paz, Quito o Bogotá. Irán los ejércitos con Valdivia hasta el sur de Chile, y por el norte, con Coronado, hasta California. Con sus cruces, sus caballos y sus perros medirán los conquistadores en tierra de América varias veces la anchura y la largura de Europa. Cortés, Pizarro, Valdivia, Jiménez de Quesada, Mendoza, De Soto, Irala, Alvarado, Belalcázar, Federmann, en México, Perú, Chile, Nueva Granada, el Plata, el Mississippi, Paraguay, Guatemala, Quito, Venezuela, entrarán invocando el nombre de Santiago, para acuchillar a los indios, y clavando el estandarte de Carlos V para sojuzgarlos. La historia empieza de esta manera:

A Tordesillas llega Carlos sudando y bramando. Las cortes de Barcelona le han quitado de los labios la miel de que será emperador de Alemania, con sus tacañerías. Ahora se dirige a sufrir las de Castilla, que no están mejor dispuestas. El pueblo empieza a gritar que no quiere alemanes en España. Al zapatero y al campesino, al herrero y al panadero, no le interesan ni los señores de Flandes, ni la corona de Aquisgrán, ni los banqueros de Alemania, sino su tierra, su pan, sus cueros y sus herrajes. La violencia

popular se respira en el aire. Entre las cortes de Barcelona y las de Castilla, Carlos hace un alto en Tordesillas, para poner una nota de melancolía entre los dos extremos de su soberbia humillada. Porque en Tordesillas está su madre, loca, y él quiere besar la frente de la locura. Y en Tordesillas, está sentado en un sillón de cuero, cuando le llegan unos mozos importunos que han venido de Sevilla a los vuelos, tozudos, impertinentes, venciendo a los del Consejo de Indias con suplicas, a los ministros del rey con dádivas, hasta poderse postrar a sus reales plantas. Es más todavía: ellos no vienen de Sevilla sino del otro lado del mar; llegaron a la sombra de un trapo mugriento y remendado, muy apretados en una navecilla vieja, llevando al fondo oro por balasto. De México vienen —Carlos no ha oído jamás nombre semejante—, y le entregan un enorme disco de oro y otro de plata, y un casco lleno de pepitas de oro, y puñados de joyas que dejan en suspenso el ánimo de los cortesanos. «Esto os envía Hernán Cortés, humilde criado de Vuestra Alteza, quien tiene la dicha de ofreceros un imperio en América, más grande que los de Europa. Aquí tenéis sus cartas, y las cartas del pueblo que le acompaña...»

Y así le irán cayendo hoy México, mañana Perú, luego Quito, la Nueva Granada, Chile, toda la América, como cosa de milagro. Mientras los caballeros de Flandes y Castilla, y los banqueros de Alemania, y los frailes de Toledo, le festejan, agasajan, aprovechan, manosean y usan, en el campamento del Caribe, los aventureros planean las conquistas. Los más, o todos, son alzados, que a espaldas y a disgusto de sus gobernadores repiten la hazaña de Balboa,

y aun parecen salir del mismo fondo del barril, del mismo pliegue de la vela. En tanto, los grandes de Europa miran envidiosos estos golpes de fortuna que levantan a Carlos. El mocito que salió de Flandes a posesionarse de las pardas llanuras de Castilla va transformándose en el señor ambicioso, en el caballero del lienzo de Tiziano. Los reyes de Francia e Inglaterra no saben dónde ponerle la trampa, dónde darle la batalla, si en Italia o en Flandes o en el mar Caribe. Y un día el Caribe, por esto, será la gallera del poder marítimo europeo.

Las cosas de América han ocurrido de esta manera:

El mar Caribe y el golfo de Yucatán forman un ocho, que aprieta en la cintura el estrecho de Yucatán. Del estrecho para abajo, todo estaba visto en la lazada inferior. Esa fue la misión de Santo Domingo. Ahora había que entrar por la puerta de Yucatán y explorar el golfo de México, que como un mar aún desconocido dilataba sus contornos como holgado anfiteatro, para que empezara a escribirse la historia de México, de la América del Norte, de la Florida. Lo que representó, abajo, Santo Domingo, es lo que será, mirando hacia el norte, la isla de Cuba.

Cuba —la Fernandina, que dijo Colón— empieza en realidad a sentir en su interior el paso de los españoles, cuando veinte años después de descubierta Diego Velázquez llegue a gobernador y se funden Santiago, La Habana, Baracoa, Bayamo, Camagüey, Santi Spiritus y Trinidad. Sus campos se transforman en verdes plantaciones de caña. Los compañeros del gobernador cazan indios en las islas vecinas. Han traído unos pocos negros y menos caballos.

No muchos años después, ya la isla será uno de los grandes criaderos de caballos y una de las mayores concentraciones de negros. Por ahora es campamento de aventureros. No hay casa de piedra. No hay Corte virreinal. Quienes pueblan son los que en Santo Domingo no han tenido tierras ni indios, por haber llegado tarde al reparto, o los que andan mal de cuentas con la justicia, o los que, sencillamente, buscan nuevas aventuras. Además, muchos que han venido del Darién, hartos de ver las luchas entre Pedrarias y Balboa. La suerte hará que a estos hombres corresponda no hallar las selvas y pantanos del Darién, sino los palacios y templos de Moctezuma. Como en Santo Domingo, corresponde la hazaña a los de abajo. La historia se abre con estas palabras de un soldado: «Acordamos de nos juntar ciento diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra Firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que era hombre rico, para que fuese nuestro capitán». La gente que va, pues, es la que nada tiene. Los navíos en que se embarcan, los compran al fiado. Al rico Hernández de Córdoba, lo llevan como farol. Nadie sabe, exactamente, adónde va, y sólo se habla de cautivar indios en las islas para trocarlos por oro en el mercado de Cuba. El capitán acaricia la ilusión de que lleguen a alguna tierra rica, para alzarse con ella y hacerse gobernador. Y así salen a la aventura cuando unos golpes de viento, unas maniobras de timón, un poco de fortuna, y las naves tocan la isla de Cozumel, las costas de Yucatán, las puertas mismas del imperio azteca.

Lo que ven ya no son pantanos, ni chozas que se alcen sobre la copa de los árboles. La costa es seca y dura. Hay casas de piedra y templos de calicanto en donde el sacerdote, vestido con mantas de algodón, abre con una filuda navaja de pedernal el pecho de la víctima, como si fuera un pollo, y saca el corazón palpitante. Los indios llevan oro en las narices, en las orejas. Esto no parece isla sino continente. Cuando el capitán Hernández de Córdoba regresa a Cuba con estas historias, el gobernador se entusiasma y es una gran suerte que el capitán muera de fatiga no bien termina de referir sus descubrimientos. Ahora el gobernador arma las naves y prepara el ejército de conquista. Y para que la conquista quede en casa, entrega el mando de la expedición a su sobrino, Juan Grijalba.

La expedición de Grijalba confirma lo que contó Hernández de Córdoba. Grijalba no sólo completa el contorno de Yucatán, «tierra de yucas», sino que se entrevista con los embajadores de Moctezuma. Con muchas banderas blancas han salido a recibirle. En la costa, donde el sol quema y agobian las cotas de malla, se reúnen a la sombra de las ceibas. Los de Moctezuma les regalan con piñas y zapotes: son los primeros goces de la conquista. Mejor que el oro son y serán las frutas del Nuevo Mundo, que refrescan al rico y al pobre y ofrecen en su carne la flor de los manjares. Bernal Díaz del Castillo, un soldado que estuvo con Pedrarias en el Darién y luego pasó a Santo Domingo y Cuba; que anduvo con Hernández de Córdoba y ahora está con Grijalba, y luego hará con Cortés y Alvarado las conquistas de México y Guatemala, es un tipo curioso.

Al acercarse a los ochenta años, dejará la espada y tomará la pluma para escribir uno de los libros de historia más hermosos que en el mundo se hagan. Ahora, mientras los soldados de Grijalba, y él mismo, andan cazando pepitas de oro, siembra unas semillas de naranjo. Y así, como distraída, su mano se hace dos veces inmortal porque se la recordará siempre, además de sus historias, en el perfume, el oro y la miel de los naranjos.

Grijalba avanza hasta la isleta de San Juan de Ulúa, frente a Veracruz, llave de la conquista de México. Cuando regresa a Cuba, con las noticias de Moctezuma, el recuerdo de los zapotes, y muchas joyas de oro y hachas de cobre —que se creyeron de oro—, la visión de México se trueca en realidad. Riñe el gobernador a su sobrino por no haber ido más adentro en la conquista. Pero como es de aquellos gobernadores de que habla Balboa, que no hacen las conquistas sino desde la cama, empieza a buscar nuevo capitán para la tercera expedición. Este viene a ser Hernán Cortés.

Hernán Cortés es, de cuantos andan por Cuba, tal vez el único que no ha hecho una carrera en las armas. Quince años hace que anda por las islas y, como en España, ha conquistado más mujeres que tierras. No ha ido a ninguna de las expediciones a Tierra Firme. A punto estuvo de embarcarse para el Darién, pero lo retuvieron ciertos dolores. «Decían sus amigos que eran las bubas, porque las indias, mucho más que las españolas, inficionan a los que las tratan». Su última aventura revuelve a todo el pueblo. La heroína es Catalina Suárez, La Marcaida. Es una de las cuatro Suárez, lindas muchachas, que hacen furor en

la colina. Diego Velázquez, el gobernador, anda perdido por una de ellas, «de fama ruin». Cortés monopoliza a La Marcaida, pero no llega su amor al punto de bendición. Hay habladurías, amenazas, requerimiento del gobernador. Cortés tiene su genio. Lo que es con La Marcaida y a la fuerza, no se casa. El gobernador lo pone en el cepo. Escapa Cortés del cepo y corre a la iglesia para ponerse en sagrado. Ahí nadie puede tocarle ni un pelo de la barba. Pero se aburre, sale al atrio y le ponen la mano. Se le amenaza con ahorcarle. Se fuga otra vez. Pero esta vez regresa cuando le da la gana y una noche, con todas sus armas, entra de improviso en casa del gobernador: viene a hacer las paces. Está bien, se casa con Catalina. Y tan arreglado queda con el gobernador que, dice Gómara, «tocáronse las manos por amigos y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama, donde los halló a la mañana Diego de Orellana».

Y así Cortés, que no es conocido en guerras ni navegaciones, es persona a quien nadie desconoce en la isla. Ha trabajado en minas y granjerías. Llegó de diecinueve años a Santo Domingo y salió de España porque no le cabía el alma entre el cuerpo. Anduvo tan pobre que de una capa se servían, en un tiempo, él y dos amigos, para salir a negociar en la plaza. Cuando pasen los siglos, haga él su historia, y la historia su balance, acabará por verse que este que ahora no es sino un tipo de lance en Cuba, sólo podrá compararse con Alejandro de Macedonia, o Julio César. Antes que todo, conviene leer su retrato, tal como lo escribe López de Gómara:

«Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz fue alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que fue después. Fue muy dado a las mujeres y dióse siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla, bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufrió mucho el hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio, porfiado, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas; por donde le llamaban rico de avenida. Vestía más polido que rico, y así era hombre limpiísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos en coro; grandísimo limosnero; y así encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini apprehendit eos, et fortitudo ejus*

corroboravit brachium meum; letra muy a propósito de la conquista. Tal fue como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva España».

Una cosa ha aprendido Cortés en sus conquistas domésticas, que capitanes y soldados ignoran: política. Diplomacia. El arte de engañar y gobernar a los hombres, de seducir a las mujeres. De toda esta maquinaria brutal que es América en la primera mitad del siglo XVI, el resorte más fino es Hernán Cortés. Su carrera no es un choque de armas duras, sino una obra de arte. Delante de los ajustadores que abollan corazas, él es un príncipe que se come vivos a los reyes. Es casi inexplicable por qué le ha entregado la armada el gobernador Velázquez. Ahí está su sobrino, que empezó el descubrimiento, y a quien atacan los soldados. Ahí, gentes ricas y capitanes de experiencia en los combates. A Cortés, siempre endeudado, le ha visto en los peores líos, le ha tenido en el cepo, casi en la horca. Y, sin embargo, acaban acostándose en la misma cama, comiendo en la misma mesa. Los advertidos miran envidiosos la fortuna de Cortés. Este ríe, porque reír es una de las cosas más sabrosas que sabe hacer. Para ser capitán de la armada, Cortés ha movido sus cuerdas a la perfección. Buscó los amigos que debían sugerir su nombre al gobernador. Sin que él directamente hiciese nada, en el momento preciso Velázquez le entrega la armada. No tiene Cortés, como es de rigor, ni un centavo. Pero al otro día pone estandartes en su casa y presta dinero para vestir su mesa. Sale por las calles con penachos de plumas, medalla y cadena de oro, ropa de terciopelo sembradas por ella lanzadas de oro.

Catalina Suárez, La Marcaida, no anda menos galana. Se oyen en la plaza, a grito herido, los pregones convidando a conquistar, y en la casa de Cortés, en voz confidencial, invitaciones a hacerse rico. Un loco le canta al gobernador las verdades: que Cortés se alzaré con la gobernación. Los cuerdos, en secreto, se lo han advertido. El pecho de Cortés, como sus encajes y joyas, avanza triunfante por este mar revuelto. El gobernador empieza a ver claro, y tiembla: trama en una y otra forma la detención de Cortés, su prisión. Cortés avanza. Nada le detiene. Es todo un listo. Ya están navegando las naves. Ya en ellas se han puesto cinco mil tocinos, seis mil cargas de maíz, y yuca, gallinas, aceite, garbanzos. Cortés ha comprado toda una tienda de abalorios para los rescates, y los dieciséis únicos caballos y yeguas que han podido comprarse, porque en Cuba se han puesto por las nubes. Las naves son once. Los de la jornada, 580 soldados, 109 marineros, dos curas. Para conquistar México no se sale de Sevilla: se sale de Santiago de Cuba. Como para conquistar el Perú se saldrá de Panamá.

Baja el gobernador, caballero en una mula, la cuesta del puerto. Las naves están ya listas, y sólo falta que entre Cortés, cuyo botecillo está esperándole para llevarlo a la nave capitana. El gobernador viene pálido de ira, aunque disimula: «Hijo —le grita a Cortés—, ¿qué es esto que hacéis? ¿Para qué os embarcáis sin tener pan y carne para la jornada?». «Señor —le contesta el otro muy sonriente—, beso a vuestra merced las manos: los navíos van bien proveídos, y donde yo voy no padecerán los soldados necesidad. ¡Dios quede con vuestra Merced, que yo voy a

servir a Dios y a mi rey, y a buscar con mis compañeros mi aventura!»». Se dispara el cañonazo que anuncia la partida. Marineros, soldados, todos trabajan con premura. Las velas van extinguiéndose; ya sueltan las arrugas, ya las templea el viento. En las naves, carcajadas, gritos, lágrimas de los soldados —que siempre lloran—. «¡Que Dios y Santa María de Sevilla os lleven con bien!», gritan las mujeres de la playa, con agua en los ojos. Quien sea malicioso verá, entre las barbas claras de Cortés, retozando una sonrisa.

Ahora, el caballero de la mula trepa la cuesta, camino de su gobernación. Camina despacio, desandando sus pasos, de espaldas a la mejor aventura del Nuevo Mundo.

Cortés, con mano rosa, va palpando los contornos de su mundo, su risa cordial le acerca a capitanes y soldados. Pero, al propio tiempo se impone. No permite que al indio ni se le robe ni se le asuste. Ve muy claro que lo que pisa, en realidad, es un continente. Al fondo está la cordillera, con sus crestas de nieve que resplandecen al sol de la mañana y por la tarde se pierden entre nubes. En Tabasco pacta su primera alianza con los indios, y le traen cuatro diademas y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco ánades de oro. Le cuelgan una corona de flores: «Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres y entre ellas una muy excelente que se dijo doña Marina». Cortés recibe las ofrendas con alegría. Mujeres no acepta sino a condición de que se hagan cristianas y bauticen. Esto cumplido, las reparte: a cada capitán la suya, y doña Marina, por más entrometida y desenvuelta, la da a Alonso Puerto Carrero, primo del

conde de Medellín. Será la amante de Cortés y la madre de su hijo Martín. Destruye los ídolos. Clava una cruz. A los caciques les habla de Nuestro Señor Jesucristo, y de un rey muy grande y poderoso, Carlos de Castilla.

De Tabasco sigue la flota a Veracruz, donde habrá de hacerse el campamento, la ciudad. El nombramiento que trae Cortés de Velázquez es para descubrir y rescatar. Lo que están viendo los soldados es un continente, y lo que se necesita es otra cosa: gobierno propio, república. Cortés reúne al pueblo, hace ayuntamiento, nombra alcaldes y regidores, da la vara de la justicia a los alcaldes, y dice muy solemne: «Vuestro es el poder: yo renuncio desde ahora para siempre el cargo de capitán general en manos de los señores alcaldes y regidores, para que este regimiento nombre por capitán general al que mejor visto le fuere». Y con estas palabras se retira muy fresco, liquidando todos los poderes del gobernador de Cuba. Da su grito de independencia, y lo pone todo en manos del pueblo, como hizo Balboa, y como harán en adelante todos los grandes capitanes de la conquista. Ahí mismo los alcaldes, que saben lo que les toca hacer, tratan de «muchas cosas convenientes al bien de la república; determinando elegir por su caudillo y capitán a Hernán Cortés, y para que la elección tenga más fuerza, llaman a todo el pueblo». Se reúnen alegres los soldados: como cuando se reían del gobernador de Cuba. Uno pronuncia cierto discurso a nombre de la república: es la apología de Cortés. Pero el común debe elegir: ¡que hable el común! «¡Cortés!, ¡Cortés!», gritan los del pueblo. Y en muchedumbre van a buscarle. Cortés

los recibe conmovido. Es sorpresa que no esperaba... «Se hacía mucho de rogar y, como dice el refrán, tú me lo ruegas, e yo me lo quiero». El orador que le ofrece la capitania dice con arrogante y limpia demagogia: «Venimos a vuestra merced a suplicarle y requerirle, y si necesario es, mandarle, acepte el cargo de nuestro capitán general porque todo el pueblo está de parecer de no elegir a otro, por lo cual será bien que vuestra merced quiera a quien le quiere...».

Y así se borra en el horizonte la última imagen de aquel caballero que fue doblando en la mula la cuesta de La Habana.

Llegaron a Veracruz en Semana Santa. Un fraile, que es gran cantor, dice la misa. Cortés mismo ayuda a clavar los palos, a remover la tierra para levantar la ciudad. Ahora llegan los embajadores de Moctezuma. Extienden en la tierra unos petates, y ponen en ellos lo que ya sabemos: un gran disco de oro y otro de plata, puñados de joyas; todo el tesoro que Cortés enviará al rey Carlos. Cortés no es menos dadivoso: le envía una silla tallada, un sartal de cuentas, una gorra de terciopelo con la medalla de san Jorge matando al dragón. A los indios de las vecindades obsequia dos camisas, dos gorras, cuentas y cascabeles; en cambio, le traen un casco lleno de pepitas de oro, que se va también para España con las cartas del cabildo donde se pintan las bellezas del Nuevo Mundo, se dicen las peores cosas del gobernador Velázquez y se pide por capitán a Hernán Cortés. Digamos de paso que cuando Carlos recibe, como hemos visto, estas joyas y papeles en Tordesillas, los mete en sus arcas y con

grandeza imperial ni da las gracias a Cortés ni contesta las cartas. Hasta el corazón de Alemania van a dar las pepitas de oro. Unos siglos más tarde, buscando los curiosos las cartas de Cortés, las encontrarán en los archivos de Viena.

Pero sigamos con Cortés y su república. Su decisión es ir hasta el corazón de México, donde está el emperador que le envía las joyas, y las montañas coronadas de nieve. Para lograrlo, hay que quitar la tentación del regreso. En otras palabras, destruir las naves. Pero todo con política, discutiendo el asunto en el cabildo, haciendo que declaren los pilotos que están comidas de broma para que Cortés no venga sino a obedecer un mandato. El hecho es que momentos después ya están barrenando cascos, arrancando mástiles, llevando al campamento los trapos, los cordajes, los herrajes. Los que no tengan coraje ni ambición que sigan pensando en Cuba. ¡Los que quieran tierras, oro, aventuras y gloria, que miren adelante, a la montaña de nieve y de oro! Mordidos por el sol y los mosquitos, con palos y cuchillos en las manos, empapados en sudor los mechones de pelo y las camisas, los carpinteros, los soldados, los frailes, los peones, hacen resonar en el aire la voz de la plebe: ¡A México! ¡A México! Es el grito de Hernán Cortés que se multiplica en quinientas gargantas españolas. El corazón de Marina tiembla como el de un pajarito.

Y así como se mueven los soldados de la orilla del mar a las faldas del monte, camina también la ciudad. Cortés la

ha bautizado Villa Rica de la Vera Cruz. Sería mejor decir: Villa Rica de la Veracruz, la Vagabunda. No pasan unas semanas de que Cortés la haya erigido en las propias playas donde desembarcaron, cuando ya están desarmando los bohíos y los rehacen unas cuantas leguas más adentro. A los dos años, pensará Cortés que fue andar mucho, y otra vez regresa con sus calles y su plaza, su iglesia y su cabildo, para estar más cerca del islote de San Juan de Ulúa, que es como su faro y su defensa. Pasarán los años, vendrá la fiebre amarilla, que acabará con los blancos, los negros y los loros, y dirá el virrey: «Vámonos de acá», y se llevará otra vez las calles y la plaza, la iglesia y el cabildo unas cuantas leguas al sur. A las casuchas de barro y paja que construye Cortés en su ciudad bohemia, sucederán fortalezas, anchas murallas, castillos de piedra, bocas de fuego, para defender México de los franceses, de los ingleses, de los mismos españoles. El islote de San Juan de Ulúa será testigo de una batalla que cambiará la política europea y colocará frente a frente, en línea de combate, a Inglaterra y España. Por lo pronto, Veracruz es el escenario de una pequeña obra maestra del ingenio de Hernán Cortés, en que tras hacerse él capitán del común, llegará a fomentar la mayor revolución de los indios y se convertirá primero en su caudillo, luego en su amo.

Cerca de Veracruz está Cempoal, una de las grandes naciones que los aztecas tienen sojuzgadas. Cortés, a un mismo tiempo, envía fraternales mensajes a Moctezuma y subleva en secreto a los de Cempoal contra él. La revolución de los indios se desata. Los recaudadores de impuestos

que envía Moctezuma, y a cuya presencia antes temblaban los indios empavorecidos, quedan prisioneros. Protegidos por el ejército de Cortés, no pagarán más tributos al rey de los aztecas. Hay bailes y regocijos, con gritos de guerra, ruido de tambores, flautas de caracol. Cortés es el ídolo de los de Cempoal... Y Cortés es la esperanza y alegría de los de Moctezuma, porque libera en secreto a los prisioneros y los envía al rey, diciéndole que está indignado con los de Cempoal, que han hecho tales insolencias, y que los deje por su cuenta para ponerlos otra vez en su sitio.

En el propio campamento de Cortés hay todavía amigos del gobernador Velázquez que conspiran contra Cortés. Un día logran apoderarse de un navío para regresar a Cuba, y van reuniéndose en secreto, con armas y bagajes. Cortés los sorprende, los juzga, los condena por medio de sus justicias. Pedro Escudero y Juan Cermeño van a la horca; al piloto Gonzalo le cortan los pies; a unos Penates, harineros, les propinan doscientos azotes. «¡Quién no supiera escribir para no firmar muertes de hombres!», exclama Cortés cuando autoriza la sentencia. Díaz del Castillo comenta: «Parésceme que aqueste dicho es muy común entre jueces que sentencian a muerte...».

Y se lanza Cortés al interior. No lleva ni quinientos soldados con sólo 32 ballestas y 13 escopetas. Caballos no tiene sino 15. Un conde en España va con más armas y caballería a caza de venados, y Moctezuma tiene en su ejército más de cuarenta mil indios de guerra. La conquista va a hacerse con espadas, pedacitos de vidrio y palabras dulces. La ciudad de México, labrada en medio de los lagos,

con sus grandes torres de piedra, sus calzadas que cortan el agua, sus canales que se llenan de mercaderes, su templo macizo, su plaza más grande que la de Salamanca, y el palacio de Moctezuma es la maravilla del mundo americano. Pero Cortés llega hasta el corazón de la ciudad, pone a Moctezuma entre su puño de hierro y terciopelo, y empieza a enseñorearse de su conquista. Sin docena y media de caballos. Haciendo ese prodigio de equilibrio está Cortés, cuando el propio Moctezuma, que lo sabe por sus correos, le informa de lo que el gobernador de Cuba manobra para destruirle. Ha reunido una flota increíble. Diecinueve naves, con novecientos hombres, cañones, ballestas, escopetas, lanzas y ochenta caballos, han venido bajo el comando de Pánfilo de Narváez para someter a Cortés y entregar al gobernador Velázquez el señorío de estas conquistas. Deja Cortés la custodia de Moctezuma en manos de Pedro de Alvarado y cien hombres más, y con el resto de los suyos abandona la ciudad para ir al encuentro de don Pánfilo. Así es la suerte: cuando ya empieza a mandar sobre los indios, le salen al paso los blancos, y ahora parece más difícil habérselas con don Pánfilo que con el propio rey de los aztecas. Cuando Cortés se acerca al real de los de Velázquez, no tiene sino una tercera parte de los hombres que don Pánfilo comanda. Cortés empieza a minar la fortaleza enemiga por dentro, a formar su quinta columna. Hace llegar tejuelos de oro y palabras prometedoras a los capitanes del bando opuesto. Sus promesas halagan más los oídos, que no las duras órdenes del comandante. Cuando llega el día de la batalla, Cortés la tiene ya

ganada. Entra de sorpresa y a la madrugada al campo de Narváez. Cada uno de sus capitanes lleva una misión precisa; este, caerá sobre la artillería; el otro, sobre el capitán Salvatierra, que parece el más bronco y alevoso; el tercero, sobre el pobre Pánfilo. Es obra de una hora, o poco más. Los muertos no llegan a dos docenas. Cuando empieza a evaporarse, bajo el fuego del sol que ya sabemos, la poca sangre derramada, don Pánfilo está desarmado y prisionero, y Cortés tiene novecientos hombres más, ochenta caballos y pólvora, y municiones y tocino. Es el último regalo que le hace el gobernador de Cuba.

Aprovechando las pocas lecciones que recibió en dos años de haber frecuentado la universidad de Salamanca, Cortés, en unas cuantas noches de rasgar papel, hace su segunda relación a Carlos v. Ya no al rey de España sino, además, al emperador de Alemania. Y más que al emperador de Alemania al del Nuevo Mundo, porque las tierras que Cortés pone bajo sus barbas de canela, son mejores, más extensas y ricas que las de la vieja Alemania: «Son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular emperador dellas y con título, y no menos mérito, que el de Alemania, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee». La carta, como siempre, va acompañada de abundante regalo de oro y joyas, tesoros de Moctezuma.

Cuando despacha la carta, se vuelve a la conquista. La guerra sigue. De la ciudad de México llegan despachos: que los indios se han levantado contra Alvarado y le tienen puesto sitio. Ahora habrá que entrar quebrando lanzas. Pero ya saben todos lo que esta conquista será en riquezas

y en gloria. Los viejos y los nuevos van radiantes a esta jornada, bajo las banderas del capitán del pueblo. Habrá que construir navíos para, si no se puede por las calzadas, llegar a la ciudad navegando por el lago. Por fortuna, para construirlos ahora abundan los carpinteros, los herreros, y ahí están las velas y cordajes de las naves que trajo don Pánfilo. Para alivio y grandeza de Cortés.

Mientras Hernán Cortés lucha en México contra los españoles de arriba y los vence, en España Carlos v ha tenido que luchar contra los de abajo, hasta sojuzgarlos. El pueblo se ha inflamado en retozos democráticos a uno y otro lado del mar Atlántico. En ambas partes se ha hablado a nombre del común, de los capitanes del pueblo. Pero mientras los nobles de Castilla ahogan en sangre la revuelta de los comuneros, y en torno al emperador florecen los afortunados de la Corte, aquí en América no hay quien detenga a los Cortés y Balboas, a los Pizarros y Belalcázares, que avanzan contra el querer de los gobernadores impotentes.

La coronación de Carlos v en Aquisgrán es muy solemne. Entra un domingo a la ciudad vestida de banderas. Nunca podrá olvidar su paso triunfal, cuando en clara suavidad del otoño hay en los árboles hojas doradas, y él avanza entre el brillo de cobre de los heraldos y besamanos y venias de la Corte. —¡Qué linda es la carrera del cardenal de Maguncia cuando vuela a sostenerle para que no se apee del caballo! El espectáculo es magnífico. Adelante van los tres mil alemanes de su caballería, con banderas coloradas, amarillas y blancas; y luego, los senadores de

Aquisgrán y el duque de Juliers con sus trescientos jinetes y sus alabarderos, y el marqués de Brandeburgo y el arzobispo de Tréveris, y el cardenal de Maguncia y el embajador de Bohemia, todos con trajes que parecen arrancados de los vitrales de las catedrales, y sus jinetes, banderas, aceros, armiños, mantos de púrpura, joyas, cordones de oro, broches de perlas, y en las cotas águilas imperiales, y en los escudos el león y el castillo españoles.

Al llegar Carlos a la iglesia donde va a ungírsele emperador le alza la falda Federico, el conde Palatino. Príncipes, caballeros, prelados, vienen a recibirle, le salen al tope, como decimos nosotros. Los arzobispos, de pontifical, con báculos y mitras. El emperador se tiende en cruz sobre las gradas del altar. Le cantan letanías. Carlos oye la voz tronante del señor arzobispo que, moviendo el báculo con la siniestra, con la diestra le bendice. Luego se levanta y el arzobispo le va tomando las promesas. A cada pregunta que le hace en latín, Carlos contesta: «*Volo*». Luego se vuelve al concurso el arzobispo y pregunta: «¿Queréis al rey don Carlos por emperador y rey de los romanos?». ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!, responden los cortesanos en un solo bramido. El emperador cae de rodillas. Le desabrochan por la espalda las ropas y con óleo cathecriminos le ungen las juntas de los brazos, los hombros, el pecho, las manos y hasta la coronilla. A cada uno va diciendo el arzobispo: «*Ungo te regem oleo Santificato...*».

Y hubo fiestas. El mariscal del imperio —que para algo han de servir los mariscales— sirvió de caballerizo y públicamente dio de comer al caballo del emperador, y el conde

Palatino sirvió de maestresala y «trajo una pieza de buey a la mesa, el cual se había asado entero en la plaza y relleno de muchas aves, las cabezas de las cuales asomaban por entre las costillas». Sigue la crónica. El conde de Limburg «sirvió de copa, en que fue una fuente que manaba tres caños de vino, y trajo un tazón lleno. Él mismo sirvió de aguamanil, sosteniendo para el emperador, al aguamanos, y el marqués de Brandeburgo la toalla».

Mientras todo esto ocurre, los comuneros de España andan levantando pueblos, cantando guerra, porque no quieren que entren más alemanes a España, ni que de España saquen ni los dineros del pueblo ni los que llegan de América, ni que el rey de Castilla viva y reine fuera de España. Todo esto tienen el atrevimiento de decírselo, punto por punto, en una extensa carta que un propio desvergonzado pone en las imperiales manos. Le dicen más: que cuando él salga de Castilla, quien quede al frente del gobierno haya de ser natural de Castilla o de León. No quieren flamencos, ni casta alguna de extranjeros. Los comuneros luchan con desesperación. Dan sangrientas batallas, sitian y toman villas y ciudades, toman a Juana la Loca por bandera. Pelean hasta con flechas envenenadas, quizás aprendiendo ya las artes del indio americano. Los depósitos de mercancías a que han puesto fuego valen miles y miles de ducados. El emperador ruge de ira. Castiga al mensajero que le trae la carta, por cometer tamaña insolencia. Poco a poco se mueve toda la máquina del imperio hasta que la última voz del común se acalle. Y otra vez entra Carlos a España, con su cortejo de alemanes y castellanos,

sobre el camino de terciopelo. Pero quizás algo ha aprendido, y bajo el puño de hierro, el emperador sabe que tiene una España de piedra. Además, el hombre es melancólico.

Cuando Carlos se sentaba a la mesa en Aquisgrán, para emprenderlas con el buey asado, Cortés, en Veracruz, escribía su carta-relación. Llegó al emperador a tiempo con la que los comuneros le escribían de Castilla. La carta de Cortés traía alma de oro. La de Castilla, de quejas y demandas. Son los dos grandes documentos del pueblo en donde se pintan los anhelos, atrevimientos, desventuras, ingenuidades y obras que levantan sus corazones y mueven sus brazos. La carta de los de Castilla la contesta el emperador con pólvora y cadenas. La de Hernán Cortés la pone graciosamente en las manos de Jacobo Crombreger, el alemán de la imprenta de Sevilla, porque ya los alemanes están regados por todos los negocios de España. Y Crombreger la publica con mucho arte y en letra gótica, como es de rigor.

*Créese, é afirman devotos chripstianos é la
experiencia lo ha mostrado, que después que el
Santíssimo Sacramento se ha puesto en las
Iglesias desta isla, han cessado estos huracanes.
Desto ninguno se debe maravillar, porque
perdiendo el señorío desta tierra el Diabolo,
é tornándola Dios para sí, diferencia ha de
aver en los tiempos, é en las tempestades,
é tormentas é en todo lo demás.*

OVIEDO

*Cada cual crea lo que le acomode: yo pienso
que la naturaleza puede hacer cosas grandes.*

PIETRO MARTIRE D'ANGHIERA

▪ EL DORADO Y LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

EL ESPAÑOL DEL SIGLO XV, del siglo XVI, no es el rey de la creación sino una criatura de Dios. No tiene ciencia que le ayude a defenderse de su lucha con la naturaleza. Sería admirable disponer, en las tempestades, de una varilla que recogiera los rayos o, al llegar a una selva, de una máquina que volara para pasar sobre los árboles sin peligro, o que hubiese una pastilla blanca que, al tener un dolor muela, se tragase y pasara el dolor. Semejantes fantasías nadie las ha inventado. Cuando los vientos se ensoberbecen y se descuelga la tormenta, lo único que puede hacer el hombre es encomendarse a Dios. Los médicos son brujos. El hombre ha de escoger entre el camino de Dios y el camino del Diablo. Ante este dilema vacila a cada instante el pecador, y ese es el tema y drama de su vida. Hay gentes que, en una necesidad extrema, se encomiendan a la Virgen; otras, hacen pacto secreto con el pata-de-cabra. Este español, pues, no es el animal racional, de que suele hablarse, sino un alma imaginativa. Durante siglos, al hacerse el censo de las ciudades, no se dirá: «Toledo tiene tantos

habitantes», sino «Toledo, ciudad de tantas almas». El hombre natural, sencillo, que pueda ver sin espanto, con cierto imperio, su propio puesto dentro de la naturaleza, no ha nacido aún. El español de la Conquista está supeditado por los cuatro elementos —el aire, el fuego, el agua y la tierra—, y su defensa está en lo sobrenatural. Todo gira para él dentro de la órbita de lo supersticioso, lo místico, lo santo, lo milagroso, lo providencial, lo mágico. Cuanto más grande es la desproporción que se establece entre la insignificancia del hombre y la misericordia infinita de Dios, entre la miseria del pecador y el poder del demonio, se comprende mejor este mundo. La fórmula de defensa es el milagro. Y cuanto más absurdo, más lindo es el milagro.

Para la muchedumbre de campesinos, carpinteros, herreros, panaderos, pastores que en su vida sólo han conocido la plaza del pueblo y los sermones del cura, los asnos que llevan las botijas de aceitunas y los toneles en que el vino reposa, el horno en que se cuece el pan, la iglesia donde se recibe el bautizo y el cementerio donde se duerme en paz, cruzar los mares salados en semanas y semanas de no ver sino aguas de color, es cosa de maravilla. Llegar al otro lado, permisión de Dios. Colón mismo comprendía que sus ideas sólo podían abrirse paso a través de lo sobrenatural: «A mí no me ayudan libros ni mapas —dijo un día en un arranque casi violento—: sino que en mí se cumple llanamente lo que dijo el profeta Isaías». Otro día, escribió a

la reina: «Magestad, acabo de llegar al paraíso terrenal». Lo escribió así como quien pone una tarjetita de saludo del pueblo vecino. En los últimos años de su vida, el Almirante se dedicó a hacer un inventario de profecías. Lo que dio a Colón fama de loco no fue exactamente que hiciera profecías, sino que las aplicaba en una dirección equivocada, demasiado en beneficio propio. Y eso fue todo para su mal.

Es patente la diferencia, para el español, entre la imaginación que le estimula y la razón que no le trabaja. Con números y compases nadie le mueve a que deje la tierra firme para aventurarse en un mundo inexplorado: con fantasías, en cambio, se le lleva de una banda a la otra del mar, de una punta de la Tierra a la otra. Lo heroico le entusiasma, porque está dentro de su teoría de las desproporciones. Ya lo he dicho: cuanto más absurdo, más lindo es el milagro. Por esto es posible que Cristóbal Guerra se meta en una barquita con treinta compañeros y cruce el Atlántico para descubrir las costas de Venezuela, o que Fulano Méndez, en una canoa, cruce el Caribe para llevar unas cartas de Colón.

La geografía, la historia, se hacen en imágenes de colores. Por esto, entran en el reino de las bellas artes. América aparece vestida de oro, perlas, plata y esmeraldas; sus bosques tienen perfume de canela y en ellos habitan gigantes, Amazonas, enanos; en el mar, sirenas. Cuanto más se conoce, más seguros se hallan los conquistadores de que todo es prodigio. Hay fábulas de Platón que no se cumplen. Es notorio que las que se creyeron fábulas de poetas griegos y latinos eran anuncios de lo que estamos viendo. Aquella isla

misteriosa de la Antilla, que aparecía y desaparecía en mapas fantásticos, ahí tiene que estar. Lo de la Atlántida, comprobado. Hay conquistadores que buscan, con ojos de lince y fe de carboneros, las huellas de los apóstoles que debieron de habitar en el Nuevo Mundo. Colón va tras las ciudades de puente de mármol que dice Marco Polo. No hay quien no se pregunte por la tierra del Gran Khan. Baturros que en su vida no supieron sino de asnos, hablan ahora de perlas de Ofir y templos de Salomón. La actitud personal del conquistador se inspira en las proezas de Amadís de Gaula.

Los mapas son mapas de gesta. De sus aguas brotan monstruos espantables. En las orlas, dibujos de indios que doran en el asador pierna de cristiano. Pero lo más extravagante, quizás, es la figura misma de las tierras descubiertas. Hay mares o ríos que se ensanchan, que se alargan hasta lo inverosímil. Todo es desmedido, porque conquistador que ha caminado diez leguas habla de ciento por hacer proeza. Él mismo acaba por creerse.

Ahora: quien no crea en fábulas que tire la primera piedra. Más místicos que los españoles son los italianos. Unos y otros se complementan. Oviedo cita a Boccaccio como una autoridad. Pero, ¿no es Colón el genovés quien viene primero a buscar monstruos en las islas y a repetir lo de las amazonas que leyó en Marco Polo? Y Vespucci habla de los gigantes. Y Pietro Martire dice que a unas cien leguas de Panamá, en un mar negro, se han visto peces como los delfines, que cantan con armonía, como las sirenas, y adormecen del mismo modo. Sebastián Caboto cuenta de los hombres que tienen patas de avestruz.

Los alemanes no se quedan atrás, bien nutridos como están en la floresta del romance medieval. En Venezuela, Ehinger descubre las amazonas, y Nicolás de Federmann la nación de los pigmeos. En el Plata, Ulrich Schmidl se mezcla al turbión de los que persiguen las cavernas de plata, donde vive el Rey Blanco. Los ingleses tampoco vacilan. No hay más acabada descripción de los gigantes de la Patagonia que la de Francis Fletcher, el compañero de Drake en el viaje alrededor del mundo. Y en la cima de todo podríamos colocar a sir Walter Raleigh con El Dorado de su Guayana mitológica.

Por lo demás, de América no hay otro lugar en donde la fábula esté mejor representada que en el Caribe. Aquí está la isla de las amazonas de Grijalba, la de los gigantes de Vespucci, la de los monstruos de Colón. Pero de todas las leyendas, las dos más estupendas, las que determinan las empresas más descabelladas y heroicas, son las de El Dorado y la de la Fuente de la Eterna Juventud. Durante muchos años, los que exploran en la América del Norte van en busca de la fuente que torna mozos a los viejos. Los que exploran el sur, corren tras la ilusión de un cacique a quien, cuando se dirige a la laguna sagrada, arrojan sus súbditos puñados de oro en polvo hasta dejarle resplandeciente. Y así, lo que más tarde se llamará América del Norte y América del Sur, ahora no es sino o la Florida o El Dorado. Son dos aventuras a que se lanzan españoles, alemanes, ingleses, sobre los potros de su propia locura. Y cuando se piensa que quien los empuja, desde la sombra, a tan disparatadas empresas, es don Cristóbal Colón,

primer predicador de tanta fantasía, su figura crece ante nuestros ojos como la de un humorista que se burla de sus propias invenciones.

Ponce de León lleva veinte, veinticinco años de andar por estas islas. Cada día que amanece ve nuevas provincias tentadoras, e indias, tentadoras también, que cantan y bailan areitos para enloquecer a muchachos recién llegados de España. Recuerda sus primeras experiencias en América, cuando acompañó a Colón y recio, alegre, emprendedor, con sus 33 años floridos, tuvo los más completos goces de su vida. Luego, anduvo con Ovando: todavía era un placer ir de farra y gozar con las indias en las noches cálidas del trópico. «Era un escudero pobre cuando pasó acá...». Pobre, pero alegre, rico de ingenio, señor en sus conquistas. Se le hizo capitán de la isla de Borinquén, que es el nombre poético de San Juan de Puerto Rico. Allí se hizo famoso por sus hechos. Había sido gran cazador de indios. Había tenido sus pleitos con Diego Colón. Había tenido sus mocedades. Criado fama.

... Pues tuvo como es cosa notoria
en mucho menos la vida que la gloria...

Y en una pascua florida, en abril, que, como dice el pueblo,

¡Pascua en abril,
Año feliz!

Llegó a una costa verde y la bautizó la Florida. Pero han pasado los años, él tiene ahora sesenta, los de Santo Domingo han tratado de humillarle quitándole su gobernación de Borinquén, y el viejo, tenaz, emprendedor, iluso, se empeña en levantar la cabeza señera, acaricia la idea, idea traidora, de volver a los tiempos de amorosas batallas, de empresas juveniles, de gallardos trofeos. Ser otra vez quien fue cuando acompañaba a Cristóbal Colón. Y señor de la Florida, en nombre del rey, se coloca bajo la sombra de una fábula para ir a la conquista de la fuente de la eterna juventud.

Los indios, que le ven en los ojos el deseo, llévanle la idea. Allá al fondo —le dicen—, viejo querido, está la fuente... Ponce de León anda embrujado. Le cautivan lo mismo las fantasías que le cuentan, que el alboroto de su propia subconsciencia. La fuente de la vida y de la juventud existe, porque hay láminas antiguas que la muestran con sus aguas retozonas, encabritadas, que saltan y ríen en un paisaje de primavera. Al fondo, siempre, como quien apunta un detalle, una escena de Venus. Es la primera expresión gráfica de lo que llamarán los psicoanalistas el subconsciente. La estampa es ahora cuadro vivo. El caballero que se inclina a beber, Juan Ponce de León. La Venus, al fondo, caribe.

¿Puede alguien pensar que sea imposible hallar la fuente milagrosa en este nuevo mundo henchido de prodigios? Colón echó a correr el cuento, con su historia del paraíso terrenal. Allí pintó el árbol de la vida y, brotando de las rocas encantadas, los cuatro grandes ríos del mundo. Son los ríos de que habla Pierre d'Ailly, en el Ymago Mundi,

esa geografía alegórica que trastornó la mente del Almirante. Esas rocas son el pico de Adán, que marca los límites del Oriente, según los sabios de la Edad Media. Quienes ahora ven este árbol de los ríos americanos, el árbol más bello que las aguas del mundo hayan formado, donde peina la luz bucles de oro en fuentes de mil colores, encuentran ríos negros que brotan de rocas de betún, blancos como la leche, rubios como la miel, tintos como el vino, bermejos como una palabra de Sevilla. Algunos son helados: otros hierven. En Huancavelica del Perú está el río de la muerte: el agua que mana de sus fuentes, dice el padre Acosta, se convierte en peña: si de ella beben los hombres, mueren porque se les congela en el vientre y se hace piedra. Contrapunto de esto es la fuente de la vida, que torna mancebos a los hombres viejos. Es la fuente del libro de las maravillas del Asia: «Yo, Prester Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua, y desde que bebí me siento bien, pues los que beben de ella son siempre jóvenes...».

Y así empieza el descubrimiento y la exploración de la América del Norte, por la punta de una fábula. Ponce de León moviliza con ella un ejército de cándidos hombres. No queda río ni arroyo en toda la Florida cuyas aguas ellos no beban, ni pantano o laguna donde no zambullan. Gran cosa es que estos hidalgos se bañen. Pero en cuanto a lo demás, como dice el socarrón de Oviedo, sólo se ve el enflaquecimiento del sexo, y mostrarse estos hombres, en los hechos, mozos de poco entender. «Destos fue uno mismo Johan Ponce en tanto que tomó aquella vanidad de dar crédito a los indios en tal disparate...».

Con todo, sí encuentran los españoles en la Florida la juventud. No como la buscan, sino en unos indios flecheros, los más gallardos y vigorosos que hayan visto. Los arcos que ellos distienden, no los abre el más esforzado de los españoles. Las flechas que disparan pasan un caballo de costado a costado; atraviesan una armadura. Jamás en las Antillas se ha visto nada parecido. Ponce de León lo experimenta en sus propias carnes, y regresa a las islas con una pierna flechada: por esa herida entra la muerte y se lo lleva.

Ocurre con las fábulas como con todo lo que es enredo; una vez que se echa a rodar el cuento, no hay poder humano que lo detenga. Pasan apenas unos meses, y de las desventuras de Ponce de León ya nadie hace memoria: sólo flota en el aire que hay una tierra encantada en la Florida. Si hubo uno que no llegó al corazón de sus juezas, otro será el afortunado. Eso se ha visto en México. México es una palabra que agujonea y convence, que hace olvidar lo malo, que hace esperar lo bueno. El propio año en que Ponce de León muere flechado, Cortés entra en triunfo a la ciudad de México. ¿No habrá otro México detrás de los telones verdes que no logró rasgar Ponce de León? Donde hay continente, ha de haber maravillas. La Florida es un continente. Todos sueñan en su conquista, pero hay alguien que más que ninguno otro la desea. Es uno que quiere ser émulo de Hernán Cortés: aquel don Pánfilo que, yendo a sojuzgarlo, quedó vencido por él hasta el ridículo, y tuerto por añadidura. Habrá otro México —piensa don Pánfilo— en la tierra de la eterna juventud. Otro México; y yo, otro Hernán Cortés. Y así se lanza, señor de la Florida,

a la gran conquista, con muchas licencias del emperador y mucha ilusión en el penacho.

No sale modestamente de las Antillas, como Ponce de León, sino de la propia España. Seiscientos hombres vienen en sus navíos. La esperanza le ha dado coraje. Ciento sesenta soldados, quizá los más mozos, se le quedan en Santo Domingo: los reemplaza con veteranos de Cuba. Nada le arredra. Luego, viene la tempestad. Él ya sabe de estas desventuras; naves que se despedazan, tropas que se ahogan. Pero llega, al fin, a la Florida. Es Viernes Santo. El día del año en que en la mente de los soldados se pesan, en balanza de pecador arrepentido y sobre el abismo de la eternidad, los padecimientos de Cristo y las bellaquerías del hombre. Sólo quedan el consuelo de la misericordia divina y, al tercer día, la pascua de resurrección: campanas alegres de Sevilla que resuenan en el alma a vuelo de consuelo y esperanza.

Las playas de Florida en nada se parecen a las de México. Lo que en México era piedra y oro, aquí son árboles y ríos. Es una excursión por el reino vegetal. En los pueblos de indios sólo se encuentran chozas de paja, sembrados de maíz. Los caminos se hacen cortando ríos, lagunas, canales. A cada nueva jornada, nuevos telones de verdura. El oro debe de estar adentro, en el país de los apalaches. Los de Castilla ya exploran atemorizados, incrédulos, y si aventuran la vida es sólo porque no se ponga en tela de juicio lo único de cierto que tiene un castellano: la honra. Son marchas de muchos días en que no lleva el soldado en el morral sino dos libras de bizcocho, libra y media de tocino. El hambre se entretiene con granos de maíz tostado, cuando

hay tiempo de tostarlo. Llegan a pueblos de los apalaches. Lo de siempre: cuarenta casas, sembrados de maíz. De oro, muestrecillas. Quizás en otro pueblo, en Aute, estén los tesoros. Nueve días andando por bosques y praderas. Cada día parece una lección de historia natural. Listas de pájaros, venados, conejos, osos, leones, animales salvajes. En Aute, nada: granos de maíz.

De las jornadas de don Pánfilo por la Florida queda un libro: el de *Los naufragios*, que escribirá Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El título ya basta para darse cuenta del balance de esta historia. Naufragios en la tierra y en el mar. Ejércitos que se hunden en lodazales, naves que se estrellan contra los arrecifes. De los seiscientos soldados, cuatro quedan para contar el cuento. Don Pánfilo fue metiéndose tierra adentro, sin saber adónde iba. Ya Oviedo se lo había dicho desde España: que no fuera codicioso ni temerario, que no fuera crédulo ni agalludo, que se contentara con lo que tenía, y lo mucho que había mejorado su hacienda su mujer —porque ella sabía de conquistar más que él—, y no se expusiera a más pedradas como la que le dieron en el ojo cuando lo de México. Pero pudo más la soberbia, y ahí está don Pánfilo perdido. Las naves nadie sabe dónde quedaron. Los de a caballo se le huyen. Hay que buscar el mar otra vez. Cuando llegan a la orilla, ni tienen cómo seguir, ni cómo volver atrás. Don Pánfilo hace lo único que puede hacerse en estos casos: llamar a consejo. Y los soldados acuerdan algo que sobrepasa por su atrevimiento a cuanto pueda decirse en las crónicas de la Conquista: construir allí unos barcos para cruzar el mar.

No hay herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias; ni gentes que sepan los oficios; ni comida para sostenerse mientras hacen los buques. Y, sin embargo, en cuarenta días, con un carpintero se hacen las cinco barcas, y en ellas se mete todo el ejército. Los caballos fueron matándose uno a uno para comer mientras se trabajaba. Unos trajeron maíz de las vecindades, otros tumbaron árboles, otros cosieron velas. De los estribos, espuelas y ballestas se hicieron hachas, sierras, clavos. De unos cueros de venado y cañones de palo, los fuelles para una fragua. De las crines de los caballos, jarcias; de las camisas de los soldados, velas. Piedras se pusieron por anclas; como brea, resina de los pinos. Del cuero de los caballos se hicieron botas para llevar agua fresca. Cuando entraron en las naves los soldados, casi se hundían estas con el peso. Iban apretados como racimos de bananos.

El final, la derrota, el fracaso, el naufragio. El tuerto Pánfilo no tiene sino un grito desesperado para responder a la angustia de los soldados: ¡Sálvese quien pueda! Y uno de los que se salvan es Cabeza de Vaca. Desde el corazón de la Florida hasta el Paraguay, en el otro polo de la América, en años y años de aventuras increíbles, sobresale entre los más sufridos y nobles conquistadores. La historia habrá de presentarle, no obstante llevar el nombre que lleva, con un hermoso perfil de aventurero. Cae en manos de los indios, le hacen esclavo, pero, como hombre de astucias y recursos, salva siempre el pellejo. Se hace, más que médico, milagrero. Levanta enfermos, resucita muertos, y su fama va extendiéndose por la Florida hasta los bordes

de México. De tribu en tribu, el doctor Cabeza de Vaca, el brujo Cabeza de Vaca, va moviéndose hasta que un día llega a la Nueva España, al propio imperio que formó Cortés. Y con toda frescura, naturalidad y sencillez que corresponde a estos tiempos, apunta en sus memorias los milagros que ha hecho. Como todo el mundo sabe que en esta primera mitad del siglo XVI puede sanarse un enfermo, o regresar de la otra vida uno que había muerto, con sólo soplarle a la cara, poniendo en el soplo unas palabras del Avemaría y un poco de fe, el libro de Cabeza de Vaca es de convincente y deliciosa lectura.

Hay un interludio en la vida de Cabeza de Vaca: son los días que pasa en España, después de sus naufragios en la Florida, y antes de lanzarse a la aventura del Paraguay. En la relación escrita de sus viajes dice: «Aquí sólo quedan apuntadas mis desventuras: pero hay algo que no le digo a nadie sino al rey». Los castellanos son en Castilla más crédulos que los indios en la Florida. El cuento empieza a circular de mesa en mesa, de mesón en mesón: que Cabeza de Vaca sabe algo de las riquezas de la Florida que no le dice sino al rey. La frase adquiere su natural desarrollo: que Cabeza de Vaca sabe de las fabulosas riquezas de la gran Florida... Y el asunto acaba de verse resplandeciente: qué México, ni qué Perú: ¡Riquezas las de la Florida, que el De Vaca no le cuenta sino al rey!

Como don Pánfilo soñó en hacer allí las de Cortés, hay ahora en la Corte un émulo de Pizarro que quiere encontrar en la Florida otro Perú. Es Hernando de Soto. Había venido a América sin nada más que su escudo y su espada.

Fue con Pizarro al Perú, ganó allí tanta fama como este, y mejor; estuvo en la prisión de Atahualpa; se llenó de oro. Con ciento ochenta mil ducados anda por la Corte, y con mucho paje y lujo. Se ha encumbrado: casó con una hija de Pedrarias Dávila. En su persona se refleja la gloria alcanzada en el Perú. Los tesoros tomados a Atahualpa sobrepasan en tal forma a los de México que ya nadie se acuerda de Cortés. La gente dice: Si Hernando de Soto va a la Florida, es porque la Florida será otro Perú multiplicado. Así brilla la bomba de jabón que Cabeza de Vaca tiene henchida de viento. Los hidalgos venden casas, viñedos, olivares, rentas, para juntarse a Hernando de Soto. De Portugal llegan soldados que le suplican por un rincón en las naves.

Hernando de Soto es gallardo, mañoso, fino. Como valiente, se dice que su lanza ha sido la segunda en la conquista de América. Como magnánimo, siempre está más dispuesto al perdón que a la matanza. En la Florida, casi siempre hace las paces con los indios. Pero si le preparan una emboscada, antes que ellos le disparen la flecha, ya está su espada rebanando cabezas, su lanza clavándose en los pechos, su caballo saltando sobre los acuchillados. Y así va penetrando en el mundo de las anchas praderas y los hondos ríos, resuelto a ver aquello que Cabeza de Vaca sólo quería confiarle al rey. Es toda la epopeya de la conquista española, pintada en bermejo sobre el esmalte verde de la América del Norte. Ni se sacó un puñado de oro. Pero quedaron algunas otras cosas: el relato de un caballero portugués, de Elvas, con muchas escenas de color; la leyenda heroica de Hernando de Soto, «Colón interior

de la Florida», que recogió el inca Garcilaso de la Vega en uno de los más bellos libros del siglo XVI; y, resumen de todo lo escrito y lo vivido, un mapa que debió de hacer alguno de los soldados: parece un peine de ríos que corren paralelos a desembocar en el golfo de México. Ríos y ríos es lo que ellos han visto, lo que han cruzado, unas veces con el agua al pecho, otras a nado, cuando no con puentes que improvisa el ingenio de Francisco, un genovés, «trazados por geometría». Los nombres de los ríos van indicando la fatiga, la esperanza, los trabajos de la tierra, el momento de poner fe en los santos. Léase el catálogo de estos ríos, tal como aparecen en el mapa, y ponga el lector un poco de imaginación al pie de cada nombre, y sabrá lo que fue la empresa de Hernando de Soto: río de la Paz, río de Canoas, río de la Cruz, río de la Navidad, río de Arenales, río de Nieves, río de Flores, río de los Ángeles, río Bajo, río del Espíritu Santo, río de Montañas, río de Oro, río de Pescadores, río de la Magdalena, río de las Palmas. Si otros han descubierto lo que se llama «tierra firme», Hernando de Soto ha llegado al agua corriente, al camino que anda, al Mississippi que forma ese enorme árbol que sostiene entre sus brazos a la América del Norte como su propio follaje. En la América del Sur, en México, otros han trepado montañas. En la Florida, donde nace el mito de una fuente, el símbolo es un río que corta la llanura. De ahora en adelante, los españoles, que son hombres de la tierra y buscan oro, le darán a la Florida las espaldas. Hernando de Soto entrega sus huesos al río en donde a un tiempo acaba su vida y empieza su gloria.

Un día sintió venir la muerte, como suele ella venir por estos lados del Caribe: el fuego a dos manos le apretaba las sienes, le temblaban las carnes afiebradas. Hace que venga el cura y confiesa sus pecados. Encomienda a Dios el alma. Luego, que vengan primero los capitanes para despedirse. Enseguida, por grupos, los soldados. De ninguno quiere alejarse sin una palabra de camaradería y gratitud. Pasa la ola de fuego, y sobre su cuerpo tiende la muerte una sábana de hielo. Llenos están de lágrimas los ojos de los bárbaros. En la noche alta —que no lo oigan, que no lo vean los indios, que no lo sepan— bien atado al tronco de una encina, llevan capitanes y soldados el cuerpo de Hernando de Soto. Hasta los sollozos se apagan. Clara se oye la música del agua que corre por entre los dedos verdes de las orillas. ¡Qué fina se desliza y se va la barca de Hernando de Soto sobre las aguas veloces y profundas del Mississippi! Los castellanos sólo ven, en el surco que va dejando, alargarse el filo de las estrellas. Son bóveda de espadas para que pase la sombra del soldado.

Mientras al norte, Ponce de León, don Pánfilo y Hernando de Soto han sufrido todos los naufragios a que les empujó el mito de la eterna juventud, al sur no hay campamento de españoles en donde no se piense en un rey de oros. Para estas gentes, que son todos empedernidos jugadores de naipes, la vida es una aventura en busca de esta carta. Los indios señalan al interior, a la punta de las montañas. En diez años puede decirse que de todos los campamentos de la costa de fuego se mueven tropas hasta la nieve de las montañas, se navegan todos los ríos,

se cubre el mapa de América del Sur, buscando el Rey de Oros.

La conquista se ha afirmado, en los contornos del mar y sobre la ancha base de los Andes. En las orillas del Caribe y el Pacífico alumbran de trecho en trecho pequeñas ciudades, carpas a donde llegan todos los meses nuevos grupos de conquistadores. En Venezuela se ha fundado Coro; en Colombia, Santa Marta; Panamá en Castilla de Oro; Quito en el Ecuador; Lima en el Perú. De todos estos sitios se mira al fondo la corona de las montañas. Primero es un secreto de soldados. El Dorado es una palabra que se comunica en reserva, como si fuera clave mágica. Luego ya es grito herido de las muchedumbres que quieren, para hartarse de gloria y riquezas, ir a buscarlo.

A un mismo tiempo y sin saber los unos de los otros, se mueven así tres ejércitos golosos. El uno va quemándose por las llanuras de Venezuela: lo manda un alemán, Nicolás de Federmann, que se sale de los límites de su gobernación codicioso de morder la fruta que brilla como un sol en el cercado ajeno. Otro ejército viene por el lomo de las montañas: ha salido del Ecuador y lo capitanea Sebastián de Belalcázar, que así se desprende del mando de Pizarro para hacerse señor de sus propias conquistas. El tercero, internándose por las selvas del valle del Magdalena, en Colombia, trepa ahora por los despeñaderos de los Andes: su capitán, Jiménez de Quesada, quien apenas pone alguna distancia de su legítimo gobernador reúne a los soldados y les aconseja que elijan capitán. La tropa le aclama, de acuerdo con la receta de Balboa y de Cortés.

Avanzan todos hacia el mismo punto: hacia el mismo páramo. No son jornadas de semanas ni meses, sino de años. Unos cuantos miles de hombres quedan reducidos a pocos centenares. Pasan pantanos, selvas, desiertos, alturas heladas, valles ardientes, sufren hambres, guerras, muertes, pelean con indios, tigres, caimanes, se alejan temerariamente de la costa para trepar montañas de diez mil pies de altura, donde el agua se les hace hielo entre las barbas. Al fin, llegan al altiplano. Es una llanura azotada de lagunas, donde indios sueltos en mantas de algodón se acurrucan a fabricar vasijas de barro y los venados saltan azorados entre matorrales de arrayanes. Balsas de pescadores, hechas de juncos, se deslizan por el río perezoso entre coros de sapos canónicos y la fuga de unos patitos que tienen el lindo nombre de “tinguas”. Por la tarde todo es de oro: los nubarrones que gravitan sobre el anillo de montes que rodea la llanura; las aguas de los pantanos, y hasta el aire que envuelve las colinas. Por la noche todo es de hielo: el camino de leche de las estrellas que anuncia escarchas para el amanecer; el viento que entumece los dedos; el agua que se congela en tazones de barro, en artesas de madera. Por la mañana todo es de rosa: las mejillas del alba, el agua que se tiñe en las gotas de rocío, el viento que llega perfumado de los montes. Ese es El Dorado: un poco de cielo, un poco de agua, un poco de aire, que cambian de colores y juegan sobre la llanura apacible. Los primeros que entienden estas cosas, y los que las entienden mejor, son los animales. El perro que se tira al agua, saca un patito y se sacude gozoso en la orilla. Las gallinas que trae Federmann,

que cacarean con un entusiasmo desconcertante cada vez que ponen huevo. Los puercos que trae Belalcázar, que se revuelven entre el lodo.

Jiménez de Quesada despoja de sus joyas a los reyes de los indios, arranca de la entrada de los cercados las banderolas de oro que hacen una música asordinada cuando el viento las menea. El montón del botín —alto como un caballero sobre su caballo— se reparte: pero eso es todo, y nada más. De su ejército grande, ha llegado a la cumbre Jiménez de Quesada con ciento sesenta soldados. Con ciento sesenta llega Belalcázar. Con ciento sesenta Federmann. Parece de esta suerte el altiplano un escenario trabajado por la suerte para ser como la patria del equilibrio. Los capitanes no se van a las espadas, porque el llano frío y poético no convida a la pelea. Jiménez de Quesada no pone nombre mineral a su conquista, sino que la bautiza como fruta, con sabor de su tierra. No dice, como el rey, «Castilla de Oro», sino sencillamente, «Nueva Granada». Los tres capitanes cambian discursos y se van a la Corte para que decida el señor natural de todos, que es don Carlos V. Federmann confía en él porque es alemán. Belalcázar porque en su carrera militar se refleja el brillo de los Pizarros. Jiménez de Quesada porque tiene el don del discurso.

Cuando los tres soldados bajan la montaña, bajan el río, entran al ancho mar, y se pierden de vista camino de la Corte, los que puedan revuelven los montes buscando el oro. Encuentran una mina esmeraldas, un cerro que tiene entrañas de sal, y mariposas de alas azules y tornasoles y de

cambiante nácar. No hay oro. Pero Jiménez de Quesada, que es un iluso, no se da por vencido: volverá en su búsqueda. Y en España está hablando de El Dorado que no existe, como si existiera, el propio año en que Hernando de Soto navega por las aguas de la muerte en su barca de un solo tronco.

*Después de todo, lo que yo querría saber,
mi querido Maquiavelo, es quiénes son mis
amigos y quiénes mis enemigos.*

LUIS XII

*Por todos los océanos nuestra libre galera:
y en el palo cimero nuestra flámula escarlata
con una rosa endrina,
y en nuestros corazones la rosa purpurina
y la flámula negra...
nuestra nao pirata
discurrirá por todos los océanos al azar, al azar, al azar...
Erigiremos en todos los caminos nuestra gitana tolda aventurera,
y el refugio ilusorio de nuestro ciclo errátil e inseguro...*

LEÓN DE GREIFF

*La lettre de Verrazano est un document
fort instructif: tout le programme de Pantagruel
s'y retrouve.*

ABEL LEFRANC

▪ COMIENZA EL ZAFARRANCHO CON PIRATAS DE FRANCIA Y AVENTUREROS ALEMANES

EUROPA ES AHORA UNA HISTORIA de colores. Tres rapazuelos son los reyes de Inglaterra, Francia y España. El de España, Carlos, es menor. Sus dos rivales, que le han visto coronarse con paternal benevolencia, empiezan a mirarle con sorpresa, recelo y envidia: los límites de sus reinos se ensanchan hasta lo inverosímil, sin que la criatura rompa una lanza. Enrique VIII, el de Inglaterra, le lleva ocho años de ventaja, y seis Francisco I, el de Francia. Cuando Francisco se peina la barba, Enrique se la peina. Si Francisco se la corta, la corta Enrique. Francisco tiene fama de ser uno de los más hermosos príncipes que se hayan conocido. Carlos empezó a reinar a los diecisiete años; Enrique a los dieciocho; Francisco a los veintiuno. Enrique y Francisco son alegres, resplandecientes, y tienen suelta la lengua. Carlos es taciturno.

La rivalidad comienza entre Francisco y Carlos. Personifican dos juventudes opuestas frente a la vida. Francisco es el Renacimiento. Se ha criado entre poetas, músicos, cortesanas. Entre la moral y la política, no vacila. Con

la misma facilidad con que empeña la palabra, la olvida. Luis XI dejó por herencia un consejo profundo: no comprometerse jamás con intención de cumplir. Francisco es el primero que levanta el esplendor de la Corte. Viajando de una puna a la otra del reino, sin dormir dos semanas en el mismo castillo, se mueve con centenares de criados y nobles, damas y caballeros, músicos, cantantes, escuderos, guardias, caballos, perros, literas, vajillas de oro y plata, trajes, armaduras, telas, todo menos su mujer, que queda haciendo los oficios de la casa. Es una inmensa compañía de teatro que ofrece al pueblo un espectáculo costoso, pero en donde todas las variedades son de primera clase. El que hace el papel de rey es rey de verdad, y el que hace de lacayo es lacayo hasta el fondo del alma. En los anillos y collares y brazaletes del rey, los diamantes, perlas y rubíes son de ley. Danzas, banquetes, juegos de cañas, fuegos artificiales, bien valen lo que pagan los campesinos por sostener la Corte, y por eso aquí no hay comuneros que discutan al rey los subsidios: todo el mundo paga el tributo alegremente y, cuando los nobles se emborrachan, se emborracha el pueblo. Cuando entra el rey, sobra que se le anuncie con pífanos, tambores, banderolas: es de todos el más hermoso y, como decía Homero de Aquiles, sobresale como un toro en medio de la vacada. Le gusta que los criados le vistan y desvistan con publicidad, porque es tan hermoso de carnes como de ropas. Es el gran jinete, justador y galán. Le llaman unos el Príncipe del Renacimiento, otros el Rey Caballero; en los papeles de Estado, «El rey muy cristiano». Cuando entra prisionero en España, las mujeres se precipitan a ver

el más famoso protagonista de amoríos, y le tienden los brazos para que las cadenas parezcan ardientes eslabones de carne morena: así entra el derrotado en Pavía. Carlos, el vencedor, se retira a una iglesia, silencioso.

La primera impresión que debió de grabarse en la mente Carlos, cuando niño, fue la aparición de Juana, su madre, un día en Flandes. Bramaba de ira. Fue a hacerle escena a Felipe el Hermoso que, como es de rigor entre reyes, tenía su amante. Juana busca a la amante cortesana —una muchacha, después de todo distinguida y como una tigre se lanza: le grita, le arranca los cabellos, la araña. Haga cuenta el lector de que ocurre una de esas animadas escenas de la plebe que se ven por las callejuelas de Toledo, por los arrabales de Sevilla. Carlos —tenía cinco años— se dio cuenta entonces de quién era su padre, quién era su madre, y quiénes los de la Corte de Flandes y quién el pueblo de España. En cuanto a Francisco, sabemos todos que el primer suceso que deslumbró su infancia fue la llegada de César Borgia a la Corte. Traía la bula que Luis XII suplicó al papa para anular su matrimonio. Quería cambiar de reina por otra más placentera y que le regalara con un hijo varón. Alejandro VI le hizo la gracia, y para mayor solemnidad trajo la bula César, su hijo, que maravilló a la Corte con el suntuoso, turbulento derroche de su persona y su cortejo: fue el Renacimiento que entró a Francia de un golpe.

La madre de Carlos es loca. La de Francisco, Luisa de Saboya, no sólo es lúcida sino que es un águila. Linda viuda a los dieciocho, puso su ambición en el trono. Si

Luis XII no tenía hijo varón, venía a heredar la corona el hijo de Luisa. Y la verdad es que a Luis XII no le sirvió la bula del papa: cada vez que la reina nueva tenía algo que anunciar, era una hija. Luisa de Saboya respiraba. Una vez hubo un varón: Luisa palideció. Murió la criatura: Luisa respiró. Después de todo, sobran los temores: que Francisco sería rey lo había profetizado san Francisco de Paula.

Y mientras Luis XII avanzaba hacia la tumba y Francisco hacia el trono, Luisa de Saboya mantenía su Corte, y en ella Francisco era el niño mimado. Se criaba entre las hijas bastardas que dejó su padre, y al lado de su hermana —la prodigiosa Margarita de Angulema— y de la antigua amante de su padre, que era ahora compañera de su madre. Reinaba una despreocupada liviandad, pero Luisa tenía los ojos fijos adonde debía mirar. El preceptor de la familia era el poeta St. Gelais, que tradujo para Luisa a Ovidio y a Boccaccio. Se habló de los amores de Luisa y el poeta. Pero ella, además, sentía que su corazón se inclinaba con violencia hacia el más apuesto caballero del reino: el duque de Borbón, condestable de Francia. En este escenario se levanta Francisco I.

Francisco, rey, hace alarde de juventud. Su mujer, Claudia, a quien guarda gentil consideración, no hace sino criarle hijos. Vive retirada. Sólo se hará memoria de ella en una especie nueva de ciruelas: la ciruela claudia. Que algo quede de haber sido reina de Francia. Luisa, la reina madre, que no pierde detalle, siempre le tiene —buscada por ella— una amante a su hijo: que sea la más linda mujer del reino. Francisco inicia su reinado haciendo la guerra

de Milán. Gana la batalla de Marignano, en donde flota la pluma voladora de su gorro sobre gavillas de lanzas, y rompe enemigos como quien pisa cáscaras de huevo. Es un hermoso torneo. Se gasta dinero, se mata gente. Regresa el rey con el mejor trofeo: Leonardo da Vinci, que se enrola en la Corte del vencedor. Francisco le colma de honores, compra sus más hermosos cuadros y así principia a formarse el tesoro del Louvre. Francia va coronándose de castillos. Jardineros italianos trazan el dibujo de las eras, juegan con el agua en cascadas y surtidores. Al fondo, el genio de Da Vinci.

Y así, hasta que llega el momento en que van a medirse las fuerzas de Francisco de Francia y Carlos de España: la batalla por la corona de Alemania. Siete son los electores. ¿Cuánto cuestan? Antes de que Carlos lo haya pensado, Francisco empieza a negociarlos. El arzobispo de Tréveris se ofrece por 150.000 escudos y una pensión de 4.000 libras. Además, que le dé Francisco la segunda hija del rey Luis, Renée, que tiene ocho años, para casarla con el príncipe de Brandenburg. El arzobispo de Maguncia pide tanto en escudos, tanto en pensión, y capelo de cardenal. Y así cada uno. Voto que se contrata, compromiso que se firma en pergamino, y se jura por Dios y los santos. Ya tiene Francisco la mayoría. Pero los electores siguen negociando. El arzobispo de Maguncia seis veces cambia de opinión y así seis veces sube la propina. Y así todos: el conde palatino, el duque de Sajonia, etcétera. Si es preciso —dice Francisco— gastaré tres millones de ducados. Alemania se convierte en un inmenso mercado en que no sólo los

electores venden sus votos, sino los nobles sus influencias. Un día llega, con fuerte escolta, la recua de mulas con cuatrocientos mil escudos para sobornos que Francisco manda en fuertes alforjas de cuero.

Francisco ha empezado a negociar los votos dos años antes de que muera el emperador Maximiliano. Para mayor abundancia ha redactado un escrito fanfarrón donde muestra los evidentes méritos que tiene sobre Carlos. «Carlos —dice— es un joven inexperto: yo, en cambio, he ganado la guerra de Milán, probado mi desfrenza en las armas, mi experiencia en los negocios del mundo». Su Corte es la más brillante. Su reino el más antiguo de los reinos europeos y el primero convertido a la cristiandad: «Cuatro veces el tamaño de Inglaterra —escribe al canciller inglés—, cuatro veces más en habitantes, con cuatro veces más dinero, y mejor crédito que todos los demás». Frente a Francia, Italia es un mosaico que los reyes de Europa y los papas usan como campos de batallas. España está apenas formándose: una generación atrás era una colección de pequeños reinos. Inglaterra es una isla en la penumbra. Enrique VIII, que aspira también a comprar los electores y envía a sus ministros para negociar, ve claro que no puede competir ni con Francisco ni con Carlos. El papa, Médici ahora, se coloca del lado de Francia y, para aumentar las ofertas, autoriza para que Francisco ofrezca capelos de cardenal.

Los delegados del rey de España llegan tarde al mercado electoral. Pero el viejo Maximiliano, que vigila por la suerte de su nieto, toma el negocio entre manos, urge a Carlos por dinero, ata y desata, hasta dejar, cuando entrega

su alma a Dios, casi destruidos los trabajos de Francisco. El pueblo alemán prefiere a Carlos, porque quieren gente de su sangre. Pero lo que decide el negocio es la liga de los banqueros en que se apoya Carlos. El oro de los Fugger y los Welser barre a Francisco. Carlos les empeña hasta la camisa. El 1 de junio se reúnen los electores en la iglesia de San Bartolomé, en Frankfurt. Después de la misa, en que piden inspiración al Espíritu Santo, sobre la primera página del Evangelio de san Juan van jurando uno a uno: «Por la fe que me liga a Dios y al sacro imperio romano juro que elegiré según mi discernimiento e inteligencia, y que daré mi voto conforme a mi conciencia, libre de todo pacto, de todo precio, de toda arra o cualquier otro compromiso... ¡Que Dios y todos los santos me socorran!». Luego, empiezan a deliberar. Todavía se hacen las últimas ofertas. Al fin, por unanimidad, votan a Carlos. Carlos queda endeudado hasta la coronilla, pero es emperador. Francisco, mundano y listo, se declara satisfecho. En el fondo jura guerra al mocosuelo de vestido negro.

La suerte ha sido veleidosa con Francisco. El papa, que le había ofrecido capelos de cardenal para que distribuyera entre los electores, le abandonó a última hora. Enrique de Inglaterra, que se había reunido con él en la fiesta más lujosa de su reinado, en el campo de la tela de oro, acabó íntimo de Carlos. A Francisco le parece estarlos viendo abrazarse al otro lado del canal, y es la verdad. Carlos ha ido a ver a Enrique, y las veladas que pasan en el castillo de Windsor son dulces reuniones de hogar. Carlos abraza a la reina: está encantado con su tía Catalina. Enrique, para

despedirle, le acompaña hasta dejarle en la nave, «haciéndose el uno al otro grandes caricias, por el mucho amor que se tenían». Luego, los dos la cargan sobre Francia. Empiezan los primeros zafarranchos. Hay una guerra alegre. «Los ingleses, conforme a lo capitulado, hicieron una gruesa armada y fueron a correr con ella toda la costa de Bretaña y robaron muchos ganados y prendieron muchos bretones, saquearon muchas villas, quemaron muchas aldeas y el día de la Magdalena saquearon una buena villa llamada Saint-Pol-de-León donde decían valer el saco cuatrocientos mil ducados, y en todo esto ni hallaron peligro en la mar ni resistencia en la tierra; y a 25 de agosto halláronse en Flandes juntos los españoles y alemanes e ingleses y flamencos, y hecho de todos un gran ejército entraron por tierras del rey de Francia robando, quemando y asolando todos los lugares por donde pasaban, y esto por todo el mes de septiembre y octubre, y como sobrevino el invierno y cargaron las aguas y nieves por donde se deshizo todo el campo, el rey de Francia recuperó en pocos días todo lo que habían tomado...».

Así es como se pelea en estos días: haciendo guerra sin declararla, en asaltos de piratería. La fiesta de la violencia es uno de los más atractivos números en el programa de los reyes. Francisco piensa en la revancha. Piensan en ella los pescadores de Bretaña. Los piratas. Los ojos de Francisco se vuelven al Caribe. De América saca el oro Carlos para sus empresas en Europa. Las pepitas de Cortés contaron en la compra de los electores, y cuentan ahora en el pago de la deuda. ¿Qué derecho asiste a Carlos para ser el único

usufructuario de esas tierras? El papa Alejandro VI dio una bula fantástica otorgando a los reyes de España y Portugal el derecho a repartirse el Nuevo Mundo. ¿Tenía derecho para hacerlo? ¿Le pertenecían esas tierras?

Para Francisco de Francia, Alejandro no fue sino un papa español, un Borja mejor que un Borgia, que quiso ser parcial a favor de su patria. Los embajadores de Castilla le dirigían —cosa insólita— sus discursos en español. Roma había sufrido con él una avalancha de costumbres españolas. Y cosas sentimentales: del primer oro de América, los Reyes Católicos se apresuraron a enviar a Alejandro VI las primicias: Alejandro lo destinó a la decoración de su propia iglesia, Santa María de las Nieves, Santa María la Mayor. Y así brilla en el techo que decoran las armas de los Borjas, ese oro como una cuna fabulosa en que ellas se mecen. Colón bautizó con el nombre de este santuario a una de las Antillas menores. Todo esto, para Francisco, son coqueteos domésticos. La bula no le obliga. Y en medio de una carcajada pantagruélica exclama: «¡El sol alumbrá para mí, lo mismo que para los demás: y yo querría ver la cláusula del testamento de Adán que me prive de reclamar mi parte en el Nuevo Mundo!».

Y así la bula va ahogándose en medio de esta carcajada que repiten luego, con las mismas palabras, los piratas, cuando asaltan las islas del Caribe. Por desventura, no es mejor la idea que los españoles tienen del papa Alejandro. López de Gómara, en sus *Annales de Carlos Quinto*, hace del papa este retrato de miniatura: «Muere Alejandro, papa, de yerbas que por yerros del botiller le dio su hijo

el duque Valentín, César de Borja. Era natural de Játiva, docto, liberal y magnífico, mas profano y así puso grande fausto en la Iglesia; fue mujeril y tuvo muchos hijos, que honraron como hizo Lucrecia, de la cual dijo Pesquin que fue hija nueva y amiga por el duque Valentín, cual procuró hacer rey. Se metió en muchas guerras y gastos, no sin infamia, hizo el castillo de San Miguel Ángel y el zaquizamí de Santa María la Mayor...».

Y, en este momento, aparece el pirata. Se llama Giovanni da Verrazano. Aunque es de Florencia, asalta las naves de España como pirata francés. Los españoles le llaman Juan Florentín unas veces; otras, El Francés. En estos tiempos la guerra se hace con mercenarios: cosa excelente, porque pone al abrigo de los combates a los campesinos, gente de paz, y queda la pelea en manos de los que, por tener el alma atravesada y ser de profesión pendencieros, son excelentes soldados. Quienes acompañan a Juan Florentín son franceses de trapo y cuchillo, es decir: que están en su elemento lo mismo meciéndose en unos palos sobre las olas, que buscando pleito y liquidándolo de un golpe. A Verrazano o Florentín se le mira como a una autoridad. De mozo, anduvo por Siria, por El Cairo, negociando en sedas y especias. Parece que acompañó a los portugueses en sus viajes a Oriente, a los españoles en sus exploraciones del Caribe. Es tipo que sabe muchos secretos. Y tiene ciencia: fija la posición de una nave con tal exactitud que Hieronimus, su hermano, con datos que él le da, hace en 1529 uno de los mapamundis más exactos y completos que se conozcan.

La hazaña grande de Verrazano, que le hace célebre y temible, es su asalto a las naves que traen el mayor tesoro de Cortés, recogido al tomar la ciudad de México, después de la muerte de Moctezuma. Oro, perlas, esmeraldas, objetos labrados en las más lindas formas, máscaras con incrustaciones de piedras de colores, mantos riquísimos en donde las figuras de pájaros y flores están dibujadas con plumas de mil tonos, tigres vivos, de todo viene en la flota que Cortés envía a Carlos V con una carta, relación que es como el remate de su conquista. Con viento próspero salen de Veracruz las naves. Sólo se registran a bordo los pequeños incidentes que siempre hacen de cada viaje un drama popular de treinta días, en que alternan el rezo y los puñetazos, las alegrías y los sustos. Por asunto de faldas, al capitán Quiñones le abren de un espadazo la cabeza y muere: lo arrojan al mar. En la tormenta, uno de los tigres se sale de la jaula; corren los soldados: unos a esconderse y sacarle gambetas tras las velas, otros a alistar lanzas y espadas; en la función quedan muertos el tigre y un soldado, fuera de cuatro heridos. En fin, cosas de poca monta. Pero de pronto: corsario a la vista. Es Verrazano que se lanza al asalto. Estocadas, unos cuantos muertos, y al final dos naves, las que llevan el gran tesoro, quedan en manos del pirata. Con tan espléndido botín, entra en La Rochelle. Oviedo dice que vale ciento cincuenta mil ducados. Las perlas solas pesan 680 libras. El azúcar, dos mil arrobas. Muy leal, el pirata se apresura a informar al rey Francisco, y a entregarle su parte del botín.

Ahora, por reacción, el mar queda infestado de españoles. En España, la ira lo mismo levanta la soberbia del

emperador que el ánimo de los humildes. Las cortes piden se castigue a estos franceses. El emperador proclama la guerra a los corsarios, ofreciendo la mitad de la presa a quien ponga la mano en Juan Florentín. El rey Francisco está contento. Verrazano no ha descubierto un continente, pero sí un nuevo camino para hacer la guerra.

Mientras el rey Francisco hace la desventurada campaña de Italia y cae prisionero, Verrazano sigue pirateando como puede. Cuando regresa el rey de su prisión, le da patente de corso, y Verrazano le escribe cartas contándole de sus aventuras. Los banqueros de Lyon contribuyen para equipar sus naves. En Dieppe el nombre de Verrazano es una bandera. El corsario toca en muchas partes de la costa de América, y su nombre queda vinculado al de los grandes descubridores. Es todo un ilustre navegante. Para los españoles que sufren sus zarpazos una y otra vez, sigue siendo un pirata ladrón, y al fin, en batalla naval, le hacen prisionero. El relato del cronista de Carlos V se parece a los cuentos pintados para niños:

«Andaba en aquel tiempo por la mar un muy famoso corsario francés que había nombre Juan Florín, el cual había dieciocho años que andaba robando a españoles y a venecianos y a italianos y a todos los enemigos del Rey de Francia, el cual le daba en cada un año 4000 coronas porque asegurase sus naos y hiciese guerra a sus enemigos: y a 3 de octubre se toparon en cabo de San Vicente seis galeones de vizcaínos con el corsario Juan Florín, y como reconociesen el armada del dicho corsario acordaron de embestirle y pelear con él, y aferradas las naos de los unos

con las de los otros fue entre ellos una tan denodada y reñida pelea que duró desde las ocho de la mañana hasta las dos después del mediodía, ofendiendo y defendiéndose mucho del corsario Juan Florín, mas al fin como era llegada la hora de su infeliz fortuna echaron al galeón en que él venía al fondo y a él le tomaron preso, y puesto en la cárcel confesó haber robado y echado a fondo 150 naos y galeras y galeones y zabras y bergantines, y que una vez tomó una nao del Emperador que venía de las Indias con más de 30.000 pesos de oro... Luego que fue el Emperador avisado, envió a mandar que le justiciasen, y como ya venían con él los que le habían prendido toparon con el correo que llevaba el mandado de su Majestad en el Colmenar de Arenas, a cuya causa fue en aquel lugar degollado en la plaza, y al tiempo que le leyeron la sentencia dijo estas palabras: Oh Dios que tal has permitido: oh fortuna que a tal punto me has traído: ¿es posible que habiendo yo muerto a tantos, a manos de un hombre solo tengo yo de morir? Ofrecía 30.000 ducados por el rescate de su vida. Mas el buen Emperador más quiso dar fin a sus maldades que codiciarse de sus dineros».

A Verrazano le bajan la cabeza, pero su fama, el dinero que agarró y la curiosidad que han ido levantando sus descubrimientos se extienden en Francia entre las gentes de mar y aventura. Donde es mayor el entusiasmo es en Dieppe. Este es el puerto viejo, tradicional, en donde se han formado los marineros atrevidos y los golosos comerciantes que hacen piraterías y otros negocios por los contornos del canal de la Mancha. Dieppe, en Normandía y con Bretaña

al fondo, en Francia, y Plymouth, con Devon al fondo, en Inglaterra, son las dos grandes escuelas. Robándose mutuamente, y asaltando los vecinos, han venido practicando las artes del abordaje; la bandera negra y el botín. En los libros de estos tiempos y de los pasados se ven abundantes relatos de estas prácticas, que encuentran el caluroso aplauso de los reyes.

De Dieppe es Juan Terrier, que figura entre los primeros que se lanzan al asalto de las naves en el Caribe. Y de Dieppe los D'Ango. Jean d'Ango es toda una celebridad. Es vizconde, y de los burgueses ricos; favorito de Margarita de Angulema, el rey Francisco, cuando viaja por Normandía, se aloja en su casa; es banquero, y acaba arruinándose por dar en préstamo enormes sumas a un mal pagador: el rey. En su casa se reúnen marinos, geógrafos, artistas, nobles, piratas, comerciantes. En su mesa redonda parece estar pintada con sus colores más vivos la rosa del mar. Los pechos respiran aire salado, tempestuoso, incitante. Que el canal esté nublado y tempestuoso, o que haya cielo azul y aire transparente, todo es igual. Estas gentes conocen su mar, saben esconderse en la niebla, y desafiar a la luz del día. Sobre los menudos empedrados de las callejuelas que van a los muelles resuenan las botas con música de hierro y de madera. Cuando Jean d'Ango despacha a sus corsarios se les ve un hermoso aire como de bandidos que salen alegres de la cueva. A Jean d'Ango la aventura le viene de familia. Su padre armó los primeros corsarios que fueron a los asaltos del Caribe. Jean ahora lleva su audacia hasta meter su flota por el Tajo y sitiarse al rey del Canadá. El rey

no sólo le da patente de corso sino que acaba por formarse una compañía, con D'Ango a la cabeza, aprobada por el rey. Como dice la carta, del botín que se tome a los enemigos de la Santafé católica y del rey, una décima parte será para el rey. Doscientos ochenta millones de maravedís se toman en un solo asalto a la flota que llega del Caribe. Así, Dieppe es cuna de las aventuras que vinculan el nombre de Francia al turbulento destino del Caribe.

La vida en las islas del Caribe cambia de faz. En los puertos sólo se habla de corsarios y piratas. Las ciudades son pequeñas fortalezas que los enemigos asaltan y queman sin mayor esfuerzo. Cada español es un centinela inexperto. A veces grita: ¡Al arma! sin motivo; a veces, cuando grita, ya tiene el cuchillo del francés a un palmo de la garganta. A los propios hijos de Castilla —así le ocurre a Hernando Soto, en Santiago de Cuba— suelen cerrárseles los puertos del rey de España, porque se les confunde con la ralea de Verrazano. La lucha, siendo violenta, es pintoresca. Se combate con muchas cortesías de tono medieval, y bellaquerías de antigua y nueva usanza. La cortina para el primer acto se alza con un encuentro del sevillano Diego Pérez y un corsario francés, que puede servir como estampa típica de la época. La escena, Santiago de Cuba. Año, 1538. Y así:

Cuando el corsario entra en la bahía, está amarrado allí el barco de Diego Pérez. Uno y otro están bien artillados, y sus gentes —armadas de hachas, espadas, cuchillos y puñales— pueden equilibrarse en una balanza. Se disparan unos tiros, como señal de combate. Las naves se juntan, se aferran, y sobre los puentes empiezan cuchilladas y puñetazos.

La pelea dura todo el día: apenas si se dan breves descansos para pasar unos sorbos de vino, tragar unos bizcochos, aplicarse en las heridas unos trapos de vinagre. Cuando llega la noche, las naves están salpicadas de sangre, hay mucho ojo negro, mucha dentadura desportillada, mucha hinchazón, pero el combate está sin resolverse. Como fin del primer acto, un toque caballaresco: acuerdo de los dos capitanes de no pelear en la noche, porque a la luz de las antorchas nadie sabe a quién golpea. Los dos bandos se retiran a descansar, y entre los capitanes se cambian presentes de vino y conserva, fruta seca y verde, palabras ceremoniosas. Diego Pérez y el corsario se sienten unos príncipes. Es bonito pelear en esta forma. En cuanto aclara el alba, cada cual se ajusta las correas, se lava la sangre, se tapa las heridas, se apresta a los puñetazos. Está convenido que no habrá tiros de artillería, porque disparar con balles-
tas y arcabuces es propio de gentes cobardes, de ánimos caídos. Lo valiente es parar el golpe con el propio brazo. Apenas los maliciosos apuntan, con el cronista, que el no ofenderse con artillería es sólo por temor de perecer ambos sin provecho alguno. Brillan de nuevo las espadas y corre la sangre. Cuando cae la noche, el corsario y Pérez están con sus gentes extenuadas, pero los propios golpes les levantan el ánimo. Nuevos regalos y cortesías. Sobre las duras tablas se tiran los atletas y duermen como piedras. A la alborada, como en el día anterior, cada bando se alista para el encuentro. Otra vez se juntan y aferran las naves y se cierran los puños. Se alcanzan a oír los gritos de la gente en la playa, que ha madrugado a ver cuchilladas y pescozones.

Las autoridades abandonan a Pérez a su propia suerte y arrojo, como si el único interés comprometido en el juego fuera el de los singulares luchadores. Pérez ha suplicado a los de la ciudad que si pierde su barco o le matan, reúnan lo que valga y se lo den a él o a sus herederos, pues es pobre y no tiene en el mundo sino esa vela. Negado al margen. Pero el sevillano, que tiene ahí puesta su honra, por sólo dejarla limpia empuña la espada con mayor brío. Y sigue la pelea al cuarto día. Mueren unos cuantos de lado y lado, pero llega la noche sin decidirse nada. Cuando menos, los dos jefes están vivos. Quien más ha perdido es el francés, pero esa noche, como siempre, acepta el desafío para el día siguiente, y cada cual se retira a curarse, a comer y a dormir. Quinto día. El farol del alba poco a poco alumbra la bahía. Los del sevillano empiezan a alistar las armas y pugnan por ver la silueta de la nave del francés, no vaya a llegar sin estar ellos a punto. Vana esperanza. Ya está el aire limpio como un cristal, y del francés no ha quedado sino el recuerdo. El maldito huyó. Diego Pérez se rasca la cabeza y suelta tres o cuatro palabras, escogidas entre las más gruesas de su vocabulario. Estaba seguro de que era el día de su victoria.

Pero de todas las aventuras marítimas de los franceses en estos días, hay una que se hará inmortal. La anima el espíritu de un médico burlón y atrevido, que viaja en barco de papel. Quiero decir, que se reduce a un libro. Todo en él es fantasía, y todo en él es realidad. Las islas que descubre son de novela, pero de novela histórica. Las balas que dispara contra Carlos V son palabras que inventa con su

pluma desenfadada; pero a veces el sarcasmo hiera más que la lombarda. Si Vespucci o Colón pintan en sus cartas monstruos que no han visto, paraísos que sus fantasías fingen ver en tierras americanas, ¿por qué no le ha de ser lícito a este diablo ingenioso concebir un archipiélago en las Antillas por donde desfilen los grandes del mundo en un carnaval literario? De todo cuanto ocurre bajo el reinado de Francisco I, esta manera nueva de los descubrimientos es la que está más cerca de la gracia del Renacimiento. Aquí el arte no encuentra obstáculo, y como el autor es un navegante prodigioso que sabe sortear los escollos de la Corte, las asechanzas de los frailes, que ríe a mandíbula batiente de los sabios de la Sorbona, que canta verdades a que el propio Erasmo no se atrevería, sus viajes maravillosos se editan y todo el mundo se divierte, sin que logre detener su vuelo la mala voluntad de los inquisidores, y sin que, como fuera de esperarse, el autor muera asado en la hoguera. Lluven sobre el libro condenaciones del Parlamento, censuras, piedra, cuanto se quiera. Pero el libro se empina, la barca de papel se alza en medio de las olas revueltas, y el ruido de las aguas contra la proa se resuelve en una carcajada universal.

Entre otras circunstancias favorables para el autor, está el gusto con que le lee Francisco I. Francisco es el héroe de la novela, y siguiendo esta bandera el autor dispara contra Carlos V, o contra el papa, con un entusiasmo que no siempre se sabe si nace del júbilo o de la ira. Jamás podrá perdonar un francés a Carlos V que hubiera tenido preso al rey Francisco, con sólo una ventana para ver ora la luz,

ora el paso de los pájaros, ora el tedio de las nubes navegantes. ¡Pensar que así cortaba el vuelo ágil del rey de los franceses ese emperador frailer! El autor mira al pasado de los alemanes, los ostrogodos, los sajones, que fueron invencibles, y los ve ahora bajo el yugo de Carlos el gozoso. «Parece —dice— que los pueblos de allende el Rin nos estuvieran pidiendo una mano para su venganza y alivio, para gozar otra vez de sus antiguas libertades». Con este pensamiento en la mente, y estos estímulos en el ánimo, el autor despliega las velas. «En el mes de junio —dice— y en el día de Vesta, el propio día en que Bruto conquistó España y subyugó a los españoles, habiendo pedido la bendición de su padre, el buen Gargantúa, Pantagruel se hizo a la mar...».

El diario parece de un marino curtido por el sol. No falta detalle sobre el estilo de las naves, y está el nombre de cada una, con sus insignias. Como es natural, es una botella, la botella sagrada, la que guía al almirante. Y consultada como oráculo, ella señala el mismo derrotero que a Colón. Es decir: ir a Catay, no cometiendo el error de los portugueses, dice, que dan ese rodeo inútil por el África doblando el cabo de Buena Esperanza, sino navegando por encima de la línea equinoccial, sin perder el norte. De esta suerte, las islas viaje de Pantagruel —cuando lo proyecta— son las propias Antillas del Caribe. Cualquier día cambia el mar de las Antillas por los mares del norte de Canadá, porque para algo ha de mandar uno en sus libros.

Pero como el autor es irrespetuoso, cuando llega a la isla de los Papagayos, por ejemplo, y se pregunta por el

origen de estos pájaros estupendos, resuelve que no son sino de la familia de los frailigayos, los obispigayos, los arzobispigayos, los cardenaligayos, de donde surge una fantasía agresiva que es síntesis de lo que vieron y acataron Colón y sus católicos monarcas.

Como nuestro relato debe ajustarse a los viajes reales, y descartar los imaginarios, por fuerza hay que dejar de lado estas aventuras, no obstante ser las más divertidas y graciosas. Pero sería imperdonable no haber registrado esta consecuencia literaria de las exploraciones del Caribe: si sólo sirviera nuestra mar del siglo XVI para telón de fondo del libro de Francisco Rabelais, ya este destino sería bastante para su inmortalidad.

Volviendo al hilo del relato, a tiempo que los franceses entran a saco en el Caribe, unas veces como piratas, otras como corsarios, siempre bajo la mirada graciosa de su rey, hay otros —los alemanes que llegan bajo bandera de Carlos V, como manda la ley. Estos alemanes son banqueros que hacen del emperador lo que les da la gana, porque no sólo le prestaron el dinero para que se coronara sino que son el obligado prestamista cada vez que Carlos está en apuros. Y está en apuros trescientos sesenta y cinco días del año.

En materia de deudas todos los reyes son igualmente frescos y empecinados. No hay expediente a que no acudan para conseguir dinero. Gastan —cosa muy de caballeros— siempre más de lo que tienen. Empeñan sus joyas, sus trapos, sus reinos, sus familias. Negocian con las dotes de sus hijas y con su propia sangre, ofreciéndose en matrimonio a la familia que pague mejor. Todo esto es tan común y

universal, que acabamos por familiarizarnos con el sistema; no obstante que, visto el asunto en su cruda desnudez, resulta poco decente.

El rey de Francia y el emperador de Alemania son dos botarates. Francisco tira el dinero en palacios, serenatas, cortesanas, fiestas y vestidos. Carlos en guerras y coronaciones. Desde el punto de vista de su contabilidad, el resultado es idéntico. Francisco empeña la dote de su novia cuando le faltan años para casarse. Luego, arruina a su amigo Jean d'Ango, que acaba viendo crecer la ortiga en su palacio, después de haber sido la joya de Normandía. Al duque de Borbón le arrebató sus propiedades. La causa real de este asalto es para enrojecer a cualquiera: porque el gallardo duque, de quien se ha enamorado la madre del rey Francisco, no se casa con ella sino con una muchacha que le ha gustado mucho más. A veces las situaciones del rey son tan difíciles, que acude a expedientes de los que llevan a un pobre a la horca. Así, cuando paga su propio rescate al emperador Carlos v, con las de buena ley, mezcla cantidades de monedas falsas. Descubierta la estafa, los de España ponen el grito en el cielo: los de Francia doblan la cara de vergüenza. Y sigue la fiesta.

Pero Carlos v no se queda a la zaga. Su propio matrimonio lo negocia dos veces con hijas del rey de Francia, y una con la del de Inglaterra. Como es natural, se casa con otra. Cuando el rey de Inglaterra le pasa un cartel de desafío, entre las razones que aduce para retarle está la de haberle prestado 500.000 escudos, que Carlos no le paga, no obstante tener plazo cumplido de más de cuatro

años. Carlos pide dinero prestado de quien lo tenga, así sea su mayor enemigo. Y da en prenda lo que le pidan. Al rey de Portugal empeña las Molucas por 350.000 ducados. Y así, no tiene por qué sorprender que empeñe a los Welser la gobernación de Venezuela. Por las mismas deudas, entrega a los Fugger el derecho para que conquisten y colonicen Chile.

Y así durante veinte o treinta años, agentes de los banqueros alemanes andan regados por los cuatro puntos del Caribe. En La Española están sus agentes comprando oro, vendiendo vidrios. En México adquieren minas de plata. Pero donde mayores esperanzas han fundado es en Venezuela, porque los muy ingenuos han creído en El Dorado y otras fábulas. Una serie de gobernadores alemanes nombrados por los Welser, han sido muy liberales en sus préstamos y, después de todo, Carlos es no sólo rey de España sino emperador de Alemania; su familia es la de los Habsburgos: su sangre, de la calidad que requieren los del otro lado del Rin para probar que son de la misma ralea.

Es curioso leer en las crónicas de estos días, y en capítulos de la conquista española, nombres como los de Seiller, Ehinger, Hohermuth, Federmann, Von Hutten, Seisenhoffer, que salpican de extraños acentos la historia de Venezuela. Igualmente raro es que el rey de los castellanos tenga por apellido Habsburg, y no Pérez o Villadiego. Lo único digno de anotarse es que a tiempo que en Castilla Carlos V acaba por ser uno de esos castizos señores que visten de negro y al final de sus días abandonan la Corte para irse a un monasterio, en Venezuela y las Antillas, en

cambio, la selva se traga a los Welser y a sus factores. Los alemanes se defienden con fiereza en el Nuevo Mundo. Incendian las poblaciones de los indios, reducen a cada español a deudor suyo. Del indio hacen un esclavo que, encadenado, va por valles y montes llevando la carga con el vigor de una mula y la paciencia de un asno. Pero el alemán fracasa: no funda una ciudad, no deja establecida una colonia, el oro se le escapa de entre las manos. Los españoles del pueblo le niegan su concurso. Los indios, a veces, logran clavarlo, como le ocurre a Ambrose Ehinger, que muere, bramando de ira, con una flecha envenenada atravesada en la garganta.

Después de años de porfía, el imperio del dinero que tenían entre sus puños los banqueros, queda en nada. El rey acaba por no pagarles. Algunos van a parar en la sombra de la cárcel, y los más afortunados —un Ulrich Schmidl, un Federmann— llegan a Europa con un loro al hombro y un cuaderno de memorias bajo el brazo. La lección es tan violenta, que por años los alemanes se colocan al margen de la conquista. Mucho, mucho tiempo más tarde, intentará multiplicar su dinero con negrerías nada menos que la familia de los Hohenzollern. Esto es cosa de otro siglo, y por ahora nada tiene que ver con este relato.

*Drake was lavish of his presents.
He presented the Queen with a diamond cross
and a coronet set with splendid emeralds. He gave
Bromley, the lord Chancellor, 800 dollar's
worth of silver plate, and as much more to the
other members of the council. The Queen wore
her coronet on New Year's Day: the Chancellor
was content to decorate his side-board at the
cost the Catholic King. Burghley and Sussex
declined the splendid temptation: they said
they could accept no such precious gifts from
a man whose fortune has been made by plunder.*

JAMES ANTHONY FROUDE

*La reina le ha regalado
un prendedor de corbata...*

VALLE-INCLÁN

▪ LA REINA DE INGLATERRA Y SUS CUARENTA LADRONES

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI Inglaterra pesa en el mundo lo que un palo de tabaco. Para que los europeos tengan una idea lo que es la isla de Santo Domingo en el Caribe, Oviedo y el padre Las Casas la comparan con Inglaterra. Naturalmente, advierten ellos, Santo Domingo vale más. En cuanto a riquezas naturales, las dos islas no se pueden nombrar el mismo día. En cuanto a los indios, que se pintan de rojo y negro y se adornan con plumas y cueros, sus figuras recuerdan la pintura que de los ingleses hace Julio César en el libro de sus conquistas.

La opinión de los propios escritores ingleses no es menos concluyente. Geoffrey Callender, en su libro admirable sobre la historia naval de Inglaterra, dice: «Los fenicios, los romanos, los anglos, los sajones, los jutos, los daneses, los normandos; y Julio César, Aulus, Plautius, Julius Agricola, Hagist, Horsa, Cnut, Hardrada, Guillermo I, Enrique de Anjou, Bolingbroke, Warwick el Kingmaker, Eduardo VI, he aquí la lista de algunos de cuantos han invadido y conquistado Inglaterra: y el catálogo puede alargarse sin dificultades».

Las experiencias que acabamos de ver confirman todo esto. Cuando Enrique VIII trata de presentarse al remate de votos para comprar la corona de Alemania, una rápida ojeada de su comisionado prueba que Enrique no es nadie para competir con sus parientes, el rey de Francia y el de España. No tiene ejército, ni dinero, ni crédito. La flota inglesa empieza apenas a formarse, y de esto apenas si se sospecha en el resto de Europa. El viejo mundo no ha tenido sino dos mares: el Mediterráneo abajo, el Báltico arriba. Las flotas del Mediterráneo han sido las de Venecia. Las del Báltico, las de la Liga Hanseática. Londres, Plymouth, no han sido sino detalles sin importancia. ¿Qué ha sido de nuestra flota?, se pregunta el inglés. Y él mismo se contesta: unas barcas de pescadores que van a Islandia cuando es tiempo de bacalao, o a Kinsale cuando las sardinas y las macarelas. Además, unos pocos burgueses y piratas o corsarios, que de las costas de Devon van a Burdeos, a Cádiz, a Lisboa, o de las bocas del Támesis a Amberes.

Enrique VII quiso hacer algo en los tiempos de los Reyes Católicos. Él fue quien primero trató de impulsar la marina mercante a mezclarse en las navegaciones trasatlánticas, pero carecía de liberalidad y de holgura. Colón intentó en vano solicitar su apoyo: si lo hubiera logrado, el destino del mundo hubiera sido diferente. Cuando regresaron a España las naves de Colón, algo tuvo que remorderle en la conciencia a Enrique. Entonces vino un veneciano, Sebastián Caboto, y propuso al rey ganar el tiempo perdido. Sebastián, que servía unas veces a Castilla y otras a Inglaterra, reconoció las costas del norte de América, bajo

la bandera de Enrique VII. Enrique pagó a Caboto por sus descubrimientos poco menos de diez libras esterlinas. Ya era algo. España, llena de recelos, veía enemigos hasta en su propia sombra, y empezó a recelar de los ingleses. Los Reyes Católicos se apresuraron a ordenar a Ojeda que tomara posesión de las costas del Darién, antes de que los piratas ingleses se adelantasen a hacerlo para Enrique. Enrique estaba muy lejos de semejantes propósitos. Pero en los puertos, los pescadores, los burgueses, en una palabra: corsarios y piratas, vieron las cosas claras. En Inglaterra, como en Francia o en España, los reyes van a la zaga de la gente del común, pelean como Dios les ayuda. Pronto empiezan a verse los piratas de Inglaterra en competencia con los franceses.

A Enrique VII no le atraían las naves de guerra. Estaba a una distancia infinita de tomar la ofensiva, y era de quienes creían que la isla estaba bien guardada tras sus murallas de agua. Enrique VIII pensó de otro modo. La historia está diciendo que en este caso el VIII tenía razón sobre el VII. Había que hacer las murallas de palos. Y a pesar de los trabajos amorosos que tanto embarazaron la vida del monarca, encontró tiempo para construir naves dotadas de grandes cañones. Al morir, la isla tenía 85 barcos de guerra. Para los tiempos del rey Enrique esto era enorme. Dejó a los piratas el negocio de la marina mercante, y los piratas descubrieron la gran mina, la mina que en el siglo XVI vale más que toda la hulla del mundo: África con su carne de color de carbón. La cuestión era muy simple: cazar negros en Sierra Leona y venderlos en Santo Domingo. Así

empezó a crecer aquella isleta de Inglaterra que preocupaba tan poco al padre Las Casas y al historiador Oviedo. Tras la muralla de palos y trapos, entre las nieblas que envuelven a Londres y Plymouth, fueron encendiéndose los faroles que coronaban los castillos de popa. Las olas y la brisa los mecían. Muy pocas personas pudieron interpretar rectamente lo que anunciaban, entre la bruma gris, estas pupilas de candela.

Un día se vio algo extraordinario en la Corte de Enrique VIII: William Hawkins, un rico de Plymouth, que vendía en las Antillas, de contrabando, negros de Guinea, trajo de Brasil y presentó en Whitehall, un indio vivo: «Fue el primer jefe salvaje que se importó a Inglaterra». Gustó muchísimo. No salían de su asombro los de la City viéndole agujereadas las mejillas y el labio inferior, y en los huecos, metidas piedrecillas de colores. Este uso de salvajes sorprendió mucho, no obstante tener los ingleses por costumbre meterse también piedrecillas en los lóbulos de las orejas. La moda de los zarcillos es común a los caballeros en estos días, y se ven orejas riquísimas, que algunas veces cortan los encargados de hacer justicia. Volviendo a William Hawkins, sus hazañas reciben la natural recompensa: dos veces se le hace alcalde de Plymouth, y luego miembro del Parlamento. Llega a ser el más rico del lugar.

Parodiando el Génesis, digamos: en el principio fueron las faldas. De Enrique VIII hay una encantadora historia. La escribió Francis Hackett, y está dividida en seis libros. He aquí cómo se titula cada uno de ellos: I: Enrique y Catalina; II: Ana Bolena; III: Juana Seymour; IV: Ana de

Cleves; v: Catalina Howard; vi: Catalina Parr. En el museo de las figuras de cera, de Londres, será preciso hacer toda una *suite* para presentar al rey Enrique con sus seis esposas. Personas superficiales ven en estos sucesivos matrimonios el capricho de un rey veleidoso. Nada más inexacto. Jamás un rey, para mudar de dama, tiene que mudar de reina. No: el pobre Enrique es la imagen del padre que anda en busca del hijo varón. No era posible poner la corona de Inglaterra sobre la cabeza hueca de una mujer. En cuatro siglos y medio, de Enrique para atrás, sólo una vez hubo en Inglaterra reina: Matilda, de infeliz memoria. Los filósofos, los políticos, los oradores, se sublevaban en la isla ante la idea de una nueva experiencia. Y Enrique VIII ve que Catalina de Aragón, la española, su mujer, ya no sirve. Los tres varones que ha dado a luz, han muerto casi al nacer; sólo la hija se cría bien: parece maldición de Dios. Y ahora los médicos declaran a Enrique que Catalina no tendrá más hijos. Enrique ve que el tiempo es oro, ya tiene puestos los ojos en Ana Bolena, y manda embajadores a Roma para que negocien con el papa la anulación del matrimonio. No hay en toda Europa católico más católico que Enrique VIII. Cuando los soldados de Carlos v se exceden en Roma y ponen al papa prisionero, Enrique reta a singular combate a Carlos v, indignado por semejante agravio. Por el mismo correo, pide a sus embajadores que hagan mérito de estos servicios ante Su Santidad, y presionen para adelantar lo de la anulación. Hay que volar. Enrique se ha casado en secreto con Ana como si dijéramos: a crédito, y ya hay criatura encargada.

La caída en desgracia de la reina Catalina —de mi tía Catalina, como diría Carlos v—, satisface a muchos. Inglaterra, como toda Europa, empieza a sentirse incómoda con el apogeo de los españoles. Enrique, en un principio, fue complaciente. Todavía, cuando la batalla de Pavía, decretó fiestas en Londres: en las plazas se montaron grandes toneles de vino y hubo chorro libre por cuenta del rey; en las iglesias, tedéums; por la noche, pólvora. Es cosa muy buena ver a un rival, como el rey Francisco, en la cárcel. Pero es cosa muy desagradable —reflexiona enseguida— ver que Carlos se encumbra demasiado: las armas de España cubren media Europa, América corre por cuenta de Castilla y el propio papa no se atreve contra Carlos. Carlos, a su turno, se ensoberbece. Ya no quiere tener más cuentas con Enrique VIII. Pasaron los tiempos en que se hacían caricias. Carlos se había comprometido con la hija de Enrique, y ahora la deja plantada, de esta manera: ha dicho que se la manden enseguida —tiene apenas nueve años—, junto con 600.000 ducados. Es patente que trata de romper su compromiso, y Enrique ni manda a la niña ni los 600.000. Carlos casa entonces con Isabel de Portugal, mujer hermosa que le trae un millón de ducados. Paga las tropas y se acopla feliz con Isabel.

El papa no es tan liberal con Enrique VIII como lo fue con Carlos XII. No llega la anulación y nace la Iglesia de Inglaterra. Ana Bolena da a luz... ¡una hija! Es el colmo. Enrique se impacienta, pues ve que no puede hacer un nuevo experimento y aguardar diez años de pruebas con Ana, como los aguardó con Catalina. Ana va a la torre, se le sigue uno de los más turbios juicios que registra la

historia de los reyes y se le baja la cabeza. El monarca, que así enviuda, entra a la historia con su ancho pecho de toro; el rostro carnudo, lozano; los ojos bien abiertos; los labios bien apretados; es un hombre rubio que mira, calla y desea; sobre el traje bordado de oro, dos pesados collares de oro y pedrería; las manos regordetas con todos los anillos de rigor; la gorra de plumas, la capa de vueltas de armiño. ¡Pobre rey! Soñando en el hijo varón que salvaría la corona, queda clavado entre cuatro reinas: sus dos mujeres, Catalina y Ana, y sus dos hijas, que serán la reina María y la reina Isabel... Así es la suerte en la vida de los hombres.

Cuando muere Enrique VIII, España acaricia la idea de sujetar al díscolo reino. No sólo es hermoso pensar en la isla como adorno de reyes de Castilla sino verla otra vez católica, apostólica y romana. La corona pasa a María, que Catalina educó a la española. Es católica hasta los huesos. Un poco más que hasta los huesos, porque es la mujer del príncipe Felipe, que dos años después será coronado rey de España con el nombre de Felipe II. En la isla vuelven a cantarse misas. Los filósofos nórdicos ven con horror esta reacción y que el reino esté en manos de mujer. Los ricos, que se han repartido las tierras de la Iglesia, tiemblan en lo que es para ellos más sagrado: sus intereses. En Londres, el pueblo no puede con los españoles, que ahora negrean por las calles: por un inglés —dice el cronista— se ven cuatro españoles, «para hacer incómoda la vida a la nación inglesa».

La reina María no tiene sino una obligación seria, al lado de la de restablecer la religión: tener un hijo. De tal suerte la obsesiona esta idea, que a veces cree que lo va a

tener, se prepara para el acontecimiento, se tocan las campanas, y nada: ilusión. Si no llega el hijo, pasará la corona a la hija de Ana Bolena, que para María no es sino una protestante bastarda. Y si no llega el hijo, muere María y sube Isabel. Inglaterra, contra lo que esperan los filósofos, se convierte en la isla de las reinas. Ellas llenarán nueve siglos de su historia. De los puertos oscuros de bruma y hollín, ellas sacarán el reino hasta colocarlo como la nave capitana en los mares del mundo. Y quien hace el primer milagro es esta Isabel cautelosa, mañosa, precavida, avara, letrada: es la gran solterona, que figura en la historia con William Shakespeare de un lado y del otro sir Francis Drake.

Un solo pensamiento entretiene la mente de sus súbditos: ¿con quién se casará? Año tras año, el parlamento se lo suplica. «Señora, señora —le dice casi en agonía la soberana corporación—: ya es tiempo de que usted se case, de que tenga un hijo». Y la reina, siempre astuta y graciosa: «Pero ¿quién va a estar más interesada que yo en este negocio?». Y vienen los pretendientes, y corren las historias, y ella misma trata sus idilios, aunque con cautela, para evadirse en el momento oportuno. Aún está caliente el cuerpo de la reina María, cuando el viudo Felipe II envía embajada especial para negociar su matrimonio con la nueva soberana. Pero la reina del mar es lisa como un pescado, y se le va de entre las manos.

Ella sabe adónde va —cosa común en los ingleses—, y le ayuda la suerte. Su pecho irá abriéndose camino, hasta que logre ver hecha astillas, frente a la isla, la Armada Invincible de don Felipe II. La guerra con España es su destino.

Como España, en cierto modo, es una hechura de Isabel la Católica, Inglaterra es una hechura de Isabel la Protestante. Pero la guerra a España hay que hacerla en el mar, en el Caribe. El combate de todos los días, y el más efectivo, debe darse en ese rincón remoto de los mares salvajes. Ahí, en las costas de México, en Cartagena de los castillos de piedra, en el golfo de Darién, en la Guayana, en la punta de la Florida, van a formarse los almirantes ingleses. El principio de los grandes será el ser piratas. Si unos siglos más tarde podrá decirse que la batalla de Waterloo se ganó en el colegio de Eton, con mayor fundamento puede afirmarse que la marina de Inglaterra y su imperio se forman en la escuela, menos aristocrática, de los barcos piratas. La reina encontró encantadores a aquellos bandidos y puso sobre los rostros curtidos la gracia resplandeciente de su reinado prodigioso.

El nombre con que la historia designa a los corsarios y piratas de la reina es muy expresivo: son los perros del mar. De ellos está poblado el condado de Devon. Allí está la patria de los Hawkins, de los Drake. Allí se ha aprendido a odiar a los españoles de Felipe II, y se han formado quienes van al África, al Brasil, a Norteamérica, al Caribe. El más rico de Plymouth, William Hawkins, enseñó el camino. John, su hijo, sigue sus huellas y eclipsa sus glorias. En las crónicas de España se le conoce como el pirata Juan de Achines. Pero llamarle pirata es una exageración. Su verdadera profesión es la de contrabandista, negocio en el cual le acompaña la crema de la sociedad de Londres. El pirata es algo más serio: el pirata será sir Francis Drake.

El negocio que propone John Hawkins a los ricos de la City consiste en formar una sociedad que cace negros en Guinea y los venda en Santo Domingo. Todos los historiadores se pondrán de acuerdo más tarde para convenir en algo que hoy es muy claro: que no hay nada más limpio que ser negreros. España está dando licencias de ventas de negros a sus propios súbditos, y el más cristiano y humanitario de los frailes, Bartolomé de Las Casas, recomienda su importación a las Antillas. ¿Por qué los ingleses van a ser menos que los castellanos en cosa semejante? En África misma unas tribus hacen esclavas a las otras y el negrero no tiene sino que comprar a los vencedores los prisioneros. Es, dicen, una obra de misericordia, porque por mal que les vaya a los negros en las Antillas, peor es su suerte como prisioneros de otros negros en el África. Haya justicia en estas consideraciones, o no la haya, el hecho es que el asunto no se discute. Hawkins encuentra calurosa acogida para su proyecto. Los condes de Pembroke y de Leicester toman acciones. Las toma el propio sir Thomas Lodge, alcalde de Londres. El embajador de España protesta, no en nombre de ningún sentimiento cristiano, sino en defensa del monopolio establecido por la católica majestad. La reina Isabel detiene a Hawkins mientras escucha esta protesta y pasa el ruido. Luego, que Hawkins despliegue las velas, ¡y buen viaje!

Cazar los negros no es problema. Llegar a las Antillas tampoco. Hawkins conoce el camino y sabe del negocio. La cuestión está en organizar las ventas. Todos los señores de Santo Domingo, Venezuela, Cartagena, quieren comprar

negros, pero nadie violar las leyes de Castilla. Hawkins, a su turno, es prudente, mañoso: quiere hacer las cosas en orden y dejar buena impresión. Unas veces amenaza con cañonear los fuertes, otras se hace el perdido en los mares y pide acogida en los puertos. En una forma u otra, se da trazas para ponerse al habla con el gobernador, con el hidalgo, con quien tenga el dinero; vende la mercancía y llena la bolsa. No pocas veces logra hasta un certificado de buena conducta expedido por el gobernador. Él no quiere pelear sino vender. En Santo Domingo, después de vender doscientos negros, deja en depósito ciento veinticinco, por si hay que pagar algún impuesto. Apenas si puede imaginarse que John Hawkins espere ver un escudo a cambio de estos negros. Lo que ha hecho es un perfecto contrabando, pero hay en él esa mezcla de candor y garra dura que coloca los negocios de Inglaterra sobre bases de buena fe y de implacable precisión para que no escape ni el último penique de la ganancia. Asombran a los españoles las delicadas pruebas de confianza con que los ingleses abren un crédito, y luego la seriedad con que toman su papel de acreedores; no conciben que para Hawkins la ley del comerciante es más sagrada que la ley común, y que él coloca el contrabando limpio por encima de los derechos de un rey que no es el suyo. Y más si es rey de España. El hecho es que Hawkins llega a Santo Domingo en tres barcos y regresa con cinco, repletos de oro, azúcar, cueros. Los cueros son tantos y la frescura del contrabandista tan ingenua, que envía dos barcos para venderlos en la propia ciudad de Cádiz. Excusado es decir que el rey de

España decomisa los cueros y los negros que dejó en Santo Domingo. Míster Hawkins queda perplejo. Pone el grito en el cielo. Escribe al propio rey don Felipe, diciéndole con aplomada familiaridad: «¿Cómo puede hacer S. M. estas cosas con un viejo caballero que fue el primero en agasajarle cuando S. M. fue a Inglaterra para casarse con la difunta reina María, O. D. G.? ¿No recuerda S. M. que yo era entonces miembro del ayuntamiento de Plymouth, y que trescientas libras gastamos en el banquete con que le saludamos? ¿Cómo va a privarme ahora de mis negros y de mis cueros?». La propia reina intercede por John Hawkins. Escribe una cartita a Felipe suplicándole le perdone. La respuesta de Felipe es cortante y clarísima; no devuelve ni un cuero ni un negro, e inglés que asome de nuevo las narices en el Caribe correrá idéntica suerte. Es la ley de España.

Hawkins medita la manera de sacarse el clavo. Sir William Cecil aconseja a la reina que no estimule empresas tan turbias. La reina ve con más claridad que sir William; no sólo deja salir de nuevo a Hawkins sino que toma acciones en su compañía y le da uno de sus propios barcos. Hawkins, en realidad, es el héroe del día. La reina le ha festejado en su palacio, los accionistas han recibido una utilidad del 60 por ciento en su inversión. En Plymouth los vecinos todos quieren juntarse a sus empresas. Para la nueva salida se alista, entre otros, un jovenzuelo que ya ha estado por los mismos lugares del Caribe y que pronto será el mayor prestigio de la isla: Francis Drake. Shakespeare, como es lógico, oye con tal interés los relatos de estas

gentes, que de los cocodrilos que Hawkins vio en Río Hacha habla en su drama *Enrique IV*:

*... As the mournful crocodile
With sorrow snares relenting passengers...*

Cuando Drake era un niño, los muchachos de Inglaterra inventaron un juego: la guerra entre ingleses y españoles. Uno debe hacer de Felipe II. Este siempre pierde, y simbólicamente lo ahorcan. Felipe II representa al intruso que quiso volver la isla al revés, restableciendo la misa, con el respeto al papa y los privilegios de la Iglesia católica. Cuando llega su embajador, los muchachos le reciben tirándole pelotas de nieve: querrían verlo convertido en estatua de hielo. La juventud de Francis Drake se levanta así en medio de una guerra política y religiosa. El papa ha dado poder a España para que ella sola se aproveche de las tierras de América. ¿Por qué? El rey de España ha resuelto que sólo los españoles puedan vender negros en las Antillas. ¿Por qué?

Los frailes, desposeídos de sus tierras, fomentan revueltas en Devon, diciendo a los campesinos que todas las calamidades de la isla provienen de que el rey se haya separado de la Iglesia. El atrevimiento de los ministros protestantes llega un día al colmo, ordenando que a partir del domingo de Pascua se lea en las iglesias la Biblia en inglés, la de Eduardo VI. Frailes y campesinos estallan. En amenazantes muchedumbres avanzan por los caminos, llegan a Plymouth, se hacen abrir las puertas de la ciudad. Los que están por el rey, por la Biblia

de Eduardo, por la nueva Iglesia de Inglaterra, tienen que huir. Huyendo van Edmund Drake y sus hijos, que pierden o abandonan lo que tienen en manos de los católicos. En la isla de San Nicolás se hacen fuertes los protestantes. La isla, que llegará a ser un símbolo, se conoce con el nombre de Drake's Island. La guerra pasa a hacerse en el mar. Francis Drake es ahora un muchacho que vive más en su barco que en tierra. No hay rincón de la costa que no escudriñe y conozca en todos sus escollos, ensenadas, refugios, playas, recovecos. Es uno de esos grumetes listos que aprende a treparse por mástiles y jarcias, que sabe cómo se aprovecha un golpe de viento, cómo se le saca el cuerpo a una tempestad, cómo se endereza una vela. Su ojo vigilante reconoce en el día los horizontes remotos, perfora en la noche la tupida oscuridad. Pero en todo el barco no hay sino una cosa de importancia: no es el muchacho, no son los trapos ni las áncoras: es un montoncito de papel: la Biblia de Eduardo VI. Cuando llega la hora de sentarse a la mesa, Edmund Drake se levanta, y los muchachos de pie, la cabeza inclinada, con un silencio en donde hay un poco de humildad y un poco de orgullo, un acatamiento piadoso y un desafío radiante, oyen la lectura del libro sagrado. Cuando Isabel se afirma en el trono, el horizonte queda limpio para todos ellos. Los protestantes respiran, Edmundo Drake pasa a tierra, como pastor de una iglesia. Francis se queda en el mar. ¡Hay que llevar la guerra al otro lado del Atlántico!

En los pueblos de Devonshire se cuenta todos los días de ingleses que caen en garras de la Inquisición, en Sevilla: les cortan las orejas, las narices, los asan en las hogueras.

Cada nuevo folletín, que aderezan a su modo y condimentan las comadres, es nuevo estímulo para la piratería. La verdad es que la Inquisición no descansa en su celo contra los luteranos. Cuando de una persona se tienen los más horribles pensamientos, se dice: «Hasta luterano será». A través de los mares, el muchacho de Plymouth cree percibir olor a carne asada, carne de inglés asado. El pueblo deja las cosas de Europa en manos de la reina; ella verá si está o no está en guerra con España; pero de la línea del meridiano arbitrario que fijó el papa Alejandro VI, para allá, que no haya paz. Drake no piensa en los términos del solapado contrabandista, que hacen de Hawkins un mercader vulgar. Su alma es la de un juvenil marino aventurero. Piensa con entusiasmo en piratear a la manera de los franceses. Lanzarse al asalto de los tesoros. No contentarse con la caza de negros sino ir al oro de los galeones, a las perlas, a la plata de Potosí, a los perúes. Tomar ciudades al asalto, ensangrentar el cuchillo, reducir a cenizas la soberbia española, ver correr azoradas a las mujeres y hacer temblar a los curas del papa de Roma. Son estos los sueños de Francis Drake, que aprieta contra el pecho la Biblia protestante. A los veintiún años ya se le conoce en el Caribe. Está reconociendo las costas y viendo dónde pueden esconderse las naves y cómo asaltarse los puertos. Es el mundo en donde vivirá para la fama, hasta que esas propias aguas se traguen sus despojos. El mar Caribe es el mar de Francisco Drake. O de sir Francis Drake, como gustéis...

Cuando en un día cualquiera, en octubre de 1567, seis barcos se preparan para salir de Plymouth hacia el Caribe,

nadie sospecha que la suerte que ellos van a correr cambiará para siempre las relaciones entre Inglaterra y España. Hasta este momento ha habido resentimientos populares, y las dos naciones se hacen menudas ofensas cotidianas, como esos pellizcos con que mutuamente se mortifican en los conventos las monjitas que se odian dulcemente; los reinos de Inglaterra y los de España tienen modales diplomáticos de terciopelo. Este viaje los obligará a ponerse las corazas. Quien menos lo sospecha y menos lo desea, a quien menos le conviene, es al caballero que va de capitán: a John Hawkins. Él siempre está por que se haga un contrabando honrado, en santa paz. Cree que se puede hacer la guerra comercial, que es una guerra blanca. Drake piensa en otra cosa: en el comercio de la guerra. Pero John Hawkins, hombre de experiencia, es el capitán, y Drake, con sus veintidós años sólo manda un pequeño barco: la «Judith».

La reina Isabel ha puesto en la compañía dos de sus barcos: el «Jesús de Lubeck», que hace de nave capitana, y el «Minion». Entre los tripulantes van muchos caballeros: gente de lo mejor de Londres. También algunos franceses, hugonotes, como el capitán Bland, de La Rochelle. Hawkins tiene paje, y viste como un príncipe. Antes de llegar a Cabo Blanco, las seis naves se han convertido en siete, pirateando en el camino una carabela de Portugal, que Hawkins pone bajo el comando de Drake. Los muy santurrones la bautizan «Gracia de Dios». En Sierra Leona sorprenden más barcos portugueses, y negros a centenares. De ahí pasan a América. A pesar de la oposición de los españoles,

los barcos atracan en Santo Domingo, Margarita, Borburata. «Fuimos costeando y yendo de una plaza a otra haciendo nuestro tráfico con los españoles como se pudo —dice Hawkins—; la cosa era un poco difícil porque el rey había ordenado terminantemente a sus gobernadores que por ningún motivo permitieran ningún comercio con nosotros; sin embargo, se hizo un buen negocio y nos divertimos».

En Río Hacha, Drake, que se adelanta a Hawkins, hace las cosas a su modo. Para entrar, de un cañonazo perfora la casa del tesorero. En esto pone toda su alma, pues el año anterior, ahí mismo, había tenido un descalabro. Y para completar, también cañonea a un barco del virrey que llega al puerto. Cuando Hawkins llega y ve las cosas que hace Drake no le queda duda sobre la clase de polluelo que está levantando. De Río Hacha pasan a Santa Marta, y de allí a Cartagena. Son las ciudades que van marcando los puntos de la costa en Tierra Firme donde España concentra su poder. Cartagena es la llave que abre las puertas de Sudamérica. Hawkins va vendiendo negros como cualquier buhonero que toca de puerta en puerta anunciando su mercancía. En Margarita se paga con perlas, en Río Hacha con plata sólida, en Cartagena con oro. Ahora, es tiempo de regresar.

Toma el rumbo del estrecho de Yucatán; de ahí cogerá hacia el canal de las Bahamas, antes que venga el tiempo de los huracanes. Pero los huracanes se anticipan. El cielo se pone como un carbón: cuatro días sopla la tormenta sin piedad. Crujen las naves, empieza a hacer agua y Hawkins

a sufrir: si no abonanza —piensa— volverán otra vez al fondo las perlas de Margarita. Llega la calma pero las naves quedan de ir al hospital. No hay otro camino sino meterse al puerto de Veracruz, a San Juan de Ulúa, para reponerlas. Hawkins, zorro, solapado, sabe que si arriba con su bandera lo vuelven astillas: enarbola la de Castilla. En el puerto, donde justamente se espera la flota del rey, el pueblo empieza a mover las manos con alegres saludos. «¡Mirad —diríase que gritan las mujeres—, que ya llegan las castizas naves! ¡Que ahí viene todo Sevilla, que ahí viene todo Madrí!» . Los de a bordo —cosa extraña— no responden con los gritos y gestos de costumbre. Cuando ya anclan las naves en la orilla, y a ellas se lanza el pueblo alborozado, ¡Dios mío, son los ingleses, los luteranos, los hugonotes, los piratas! Hawkins y los suyos no pierden tiempo: el puerto queda por su cuenta. De acuerdo con sus normas comerciales, Hawkins, minucioso, propone un convenio y envía papeles a la capital. Que no lo mortifiquen mientras repara las naves. De paso, vende negros, compra comida, se apodera de la artillería y emplaza los cañones en la isla, a la entrada de la bahía. Muy pronto ha de venir la flota del rey, y hay que prevenirse.

Y la flota del rey llega, nada menos que con el nuevo virrey de México. El viento sopla recio y las tres naves del virrey tienen que entrar al abrigo de la bahía antes de que se estrellen contra las rocas. Hawkins las detiene con la boca de “sus” cañones. Si el virrey no se allana y le ofrece seguridades, dispara. La pretensión es fantástica. Inglaterra no está en guerra con España, Veracruz es puerto

español... y yo —dice el virrey— soy el virrey. —Lo será —replica Hawkins— de su rey don Felipe, pero si usted es eso, yo soy también virrey de mi reina Isabel de Inglaterra, y si usted tiene en sus naves soldados, yo tengo la ventaja de “mis” cañones. No hay nada que hacer. El virrey acepta la propuesta de Hawkins. Y Hawkins vuelve a ser el apacible y prolijo comerciante, que no parece estar sobre el puente de la nave, sino tras el mostrador de la tienda. Hace un convenio muy claro, y para mutuas seguridades se canjea una docena de las gentes principales de lado y lado, que quedan como rehenes. Con sus doce caballeros españoles ya en las manos, abre graciosamente el puerto al virrey como diciéndole: —Siga usted, y haga de cuenta que está en su casa.

Lo que menos ha pensado el virrey es en cumplir su palabra. Ya hemos visto que esto no es sólo tradición de caballeros: lo es de reyes. Hawkins piensa de otro modo porque es un burgués de Plymouth. Lo cierto es que el virrey, para los doce rehenes que entregó, vistió a doce villanos de caballeros. Los españoles apenas logran contener la risa cuando ven al bueno de Hawkins, que ha mandado a la flor de su barco, haciendo reverencia y sentando a manteles a estos doce españoles hijos-de-nadie. Y así pasan dos, tres, cuatro días. Los españoles se organizan en silencio para dar el golpe. Obran tranquilamente, porque no se trabaja bajo nada más seguro que a la sombra de una falsa palabra de honor.

Con su traje de botones de oro y perlas, Hawkins está más hermoso que el propio virrey. En su salón, en el Jesús

de Lubeck —el barco de la reina— pide a un paje un poco de cerveza. Se la sirven en jarro de plata. Esta escena íntima ahoga el ruido de lo que pasa afuera. Algo ha sospechado Hawkins, pero no quiere creerlo. El hecho es que ya están los españoles abordándolos. Que tras los montes, las tropas se han organizado. Que, metidos en la estrechez de la bahía, los pocos barcos de Hawkins no tienen cómo parar los tiros y ofender. Hawkins acaba de beber sorbo a sorbo su cerveza y, lentamente, como todo un señor, coloca el jarro sobre el aparador. No ha acabado de ponerlo cuando una bala de culebrina se lo lleva. Afuera, gritos en inglés, gritos en castellano, todo con vocabulario combate. Un barco de España, cargado con pólvora, estalla. Drake escurre y alcanza la salida del puerto antes que nadie. Ni se cuida de averiguar por su jefe. Hawkins abandona el buque mayor de la reina, que está perdido, y se pasa al «Minion». Ahí se amontonan cuantos pueden escapar con vida, y logran hacerse a la mar. Pero es tal montón de gentes que lleva Hawkins, que ya en el primer paraje adonde puede acercarse deja un centenar de tripulantes. Con el resto, llega a Inglaterra a contar sus desgracias. En el puerto de San Juan de Ulúa se hundieron las perlas, la plata, unos negros, muchos caballeros, el buque de la reina, el jarro de plata. El centenar de gentes que se dejó en la playa tuvo que hacerles cara a los indios y las fiebres, hasta que, los que quedaron vivos, pasaron a manos de los españoles. O más exactamente, a la Inquisición: que no los juzga por piratas ni por contrabandistas, sino por ingleses, por luteranos.

En toda Inglaterra y en toda España vuela el cuento de lo que pasó en San Juan de Ulúa. Cada cual, a su modo, toma una decisión: la reina Isabel, el rey don Felipe, John Hawkins, Francis Drake. La historia se abre como el abanico de estos cuatro nombres. La reina Isabel se venga de esta manera:

En Plymouth está un barco español que lleva quinientos mil ducados. Es dinero que el rey Felipe envía a Flandes, al duque de Alba, para pagar las tropas. Perseguido por piratas de Francia, el barco ha buscado refugio en Plymouth, como nave del rey de España que busca abrigo en un puerto de su amiga la reina de Inglaterra. En realidad, ha caído en el aviso de los enemigos. No hay inglés, de arriba abajo, de la corona a los pies, que no esté resuelto a quitar a España ese medio millón de ducados. La causa es sagrada porque con ese dinero pagará el duque de Alba soldados que están matando a hugonotes y luteranos. ¿Podrá tolerarlo el pueblo inglés? Jamás. ¿Cómo impedirlo? He aquí el problema. El obispo Jewel disipa todo escrúpulo en la conciencia de la reina —como si fuera necesario, apunta Froude— diciendo: Es meritorio en alto grado interceptar un dinero destinado a matar protestantes, sir Arthur Champernowne, vicealmirante de la reina, propone una solución: el buque español está bajo su custodia, y él ha dicho al capitán: «No temáis por vuestro dinero y vuestro buque: mientras estos guardias estén aquí, está de por medio el honor de mi reina». Pero al mismo tiempo escribe a sir William Cecil, lord Burghley, que es el real tesorero: «Si parece bien a vuestra excelencia, podré dar

el golpe, para beneficio de Su Majestad, sobre este buque, ayudado de algunos amigos» —el hijo de sir Arthur anda por el canal con tres buques piratas—. Y agrega: «La cosa no podrá hacerse sin que corra alguna sangre. Pero no sólo la haré, sino que echaré sobre mis hombros la culpa, para que esta riqueza tan apreciable vaya a manos de la reina. Tengo la esperanza de que pasada la tormenta de su desaprobación —que mostrará en un principio para encubrir estos hechos— encontraré el bálsamo de su favor, como corresponde al riesgo que por su causa voy a correr...».

No hay que recurrir a ese expediente. Se encuentra uno más sencillo, como comenta el eminente autor de *English Seamen in the XVI Century*. La idea viene de arriba. Se hace que el dinero vaya por tierra hasta Londres, para mayor seguridad. Las tropas de la reina van custodiándolo, y, rodeándolo de delicadas precauciones, se lleva a la torre de Londres. Allí, y de acuerdo con el plan, descubre el tesorero de la reina que los quinientos mil ducados los ha tomado en préstamo Felipe de banqueros de Génova, y que mientras en Flandes no se entreguen, no pueden considerarse de Felipe sino de los genoveses. Estos están en Londres, y la reina les dice: «Qué casualidad: es exactamente la suma que yo necesito...». Y los quinientos mil ducados pasan de Felipe a Isabel con la limpieza y gracia con que se gira un cheque.

John Hawkins se venga de esta manera:

La reina le ha entregado el comando de algunos de sus buques. Es miembro del Parlamento. Su prestigio, el de los ricos de Plymouth y el de héroes de grandes fechorías.

Con estos títulos, y el de ser ante todo un mercader, se acerca al embajador de España. Se trata —le dice— de algo muy íntimo: está harto de la reina; es —lo sabe todo el mundo— avara, mezquina, ingrata; no ha sabido compensar sus servicios y, como él, hay muchos en la flota dispuestos a traicionarla. Lo que está ocurriendo en Inglaterra es estúpido, y la culpa es de Isabel. Habla exaltado. Si España quiere, Hawkins está resuelto a participar en el golpe para derrocarla. El embajador cree a Hawkins, y la propuesta pasa al rey Felipe. Felipe, que es más zorro que el embajador, dice: «Si Hawkins está dispuesto, que venga acá y me lo diga». Hawkins, que es más zorro que Felipe, replica: «No puedo ir (por esto o por lo otro), pero ahí va mi amigo Fitzwilliam, que es mi segundo yo, y que responde de cuanto digo; lo único que pido en recompensa es la libertad de mi gente que está en las cárceles de Sevilla, y que me den el dinero para mover la máquina». El rey oye a Fitzwilliam, y el plan queda convenido. La reina, punto por punto, lo va sabiendo todo, en cartas que Hawkins le escribe a sir William Cecil, el lord tesorero. La última dice así: «Mi muy querido lord: Espero le agradará mucho a su Honorabilidad saber que Fitzwilliam ha vuelto de España, donde su propuesta fue recibida con aceptación, tanto por el rey como por el duque de Feria y demás miembros de su consejo privado...». Y así, entre otras cosas, se descubren las conspiraciones españolas, a causa de lo cual acabará por perder la cabeza María Estuardo. Cada uno de los soldados de Hawkins regresa a la isla con diez libras esterlinas en el bolsillo, mientras John Hawkins agarra las cuarenta

mil que le faltaban, según sus cuentas, de lo de San Juan de Ulúa. Esta vez, el último que ríe es Hawkins.

Felipe II se venga de esta manera:

Como no le queda ni sombra de duda, como su misión en la tierra es reventar a los ingleses, como no es un rey común sino el instrumento de Dios, calla y espera. El hombre es sombrío, resuelto, torvo; si es preciso mata a su propio hijo antes que permitir que nada escape al poder de la Iglesia católica, apostólica, española. Inglaterra, isleta de los herejes, se ha ensoberbecido con sus naves de guerra y sus naves piratas. La liquidará. Hará la más grande armada de la historia. La Armada Invencible, que saldrá inesperadamente de las sombras. Bajo las proas de estos barcos temblarán las orillas de Inglaterra, y los mástiles atrevidos de la reina protestante se apartarán como juncos miserables. Desde los altos castillos de proa, la mano del rey inquisidor será implacable en el castigo.

Y Francis Drake se venga de esta manera:

Con sus veintiséis años gentiles tiene una escuela distinta a la de estos otros solapados personajes: su escuela es la de la ofensiva. No tiene la marrulla de su primo John Hawkins ni la calma de Isabel. Es fuerte de voluntad como Felipe, pero le gana en velocidad. Ya todo el mundo sabe que Drake tiene genio, visión, atrevimiento. Sólo le anotan una falla: haberse escurrido en la batalla de San Juan de Ulúa. Quienes con él salvaron el pellejo, la alaban como una fuga estratégica; los otros se quejan de que abandonase a Hawkins. Pero estas son discusiones para académicos, que ni a Drake ni a Hawkins preocupan. Drake distrae a las

gentes sirviendo unos meses en los buques de la reina; en realidad se prepara para acabar su descubrimiento del mar Caribe al modo pirático. Durante dos años, con uno o dos barcos, asaltando aquí un galeón, allí un puerto, conoce lo esencial del Nuevo Mundo. Un día, las muchachas de Cartagena de Indias, desde las azoteas, ven la guerra graciosa que el inglés hace a los barcos españoles. Lucha —dicen—, no por la honra, sino por la hacienda. Es la verdad. Pero el resultado es que quema dos naves españolas, se incauta de un poco de oro, y vuelve las espaldas risueño, haciendo música de doblones en los bolsillos. En la costa del Darién descubre una linda bahía, tan oculta que puede guarecerse toda la pequeña flota sin que nadie lo sospeche: es «Puerto Escondido». Lindos montes, buena caza, mejor pesca. Muy cerca está Nombre de Dios, que es un pueblecillo de chozas miserables y costa malsana. Pero por un camino de herradura, que cruza el istmo de Panamá, llegan a Nombre de Dios las recuas de mulas con toda la plata de Potosí, cargadas como si fueran cargas de papas o maíz cuando Drake regresa a Inglaterra puede decir a sus gentes: «A alistarse, jóvenes: tengo el gusto de comunicarles que he descubierto la América. Como cualquier Colón: y es la verdad».

Y ahora sale ya Drake a caer sobre la recua de mulas. El asunto está en saber en qué fecha llega la flota del rey, qué día van a pasar mulas por los montes que están detrás de Nombre de Dios. Esto hay que averiguarlo en el terreno. Son aventuras de unos cuantos meses pero el hecho es que asalta las mulas y regresa a Inglaterra con las naves lastradas

de barras de plata, de alforjones de oro. Las cosas que se cuentan de este viaje irán formando la leyenda que hace inmortal el nombre de Francis Drake. Es la historia, por ejemplo, de cómo se confederó con los negros cimarrones, que estaban alzados contra los españoles, y a tiempo que les sacaba noticias los incorporaba en sus asaltos, les enseñaba oraciones y les instruía en su santa fe: entre pillaje y pillaje, parecía, como su padre, un honrado pastor. Dicen que en el primer asalto que dio a Nombre de Dios, estuvo en la propia casa donde estaban trescientas arrobas de la plata del rey y salió con las manos vacías. Y no fue por falta de voluntad. Al primer encuentro, le pasaron de un balazo una pierna. Nada dijo, por que los otros no echaran paso atrás. Pero de repente le ven desplomarse y caer entre un charco de sangre. Él les gritaba: «¡Seguid al asalto!». Pero ellos, que sabían que Drake era su capitán, su piloto, su guía, su pastor, que sin él no podrían buscar el rumbo en el mar, ni orientarse en los bosques del Darién, dijeron: «Primero está nuestro capitán». Y dejaron el asalto, lo llevaron a las naves y se retiraron a la isleta de Bastimentos, donde acamparon hasta que el propio Drake, que era el médico de todos, se curó su pierna y se echaron otra vez a la aventura. Un oficial español llegó un día a la isla de Bastimentos con bandera de paz. Quería saber si era verdad que el del asalto había sido Drake. «Como lo ha oído —le dice él mismo—, yo soy Drake, y a su mandar». Lleno de requiebros y cumplimientos, no salía el oficial de su asombro y dicha: había visto al propio Drake. Y Drake, todo un caballero: «Pero no sale usted de acá sin

que honre mi mesa». Sentáronse a manteles. Espléndido, Drake brindó muchas copas del excelente vino, robado en los asaltos. Como dos grandes señores, se estrecharon las manos. «Y hasta la vista, cuando yo vuelva por Nombre de Dios a dar mis golpes...». En Cartagena se robó una hermosa nave. Como era más espaciosa, pasó a ella sus gentes. Llamó a un carpintero que le era muy leal, y le dijo en secreto: «Nadie lo sabrá, pero esta noche habréis de barrenar el casco del Swan. El Swan era la nave en que él mismo había pasado los mejores tres años de su vida. Los bandidos la acariciaban como se acaricia el mango de un puñal querido. Drake pensó: este pedazo de mi alma ya no me sirve: que se vaya al fondo de la bahía. Y cuando la nave empezó a hundirse, él fue el primero con los aspavientos: «Dios mío, se está hundiendo el Swan». Y luego: «En fin, qué vamos a hacer, que se cumpla la voluntad de Dios». Y se pasaron todos a la nave nueva. Y luego, lo del encuentro con el francés. Se saludaron tirándose a cañonazos para romperse, pero viéndose ambos piratas, se abrazaron, fueron socios, y la última noche se estuvieron hasta después de las doce repartiéndose el oro y la plata. Lo pesaban en una romana.

La mejor historia, claro está, es la del asalto de la recua. Más de cinco meses hubo de esperar Daré, entreteniendo a sus gentes en asaltos menores, entradas al Río Grande de la Magdalena, reconocimiento de las costas. Cuando la fecha estuvo cercana, despidió las barcas y se metió a los montes con los más bandidos. Le ayudaban los negros cimarrones. En lo alto de un cerro había un árbol: «Desde la copa —le

dijeron— se ve el mar Pacífico. Dejadme que yo lo vea el primero». Como un gato de pelo bermejo, trepó ágil las ramas y descubrió el mar. Se sintió un Balboa. Era el primer inglés que veía esas aguas. «Será mi mar —pensó—. Navegaré por él. Se lo disputaré a los españoles». Era un juramento. Luego dicen que se metió hasta la ciudad de Panamá; que como de niño había sido criado de la duquesa de Feria, hablaba la lengua de Castilla como propia; que sirvió de testigo ante un escribano, y que pidió licencia para salir de la ciudad como si fuera un hijo de Medina del Campo, o de Valladolid.

La noche del asalto fue magnífica. La recua viajaba de noche aprovechando el fresco. Metidos entre el bosque, los bandidos contenían la respiración y ponían el oído en el suelo esperando oír las campanillas que traían las mulas en los collares. Llevaban puesta la camisa por encima de la ropa para reconocerse en la sombra. Iban a dar, como se dice, una camisada. Llegaron las mulas. Eran más de doscientas. No escapó ninguna. Todo se pilló. Plata de Potosí y perlas, oro y joyas de un rico español: una historia de Alí Babá. La cuenta de San Juan de Ulúa empezaba a pagarse con creces.

Llega Drake a Plymouth un domingo. El pueblo está en la iglesia, pero la noticia la lleva el aire. «¡Que son las naves de Drake! ¡Que allí llega don Francis con sus cuarenta ladrones!» Se echa el corazón a vuelo. Cuando el pastor levanta los ojos, ya no hay nadie en la iglesia que le escuche. De un golpe, todo Plymouth está en el puerto. Los ojos húmedos de dicha. Nunca brilló más hermoso en

Plymouth el sol del domingo. Es el sol de El Dorado. El mar de esmeraldas se hace de perlas rompiéndose contra el casco lustroso y negro de las barcas. Al pirata le brilla la barba como un rubí, y en los ojos la chispa de la alegría que salta del pedernal de las victorias.

«Llegó a Londres —dice fray Pedro Simón, de la orden de san Francisco— con prosperísimo pillaje y viaje, donde fue recibido con el aplauso que de ordinario alegran las riquezas, pues hasta la reina hizo de esto excesivas demostraciones, con cortesías mayores que permitía su real persona, pero al fin eran de mujer, y que algo de aquello se originaba de codicia y deseo de meter las manos hasta los codos en tan grueso pillaje como llevaba el protestante; como se echó de ver, pues picada de aquella gruesa ganancia trató luego que se hiciese otro viaje, con las fustas y gentes y aparato que veremos, a costa de lo robado en nuestras costas».

Lo que sigue en la carrera de Drake es prodigioso. Se hace de nuevo a la mar. Lleva barcos de la reina. En la capitana, músicos para su recreo y servicio de plata y oro. Hay que viajar con decoro, porque él lleva el nombre de Inglaterra. Hacia dónde va, nadie lo sabe. Los piratas siguen a su capitán, y nada más. Pero él va —que nadie lo oiga— a darle la vuelta al mundo. A navegar por aquel océano que vio trepado en el árbol del istmo de Panamá. Y le da la vuelta al mundo. Hace pillajes en Chile, en el Perú, en México. En California deja clavada una placa de bronce. Cerca de Quito coge el barco de «Nuestra Señora de la Concepción». Los españoles, deslenguados, lo llaman el

Cacafuego. Va con rico botín. «El valor de la presa nunca se supo; las cifras exactas sólo Drake y la reina Isabel las conocieron». Un Daughy, caballero misterioso que tiene gran valimiento en la Corte, dice a los marinos, entre jarro y jarro de cerveza, que por cartas de la reina comparte con Drake el comando de la expedición. Trata de crearle conflictos al capitán. Se le sigue un juicio sumario, se le condena, y el propio Drake hace de verdugo para que se entienda que sólo una persona manda: Francis Drake.

Esta vuelta al mundo es la hazaña de Inglaterra en el siglo. Después de cruzar todos los mares, llegan ricas las naves a Inglaterra. El «Chevalier de Drac», dice alguno, no es menos que Vasco de Gama, Colón, Vespucci o Magallanes: el primero no hizo sino doblar el cabo de Buena Esperanza; el segundo descubrir las Lucayas, Santo Domingo, Cuba y Darién; el tercero, llegar a la costa del Brasil; el cuarto pasa el estrecho de su nombre: Drake le ha dado la vuelta al mundo. El duque de Florencia coloca el retrato de Drake entre los grandes príncipes de estos tiempos. De la madera de la nave de Drake, el Golden Hind, se hace una silla que la Universidad de Oxford guarda como una reliquia. La reina le regala una espada con esta inscripción: *Whoso striketh at thee, Striketh also at us*. Drake regala a la reina un prendedor de esmeraldas. Y estas esmeraldas de Muzo, que Drake pilló en el Pacífico, son la joya que luce la reina el día de Año Nuevo.

El embajador de España está pálido. Denuncia que cuanto trajo Drake es robado de los barcos del rey Felipe. Dice la reina: «Tiene razón el embajador; vamos a ver

qué trajo Drake, para devolver al rey lo suyo; que haga el inventario un magistrado». Y designa para esto a Edmund Tremayne, de Sydenham, en quien ella pone toda su confianza. De cómo cumple su comisión, lo sabemos por la carta que él mismo escribe a sir Francis Walsingham: «Para que usted se dé cuenta de cómo he procedido en lo de Drake, le diré que en ningún momento he llevado a la cuenta más de lo que él ha querido mostrarme; y para decir a usted la verdad, le persuadí que no mostrara más de lo necesario, pues vi que obedecía órdenes de la reina y no lo revelaría a ningún ser viviente. De lo que me mostró, tomé nota, y esto se pesó, registró y empacó. Y para observar la orden de la reina en cuanto a lo de las diez mil libras, convinimos en que las tomaría de lo que secretamente se había desembarcado, y sacarlas de allí antes de que mi hijo y yo llegáramos para pesar y registrar lo que se había dejado. Y así se hizo...».

Pocos días después, Drake es armado caballero. Ahí empieza la nobleza de la familia. Poco más tarde se casa con la hija y heredera de sir Georges Sydenham. En su casa señorial, con su esponjada falda de brocado, sus lindas manos en flor, sus golas de encaje y sus collares, Elizabeth Sydenham parece una reina. A sir Francis le hacen miembro del parlamento. Lady Elizabeth Douglas Fudler-Eliott-Drake, que será uno de los últimos gajos floridos del árbol nobiliario de sir Francis, publicará un hermoso libro, *The Family and Heirs of sir Francis Drake*, donde todas estas reliquias se recuerden. Ahí pueden verse, en finas láminas, las copas de oro muy labrado con que la reina regaló

a Drake. Y noticias curiosas, como esta: «Los cofres de monedas y cajas de joyas que Tremayne registró, se depositaron primero en una torre cerca de Saltash, y luego en la de Londres; pero la suma que se ordenó a Drake tomara privadamente se dejó en Radford al cuidado de su amigo Christopher Harris. Se ha sugerido que en realidad estas diez mil libras fueron una compensación por las pérdidas que él, Hawkins y sus compañeros habían sufrido cuando la expedición comercial de 1568, cuando su cargamento fue traidoramente asaltado por el gobernador de San Juan de Ulúa. Si así fue, como la reina había sido en esta ocasión uno de los aventureros, es probable que no poco de lo que se ocultó en Radford fuera a parar pronto y silenciosamente a sus reales manos...».

Con todo este prestigio, Drake puede pensar en una grande aventura en el Caribe. No hay quien no quiera participar en ella. Los mercaderes de Londres suscriben siete barcos. El ejemplo cunde en los demás puertos de Inglaterra. La reina da dos de los suyos. Treinta velas tiene Drake bajo su comando: jamás empresa alguna de piratería tuvo semejantes proporciones: 2.300 soldados y marinos, todos bien armados. Piensa la gente, y apunta el historiador: el viaje es de vida o muerte para la causa de Inglaterra. El poeta favorito de la reina, el más garrido cortesano, sir Philip Sidney, se fuga de Londres para ir a juntarse con Drake. Isabel, que está celosa de su poeta y le mantiene en la Corte

como un dije, monta en cólera. Drake lo devuelve jubiloso; no quiere que otro vaya a compartir con él la gloria de la aventura. Los celos de la reina y del pirata se dan la mano.

Y salen los buques. Sin premura. El plan de Drake es no dejar ciudad del Caribe con los huesos sanos. Hace una breve escala en Vigo. Luego, en las islas de Cabo Verde, incendia la ciudad de Santiago: lo único que queda en pie es el hospital. Esta es una violencia inútil, en que quizá Drake no tiene la iniciativa; no se sabe si lo que movió a la tropa a incendiar fue el no haber encontrado oro, o el haber encontrado demasiado vino. Pero de ahora en adelante ordena proceder con la cabeza fría y juramenta batallón por batallón. Se orientan las naves hacia el Caribe. «Lo peor es que Drake va a recomenzar las hostilidades sin que se haya declarado la guerra» —dice Corbett en su admirable historia de estos días—, y agrega: «Pero en esto no hace sino anticiparse al enemigo. De tiempo atrás es un secreto que nadie ignora, los preparativos que el rey Felipe está haciendo para atentar contra la independencia de Inglaterra. El único crimen del almirante de la reina es pagarles a los españoles con la misma moneda».

El Caribe recibe a Drake de mala manera: con fiebre amarilla. Unos centenares de sus hombres mueren apestados. El primitivo esquema de asolar todo el Caribe debe encojerse a un plan menos ambicioso. Pero el primer objetivo se cumple con éxito completo: ofender a la más vieja ciudad

del Caribe, que guarda los recuerdos Colón; a la primera lámpara que España encendió en el Nuevo Mundo: Santo Domingo. Nadie, en realidad, se ha atrevido contra ella; sus defensas parecen inexpugnables. Cuando allí se sabe que se acerca la flota de Drake, hunden los españoles dos barcos a la entrada del puerto, cerrándole prácticamente la boca. Y los artilleros no apartan el ojo de ese punto. Drake sabe que tomar una ciudad amurallada haciendo frente con las naves no es posible. Es ampararse con escudo de tablas contra balas de cañón. En la noche, desembarca su ejército en una playa lejos de la ciudad. Cuando los buques se presentan ante las baterías, y sobre ellos van a descargar los artilleros, caen de sorpresa, por detrás, los infantes, y en un dos por tres Santo Domingo queda entre el puño de Drake. Vuelan las monjitas a esconderse en los montes y a vivir como pájaros asustados. Huyen doncellas y casadas, sin tiempo para calzarse, mientras tambores y trompetas de Drake cantan victoria por las calles hasta desembocar en la plaza. Los propios cañones que Drake había robado en Santiago ayudan ahora para sembrar espanto.

Santo Domingo, sin embargo, es una desilusión desde el punto de vista del pillaje. El golpe moral es terrible: pocos afectarán tanto al rey Felipe como este. Pero la ciudad no es ya aquel foco de poder que fue en tiempos de la conquista. La gran plaza comercial, la fortaleza, están ahora en Tierra Firme: en Cartagena. Santo Domingo se ha vuelto un centro intelectual. Es como la academia de las Antillas. El papa Paulo III ha elevado a la categoría de universidad, desde 1538, el colegio que los dominicos fundaron en 1510,

y que ahora goza de los mismos privilegios de las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. También se da la misma categoría, en 1540, al estudio que había fundado años antes Hernando de Gorjón. Son estas las dos primeras universidades que se fundan en el Nuevo Mundo. Uno de los primeros obispos que allí llega es Alessandro Geraldini: humanista italiano, que hermana con Pietro Martire y Lucio Siculo como los portadores del Renacimiento en el mundo español. Geraldini ha cantado la construcción de la catedral en versos sáficos, adónicos, los primeros en latín que se escribían quizás en América. Cuando Drake entra en Santo Domingo, los capitanes de los ejércitos españoles son todos letrados: le hablan a usted en buen latín; no saben prender la mecha de un arcabuz. He aquí los nombres de los cuatro capitanes: el licenciado Fernández de Mercado, el licenciado Villafañe, el licenciado Aliago, el licenciado Acero. Como si a Drake pudiera contenérsele con hojas de papel. Los soldados se riegan por las casas en busca de botín. No hay nada. Ropas finas, muebles, como los de las casas grandes de España, pero ni siquiera una vajilla de plata. Para el calor de los trópicos, prefieren los hidalgos porcelana y cristal: «¡Porquería» dicen los soldados.

Empieza a negociarse el rescate. Lo que Drake pide está fuera de toda posibilidad. Cada día que pasa, Drake pone fuego a una manzana de la ciudad, como para darles más calor a sus palabras. Sus gentes encuentran pesado el trabajo. Las casas son de mampostería y duras para que el fuego prospere: hay que ayudarse con tiros. A mediodía

no se puede con el calor. Con todo, cada veinticuatro horas hay un nuevo cuadrado de cenizas en el tablero de la ciudad. El primer día, Drake manda su mensaje con un negrito. Para el orgullo del blanco español es una ofensa semejante emisario, y el capitán más insolente lo pasa de un lanzazo. El negrito queda con fuerzas para regresar a donde Drake y caer agonizante a sus pies. Drake toma dos frailes dominicos de los que tiene prisioneros, y con mucho aparato de cornetas y tambores los ahorca a la vista de los españoles. Cada día que pase —advierte— colgaré dos nuevos prisioneros, hasta que el oficial que alcanzó al negrito sea ejecutado por ustedes. ¿Qué hacer? Los españoles ahorcan a su propio oficial.

Los soldados siguen hurgando. A veces encuentran cofres de perlas, monedas de oro que se han arrojado a los pozos. En las iglesias el pillaje es más productivo: no queda en ellas cáliz, custodia, candelero, incensario, marco de plata. Los vasos sagrados se reservan para que vayan a decorar los aparadores de los caballeros de Londres. «*Quemamos todas las imágenes de madera, rompimos y destruimos lo mejor que encontramos en las iglesias, y cogimos mucha plata, dinero y perlas que se habían escondido en los pozos y otros sitios*».

Con gran solícitud servir deseas
a la Reina que es de la Inglaterra
¿y escupes y abominas y acoceas
a la Reina del cielo y de la tierra,
a la más alta dea de las deas,

donde la Majestad de Dios se encierra?
 Hijo de perdición y hombre perdido,
 ¿quién te privó de todo tu sentido?

Apenas logra Drake un rescate de veinticinco mil ducados. Hay que convenir en que la isla no da para más. Treinta y un días duró el forcejeo para llegar a esa suma. Treinta y una manzanas quedaron en cenizas. Drake sale para Cartagena de Indias.

Las noticias de Santo Domingo vuelan. En las islas, en Tierra Firme se sabe ya cómo ahorcó a los frailes dominicanos, y que los soldados escupían las imágenes de la Virgen, y lo del incendio, y que no dejó campana en las torres, ni cañón en las fortalezas, ni collar ni esmeraldas en los arcones familiares. En la Nueva Granada se forman lindos ejércitos de mozos, que abandonan sus familias para ir a la defensa de Cartagena. Del propio rey Felipe se reciben avisos: que estén listos, que allá va el inglés. En Cartagena, nadie lo cree en serio. ¿Vendrá el inglés? ¿No vendrá el inglés? Los curas escriben cartas: Por Dios, que estén listos, que el hombre es desvergonzado y no dejará de ofender la fortaleza del Nuevo Reino. Pero ¿será posible que rompa las defensas de la ciudad? La bahía tiene dos bocas: la Boca Chica está cerrada con una cadena; la Boca Grande defendida con fuertes cañones. En cuanto lleguen las naves, si se atreven, las parará el plomo de los cañones. Las mozas recuerdan cuando vieron al pirata la primera vez, desde las azoteas de la ciudad, y dicen: ¡que vendrá, vendrá! Y le esperan con curiosidad, con terror,

con interés. Cosas de mujeres. Se hacen rogativas, procesiones. Se oyen sermones contra el hereje. Cosas de frailes. Se hacen apuestas, y ¡voto a Dios!, ¡voto al diablo! Cosas de soldados.

¡Que ya vienen las naves!

... llevan de color de luto
flámulas, gallardetes y banderas.

Los indios siembran con puntas de flecha envenenada todos los caminos. En mulas, en canoas, por los caños, por caminos en herradura, no se oye sino la precipitada fuga de monjas, niños, mujeres, viejos, que van a salvarse en los montes —quiera Dios no les muerdan las culebras— y a ocultar cuanto tienen de riquezas en sus casas.

Los herejes son así. El asalto a Santo Domingo se dio el 1 de enero. «Para gloria de Dios y alto honor de su Reina», dice míster Mason. Ahora llegan a Cartagena el Miércoles de Ceniza. Como si de propósito quisieran ofender a Nuestro Señor. Quienes conocen a Drake saben que nunca deja de comer carne los viernes. Y cuando se sienta a la mesa —¡Dios nos libre!— jamás lo hace sin decir oraciones en inglés y leer la Biblia. Claro, la Biblia de Eduardo VI.

El pobre don Pedro Vique, que está a cargo de la defensa, hace lo que puede: levanta trinchera de piedra de vara y media de alto, monta en tierra cuatro cañones y pone espolones a dos galeras, con refuerzo de diez piezas de artillería. Trescientos arcabuceros, cien piqueros,

doscientos indios flecheros, tiene puestos en los sitios más estratégicos. Pero Drake, que es el diablo en persona, sabe más que don Pedro. Repite lo que hizo en Santo Domingo: cuando las naves llegan a Boca Grande, hace tiempo que ha desembarcado tropa en la península. El desembarco se hace a las diez de la noche más negra que se ha visto. Al primer encuentro sólo se veían los resplandores de los arcabuces. Don Pedro vuela para defender las entradas de tierra. Su fuerza es ninguna frente a los hermosos batallones de sir Francis Drake. Y luego relata don Pedro: «Salí con la espada dando bozes vitoria los enemigos: cuando estuve fuera de la trinchera envuelto ya con los enemigos volví la cara a ver si los nuestros me seguían y vilos que en lugar de seguir la victoria habían vuelto las espaldas e iban huyendo a rienda suelta». Entre los soldados españoles sólo se oyó una voz que dijo: «¡Retirar, caballeros!». Todos la obedecieron. Escribe don Pedro al rey, aún airado: «Es una vergüenza, pero tuve los más pusilánimes vasallos».

Tras haberse tomado la joya de la tradición española, ahora tiene Drake la más fuerte ciudad de Tierra Firme. Sólo comete un error imperdonable, al decir de un historiador inglés: no haberse quedado allí y haber clavado para siempre la bandera británica sobre los castillos y murallas de Tierra Firme. Pero no, él tiene que arrebatarse el oro y llevárselo a su reina; la conoce. Drake no se pliega a discutir con nadie menos que con el gobernador y el obispo para lo del rescate. Cuando llegan, les recibe afable y cordial:

y acerca del tomar de los asientos
hubo muy cortesanos cumplimientos.

Aspira Drake a un millón de ducados por rescate. Si no los dan, fuego a la ciudad. La suma es desproporcionada. Drake razona: «Fijaos bien que no he tenido pillaje, como lo hubo en Santo Domingo, y que ésta es la capital de Tierra Firme...». Y es la verdad: tiempo tuvieron los españoles para que en la ciudad no quedara sino alguna botija de vino, aceite, hierro y jabón, que no se pudo poner en cobro. Las riquezas están enterradas en los montes. La discusión sobre el rescate se alarga. Hay días en que Drake pierde la paciencia. Registrando las gavetas del gobernador ha encontrado una cédula del rey de España donde se le llama corsario. Esto no puede tolerarlo. «Algún día — dice — me he de ver cara a cara con el rey y lo desmentiré por la barba y tomaré satisfacción por mis manos». Un mes dura el debate. Ya Drake ha empezado a incendiar manzanas y de la catedral lleva quemados tres arcos. Al fin se conviene en 110.000 ducados. De todo va entregando recibos, escritos en latín, que el gobernador guarda en sus archivos. El cura de Tunja dice:

Y aún hubo después otras adiciones,
fraudes y socialinas de ladrones...
Y con la artillería los tomados
serían 400.000 ducados...

Hay ya mil razones para que España e Inglaterra se lancen a las armas. Pero a todas se suma una que es definitiva: María Estuardo, que ha pasado veinte años de su vida en la cárcel, pierde la cabeza y no porque se vuelva loca en medio de tanto protestante, sino porque en el castillo de Fotheringay el verdugo se la arranca de los hombros. El deán de Peterborough exhorta a María para que cambie de fe momentos antes de que la ejecuten y empieza un discurso: «La mano de la muerte está sobre vuestra cabeza, y el hacha puesta sobre la raíz del árbol...». «Os ruego, maestro deán —interrumpe María—, no me mortifiquéis; no os quiero oír; estoy firme en mi fe católica romana». Cuando el hacha se descarga brutal, no queda nada que una el cuerpo de la Inglaterra protestante al de la España católica. En los astilleros de España no se descansa: las naves de la Invencible van construyéndose una tras otra. A Inglaterra le convendría prepararse para la defensa, pero la reina piensa toda una noche antes de autorizar el gasto de un penique. El único que encuentra una solución es sir Francis Drake: meterse al puerto de Cádiz y quemar las naves al rey Felipe. Cádiz no ha de ser más difícil que Cartagena, ni el Mediterráneo más bravo que el Caribe. Y entra al puerto de Cádiz, quema las naves, roba los depósitos, y con un viento gentil sale por la boca del puerto como si no hubiera hecho nada. Es la mayor sorpresa que se ha dado a potencia alguna en el mundo. El almirante español enferma y muere de pena. Felipe tiene que esperar un año para repararse del golpe y rehacer su escuadra. Dice la historia que Drake le tiró allí las barbas al rey Felipe, como

lo había prometido en Cartagena, y de paso rompió las narices al almirante Santa Cruz. Pero, además, atrapa de regreso una nave portuguesa: el San Felipe. Para el destino de Inglaterra no se sabe qué es más decisivo: si lo de Cádiz o lo de esta nave. El San Felipe está cargado de especias, sedas, monedas, negros: viene de Oriente. En los papeles del capitán encuentra Drake toda la clave del comercio de Portugal con el Oriente. De ahí sale el plan para organizar la Compañía Inglesa de las Indias Orientales; es decir, el Imperio Británico. «Hay que preguntarse si, sin Drake, hubiera podido jamás la corona imperial de la India ceñir las sienes de la reina Victoria».

Pasa un año. Se acerca el momento en que hay que decidir quién tiene el señorío de los mares. La Invencible Armada se mueve hacia Inglaterra. La comanda el duque de Medina Sidonia. Es un caballero que se marea de subir a un barco, que no distingue entre una chalupa y una carabela. En vano quiso eludir la responsabilidad. Felipe declaró: «Estas no son cosas de los hombres sino de Dios: quien llevará nuestras naves a la victoria sobre el protestante no sois vos, señor duque, que es Dios». Inglaterra, en cambio, aprovecha a sus almirantes graduados en las Antillas. A la cabeza está lord Howard, y luego, como vicealmirante, sir Francis Drake, y como subalmirante, John Hawkins. El triunfo, sin embargo, es más cosa de la buena suerte para Inglaterra. La reina no ha querido empeñar sus dineros en equipar la flota: en apuros se ven los almirantes para alimentar la tropa. La mayor parte de los buques son de los burgueses de Plymouth, de los burgueses de Londres.

Cuando ya se acercan los barcos de España, lord Howard y Drake están jugando a los bolos. De pronto llega un centinela con una noticia que deja a todos mudos: «Se vinieron encima las naves de España». Drake tiene la pelota en la mano, y a él se vuelven todos los ojos. «No haya afán, caballeros, que para vencer a España sobra tiempo; acabemos el juego». Y tira la bola. Pasa la batalla. El prisionero de más categoría es don Pedro Valdés. Queda en manos de Drake, que lo tiene en su casa con muchas gentilezas. Acaba don Pedro pintándole un hermoso retrato, que queda decorando los muros de la mansión de sir Francis. En las iglesias de toda Inglaterra se canta a gloria por el triunfo sobre la Invencible Armada. En San Pablo cuelgan del techo, por años, banderas y trofeos: los mejores son los que ha tomado la mano vivaz de Drake.

Si las canciones de cuna que hicieron soñar de niño a Drake fueron las de las olas que mecían las barcas en Plymouth, la canción de su juventud, la que maduró su vida, está en los vientos del mar Caribe. Es ahí donde su genio suelto ha aprendido todas las insolencias, donde ha sabido cómo los reveses se vengán con audacias: bandido, navegante, guerrero, pirata, político, todo lo ha sacado de ese mar salvaje. Y mirando al Caribe, se embarca ahora para el viaje del cual no se regresa. La expedición es enorme: 27 velas, 2.500 hombres. La reina ha dado el mando a Francis Drake y John Hawkins; desde San Juan de Ulúa no se veían juntos los dos primos camino de su mar. «Dios los crió, el diablo los junta», dicen los españoles. Drake, como siempre, está por la audacia. Hawkins, como siempre, o

más que nunca, por la prudencia. En Guadalupe empieza Hawkins a demorar la marcha, y allí pierden una nave que les atrapa los españoles. Otra llega casi deshecha. Mal principio. Los españoles ponen en tormento a los de la nave cazada y lo confiesan todo: las naves van con Drake y asaltarán a Puerto Rico. Y mientras Hawkins sigue demorando, en Puerto Rico se perfeccionan las defensas. Drake ha enseñado a los españoles a estar advertidos. El primer intento de los ingleses les es fatal. Una bala de cañón da en el propio camarote de Drake, mata a uno de sus mejores amigos, hiere a otro. Lo peor es que Hawkins se siente morir, y muere, tenía que morir en el Caribe. Sus últimas palabras son para la reina, y tiene amargura: anuncia la catástrofe del viaje y deja a la reina dos mil libras, por lo que perderá ella en la empresa. El viejo cree que así dejará en ella buena memoria. No hay manera de detenerse en funerales. Drake intenta un segundo asalto. Los españoles han cegado todas las entradas, el comandante de la plaza es rápido y adivina los pensamientos de Drake: por donde Drake avanza, le salen violentos los españoles. Pierde mucha gente. No hay caso. Se acabaron los tiempos de don Pedro Vique. Y Drake tiene que abandonar la plaza sin sacar un escudo, dejando mucho muerto. En Río Hacha no encuentra nada. En todas partes se sabe que llega Drake y están los pueblos desiertos. Baskerville, oficial inglés, anda millas a la redonda, incendiando caseríos. Río Hacha queda en cenizas. En Ranchería les va menos mal: las perlas que coge Drake dicen que pagan los gastos de la armada. Pero no hay rescate. Santa Marta, desierta.

A Cartagena no se atreven. Y los barcos del rey de España, que esta vez sí son muchos, están rodeándolo a distancia, acorralándolo. No se atreven, pero ahí están. Nombre de Dios no es la sombra de lo que fue. No encuentra nada: la incendia. Baskerville se va por tierra con las tropas de asalto de Panamá; viene la tormenta, se le moja la pólvora, le sale el ejército español, y encuentra que el único camino de salvación es girar sobre sus talones. Este es el melancólico desarrollo de la última expedición. Drake sabe que no puede volver a Inglaterra con las manos vacías. Ni sus servicios en la toma de Cádiz, ni los que prestó cuando el ataque a la isla de la Invencible Armada se le han recompensado realmente. La reina se asusta con sus audacias y con ella son muchos los que querrían menos violencias. Drake ha pasado ya meses de escaso favor en la Corte por estos motivos. Lo único que le salva es llegar triunfante, con los buques repletos de oro. Ahora no tiene nada, y la gente se está muriendo de disentería. Él mismo siente ya el mal. Disimula y dice: «Vamos a Trujillo, en Honduras, y veréis que allí sacaremos lo que nos hemos soñado». Drake sigue siendo Drake. Los jóvenes acogen la idea con gritos de júbilo. Drake entra en su camarote, y ve que la muerte le está rondando. Y, como a Hawkins, se lo lleva. Los mozos, los veteranos, se miran aterrados. Cuando el cadáver, bien metido en su caja, se arroja al mar de Drake, los cañonazos que le despiden de este mundo resuenan en la cabeza de cada tripulante como en una caverna. La única claridad es la que se hunde en el mar. Todos los demás son sombras que regresan espantados a Inglaterra. Por las islas

del Caribe, por Tierra Firme, salta la noticia como vuelo de campanas. ¡Que le envenenaron, que le envenenaron! Lope de Vega le dedica este epitafio:

En sepultura de animales rudos,
y de Jerusalem la puerta afuera,
que no en su templo con trofeos y escudos,
quedarás para siempre bestia fiera:
¡qué bien te llorarán los peces mudos!
que roen en el fondo tu litera,
al lastre mismo de las tablas presos,
para gustar tus miserables huesos.

Lope de Vega escribe un larguísimo poema para celebrar la muerte de Drake. Se publica con un soneto laudatorio de Miguel de Cervantes y carta de introducción de don Francisco Borja. El poema se titula *La Dragontea*, y Lope aclara: «Todas las veces que hallare este nombre *dragón*, y lo que por él dice, se ha de entender por la persona de Francisco Drake». Pasan doscientos, trescientos, casi cuatrocientos años, y la sombra del pirata seguirán viéndola como fantasma sangriento las gentes del Caribe. En Venezuela para callar a los niños, les dirán: «Estaos formales, que viene el inglés, que viene Drake y os comerá». Temblorosos, dejarán los niños de llorar. «Te prometo, mamita, que voy a estar formal, pero no llares al inglés». Los niños de Offenburg, en Alemania, pensarán de otro modo. Allí se levantará una estatua con esta descripción: «A sir Francis Drake, que introdujo a Europa la papa. A. D. 1586». Y los niños del

ario país tendrán a sir Francis como a un san Nicolás, y en momentos de ternura dirán a sus madres: «Mamita, yo voy a ser tan bueno como el viejito Drake, que se fue a América para traernos la papa». En las escuelas del Caribe se enseñará que por allá en el siglo XVI había un bandido —Drake— que se divertía colgando frailes en la horca y escupiendo imágenes de la Virgen; los niños se santiguarán con horror. Y si de pronto van a Inglaterra «eso le ocurrió al autor de este libro—, se quedarán de una pieza porque lo primero que les mostrarán en Londres es una mesa «donde la reina Isabel se honró comiendo con Drake». Todo esto es interesante porque enseña cómo la historia es de dos colores. Todo depende del lado de la cerca de donde se mire.

El padre Simón, al escribir la historia de Drake, encuentra una aplicación para sus triunfos. «Si consideramos a lo bautizado estos sucesos, podemos decir fueron como cuando el padre castiga con palo las travesuras de su hijo, y después echa en el fuego el palo, que siendo el palo el Francisco Drake, con que Dios quiso justísimamente castigar los excesos de sus cristianos que vivían con descuidos, despachó este palo al infierno, quedando ellos mejorados en la enmienda, aunque llorando la pequeña falta de lo que el enemigo les robó en ocasiones que fue como quitarles Dios a ellos el oro y la plata y echarlos en el muladar inglés, para que fiasen los católicos más en Él que en las riquezas; todo este discurso y el consuelo cristiano que de él puede salir, lo hallaremos mejor dicho que nosotros no podemos moralizar, en el capítulo VI, libro 2.º de los Macabeos, que dice así...».

Por su parte, Drake se consideró el brazo armado de Dios para castigar los pueblos a donde los españoles habían llevado la «venenosa infección del papa». Las que siguen son palabras suyas tomadas de *The World Encompassed*: «No hay ciudad como Lima, Panamá o México, no hay pueblo ni caserío, no hay casa en estas provincias que no esté corrompida con todos los pecados de Sodoma. El papa y sus obispos anticristianos, valiéndose de sus inmorales medios, trabajan con dientes y uñas para cubrir de oscuridad la luz del Evangelio; en esta ciudad de Lima, no dos meses antes de nuestra llegada, hubo ciertas personas, en número de doce, que fueron aprehendidas, interrogadas y condenadas por profesar el Evangelio; de estas, seis fueron puestas en la hoguera y quemadas; el resto esperan en la prisión beber la misma copa dentro de pocos días».

Y sigue el relato de Drake de esta manera:

«Finalmente, tuvimos noticia de cierta rica nave, que cargada de oro y plata iba para Panamá, y nos fuimos tras ella...», se refiere Drake a la aventura de Cacafuego, donde pilló el prendedor de esmeraldas que regaló a la reina Isabel.

Elizabeth was two years and eighth months old when her mother was executed. Neither shame nor resentment are like a canker at her pride...Nor did the scaffold matter seriously: it was an instrument of state to which the great families of the age paid tribute in turn. A Mantuan, describing England in the middle of the Century, remarked that «many persons, members of whose families have been hanged and quartered, are accustomed to boast of it» Lately, a foreigner, having asked one English Captain if anyone of his family had been hanged and quartered, was answered, «Not that he knew of». Another Englishman whispered to the foreigner. «Don't be surprised, for he is not a gentleman».

J. E. NEALE

▪ EL DORADO, PRINCIPIO Y FIN DEL SIGLO DE ORO

CUANDO EL SIGLO XVI EMPIEZA, y se desbocan por los montes los conquistadores como almas que lleva el diablo, El Dorado es la espuela que los agujijonea. Tras un supuesto cacique que iba a baño empolvado de oro, españoles y alemanes corrieron por las tierras del Ecuador, de Colombia, de Venezuela, cruzaron selvas y desiertos, valles ardientes y cimas heladas. Se encontraron todos en el supuesto término de sus jornadas: la sabana de Bogotá, donde no hay minas de oro, y sólo vive un pueblo de campesinos, que siembran papas, hacen ollas de barro, tejen mantas de algodón y sacan, de las entrañas de un monte, sal. El oro que tenían había sido ganado a trueque con otras naciones a donde ellos llevaban sus canastadas de sal, sus mantas de algodón. El Dorado seguía siendo un fantasma huidizo. Los conquistadores le volvieron las espaldas. Buscaron nuevas aventuras. Sólo uno siguió pensando en la quimera: don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Jiménez de Quesada llegó a la sabana de Bogotá el primero. Él hizo la conquista, fundó la ciudad a nombre del

emperador Carlos v, inventó el Nuevo Reino de Granada, en las tierras que luego llevarían el nombre de Colombia. Entonces —esto ocurría en 1538— Quesada no llegaba a los cuarenta años: iba por la edad del siglo. Era elocuente, garboso, manirroto. Tenía sus ideas. Volvió a España, anduvo por Italia, escribió libros de historia, crónicas de sus viajes. Pero su mente andaba divertida. Seguía pensando en El Dorado. Le hicieron adelantado, mariscal. Regresó a América. Fue gobernador de Cartagena. Pero su amor no estaba en las playas del mar. Quería las altas llanuras, la tierra adentro, ese interior fantástico donde encontró una mina de esmeraldas. Y pensaba en su quimera.

Y volvió a Bogotá. Por las calles empinadas, que trepan los cerros, tiradas a cordel, se le ve subir callado. La que fue barba de azabache, ahora es gris con toques de nieve. Lleva más de sesenta años sobre las espaldas. Las piernas, trabajosas. Además, le ocurre lo que a los jinetes, que siendo tan gentiles sobre el caballo, se mueven torpes andando con sus propios remos. El mariscal es afable, político. Con voz llena y aplomo arregla diferencias entre hidalgos y oidores de la Real Audiencia. Ya no dice fanfarronadas ni tira el dinero en las tabernas como cuando llevaba sobre los hombros aquellos cuarenta años gentiles, más livianos y airosos que capa cordobesa. En la silla frailuna, en su casa, solitario porque no tiene familia en estos reinos, lee, escribe sermones. La fantasía no se aparta de su frente.

Un día, no puede más: pide la conquista de El Dorado. Es la herencia que quiere dejar a su hijo. Allá, tras los montes que se tiñen de oro con el alba, que de oro se envuelven

en el crepúsculo, en los llanos apenas explorados, tiene que haber tierras tan ricas como el Perú, como México. Más de media América está al oriente de los Andes, desplegada en llanuras que son una infinita bandera de esmeralda. ¿Qué habrá en esas selvas? ¿Qué arrastrarán las aguas de los mil ríos que se descuelgan de los montes para entregarse al Orinoco, al Amazonas, donde está el misterio, quizás el destino del Nuevo Mundo? Ese es el país de El Dorado. Jiménez de Quesada quiere morir Quijote de El Dorado, Caballero de El Dorado. Y como hizo hace treinta años la conquista del Nuevo Reino, y como todos le respetan y suponen que lleva algo en la cabeza, se la dan. Tienen ellos —y el mariscal la tiene— una digna reserva que semeja la cortina de discreción con que debería recatarse pudorosa la cordura. Y tras este loco perdido, alistan sus caballos, sus jumentos, sus puercos, sus gallinas, sus indios, sus esclavos todos los Sanchos del Nuevo Reino de Granada.

Es emocionante ver a esta muchedumbre poseída de esperanzas, que se arremolina tras el viejo, pensando que las manos se les van a hundir, hasta los codos, en arenas de oro. No van solos los soldados, como en los días de las primeras exploraciones: familias enteras, con niños de pecho, con todas las miserias e ilusiones del hogar, con calderos ahumados, con canciones transparentes, trepan por los montes, camino del oriente. Es un pueblo en

marcha: una emigración de ilusos. Las mujeres miran en las noches heladas los claros luceros. Los hombres sueltan desde el alba la clarinada de sus palabrotas indecentes. Los indios alistan las cargas y las echan sobre sus espaldas. Los negros tiemblan de frío. Por los desfiladeros del páramo se oye el confuso tropel de los caballos y las gentes, el gruñido del hato de puercos y hasta el silencio del mariscal. Cuando doblan las más altas cimas, ante los ojos del pueblo hambriento se despliega la llanura sin límite del oriente. Dibujados en vidrios, hilos de ríos que van al Orinoco. En un silencio de alegría quedan suspensos los ojos, las mentes. Son gentes románticas. El mariscal sonrío por detrás de su grave continente, como sonrío el abuelo ante la cuna del recién nacido.

Al final, es el desastre. El hambre, la muerte, cuchillos asesinos que quisieran clavarse en las espaldas del propio mariscal. Y así, hasta que se comen la carne del último caballo, y del inmenso gentío sólo regresan dos puñaditos de gentes, que llegan a Santafé de Bogotá para entregarle su alma a Dios. El Dorado ha sido el engaño que inventaron los indios para deshacerse de los españoles: ya habían anunciado los cronistas maliciosos, y en Santafé lo han visto todas las gentes que tienen dos dedos de frente. ¡Con lo fácil que es demostrar estos axiomas cuando todo ha pasado y sólo queda el balance miserable del fracaso! Jiménez de Quesada está más que viejo. Apenas si puede moverse de su sillón. La piel se le cae en pedazos, ulcerada. Ha perdido su hacienda. En fin... sigue pensando en El Dorado. Con él es inútil: cuanto más viejo más aferrado, más iluso. Se

acerca a los ochenta años y vuelve a las guerras. Dirige ejércitos llevado en andas por los soldados, y así gana los últimos combates de su vida. Cuando llega el momento de liquidar cuentas y pasar a la otra vida, dice: «Creo en la resurrección de los muertos». Y deja a su sobrina, a la buena María de Oruña, hija de Andrea Jiménez de Quesada, que vive en España, una sola herencia: el sueño de El Dorado. En cuanto a los libros, que se los lleven a la biblioteca de un convento.

Cuando María de Oruña recibe la noticia de ese tío fantástico que ha muerto en las montañas de América, donde los montes tienen entrañas de sal y esmeraldas, no vacila: «Antonio —dice a su marido, el capitán Antonio de Berrío—, debemos ir por la herencia del tío Gonzalo: pedir la gobernación de El Dorado». Y a la Corte van el capitán Antonio de Berrío y María de Oruña: son del mismo barro y alma de Jiménez de Quesada: locos perdidos. Antonio ha sido de los jinetes que en la guerra contra los moriscos de Granada se han hecho sentir hasta ajusticiar a un rey moro; ha peleado en Italia, en Flandes, en Lombardía, ha sido capitán de infanterías y caballos, cabo de fortalezas: en una palabra, soldado del rey. El rey le nombra general de El Dorado, gobernador de la Guayana. Cuando pasa a este lado del mar, queda cautivo de las bellezas del Orinoco. Le enseña esas aguas a su hijo: «Vuestras serán». En la isla de Trinidad funda la ciudad de San José de Oruña. Luego, sobre las márgenes del Orinoco, Santo Tomé. Son dos, tres, cuatro años en que el gobernador va modelando una pequeña república a su antojo. Y en tanto,

el oído alerta, va oyendo lo que necesita: dónde queda El Dorado...

Cuentan que la ciudad de Manao, capital de El Dorado, está a orillas de un lago: el Parima. Al fondo, el cerro resplandeciente de oro. La ciudad es la más grande de cuantas hayan levantado los indios en América. La fábula va convirtiéndose en una realidad. Don Antonio envía, con Domingo de Vera, detalles a la Corte de Castilla. En Toledo, en la Mancha, en Extremadura, hay un revuelo de hidalgos que quieren venir a mezclarse en la conquista de El Dorado: lo mismo que los cándidos santafereños lo hicieron tras de Jiménez de Quesada. Domingo de Vera les muestra chagualas y orejeras de oro que ha traído como muestra de lo que en la Guayana se coge a manotadas. Soldados viejos, mayorazgos, gente noble, un hijo del presidente del Real Consejo de Indias, piden su puesto en las filas. Los casados venden sus haciendas y oficios y entran a las naves con mujeres y sus hijos. Más de dos mil personas se embarcan, y así llegan a la isla de Trinidad y a la Guayana.

Se repite la historia. Vienen a buscar la hermosa ciudad de Manao y encuentran selva y pantanos, y hambre y pestes. Niguas y gusanos devoran vivos a los hombres: en la noche, unos grillos roedores les arrancan a pedazos orejas y narices, sin que las víctimas tengan alientos para dar un quejido. También a Berrío intentan coserle a puñaladas. En la sombra, los frailes detienen las manos homicidas. Hay día, en esta minúscula colonia, en que se arrojan catorce muertos al hoyo. Sobre enfermos y llagados la cargan los indios con garrotes y macanas. Así es El Dorado.

El capitán Berrío es el español que sabe batirse en la adversidad. Lo sostienen la tozudez y la ilusión. Cuentan que Jiménez de Quesada no le señaló otra misión en la vida sino la de conquistar El Dorado. Berrío, al casar con María de Oruña, casó con la Quimera. Pero lo curioso es que en esta Guayana de El Dorado —que no es sino un infierno verde—, Berrío viene a encontrarse con un inglés que está poseído de la misma locura. Es un hijo del condado de Devon —la patria de Hawkins y Drake—, pero no un aventurero sino un caballero, y de los más resplandecientes de la Corte. Ha sido educado en Oxford, tiene la más fina inteligencia, sus poemas figuran en las antologías, sus discursos quedarán entre los más famosos que se hayan pronunciado en el mundo, su gran libro de historia es uno de los monumentos de esta época isabelina. Además, es hermoso, gallardo, buen soldado. Con sus grandes ojos profundos, el rostro alargado, la ancha frente, los dedos largos y finos de la mano cortesana, tal como se le verá en el retrato de la National Gallery, el Greco hubiera podido escogerlo para uno de los caballeros del entierro inmortal. Es sir Walter Raleigh. La reina tomó el corazón de Raleigh y lo pesó en la balanza de sus afectos. La balanza estuvo indecisa entre Raleigh y Essex. Amoroso problema sutil, donde está toda la leyenda romántica de la reina solterona.

A los diecisiete años, Raleigh se mezcla a un ejército de voluntarios. Va a pelear a Francia, con los hugonotes, contra los católicos. En la apasionada guerra religiosa, el muchacho se juega la vida en cada jornada, durante cuatro años de luchas. Regresa a Londres con gloria de rudo

soldado, pero como es fino, se va al Middle Temple. Allí, en otros siglos, se iniciaban los caballeros: ahora, bajo las blancas pelucas de los jueces, la juventud se inclina a penetrar el laberinto de las leyes. Pero Raleigh no estudia leyes: lee libros de historia, y los de España en lengua de Castilla. Conoce el Nuevo Mundo a través de las fantásticas relaciones de los cronistas. Drake supo que España era el enemigo porque se lo indicó el olfato marino; Raleigh vio eso mismo transitando por el camino de las letras. Sólo concede cinco horas al sueño y al descanso: el resto de sus vigilias y sus días lo pasa revolviendo libros. Hasta que la atracción de la guerra le llama de nuevo al campo de batalla.

Inglaterra no combate de frente a España: ayuda a los rebeldes de los Países Bajos. Felipe II no combate de frente a Inglaterra: ayuda a los rebeldes de Irlanda. Las banderas son religiosas, políticas, económicas: tornasoles. Por cualquier lado por donde se las mire muestran un nuevo color que proclama la rivalidad de los dos reinos. Y Raleigh sale a combatir a España en los Países Bajos, con tropas del príncipe de Orange. Es una breve experiencia. Pronto hay otra empresa que le atrae más: la de sir Humphrey Gilbert. Sir Humphrey es medio hermano suyo, y es el primero que piensa en la conquista de América para Inglaterra. No sueña él en contrabandos, asaltos ni rapiñas, sino en clavar tranquilamente la bandera de la reina para que flote sobre las tierras del Nuevo Mundo. Piensa también —como Pantagruel— buscar el paso hacia Oriente, no por las Antillas sino por el norte. La reina le ha dado un privilegio por seis años. Humphrey y Raleigh arman las

flotas una y otra vez, pero vientos adversarios las detienen. El siglo XVI está en el corazón de una rosa: la rosa de los vientos. Los caminos del mar se hacen a trapo. Lo único que el hombre puede hacer es arrodillarse y pedir a Dios un buen viento, sir Humphrey nunca lo consigue. Raleigh lo intentará de nuevo. Pero, en el momento, hay un campo más apremiante en donde también se puede combatir a España y a los católicos: Irlanda. En Irlanda también ha luchado sir Humphrey Gilbert, y ha dejado algunas enseñanzas para Raleigh. Cuando era allí gobernador de Munster y triunfó sobre los rebeldes, sólo quiso tratar con los vencidos haciéndoles llegar hasta su tienda entre una doble fila de palos de donde colgaban cabezas de sus enemigos.

Felipe ha enviado tropas de España para alentar a los rebeldes irlandeses. Raleigh va a la pelea con los ejércitos que manda el conde de Ormond. El conde toma un día preso al alcalde de Youghal: lo ahorca colgándolo del techo de su propia casa. Los rebeldes luchan bajo las banderas de los condes de Desmond: James Desmond cae en las manos de Raleigh, que lo juzga, lo condena y hace cuartos. La cabeza y las piernas se ponen como ornamento a la entrada de la ciudad de Cork. Los campos de Irlanda quedan asolados, las ciudades en cenizas. En el aire, el adorno de las horcas. En la fortaleza de Carrig-a-Flyle, cincuenta irlandeses y diecinueve españoles, mandados por un italiano —también el papa ha puesto su óbolo en las luchas de Irlanda—, tienen que rendirse: a todos se les cuelga.

Raleigh se encumbra. Es uno de los héroes de la guerra de Irlanda, que ha tomado castillos y acuchillado católicos,

sin costo para la reina. Ahora es amigo del poeta Edmund Spenser. Leicester lo presenta en la Corte. Ser un buen soldado protestante, que pueda escribir un lindo soneto y ser joven y hermoso, es lo mejor que pueda ofrecerse a la Corte renacentista de la reina Isabel. El favorito empieza su carrera de cortesano con un gesto galante. Camina la reina un día por sus jardines y se detiene en un charco: Raleigh se quita de los hombros su espléndida capa de Corte y la tiende sobre el lodo: para la reina. Raleigh trepa. Sobre su cabeza empiezan a acumularse títulos, distinciones. De las tierras de que se despoja a los católicos de Irlanda, 12.000 acres son para él. Los nobles están celosos. Leicester mismo, que le llevó a la Corte, introduce ahora a un joven que enseguida vuelve la balanza a su equilibrio normal: es Roberto Devereaux, conde de Essex. Cuando el De Essex tiene 20 años, Raleigh tiene 35; la reina 53. Triunfa la juventud. Raleigh, que es capitán de la guardia, alcanza a oír, tras de la puerta, las risotadas y regocijos del joven y la reina, amenizadas con músicas y juegos. Essex nunca regresa a su casa sino cuando ya cantan los pajarillos del alba.

Pero Raleigh ve las cosas que están más allá de la Corte. Vuelve a pensar en la conquista de América. Se entiende con Drake. Obtiene de la reina un privilegio para conquistar esas tierras bárbaras y remotas del Nuevo Mundo que no pertenecen a ningún otro príncipe cristiano. Proyecta un asalto a Panamá. Gasta cuarenta mil libras de su propia fortuna promoviendo la primera gran colonización de la América del Norte, que para honrar a la reina virgen, llama Virginia. Sigue siendo el mismo caballero galante.

De Virginia, sin embargo, trae sir Walter un vicio sucio, que Isabel encuentra detestable: el tabaco. Pero, como la vida es irónica, el tabaco se impone en la vida, y si a la vuelta de unos siglos volviera la reina a esta vida y visitara su Corte, encontraría a la gente hablando del «tabaco de Virginia» como si fuese su propio tabaco.

Pero sir Walter Raleigh, inventor de Virginia, comete un día el mayor escándalo que en esta Corte pueda cometerse. Ya un historiador, y todos, lo dirán: «En la corte de Isabel, amar a una persona que no sea la reina es sacrílega blasfemia». Todo el mundo le tiembla. Nadie se atreve a confesarle que está enamorado de otra persona. Pasan los idilios en íntimo secreto. Cuando Essex se casa, hay tempestad en palacio que dura semanas. Pero Raleigh incurre en lo peor: enamora a una de las damas de la reina. Cuando ya no hay remedio, se casa en secreto. Llega un momento en que lo inevitable ocurre, en que todo se sabe, y la reina no vacila: «A la Torre con sir Walter y su dama». Desde la prisión, sir Walter escribe las más amorosas cartas a Isabel: románticas hasta más no poder y de una doblez que, si no fuera cortesana, sería imposible concebir. De pronto, encuentra una salida: invoca El Dorado.

Si la reina lo permite, si le deja salir de la Torre, irá a la Guayana y traerá las riquezas que Pizarro no cogió en el Perú. Ya los españoles de Jiménez de Quesada están sobre la pista: Antonio Berrío anda buscándolo: en una nave española, que agarra el capitán George Popham, se encuentra toda una correspondencia sobre «el Nuevo Dorado». La literatura que Raleigh leyó en el Middle

Temple se convierte en un castillo resplandeciente que levanta y decora su imaginación. Para él es obvio que a la Guayana fueron a refugiarse, con todos sus tesoros, los descendientes de los incas. Hay una ciudad enorme, la más grande del Nuevo Mundo —Manao—, donde aún gobiernan los descendientes de Atahualpa. Inglaterra apenas ha podido darse cuenta del oro que sacó a aquel reinicillo de Castilla de su miserable oscuridad para encumbrarlo sobre todos los de Europa. Los ingleses no han leído las historias de la conquista. Raleigh las cita todas. Muestra, como ejemplo, aquel párrafo en que López de Gómara habla del palacio de Huayna Cápac, antecesor directo del inca de Manao, que dice así: «Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y plata, y cuando menos de plata y cobre por más recio. Tenía en su recámara estatuas huecas de oro que parecían gigantes, y las figuras al propio tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cría la mar y aguas de sus reinos. Tenía así mismo sogas, costales, cestas y trojes de oro y plata, rimeros de palos de oro, que pareciesen leña raída para quemar. En fin, no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha; y aun dicen que tenían los incas un vergel en una isla cerca de la Puna donde se iban a holgar cuando querían mar, que tenía la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata, y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Huáscar, ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban a España».

Raleigh es más crédulo, más iluso, o —¿por qué no decirlo?— más loco que Jiménez de Quesada, que María,

su sobrina, y que el capitán Berrío juntos. No sólo cree las fantasías de López de Gómara sino que dice: No, el oro no se perdió; está en la Guayana, en Manao. Lo han ido a buscar Orellana, Ordaz, Aguirre el tirano. Juan Martínez llegó hasta la propia ciudad de Manao: siete meses estuvo en ella y no alcanzó a recorrerla toda. En trance de muerte, se lo contó todo al confesor en Santo Domingo, y para salvar su alma le entregó un calabozo lleno de pepas de oro traídas de allí...

La historia es perfecta. Las puertas de la cárcel se abren. En Londres las gentes son del mismo barro que en Sevilla: todos quieren meterse en las naves de Raleigh. Y así llegan los racimos ingleses a la isla de Trinidad. Berrío, en la Guayana, ha tenido aviso y se apresta a la defensa, pero Raleigh, que sabe más de guerras, una madrugada cae de improviso, mata a los guardias, prende fuego a la ciudad y Berrío, prisionero, melancólico y vencido, no tiene más remedio que contar a Raleigh cuanto sabe. Raleigh, cortesano y caballero, le sienta a su mesa y se alista para ir a El Dorado. Berrío, sencillo y honesto —hace doce años que está en la empresa—, relata a Raleigh los trabajos que tendrá subiendo por el Orinoco. Pero Raleigh no puede retroceder, ni presentarse ante la reina con las manos vacías para que le baje la cabeza. De cuanto Berrío le dice y de cuanto él ve, compone su libro famoso: «El descubrimiento inmenso, rico y hermoso imperio de la Guayana, con una descripción de la grande y dorada ciudad de Manao (que los españoles llaman El Dorado), escrito por el Caballero sir Walter Raleigh, Capitán de la Guardia de la reina...».

Cuenta el padre Joseph Gumilla, en su *Orinoco ilustrado*, que se dio una vez a la empresa de saber por cuántas fauces desagua el Orinoco en el Caribe. Después de viajar años y tomar mil noticias, no pudiendo llegar a conclusión alguna, apeló a un práctico que llevaba quince años de vivir en una de las islas del delta. «Fui formando —dice— el borrador, según lo que yo tenía demarcado y el práctico añadía, hasta que apuntadas ya treinta bocas por sus nombres, protestó que no sabía más; por esta causa ni mi plan ni el de mapista alguno es ni puede ser puntual en la individualización de las bocas: unos afirman que son cuarenta, otros que cincuenta y cinco, muchos que sesenta: todo es adivinar...». Así es el Orinoco. Con sus bocas y sus islas por escudo, guardará su misterio por siglos. Millas y millas afuera, en el mar, impone sus corrientes. Las naves se ven perdidas en esta enorme mano de sus aguas encontradas, que hacen ahí del Caribe un mar dulce y amargo. En tiempo de lluvias, el río es como un galope de caballos que rompen con pecho violento el muro de las aguas saladas. Es lo que ve el galante cortesano de Londres cuando llega a buscar un primer contacto con la América maravillosa que sólo ha conocido a través de los libros.

Raleigh, como todos los caballeros de El Dorado, sueña demasiado para ser un buen conquistador. Trata de ceñir su relato a observaciones exactas, pero encuentra siempre algo suyo en la selva, en el río, en el Nuevo Mundo, que le hace amar el árbol, el agua, la luz que tiembla entre el fuego tropical. Es cierto que no apunta en cartera sino dieciséis bocas del río, pero a los habitantes de la región,

que a primera vista le dan al padre Gumilla la impresión de diablos, Raleigh los halla tan atractivos como los vio en su tiempo Americo Vespucci. Cree que las mujeres nada tienen que envidiar en hermosura a las de Europa, de quienes sólo se diferencian por el color acanelado. De una cacica dice: «Raras veces en mi vida he visto una mujer mejor formada: era de regular estatura, ojos negros, buenas carnes, excelente porte, y el cabello tan largo como su propio cuerpo: he visto una lady en Inglaterra tan parecida a ella, que si no fuera por la diferencia del color hubiera jurado ser la misma».

Siendo tan hermosos los habitantes, no está mal pensar en la reina Isabel como la gran cacica de la Guayana. Y Raleigh escribe: «Hice entender a los indios que yo era servidor de la gran cacica del norte, una virgen con más caciques bajo su mando que hojas tienen los árboles en una isla del Orinoco...». Los indios, entonces, comienzan a hablar de la reina de Raleigh, *Azrabeta Cassipuna Aquirewana*.

¿Está claro? De este modo, el caballero de Devon coloca la pluma del indio americano como un nuevo adorno en la corona de oro de los reyes ingleses. Al hacerlo, Raleigh no advierte que el oro esta allá, y que de aquí no manda sino la pluma. Al terminar su libro pide a la reina emprenda la conquista y extienda su cacicazgo desde la Guayana hasta el fondo del país de las Amazonas, «para que esas mujeres oigan el nombre de una virgen, que no sólo es capaz defender su propio reino y los reinos vecinos, sino invadir y conquistar grandes imperios». A los caciques empieza

a halagarlos contándoles cómo los ingleses son enemigos de esos españoles que han querido reducir a los indios a servidumbre y han cometido con ellos tantas crueldades. «Nosotros los ingleses —dice— somos más poderosos». Y se pavonea contándoles cómo fue derrotada la Invencible Armada en las costas de Inglaterra.

Lo bueno del libro de Raleigh es que no hace tragedia en ninguna parte. En cuanto él entra en contacto con los indios, empieza a comer huevos de iguana y a tomar chicha. «Nunca vi país más bello, ni paisajes tan llenos de vida: colinas que se alzan aquí y allí sobre los valles, ríos que se abren en muchos brazos, praderas sin maleza todas vestidas de verdes pastos, el piso de dura arena para marchar a caballo o a pie, venados cruzándose en los senderos, aves que al atardecer cantan desde las ramas de los árboles en mil tonos diversos, cigüeñas y garzas blancas, rojas y encarnadas que se balancean a orilla de los ríos, el aire fresco con un viento gentil, y en cada piedra que nos deteníamos para recoger, señales de tener en su composición oro o plata».

No se le escapan las cosas fabulosas que pueden crear un interés entre las gentes curiosas de Inglaterra: los armadillos, cuya cola toma por un cuerno; los inmensos lagartos, que llaman caimanes; las casas construidas sobre las copas de los árboles; las piñas deliciosas; las indias que se venden a tres o cuatro hachas la pieza: los españoles hacen muy buen negocio, porque compran por tres hachuelas muchachas de 12 a 13 años, y luego las venden en la Margarita por 50 y 100 pesos. Por último —no podía faltar— habla de los

monstruos: la tribu de los Ewaipanoma, los sin cabeza, con los ojos en los hombros, la boca en la mitad del pecho y el pelo en las espaldas. Cuando Shakespeare lee estos relatos, incorpora el nuevo tipo humano en un pasaje de *Otelo*:

*Rough quarries, orcks and hills whose heads
 [touch heaven,
 It was my hint to sperk —such was the process;
 And of the Cannibals that each other eat,
 The Antropophagi, and the men whose heads
 Do grow beneath their shoulders...*

Raleigh ve que no es posible con la poca gente que lleva emprender una conquista tan enorme que pueda transformar a Inglaterra en un imperio rival del español. Por el Orinoco —piensa— se va hasta Quito, Popayán, Lima, el Nuevo Reino de Granada: todo el mapa de las colonias españolas en la América del Sur. El lago de Parima solamente, en cuyas orillas se levanta la ciudad de Manao, es tan grande como el mar Caspio. Los indios tienen entendido, por profecía, que vendrán los ingleses a arrojar de sus tierras a los españoles, y que la gran cacica del norte los gobernará con amor. Es preciso dar cumplimiento a esa profecía y que en Londres se funde una casa de contratación como la de los españoles en Sevilla. Tales son las ideas que lleva Raleigh para su viaje de regreso. Los llaneros en Venezuela cantan una copla que dice:

Quien se va al Orinoco,
si no muere, se vuelve loco.

El primer viaje de Raleigh a la Guayana es sólo una experiencia: es el anteproyecto del futuro imperio inglés que ha soñado. Para completar las informaciones, uno de sus compañeros se queda en la Guayana. Raleigh regresa, incendiando de paso a Cumaná porque no le dan provisiones. En Río Hacha y Santa María quema también unas cuantas casas hasta que obliga a los vecinos a ser más liberales. A Londres llega con el hijo de un cacique, unas plumas, muestras de minerales y unas papas. Los historiadores ingleses se dividirían en dos grandes escuelas: la de quienes dicen que fue Drake quien les llevó la papa, y la de quienes creen que fue Raleigh. La reina debe de estar pensando que el hombre a quien abrió las puertas de la Torre porque iba a descubrir El Dorado, sólo pone en sus manos un indio, unas hojas de tabaco, unas plumas y unas papas. Pero como Raleigh tiene su aureola, aunque la Corte le está vedada, vive en su casa con esplendor. Su libro se traduce al latín, al francés, al holandés. Su prestigio crece. La leyenda de El Dorado renace bajo su pluma. Se preparan nuevas expediciones.

Raleigh recobra el favor de la reina. España sigue siendo el enemigo, y él es el hombre para conducir la guerra. Hay que ir contra Cádiz como en los días de Drake. Las naves inglesas se arman, y en ellas van los dos cortesanos rivales: Raleigh y Essex. Essex viaja como un príncipe. Raleigh, con su camarote adornado de lienzos y obras de

arte. La plaza española otra vez sufre el castigo de los ingleses. Raleigh es el héroe de la jornada. En Londres, Essex, que ha sido mimado de la fortuna, declina, pero su orgullo herido le lleva hasta ser alevoso con la reina y un día —causa horror el escribirlo— toca el puño de su espada como si fuera a desenvainarla contra ella: es el principio de su fin. Raleigh, que todo lo debe a su voluntad de surgir, que está acostumbrado a ir contra viento y marea, gana cuanto Essex pierde. Essex se declara en rebeldía, y al propio Raleigh le corresponde mover la máquina para llevarlo a la cárcel y al patíbulo, por traidor. Al borde de la muerte, Essex se declara humildemente, el más vil de los pecadores. La sentencia tiene todo el sabor de la época: «Que se le lleve a la Torre de Londres y de allí se le saque por las calles de la ciudad hasta Tyburn, donde será ahorcado: vivas aún las entrañas, se removerán de su cuerpo y arrojarán al fuego, se cortará entonces su cabeza, y su cuerpo se dividirá en cuatro partes: la cabeza y los cuartos se colocarán en cinco distintos lugares que la reina designe». La reina, con su propio puño y letra, firma el «cúmplase y ejecútase». Sólo hace la salvedad de que no se entre en los detalles del descuartizamiento. «Condena a su amante a la misma muerte que recibió su madre». Cuando el conde de Lincoln la ve firmar, abre tamaños ojos: veinte veces ha visto besarse a Essex y la reina... Raleigh, desde la armería, presencia cuando el verdugo, de tres hachazos, cumple su trabajo.

Son escenas del ocaso. La reina está vieja. Raleigh llega a la cúspide a tiempo que ella, apoyándose en un bastón, camina hacia la tumba. Cuando se acuerda de Essex se le

escapan dos, tres lágrimas. Pronto le seguirá. Raleigh, cojo de una herida que recibió en Cádiz, con algo de ceniza en los cabellos, hubiera gozado más del poder en sus años mozos. Suele ir a las aguas termales de Path, y dialoga con Shakespeare. En Londres se ve con poetas, escritores, artistas. Isabel ve llegar la muerte. Al rey Jacobo de Escocia, que va a sucederla, le envía un regalo con estas dos líneas: «Acuérdate de mí, señor, cuando estés en tu reino». La súplica que dirigió a Jesús, en la cruz, el buen ladrón...Y muere Isabel.

El apogeo de Raleigh ha sido breve. En cuanto llega el nuevo rey, se ve que los cortesanos le han llenado el oído de cuentos. Raleigh pierde sus privilegios. Se nombra otro capitán de la guardia. Los ministros tienden una red no muy hábil, pero segura. Inventan la absurda participación de Raleigh en un plan para destronar a Jacobo a favor de los intereses de España. Raleigh va a la cárcel. Comparecerá ante los jueces, como Essex. No para que le juzguen: para que le condenen. Ve que irá a ser blanco de la canalla, como último favorito de la reina que pasó. De una cuchillada intenta suicidarse. Falla el golpe y se le lleva al tribunal. Por el camino llueven sobre él groserías, y pipas de tabaco que le arroja el populacho. Raleigh nació para la lucha: en el juicio desmenuza cuanto dice el acusador, lo pone en ridículo. Habla con valentía, elegancia, lógica, ingenio. Se le condena, claro está, pero la misma gente que le la imprecado en el camino, ahora lo aclama. El rey coge el aire, ve la popularidad del condenado. Raleigh ve ajusticiar a sus compañeros de cárcel desde la ventanilla

de su celda. El carcelero le dice: «Esté listo usted, Mr. Raleigh». Míster Raleigh sonrío. Como el rey, ha cogido el aire. Vuelve el carcelero: «Mr. Raleigh: el rey ha conmutado su sentencia».

Pasa largos años en la prisión. Su mujer, siempre fiel, le acompaña. Su nombre está ahora envuelto en una leyenda heroica y galante. Se pasea por una terraza de la Torre; pasarán siglos y se la llamará: la terraza de Raleigh. El hijo del rey va a aprender del prisionero cosas que no saben los ministros de su padre. La cárcel es un estudio. Raleigh recibe y devora viejos libros, escribe su historia monumental del mundo, del que se publican enseguida sucesivas ediciones y que pasará a ser una de las obras maestras de la lengua inglesa. Hace experimentos de química: compone la fórmula de un bálsamo que hasta la misma reina usa para los suyos. Raleigh es el espíritu fáustico. Descubre la manera de transformar el agua del mar en agua dulce, para las grandes navegaciones. Sigue pensando en la Guayana, y espía el momento propicio. Los ministros van hundiéndose en la sombra. El reino está mal gobernado. Cecil, aquel poderoso viejo amigo que le echó a la cárcel en cuanto cambió el viento, muere. Entonces el mago de la Torre hace llegar a los oídos del rey la palabra embrujadora: El Dorado. Raleigh escribe una epístola histórica: «Hermoso destino es morir para el rey, no morir por el rey». El rey ve oro en el horizonte. Raleigh hace llegar a las manos sobornables de lady Villiers las mil quinientas libras que ella pide por suplicar su libertad. Es la madre de Jorge Villiers, favorito del rey, porque Jacobo es un vicioso que

tiene siempre a su lado un mozo gentil en quien poner el amor de sus caricias. Con setecientas libras más, Raleigh hubiera salido de la Torre sin compromiso de ir a la Guayana, y con mil quinientas más, habría alcanzado perdón completo para el resto de su vida. Pero ni puede conseguir tanto dinero, ni quiere sustraerse a la aventura de la Guayana, porque de veras es el iluso de El Dorado.

Con la cabeza blanca, sesenta y cuatro años y una larga prisión, ve de nuevo las calles de Londres. Parecen telones de un teatro desteñido. Es más una leyenda que una persona. Más caballero de la orden de El Dorado que hombre de la City. El viejo está en la imaginación de las gentes como una figura de tapicería.

En Londres, en Plymouth, se alistan soldados, marinos, caballeros, viejos capitanes, amigos de Raleigh, que se mueven seducidos por este hombre que durante medio siglo ha hecho resonar sus pasos en la vida de Inglaterra. Ya no es el gallardo capitán de la guardia que iba al lado de la reina luciendo la más hermosa armadura de plata que en muchos años vieran las calles de Londres. Pero en la ancha frente se pinta una historia fantástica. El químico, el sabio, el poeta, el favorito, el ultrajado, sabe el secreto de las tres palabras que ahora hechizan: la Guayana, el Orinoco, El Dorado. El embajador de España está nervioso. Su órgano de información —quién lo creyera— es el propio Jacobo, que traiciona a su gente buscando congraciarse con Felipe II.

Al arrancar de Plymouth, Raleigh da las últimas órdenes: se cantará todas las noches un salmo, se prohíben las

blasfemias, no habrá diferencias entre soldados y marinos, se condenan el juego, la cobardía, el apetito desordenado: y que haya cuidado con el fuego. Es un pequeño código de disciplina hecho sobre el molde para quienes va dirigido. A medida que las naves se acercan al Caribe hay signos de mal augurio: el huracán, la peste. Por la borda van arrojándose cadáveres: algunos de los mejores amigos de Raleigh. Él va llenando la cuenta negra en su diario. En Trinidad desembarcan y se envía una avanzada de exploración con los mejores soldados y, al mando de ella, el hombre de confianza de Raleigh: Keymes. Subirán por el Orinoco, hasta las minas. Son cinco naves y 250 hombres. Va el hijo de Raleigh. Esta avanzada llega a Santo Tomé, pero los españoles la esperan con los cañones cebados. Los informes del rey James han surtido sus efectos. La lucha, sin embargo, es desigual. Don Diego Palomeque, el gobernador, junta a todos los vecinos y los arma: son cincuenta y siete. Cañones no tiene sino dos, que emplaza en las orillas del río, y cuatro pedreros que monta en la ciudad. Los ingleses, en dos fuertes alas, ahogan en sangre la bravura de los españoles. El gobernador perece a cuchilladas: pero también el hijo de Raleigh. Keymes no deja piedra sobre piedra, amargado por la inesperada resistencia que harta sangre le ha costado. Los soldados roban la iglesia, las alhajas del cabildo. Se pone fuego a la ciudad. Ni siquiera el convento de San Francisco escapa de las llamas. El cura, enfermo, no logra salir del lecho: los españoles lo hallarán luego tostado entre las cenizas. Se llevan de las naves hasta las campanas, y cincuenta quintales de tabaco. Son violencias

inútiles. Keymes no tiene fuerzas para seguir a las minas, y sabe que si las descubre será para beneficio de los propios españoles. Durante veinte días brujulea por las orillas del gran río. Las verdes llamas de los árboles que tiemblan entre el fuego tropical, el silencio de la noche grande que se mueve sobre la rueda de cristal del Orinoco, los gritos de los monos, la garza roja que corta el aire como saeta de sangre, imprimen en la imaginación de los exploradores las dos palabras terribles: No pasaréis.

Keymes regresa a Trinidad. Relata a Raleigh su fracaso. Además, que ha muerto su hijo. Ahora Raleigh dobla la frente. Ya su vida carece de sentido. El Dorado se le ha ido como el polvo del crepúsculo que se pierde en las noches de ébano del Orinoco. Lo ve aún temblando en las estrellas de otros mundos, en las estrellas de Dios. El Caribe es ahora el mar que se tragó a Drake, a Hawkins. La Guayana, una selva. La expedición, un abismo: la tumba de Raleigh el joven... Helado, se vuelve a Keymes, su viejo amigo: «De vuestra derrota, daréis cuenta al rey». Keymes oye estas palabras como un hachazo en la nuca. Raleigh no vuelve a tocar su diario. Escribe a su esposa una carta: el temblor de la pluma es su corazón que se estremece.

Keymes escribe su explicación, que presenta a Raleigh. Raleigh la encuentra sin sentido: «Esas son cosas vuestras: las llevaréis a la corte...». Keymes se retira azorado, carga una pistola y la dispara contra su propio corazón. Yerra

el tiro: la bala resbala sobre una costilla. Keymes insiste: toma un cuchillo. Sus compañeros encuentran el cadáver bañado en sangre. Raleigh regresa a Inglaterra como si las naves se movieran entre crespones. El embajador de España pide audiencia del rey. Una audiencia breve: sólo quiere decirle una palabra. Llega ante el rey, y le escupe la palabra: «¡Piratas!». El rey se humilla. Complacerá a los españoles. Se le bajará la cabeza a Raleigh, como compensación por la muerte de Palomeque y el incendio de Santo Tomé. ¡Lo que va de estos días a los tiempos bravos de la reina Isabel, que era todo un rey!

Raleigh tiene sesenta y cinco años. Amigos, casi ninguno. Cuando entra a la Torre, sabe que no habrá perdón esta vez. Ni lo necesita. Al rey sólo le preocupa una cosa: eludir un nuevo juicio, no ocurra que con sus discursos sir Raleigh vuele libre del hachazo. Cuando a este se le pregunta si tiene algo que pedir, dice: «Sí: que me corten la cabeza como caballero; que no me ahorquen ni hagan cuartos». «El mundo —dice— no es sino una gran prisión, en la cual se selecciona cada día a unos cuantos para ejecutarlos». Está con su esposa. Él, dándole valor. Ella, una mujer valiente cuya alma se adelgaza y tiembla entre los dos muros de la muerte: su hijo y su esposo; su vida ha sido un péndulo que ha oscilado sensible entre estos puntos: ahora se moverá en el vacío.

Raleigh escribe unos cuantos versos.

*Even such is time, that takes on trust
Our youth, our joys, our all we have,*

*And pays us but with age and dust...
But from this earth, this grave, this dust,
The lord shall raise me up, I trust!*

Ya en el cadalso, Raleigh pronuncia su último discurso. Es una pieza de antología que luego podrá leerse en toda buena colección de oradores ingleses. Ahí explica su aventura de la Guayana, sencillamente, niega los hechos menudos de que ha querido inculpársele, habla de cara a la eternidad. Para terminar dice: «Sólo quiero agregar una o dos palabras, porque no quiero molestar por más tiempo al señor alguacil». Estas dos palabras son, la primera para decir que nunca se regocijó por la muerte de Essex; la segunda, para invitar a quienes le escuchan a elevar una plegaria a Dios, a Dios, a quien él sabe que ha ofendido gravemente por haber sido un hombre lleno de vanidad y porque ha llevado una vida pecadora: «He sido —dice— soldado, capitán, marino, cortesano, puestos todos que son de corrupción y vicio. Pido a Dios que me perdone, y así me despido de ustedes, buscando mi paz con Dios».

Se quita la capa y el jubón. Llama al verdugo, que le ha estado ocultando el hacha, y le pide que se la enseñe. «¿Cree usted que me espanto?». La toma en sus manos, toca el filo y se vuelve sonriente al alguacil: «Esta es una medicina fuerte, pero médico que cura todos los males». Perdona al verdugo y le pregunta cuál es la mejor postura para colocar la cabeza. Luego, le da la señal para que ejecute su trabajo. En una bolsa de cuero rojo se coloca la cabeza,

se envuelve en un paño de terciopelo, y así se la envían en un coche a lady Raleigh.

«Jamás —dice el pueblo— vimos a un hombre más sereno y valiente». Los poetas escriben elegías que circulan de mano en mano y se conservan entre los papeles curiosos. Y sir Walter Raleigh vuelve al gobelino de donde había salido para ir a la conquista de El Dorado. Allí se le ve con todos sus pecados, violencias, ambiciones, desventuras, grandezas, libros y armas, y al fondo las islas del río de las dieciséis bocas; sólo le faltaba el beso del hacha para entrar definitivamente al reino de la leyenda.



LIBRO SEGUNDO

EL SIGLO DE PLATA

A la memoria de Joaquín Tamayo

▪ PREFACIO

EL SIGLO XVI FUE HAZAÑOSO. La Conquista, que es violencia, se hizo con la espada, el arcabuz y el perro. El siglo XVII es de otra manera. Al pirata y al conquistador, suceden los personajes de la Colonia. Ya no son las armaduras de acero sino virreyes de encaje y terciopelo y guante blanco. El gran personaje de la Colonia es el oidor: como su nombre lo indica, es sólo oídos.

Ahora la cuestión no es matar a los indios sino incorporarlos. Por los subterráneos del amor se han juntado, y siguen juntándose, las dos razas. Aparece el mestizo, en cuya alma resuenan las voces lejanas de la América virgen y las voces prometedoras de la Europa veterana. Las dos sangres corren calladas por una misma vena, palpitan en un mismo corazón. Luchan en los sueños del mestizo la amorosa canción de cuna de la madre y el himno conquistador del padre.

Los tiempos no están para resolver a interjecciones los problemas de la vida. Hay que reposar y meditar. Hay que murmurar. Sobre las poblaciones nuevas de teja de barro,

de chozas pajizas, se alza una torre blanca. Con el alba las campanas dan la voz de alerta al cristiano: a la tarde, el toque de oración. El crepúsculo alarga sus dedos juguetones por los tragaluces de iglesia y acaricia grutas de oro, vírgenes de policromía, angelitos que ya tienen cara de guaguas. Por caminos de ensueño y de plegaria han nacido estos retablos en donde la ilusión de El Dorado ya no es aguijón de pelea sino imaginiería de una mística ingenua y complicada donde florece el milagro, sonrío la candidez de los indios y hay recuerdos de las moradas y gongorismos místicos de santa Teresa y san Juan de la Cruz. El sentido religioso de América no se ha formado apretando la imaginación en la celda del monasterio sino echando a rodar el alma por caminos abiertos, anchos ríos, noches de plata, en un mundo forestal donde alterna la tormenta que alza arroyos y desgaja ceibas, con alboradas que tiemblan en una gota de rocío.

En el siglo XVI vinieron pocas mujeres de España. Las que llegaron eran violentas. Tan aventureras como el resto de la tropa. Frente al cortesano virrey don Diego de Colón, María de Toledo, su mujer, era una hembra formidable. En Panamá, tanto fue Pedrarias Dávila como su gobernadora. La mujer de Pánfilo de Narváez defendió con mejor cabeza y energía su hacienda de Cuba que el propio don Pánfilo. Cuando Hernando de Soto parte a la conquista de la Florida, deja a su mujer por gobernadora y ella se defiende con arte, astucia y bravura. Beatriz de la Cueva, la infortunada, tuvo para el duelo, cuando se le murió su conquistador don Pedro de Alvarado, los

extremos de doña Juana la Loca, pero para hacerse reconocer gobernadora de Guatemala despliega una audacia y fortaleza que sólo contiene y ahoga en todo el cataclismo que reduce a escombros la vieja ciudad de Guatemala: la vencieron el terremoto, la inundación y la muerte. Mientras sólo tuvo delante hombres, los vio doblarse como espigas al soplo de su voluntad. Así eran las gobernadoras. De las mujeres de la pura tropa no hay ni que hablar: las gobernadoras les quedaron pálidas.

Llega el XVII y la mujer pierde el corajudo ímpetu aventurero. Hay penumbra, enredos domésticos, espectadores maliciosos, cronistas que sonríen en la picaresca. Libros de travesuras, manuscritos, que circulan de mano en mano, bien forrados en pergamino. Las mujeres de gran vuelo espiritual acuden a la imagen poética. Una flor de Lima, santa Rosa, comunica su perfume a la entrada del siglo. En México es sor Juana Inés, en cuyas rimas alternan el amor místico y el amor profano. Los poemas de Amarilis, tapada y coqueta, se cruzan sobre el ancho mar con los que a ella dirige Lope de Vega. El siglo XVI fue de desequilibrio y de genio. El XVII se mueve por curvas de nivel y con palabras de ingenio. Se lee en la Colonia. Al año de publicarse el *Quijote* ya corren por estos lados de América mil quinientos ejemplares del libro: don Quijote y Sancho pasan a ser personajes populares; en Lima y en México aparecen en mascaradas que todo el mundo aplaude y comprende: y esto cuando no hace tres años que Cervantes ha entregado al mundo su caballero y su peón inmortales.

El imperio de España en América está en la montaña, sobre la cumbre de los Andes, adonde no llegan las tentaciones del mar, ni se corre el peligro de los ingleses. El conquistador, que era castellano de la meseta, de tierra adentro, lo quiso así. Además, había que seguir la tradición de los indios. Carlos V no iba a saber más de América que Moctezuma, Atahualpa o Sacresaxigua, y estos supieron muy bien por qué había que ir a la corona de los montes para gobernar. Sólo quedó un frente de choque: el Caribe. Pero tampoco para Inglaterra el siglo XVII es el siglo de los Hawkins y los Drakes. Los mismos piratas quieren reposar, tener sus campamentos, sus colonias, juntarse con las indias, quedarse en América. En vez de hacer, como Drake, un viaje alrededor del mundo, Morgan lo hace alrededor del Caribe, y en vez de salir a las aventuras desde Plymouth, sale desde Jamaica. Para conocer el mundo, una isla basta y sobra.

*Anda, jaleo, jaleo,
se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo,
y vamos al tiroteo.*

Canción de los contrabandistas

▪ EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS SIETE COLORES

LA TIERRA FIRME ES DE LOS españoles: México, el Perú, la América Central, la Nueva Granada, Chile, La Plata: virreinos, gobernaciones. Del Caribe, le interesan las islas grandes: Cuba, La Española. Pero quedan para uso y regalo de la piratería, islas menudas esparcidas por todo el mar; y las Antillas menores, que deben ser cumbres de alguna cordillera que se hundió en épocas de que habla la geología y que vendría desde la península de la Florida hasta las Guayanas: de estas islas, unas son volcánicas y otras apacibles llanuras que pudieron ser mesetas en la hundida cordillera. Vistas en el mapa, forman una línea de puntos suspensivos. Los puntos suspensivos se usan en las novelas cuando el autor quiere dejar algo en penumbra de misterio, de emoción, de ironía: el lector queda suspendido de esos signos y sonrío: llega a una inteligencia con el autor, mezcla de complicidad y picardía, en que el que escribió y el que lee se guiñan los ojos. Se han comprendido. Tal es también el sentido de las Antillas Menores. Son un margen reservado a la aventura, al contrabando,

a la vida clandestina, en donde se forman heredades de bandidos, más íntimas y sinceras que las de buenos ciudadanos. Los hugonotes perseguidos por los católicos, los católicos perseguidos por los puritanos, los puritanos perseguidos por los arministas, los judíos perseguidos por los cristianos, los caribes perseguidos por los españoles, los españoles perseguidos por la justicia, hacen allí sus campamentos. Cada isleta es un refugio fraternal de gentes de cuchillo y barba ensangrentada: al más alma atravesada lo tienen por capitán. Si oyen la misa, la oyen apasionadamente, si odian al papa, lo odian hasta el fondo del alma. Si persiguen son implacables; si aman, llevan el amor hasta el grado heroico. El viento cálido y salvaje, el mar abierto, la isla propia, producen una fruición de libertad que hace sonreír, abrir el pecho, gozar sensualmente de la vida. Por algunas islas corren toros salvajes, hatos de puercos que se han multiplicado con la prodigalidad a que invita la tierra. En la playa, las tortugas hacen de relojes con sus cabecitas de péndulo y dejan los huevos entre la arena caliente. Los chiquillos se espantan y divierten viendo los enormes cangrejos, que no se sabe si avanzan o retroceden: son como el primer modelo de una máquina, todavía pintada de rojo.

Las islas tienen nombres de novelas, de santos, de ilusiones, de anécdotas. Se los han dado los navegantes con algo de superstición. El descubridor piensa que un golpe de magia, un nombre bien puesto, puede tornar la isla favorable. En una cadena de islas bautizadas por Colón dejó él su propio romance, para que lo entendiera quien supiera de cábalas. Y así todos. Leer el catálogo de las islas

del Caribe es leer una novela de misterio; detrás de cada palabra está escondida una ilusión, un ruego, una desventura, una gracia: Barbuda, San Cristóbal, Monserrat, Sombrero, La Tortuga, Marigalante, La Deseada, Granada, Bonaire, La Margarita, La Mona, Los Frailes, El Gran Caimán, El Caimancito, Cayo de Roncador, Cayo de Quitasueño... Hasta los grupos de las islas tienen lindos nombres: islas de Barlovento, las islas de Sotavento, que parecen moverse con sus vientos. Las Islas Vírgenes, con toda la leyenda medieval.

He aquí cómo fueron poblándose las islas.

Hablemos en primer lugar de los piratas franceses, que otra vez y muchas más, han entrado a saco en Santa Marta y Cartagena. En Cartagena, y la víspera del día en que se iba a celebrar la boda de la hermana del gobernador y fundador de la ciudad, cayeron tan de sorpresa cuando todos roncaban a pierna suelta, que apenas alcanzaron a huir las mujeres en camisa de dormir. El gobernador defendió con la espada el frente de su casa, mientras sus hermanas y sobrinas se «descolgaban por las espaldas». Doscientos mil pesos de buen oro se llevaron, y mayor hubiera sido el pillaje si no los engañan los españoles fundiendo candeleras de cobre y dándoles las barras con mucha comedia de lágrimas en los ojos. Pero esto ya es historia vieja. Ahora quieren colonizar. Al rey Enrique IV le han hecho un gran informe sobre la Guayana. El libro de Raleigh estimaba más la fantasía de los franceses que la lenta imaginación inglesa. Jamás volverá a leerse fábula más viciosa. Además, Samuel Champlain, cuyo nombre se asociará luego

a la conquista del Canadá, es un curioso viajero que ha ido a Santo Domingo, Cartagena, México, La Habana, y presenta al rey una memoria ilustrada con acuarelas. Champlain no piensa en guerras sino en conquistar tierras que España aún no ha ocupado, para compartir con ella las maravillas del Nuevo Mundo. Estas ideas se abren paso. Se organiza una expedición para que venga al Amazonas, al Orinoco, a la ciudad de Manao. Daniel de la Touche de La Ravardière viene con ella, mira el paisaje maravillado y regresa loco de entusiasmo. Enrique IV lo nombra teniente general de la Guayana, y a su compañero, el naturalista Mocquet, «Conservador de las Curiosidades del Rey».

Como es natural, Enrique IV muere asesinado. Pero María de Médicis, como regente, le sucede en sus fantasías y propicia una nueva salida de La Ravardière, que se viene con un tío del cardenal Richelieu, Alfonso du Plessis, y con un alto Caballero de Malta, el señor de Razilly. El éxito es grande: La Ravardière regresa con seis indios plumados que se exhiben en el Louvre. Sus bailes son la primera presentación típica nuestra en la Ciudad Luz. La Corte se apretuja para verlos. Ni Francisco I, con los lienzos de Leonardo, conmovió tanto como nuestros arahuacos. Luis XIII, que es un niño, les pone al cuello el collar de San Luis. La Ravardière, además, vincula su nombre a algo muy positivo: la fundación de Cayena. Tras él vienen gentes de negocios. En Ruán se forma una compañía mercantil y un empresario

de Lyon recibe el encargo de colonizar la Guayana. Finalmente, viene Bretigny de gobernador. Es el primer hombre de asiento que ven los nativos, pero su mano es tan dura que se le conoce mejor con el distintivo de «El Nerón de la Guayana». Los ingenuos nativos, no pudiendo sino rasguñarle, le disparan una flecha, con buena puntería: se le clava en el entrecejo y se lo lleva de este mundo. No obstante este pequeño incidente, la Guayana conserva su prestigio, y cuando Condé se siente cansado de la política europea, acaricia un proyecto ideal que no alcanza a cumplir: venirse a Cayena y hacer en ella su república ideal, su Utopía. Así es Cayena en el siglo XVII: un sueño de libertad.

Richelieu ve más claro. Las islas son el punto estratégico. Y el hombre, Pierre Belain d'Esnameuc. D'Esnameuc pertenece a una familia noble pero sin mayorazgo. Se ha venido al Caribe a buscar fortuna de pirata. Con Urbano de Roissey recorre estos mares. Asaltan naves cargadas de cueros, azúcar, tabaco. Hacen su cuartel en San Cristóbal, isla ideal en la piratería. Y D'Esnameuc, cuyas alas han crecido, vuelve a Francia para buscar apoyo de la corona. Se presenta a Richelieu y le enseña las hojas de tabaco y le cuenta las cosas del mar, y de las islas. Así nace la Association des Signeurs des Isles de l'Amérique. Richelieu es uno de los socios capitalistas: entra con diez mil libras. Como él, están el intendente general de la marina, el presidente del tribunal de cuentas, el tesorero de la caja de ahorros: nadie le hace mala cara a estas buenas compañías. D'Esnameuc irá a las islas para colonizar y combatir, perseguir, abordar

y atacar, cometer, saquear y apresar con cualquier clase de armas y artificios de guerra a los piratas y a quienes pretenden impedir el tráfico y la libertad de comercio a los navíos franceses o sus aliados. ¿Está claro?

San Cristóbal se convierte en la cueva de los hermanos terribles. D'Esnambuc se reparte la isla con los ingleses que tienen el mismo negocio. Dicen los españoles: Dios los cría, el diablo los junta. El lector debe apuntar en la cartera el nombre D'Esnambuc, porque, en línea directa, de su familia va a desprenderse una emperatriz de Francia: la criolla Josefina, que volvió loco a Napoleón. Cosas de las Antillas Menores...

Francia está en la antesala de la grandeza. Unos años más, y Luis XVI brillará como un astro de primera magnitud frente a dos claudicantes monarquías: la de España, que va hundiéndose en el bochornoso crepúsculo de los Austrias, y la de Inglaterra, donde la corona pasa de las manos temblorosas del rey Jacobo a las de Carlos I, de cuya cabeza da cuenta el caballero que la destronca con el hacha. El cardenal Richelieu se mueve en otro ambiente, y quizá por esto hasta la cueva de San Cristóbal en las Antillas quiere llevar un poco de la grandeza cortesana. A Phillippe de Lonviller de Poincy, mayordomo de la orden de los Caballeros de Malta, se le envía por gobernador de San Cristóbal, Martinica, Guadalupe y María Galante. Con mucha guardia y corte le ven bajar los contrabandistas a las ardientes arenas de San Cristóbal, donde se cocinan hasta los huevos de tortuga. Tras el atuendo magnífico de los de su orden, flotante la capa, en el pecho la blanca cruz de

Malta, sobre la oreja la boina de terciopelo. El señor forma su Corte. Trescientos esclavos y cien sirvientes están para servirle. Se construye un castillo, rodeado de jardines, en medio de gran recinto amurallado. Un día llega un revisor de la compañía para controlarlo: como caballero, lo recibe con las mechas de los cañones listas y lo echa a la cárcel. Se ríe de la compañía, y «trabaja por el bien común». Como es de rigor en cortes, tiene líos de amor. Se imprimen sátiras poéticas que publican lo que todo el mundo sabe. El autor va a la cárcel. Los piratas gustan al gobernador. Lo tienen por su capitán, y él extiende su gobierno a catorce islas. Así empiezan a florecer estas Antillas francesas, que el caballero acuna en su mente mientras a la hora de la siesta se balancea en la hamaca, o cuando se sienta a manteles para dialogar con sus aventureros comiendo carne de iguana y manatí, y dejando los platos limpios con migas de pan cazabe. El caballero es católico y levanta iglesias. La colonia se inauguró, bajo el signo del cardenal, con una misa que oyeron en silencio los bandidos. Los piratas son de esa manera. Un día, en Tortuga, el capitán Daniel no pudo soportar a un desvergonzado que estaba oyendo mal la misa: en el propio sitio lo mató de un pistoletazo, y el servicio pudo continuar en buen orden. Ahora en la colonia hay mucho hugonote, y el caballero hace una separación para evitar conflictos. Encomienda al capitán Lavasseur para que con ellos organice la colonia en la isla de Tortugas. Esta es hogar tradicional de bucaneros y piratas. Y todos hugonotes, luteranos, herejes. Lavasseur se hace capitán de los bandidos, y para seguir la política de

su amo el caballero, en cuanto se consolida en el poder, se despide de él y le dice: «Ahora, quien manda aquí soy yo. El Estado soy yo». En lo alto de unas rocas construye una fortaleza inexpugnable, que domina las entradas de la isla. Para llegar a ella hay que subir por una escalera de cuerdas, que sólo se descuelga para que entren los amigos.

Los holandeses llegan de otra manera. No empiezan su carrera como piratas, al modo de los ingleses y franceses. En Holanda, después de una guerra de cuarenta años, se ha ido formando la conciencia de una república burguesa y liberal, que disputará a España el dominio de los mares con el mismo cálculo metódico y tranquilo y la misma voluntad con que ha ido formando su propio suelo en una batalla de ingeniería contra el mar del Norte. Todo el final del reinado de Felipe II fue una lucha sin reposo contra estas gentes tenaces, que no se avenían a continuar dependiendo de coronas francesas. De todas las luchas de estos tiempos quizá no haya otra más resuelta que la de este puñado de hombres empeñados contra el más grande de los imperios del mundo, que acaban paseando sus banderas por los siete mares y formando uno de los poderes marítimos más estupendos de la historia. Cuando estaba ya cerca del sepulcro, Felipe II vio el problema con alguna claridad y buscó una solución pacífica: tenía abierto el camino para desembarazarse de la incómoda república, aflojando suavemente los vínculos que le ataban a ella.

En realidad, las pretensiones fantásticas de España sobre Holanda sólo llevan a una guerra ruinosa e imposible. Entre España y Holanda se interponen, por los caminos

de tierra, Francia siempre hostil, y por el mar, Inglaterra siempre difícil. Pero el pobre de Felipe II es un reyezuelo gobernado por el conde de Lerma, que no tiene cabeza, ni entiende esto, ni ha caído en la cuenta de que las glorias de Felipe II son ya pasadas. Él sólo ve que la república de Holanda es un nido de herejes. Un día, de sorpresa, confisca todas las naves de Holanda que se encuentran en puertos españoles, y a sus tripulantes los pone en manos de la Inquisición. Es una pérdida grande para los holandeses. La ira, mayor. Pero Holanda vive una de esas horas de resurgimiento en que los pueblos sólo encuentran, en golpes de adversidad, estímulos para la lucha, la agresión, el avance.

La necesidad convida a emplear todos los recursos del ingenio. Holanda tiene una mística. Sus banqueros levantan casas que cuatro siglos no lograrán abatir. Para sorpresa de España y Portugal, Jan Hugo Van Linchoten forma la más completa colección de mapas y con ella regresa a su patria para mostrar a los comerciantes los caminos del mundo. Un geógrafo, Mercator, revoluciona su ciencia mostrando una nueva manera de hacer la proyección de los mapas. Los mismos ingleses, cuando en su isla no encuentran el apoyo que esperan de sus monarcas, van a Holanda para ponerse al servicio de una nueva nación, y así hace su viaje a Norteamérica Hudson y descubre el río que llevará su nombre. Las naves de Holanda llegan al remoto oriente. Amsterdam se convierte en el mercado donde la pimienta, la nuez moscada, los clavos, esas especias que se venden en las farmacias como polvo de oro, se distribuyen para

el resto de Europa. El arte militar encuentra en Maurice de Orange el primer militar de estos tiempos, que derrota a los tercios españoles sobre arenas móviles, en las dunas andariegas donde los bravos castellanos van a la muerte llevados por la estulticia de sus capitanes, más temerarios que sabios.

Jacob van Heemskerck, navegante que ha explorado las rutas que lindan con el polo norte, mostrando al mundo caminos que sólo cuatro siglos más tarde serán transitables, es el orgullo de los pilotos holandeses. Su destino es enfrentarse a la flota española. Sus veintiuna naves se colocan en orden de batalla frente a las veintiséis que comanda Juan de Ávila. Van Heemskerck muere en el encuentro, pero sus compañeros le vengan destruyendo la flota de Ávila. Cuando el cadáver del piloto pasa por las calles de Amsterdam, la nación entera se agolpa en ellas para rendir a la memoria del héroe popular un homenaje sin precedentes. Felipe III tiene que reconocer la victoria naval de los holandeses abriendo negociaciones de paz «con estos hombres de mantequilla —dice un historiador—, que ordeñan sus vacas en el lecho del océano, viven sobre bosques que plantaron de arriba para abajo y han convertido en jardín un lodazal».

La paz sólo sirve a los holandeses para moverse dentro de planes más ambiciosos. Cristaliza entonces la idea de la Compañía de Indias Occidentales, en que venía pensándose treinta años atrás. Para apoyarla, ahí están los protestantes más agresivos, los comerciantes más emprendedores, los militares más resueltos. Es la batalla del comercio contra la hacienda española. La idea es traer de las Indias Occidentales

tabaco, azúcar, maderas para la fabricación de tintas, cueros; y vender en las Antillas esclavos, navajas, espejos, telas, harina. Establecer en Amsterdam grandes almacenes, y en las islas el cuartel general para lo que sea: comercio libre, o contrabando. No son proyectos de reyes sino de la burguesía. Así nace, con monopolio para veinticuatro años, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.

En la lucha hay toda suerte de incidentes. Desde la propaganda religiosa que convierte a Holanda en el primer centro editorial de donde la Biblia se distribuye con el alegre entusiasmo de un fanatismo naciente, hasta la consagración de Piet Heyn, que pasa de pirata a almirante de la república. Erasmo corta con finísima sierra el tronco del árbol medieval. Bernaveldt —el estadista que desató los nudos de la política cuando en Holanda formaban una maraña— tiene que poner su cabeza en el tronco para que se la baje el verdugo porque no ha sido lo bastante antiespañol ni todo lo protestante que requieren estos tiempos: Piet Heyn ataca la flota española frente a Matanzas, en Cuba: la plata, perlas, el botín todo, representa doce millones de florines —cinco millones de dólares—: por los siglos de los siglos los muchachos de Holanda cantarán una canción —*Zijn naam is klein*— que hace de Piet Heyn un personaje de la leyenda nacional. Qué linda cosa es pasar de grumete vivaracho, como lo fue Piet, a pirata de barba azarosa, y luego a almirante que se roba la plata de México en el mar de las aventuras.

Estos son los holandeses que pronto empiezan a verse en el Caribe. En todas partes. Lo mismo en las costas de

Panamá que en Barbados o en Tortugas; en la Guayana o en Martinica, en Providencia, en Saba, en San Eustacio. La corona de Francia prohíbe a los franceses comprar nada a los holandeses, pero si los franceses no lo hacen mueren de hambre. Tres cuartas partes de los buques que cruzan los mares traficando son holandeses. A las islas francesas del Caribe llegan cada año más de ciento. Como en Francia hay tarifas muy altas para introducir tabaco o productos de las Antillas, los isleños encuentran más fácil y productivo vender a los holandeses para que ellos distribuyan en el viejo mundo. Los buques holandeses, por otra parte, son más limpios: mueren menos pasajeros de peste en la travesía.

En las Antillas, entre holandeses, franceses e ingleses, las cosas se arreglan de modo fraternal. Debajo de la piel, todos somos hermanos. Una vez está de gobernador en la Guayana un holandés: Guerin Spranger, y llega la flota francesa a apoderarse del lugar; el holandés mide sus fuerzas, ve que es inútil resistir, y propone al francés que le dé 21.850 florines por sus plantaciones. Vienen los florines, y la provincia se entrega sin un tiro. Todo pasa como sobre la blanca foja de un libro de caja. Cuando un buque holandés llega a un puerto donde están los franceses, del gobernador para abajo no hay persona que no los reciba con los brazos abiertos: contrabandear es vivir.

Y así, los holandeses se instalan en Curaçao, Aruba, Bonaire, Saba, San Eustacio. Todo es prosperidad. En Amsterdam no hay nada más atractivo que las casas de la Compañía, con sus fachadas de ladrillo y madera, los

últimos pisos apretados bajo los largos tejados en ángulo agudo, por donde rueda la nieve de diciembre.

El gerente podría pararse en un barril, en la puerta, y poner esta adivinanza a la muchedumbre de los mercaderes: ¿De Curaçao ha venido un barco cargado de...? ¡De oro!, gritaría el uno. ¡De ron!, el otro. ¡De azúcar! ¡De palos! ¡De plata! ¡De perlas! ¡De cuernos!... En Guinea el edificio de la Compañía es una fortaleza, con anchos corrales amurallados donde se guardan los negros como bestias, mientras llega el barco que los lleva al Caribe. En Curaçao, entre canales y puentes levadizos, van alzándose casas como de Amsterdam, como de Brujas, como de Liga Hanseática. Con piedra y vigas en las fachadas y los largos tejados en ángulo agudo, por donde se precipita el agua en el tiempo de lluvias, o rueda en diciembre el sol como naranjas. En Curaçao se pintarán de azul de Prusia, de bermellón, de yema de huevo, de papagayo las fachadas, porque no es lo mismo vivir entre las brumas del mar del Norte que bajo un cielo de añil. El factor podría pararse sobre un barril, a la puerta de la casa de la Compañía y preguntar a los colonos en forma de adivinanza. ¿De Amsterdam ha venido un barco cargado de...? ¡De cuchillos! ¡De espejitos! ¡De navajas! ¡De perfumes! ¡De zarzas! ¡De lienzos! ¡De vino! ¡De aceite! ¡De harina! ¡De blancos! ¡De negros! ¡De calvinistas! ¡De hugonotes! ¡De judíos! ¡De libres! ¡De esclavos!... De judíos, por ejemplo, llegaron los barcos cargados a la Guayana. De negros a Martinica. De rubios y azabaches a Curaçao. Y las islas van convirtiéndose en islas de adivinanzas. Que

no se sabe si son dulces cañas de azúcar. Que no se sabe si son picantes y morenas de tabaco. DÍA llegará en que se diga «¡Curaçao!». Y unos pensarán en una islita de casas de piedra y palo, con canales y puentes que suben y bajan. Y otros pensarán en una copita de licor que hay que tomar gota a gota para saborear crema perfumada de las Antillas. La Habana es una isla, una canción o el humo azulenco de un tabaco. Martinica es un ron y, también, quizá sea una isla. Dicen los franceses: Jamaica es una isla. Replica el orgullo británico: ron de Jamaica —como si quisieran oscurecer al ron de Martinica—. Y así el Caribe es un mar de contrabando, y mar de humo y de alcohol.

En cuanto a los ingleses, el hilo hay que tomarlo por donde lo dejó Raleigh. El hecho de que le cortaran la cabeza no fue sino un accidente natural en su carrera que en vez de arrastrar su prestigio lo levantó. Las gentes siguieron hablando del Amazonas y El Dorado. Ahora la flor de los puritanos pone sus ojos al otro lado del Atlántico: la Guayana, las Antillas, las Bermudas, Massachusetts. Como los calvinistas de Holanda, no se sabe en qué son más ardientes, si en la religión o en los negocios. Hay muchos ingleses que están haciendo en las Antillas las de Drake. Altos lores tiene flotillas que dejan pingüe utilidad asaltando barcos de españoles «católicos». Cuando Inglaterra firma la paz con España, las casas de comercio se trasladan a Holanda y se forman alianzas de aventureros con los hermanos holandeses. El embajador de España en Londres pierde su tiempo espionando al conde de Warwick y a sus amigos, que están acusados de piratería: de Irlanda, de Darmouth, de los

puertos que están lejos de Londres salen ahora las naves contrabandistas. En Venezuela el gobierno español prohíbe por diez años la siembra de tabaco con la esperanza — que no se cumple— de detener el comercio ilícito que ingleses y holandeses siguen haciendo desde Trinidad.

Hay un momento en que de nuevo se enfrían las relaciones con España. Entonces el rey Jacobo autoriza la formación de la Compañía de caballeros de la ciudad de Londres para la exploración del Amazonas. Un hermano de lord North, el capitán Roger North, sale con la flota, acompañado por Thomas Warner. A poco de salir, el rey se arrepiente, y North regresa del Amazonas a la Torre. Warner es más afortunado porque vuelve cuando la tormenta ha pasado: él forma otra compañía, y se viene a la isla de San Cristóbal, al norte de las Antillas Menores. Hace lo de los franceses: dejar la engañosa Tierra Firme, para hacerse fuerte en una isla. Se pone de acuerdo con D'Esnambuc, el francés, se reparten entre los dos a San Cristóbal, y Warner acaba consiguiendo el título de teniente del rey; es el primer nombramiento que la corona inglesa hace de una autoridad colonial en las Antillas. Un día, mientras Warner anda por Londres, llegan los españoles a la isla con sus barcos de guerra. Ingleses y franceses escapan como ratas a otros puntos del archipiélago, pero en cuanto el almirante español se va, regresan frescos y tranquilos. Continúa bien el negocio, 12.000 libras esterlinas de tabaco se exportan al año para Inglaterra. Al propio tiempo, en Barbados trabaja Courteen Brothers, firma holandesa especializada en contrabandos a España y Portugal. De sir Thomas Warner

hay que agregar que es un tipo ideal para estas empresas, porque está más cerca de los indios que los otros; enamorado de una india bonita, deja de paso una consecuencia: el mestizo Edward Warner, primera combinación importante de las rubias eminencias de Inglaterra con el azabache de las cabelleras indígenas.

Pero hay algo más importante. En Inglaterra, frente a las vacilaciones del rey Jacobo, y a la dictadura luego de Carlos I, los puritanos, perseguidos, van estrechándose en íntima hermandad. Ya unos cuantos de los que se habían refugiado en Holanda se han venido a colonizar en la América del Norte. Los líderes del Parlamento, clausurado por el rey, se reúnen a trazar planes que les dictan su resentimiento y su pasión. Si es preciso se vendrán todos para América. Ahí están los condes de Holland y Warwick, sir Thomas Barrington, lord Brooke, John Pym, a quien se reconoce como el precursor de Cromwell. El propio Cromwell, que por el momento no alcanza ningún relieve, está muy cerca del grupo, recibe su inspiración seguramente de él, y en todo caso continuará luego la obra de estos vehementes e irreductibles caballeros que forman, por el momento, el partido más enérgico de Inglaterra. El más activo es lord Robert Rich, conde de Warwick; el más cortesano, lord Henry Rich, conde de Holland. Desde el punto de vista de las buenas costumbres esta familia no es muy puritana, ciertamente. Lady Rich ha dado el escándalo

grande de la sociedad inglesa por sus amores ilícitos con el conde de Devonshire. El conde de Warwick, que tiene su flota propia de barcos piratas, hace también negocio de negrero, y es el dueño del primer cargamento de esclavos que se envía a Virginia. El conde de Holland se mueve dentro del círculo más tranquilo del hombre que recibe la comisión en pago de sus influencias ante el rey y la reina. Estas particularidades de la familia Rich son comunes a muchas grandes familias de estos tiempos.

El interés del grupo se concentra ahora en las islas de San Andrés y Providencia, que están frente a la costa de Panamá, en el propio camino por donde pasa la flota que lleva a España las riquezas de Tierra Firme. En los años anteriores, los puritanos se han dirigido a Massachusetts, a las islas Bermudas: lo de ahora es más audaz, porque está en el corazón de las posesiones españolas. ¿Cómo se les ha ocurrido cosa semejante? Por una carta de mister Bell, caballero que maneja negocios de estas gentes en las Bermudas. En Massachusetts las cosas no van bien, las Bermudas no tienen porvenir porque están fuera de las rutas en donde se hace el negocio. En cambio, mister Bell pinta en términos de maravilla unas islas que los españoles no ocupan, libres de caribes, fértiles, bien situadas: San Andrés, Providencia y Fonseca. ¿Dónde queda Fonseca? En un sitio del Caribe, equidistante entre Providencia y la isla de Cuba. Ahí la pintan muchos mapas y durante cosa de doscientos años se hablará de ella hasta que cansados de buscarla lleguen los navegantes a la conclusión de que sólo ha sido una fantasía de los ilusos. Pero el hecho es que con la

carta de míster Bell en sus manos, el conde Warwick promueve la fundación de la compañía. Un contrabandista y negrero, Elfrith, es enviado para hacer la primera exploración: encuentra las islas como las han pintado, y sólo da en ellas con unos holandeses. Él echa los fundamentos de una población (Nueva Westminster) y de un fuerte (Fort Warwick). En Londres, en una casa situada en Holborn, Warwick reúne a sus amigos. Se conviene en que el conde de Holland quede como presidente de la compañía, para que obtenga las licencias del rey. Por este servicio le dan doscientas libras esterlinas, que valen sus acciones. En realidad, quien queda de cabeza activa y dirigente es Pym.

Todo empieza muy bien. Los primeros peregrinos, los que están en Massachusetts, salieron en realidad de Holanda, en donde estaban refugiados, y de allí pasaron al Southampton para embarcarse en el Mayflower. Este grupo sale ahora, nueve años después, por las propias bocas del Támesis, en el Seaflower. El conde de Warwick, que fue de quienes patrocinaron la aventura del Amazonas, que ha sido un poco la cabeza de la empresa en Massachusetts, nunca se ha hecho tantas ilusiones como ahora. Los peregrinos del Seaflower son sólo noventa, todos hombres y muchachos. Las mujeres les seguirán luego. Los accionistas son ricos del este de Inglaterra: los que se embarcan, casi todos de Devon, la patria de Drake. Están divididos en tres grupos: labradores, artesanos y sirvientes. El pastor, mientras no se case, vivirá en la casa del gobernador, para edificar con su ejemplo. Todos juran una fórmula que está henchida de odio a España. Pero Pym, que mira al futuro,

piensa: hoy el enemigo es España, mañana será Holanda. Y les aconseja, de los holandeses, ser amigos: pero amigos con desconfianza. Se les ordena que de tabaco no siembren sino la mitad de lo que siembran en maíz. Mientras llega la hora de cosechar, Elfrith el pirata irá a las islas vecinas para comprar comida, naranjas. Como es obvio, en cuanto le dejan libre, él encuentra más jugosos los asaltos de su profesión que las naranjas.

Es más fácil ser puritanos en Massachusetts que en el Caribe. El propio Pym ve que los ingleses no pueden trabajar lo mismo en Providencia y abre el compás para que se lleven negros. La primera amistad que hacen los peregrinos de Providencia es la de los piratas de Tortuga, isla que ahora suele llamarse la Isla de los Puercos, porque por cada hombre habrá allí cien puercos. Pero en Londres, en los libros de la compañía, se llamará la Isla de la Asociación. No se refiere, claro está, a la asociación de los hombres y los puercos, sino a la de los puritanos y los piratas. Allá va Hilton para cortar palos de tinte y enviarlos a Inglaterra: él los vende a holandeses y franceses: que el contrabando empiece por la propia casa. En Providencia se le altera el humor cristiano al pastor: hay que devolverlo a Londres. Los peregrinos piden a la compañía naipes, dados, mesas de juego; se les contesta enviándoles la Biblia. Una nave anda vagabunda buscando la isla de Fonseca. Ya sabemos que no va a encontrarla pero por fortuna el alquiler de los buques no es muy alto: hoy se fleta un buque por lo que mañana se fletará un caballo: la compañía paga por este buque cuatro libras esterlinas al mes. El salario de los

artesanos de Providencia es de cinco libras al año... Los puritanos en Providencia tienen la mano fuerte; un labrador comete una falta: se ata a un árbol, se le azota hasta que se le abren las carnes y luego se le echa sal en las heridas.

No hay nada tan bueno como la sal para cicatrizar.

Y así va pasando el tiempo con algún provecho. Ahora piensan que podría conquistarse a Centroamérica, empezando por las costas de Nicaragua y el Darién. Se modifican en Londres los estatutos y se imparten instrucciones. Que se muevan los ingleses, sin que los españoles caigan en la cuenta; que con los indios invoquen el nombre de Drake; que hagan la propaganda del Evangelio. Y empieza la exploración. Pero fracasan: los holandeses habían estado antes y dañaron el negocio; por arrancar a la fuerza collares y narigueras de oro, se echaron encima la enemistad de los indios, y con los indios en contra no hay puritanos que se aventuren.

Han pasado casi seis años desde que llegaron los peregrinos y la situación empieza a volverse en contra de los ingleses. España reacciona, en cuanto logra desembarazarse de luchas en Europa. Sobre Tortugas, donde la compañía ha artillado los fuertes, caen de sorpresa los españoles enviados por el gobernador de Santo Domingo y no queda inglés vivo. Fortuna que muchos lograron escapar, siguiendo el prudente ejemplo del gobernador, que en cuanto vio venir las naves escapó sin dar otra fórmula sino la de «sálvese quien pueda». La alarma cunde desde Providencia y San Andrés hasta Londres. Los colonos se ponen en pie de guerra. Entrar en Providencia no es tan

fácil, porque la boca de la bahía es tan angosta que sólo cabe un buque y hay manera de cerrar el paso. Hay centinelas que se turnan de día y de noche. Todo está listo; murallas, cañones, arcabuces, oraciones: «Alabado sea Dios que ha puesto el anzuelo en la boca y el freno en las fauces de sus y nuestros enemigos, que no permita Él atenten contra nosotros, y que de ellos pueda decirse corrieron la suerte de Sennacherib, y que no puedan disparar una flecha contra nosotros. Amén». En Londres no se piensa ya en religión sino en guerra. El día en que Pym regresa al Parlamento es para decir: «¿Por qué Inglaterra no ha de iniciar en Centroamérica un imperio como el que los holandeses están organizando en el Brasil? ¿Por qué no hemos de poder nosotros arrancar de las manos de España este segundo Brasil?». Y cuando el gobernador de Cartagena endereza sus naves contra Providencia, le reciben los ingleses a voces de cañón. Durante siete días forcejea en vano por buscar algún camino para desembarcar entre los escollos que forman la defensa natural de la isla, y no lo logra. Envía un parlamentario para notificar a los ingleses que si no abandonan la isla volverá con mayores fuerzas y los desalojará. La contestación es un reto. El gobernador aprovecha la noche para regresar a Cartagena. El júbilo de los ingleses alcanza a resonar en Londres.

La colonia, que ha sido hasta ahora, al menos en teoría, hogar de puritanos, se coloca en plan de guerra y piratería.

El rey autoriza represalias contra los españoles. Pym reúne a sus socios y propone aumento de capital: piensa en la reconquista de Tortuga, y para eso confía la flota a un contrabandista profesional que ha llegado con recomendaciones que lo habilitan de caballero y lo califican de soldado. En Providencia se establece un servicio militar obligatorio. En San Andrés, que hasta ahora ha desempeñado un papel secundario, se improvisa un astillero y se construyen pequeñas embarcaciones para el comercio y el ataque. Como en los barcos de Holanda lo que llega es vino, y en Providencia cada vez hay más borracho, se les cierra el puerto. Los españoles llaman a las islas cuevas de ladrones y piratas: los ingleses responden planeando el saqueo de Santa Marta. Y como lo planean lo intentan: al mando de míster Rous sale la expedición; las naves entran confiadas por la boca de la bahía más perfecta del mundo y ven al fondo, en la herradura de arenas que encierran este mar azul, las casitas que blanquean como carne de coco. Míster Rous desembarca y ataca como si fuera un Drake. Pero los españoles son ahora más fuertes: toman prisioneros a míster Rous y a sus soldados, y a míster Rous se le envía a la cárcel en España, donde logra fugarse sobornando a los carceleros con dinero que envía Pym. Luego, se le elige miembro del Parlamento. Biografía míster Rous: del barco pirata a la cárcel de Santa Marta, de la cárcel de Santa Marta a la de Cartagena; de la cárcel de Cartagena de Indias a la de San Lúcar en España; de la cárcel de San Lúcar al Parlamento de Londres.

Providencia sigue siendo el paraíso en que sueñan no sólo los ingleses sino hasta los puritanos de Massachusetts.

Inglaterra es ahora campo de lucha entre dos piratas que se odian a muerte. Los de la oposición al rey, que son los de la compañía de Providencia. La isla está a punto de convertirse en el refugio de los lores y caballeros de la oposición. Se piensa en hacer gobernador a un hermano de lord Forbes. Pym propone levantar el capital a cien libras. Como suena: nido de piratas y borrachos, en donde por cada blanco hay un negro retinto, se ve desde Londres como el paraíso terrenal. No es la primera vez...

A su turno, en Norteamérica los de New England, aburridos porque la colonia se ha convertido en una teocracia insufrible, intiman con los del Caribe. Los barcos de Providencia llegan a Boston cargados de indios, negros y otros productos de la tierra. Algunos de los negros resultan brutales caníbales. Es natural que los negros no tengan corazón blanco. Del otro lado, un grupo cada vez más numeroso de puritanos empieza a prepararse para dejar New England por Providencia, vende sus propiedades y envía un representante a Londres para abrir el camino. Pym oye el proyecto con entusiasmo. Según él, Massachusetts, en realidad, no fue sino el lugar señalado por Dios para un refugio temporal. Y así, sale de Boston el primer grupo: treinta hombres, cinco mujeres, ocho niños. ¿Veremos desplomarse a New England, buscando en Providencia el paraíso?

Y se anima la historia. Newman y Jackson renuevan la tradición de los grandes piratas. Se llega a pensar en una república de bucaneros independiente en Centroamérica, con bandera propia. Una democracia de bandidos, que

parece cuento de niños. Butler, el nuevo gobernador de Providencia, asalta Trujillo en Honduras, con éxito. Los españoles de Cartagena vuelven sobre Providencia, y otra vez tienen que regresar cabizbajos y con las manos vacías. Butler celebra ese fracaso con la matanza de los prisioneros, que se hace simultáneamente con las fiestas religiosas ordenadas para celebrar la victoria. Cuando estas noticias llegan a Cartagena, el almirante Pimienta suelta palabrotas de coraje y juramentos de venganza: que lavará la afrenta con sangre y en persona irá a barrer de ingleses las islas de Providencia y San Andrés. Se habla de los frailes que Butler tiene en la cárcel, y esto pone fuego en los corazones. Se alistan los barcos. Pimienta es hombre de coraje, pero también de juicio: plantea el ataque con precisión de estratega europeo. Sus naves van al punto por donde debe atacarse. En la isla le esperan los ingleses con todo previsto: cada cual en su puesto, y lista la mecha en los cañones. Catorce fuertes tiene la isla, y en ellos 56 cañones grandes y 148 menores. Pero Pimienta los burla, y sus dos mil hombres ponen el pie en la isla. Hay coraje, cuchillos, balas, palabrotas, blasfemias y silencio: los españoles han barrido. Los frailes salen de la cárcel a cantar el tedéum. Los ingleses van a la cárcel. Las inglesas son enviadas en un barco con destino a Londres. Pimienta recoge medio millón de ducados para las arcas del rey. Los peregrinos que venían de Boston supieron la noticia en el camino y gentilmente volvieron sus barcas.

 Cuando entraron a Boston les dijeron: aviso de Dios...

 En Londres, Pym ve su sueño hundirse en un charco de sangre. Jackson, el pirata, asalta a Trujillo en Honduras; y

a Jamaica, y las costas de Cartagena, Guatemala, el Darién. Son pequeñas hogueras que nada rectifican. El paraíso de los puritanos ha quedado en manos de los católicos de España. Providencia, la de los peregrinos Seaflower, se ha perdido. Y por una de esas casualidades de la historia, corresponderá al poeta inglés del siglo, al propio Milton, relatarlo. Como secretario de Cromwell, Milton escribe, en efecto, el manifiesto de guerra contra España: *Scriptum domini protectoris contra hispanos*. Ese manifiesto es un alegato en desagravio de la compañía de Providencia, donde se narra la toma de Tortuga y Providencia por los españoles y su asalto a las naves de la compañía.

Y ahí el poeta, pues, escribe la prosaica historia de otro paraíso perdido, que Cromwell tratará de reparar con la conquista de Jamaica.

No hay que pensar que en estas islas de los siete colores sólo existen ingleses, holandeses, franceses, españoles, indios, negros, hugonotes, católicos y puritanos. Al contrario, quienes dan el color local en XVII son los bucaneros y filibusteros. La historia es de ellos, porque ellos son quienes inventan un sistema original de lucha. Los otros piratas, de corte europeo, hacen en el Caribe las mismas cosas que en el canal de la Mancha: su escuela sigue siendo la francesa o la inglesa, con aplicaciones al medio americano. El bucanero no: él no tiene cuentas pendientes con ningún rey europeo. Su rey es su capitán, y capitán el mejor cuchillo de la pandilla. Todo como entre hermanos. Cuando están en la isla, en patrullas de *boyscouts*, se van a los montes a cazar puercos. Secan al sol la carne, fumándola en

barbacoas —a la bucana, que dicen—: es una carne que conserva todo su gusto, como los chorizos españoles o los de Turingia, y que puede guardarse por meses. Dicen que los caribes la preparaban con cuartos de sus enemigos; parece exageración, pero todo es posible.

Los bucaneros hablan como en inglés, como en francés, como en holandés, como en español: anticipo del papiamento. «Vamos —dicen— a bucanear». Y bucanando se pasan los días, las semanas, durmiendo en los montes, tirándose en la playa, en un alegre salvajismo. Es de rigor que nunca se renuevan del traje, si es que lo llevan, ni de las huellas de la sangre de los puercos, ni de la de los cristianos.

Otras veces se van al mar. Se convidan para ir a correr a la aventura. Que cada cual ponga un poco de carne de puerco o de tortuga y lleve su pistola y su cuchillo. Si hace falta carne, bajan a cualquier isla; mejor si es de españoles, que son el enemigo común. Al primero que encuentran le dicen: «¿Dónde están los cerdos?». Y si este no les lleva al corral y se los suelta, al infierno con él; le despachan de una puñalada y siguen preguntando. Hasta que dan con los puercos; los bucanean y en canoas se llevan la carne a las naves. Luego vienen los asaltos. Todo es cuestión de no dormirse con los cuchillos. Del botín, nadie toca nada para sí; va al fondo común, que limpiamente reparte el capitán al terminar la gira. Cada cual recibe su parte y va a emborracharse. Cuando se lo ha bebido todo, vuelve a la mar. Quienes viven más en el mar que en el monte, se llaman filibusteros. En inglés, a los corsarios se les llama

freebootes. Esta palabra, mezclada con un poco de ron de las Antillas, llega a trastocarse con el tiempo en *filibusteros*.

Los bucaneros y filibusteros son piratas del viejo mundo que se encuentran mejor en las islas y resuelven tomarlas como su nueva patria. O sirvientes de los que traen los colonos de Francia, Inglaterra u Holanda. Estos sirvientes han sido muchachos de la campaña que con engaños y promesas se reclutan en Europa para servir gratuitamente por tres años; terminado el servicio se les pagan cinco o diez libras y se les deja libres. Otras veces han sido jovenzuelos que los piratas se han robado en las aldeas y ciudades de Europa, como se dice que hacen los gitanos. A los sirvientes se trata con mayor dureza que a los esclavos, porque en tres años hay que sacarles todo el jugo. Para salvar la vida, algunos sirvientes proponen a los amos, en el segundo año, quedarse por tres más, y entonces, por las mismas leyes económicas, la mano del amo se ablanda. Pero en cuanto el siervo logra escapar se va al monte o al mar, hasta que la suerte le lleva al campo de los bucaneros y pide le reciban en la hermandad. Ser bucanero es elevarse en condición social. Es gozar de la vida. Es acercarse a un estado ideal: rousseauniano. Raveneau de Lussen es una persona honesta y escrupulosa, que se hace bucanero con el propósito de pagar algunas deudas. Podría la malicia humana disminuir la altura de sus miras, pensando que, en Europa, quien no paga una deuda está expuesto a que le corten las orejas y las narices. Pero, en todo caso, lo de Raveneau es bonito.

El bucanero tiene siempre un amigo más íntimo en la pandilla: su socio. El socio es el cómplice, el camarada

y el heredero universal. Todos, por lo demás, son hermanos. En las navegaciones sólo se hacen dos comidas al día; entonces se acurrucan en torno al montón de carne y cada cual come lo que le da la gana, sin aquello de que a este más porque es el capitán, a este menos porque es peón o grumete. Cuando se reparte el botín, lo primero es la parte de los que han perdido un pedazo del cuerpo en el asalto: es el seguro social; al que le bajaron el brazo derecho, le dan seis esclavos o seiscientos pesos; por la pierna derecha, quinientos; la pierna izquierda se estima en cuatrocientos; por un ojo sólo se abonan cien pesos, y lo mismo vale un ojo que un dedo. Pero el que un hombre quede desportillado no es cosa muy grave. Uno de los grandes héroes es el Pata-de-palo, y los tueritos parece como que llevaran el talismán de la suerte en el ojo perdido.

Cuando los filibusteros regresan al campamento, ya están los taberneros esperándolos. Lo mismo que ocurre en Amsterdam, dice Esquemeling, con los marinos que vienen del Oriente. Entonces, los bandidos son alegres, dadivosos y borrachos. Muy borrachos. Hay quien compra barriles de vino o de ron y se coloca a la puerta de su casa: cada transeúnte que pasa ha de tomarse un vaso con él. En la guerra son feroces. A los enemigos suelen amarrarlos desnudos a los árboles: les clavan bolas hechas con espinas de palma untadas en aceite, les prenden fuego; si el prisionero muere a gritos es señal de que se lo lleva el diablo; si muere sin lanzar una queja, se es que fue valiente. Otra invención es azotarlos y en las heridas ponerles miel: luego, que vengan los mosquitos...

El mejor libro que hay sobre los bucaneros lo escribió Hendrik Barentzoon Smeeks, un médico holandés que ha viajado en los barcos de la Compañía de las Indias Orientales y de la Compañía de las Indias Occidentales. Sus libros son tan atractivos que pronto se traducen a todos los idiomas. El libro sobre los bucaneros está firmado con el nombre de John Esquemeling. Cuenta el autor que no dirá nada que no haya visto u oído. A las Indias, dice, lo llevaron como sirviente y fue vendido a un amo bondadoso que después de aprovecharle por un par de años le dijo: «Si queréis, podéis iros libre, comprometiéndoos a pagarme lo que pagué por vos en cuanto hagáis fortuna». Entonces hizo Esquemeling lo de Raveneau: irse a que le recibieran entre los bucaneros para empezar a ganar dinero. Su amo le soltó tan libre como Adán. Aclara el autor: es decir sin tener ni un trapo para cubrir mis carnes.

With their mixture of courage and guile, of emotion and hard-headedness — a bit of Odysseus and a bit of Achilles, seemed to be combined in every Greek— they were born to be seamen, that is, initially, pirates. Thucydides mentions this profession by name, and expressly adds «that no stigma attached to the business»...

EMIL LUDWIG

▪ LA ISLA DE CROMWELL, EL PROTECTOR, Y MORGAN, EL PIRATA

MIENTRAS LOS PURITANOS despliegan sus guerrillas en el Caribe, España ensancha, sobre sus dominios donde no se pone el sol, el círculo de sus empresas católicas. Millares de franciscanos, dominicos, jesuitas, penetran con sus misiones selvas, montañas, valles y mesetas, hasta no dejar rincón del Nuevo Mundo en donde no se vea la blanca espadaña de una iglesia, no se escuche el sermón los domingos y no se rece a los indios la doctrina. En la ciudad de México se construye una de las catedrales más grandes y ricas del mundo; en Quito y Chuquisaca, ciudades perdidas en las cumbres de los Andes, el interior de las iglesias es de oro fino como no se verá en otro punto de la tierra. Por el cauce profundo del Paraná, que corre en medio de selvas vírgenes, bajan a la hora del crepúsculo y la oración enormes barcas de los jesuitas con indios que cantan en coro versos latinos acompañados de música de arpa. En todas partes, desde las dilatadas tierras de México hasta los confines de Chile y la Argentina, se labran altares, se pintan imágenes, se reza el rosario, se elevan templos a la

Virgen. Los fogonazos de acometividad puritana, que se encienden o apagan en Providencia o en San Andrés, son fuegos de salón al lado de esa hoguera mística española que alumbra medio mundo. Ahora que pasó la conquista militar y los españoles hacen el tránsito de la acción a la contemplación, América es un continente de almas, propicio a las jornadas evangélicas.

De Cádiz salen flotas de veinte, treinta naves que luego van repartiéndose: tantos buques para La Española, tantos para Santo Domingo, tantos para Cartagena o Veracruz o Portobelo. Llegan con botijas de aceite y de vino, y lienzos para el comercio, y azogue para las minas; regresan cargados de plata. Siempre llevan en alto el pabellón de Cristo. O mejor, el del Dulce Nombre de María. Cuando el mar está en calma, en las tardes, de una nave a la otra se alcanzan a oír los cantos de los frailes. Si es el día de san Ignacio y viene un grupo de jesuitas, desde la víspera se iluminan con faroles de papel jarcias y mástiles, se disparan cañonazos y cohetes. Al amanecer, misa en el puente, y blancos manteles en las bordas. Luego, procesiones e himnos de inflamado entusiasmo, porque la compañía que fundó san Ignacio de Loyola es militante y tiene su mística bélica: «Fundador sois, Ignacio, y general de la compañía real, que Jesús con su nombre distinguió. La legión de Loyola, con fiel corazón, su pendón enarbola...». Tras la fiesta de san Ignacio, viene la de Santiago, apóstol de España, talismán de todas las victorias. Celebrándole, encuentran un pretexto los dominicos, que vienen en otro barco, para emular en galas con los jesuitas. Y así, la travesía es un rosario de

fiestas que son como una Semana Santa de Sevilla sobre el mar, una procesión que rueda sobre las aguas y se menea entre las velas, que son las manos blancas del viento.

Entre los monjes vienen algunos que son de los peores de España; otros buenos, de corto entendimiento, que se perderán en la penumbra de las parroquias o engordarán a la sombra de los conventos; algunos santos y humildes, otros con la cándida fe del carbonero, y no pocos ambiciosos, que han aprendido de los cazadores de canonjías en España y aspiran a sacar las uñas en la floresta primitiva del nuevo continente. No faltan eruditos y artistas de genio: el obispo de Puerto Rico, Bernardo de Balbuena, pasará a la historia literaria como uno de los grandes poetas castellanos de todos los siglos. En la reforma del convento de la Merced, en Santo Domingo, hay un fraile definidor que se llama Gabriel Téllez, y que en medio de la modorra que apaga los ojos a la hora de la siesta escribe esta delicada sentencia: Aquí «el clima influye ingenios capacísimos, puesto que perezosos»; este fraile se llama en el mundo de las letras, nada menos que Tirso de Molina. Y al lado de los frailes finos y sutiles están los oradores de voz profunda y brava, que suben al púlpito para levantar partido, desafiar gobernadores, atemorizar indios y amenazar blancos, manejando el sermón como estandarte de guerra y la bendición como arcabuz. Otros, se dejan arrastrar por las tres tentaciones del demonio, el mundo y la carne, y son tutores de escándalos que hacen enrojecer las crónicas, porque escándalo de frailes es dos veces escándalo. Otros son santos purísimos, como san Pedro Claver, que es en

Cartagena bálsamo de piedad para los negros. De todo hay en la viña del Señor.

Entre los dominicos que llegan a América de paso, con la intención de seguir para la evangelización de Filipinas, está fray Thomas Gage. Es hijo de una vieja familia católica inglesa y se ha educado en la casa de la orden en España. Su hermano está de gobernador y enseña letras en Oxford. Pero fray Thomas siente que a medida que entra en contactos más íntimos con los españoles, su sangre británica se le afina y ensoberbece. Llegado a México cambia de rumbo, desiste del viaje a Filipinas. Pasa a Guatemala, Nicaragua, Panamá, Portobelo, Cartagena, La Habana. Por último regresa a Inglaterra, cuelga los hábitos, se considera dichoso porque ahora sí verá los Evangelios a la luz de la libertad, y con la vehemencia propia de los que estrenan religión levanta cátedra contra jesuitas y dominicos, arremete contra los obispos, contra el papa, verdadero Anticristo que vende las indulgencias y autoriza las idolatrías de sus antiguos compañeros los dominicos.

Ahora el exfraile sólo hace memoria de las cosas más abominables. De otro fraile con quien se emborrachó en Cádiz y de las conversaciones que tuvo con él, del escándalo del padre Navarro en Guatemala, que por tener amores con una dama de sociedad recibió del marido unas cuchilladas que le dejaron el rostro señalado de por vida, etcétera. Todo esto aparece en su libro *A New Survey of the West Indies*, que es encendido llamado a Inglaterra para que arranque de las manos españolas las conquistas de Tierra Firme. El libro es de éxito inmediato y se

traduce a varias lenguas como el primer documento en donde se hace un relato fidedigno de lo que ocurre en esas colonias españolas a donde no pueden penetrar los extranjeros. El propio Colbert ordena al señor de Beaulieu lo vierta al idioma francés, y el traductor se precia luego de haber introducido al fraile personalmente a presencia del ministro de Luis XIV después de que no solamente «le ha enseñado a hablar francés, sino que le ha vestido a nuestra manera, despojándole de todo aquello que tenía de más chocante».

En cuanto a Cromwell, no necesita mayores estímulos para arremeter contra España. Es el heredero intelectual del grupo que constituyó la compañía de Providencia, y de la turbulenta casta de Devon que bajo el manto de la reina Isabel hizo la guerra de piratería. Thomas Modyford, un colono que se ha establecido en Barbados y hoy es dueño de una fortuna, le incita para que despache una expedición a las Antillas. El exfraile Gage habla en el Parlamento de sus viajes y dice a los ingleses: «Ha llegado el momento de dar la carga en América, contra el papa, contra España, por Inglaterra». Cromwell planea la expedición, con órdenes de que ataque a Santo Domingo o Puerto Rico, y de allí se lance sobre Cartagena o La Habana. El almirante es William Penn, padre de quien más tarde hará la colonización de Pennsylvania en la América del Norte. El general, Robert Venables. En 38 buques se embarcan 2.500 soldados de los más azarosos: la hez del ejército de Cromwell, la canalla de los barrios bajos de Londres. Como capellán protestante de la armada va el exdominico Thomas Gage.

Dice Cromwell en el Parlamento: «Nuestro gran enemigo en el exterior es España: un enemigo natural, por la enemistad que tiene contra todo lo que es de Dios... La verdad es que nunca puede hacerse la paz con un estado papista: firmad con él lo que queráis, pero estad seguros de que sólo guardará sus promesas hasta el punto en donde el papa diga amén». Y al almirante Penn entrega un manifiesto en donde dice: «El rey de España ha ejercido en América crueldades y prácticas inhumanas no sólo contra los indios y naturales sino contra todos los hijos de otras naciones que habitan en esas tierras, arrebatadas por él a la fuerza de sus legítimos poseedores contra el derecho común y la ley de las naciones. Ha asesinado a muchos hombres y puesto a otros en cautividad, y ha prohibido hasta el día de hoy el comercio con nosotros y con las demás naciones, llegando a ejercer actos de hostilidad contra nosotros —cosa contraria a los tratados entre ambas naciones—, so pretexto de que esas partes del mundo son suyas porque le fueron donadas por el papa...».

Llegando a Barbados, la primera isla donde toca la expedición y donde tiene sus plantaciones Thomas Modyford, son muchos quienes quieren incorporarse en la aventura. Hacer la guerra al español es algo que siempre cae bien en las Antillas. Modyford ve con gusto el propósito del gobierno británico de cambiar banderas en el Nuevo Mundo. A los siervos de las plantaciones, Venables ofrece la libertad si lo acompañan. De este modo su ejército aumenta como por milagro. De isla en isla va engrosando. Con 2.500 hombres salió de Inglaterra: con 6.873 desembarca en

Santo Domingo. El gobernador español, conde de Peñalva, sólo tiene para resistirle unos centenares de soldados. Basta un poco de buen sentido en los directores de la expedición para pulverizar a los españoles. Pero lo único de que carecen Penn y Venables es de buen sentido. El almirante y el general no se entienden. Penn sonrío cada vez que Venables hace una estupidez, y Venables hace una estupidez cada vez que da una orden y traza un plan de campaña. El ejército desembarca en una costa desierta. Para llegar a las fortalezas españolas tienen los soldados que avanzar días y días por tierras sin agua ni sombra. Venables no ha permitido que se traiga brandy, que es la medicina, el estimulante, el bordón del peregrino en estas jornadas y la bandera del pirata. Un día declara que al entrar en la ciudad los soldados no podrán entregarse al pillaje: es tal la indignación que causa esta orden, que centenares tiran al suelo las armas y declaran que no irán al combate. En estas condiciones la muchedumbre de que hace cabeza, sin tenerla, el general inglés, queda destrozada por los pocos españoles que manda el conde de Peñalva. Y si el conde hubiera dispuesto de mil soldados, hubiera podido lanzarse a perseguir a los vencidos hasta no dejar uno vivo.

¿Qué hacer? ¿Regresar a Londres a publicar la derrota y perder la cabeza? No: hay todavía una puerta que se abre acogedora a los aventureros: la conquista de Jamaica. En Jamaica no tienen los españoles fuerza alguna. Otras islas han ganado los ingleses, los franceses, los holandeses, con puñados de bucaneros. Aquí no es sino pasar un brazo de mar y clavar la bandera. Así se hace. Un minúsculo grupo

de españoles se esconde en los montes, hace embestidas de guerrillas, pero en realidad sólo alcanza a cumplir una misión: asegurar la retirada de las mujeres que van a otras islas con sus hijos y los baúles. Jamaica queda, puede decirse que para siempre, en poder de los ingleses. Sin embargo, es resplandeciente la derrota que han sufrido Penn y Venables. Cuando el almirante y el general se presentan a Cromwell para disimular con lo de Jamaica lo de Santo Domingo, el Protector ya les tiene preparado alojamiento en la Torre, donde pasan unas semanas purgando sus desventuras.

El nuevo gobernador de Jamaica entiende bien su oficio. Decreto del 14 de agosto de 1656: que se distribuyan entre los soldados 1.701 Biblias. Decreto del 26 de agosto de 1659: que de los fondos de la tesorería se paguen veinte libras esterlinas a John Hoy, valor de quince perros suministrados para cazar negros. Jamaica se convierte en cuartel general de bucaneros y filibusteros. Se les ve con sus caras feroces, las camisas ensangrentadas, los ojos azules, comiendo con cubiertos de oro y plata. Hay caballos que corren herrados con herraduras de oro.

En los tiempos de Colón y para traer al Nuevo Mundo las luces del Evangelio, los españoles sacaron de las cárceles a los condenados y con ellos empezó a predicarse el catecismo. Ahora Cromwell, inflamado de fervor religioso, queriendo convertir a Jamaica en la lámpara protestante del Nuevo Mundo, hace lo propio. Da órdenes para que en las islas británicas se organice una cacería de condenados, vagabundos y mujeres de mala vida, que ni dejan vivir en paz ni sirven para la guerra, y se los envíe a Barbados

y Jamaica, donde los dueños de las plantaciones pueden comprarlos como sirvientes y usarlos por cinco años. Se llama vagabundos o mujeres de mala vida a los sacerdotes católicos y a los muchachos y muchachas que profesan esa abominable religión. Tenemos, dice, que limpiar de cizaña la isla. Irlanda es el sitio ideal para desarrollar estos planes, pues de paso se toma venganza de la muerte de los protestantes que fueron sacrificados en el último levantamiento de los católicos. En Irlanda está, como general de las tropas, Henry Cromwell, el hijo de Oliverio. El padre le explica cómo debe cazar muchachos y muchachas y situarlos en las cárceles de Bristol, de donde se enviarán para las Antillas. Las cartas del hijo están llenas de tierna comprensión filial: «Nada tengo que decirles acerca de las muchachas, sino que todos vuestros deseos tendrán cumplida satisfacción; creo que lo que conviene mejor a vuestros negocios y a los nuestros es enviar de 1.500 a 2.000 muchachos entre 12 y 14 años a la plaza indicada, que a lo mejor se logre por este medio hacer de ellos ingleses de verdad, quiero decir: cristianos».

La verdad es que el gobierno inglés de Irlanda se muestra especialmente interesado en transformar en ingleses a estos tozudos rebeldes. Hay una ley que ordena lleven la barba y se vistan como la gente de Londres, y que en vez de esos absurdos apellidos como McCormick u O'Hara se adopten otros que suenen bien al oído inglés. La ley sugiere, para este último efecto, tomar nombres de ciudades como Sutton, Chester, Trim o Kinsale; o de colores como White, Black o Brown; o de profesiones como Smith o Carpenter;

o de oficios como Cook o Butler. La renuencia a cumplir con esta ley hace incurrir en pena de confiscación de bienes.

En cuatro años, se envían a las Antillas 6.400 esclavos blancos cazados en Irlanda y Escocia. La población de Jamaica a los siete años de la conquista ya es de 15.000 habitantes. En Barbados esperan los dueños de las plantaciones con impaciencia el buque de Bristol, y 1.500 libras de azúcar por cabeza. Las muchachas tienen demanda especial, más si son bonitas y agraciadas. «La medida es muy benéfica para Irlanda —dice un historiador inglés—, porque la alivia de una población que siempre crea disturbios en las haciendas; es benéfica para el pueblo que se exporta, porque de este modo puede hacerse inglés y cristiano; y es benéfica para los dueños de plantaciones de azúcar en las Antillas, que necesitan hombres y muchachos para su servidumbre, y mujeres y muchachas irlandesas en un país donde sólo tienen mulatas y negras para solazarse».

Todo eso es cierto, pero no es bastante. Barbados y Jamaica son insaciables. Las plantaciones de azúcar crecen y aumenta la demanda de trabajadores. Irlanda y Escocia no dan abasto. Empiezan a desaparecer niños en toda Inglaterra. Cuando bajan los buques por las silenciosas aguas del Támesis, se oyen gritos de las madres desesperadas que imprecán desde la orilla a los marinos ladrones y les reclaman sus criaturas. Los barcos siguen, camino de las Antillas. Con las denuncias, acaba por producirse un escándalo en el Consejo de Londres. La práctica de robar niños, dice el informe, es «*a thinge so barbarous and inhumane that nature itself, much more Christians cannot but*

abhorre...». Con los mayores se usa de otro sistema: se les emborracha. Despiertan en alta mar, con destino a Barbados. En la vida ordinaria de Inglaterra, Barbados surge ahora como fantasma espantable. Se forma un nuevo verbo: barbadear. Si una muchacha desaparece de su casa es porque los traficantes la barbadearon. Y también se barbadea a los políticos: a sesenta caballeros se les pone la mano por ser de la oposición al gobierno, los soldados les llevan a Plymouth; en Plymouth se les embarca a bordo del John of London, y el John of London los lleva al mercado de Barbados. El sistema dura por años. Se dice que la reina recibe utilidades en el negocio. Después de todo, un prisionero político es como cualquier criminal, y en Londres una sirvienta que hurta de la bolsa de su señora cuatro libras se condena a ser vendida como esclava por cuatro años en las Antillas.

La experiencia en las plantaciones, sin embargo, tiende a probar que es mejor el esclavo negro que el blanco. Para cortar caña, molerla en los trapiches, resistir al sol tropical, es mejor trabajar con negros del África que con señoritos de Londres. Lo malo es que los negros los venden los holandeses, con perjuicio del comercio británico. Y aún hay intereses de otros países inferiores: una compañía genovesa ha obtenido privilegio de España para la venta de 24.500. Inglaterra no puede ver esto impasible. Se forma The Company of Royal Adventures Trading of Africa. La reina, el duque de York, el príncipe Ruperto, como todos los grandes de Londres, suscriben acciones. No hay nada más ilustrativo que ver esas largas páginas de los libros de su contabilidad,

con sus columnas de entradas y salidas. 1673, mayo 6: entran 204 negros; se venden en tantas libras de azúcar; promedio por cabeza: 17 libras esterlinas, 11 chelines; 1675, febrero 5: entran 322; se venden a 18 libras, 19 chelines —117 son mujeres—; julio 26, entran 115; vendidos a catorce libras —llegaron muriéndose; mal negocio—. Y así, de 1645 a 1667, mientras centenares de blancos emigran de Barbados a Jamaica, los negros suben de 5.680 a 82.023. Naturalmente, a los blancos se les trata con menos miramientos que a los negros: si aflojan en el trabajo se les azota; si hacen bien la faena es porque resisten más, y se les aumentan las horas. Un día la copa rebosa: hay intento de rebelión en los esclavos blancos; a lo menos, parece que ha corrido la voz de asesinar a los amos; como castigo o por precaución, a dieciocho se les cuelga de las horcas.

Y así, siguiendo los naturales impulsos de la época, Barbados y Jamaica progresan. Ahora son centros de un notable intercambio comercial. En un memorial que suscriben los cultivadores de caña y fabricantes de ron, afirman que están empleando 20.000 negros en los cortes, que las cosechas valen doscientas mil libras al año, que despachan 226 buques al año y que sus exportaciones exceden a todas las de la América española. De Massachusetts llegan bestias para los trapiches, madera para hacer toneles, géneros; regresan con azúcar, ron, negros del África, vino que han traído los buques holandeses, sal de las islas vecinas. La industria de Jamaica es más de piratería. El almirante Cristóbal Mings agarra un botín que se calcula en trescientas mil libras.

Los españoles pusieron sus esperanzas en la subida de Carlos II al trono de Inglaterra. El nuevo soberano, en efecto, se inicia con palabras muy comedidas, pero en cuanto a que Jamaica y algunas otras islas son inglesas, sus declaraciones son tan terminantes como si Cromwell hablara por su boca. Un sobrino de Cromwell, sir Thomas Whetstone, se pone al frente de los corsarios jamaicanos, y el nuevo gobernador de la isla, lord Windson, declara que vivirá en paz con los españoles del Caribe mientras los españoles le dejen la libertad de comerciar: es la manera más política y discreta de presentar la guerra. Enseguida, el almirante Mings inicia un primer ataque a la isla de Cuba. Cae sobre Santiago, y esto parece un renacimiento de los días de Drake. La iglesia y el hospital, la ciudad toda queda en cenizas. A Jamaica van a dar las campanas de la iglesia. Los cañones del fuerte que se ha volado, se llevan a la propia torre de Londres para exhibirlos en medio de la natural satisfacción de los visitantes. En medio millón de libras se calcula el monto del botín. Tras el asalto a Santiago, viene el de Campeche, en México, con la toma del fuerte y las catorce naves que caen en poder de mister Mings. En estos dos asaltos se halla un joven importante: Henry Morgan.

Y así, mientras en Londres unas veces se atiende al embajador español y otras no, y hay épocas de llamadas de guerra y otras de paz más allá de la línea, como dijo Drake, no hay paz. El Caribe es la violencia, la audacia, el tiroteo.

De cuanto llegó a las Antillas cuando Cromwell, lo más importante es algo que apenas si mencionan las

crónicas, y que a punto fijo ni se sabe cuándo entró al Caribe: es la persona de Henry Morgan. Nadie, después de Drake, dejará huella tan profunda en los contornos de este mar. Para los españoles, será el pirata por antonomasia. En la historia de los bucaneros de Esquemeling, es figura central, y el relato de cómo colgaba de los pulgares a los prisioneros, y de los fósforos que les prendía entre los dedos, y de cómo les quemaba el rostro con hojas untadas en aceite, quedará como el aguafuerte de la época. Pero Morgan ha obrado en complicidad con las autoridades de Jamaica, es hecho caballero en la Corte, y llegará a gobernador de Jamaica y a morir con muchas honras. Un siglo antes, hubiera compartido con Drake todos los riesgos y los honores. Cuando Esquemeling publica su libro, Morgan se indigna, nombra abogados para que sigan a los editores juicio por difamación, y en las subsiguientes ediciones inglesas del libro aparecen unos prólogos que son más que desagravio, canto de abierta alabanza al caballero Morgan.

Cuando el almirante Mings regresa a Jamaica, después del saqueo de Campeche, tres valerosos capitanes: Morgan, Jackman y Morris, resuelven asaltar con su pandilla otras ciudades de Tierra Firme. Con poco más de cien hombres, la emprenden, en Tabasco, contra Villa Hermosa. Seguir hacia el norte, a Veracruz, sería demasiada aventura. El sur está menos defendido, menos explorado. Es el mundo del exfraile Gage. Cruzan, pues, el golfo de Honduras, saquean

a Trujillo, y pasan a Nicaragua, entrando por la costa de Mosquitos, donde los indios se entienden con los ingleses. La idea es asaltar a Granada, que está sobre el lago de Nicaragua, más cerca del Pacífico que del Atlántico. Es un largo camino tierra adentro, pero los aventureros lo hacen, y vencen. Era difícil en Granada esperar semejante visita sin estar España en guerra con los ingleses. El pillaje es espléndido, y en él participan indios e ingleses. Los indios creen que es llegado el día en que los rubios soldados de Morgan sucedan para siempre a los españoles en el gobierno de estas tierras. Granada es espléndida. El gobernador de Jamaica dice que es tan grande como Portsmouth. Tiene siete iglesias y una hermosa catedral y muchos colegios y monasterios, todos de piedra. En la catedral sólo, Morgan hace trescientos prisioneros, casi todos sacerdotes y monjas. Para defenderse, Granada no tenía sino el bronce de las campanas. Morgan regresa a Jamaica como un héroe. Ha puesto su mano de hierro en el propio país donde Cromwell había clavado la mirada de su ambición, en el justo medio de los reinos de México y el Perú. No ha cumplido aún treinta años, los bandidos le quieren, las autoridades le estiman, le ama su prima —y con ella se casa—, suele emborracharse, tiene dinero, y se retira tranquilo a esperar: no le faltará ocupación en ese mar que empieza a ser de su entera propiedad.

Tras esta aventura de Morgan, se lanza otro capitán de Jamaica, no menos atrevido: Mansfield. Piensa avanzar aún más hacia el sur, ir a Costa Rica, y acabar de cubrir el mapa de la América Central. En su tropa de seiscientos hombres se oyen todos los acentos: ahí van ingleses,

flamencos, franceses, genoveses, griegos, levantinos, portugueses, indios y negros: es la legión internacional del Caribe. Unas veces van rompiendo montes, otras asaltando haciendas. Los indios huyen tan atemorizados como los blancos. Hasta Turrialba llegan los legionarios, pero su propósito es ir hasta la capital, al saqueo de Cartago. Mansfield le ha hecho saber al gobernador que irá a tomar chocolate en su mesa y a saber si es cierto, como dicen, que hay bonitas muchachas. El gobernador es don Juan López de la Flor. Con ese nombre y ese apellido tan románticos bien pueden morir de carcajadas los bucaneros. Para mayor gracia, el cura Teotique se llama don Juan de Luna, y don Juan de Luna es quien le envía mensaje a don Juan de la Flor sobre los avances de los bandidos. No es sólo eso lo divertido; en Cartago están pensando que Nuestra Señora de la Concepción va a defenderlos; por las calles la sacan en procesiones sobre las piedras redondas de los empedrados; donde van lloviendo flores, no se oyen las pisadas de los fieles descalzos; en el aire tiemblan las luces de las velas y las voces de las plegarias. Ríen los bucaneros. Pero los últimos que ríen son, esta vez, los españoles, porque Mansfield, que no es un Morgan, no se atreve por los ásperos caminos que van a Cartago, y porque el gobernador no es de jardín, como pudiera suponerse: mordiéndole va los talones a la legión extranjera. La Virgen, dice el pueblo, hizo el milagro. Mansfield se hace a la mar. Mansfield toma de sorpresa la isla de Providencia, que veinticinco años antes había sido el refugio de los ingleses. En cuanto los españoles lo saben, envían naves y otra vez expulsan a los ingleses.

De todas estas aventuras se saca en limpio que el Caribe sigue siendo el mar de los piratas. En Jamaica los bucaneros ociosos riegan el cuento de que los españoles se preparan para atacarlos. Si el gobernador no da poderes a Morgan para que tome la ofensiva, cualquier día los ingleses verán arder sus propias casas. La tradición nacional inglesa es poner en estos casos la defensa y el ataque en manos de los perros del mar. Morgan se emborracha y espera. Las alarmas se multiplican. Todo el mundo en la isla dice que el gobernador de Cuba está armando la flota contra Jamaica. Está bien: que salga Morgan.

Y Morgan se alista. Todos quieren ir con él. Con quinientos hombres, en diez naves llega a las islas de los Pinos, camino de La Habana. Doscientos más se unen allí, con otras dos naves. Unos ingleses que se han escapado de la cárcel le informan sobre las defensas de Cuba. Son más serias de lo que se cree. Hace un año que el obispo viene alentándoles para que terminen las murallas y castillos de La Habana. Este obispo fue soldado en su juventud y sabe cómo se gana una pelea. Morgan ve que atacar a La Habana sería darse con una piedra en los dientes; regresa, esconde sus naves en los Jardines de la Reina —un jardín de rocas solitarias y bancos de arena— y por una costa indefensa entra, tierra adentro, para asaltar a Santa María de Puerto Príncipe. El pueblo despierta con los aventureros en las calles. Se les resiste en trincheras improvisadas, desde las azoteas. Más de cien vecinos y el alcalde mueren en la refriega: Morgan sale con los morrales cargados y arreando mil reses gordas que se pasan a cuchillo y se

preparan al gusto caribe; las despensas de las naves quedan repletas de bucana.

El asalto siguiente es a Portobelo, que ha reemplazado a Nombre de Dios, hoy abandonada, sobre las costas de Panamá. Uno de los más grandes ingenieros militares de su siglo, Juan Bautista Antonelli, aconsejó a Felipe II la fundación y defensas de la nueva ciudad. Se dice, con hipérbole propia de la imaginación española, que en la bahía pueden resguardarse hasta trescientas galeras y mil embarcaciones pequeñas. Desde luego, en las calles de Portobelo se ven iguanas, y las culebras y alacranes tienen la desvergüenza de llegar hasta el interior de las casas. Por las noches hay conciertos formidables, porque no hay sapo más grande y ruidoso que el de esta tierra. Cuando pasa por el lugar, Champlain declara que es el sitio más malo y despreciable del mundo. La guarnición tiene que mudarse cada tres meses a causa de las fiebres y dicen que ni las vacas crían, ni ponen las gallinas. Pero, del otro lado, ¡qué bien aparece Portobelo cuando llega la flota, y descargan su equipaje los virreyes que van para el Perú, y se ve el enjambre de los comerciantes que llegan ansiosos a ver cosas de Castilla, mientras recuas de mulas de Panamá van aliviándose en los andenes de las barras de plata que se amontonan como si fueran trozos de leña! La catedral, el mercado, el hospital, la aduana, la casa del gobernador, son todos edificios de piedra. El fuerte de San Felipe de Todo Fierro, de un lado,

y del otro el castillo de la Gloria, la fortaleza de San Jerónimo, las murallas, defienden el puerto como dos brazos de guerra. Portobelo, visto desde el mar, es una hermosura. Pero visto por las espaldas no tiene más defensas que sapos y culebras. Las calles se pierden y confunden en el monte, los pantanos, los caños. Por ahí viene el camino de herradura. Morgan lo sabe todo, y todo lo ve bien claro. Si con palos de sus naves entra por la boca del puerto, morirá estrangulado en un abrazo de piedra y plomo. Pero si va por el camino de los sapos y culebras podrá llegar libremente, como ellos, hasta la plaza del mercado. El plan tiene su audacia, y los franceses que le acompañan vuelven las espaldas. Avanza sin ellos, deja sus naves en un lugar cualquiera de la costa que se llama Bogotá, y de una jornada que en su mayor parte hace moviéndose en canoas por los caños, se coloca en las goteras de la ciudad. Un inglés que ha estado prisionero de los españoles les guía. De los tres castillos que han de tomarse, el primero cae de sorpresa, sin mayor lucha. Así despierta la ciudad. Las campanas tocan «al arma», y mientras los aventureros entran a saco en la iglesia, y tiendas y casas, el gobernador se hace fuerte en uno de los castillos, desde donde empieza a matar ingleses. Para callarlo, Morgan no tiene sino cuchillos y pistolas. Al estampido de la pólvora se mezclan los gritos de ¡Perros ingleses! ¡Piratas bandidos! ¡Cochinos protestantes!, y algunas otras expresiones que no pueden escribirse. ¡Papistas inmundos! ¡Españoles fanfarrones! ¡Frailes cobardes!, responden los ingleses, con otras expresiones que tampoco pueden escribirse. Son guerras en que aún es posible mezclar

con la munición la vocinglería de chistes y blasfemias que cubren con capa de luces el combate y son el natural sustitutivo de las bandas de música. Para asaltar la fortaleza hay que escalar los muros. Cuantas veces lo intentan los ingleses son rechazados por los españoles que arrojan pesadas rocas desde las almenas. Morgan encuentra una solución que le asegura la victoria: con la boca de sus pistolas lleva a los frailes y monjas para que le hagan el trabajo. A cuchilladas muere el gobernador, y con él los tozudos ofensores del castillo. El presidente de la Audiencia de Panamá paga un rescate para salir de Morgan, pero como su hazaña ha sido grande, le escribe un gentil mensaje rogándole le enseñe las armas con que ha vencido. Morgan le envía su pistola, diciéndole: «¡Guárdela vuestra señoría por un año, que ya volveré por ella». Y el gobernador: «Os la devuelvo, porque bueno es que sepáis que no tomaréis a Panamá, como habéis tomado a Portobelo, y podéis contentaros con este anillo de esmeralda que podéis conservar como un recuerdo de mi reconocimiento por vuestra audacia...».

Los piratas están entusiasmados. Nuevas expediciones se planean. Cartagena escapa de caer en manos de Morgan por un milagro. Cuando ya tiene los barcos listos para ir a saquearla, vuela la nave capitana, y de quienes están en este momento sentados a la mesa con Morgan, la mitad pasan derecho al otro mundo: «Al infierno», dicen en Cartagena, porque fue la Virgen de la Popa quien hizo el milagro: y no hay hijo de la ciudad que no vaya a encender una vela en su santuario. Morgan se dirige a Maracaibo, que es plaza menos fuerte. A tambor batiente entra por

las calles, tras la victoria que ha tenido asaltando el fuerte. Los vecinos huyen a los montes. Morgan somete a prolijos tormentos a los prisioneros, y sólo así logra desenterrar los tesoros de la ciudad. Un mes pasa en Maracaibo. Parece que no se irá nunca. Luego avanza hasta Gibraltar. La limpia. De carne y oro y plata están sus barcos repletos, y desplegadas las velas para regresar a Jamaica, cuando los españoles le cierran con sus naves de guerra la salida del golfo. Está embotellado. Entonces Morgan hace algo que ya hicieron los ingleses contra la Invencible Armada: preparar un brulote. La pequeña nave cargada de explosivos avanza sobre la armada española, como para un abordaje. Muchos troncos, vestidos con monteras y camisas, dan la impresión de un apretado grupo de soldados que se preparan para el asalto. En el momento preciso en que el barco toca los flancos de la capitana española estalla el brulote y se convierte en una hoguera que arde en medio de las naves españolas y las incendia. Morgan llega a Jamaica con doscientos cincuenta mil pesos de pillaje, todo el oro y plata de las iglesias, negros y vino. Se sienta a beber y a reposar. El gobernador le adjudica un gran trozo de tierra. Se convierte en un hacendado honesto y respetado. Pasarán los siglos, y siempre mostrarán al viajero el monte de Morgan, el valle de Morgan, el río de Morgan, donde fue su hacienda.

Un valiente español llega un día hasta las playas de Jamaica y en un árbol clava un cartel de desafío a Morgan. Morgan no tiene sino que salir a la plaza, entrar a las tabernas y mostrar la cara. Port Royal es la ciudad de los

borrachos y los aventureros, y todos salen tras él. Hasta los franceses. El consejo le da cartas que empiezan con las fórmulas de rigor: «Al almirante Henry Morgan, caballero, ¡salud!». Treinta y ocho naves, 180 cañones, 1.320 hombres. Jamaica parece mecerse sobre las aguas. Se tomará Panamá. Desde el castillo de San Lorenzo, a la entrada del río Cragres, se ven llegar las naves. Guerra limpia, sin sorpresas. El gobernador esta en el castillo con 314 españoles. Con sus estacadas y sus murallas, aquello parece inexpugnable, y al grito de «¡Perros ingleses!» los españoles saludan y desafían a los de Morgan. Pero Morgan, desde Maracaibo, parece haber hecho pacto con el fuego. El fuego será su arma y su ruina. Una y otra vez sus tropas se ven rechazadas por estos españoles que no están dispuestos a rendirse. Pero Morgan logra poner sus pelotas de fuego en la empalizada y arruinar la fortaleza. Hasta entre las cenizas, los españoles se defienden con rabia. Sólo diez quedan ilesos. Casi todos, de gobernador para abajo, mueren en la pelea. Algunos se tiran por las murallas al mar, prefiriendo estrellarse en las rocas a quedar cautivos de Morgan. La entrada ha sido violenta, pero el camino a Panamá queda abierto. Morgan avanza sobre cenizas. Los españoles queman todos los pueblos del camino, y los indios y los blancos van replegándose hacia el Pacífico y repitiendo su desafío: ¡Os esperamos en las sabanas, perros ingleses! Morgan sigue el camino de las mulas. Son jornadas de hambre, pero también de esperanza. Desde el Morro de los Bucaneros muestra a los suyos las sabanas del occidente, que van a perderse en las arenas donde el

Pacífico extiende sus encajes. En las sabanas los españoles presentan frente de combate, pero las casas blancas de la ciudad, que se ven al fondo, imprimen a los aventureros una fuerza arrolladora. Ya se atrincheran los panameños en las calles. Los de Morgan saltan como galgos alegres.

Panamá es de las ciudades grandes del Nuevo Mundo. Los viajeros —esos narradores de imaginación desenfrenada— la comparan en riqueza y hermosura con Venecia. Cuando es tiempo de ferias cincuenta mil habitantes se cruzan por las calles, se oye la gritería de los negros en los enormes depósitos de la compañía genovesa, y en las casas de los comerciantes —donde los techos son de madera labrada con primor— resplandecen las vajillas de plata trabajadas a martillo. Toda esta grandeza es sólo un mantel de cenizas al día siguiente del asalto. Morgan ha entrado entre murallas de llamas. ¿Quién puso fuego a su victoria? Nadie lo sabe. Durante todo un mes se ve a los golosos hurgando en los escombros. Para lo que fue Panamá, es poco regresar con 175 mulas bien cargadas y 600 cautivos. Los franceses, sobre todo, se sienten defraudados, y ven con los peores ojos a Morgan cuando, a tiempo del reparto, les hacen quitar hasta los zapatos para cerciorarse de que no han ocultado nada. Este es el ocaso de la vida de Morgan el bucanero.

Luego, empieza la vida de Morgan el caballero. Va a Londres. El ataque a Panamá se hizo cuando entre España e Inglaterra se había firmado una paz, llamada paz de América, para que cubriera hasta el mar de las Antillas, y se decreta, por fórmula, prisión contra Morgan y contra el gobernador, que fue su cómplice. El gobernador pasa un

tiempo en la Torre, cosa muy honrosa, y luego sale a recibir mercedes. Entra a la Corte, escribe memorandos al rey, se le hace caballero. El rey le regala una cajita de rapé con su retrato rodeado de brillantes, y lo envía a Jamaica con lord Vaughan para que entre ambos la gobiernen. Jamaica recibe ahora excusas y consideraciones del gobierno inglés. Quien redacta las instrucciones para su buen gobierno es nada menos que el más grande filósofo inglés de estos tiempos, el hombre en cuyos tratados sobre la soberanía del pueblo y sobre las libertades civil y religiosa se alimentarán los padres de la Revolución francesa y de cuyas máximas sacará Jefferson la esencia de la Constitución norteamericana: John Locke. Por el momento, es el bucanero Henry Morgan quien va a poner en práctica los consejos que le da Locke. Reconstruir el diálogo que estos dos personajes han podido tener es materia que serviría para un delicioso ensayo sobre el amor y la sabiduría y la carne a la bucana.

Como un rico y honorable ciudadano, el caballero Morgan ve desfilar los últimos días de su vida en su hacienda de Jamaica. Cuando ejerce el gobierno, muy obligado por la amistad del rey y la filosofía de Locke, persigue con saña a los piratas. Hay una cosa que recuerda su pasado: la botella de ron, que no le falta nunca. Muere como todos los ricos: que unos dicen a causa de las enfermedades y otros que por disparates de los médicos. Pero muere. Y cada uno de los buques que están en el puerto dispara veintiún

cañonazos. Entre estos barcos hay uno que lleva un nombre apropiado para la ocasión: es el *Drake*. En la iglesia, atestada de autoridades y aventureros, el pastor hace un admirable sermón. Unos cuantos años más tarde viene un terremoto y destruye la iglesia. Las olas, que llegan hasta el camposanto, se tragan la tumba. Pero como monumento que recuerda la memoria de Morgan, quedan los paredones del monasterio de San José y la torre de la catedral, en Panamá Viejo, por cuyas grietas salen frescas ramas de árboles inmensos. Los españoles, después del incendio, se llevaron la ciudad para otro sitio.

*Aquí los hombres llevan las armas
como si fueran a un carnaval.*

JEAN DU CASE

*Depuis Drake et l'assaut des Anglais mécréants
Tes murs désemparés croulent en noirs décombres
Et, comme un glorieux collier de perles sombres,
Des boulets de Points montrent les trous béants.*

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA, A CARTAGENA

▪ LA RIÑA DE GALLOS

LA DESVENTURADA ESPAÑA, que durante ciento cincuenta años ha tenido que resistir la acometida de todas las potencias de Europa, asiste ahora a un espectáculo que no estaba en su programa. Hasta ayer, en la tienda de los bucaneros o en el puente del barco pirata, todos sus enemigos eran hermanos, y en alegre camaradería la embestían al grito de «Todos contra uno». De repente, la pandilla se disgrega, y el Caribe se convierte en la gallera universal. Cada una de las islas viste de colores propios y muchas hay que los cambian según la suerte del juego. Cuando no se ven al aire las espuelas, es porque los galleros están afilándose para el combate. Allá, en el occidente remoto: en Inglaterra, Francia, Holanda, los jugadores asisten a la riña por correspondencia, cambian apuestas, estimulan los cuentros como viciosos tahúres. Aquí, en el ruedo que forman las colonias de Tierra Firme, España asiste a los encuentros con el natural regocijo de un espectador que no paga la entrada, aunque corriendo el riesgo de que de pronto se acuerden de ella los antiguos camaradas, para

hacerle cargar con los gastos de todo el espectáculo. A veces la invitan a que suelte su gallo, y echa al ruedo uno de los bastos. Es natural que, al menos en la ocasión, la sangre corra por cuenta de los otros.

1665: guerra entre Holanda e Inglaterra; 1667: guerra entre Francia e Inglaterra; 1667: paz de Inglaterra, Holanda y Francia; 1670: paz de Inglaterra y España; 1672: guerra de Holanda contra Francia e Inglaterra; 1673: guerra entre Francia y España; 1673: paz de Holanda e Inglaterra; 1678: paz de Francia y Holanda; 1689: guerra de Inglaterra, Holanda y España contra Francia; 1697: paz; 1702: guerra de Inglaterra y Holanda contra Francia y España..., etcétera.

Claro: las guerras se hacen en el mar, y el Caribe es el mar. Y al Caribe las noticias llegan tarde: cuando llegan los correos con la nueva de una paz, ya han salido las flotas para embestir al enemigo de la víspera, y cuando el aviso que llega es de guerra, el presentimiento ya ha movido a los aventureros, que se han anticipado al ataque. La divisa del guerrero en el Caribe es: «Siempre listo, y mejor una hora antes que un minuto después». A veces los reyes hacen la comedia de reprender estos excesos de velocidad, pero siempre, tras la reprimenda, viene la recompensa. Todos sabemos que a una promoción a caballero se llega haciendo antesala en la Torre de Londres.

En un principio hugonotes, puritanos, judíos, luteranos, calvinistas luchaban contra los españoles por católicos. El oro y la plata les infundía valor en la ofensiva. Pero ya esto no es siglo de oro sino siglo de cuero. El cuero,

el azúcar, el negro, el tabaco valen tanto como el oro de antaño, y tan interesante es atrapar un barco holandés como un barco español. Y los franceses católicos atacan a los ingleses protestantes, los ingleses protestantes a los holandeses judíos, los holandeses judíos a los franceses católicos, los luteranos a los papistas cobardes, los papistas a los judíos marranos, los judíos a los frailes ignorantes, los frailes a los perros protestantes, poniendo cada cual en su grito de combate lo mejor que tiene en su diccionario de adjetivos.

La lucha, sin embargo, no queda reducida a la iniciativa privada. En la primera mitad del siglo fue de otro modo: entonces, los gobiernos de Europa no eran sino sombras chinescas de lo que hacía con sus manos el pirata del Caribe. El perro marino de Devon atacaba a Panamá y, dócilmente, la reina le seguía los pasos. Las islas eran como propiedad personal del jefe de la pandilla. Cuando se formaron las primeras compañías de Francia, el rey las bendijo, se hizo socio de ellas, pero la compañía era la que nombraba los gobernadores. Al cabo de unos años las compañías se disuelven porque no hay quien haga rendir cuentas a los gobernadores. Pero, al fin, el Estado, que ha ido desenvolviéndose como la nueva máquina del mundo político europeo, resuelve intervenir. Las islas pasan a ser provincias flotantes de la madre patria. El rey nombra los gobernadores, y llegan al Caribe flotas oficiales, que mandan funcionarios de la corona y llevan de verdad la bandera de Francia. Lo mismo hacen Holanda e Inglaterra. A veces, se pelea al estilo griego es decir- no reparando en

los medios de engañar al enemigo. Lord Willoughby, para atacar a los franceses en San Cristóbal, pone a sus naves banderas de Francia. Pero el hecho fundamental es ya no se vive en el Caribe en forma de sociedad anónima sino en lo que suele llamarse, con mucha ironía, sociedad de las naciones, donde los personajes sonríen sólo para enseñar los dientes, y dan la mano para que les vean las uñas.

Las guerras se atan y desatan en Europa, por razones que sólo pueden entender los europeos. Siempre hay algo impenetrable en la política, que no entiende quien vive en el Caribe. Para este, si hay la posibilidad de asaltar unos buques holandeses, es claro que ahí está una razón suficiente para hacer la guerra, y no se explica que porque Guillermo de Orange se case con una sobrina de Carlos II haya de terminarse una guerra entre Holanda e Inglaterra. Los franceses, por ejemplo, hacen prodigios para desalojar a los ingleses de islas que habían ocupado por muchos lustros, pero viene la paz de Breda, y hay que devolver a los vencidos cuanto en buena guerra se había arrebatado. De la paz de Ryswick dice un historiador: «Se habían enviado grandes expediciones navales, desembarcado ejércitos, peleado batallas, puesto sitios, repelido invasiones, y cuando al fin terminó la guerra ninguna nación retuvo ni una pulgada del territorio de la otra». Son pequeños detalles que crean un sentido irresponsabilidad en el soldado de las Antillas. Él sabe que la cuestión es pelear. Cómo, por qué y al lado de quién, es cosa que acaba por serle indiferente. Los españoles han peleado contra los ingleses durante ciento cincuenta años. Un día cualquiera les

dicen a sus capitanes: «Ahora somos aliados de Inglaterra, y mañana iremos a la batalla españoles e ingleses, como viejos hermanos, contra Francia». Y en efecto, así arremeten contra ellos en Haití. Lo cual no obsta para que, no bien termine el combate, ya estén gritando los españoles: «¡Perros protestantes!». Y los ingleses respondiéndoles: «¡Papistas cobardes!».

Hablemos primero del francés. Este tiene un sentido del Estado, más perfecto que los otros. El rey de Francia, además, es un monarca católico absoluto. Desde que Richelieu bendijo los estatutos de la primera compañía, estableció que a las Antillas de Francia no podrían pasar sino franceses de nacimiento, católicos, apóstolicos y romanos. Pero la Iglesia en Francia es flexible y mundana, como no lo es en España. El rey que dijo: «El trono de Francia bien vale una misa», pintó una actitud que no estaba muy fuera del espíritu general del país. Por eso, en las islas hubo mandatarios hugonotes, y hugonote ha sido la colonia francesa de Tortuga. Lo esencial, pues, no es la Iglesia, como en España, sino el Estado. «El Estado soy yo», dice el rey, y tras estas cuatro palabras marcha un reino apretado y orgulloso, lleno de funcionarios y con una formidable máquina que manejan cardenales poderosos como Richelieu o Mazarino, o ministros de genio como Colbert. Y así, a tiempo que en las Antillas francesas se va montando el escenario de la burocracia, en las inglesas afirman sus

garras los dueños de las plantaciones. El imperio inglés está espolvoreado sobre las cabezas de los súbditos del rey, que a donde llevan su barca llevan un pedazo de soberanía (entre paréntesis: la palabra *soberanía* y la palabra *soberbia* tienen una misma raíz). En la Corte de Francia, el rey dice: El Estado soy yo. En la isla de Jamaica, en la de Barbados, en la de Nevis, dice el inglés: El imperio soy yo.

El rey de Francia entrega el gobierno de las islas de San Cristóbal y Santa Cruz a la orden de los Caballeros de Malta. «Así como los caballeros —dice en un largo y elaborado documento— han hecho de la isla de Malta en el Mediterráneo un castillo contra la infidelidad, así debéis de hacer vosotros obra semejante en las islas Caribe». El segundo gobernador que se nombra es nada menos un sobrino de san Francisco de Sales. El señor de Sales sale a las guerras con padres jesuitas, que en vísperas de los combates, en vez de permitir que los soldados se distraigan en ejercicios militares, los preparan con ejercicios espirituales. Desde luego, no todo puede ser piedad, y lo primero que hace el señor de Sales es mover el brazo de la justicia partiendo en cuartos a un hombre llamado Boisson, tipo corajudo, borracho y de mala entraña, que le pidió con alevosía la supresión de unos impuestos, y subrayó sus palabras con un pistoletazo que por poco mata al gobernador. La cabeza, los brazos y las piernas del atrevido se exhiben, según costumbre, en distintas poblaciones de la isla, para terminar con los alborotos. El gobernador se entrega a la guerra contra los ingleses, y pone en ella tanto entusiasmo, que acaba perdiendo la vida en un combate.

Las banderas católicas de Francia atraen a los irlandeses. Son muchos los que se fugan de Jamaica y de Barbados y prestan juramento de fidelidad a Francia. Forman toda una compañía en el ejército, a cuya cabeza se coloca nada menos que M. Coulet, tipo singular cuya vida podría servir de tema para escribir un libro. Nació en el propio palacio del rey de Francia. Su padre ha sido comandante del regimiento de Navarra, y su madre maestra de los hijos del hermano de Luis XIV. Cuando Coulet estuvo en edad de escoger entre el Rey Sol y el sol del Caribe, optó por el segundo. Porque era vagabundo y temerario. Llegado al Caribe, se encamina a levantar a los irlandeses con bandera del papa. Al entrar en las islas los franceses incendian las propiedades de los ingleses y respetan las de los irlandeses. Las iglesias protestantes se entregan a los sacerdotes católicos. Los irlandeses pueden orar ahora según su conciencia y están muy agradecidos a M. Coulet. Pasa enseguida M. Coulet a las islas donde hay caribes y negros alzados contra los ingleses. Gritan los negros: —Ahí viene el compadre Coulet. «Mi compá Culé»... Lo mismo cantan los caribes. El hombre es popular en todas partes. Cuando habla a los caribes se presenta ante ellos desnudo, con el cuerpo pintado de rojo, igual que ellos; parece un diablo. En testimonio de sus victorias, los caribes traen al «compá Culé» la pierna de un inglés ahumada a la bucana.

Los batallones de negros avanzan mandados por sus propios capitanes, que poco antes habían tratado de provocar un alzamiento contra los ingleses. Los franceses le dan al más alzado traje de general, sombrero de plumas y

espada. Y ofrecen que les darán mujeres blancas después de la victoria. Nunca antes los tambores convidaron con más entusiasmo a la fiesta guerrera.

Revienta la bomba del compá Culé.
La tromba del Congo, del compá Culé,
retumba y espanta y atonta al inglés.
¡Hijué con la rumba del compá Culé!

En México o en Quito, adentro, en el corazón de las montañas la campana que se tañe a la hora del Angelus queda vibrando en un círculo dorado como el halo luminoso que se desprende de la cabeza de los santos. Allí, ningún zafarrancho turba la paz de la oración. Pero aquí, las islas son de fuego, aguardiente y tiroteo. Los trámites de la acción a la meditación no ocurren como en las blandas transposiciones de la vida mística. Cuando los filibusteros vienen a buscar la paz de sus almas, es después de que han despachado a otro mundo las almas de sus enemigos. «Un día —relata el padre dominico Juan Bautista Labat— pensaba ya regresar a mi parroquia, cuando nuestro padre superior me detuvo para que asistiera a la misa mayor que los filibusteros habían encargado para el día siguiente y en la cual iban a comulgar para cumplir un voto hecho durante el combate en que prendieron dos barcos ingleses. La mañana del viernes la empleamos toda en confesar a los filibusteros. Se cantó una misa a la Virgen con toda solemnidad posible; yo la celebré y bendije tres grandes panes que me fueron presentados por el capitán,

acompañado de sus oficiales y música de tambores y cornetas. Una corbeta y los dos barcos apresados, que estaban amarrados frente a la iglesia, hicieron descargas al iniciarse la misa, y cuando la elevación, la bendición y el tedéum, que se cantó después la misa. Todos los filibusteros dieron su limosna: cada uno un cirio y una pieza de treinta sueldos o un escudo. Los que comulgaron lo hicieron con la mayor piedad y modestia. Cuando visité la corbeta quise comprar una caja de manteca y otra de velas. Pregunté al contraмаestre cuánto valía y me respondió: “Escoja, padre, lo que quiera, que luego nos arreglaremos”. Tomé lo que quería, y cuando fui a pagarle me dijo que el botín había sido tan considerable que él no iba a cobrarme esas bagatelas, y me dio además cincuenta botellas de cerveza y sidra, diciéndome que era lo menos que podía darme por haberles ido a cantar la misa, y que esperaba que yo le encomendase a Dios en mis oraciones». Enseguida, el padre Labat declara que la idea que en Europa se tiene de que los filibusteros no son piadosos es inexacta, porque ellos siempre reservan una parte del botín para la Iglesia, y porque cuando en sus asaltos encuentran cosas que puedan servir para el culto, las reservan siempre para llevarlas a su parroquia.

El padre Labat, cuyo libro será uno de los clásicos del mundo antillano, acaba adaptándose tan bien a la vida de los filibusteros que cerca de su iglesia y para defenderla, construye una

torre y él mismo emplaza allí un cañón. Su puntería es tan excelente, que los filibusteros solicitan sus servicios en una de las más reñidas batallas. Antes del padre Labat otro dominicano, el padre Du Tertre, escribió la *Histoire Générale des Antilles Habitées par les Français*. En este libro con su pintura del hombre en medio de la naturaleza, Du Tertre, dice un historiador, se anticipa cien años a Rousseau, y agrega: «que Du Tertre será una de las fuentes en que Rousseau se documente, es cosa que está fuera de duda».

Dice el padre Du Tertre que así como las Antillas fueron el infierno de las indias y el paraíso de los indios, ahora son el infierno de los franceses y el paraíso de las francesas. La afirmación es aventurada. El hecho es que hombre y mujer participan por igual de los riesgos y sobresaltos de la vida diaria. Y que al fondo de la vida está ese problema tremendo de equilibrar el material humano que se va aglomerando, y en donde la mitad y mitad que se necesitan para balancear la vida en la unión de los sexos hay que ajustarla a veces barajando todos los colores. En las guerras, el ardor de las mujeres nunca se queda atrás del de los hombres. Esto siempre ha sido así, y si a las mujeres se encomendase el gobierno del mundo, las guerras serían, aunque otros digan con manifiesta ligereza lo contrario, más frecuentes. Como una estampa típica de estos días, siempre se recordará a Magdalena Valence, la hija de Guillermo de Orange, que servía uno de los cañones de su padre con más ardor y eficacia que ningún otro artillero.

En un principio, mantener el orden interno de las islas es cosa seria. El gobernador de Martinica, Jean-Charles

de Bass, marqués de Castelmore, para establecer alguna policía, dicta un decreto regulando las actividades de los protestantes, judíos, taberneros, vagabundos y otros elementos indeseables. Es fácil imaginar cómo amontona el gobernador tan diversos grupos y los reduce a un común denominador. Conviene agregar que él es todo un caballero, y que su hermano, el señor D'Artagnan-Montesquieu, será el modelo auténtico de uno de los tres —cuatro— mosqueteros de Dumas. Pero cuando viene luego el gobernador D'Ogeron la política se mueve en otra dirección. Él formula el principio de lo deseable de las indeseables. Las islas no se pueden sujetar mientras anden sueltos los hombres, y se dirige a sus superiores en Francia pidiéndoles remesas de muchachas. Ciento cincuenta llegan al puerto a vuelta de correo. Los historiadores se dividirán luego en dos escuelas, discutiendo la calidad de las muchachas. Es obvio que no serían de lo mejor. Pero como resultado final, se sabe que enseguida adquieren «muchas de las virtudes de la vida en las fronteras: y que se convierten en verdaderas amazonas que puedan disparar, cabalgar y cazar a la par de sus maridos».

El problema está en cómo se van combinando los colores. El gobierno ve con terror la propagación del mulato. El mulato, inquieto, quisquilloso, escurridizo, hablador, no deja gobernar en paz. Se dictan ordenanzas para que no puedan juntarse los blancos con las negras. Si al hijo de una negra se le ve pinta de blanco, ha de investigarse la paternidad para castigar al culpable con multa de dos mil libras de azúcar, y negra y mulatico pasan a ser propiedad

del hospital. Como esta es una renta que parece caída del cielo al hospital, los religiosos que lo administran ponen empeño de detectives descubriendo paternidades. Uno de ellos llega a hacerse tan célebre por sus aciertos que un día hace estallar en carcajadas a los jueces: se trataba de probar que un negrito era hijo de cierto caballero francés. Ante el tribunal está el hermano técnico, cuando llega la negra con la criatura en brazos, y sin esperar a que le preguntasen nada avanza hasta el religioso y se lo señala al negrito: «Mira: este es tu papacito...». En realidad, las negras son el diablo.

El padre Labat tiene todo un tratado en su libro sobre la manera como puede descubrirse cuándo una criatura es mulata. El problema es complicado, porque en el primer mes el color es manifiesto, pero él descubre un método buscando cierta pinta en el arranque de las uñas, y en las partes deshonestas. El padre Gumilla, en el Orinoco, dice que la pinta aparece en otro lugar. Esta discusión, en realidad, queda para las academias de antropólogos. Lo grave son los problemas morales. Al padre Labat le ocurre el de una muchacha blanca que va a tener un hijo de un negro, su esclavo. Cuando el padre de la muchacha lo sabe, pierde la cabeza, como es natural. Labat no encuentra sino un consejo que darle: vender enseguida al negro y que se lo lleven a otra isla, y enviar la muchacha al monte para que nadie sepa cuando llegue al mundo la criatura. Por suerte se presenta un polaco que ofrece casarse y cargar con la paternidad. Labat concluye: «Volemos a casarlos, antes de que el polaco se arrepienta...».

Durante más de medio siglo y dándose apenas breves descansos, Francia e Inglaterra continúan sus guerras, pero hay temporadas en que estas naciones se unen contra otro enemigo común: Holanda. Interesante ver cómo la minúscula nación, salida del lodo, desafía ahora a Inglaterra, Francia y Portugal con el mismo atrevimiento con que antes desafió a España. Pero como sus colonias están esparcidas en el Lejano Oriente y en Brasil, Norteamérica, las Guayanas y las Antillas, por primera vez en la historia, la muralla de mástiles cubre una línea de batalla que le da la vuelta al mundo. Los brasileños logran expulsarlos de Recife. A Martinica y Guadalupe llegan los fugitivos, y los franceses los acogen cordialmente. Constituyen un grupo de laboriosos plantadores, que traen consigo a estas islas las primeras semillas de caña de azúcar. Aunque son judíos, se dice que las católicas autoridades llegan hasta el extremo de hacer arreglos de calendario para que los nuevos hermanos puedan celebrar el sábado.

En Norteamérica, los ingleses les combaten con tanta eficacia como en Brasil. Allí los holandeses habían comprado a los indios la isla de Manhattan por sesenta florines, que representan 24 dólares. Construyeron una linda ciudad con casas de ladrillo y madera, tejados en ángulo y molinos de viento, que reproducen en el Nuevo Mundo la estampa inconfundible de los puertos holandeses. Le dieron por nombre Nueva Amsterdam. El rey Carlos II de Inglaterra planea una sorpresa para caer sobre Nueva Amsterdam. La idea suya es dar el golpe, tomar la ciudad, y luego, que venga la guerra cuando ya tenga la presa entre

las garras. En secreto, compra a lord Stirling sus pretensiones sobre Long Island por 3.500 libras, y pasa la propiedad a Jacobo, su hermano, que es entonces Duque de York. La flota de asalto se prepara en secreto. En Nueva Amsterdam los colonos tienen un presentimiento, un soplo de lo que va a ocurrir; detienen los buques que van a zarpar para Curaçao y preparan la defensa. Pero es tan inusitada la sospecha y son tan completas las seguridades que anuncian de Holanda, que los buques acaban por salir y queda Nueva Amsterdam desguarnecida. Entonces, aparece en el puerto la flota inglesa. El comandante exige la entrega incondicional. Peter Stuyvesant, el desventurado, vuela a hacer barricadas en la calle de la muralla —Wall Street— y la bandera de Holanda flota sobre el fuerte. Pero esto es orgullo, ternura y nada más. La desproporción es manifiesta. Los vecinos acuerdan que no hay sino un camino: rendirse. El nombre de Nueva Amsterdam se borra del mapa y aparece el de Nueva York. Cuando llega la paz de Breda, Holanda tiene que plegarse ante lo inevitable, reconociendo el dominio inglés sobre su antigua colonia de Norteamérica y aceptando, como compensación, la colonia de Surinam, es decir: la Guayana holandesa. Y es así como los ingleses pagan con unas mangas salvajes a lado y lado de un río virgen, a los cinco grados de la línea ecuatorial, el asiento de Nueva York y sus comarcas vecinas.

En la Guayana, los holandeses muestran la misma tenacidad que en otros lugares. En las playas de aluvión encuentran un motivo de lucha contra el mar y la naturaleza, que les recuerda el avance de los diques en Holanda. Por ahí

verán las generaciones futuras la otra Nueva Amsterdam, que no habrá de ser sino un grupo de casas de madera y un jardín botánico. Hay en el destino de Holanda algo de esto: surgir con imperios y terminar en jardines. No está mal. Pero, además, en la Guayana hacen ahora los holandeses su puerto negrero, y en las plantaciones introducen la caña de azúcar, el café, el tabaco: los señores, con anchos sombreros de paja, blancas camisas y pesadas botas de cuero, toman tacitas de café, beben mucha cerveza y fuman en hermosas pipas su propio tabaco.

El golpe que reciben los holandeses en Brasil y en Norteamérica no es decisivo. El mar sigue siendo suyo, y Francia e Inglaterra se unen para borrarlos del mapa. Los holandeses reaccionan primero contra Inglaterra. La traición de que fueron víctimas en Nueva Amsterdam les hace hervir la sangre. Acometen a la flota inglesa en el Canal de la Mancha y obtienen la victoria de Tuxel, que es «la más penosa humillación militar que haya conocido Inglaterra desde el día en que Guillermo, el normando, desembarcó en Sussex». La flota inglesa es entregada a las llamas en Chattham y el Támesis queda bloqueado. Inglaterra firma la paz. Ahora queda el problema de Francia, y a Francia hay que atacarla en el Caribe. Aquí la suerte es distinta. En la Guayana se avanza hasta Cayena, pero los franceses la reconquistan. Curaçao, poco falta para que quede bajo colores de Francia; sólo la fiebre detuvo a los soldados que ya avanzaban sobre la isla. Pero lo más triste ocurre en Martinica. De Ruyter, el almirante que había contribuido a la derrota de los ingleses en el canal de la Mancha, no

logra hacer rendir la capital de esta isla de negros y azúcar. Humillado, se retira, atacado de fiebre y disentería. Deja centenares de muertos que quedan flotando mientras llegan los peces y los devoran. Por último, en la minúscula isla de Tobago, que es el escenario en donde Daniel Defoe sitúa a Robinson Crusoe, se encuentra un día toda la flota de Holanda bajo el fuego de la de Francia, y esta vez los holandeses quedan destrozados. Una circunstancia permite a los holandeses parar en la pendiente de esas derrotas: el matrimonio de Guillermo de Orange con la sobrina de Carlos II. Así, la paz con Inglaterra parece definitiva, y Francia sola no se atreve a continuar haciendo frente al enemigo holandés. Por otra parte, la flota victoriosa de Francia se estrella en unos cayos, y en las astillas que flotan sobre las olas revueltas se ve cómo gira la rueda de la fortuna en el Caribe.

En la guerra siguiente, aparecen de un lado ingleses, holandeses y españoles. Del otro, los franceses. Francia va a llegar al término lógico de estas luchas. ¿Por qué no emprenderlas contra España? En los primeros actos del drama, la suerte se mueve como un péndulo. La flota inglesa —cuatro mil hombres, 44 velas— ataca a Martinica y fracasa. En cambio, ingleses y españoles unidos triunfan en la isla de Santo Domingo. Pero los franceses empiezan a ver con claridad deslumbradora. Ahí están Cartagena, Portobelo, Veracruz. El enemigo, el viejo, el auténtico enemigo, es este espectador que se ha pasado unos cuantos años frotándose las manos y viendo los gallos desde la galería. L'Olonnais, un tipo feroz que en los libros

de Esquemeling aparece abriendo con su propia espada el pecho de un prisionero para sacarle su corazón y comérselo crudo, ha dado el ejemplo entrando a saco en Maracaibo. Un holandés y un francés —contra España todos somos hermanos—, Van Horn y De Grammont, asaltan San Juan de Ulúa. Por último, el rey Luis XIV tiene un aviso providencial.

En la cárcel de la Bastilla hay un hugonote que purga el crimen de haber vivido en Holanda haciendo mofa de la Iglesia católica. Buscando su libertad, escribe una memoria sobre un posible ataque militar a Cartagena, con el cual podría Luis XIV echarse unos cuantos ducados a la bolsa. El plan seduce al barón de Pointis, segundo comandante de la flota, y el barón seduce al rey. No hay sino un peligro: el peligro de que estalle la paz entre España y Francia —Dios no lo permita—. Los proyectos se aceleran. De Pointis interesa a los ricos de Francia para que suscriban acciones. Aunque nadie sabe cuál será la plaza que se ataque, surge otra vez el espejismo de los galeones cargados de plata. A Du Casse, jefe de los búcaros en las Antillas, se escribe para que estén todos listos con sus pistolas y cuchillos.

Cartagena, de los tiempos de Drake para acá, ha multiplicado sus fortalezas, no obstante que el papel de España no es tan sencillo como el de Inglaterra o Francia, que no hacen frente sino en islas minúsculas, en donde uno o dos castillos suelen bastar para la defensa. España tiene que amurallar desde el estrecho de Magallanes hasta las costas de México, con frente a los dos océanos. Gran previsión fue, o gran suerte, haber erigido las ciudades

capitales en el interior de las montañas, lugares inaccesibles para el pirata. Pero están los puertos, y cada puerto ha de ser una fortaleza. Cuando Antonelli vino, ya en tiempos de Felipe II, su encargo fue el de estudiar una defensa continental, y debía empezar por construir castillos en el estrecho de Magallanes. Luego hizo ese vasto plan de fortificaciones, que quedarán por siglos como fragmentos de un cordón de piedra que debía conservar a la América virgen, y que ahí vemos en las murallas y castillos de Portobelo en Panamá, de la isla de Puerto Rico, del cerro del Morro en La Habana, de San Juan de Ulúa en México, de Cartagena en la Nueva Granada. Y Cartagena sobresale en estos planes como el castillo mayor de Tierra Firme. En levantarlo se llevaba gastada ya tanta hacienda del rey Felipe que un día le vio un cortesano entrometido empiñándose como queriendo divisar algo desde las ventanas de El Escorial. «¿Qué quiere ver Vuestra Majestad?». Y el rey: «Las murallas de Cartagena».

Camino, pues, de Cartagena, dice el barón de Pointis que Du Casse, el de los bucaneros, quiere disuadirle de la temeraria aventura. ¿Por qué no ir a Portobelo, Veracruz o La Habana? Pero el barón, misterioso y obcecado, con la clave del hugonote en el bolsillo, no discute. Es un militar que viene a cumplir una comisión del rey, y se acabó. A De Pointis le agrada, cuando escribe, acaparar gloria. ¿A quién no? Du Casse se limita a preparar sus filibusteros y firma con De Pointis un convenio sobre la parte que tocará a los suyos en el botín. Los filibusteros siempre recelan de estos hombres recién llegados de Francia.

En Cartagena la gente se alista con flojedad, sin creer en la posibilidad del asalto. Cuando De Pointis se acerca en 26 naves, con más de 5.000 hombres y 538 cañones, los defensores de la ciudad se mueven entre la sorpresa, la improvisación y el atolondramiento. Don Sancho Jimeno queda atrapado en el Castillo de Bocachica, adonde no le envía el gobernador los refuerzos indispensables para defenderse. No le queda otro recurso que rendirse. Lo hace bajo la presión de sus mismos oficiales, pero ha demostrado tal empeño en la pelea que el francés, dicen, le regala su espada como gallardo homenaje a su bravura. Don Sancho entrega el castillo con lágrimas de vergüenza y de ira. Al fondo está la plaza, envuelta en sus murallas, sin hombres que la amparen, ni cabeza que la gobierne. Los franceses acometen contra las piedras. De Pointis desembarca sus cañones uno a uno, los emplaza y empieza un metódico bombardeo al punto de las murallas en donde él cree que se puede abrir una brecha. Arma un pontón frente al torreón de Santo Domingo, y desde él tira bombas al interior de la ciudad. Dos mil doscientas caen sobre las iglesias y edificios principales, como castigo del cielo. Ya la catedral está rota; perforada la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad: en la capilla del hospital estalla una bomba estando expuesto el Santísimo Sacramento. Corren y se atropellan por las calles mujeres, mozos valientes, mozos cobardes, todos con idéntico terror. Los ministros del Santo Oficio, que han venido montando la guardia en el edificio de la Inquisición, ven que es llegada la hora de la fuga: apresurados, lían cofres, arcones, petacas con los papeles de la cámara

secreta, y a toda prisa despachan los procesos pendientes, no vaya a ocurrir que entre el francés sin haberle puesto el sambenito a los herejes. Por los caminos que llevan al monte, bajo aguaceros torrenciales, corre todo el mundo, «viéndose ahogadas en los caminos muchas personas, enterradas otras en el lodo, pereciendo de hambre las más...». Al fin, la brecha que ha venido labrando De Pointis queda abierta. Los franceses entran, los españoles capitulan. La condición es que se entreguen todas las cosas de valor: el vencedor permite que los vencidos conserven sus ropas y muebles. «En fin, se concluyó que se entregase la plaza saliendo el gobernador de ella con sus compañías pagadas y milicianos con la bala en boca y cuerda encendida, banderas enarboladas y cuatro cañones de Artillería». Esto ocurre en el día de la cruz de mayo, el mes de María. De Pointis ordena que se cante un tedéum en la catedral, en acción de gracias por el triunfo concedido por Dios a las armas francesas.

Los ministros de la Inquisición se hacen cruces viendo que los bucaneros, tan católicos, y ahora soldados del cristianísimo Luis XIV matan a un religioso de san Francisco porque pide a ruegos no le quiten a la Virgen su corona de oro; y despedazan la imagen de Nuestra Señora del Rosario y las de todos los santos «porque no perdonan el escaso resplandor de oro que reluce en las guarniciones»; y visten irrisoriamente una imagen de san Miguel, la ponen en uno de los balcones del Tribunal de la Inquisición y disparan contra ella, confundiéndola luego con las inmunicias del muladar. «De las casas del Tribunal sacaron los

Sambenitos y Corozas, saliendo algunos en forma de reos por la plaza y otros con representaciones de los ministros del Santo Oficio, remedando las acciones que intervienen en los autos de fe, con la lección de las sentencias en alta voz, todo con gran mofa y escarnio». Los prisioneros que se mantenían en los calabozos de la Inquisición, como reos de duple matrimonio, son sacados y pasan a engrosar las filas de los asaltantes. En la rapiña entran los elementos bajos del pueblo cartagenero. El sepulcro de plata cincelada, que en el convento de San Agustín se guardaba para las procesiones de Semana Santa, pasa a formar parte del botín. ¡Ave María Purísima!

Es típico del pillaje este breve inventario de lo que toman al alguacil de la Inquisición, don Pedro Calderón: en monedas, en una caja, 32.894 pesos, y luego «seis jícaras, un salero, dos tazas, una olleta —con diferentes piezas adentro—, una bacinilla, un azafate, una caldereta, dos candeleros, una olleta con pico, seis platillos y dos más pequeños, dos platos polleros, dos platones, dos fuentes desiguales —todo de plata—; una gargantilla con treinta y tres piezas, otra dicha con treinta y seis cuentas —todo de oro—; un hilo de perlas con noventa y ocho gramos, dos gargantillas de perlas entre rostrillo y medio rostrillo y una pulsera; una corbata de oro con cruz de esmeraldas y once entrepiezas; un rosario de oro, un clavo de oro con doce perlas y una esmeralda en medio; unos zarcillos de oro y esmeraldas con tres aguacates por pendientes, dos sortijas de oro sencillo con siete diamantes cada una, unos zarcillos de oro bruñido...».

Cuando se retiran los franceses de Cartagena, más atacados por la disentería que otra cosa, pero siempre con el temor de que pudiera venir a buscarles la armada del rey de España, viene el problema de dividir el botín. Los filibusteros arman un lío de todos los diablos; les parece que los De Pointis les están robando. Cuarenta mil coronas es todo cuanto se les da, y hay quien dice que el saqueo vale cien millones de pesos. De Pointis confiesa ocho millones coronas, y en su memoria escribe que mucho se ha perdido porque los cartageneros alcanzaron a sacar ciento veinte mulas cargadas de oro. En todo caso, los despechados filibusteros vuelven sobre Cartagena para acabar de esquilmarla. Esto se hace en violación de lo convenido con las autoridades, pero el hecho es que poniendo en tormento a muchas gentes, saqueando conventos y edificios, ajustan, para mejorar su posición, un millón más de coronas. Al barón de Pointis esto le parece una indecencia, y en un librito que escribe relatando su expedición no reconoce valor ninguno a los filibusteros, que siempre fueron cobardes, que no hicieron sino crear problemas en el asalto, que no se les vio sombra de arrojo y sólo glotonería. Sin embargo, algo harían estos viejos piratas que se conocen el Caribe como las plantas de sus manos. Y cuando Du Casse se presenta a la Corte de Luis XIV, el rey le reconoce lo que pedía de más para sus filibusteros y a él le hace caballero de la Orden de San Luis y, luego, lo promueve a almirante.

Lo más curioso, y típico de las novedades que ocurren en las esferas políticas, es el final en la carrera de jefe de los

filibusteros. Con la muerte del mentecato rey de España que la historia conoce con el nombre de Carlos el Hechizado, termina allí, con muy poca gloria, el reinado de la casa de los Austrias, y entran en su lugar los Borbones. Las cortes de Madrid y París se reconcilian y quedan a partir de un confite. Filósofos y estadistas de Francia iluminan las empresas de Felipe v. Y entonces Luis XIV, queriendo dar una prueba de especial deferencia al rey español, le cede los servicios del almirante Du Casse. El rey de España le llena de honores y responsabilidades, Du Casse ahora custodia las flotas que vienen de México y el Perú con el oro y la plata. Nadie, en realidad, puede, con mejores conocimientos, desempeñar oficio semejante. Y el rey de España premia al antiguo filibustero con el toisón de oro, que en su Corte llevan los hidalgos caballeros.

*This door of the seas —El Darien—,
and the key of the universe, with anything
a sort of reasonable management, will course
enable its proprietors to give laws to both oceans,
and to become arbitrators of the commercial
world, without being liable to the fatigues,
expenses, and dangers, or contracting the guilt
and blood, of Alexander and Caesar.*

WILLIAM PATERSON

▪ EN COPENHAGUE, COMO
EN EDIMBURGO, HAY
QUIENES SUEÑAN SOBRE
LA ROSA DEL MAR

A ORILLAS DEL MAR BÁLTICO, a orillas del mar del Norte, hay unos reinos que no alcanzamos a ver con la precisión y nitidez de una Francia, una Inglaterra. La distancia nos muestra sus reyes como los personajes pintados de los cuentos infantiles. La historia de Noruega es cosa de linterna mágica: el sol de medianoche, lámpara que alumbra un paisaje irreal. Los dramas del palacio de Stockholm nos parecen ramas que se renuevan y brotan del viejo tronco de las leyendas bárbaras. Dinamarca se nos antoja un relato del castillo de Elsinor. Edimburgo, Dundee, Aberdeen, Inverness, no nos parecen nombres de ciudades sino imágenes de maravilla, pedazos de poemas. Nuestra Europa, por el norte, acaba en Londres, en las fronteras de Francia. Es mucho que avance hasta Holanda. De ahí en adelante, con el encantamiento de lo impalpable, lo impreciso, lo irreal, el mundo nórdico está dentro de la dimensión imaginaria del sueño.

Pero no es sólo una idea nuestra el que al norte quede la frente soñadora del rostro europeo. Los largos inviernos

que recogen a estos pueblos de pescadores en torno a las brasas del hogar, los largos veranos en que se duerme en los bosques dorados por un sol que no se oculta, estimulan la imaginación del viejo que inventa los relatos para el niño, del poeta que echa a caminar sus héroes por el sendero de las sagas. Grieg lleva a la orquesta un mundo de enanos y sífides. Andersen escribirá páginas para alimentar la imaginación de todos los niños del mundo. Stevenson transformará el mundo del mar Caribe en ese relato de *La isla del tesoro*, donde el Pata-de-Palo, y Morgan y Hawkins, se convierten en los grandes personajes de la farándula infantil.

El sueño de los reinos nórdicos sale siempre de las montañas hacia el mar. El mar se les ha metido hasta el fondo del alma. Se les ve desde la altura de cada monte. En Dinamarca, ha cortado el reino con un rompecabezas de islas. En Noruega hay unos valles estrechos: al fondo, no hay prados como en todos los valles de la tierra sino los largos dedos del mar que entran hasta el pie de la montaña: arriba, arriba, contra las nubes, coronando las rocas, ejércitos de pinos clavan al aire sus lanzas verdes. Son países en donde cada aldea es un puerto, y la cuna en donde se mece a las criaturas, una barca. Los vikingos fueron los primeros jinetes que tuvieron caballitos de palo: saltando por las llanuras del mar, se metieron por el Rin hasta la Selva Negra, y por las pistas del Ártico fueron a dar a la cabeza de América.

Cosas de otros tiempos... Pero ahora, de todo el continente llegan hasta estos reinos relatos de otros mares: mares

de Oriente, mares de América. Los están conquistando naciones de pastores y campesinos, como los castellanos, o repúblicas sin historia como Holanda. Los unos han regresado con huevos de oro; los otros traen sus naves repletas de clavos, azúcar, ron y pimienta. Los escoceses no ven por qué ellos han de ser menos que los ingleses ni cómo Londres haya de tener más poder sobre los mares que Edimburgo. Lo mismo en Copenhague. Cuando Dinamarca, Noruega y Suecia estuvieron regidas por un solo soberano, Copenhague fue la llave del mar Báltico, y Dinamarca, y con ella toda Escandinavia, mantuvieron a raya a los príncipes del norte de Alemania. El rey Hans, que inició la flota danesa, tuvo la satisfacción de vencer a la Liga Hanseática. Christian II, último de los soberanos que gobernaron los tres reinos, inició una Compañía Escandinava de Indias y preparó la gran expedición que debería ir a hacer conquistas en América y a explorar el camino de las Indias. La desmembración de Suecia dejó en suspenso estas empresas. Dinamarca se recogió. Su rey, humanista, amigo de Erasmo, llevó a la Corte gente de letras, introdujo en el reino la imprenta, impulsó la universidad, convirtió a Copenhague en el más cordial hogar para quienes dialogan en el círculo que alumbra la lámpara de la sabiduría. Y la imaginación fue despertando de nuevo. Dinamarca se sintió renacer.

Viene el sueño del Caribe. Hans Nansen, de Islandia, que ha paseado su juventud vagabunda por Danzig, Amsterdam, Glückstadt, Hamburgo, Copenhague, y Erick Nielsen Schmidt, que conoce el Caribe tan bien que dos

de sus barcas han quedado en las garras de los corsarios ingleses, llegan un día a Copenhague con tabaco y ron de las Antillas. Esto era lo que faltaba. Hay entusiasmo lo mismo en el puerto que en la Corte. Desde las colinas de Elsinor, poco tiempo después puede verse la vela aventurera de un barco que se aleja camino de la remota isla de Saint Thomas, en el Caribe. Es la que el rey ha escogido para clavar su bandera.

En los mapas, la isla de Saint Thomas tiene forma de serrucho. El mar, jugando entre las rocas, forma mil bahías que no hay ojos que alcancen a vigilar, y que son el paraíso de los piratas. La Compañía Danesa de las Indias Occidentales se forma con la idea de poner un pie en el África y otro en la América. De un lado, cazará negros; del otro, venderá esclavos, colonizará la isla, hará negocios con los piratas, contrabandeará. El rey, la reina, el príncipe Jorge, son los primeros en suscribir acciones.

La isla está casi desierta. Cuando llegan los daneses, sólo encuentran tres indios, y para que uno de estos no huya, el gobernador le corta una pierna. Este primer gobernador es George Iversen, hijo de un panadero, nacido en Elsinor. Sesenta y un criminales sacados de las cárceles son los primeros colonos. Luego van llegando franceses, holandeses, alemanes, judíos, ingleses. En una palabra: refugiados. Los desventurados gobernadores no saben cómo arreglárselas para poner orden en una población de antecedentes nada dudosos, que habla todas las lenguas y ha pasado por todas las banderas. Para mayor complicación, en cuanto va creciendo la caña y va moliéndose, Saint Thomas se hace

célebre por el ron Matadiablos. Contra lo que parece significar la etiqueta, el ron mete al diablo vivo en el cuerpo del borracho. Cuando en Saint Thomas se bebe, en las calles no cuenta almas el gobernador: sólo ve diablos.

En Copenhague, el rey hace cuanto puede por defender su empresa. Cada empleado público deberá dejar el diez por ciento de su salario para comprar acciones de la compañía. Pero el problema es más humano que económico. Los primeros años de la compañía son de grandes luchas en escenarios minúsculos. Iversen, el primer gobernador, tiene que defender la isla contra los franceses; enferma, siente nostalgia de Dinamarca, pide al rey que le envíe remplazo. Llega a sucederle Nicolai Esmít, pero Adolph Esmít, su hermano, el amigo de los piratas, conspira contra Nicolai y se alza con la gobernación. Para poner orden, el rey despacha de nuevo a Iversen que, ya curado de sus nostalgias, puede volver a la lucha. Pero Iversen no llega. Trae una colonia de presidiarios que en el camino se amotinan y lo tiran al mar. Envía entonces el rey a un judío converso, Gabriel Milan, que habla cuatro lenguas y tiene ideas fantásticas. En Saint Thomas, Milan muestra las uñas. A los Esmít los pone en la cárcel. A los negros les enseña a obedecer: por pequeñas faltas, a uno lo empala vivo, a otro le baja un pie de un hachazo. Hasta Copenhague llegan las quejas. Viene nuevo gobernador, que pone sitio a Milan y lo encarcela. Tras el gobernador llega un investigador, el señor Mikkelsen, que limpia la situación enviando prisioneros a Dinamarca a Milan y a los Esmít. La suerte que corren estos tres exgobernadores es un apólogo de la vida

en este siglo. Adolph Esmi enloquece en la cárcel. Nicolai Esmi vuelve a las Antillas, porque ofrece al rey pescar el tesoro de un navío español que naufragó cargado de plata. Gabriel Milan es sentenciado a muerte, y las buenas gentes de Copenhague que van a la Plaza Nueva a presenciar la ejecución, tienen el gusto de ver al verdugo de Su Majestad cortando de un golpe la cabeza del antiguo gobernador de Saint Thomas de las Antillas.

A espaldas de Dinamarca y un poco a su sombra, va surgiendo una nación que habrá de producir cambios substanciales en el mundo: el ducado de Prusia. Por el momento, apenas se insinúa en la sociedad de las naciones, Friedrich Wilhelm de Hohenzollern, elector de Brandeburgo, duque de Prusia, está muy lejos de poder encabezar por sí solo una empresa marítima. Trata primero de juntarse a Dinamarca, luego a Austria, finalmente a España, para promover una compañía de Indias Orientales en que algo lucren los Hohenzollern. Nada consigue. Pero un día, cierto aventurero holandés que en su patria no ha levantado cabeza y que es intrigante y astuto, se le acerca. Se sabe que tuvo fortuna como armador de barcos y se arruinó, y que ahora quiere hacerle daño, como otros muchos descontentos, a la compañía holandesa. Él presenta al señor de Brandeburgo un vasto plan para hacer esclavos, asaltos de piratería, comerciar en las Antillas y adelantar conquistas. Friedrich Wilhelm le escucha encantando y le nombra director general de la proyectada marina.

De esta manera se encumbra Benjamin Raule, y al poco tiempo salen para las Antillas y las costas de Guinea

las dos primeras expediciones prusianas. «Cuando en agosto de 1680, la flota de seis buques de guerra y un brulote —el Brenner— sale para América por el Puerto de Copenhague, los curiosos habitantes que la ven están lejos de soñar que miran, en embrión, a la que será la armada imperial de Alemania, destinada por los siglos a ser factor dominante del mar Báltico».

La flota golosa hace algunas presas de poca importancia. Se llega a la conclusión de que mientras Prusia no tenga en las Antillas un lugar a donde lleguen sus buques como a casa propia, es utópico pensar en nuevas empresas. El plan de Benjamín Raule consiste en fundar una estación negrera en Guinea, y entrar en compañía con los daneses para compartir los privilegios de la isla de Saint Thomas. Así, a tiempo que Prusia se apoya en un vecino fuerte, como es Dinamarca, Raule logra satisfacer su deseo personal: atacar a la compañía holandesa, disputándole el mercado de negros. «Todo el mundo sabe —explica Raule al señor de Hohenzollern— que el comercio de esclavos es fuente de riqueza que los españoles sacan de las Antillas, y que quien pueda suministrarles esclavos, entra a compartir esa riqueza». Federico de Prusia queda convencido: se hace negrero. La compañía entre Brandeburgo y Dinamarca se hace bajo la mágica seducción del holandés. Los dos países se dan el abrazo fraternal. Funcionarán dos juntas de directores: una en Copenhague, otra en Emden. El gobernador residirá en Copenhague. Los prusianos tendrán en la isla de Saint Thomas un espacio para sus plantaciones y almacenes, pagando a Dinamarca los impuestos. La

soberanía de la isla será del rey de Dinamarca. Podrán tener en ella el libre ejercicio de su culto calvinistas y luteranos. Católicos y judíos se tolerarán, mientras no den lugar a escándalo.

En las Antillas crece la caña de azúcar y sudan los negros del señor de Hohenzollern. En Brandenburg el elector, irresistiblemente deslumbrado por las glorias de Luis XIV, piensa en hacerse coronar rey de Prusia. En Saint Thomas, prusianos y daneses no se entienden: en todo han pensado los prusianos menos en pagar los impuestos; se enfurecen porque los daneses quieren usar de sus balanzas para controlarles lo que van sacando en tabaco, en azúcar. El factor prusiano concibe un medio de independizarse: conquistar la isla del Cangrejo y pasarse a ella con negros y almacenes. Cuando llega a Cangrejo, encuentra la bandera de Dinamarca ondeando sobre la isla. ¡Malditos daneses, que no le dejan ir ni al Cangrejo! A su turno los daneses se impacientan. El gobernador prohíbe a sus colonos comprar nada a los alemanes. El día en que los alemanes deben hacer sus pagos, estos se resisten. El gobernador les conmina en nombre de los tratados, de su rey, de su honor. Inútil: los alemanes, cruzados de brazos, están más firmes que una roca. Llama el gobernador al herrero, va a los almacenes de los alemanes, descerraja la puerta y toma posesión del azúcar, del tabaco, que va anotando escrupulosamente en los libros. ¡Y todo, pesado en las balanzas danesas! Los choques repercuten esta vez en Copenhague y en Berlín. El factor prusiano escribe a Federico que los daneses son unos borrachos, unas bestias feroces. Con suavidades

cortesanas, se suscriben nuevos acuerdos en Dinamarca para facilitar a los alemanes sus pagos.

Y sigue el tiempo su marcha. Federico, queriendo que lo coronen. En Saint Thomas, el gobernador danés, teniendo otra vez que tomar a la fuerza el almacén de los prusianos. Federico, jugando al imperio: por los libros de su compañía ve pasar partidas de negros, toneles de ron. Llega el año de 1701, Federico es rey. En la ciudad de Königsberg, el elector de Brandeburgo hace de la familia de los Hohenzollern una familia real. La compañía con los daneses se liquida. Con los libros de contabilidad a la vista, los daneses reclaman del rey de Prusia 1.028.729 pesos de a ocho. Es el balance de tentativa prusiana de tener isla en las Antillas.

Respiran los daneses. Y luchan. A veces, por temor de asaltos españoles, las islas se despueblan. Luego, regresan los colonos. En las guerras, Saint Thomas es un refugio internacional, especialmente, y por ironía, para los holandeses. He aquí un censo de población: hay 148 blancos, así: 66 holandeses, 31 ingleses, 17 daneses y noruegos, 17 franceses, 4 irlandeses, 4 flamencos, 3 alemanes, 3 suecos, 1 escocés, 1 brasileño, 1 portugués; además: mayoría de negros. Al principio, los trapiches se movían con molinos de viento. Luego se pasó del viento a la mula. El manipuleo lo hacen los negros. Ellos alimentan los cilindros del trapiche. A veces, un negro distraído deja ir el brazo entre las cañas. Un grito. Chorrear al fondo miel y sangre. Veloz, acude otro negro

con el hacha. Siempre hay un hacha a mano, para evitar que el trapiche se trague, con el brazo, el cuerpo entero, y se pierda toda la mercancía. Como un gran avance en la contabilidad, se empiezan a computar en dinero partidas que antes se cargaban en libras de azúcar. Y en buques daneses llegan cosas de las Antillas a Copenhague, Elsinor, Cristianía, Trondheim, Lúbeck, Danzig, Stettin, Königsberg, San Petersburgo, Estocolmo, Göteborg... Durante 84 años vivirá la compañía danesa. Las islas quedarán luego bajo la bandera del rey, hasta que en 1916 las compren los Estados Unidos para sus defensas del Caribe...

En Edimburgo los escoceses discuten en las tabernas, y cuando hablan de las cosas de Escocia y Londres se les van a la cabeza la sangre y el alcohol. Es para enloquecer al más tranquilo esto de que Londres quiera absorber todos los mercados. El mundo es bastante ancho para que por él se derramen lo mismo los de Londres que los de Edimburgo o Dundee, que no son menos gente. Y en la City misma, no son pocos los que se sienten cada vez más incómodos con los privilegios de la Compañía de las Indias Orientales. Una compañía escocesa, por ejemplo, que vinculara más personas a las empresas del mar, sería la solución. Es de lo que se está hablando en Escocia en vísperas de la reunión del Parlamento. Habría que sacar una ley de autorización, y para sacarla sería preciso asegurar votos de los parlamentarios. Para asegurar los votos habría que llevar a los parlamentarios a las tabernas, darles comidas; quizá propinas discretas. La historia podrá reconstruirse luego con toda exactitud, porque como son escoceses quienes

hacen estos trabajos, en sus diarios irán anotando en libras, chelines y peniques lo que les cuesta cada agasajo. Uno de los que más agita el negocio es James Balfour. Este nombre hay que recordarlo: los escoceses acaban por irse al Caribe, y Balfour recogerá la tradición de los piratas, de tesoros fantásticos, de islas maravillosas. De eso siempre se hablará en su casa. Y como descendiente suyo será Robert Louis Stevenson, por ahí se ve claro cómo habrán de nacer *La isla del tesoro* y otros cuentos fantásticos del incomparable narrador de aventuras.

El hecho es que, unas veces en la taberna de William Ross, otras en la del Buque, o en el café de McLurg, o en la hostería de la viuda de Graham, o en la de Patrick Steel, van reuniéndose en Edimburgo los amigos del progreso, un poco a lo conspiradores, para planear la fundación de la Compañía Escocesa de Comercio con el África y las Indias. Se abre el Parlamento de Escocia. Los negocios del continente no le han permitido al rey venir a instalarlo, como suele, pero el marqués de Tweeddale, al inaugurar las sesiones, en su breve discurso declara que verá con gusto la formación de la compañía. Son tres o cuatro palabras: pero que abren la puerta para lo que han venido tramando los burgueses de Edimburgo.

Lo que James Balfour y sus amigos piensan puede ser un poco vago. Sólo saben que saliendo a los mares se encuentran mundos riquísimos. Hacia dónde salir y cómo salir, es cosa en que exactamente no han pensado. Pero en Londres está otro escocés que se los dice: es William Paterson.

Para los señores de Edimburgo la vida de William Paterson es de una atracción irresistible. Cuando tenía diecisiete años, Paterson pasó de Bristol a Amsterdam huyendo de las persecuciones religiosas. En Amsterdam, como buen escocés, se fue a las tabernas, y allí supo lo de las Antillas, y se embarcó a la aventura. Fue a Jamaica y a otras islas, conoció, quizá practicó algo de la vida de corsario, y en todo caso trabó amistad con dos bucaneros famosos: William Dampier y Lionel Wafer. Estos dos tipos, el uno naturalista y el otro cirujano, por circunstancias que sólo en estos tiempos ocurren, han participado en las más grandes aventuras de los bucaneros, han cruzado el istmo de Panamá, navegado en el Pacífico, repasado las costas de África, de todo lo cual resulta un libro famoso, cuyos originales llevaba Dampier en un tubo de bambú para salvarlos en los naufragios y defenderlos en los aguaceros.

William Paterson concibió las cosas de un modo diferente al de estos dos bohemios. Regresó a Europa llevando en la mente el plan de una gran compañía de comercio con las Antillas. Una de las personas a quien primero visitó fue precisamente al elector de Brandeburgo, que entonces no pudo aprovecharle, como habría de aprovechar enseguida a Raule, y Paterson mismo pospuso sus proyectos para darle vida a otro que le haría célebre: la fundación del banco de Inglaterra. Fue a Londres, interesó a los ricos de la ciudad, al rey, y así nació esa institución que vivirá por siglos. Brotó de la mente de un escocés, cuya escuela en los negocios había sido la tertulia de bucaneros en el Caribe. Y Paterson fue el director del Banco de Inglaterra. Pero no

es él la persona que vaya a quedarse detrás de un escritorio esperando a que llegue la clientela. Separado del banco, otra vez empieza a planear su empresa de las Antillas. Y reflexionando está sobre este punto, cuando sabe del proyecto de los escoceses, sus paisanos, y enseguida les escribe dándoles sus planes.

Paterson pone las cosas en claro. No hay que pensar en el Lejano Oriente: el porvenir está en el Darién, en el propio istmo donde hicieron sus primeras armas Dampier y Wafer. El istmo es el nudo central del mundo, porque por ahí han de cruzarse los caminos del Oriente y el Occidente. Quien se haga dueño de Panamá dictará su ley al mundo. Las palabras suyas son tan convincentes que parece que el aventurero que fundó el Banco de Inglaterra moverá ahora a los caballeros de Edimburgo y de Londres a poner su garra en Panamá.

Con las cartas de Paterson la Compañía de Escocia se transforma en lo que será la Compañía del Darién. Como Inglaterra funda en el norte la Nueva Inglaterra, Escocia fundará en el istmo la Nueva Escocia. El proyecto es fantástico, porque si alguien carece de derecho sobre esas tierras es Escocia. En el Darién tiene España plantadas sus banderas desde los días de Colón. Por ahí empezó la conquista del Pacífico y han desfilado todos los grandes en la historia de la conquista española. Pero estos son detalles que se borran como humo en el aire en la mente de un bucanero. Su proyecto queda aceptado, pero se guarda en secreto el destino de la compañía. Los prospectos sólo dicen que se trata de la compañía del «África y las Indias».

Los propios colonos, al embarcarse, no sabrán para dónde van las naves. Paterson pasa a ser la figura central de la compañía. James Balfour ve con sorpresa e indignación que el muy listo va a cobrar una suma exorbitante como indemnización por los gastos que ha hecho para llegar al conocimiento que tiene del Darién y que en cambio a él se le ahogarán las libras, chelines y peniques que gastó en comprar los votos del Parlamento de Escocia. A Paterson esas cosas no le importan. Renuncia a ese dinero. El proyecto está por encima de una cuenta de chelines, y se va a Londres para que también en la City suscriban dinero. La City es su centro.

Pero en cuanto la Compañía de las Indias Orientales se entera de estas cosas, reacciona sin piedad contra los escoceses. Los ricos accionistas jamás permitirán que estos improvisados vengan a disputar su monopolio, y mueven la Corte y el Parlamento, y se dirigen al rey y hacen del asunto un escándalo mayúsculo: que se investigue cómo pasó la ley en el Parlamento de Escocia. El rey se coloca del lado de la Compañía de las Indias Orientales y remueve de su puesto al marqués de Tweeddale, porque le hizo un flaco servicio cuando en el discurso de Edimburgo autorizó la formación de la compañía escocesa. Y no paran ahí las cosas. Se dice que al duque de Leeds le han comprado los escoceses con 5.000 guineas. ¿Será esto posible? ¿5.000 guineas, ellos? La Compañía de las Indias Orientales hace una patética pintura de lo que va a ser de Inglaterra si a los escoceses se les dan alas: ya los vemos, de buhoneros, por toda la isla, desalojando de los mercados a los honrados comerciantes

ingleses, hasta hacerse dueños de la propia ciudad de Londres... En la Cámara de los Lores se aprueba una resolución que prohíbe a los ingleses tomar acciones en la compañía escocesa, y a los marinos y armadores del reino trabajar en forma alguna para ella. La Compañía de las Indias Orientales recibe nuevos poderes para luchar contra el naciente enemigo. A su turno, la Cámara de los Comunes pide las más severas sanciones contra veintitrés personas, de lord Belhaven para abajo, por haber jurado cumplir los estatutos de la compañía. Para salvar los libros de la compañía y poner también a salvo su pellejo, los escoceses tienen que salir de Londres en una fuga llena de peripecias.

El orgullo nacional de Escocia queda herido. Si quieren ahogar el justo deseo del reino por surgir a la vida del comercio internacional, los escoceses probarán a los ingleses que obran como locos insensatos. En los cafés de Edimburgo y Dundee se habla golpeando en las mesas. Ricos y pobres, mujeres y hombres, duquesas y condesas, zapateros y sastres, no hay nadie en Escocia que no quiera vincular ahora su nombre a la compañía. Cuando se abre la venta de acciones, es un golpe de muchedumbre el que entra a las oficinas para ofrecer su contribución patriótica, y se trabaja hasta en la noche a la luz de los candiles. La duquesa de Hamilton es la primera en suscribir tres mil libras. Luego viene la condesa Margarita, que apunta mil en su nombre y mil en el de su hijo. Y lady Margarita, que hace lo propio. La Muy Buena Ciudad de Edimburgo suscribe tres mil libras, y la minúscula aldea de Queensferry, ciento. Por los libros van desfilando

boticarios, médicos, el peluquero, el molinero, joyeros, taberneros, sastres, comerciantes, el vidriero, sacerdotes, soldados, abogados, capitanes de buque, escribanos, el pintor, el coronel del regimiento, el sombrerero, el guantero, maestros, sirvientes, el latonero, el talabartero, zapateros, y James Gregoire, estudiante, y Alexander Rule, profesor de lenguas orientales del colegio de Edimburgo...

Las aspiraciones son incontenibles. Paterson, por lo pronto, y para mover un poco el dinero, funda un banco de emisión. Empiezan a circular por Escocia billetes de cien, cincuenta, veinte, diez y cinco libras, que el propio Paterson ha caligrafiado. En Glasgow, Aberdeen, Dundee y Dumfries hay agentes que distribuyen los billetes. Y en cuanto a completar la compañía, si Londres es hostil, los escoceses irán al continente. Y al continente van, en efecto, Paterson y John Erskine. Además, tendrán que comprar allí los buques que Inglaterra les niega. John Erskine es un hombre que está asociado a las primeras colonias escocesas en América, cuando algunos perseguidos por causa de su religión fueron a poblar a Stuart, en Carolina del Sur. Ahora, Erskine es activo como ninguno en la suscripción de acciones. Es el tipo a quien el patriotismo inflama. Su nombre figura, como el de todos los de su familia, muchas veces en los libros. Pero no va a limitarse a dar dinero. Él quiere trabajar. Y hay que ver cómo se mueven Paterson y Erskine en el continente. En Lúbeck reciben cañones que en Suecia les han fabricado los mismos armeros del zar de Rusia. En Amsterdam compran barcos. En Hamburgo proyectan abrir oficina para vender acciones de la compañía.

Cuando en Londres se saben estas cosas, los soberbios caballeros de la City reaccionan enfurecidos. El ministro del rey se dirige en una elaborada carta escrita en latín al gobierno de Lúbeck y a los Senados de Brema y Hamburgo, explicándoles cómo lo que los escoceses están haciendo es contrario a los deseos del rey. En Hamburgo se da la batalla más importante. Como se sabe que Paterson y Erskine van a abrir su oficina, con licencia del Senado, y este letrado en la puerta: «Esta es la casa de la compañía escocesa», el Ministro de Inglaterra se dirige al Senado en esta forma: «El infrascrito ministro de Su Majestad el Rey de la Gran Bretaña, ha manifestado en dos ocasiones a sus Magnificencias y Señorías, desde la llegada de los comisionados de una Compañía Escocesa de Indias de parte del Rey mi Amo, que Su Majestad entiende que los dichos comisionados pretenden de su propia voluntad iniciar comercio y tráfico con estas Partes, haciendo alguna Convención o Tratado con la Ciudad, y me ha ordenado del modo más expreso notificar a sus Magnificencias y Señorías, que si entran en tales Convenciones con Particulares, sus Súbditos, que ni tienen Cartas Credenciales ni en ninguna otra forma están autorizados por Su Majestad, Su Majestad mirará los procedimientos como una Afrenta a su Real Autoridad, y que no lo consentirá...».

La oficina de Paterson y Erskine no se abre en Hamburgo.

De pronto corre una noticia en Londres: que lo que Paterson y los suyos pretenden es fundar una colonia en el Darién. Se ha roto el secreto y, sabe Dios cómo, ha llegado

a oídos del rey. ¿Qué es el Darién? La gente recuerda los relatos de Drake, el libro del exfraile Thomas Gage, las aventuras de Morgan... Pero acaba de publicarse un librito que trae noticias frescas: es de William Dampier, el bucanero. Dampier, en Londres, no hace el bucanero sino el naturalista. El libro aparece dedicado al presidente de la Royal Society y en los círculos científicos del reino sus páginas despiertan curiosidad y admiración. Dampier y Wafer están en Londres, y se les llama a Whitehall, para conversar en mesa redonda con los grandes de Inglaterra: ahí están, para escucharlos, sir Philip Meadows, compañero de Milton, y John Locke, el filósofo. Vueltas que el mundo da: unos años antes, Dampier y Wafer, a la luz de la fogata bucanera, en una isla frente a la costa del Darién, dialogan con todos los bandidos del Caribe reunidos en asamblea sobre la manera de dar una sorpresa a Panamá. Ahora, en lo mejorcito que Londres tiene, hablan con la crema de la ciencia y la nobleza. Lo que los bucaneros dicen en medio de los doctores, es lo que Paterson ha publicado: que el Darién es la clave del mundo americano. Y lo que los ingleses piensan es lo mismo que estaban pensando, pero ahora con más razón: que a la compañía de los escoceses hay que darle duro y a la cabeza.

De paso hay que decir que el éxito de los dos viejos bucaneros no tiene límites. Hasta en las cumbres literarias dejarán su huella. Daniel Defoe sabe por ellos de un marino rebelde, que sublevándose contra el capitán de la nave en que Dampier y Wafer iban de aventura por los mares del sur, se quedó como un naufrago en la isla de

Juan Fernández, cerca de Chile, y vivió solitario hasta que otro marino inglés lo recogió. De ahí sale el Robinson Crusoe, que Defoe situó en la isla del Caribe, frente al Orinoco. Además, como han hecho los ingleses, también los escoceses quieren hablar con los bucaneros. Por caminos excusados, en la noche, Wafer se dirige a cierta casa en los contornos de Edimburgo. Ahora quienes le escuchan son los burgueses de la compañía, que quieren hacer ellos mismos lo que años antes hizo Paterson: tomar información directa. Para triunfar en el Caribe lo mejor es decirle hermano al bucanero.

En Escocia sube la fiebre. Se pasa un memorial al rey protestando por la campaña que ha hecho contra ellos en Hamburgo. Se apresura la salida de la expedición, y si al rey no le gusta, que se muerda cola. Ahora la bandera es nacional. Paterson ha sufrido un eclipse: cierto conocido suyo se alzó con fondos de la compañía, y aunque él ha sido la primera víctima, su prestigio queda por el suelo: se le borra de la lista de los directores, y si quiere ir al Darién, irá: pero como un colono cualquiera. Los buques están cargándose en el puerto. Todavía el destino es, para el común de las gentes, secreto, pero hay presentimiento que a estos pobres crédulos empecinados les hace saltar el corazón de alegría. El día 26 de julio de 1698, toda la ciudad de Edimburgo bajó hasta Leith a presenciar la partida de la colonia, en medio de las lágrimas y oraciones y votos de los parientes y amigos, y de todos sus compatriotas. Muchos marinos y soldados cuyos servicios no habían sido aceptados, por haberse ofrecido muchos más de los que

se necesitaban, se encontraron escondidos en las naves, y cuando se les ordenó que desembarcasen, agarrándose de los cables y los palos, imploraban se les admitiese, sin recibir recompensa. Mil doscientos hombres iban en las cuatro naves.

De todo esto queda, como es natural, un exaltado testimonio lírico: el poema «*Caledonia triumphans*». Paterson entra a la nave con su mujer. A medida que pasan los días, sus servicios van haciéndose cada vez más precisos. Él ha tenido la idea, él sabe adónde se dirigen. Entre las instrucciones que se abren a cada escala de la flota, se encuentra una que prevé darle un puesto a Paterson entre los directores. El sueño del viejo promotor va a cumplirse. Sus ojos miran otra vez al mar de su juventud: el mar donde bucanéó, y que meció una cuna de la imaginación que dio vida al Banco de Inglaterra. Ese mar, piensa él, verá surgir algo mucho más importante.

Ya se ven, desde las barcas, islas de América. Allí están los daneses. Y luego, el morro de la Popa, que custodia la bahía de Cartagena. Y enseguida la isla Dorada. Y la costa del Darién. La colonia se llamará de la Nueva Escocia. La capital, Nueva Edimburgo. La bandera es una de las más lindas banderas que en siglos la América conozca, y en ella están por primera vez reunidos los tres colores — amarillo, azul y rojo — con que cien años después Miranda llame a los hombres libres de América para proclamar la independencia. En la bandera de la Nueva Escocia, los colores están de esta manera: abajo, el azul: son las aguas del mar; y surgiendo de ellas, un sol de oro, contra el cielo rojo.

Las primeras comunicaciones que a Escocia se envían están llenas del optimismo inicial. El paisaje, poblado de pajaritos que vuelan por entre las ramas de lindos árboles. Se redacta una Constitución. Se gobierna con seriedad y prudencia. Todo, como en una república, como en un reino. Al indio Andrés, cacique de los contornos, se le llena de atenciones. Se le da una comida, se le emborracha, se le entrega un pergamino que le inviste del título de comisionado de la colina. Es el aliado que se busca contra los españoles. Los abrazos entre escoceses e indios adquieren en el papel el tono de tratados entre comisionados europeos: «Tratado de amistad, unión y confederación perpetua, acordado y refrendado entre el muy honorable Ayuntamiento de Caledonia y la Excelencia de Diego Tuapantos y Estrada, Jefe y Conductor Supremo de los Indios habitantes de las tierras y posesiones en y cerca de los ríos de Darién y San Matolome...». La llegada de los escoceses pone en alarma a todo el mundo. De Cartagena a Panamá se pasan comunicaciones los españoles para combinar la acción contra los intrusos. De Londres, llegan cartas para todos los gobernantes de las Antillas y Nueva Inglaterra, a fin de que se les niegue todo apoyo. Estas cartas, que suscribe el secretario Vernon, recuerdan el tono implacable del Mensaje al Senado de Hamburgo. Los colonos de Jamaica piden que se elimine a estos inesperados competidores. El gobernador de la isla dirige una nota de excusa al gobernador español de Cartagena diciéndole que aunque los escoceses reconocen al rey de Inglaterra como a su soberano, ellos no son ingleses ni van a hacerse los ingleses cómplices de sus pretensiones.

Además, escribe una proclama que es como declaratoria de guerra: que mueran de hambre los escoceses, porque en Jamaica no se les venderá ni una libra de harina. Y vienen los trabajos: un poco de hambre, y la fiebre que diezma la población. La mujer de Paterson muere: con unos cuantos cañonazos se le despacha a la última morada. Paterson enferma. Panamá organiza un ejército para echar al invasor.

Los escoceses son tozudos. No han perdido la fe. Se alistan para la defensa, y la logran. El ejército de Panamá, en vez de acometer, les pone sitio y acampa en los montes vecinos. Pero vivir en montes del Darién es cosa que sólo consiguen los pájaros, los indios y las culebras. Sobre el hambre y la fiebre, que empiezan a aclarar las filas españolas, viene una tempestad que arruina el campamento. El ejército resuelve retirarse a Panamá. Sólo hubo un encuentro, en Tubuvantí; mejor una escaramuza, pero que, desde Nueva Edimburgo hasta Edimburgo la Vieja, se celebra como una victoria marcial. Es quizás el único recuerdo grato de la aventura. Ahí la suerte les ayudó, pero en cambio, cuando una de las naves escocesas se dirige a Barbados, con la esperanza de encontrar algún socorro, naufraga cerca de Cartagena. El capitán y la tripulación caen en manos de los españoles, que les mandan prisioneros a España: a las cárceles de Cádiz.

Ya insistir es luchar contra lo imposible. La moral está arruinada. Los colonos viven borrachos. Se resuelve abandonar la colonia. Paterson, enfermo, no es persona que pueda oponerse a este designio. En tres naves se amontonan los sobrevivientes. Una llega a Jamaica: con las espadas

desnudas tienen que imponerse para que el gobernador les deje desembarcar: hasta ese grado ha llegado su sevicia; y los escoceses acaban mezclándose con la población de Jamaica para formar uno de los mejores grupos de la colonia. En Nueva York, adonde llegan las otras naves, la acogida es menos agresiva: la colonia escocesa es numerosa, y los náufragos del destino medio se rehacen para volver a su patria.

Mientras ocurren estas desventuras, en Escocia, donde las cosas no se saben sino mucho tiempo después de que han pasado, se prepara la segunda expedición, con un resentimiento cada vez mayor contra Londres. Hay rumores del fracaso, pero los buques salen sin esperar más noticias. Llevan lo que, según un escocés que no ha salido, necesita una colonia en el Caribe: cerveza, bizcocho, pólvora, cuchillos, navajas, agujas, 29 barriles con pipas para tabaco, 4 cajas con sombreros, 14 bultos de papel... Entre los tripulantes va un artillero, un experto en fundir metales, otro que dice saber acuñar monedas y un judío nacido en Curaçao que dice hablar español, portugués, italiano, francés, holandés, inglés y las lenguas de los indios de la costa de Darién.

Cuando empiezan a llegar las malas noticias, la exaltación en Edimburgo es terrible. Hay quienes dicen que la demora en enviar los refuerzos fue por culpa de James Balfour, y el pueblo se convida a apedrear su casa. Los directores, aleccionados, preparan una embarcación de auxilio para que esta vez no haya quejas. Pero es claro que si sigue la hostilidad del rey, no va a poder la compañía luchar sola contra Inglaterra, España, la fiebre, el hambre

y los borrachos. Los burgueses firman una petición al rey: Tregua para la compañía y convocatoria del Parlamento. El rey, imperturbable, replica: Sólo habrá Parlamento cuando las necesidades del reino lo exijan. La compañía insiste: Porque las necesidades del reino lo exigen, humildemente pedimos que se convoque. Un personaje va con este memorial a ponerlo en manos de Guillermo III. Y el rey, cuando le da la real gana de recibir al delegado, replica con estas piedras: «Yo sé cuándo lo reuniré, y creo que el señor comisionado ha podido evitarse la molestia de venir hasta Londres con ese papel». El Darién empieza a labrar un abismo entre Inglaterra y Escocia.

Un día, en Londres, entra al Parlamento lord Peterborough con cierto librito editado en Edimburgo: ahí están publicadas las causas del fracaso de la colonia escocesa. La indignación de los lores no tiene límites. Declaran el libro falso, escandaloso y traidor, que atenta contra el honor del rey y de las dos cámaras, que tiende a crear celos y animosidades entre Inglaterra y Escocia. Se ordena que por mano del real verdugo se quemase el libro «a las doce del día de mañana, en el patio del palacio en presencia de los alguaciles de la ciudad». Y que al autor o editor se le busque, para echarlo a la cárcel.

En Edimburgo, la exaltación no es menor. El rey acaba por ceder una línea y ofrece que intercederá ante el gobierno de España para que libere los prisioneros cogidos en Cartagena; concede a los escoceses en las islas de las Antillas los mismos derechos de que disfrutaban los ingleses: anuncia que el Parlamento de Escocia se reunirá el 14 de

mayo. En los cafés de Edimburgo queda resuelto que mientras no se apruebe lo del Darién, el rey no encontrará apoyo en el Parlamento. Pero en esto el rey es tan terco como un escocés. Las instrucciones que da a su comisionado son terminantes contra la compañía. Se abre el Parlamento y el comisionado no dice palabra del Darién. Los escoceses aprueban una moción para que el asunto pase a considerarse antes que ningún otro, por ser de interés nacional; se presenta luego una moción declarando que la colonización del Darién es legítima y correcta. A esto se reducen las sesiones de los dos primeros días. Al tercero, el comisionado declara que está resfriado y con ronquera, que no puede hablar, y que como hay asuntos urgentes que debe consultar con el rey, suspende temporalmente las sesiones, mientras va a la Corte. Y así, este famoso Parlamento queda reducido a tres sesiones. El comisionado no regresa.

Es entonces cuando llegan a Edimburgo —siempre tarde— noticias de la «victoria de Tubuvantí». El jueves por la mañana se sabe la noticia y, esa misma tarde, la asamblea que se reúne en la taberna de Steel decreta fiestas e iluminación. En todas las casas de los leales se ponen luminarias, y en letras grandes el nombre de la compañía. En las plazas hay derroche de pólvora. Edimburgo en masa se emborracha. En algunas ventanas no se ven luminarias: son —se dice— casas de gente que no está con la compañía. ¡A piedra con ellas! No queda vidrio sano. En la cárcel están un boticario y un impresor que sufren prisión por los folletos del Darién. Pues a la cárcel va el populacho, rompe las puertas, saca al boticario, saca al impresor. Todavía al

amanecer se oye a los patriotas cantar enronquecidos. Se ha celebrado un día de independencia.

En Edimburgo la autoridad ha quedado por el suelo. Los funcionarios tratan de levantarla, en cuanto los borrachos empiezan a acostarse. Las tropas recorren las calles, custodian las puertas de la ciudad. Se corre un bando prohibiendo iluminaciones y pólvora. A los cuatro cabe-cillas que llevaron al populacho al asalto de la cárcel se les conmina destierro a Escocia. Al principal de ellos, un carnicero, le darán doscientos azotes. Cuando la sentencia va a ejecutarse, la muchedumbre se precipita cantando tras el carnicero y sus compinches. Los cubren con una lluvia de flores. Hay música de flautas. El verdugo deja caer tan dulcemente el látigo sobre la víctima, que no hace sino acariciarla. El pueblo le grita: ¡Dale duro, y te matamos! El verdugo, como todos los verdugos, ama su propia vida. La sentencia es una de las funciones más divertidas que se hayan visto en toda Escocia. Otra vez, Edimburgo se emborracha. Otra vez, en las calles, canciones.

En el Darién no hay canciones, ni flores, ni música de flautas. Borrachos sí; pero estos escoceses, acá, no se emborrachan por alegría sino por ser fieles a la tradición nacional. Siempre ha sido así. Cuando la primera expedición, no más al salir, en cuanto tocaron isla, trocaron ropas y espadas por vino. El premio de una proeza en la colonia eran unas botellas de brandy. Ahora uno de los buques se incendia, porque al pie del barril se duermen los borrachos, y la vela que les ha alumbrado en las últimas horas alegres de su vida alimenta las llamas que los llevan al otro mundo.

Las órdenes del rey siguen cumpliéndose para la colonia: cuando los buques pasaron por Monserrate no se les permitió tomar agua fresca.

Por último, viene la guerra. Esta vez, los españoles organizan un ejército de verdad. El propio gobernador de Cartagena sale con tres naves mayores y once menores. Los escoceses sólo tienen seis. Ordena el gobernador el sitio, les cierra todos los caminos. Si se obstinan, comerán ratas y culebras. Un heraldo llega con los pliegos del gobernador: les dice que con los barcos en Rancho Viejo y las tropas en el río Matanzas puede aniquilarlos, pero les conmina a que se rindan, por salvarles la vida. La respuesta de los sitiados es esta: «La falta de un intérprete nos impide darnos cuenta de lo que dice el señor gobernador en su carta, pero entendemos que las fuerzas que ha reunido en mar y tierra son una amenaza para nosotros —que no tendría efecto para hombre de honor—: como creemos tener derecho para estar aquí, en el favor de Dios confiamos que habrá de ampararnos».

Pasan uno, dos, tres, once días, en que el gobernador va estrechando el sitio, sin disparar un tiro. A los doce días, llega hasta su barco una lancha de los escoceses con un mensajero: «Muy ilustre señor: Cuando hace pocos días contestamos la carta que usted nos envió, le expresamos que por falta de intérprete competente no podíamos entender exactamente su significado; luego hemos podido entenderla y hemos encontrado que usted nos pide que dejemos estos lugares. Considerando el grave detrimento que puede seguirse para la amistad que hoy prevalece entre el rey de la Gran Bretaña y su Majestad Católica por causa

nuestra, hemos pensado mejor enviar a usted estas líneas para saber cuáles son las condiciones que nos ofrece. Esperamos su respuesta, y mientras tanto quedamos, muy ilustre señor, vuestros muy devotos...».

¿Qué se hizo el judío de las siete lenguas? ¿Se lo tragó la fiebre? La guerra se ha convertido en un problema de idiomas, que acaba por resolver el gobernador escribiendo en latín a los sitiados, y hablándoles en francés. El gobernador, en realidad, no quiere carnicería, permite a los escoceses que salgan en sus barcos con banderas desplegadas, a tambor batiente y con las municiones precisas para cada soldado. Y de esta manera la colonia pasa a la historia. Los buques salen como vagabundos por el Caribe. Uno se vuelve pedazos contra las rocas de Cuba. A otros dos, que anclan en Charlestown, un huracán los destroza. De los colonos, muy pocos regresan a Escocia. Entre estos está un pastor presbiteriano, que publica un pequeño libro contando las desventuras ocurridas; al final hace una plegaria por que llegue el día de la venganza contra los españoles, a quienes sólo dejamos vivos por falta de municiones. «Gracias a la generosidad de los españoles —dice— pudimos embarcarnos, pero llegamos a Jamaica tan apretados en el buque que parecíamos cerdos en una pocilga».

Otro pastor se salva: es Archibald Stobo, que está entre los que desembarcan en Charlestown. Este tiene más que ver con la historia: a un tataranieta suyo cabe la suerte de ser el hombre que corte el nudo del Darién: Theodore Roosevelt.

Las luchas entre Escocia e Inglaterra por la cuestión del Darién se prolongan por años. Es la herencia de mayores

conflictos que el rey Guillermo deja a la reina Ana. En Londres se apresura a un buque escocés que está en el Támesis, por la sospecha de que zarpará para las Indias. En represalia, Escocia apresura por piratas a los tripulantes de un buque inglés que cae en sus manos. Los tripulantes son condenados, y a dos se les ejecuta con gran entusiasmo. El Parlamento de Escocia ordena quemar tres libros que hablan sobre lo del Darién en términos que se juzgan ofensivos para el honor nacional. Por blasfemos, escandalosos y calumniosos, el verdugo de la ciudad los quema el lunes, a las doce en punto, al pie de la cruz del mercado. Todo en la misma moneda. El Parlamento, en Edimburgo, se pone tan vidrioso con el caso del Darién, que el canciller de Inglaterra escribe un día: «He desempeñado, ante él, el puesto más difícil y borrascoso que persona alguna haya ocupado en el último siglo». Pasaron años y años, lo del Darién hará casi imposible la unión de los dos reinos, y siempre se execrará en Escocia el recuerdo del rey Guillermo III, que no permitió realizar la más grande empresa de sus tiempos. Casi un siglo más tarde, alguna persona propondrá en Edimburgo levantar una estatua a Guillermo III para recordar la revolución de 1688: un escritor anónimo dirigirá una carta a un periódico diciendo: «Me parece excelente idea, y que la estatua tenga en uno de los lados del pedestal un bajorrelieve que simbolice la colonia escocesa del Darién». Nadie vuelve a hablar del monumento.

En cuanto a Paterson, sus palabras quedan flotando en la historia un poco proféticas, un tanto trasunto de su

fantasía aventurera. Para él la apertura del canal u otro medio de comunicación a través del istmo representaban la solución de un problema universal. Si los ingleses y los escoceses, decía, se dividen en luchas internas, otra potencia les tomará ventaja. Darién, para él, sigue siendo un sitio maravilloso, con la bahía de Urabá, en donde podría acomodarse una flota de mil barcos. Si los ingleses no quieren que los escoceses tengan ese privilegio, pues que se forme una compañía en que Londres tenga los dos tercios de las acciones... Paterson el optimista irreductible. «Darién —son sus palabras— está situado entre México y el Perú, los países del oro; está a seis semanas de navegación a vela de Europa, la India y la China; es el corazón de las Indias occidentales, cercano a las colonias que se levantan en América del Norte. Los gastos y peligros de la navegación al Japón, a las islas de las especias, a todo el mundo oriental, se reducirán a la mitad; el consumo de los productos y manufacturas europeos pronto habrá de doblarse, el comercio estimulará al comercio; el dinero engendrará al dinero; y el tráfico del mundo no necesitará más trabajo para los brazos, sino brazos para el trabajo... El Darién tiene enormes reservas, que hasta hoy ningún país de Europa reclama como suyas... Sus ríos cristalinos ruedan sobre arenas de oro... El fondo de sus mares está sembrado de perlas... Allá la Nueva Edimburgo podrá surgir: la vieja Alejandría, sobre un istmo estéril, se convirtió de pronto en un prodigio de riqueza y poder, con sólo el comercio de Arabia y de la India: su fama quedará vencida frente a este emporio del Nuevo Mundo...».



LIBRO TERCERO

EL SIGLO DE LAS LUCES

A la memoria de Hernando de la Calle

▪ PREFACIO

EL SIGLO XVIII ES UN SIGLO revolucionario. Para quien se acerca a mirarlo tiene el encanto de mostrar cómo van brotando las primeras lucecillas, las llamas aisladas. Al final, es una hoguera gigantesca. En Europa, al irrumpir la burguesía para hacer la Revolución francesa, todo el orden tradicional de los poderes se invierte. Pierde su fuerza política la Iglesia; la monarquía o se hunde o cede ante el empuje, primero juguetón, luego violento, de los filósofos, los economistas, los oradores, del tercer estado, que señalan una nueva dirección en la vida del mundo. Los que empiezan son esos hombres comunes que por su esfuerzo, su inteligencia, su audacia, han formado industrias, han ensanchado los horizontes del comercio. Son los nuevos ricos que reclaman su puesto con la algarabía, la justicia y la impertinencia con que siempre han sabido hacerlo. Primero invaden las cortes, sacan de apuros a los marqueses, se visten como los nobles. Luego se posesionan del negocio político. Los filósofos se complacen viendo rodar a los antiguos amos y celebran el traspíe en volúmenes de sarcasmos.

Los pobres reyes no saben lo que está ocurriendo, aplauden los atrevimientos del liberalismo, y cuando se dan cuenta es para rodar envueltos en la ola de sangre. Voltaire no es un filósofo, no se recoge en ningún pensamiento profundo, pero es un sardónico periodista liviano y enciclopédico, picotea en la vida cotidiana con alegre malignidad muy propia de la época. Nadando entre dos aguas —la monarquía que se derrumba y la burguesía que avanza—, sus páginas hacen reír a los nobles de tontos y a los revolucionarios de listos. Él, pícaro, malintencionado, sonrío.

En América, también el verdadero siglo de la revolución es el XVIII. Es el siglo en que ocurren, cuando menos, los tres primeros grandes levantamientos del hemisferio, y los decisivos: el de las colonias inglesas, en el norte; el del pueblo en la América del Sur; el de los negros en Haití. La guerra de independencia se demora en el sur hasta el siglo XIX, pero el grito inicial y totalidad del espíritu revolucionario aparecen con Mompox y Antequera en el Paraguay, con Túpac Amaru en el Perú, con Galán en la Nueva Granada. Son las muchedumbres de los comuneros que de Venezuela al Paraguay cubren las cordilleras de los Andes, desde el tope de las mesetas hasta el último repliegue de las faldas, en un solo clamor explosivo. En el Caribe, la lucha más patética es la de los negros, a quienes no doman ni Inglaterra, ni España, ni la soberbia de Napoleón.

También en América tiene el siglo XVIII su enciclopedia. También circula por acá, gracias a una equivocación de los monarcas borbónicos, los libros peligrosos. Hasta en los púlpitos mezclan los obispos palabras de Rousseau

con otras de su ortodoxa doctrina, sin saber lo que hacen. Humboldt viaja por México, Cuba, la América del Sur. Llegan sabios franceses y españoles. Tenemos una enciclopedia ambulante, viva y locuaz. Se forman las sociedades de amigos del país y logias masónicas, que todo es uno mismo. Se expulsa a los jesuitas y en cada hueco de lo que ellos dejan van formándose nuevos estudios en donde, a cambio de metafísica, se enseñan matemáticas, ciencias naturales. Se implanta el culto a la ciencia donde antes sólo existía una preocupación monástica. En cada ciudad de América se abre una biblioteca, se crea un periódico, se forma una tertulia para discutir cosas del día. Lo que sigue a esto es la guerra de Independencia.

El movimiento del siglo XVIII en América tiene unos cuantos nombres propios, pero en gran parte es un movimiento anónimo, a veces subterráneo. Aquí, a diferencia de Francia, no son los nuevos ricos los que empiezan: es el pueblo, el común, el ciudadano desconocido, los esclavos. Una mujer del pueblo, que es la primera en provocar a los campesinos para que se levante contra los edictos del rey. Un negro que ha sido criado del hotel o cochero del señor. La señora que forma una tertulia de intelectuales en su casa. En la revolución de los comuneros, cinco, diez nombres propios quedan flotando en el recuerdo, pero la revolución no está en ellos sino en muchedumbres de centenares, de millares, de centenares de millares de gentes humildes que van buscando su lucecita a través de las tinieblas del mundo.

*O Lousiane, colonie perdue, terre que nos pères avaient
découverte et conquise, ils sont loin les jours où le drapeau
de la France flottait sur tes cités et tes rivages...*

EUGÈNE GUÉNIN

▪ CANCIÓN DE CUNA DEL MISSISSIPPI

EL MISSISSIPPI APARECE EN el mapa de América con siglo y medio de retraso. El Amazonas, el Plata, el Orinoco, el Magdalena tienen ya su historia y su leyenda, han visto reflejar en sus aguas siluetas de héroes que les son propios, de Orellanas, Aguirres, Iralas o Quesadas; han mezclado sus aguas a la epopeya de la Conquista y a la canción de la Colonia, son viejos ríos en la geografía del mundo, a tiempo que el Mississippi está por descubrir. El recuerdo de Hernando de Soto es un fragmento perdido en la historia de América; ciento treinta años después de que su cuerpo se hunde en las aguas que llevan camino de la eternidad, en el Canadá se habla del Mississippi como de un nuevo mundo por descubrir. Allí, el conde de Frontenac, que gobierna a nombre del rey de Francia, envía al padre Marquette para que vea si lo del río es fábula o es verdad. El misionero, con un puñado de gentes, baja de Quebec a los lagos, avanza al sur, al oeste, ¡descubre el río! Desciende en unas canoas, muchas veces sus manos en el agua para gozar de la caricia de la corriente, siente alegría, miedo y,

conteniéndose ante la magnitud de la aventura, retorna a Quebec pidiendo ¡albricias! Durante un día entero las campanas de la catedral se echan al vuelo. Los colonos se agolpan ante el altar para dar gracias a Dios por la buena nueva. El conde-gobernador, «que aunque alejado de la corte no ha olvidado la táctica», propone que se dé al río el nombre de Colbert, en homenaje al ministro de Luis XIV.

Un hombre de imaginación, Robert Cavalier de Lasalle, propone al gobernador hacer la conquista. Él ni duda de que esas aguas van a tributar al golfo de México, y como la geografía que se conoce en Canadá es harto fantástica, sostiene que el río, por el norte, se comunica con la China. Lasalle cree ver ya en el Mississippi naves cargadas de seda y clavos y pimienta que bajan al golfo de México, cruzan el Atlántico y siguen a los puertos de Francia. Cuando el conde Frontenac le oye piensa que planes tan vastos le quedan muy grandes a un gobernador del Canadá; mejor es que Lasalle vaya a Francia y se lo diga al rey.

Lasalle triunfa en la Corte. El rey le hace regresar al Canadá con poderes para hacer la expedición. Deberá acompañarle el caballero italiano Tonti, hijo del inventor de la Tontina, un sistema de ahorrar dinero que tiene a mucha gente ilusionada. Como el padre Marquette, Lasalle y Tonti cruzan los lagos y empiezan a bajar al río. Les acompañan 23 franceses, 18 indios, 10 indias, 3 niños. Llegan al punto en que, en el siglo XVI, había dejado el descubrimiento Hernando de Soto. Ya están sobre el propio golfo de México. Lasalle toma posesión del río. El notario extiende el acta; el cura canta el tedéum; Lasalle clava un

poste con esta leyenda: «*Louis le Grand, roi de France et de Navarre, règne le 9e. avril 1682*». Los soldados gritan: «*Vive le Roi!*». Son dos docenas de gargantas que quisieran llenar con sus roncas voces la bóveda del cielo y llegar hasta las llanuras del mar. La verdad es que si una persona hubiera estado en la otra orilla del río no les habría alcanzado ni a ver ni a oír. Los indios observan todo, y no tienen qué decir, ni comprenden nada de lo que está pasando... Al pie de una cruz se encierra una placa de plomo con una inscripción que empieza así: «*Ludovicus Magnus regnat. Robertus Cavelier, cum domino de Tonty...*». En el acta del notario se dice «el río Colbert...».

En Francia Luis XIV festeja al afortunado descubridor, los nobles escuchan con asombro sus relatos. Se prepara la segunda expedición. La verdad es que de ahora en adelante la historia de América del Norte se apoyará en el gran río como sobre el tronco de un árbol de aguas vivas, pero no ha de verlo Lasalle. Regresa, queriendo esta vez entrar por el golfo de México, pero no logra encontrar las bocas. Hay una angustiada expectativa explorando la costa. El capitán de la flotilla se impacienta y deja a Lasalle abandonado. Lasalle se interna por las llanuras de Texas. Un minúsculo grupo de compañeros le sigue. Sin encontrar la orilla, Lasalle cae asesinado. Cosas del Mississippi: los tres descubridores que han revelado al mundo su secreto —De Soto, el padre Marquette, Lasalle— mueren oscuramente cuando ya tenían entre las manos la fruta codiciada.

El hecho es que el descubrimiento se hizo. Ahora empieza el forcejeo para saber quién hace la conquista. La

salida por el Mississippi es el desarrollo natural del imperio colonial de Francia en América. Pero si Francia no se mueve, se dice que los ingleses están reuniendo ya a los hugonotes para fundar una colonia en la boca del río. Los del Canadá toman el asunto entre sus manos. De ellos ha sido la iniciativa, y de ellos ha de ser la colonia. Carlos Le Moyne es un viejo nacido en Dieppe, que se vino a América para levantar una de estas familias que fundan parte de su orgullo en la fertilidad. En efecto, con sus catorce hijos, el señor Le Moyne ya tiene asegurado un título a la consideración de los vecinos. Pero, además, él levanta su rebaño para que le sirva al rey de Francia. Cuando crezca la prole habremos de verla ocupando muchos puestos de importancia en la administración pública, con lo cual queda bien honrada la memoria del viejo. De estos hijos hay dos que se han formado en encuentros contra los ingleses en los contornos de la bahía de Hudson: son Pedro, señor de Iberville, y Juan Bautista, señor de Bienville. Ellos son quienes van a conquistar en las bocas del Mississippi. El rey pone la empresa en sus manos. Un viejo bucanero, Laurens de Graff, que peleó con Du Casse y ha asaltado a Cartagena, guía las naves a través del golfo de México. Y esta vez se encuentran las bocas del río.

El señor de Iberville toma a su cargo los trabajos del mar: yendo a Francia, tornando de Francia, llevando noticias, trayendo cosas. El señor de Bienville explora las costas: tiene veintiséis años, es listo y cordial, habla con los indios en sus propias lenguas, y para hacer las paces fuma en la pipa que se pasa de mano en mano, y se pinta de blanco la cara. Los indios le hacen fiestas con maracas. Llegan al

Canadá estas noticias. Un iluso sostiene que por esas nuevas tierras hay enormes rocas de esmeraldas y se construye una máquina especial para triturarlas. En Francia se duda de las riquezas de la colonia; porque a los canadienses se les tiene por charlatanes. Pero el gran Vauban sí las cree: concibe el imperio colonial de Francia como un arco gigantesco que toca estos tres puntos: Santo Domingo, la capital de la Louisiana y el Canadá. El señor de Iberville tiene una última ambición en su vida: destruir Boston y Nueva York y sacar de ahí a los ingleses. Una fiebre amarilla se lo lleva de este mundo sin haber cumplido tan hermosos proyectos.

El señor de Bienville funda Nueva Orleans, ese balcón internacional que la América levantará con mucho arte de hierros franceses para que desde allí espíen la turbulenta vida del Caribe mulatas y cuarteronas, contrabandistas y corsarios. Estos tipos de abigarrada estampa que se harán célebres en el mundo por la buena cocina criolla y los carnavales, los duelos y los bailes de cuarteronas, los salones de juego y las casas de alegres mujeres, los canales en donde pintores de barba bohemia vivirán en casitas flotantes y, al fondo, en las plantaciones, las casas enormes de setenta cuartos, en donde las niñas recatadas bailarán pavanas con galanes de casaca de seda, bajo la mirada embelesada de las negras gordas que las vieron nacer. Bonita estampa del futuro. Nueva Orleans ha de ser la llave de la América del Norte en el Caribe. Esto es lógico. Pero levantar una casa en Nueva Orleans es absurdo. En las crecientes, el río derrama por las calles. El subsuelo es una mazamorra. Nueva Orleans se hace famosa por sus tumbas anegadas:

cuando se hacen enterramientos en el suelo hay que abrir agujeros en los ataúdes, para que el agua no los saque a flote. Hay levantar diques a la orilla del río y construir las casas sobre pilotes. Quien vive en la ciudad consagrada al duque de Orleans tiene la impresión de vivir en una isla que flota sobre un lodazal.

El señor de Bienville modela con ternura su pegote de barro. Los escépticos le miran con desconfianza, los adversarios, con recelo. Du Casse, desde Santo Domingo, no cree en Nueva Orleans. Los españoles en Pensacola —la colonia situada entre el Mississippi y la península de la Florida— no reciben con agrado al nuevo vecino. Al norte, los indios bravos de Natchez están a la expectativa: tal vez ayuden a los franceses, tal vez les den una rociada de flechas. En New England, los ingleses preparan los arcabuces. ¿En quién se apoya Bienville? En un grupo de tipos sin disciplina, que van abriéndose en partidos. El cura escribe memorias contra Bienville. Bienville replica: mejor sería que en vez de tener tienda abierta y estar venciendo como judío árabe, se dedicase a administrar los sacramentos. Cuatrocientos hugonotes que están en la colonia inglesa piden licencia para mudarse a la francesa, con la sola condición de que les permitan el libre ejercicio de su religión. Responde el rey: «No he expulsado a los hugonotes de Francia para tener que sufrirlos en mis colonias de América».

Y así Nueva Orleans va surgiendo como un símbolo de lo que han sido y serán estas colonias del sur de la América del Norte, porque no hay pulgada de terreno en todo el contorno del Caribe que no sea un parachoques. En

1565 llegaron los franceses a Carolina del Sur: cayeron sobre ellos los españoles, y a los pocos vivos que quedaron los colgaron de los árboles con esta leyenda explicativa: «Ahorcados como herejes, y no como franceses». Se bañaron las manos los españoles. Un patriota francés, o un aventurero, lo sabe, se indigna, arma y mete en tres buques a su pandilla, viene al Caribe, cae sobre los españoles y a los pocos que agarra vivos los cuelga y explica: «Ahorcados como asesinos y no como españoles». Se lava las manos y sonríe. No se ha omitido ninguna cortesía internacional. Ahora, los españoles de Pensacola se vienen contra los franceses de Nueva Orleans, pero naufragan a la vista de estos, y los franceses, caballeros, les acogen, les dan ropa y armas y les despiden. Con los ingleses Bienville procede de otro modo. Cuando llegan, les engaña haciéndoles creer que tienen un gran ejército. Los ingleses, que conocen el valor de la prudencia, se retiran.

Más grave es la situación interna; ya está dicho: Bienville está parado sobre un pedestal de lodo frente a una colonia turbulenta. Los colonos se enamoran de las indias, y después no hay quién los saque de los bosques. Se piden muchachas a Francia: les despachan 23. Su llegada produce una revolución. ¡Qué entusiasmo! Pero ha sido alegría momentánea: no se hizo una buena selección. Dice un alto oficial: «M. Clerembault, que las remitió, debería fijarse más en el rostro que en la virtud. Todos los colonos son tipos bien hechos, y poco escrupulosos sobre cuál haya sido la conducta de las muchachas con quienes van a unirse». En Francia se toma nota de la observación.

Treinta años han pasado desde el día en que Lasalle plantó en las bocas del Mississippi las armas de Luis XIV, y hasta el momento no ve lo que en plata se haya ganado. Luis XIV, con la voracidad digna de un monarca tan manirroto como él, tiene a la hacienda de Francia en agonía y no se muestra inclinado a seguir consumiendo en las tierras que llevan su nombre dinero que luce más en Versalles. Resuelve, pues, entregar todo ese imperio de Lasalle y Bienville a Antoine de Crozat, un negociante que aparece como el hombre más rico de Francia. Crozat columbra, en esas regiones que son varias veces el tamaño de Francia, una inmensa explotación: pieles, oro, esmeraldas, negros y, por encima de todo, contrabando. Bienville queda supeditado por el gobernador que envía Crozat, y que no es otro sino el señor La Mothe-Cadillac.

Cadillac, como muchos de los personajes de esta historia, a partir de Hernando de Soto, se hará inmortal unos siglos después porque cubrirá con su nombre una marca de automóviles. Por lo pronto es un hombre de juicios definitivos que donde siembra una palabra entierra una idea. A poco de llegar, como todos los franceses, está escribiendo *Memorias*. El estilo es cortado y sentencioso: «Esta colonia es un monstruo sin pies ni cabeza... La mentira tiene más probabilidades de hacerse oír que la verdad. Las minas de Arkansas son un sueño. La belleza y bondad de esta tierra, un fantasma. Los novelistas han dicho que este país

se parece a las Islas Afortunadas, no he visto nada peor. El Mississippi no es un río navegable: durante seis meses es un torrente, durante seis meses está seco: no puede flotar una canoa...».

Y el cura escribe *Memorias*. Que la mayoría de las gentes son fugados del Canadá y perseguidos de la justicia. Que nadie cumple con la religión, y a tiempo que un pequeño grupo celebra los domingos y va a las fiestas de la parroquia, los más salen de garitos y cabarets: casi todos son borrachos, blasfemos, jugadores, que se burlan de la religión y sus ministros, y prefieren vivir con las indias antes de casarse como Dios manda. Para arreglar esta sociedad tan precoz propone el cura dos soluciones a escoger: o que se envíen de Francia o el Canadá familias completas, o que se permita a los franceses casarse con las indias. Y se atreve a hacer una tercera sugerencia: enviar de Francia muchachas, «pero mejor escogidas que las últimas, y además unas más entendidas y mejor hechas para habitantes de buena posición y oficiales».

Un detalle final: la inevitable divergencia entre Cadillac y Bienville. Y dos partidos que se forman. La explicación de Bienville: Todo el encono de Cadillac es porque no me caso con su hija.

Toda esta crónica nace de una minúscula ciudad, donde hay sólo unos centenares de blancos, y más negros, y millares de vacas, puercos y gallinas. La idea del contrabando no ha resultado. Quiere Crozat invadir México con sus mercancías, y uno de los colonos, haciendo el buhonero, sale a catar el mercado. Atraviesa praderas y montañas,

deteniéndose a conversar con las gentes de los campos, divirtiéndose en las posadas con los relatos de sus aventuras. Cuando llega a la capital, el virrey le hace poner en la cárcel. Pero el francés es listo, ha dejado en el camino rastros de amores con una hija de oficial: el virrey le saca de la cárcel, le sienta a manteles en su palacio, le da un buen caballo para que vaya a casarse con la hija del español... Así no pueden hacerse negocios. Crozat fracasa. Dice que es demasiada carga ese imperio para sus espaldas. Renuncia a la empresa.

Louisiana vuelve a la corona cuando Francia atraviesa una de sus grandes crisis. El magnífico rey Luis XIV ha muerto dejando sin un cobre a la nación. La deuda alcanza a mil seiscientos millones de francos. En París muere la gente de hambre y frío. El duque de Saint-Simon propone declarar la bancarrota y convocar a estados generales. En el consejo que preside el regente duque de Orleans el proyecto cae como bomba. Se piensa en soluciones precipitadas. Y entonces aparece en escena un fantástico tipo escocés, John Law, cuyo nombre quedará vinculado a una de las más estupendas especulaciones del mundo y a una historia fabulosa del Mississippi.

John Law es, como William Paterson, el gran promotor. Nace en Edimburgo. Su padre, un joyero, le inicia en la vida de los negocios. El muchacho es inquieto y jugador. Se va a Londres, se introduce en los círculos de buena sociedad, que es donde se juega y habla de política. Tiene un duelo, deja en el campo al adversario y se fuga al continente. Va a Holanda, Francia, Italia, la estrella de su fortuna

siempre en ascenso. En París, en los salones de la Duclos, la comedianta de moda, juega a chorros. Políticos, artistas, sabios, todos son sus amigos. Se impone por su elegancia y facundia. A los juegos de faraón se presenta con pesadas bolsas de oro, que en las mesas se multiplican bajo el sortilegio de sus manos. Se hace sospechoso. La policía lo expulsa de Francia, pasa a Alemania, a Italia. Propone a sus gobiernos reformas financieras. De allí también se le expulsa. Pero es ya uno de los hombres más ricos de Europa: su fortuna se calcula en dos millones seiscientas mil libras. ¿No es persona indicada para resolver los problemas de Francia con una audacia de tapete verde?

El duque de Orleans le insinúa ante sus ministros. El duque uno de tantos a quienes Law ha deslumbrado con sus planes financieros. Law propone la fundación de un banco de Estado que emita papel moneda, recaude impuestos, acabe con la usura, tenga sucursales en todas las ciudades importantes de Francia, se ampare en privilegios para hacer operaciones comerciales y vincule en torno suyo a los hombres influyentes de Francia, que deberán ser los accionistas. El plan se acepta, como institución privada. Respaldado por la nobleza y la burguesía, el banco inunda a Francia de papel moneda, y una impresión de holgura y prosperidad cubre la memoria de Luis XIV, que empezaba a hacerse odiosa en un reino mordido por el hambre.

El banco no es sino una primera etapa en los proyectos del escocés: enseguida viene la fundación de la gran compañía del Mississippi, emprenderá la colonización de este valle incomparable, empedrado de oro y esmeraldas.

Hasta en el último rincón de Francia aparecen estampas con la llegada de los franceses al Mississippi y, al pie, una leyenda explicativa: «Se ven montañas de oro, plata, cobre, plomo, mercurio. Como estos metales son muy comunes, y los indios no sospechan su valor, cambian pedazos de oro y plata por baratijas de Europa, como cuchillos, jarros, broches, espejitos o botellitas de aguardiente». En el bosque de Bolonia y en los teatros se hacen exhibiciones de indios, y todo París va a verlos, empezando por el Duque de Orleans y la Corte. Las acciones del banco y las de la compañía del Mississippi suben como espuma. Bienville es nombrado gobernador de la Louisiana y empieza a alistar una flota para llevar colonos, herramientas, comida. Jamás en los puertos de Francia se ha visto un movimiento semejante. La fe renace con la ilusión y Law es un genio, el As como se le llama, que hace el milagro de devolverle a Francia la vida. Por las callejuelas que conducen a las oficinas del banco y de la compañía entra la muchedumbre en tumulto, como carneros, y se hacen fortunas jugando al alza. Los precios de los arrendamientos alcanzan en esas manzanas precios fabulosos. Hay jorobados que enriquecen ofreciendo sus espaldas para que sobre ellas se escriban y firmen documentos, porque ya no hay lugar dónde poner un pupitre. Y quizá por buen agüero. Se dictan decretos para facilitar la población de la Louisiana: que se embarquen para allá los vagabundos y mendigos, los sentenciados de los tribunales, las muchachas secuestradas en la Salpêtrière. Se forma la pandilla de los Bandoleros del Mississippi, que recorren las provincias cazando colonos: se les paga a diez

francos la pieza que recojan. En París le ponen la mano a cinco mil. Hay momentos y lugares donde se produce una ola de terror. Las víctimas de estas cacerías fomentan a veces sublevaciones. Ciento cincuenta muchachas que se han llevado a viva fuerza hasta el embarcadero de La Rochelle, en el momento mismo de entrar al barco se vuelven contra los soldados y a arañazos, mordiscos y puñetazo limpio se abren camino para liberarse. Por fortuna los soldados alcanzan a cargar sus fusiles, dejan tendidas seis muchachas sobre el pavimento y heridas doce: se restablece el orden, las muchachas entran al barco. Cuando estos sistemas empiezan a ensombrecer el limpio nombre de la compañía se hace una cordial invitación a suizos y alemanes. Campesinos y gentes perseguidas en esos países ven con delectación los prospectos, las estampas, el escudo de la compañía: el dorado cuerno de la abundancia, símbolo del Mississippi, adornado con flores de lis, sostenido por dos salvajes, y derramándose sobre un campo de plata y esmeralda. Familias enteras se desligan de sus patrias para precipitarse por los abiertos caminos de Francia. El hambre, la peste, la fiebre, van diezmando a estas muchedumbres, pero, al fin, algo llega a las playas de lodo donde el señor de Bienville lucha como un héroe para alojar y distribuir las oleadas de inmigrantes que sobre las tierras vírgenes de América vuelca el genio del escocés. Tras un navío que descarga doscientos alemanes, llega otro con quinientos africanos. Y el señor de Bienville ordena estos ríos de colores que van moviéndose por las calles de Nueva Orleans.

Y empiezan las leyendas. Cada inmigrante tiene al fondo una historia escondida. ¿Quién será? ¿Será un asesino, un marqués empobrecido, el protagonista de un lance amoroso? Una buena novela, muchas veces, puede mejorar la calidad de una familia. Los más reservados y de buena estampa se sospecha sean hijos naturales de reyes. Nueva Orleans llegará un día a estar poblada de estos sujetos de brumoso perfil. Entre los alemanes de la última remesa hay una mujer bellísima. Se casa con el caballero d'Aubant. Nadie sabe nada de su pasado, pero la uña del tiempo que raspa y raspa la corteza del secreto acaba por descubrir que fue la mujer de Zarevitz Alexis Petrowitz, hijo de Pedro el Grande. El Zarevitz era un animalote. La princesa un día se fingió muerta para escapar a sus violencias, y ahí está en Nueva Orleans. Es la mujer del caballero d'Aubant... y si usted lo duda, busque un retrato de la princesa y compare...

John Law ha escapado vivo de París por la gracia de Dios y la ayuda del Duque de Orleans. El banco y la compañía han venido al suelo, con un estrépito que llena las callejuelas vecinas a gritos, llantos y caras de cera. En los momentos de mayor locura, la compañía decretó dividendos del doscientos por ciento. Voltaire dice que se fabricaron tantos billetes, que representaban ochenta veces total de la plata del reino. Se canta en las calles de París:

*Lundi, j'achetai des actions,
Mardi, je gagnai des millions,
Mercredi, j'ornais mon ménage,
Jeudi, je pris mon équipage,*

*Vendredi, je m'en fus au bal,
Et samedi à l'hôpital.*

En Nueva Orleans, los que ya están de este lado del mar se las arreglan como pueden. Bienville ha tenido guerras contra los indios natchez y contra los españoles. Se ha batido bien. Ha tomado Pensacola. Pero se bate entre el chisme, que en Nueva Orleans prospera con éxito increíble, y contra adversidades como la del huracán que se llevó la iglesia, el hospital, treinta casas y tres de los buques que estaban anclados en el puerto. Promulga el código negro. Dicta una ordenanza muy severa sobre violación de correspondencia, porque ya es intolerable que el último que sepa las noticias que le trae el correo sea el destinatario de la carta. Por fin, recibe carta de la Corte: que vaya a Francia a rendir cuentas de sus dudosos manejos. Cuando se embarca, lleva cuarenta y cuatro años de vivir en Louisiana y luchar por hacer de ella una colonia francesa.

Y sigue la película en cámara lenta. Llegan grupos de monjas, que fundan conventos, hospitales. Negros que van a los campos de algodón. Muchachas que se casan con los soldados. Cada familia nueva que se forma recibe un pedazo de tierra, una vaca, un ternero, un gallo, cinco pollas, un hacha y un fusil. La moneda sube y baja que es una locura. Se imprimen billetes de papel y de cartón. Son cosas que desde Francia se ven con fastidio. Los ministros se aburren de saberlas. El rey está hartado, y es un pobre diablo. La colonia está amenazada, y Francia no sabe cómo defenderla. Se implora el socorro de España. Son suplicantes las

cartas en que el ministro ruega al embajador en Madrid interceda ante el rey para que el gobernador de La Habana socorra a Nueva Orleans... Este es el principio del fin. Luis xv llega, por su ministro, a concebir una idea: regalarle a España esa porquería de colonia.

¡Se acabaron los Pirineos!

LUIS XIV

▪ LOS CABALLERITOS, LA ENCICLOPEDIA Y EL SOMBRERO DE TRES PICOS

EL ÚLTIMO MONARCA —SI así puede llamarse— de la engreída casa de los Austrias, la casa que tan arrogante entró a España sorbiéndose los vientos y tragándose el oro, de este rey don Carlos, sobre cuya historia se dividirán los eruditos: unos, para llamarlo el Impotente; otros, el Hechizado. El pobre idiota, muerta su primera mujer, y sin tener sucesión, deja al emperador de Austria el cuidado de buscarle una segunda. El emperador le envía a María Ana de Neoburgo, que Carlos no conoce. «El infeliz se somete a la elección. Se lleva a cabo el matrimonio, manifestando Carlos, en los principios, cierta curiosidad pueril por conocer a su nueva mujer, que se convierte en melancólica indiferencia». La reina es ambiciosa, golosa, negociante, vulgar, aficionada a las riquezas más allá de lo que aconsejaría el real decoro. Convierte la Corte en «casa de vecindad, y el gobierno en juego de mujercillas y rame-ras», según palabras del discreto historiador y presidente de la Real Academia Española, señor Cánovas del Castillo. La gente que trae a la Corte es ruin. Figuran en primera

fila La Perdiz, de oscuro origen alemán, que anda en tratos con Wiser; El Cojo, mozo de vida airada y también alemán, y hombre «sin moralidad ni prenda alguna», que viene por confesor de la reina. La secretaria de Estado se vende en siete mil doblones. La compra Juan de Angulo, mejor conocido por El Mulo... En pocas palabras, que los personajes en la comedia de este reinado son el Impotente, la Perdiz, el Cojo, el Mulo.

El rey está en manos de confesores que hacen de él lo que les da la gana, y que a su turno son sujetos materia de todas las murmuraciones de Madrid. Cuando el padre Mantilla es el confesor, los austriacos están arriba. Los austriacos son altivos. El embajador habla al rey como pudiera dirigirse a un criado: la embajadora pretende preeminencias de reina. El rey, atortolado, acude al cardenal Portocarrero y le relata sus cuitas. Ya no puede con el confesor, que le mantiene asustado, cohibido, desolado. La gente dice que el padre Mantilla es el segundo Nerón de España. El cardenal consuela al rey, le da esperanzas, lo reconforta, y no acaba de hablar con él cuando ya está reuniendo a los preladados para aprovecharse de la ocasión y sacar con violencia al padre Mantilla. El padre Mantilla muere del susto. Queda por confesor fray Froilán Díaz. Con él trepan los partidarios de los Borbones. Y así, en la balanza de un rey incierto y tembloroso, se va pesando la suerte de la corona de España. El padre Díaz, los de la Inquisición y las monjas de Cangas resuelven que lo que el rey tiene no es el diablo en el cuerpo, o cucarachas en la cabeza. La Iglesia se mueve a deshechizarlo. Hasta la última

comadre madrileña está pendiente de la mágica operación, en que los santos poderes se entregan a la complicada tarea de los exorcismos. Parece que el rey mejora. Un día ocurre algo increíble. El rey habla fuerte a un cortesano. Parece que le está naciendo el carácter. En medio del asombro universal, hasta las gentes más incrédulas piensan: «¡Milagro!». Pero, ¡qué esperanza! El rey vuelve enseguida al abatimiento, la melancolía, el temblor.

El asunto va definiéndose contra los alemanes. Nadie los tolera. Hasta la propia reina se inclina a los Borbones: le revienta la embajadora de Austria. «Poco falta para que se ponga a la cabeza del partido francés, contradiciendo la naturaleza y los intereses de su causa. El oro francés ha ganado a la Perdiz y a el Cojo, que al ver que fomentan los dos partidos, no piensan más sino en que ellos ofrecen compradores, y el padre Chiusa, confesor de la reina, abandona también por el momento la causa de sus compatriotas». Es curioso hallar esta clase de negociaciones a la entrada y a la salida de la casa de Austria en España, con dos siglos de distancia entre las dos puntas.

El embajador alemán resuelve dar un golpe maestro: pide que le envíen de Alemania al más extraordinario exorcista de todo el imperio; es un capuchino: el padre Tenda. Tendido en una cama, el rey suda, tiembla como un pajarito, se revuelca aterrado ante el vozarrón espantable del capuchino que día y noche conjura a los demonios para

que le abandonen, arrastrando en las oraciones esas erres alemanas que en el delicado oído del monarca agigantan su cavernaria resonancia. El remedio es más nocivo que la enfermedad. El rey parece cada día más idiota. Si el capuchino sale con las suyas, el rey dejará la corona en poder de los austríacos. Cosas que pasan con la corona de España, como con todas las coronas.

Al fin, parece que el rey va a morir. Después de una partida de caza, cae en el lecho para no levantarse. Esta vez, el golpe maestro es el cardenal Portocarrero. Se adueña del enfermo. Está resuelto a ofrecerle a él todos los auxilios espirituales. No deja que la reina, ni la Perdiz, ni el Cojo, ni alemán alguno entren en la pieza del enfermo. Para que le asesoren en sus trabajos espirituales ha traído dos frailes en olor de santidad. Convence al rey que haga testamento a favor de los Borbones. Para remover escrúpulos, logra que el papa apruebe la decisión. El rey firma el papel. Enseguida lo sabe Luis XIV. En el día de Todos los Santos, después de haber vivido como un pobre diablo, el rey Carlos II entrega su alma a Dios. Por su eterno descanso se cantan misas en toda España.

En realidad, es una dicha que haya muerto Carlos II. España va sacudirse con el entusiasmo de un renacimiento. Lo que ahora entra saltando alegremente por encima de los Pirineos, es el brillante tropel de la Francia de Luis XIV, la algarabía de los nuevos filósofos, el sombrero de tres picos. La tradición de Felipe II traía a la nobleza vestida de paños negros sin más adornos que unos encajes blancos. Era el negro terciopelo silencioso que pasaba su mano

por las almas con una caricia que helaba la sangre y dejaba mudas las lenguas. Ahora vendrán las casacas de seda rosa y azul, las corbatas y puños de encaje, los chalecos de raso con botones de oro, los bolsillos con la boca bordada de plata y, coronándolo todo, el sombrero de tres picos que los caballeros de flotantes pelucas se empinan para lucir mejor. Hasta obispos y arzobispos viajarán como príncipes del Renacimiento con mucha pompa y vajilla, colecciones de pinturas, bibliotecas, y un poco de mundo en la sonrisa, y carnes abundantes y rosadas, anuncio de buena mesa y buena vida: ¡que pasen a la historia los secos frailes de marfil! Hasta en el último rincón de América se ven, desde los albores mismos del siglo XVIII estas inusitadas transformaciones. A Nueva Orleans, a Caracas, a México, a Santafé, a Lima, van llegando los nuevos virreyes, el arzobispo Caballero, los sabios geógrafos y hasta franceses, ¡quién lo creyera! Vienen con una claridad de colores, con una de libros y trajes y ciencias nuevas, que serán pasmo de los criollos, júbilo de los zambos, aspaviento de las beatas, aparición de las luces.

No es sólo invasión de Francia. España, de por sí, respira y renace. Es el tono del siglo. Europa se esponja en una ambiciosa revisión de la vida. En Inglaterra han abierto los filósofos ventanales que servirán a la transformación política. En Dinamarca la Corte es una academia. En Rusia hay músicos, poetas, escritores que dan a la casa de los zares nuevo esplendor. En Prusia está incubándose una corte que en su día será asombro de Europa. Pero si alguna nación puede saludar estos acontecimientos con

su juvenil entusiasmo de una revolución es la España del siglo XVII. Es un siglo que no dejará, quizás, obras profundas, porque el tiempo no es propio para recogerse a meditar en quietas soledades, sino para divertirse sobre la ancha superficie del mundo en donde la mente ya no busca al dolor nuevo argumento, sino que se precipita en la carrera ambiciosa del progreso.

El primer choque será con la Inquisición y los jesuitas. Estas han sido las dos armas de los Austrias y, por consiguiente, las dos fortalezas que deben abatir los ministros Borbones. Hay en España 9.000 conventos y 70.000 frailes. La tercera, o a lo menos la cuarta parte de los españoles son frailes, monjas, eclesiásticos, beatas, ermitaños, miembros de la orden terciaria o personas de voto de castidad. En todas las casas, a la mesa, el puesto de cabecera es para algún miembro del Santo Oficio. El gobierno ha entregado a la Inquisición muchas de las atribuciones civiles: la aplicación de las leyes contra la usura, el contrabando, la importación de moneda de vellón o la saca de caballos, están en sus manos. Alguno ha llegado a proponer un plan para que la Iglesia de Toledo tenga la dirección del ejército, la marina quede al cuidado de la de Sevilla, y las galeras y presidios del África sean dirigidos por la de Málaga.

La Iglesia ha ejercido este gigantesco poder lo mismo en el corazón de Madrid que en el último rincón de América. Nadie se atreve a hablar en voz alta por temor a las denuncias. Los reyes austríacos no encontraron jamás ejercicio más piadoso ni fiesta más lucida que la de empujar herejes a la hoguera. Cuando Carlos el Hechizado presentó

en la Corte a su primera mujer —la reina María Luisa—, juzgó como lo más lindo con que podría obsequiarla un auto de fe. Con el mayor entusiasmo se reunieron las causas de ciento veinticinco reos. En la Plaza Mayor se levantó un gran tablado para la ceremonia. Los nobles se daban de codazos para hacerse como familiares del Santo Oficio y tomar parte activa en la función. El pueblo, desde el amanecer, recorría las calles a los gritos de ¡Viva la fe de Cristo! Los balcones se veían atestados de curas, señoritas, nobles, caballeros, y a la cabeza de todos el rey y la reina. Los haces de leña que habrían de servir para la hoguera se habían llevado al alcázar real, y el rey tomó uno que rogó fuera el primero que se pusiera a arder, en señal de su celo evangélico. El gran inquisidor tomó juramento al rey de que siempre perseguiría a herejes y apóstatas. ¡Juro!, respondió el rey, temblando de felicidad. Luego vinieron el sermón y todos los juicios. De los que habían muerto en las cárceles del Santo Oficio se llevaron estatuas y las cajas de sus huesos, para que en todo caso se cumpliera la justicia simbólica.

La reacción se inicia con una nueva escuela filosófica y política: la de los regalistas. Reivindicar el poder del Estado, hablar con la Corte de Roma de potencia a potencia. El papa Clemente XI, al iniciarse el reinado de los Borbones y bajo la presión del emperador de Austria que le amenaza con las bayonetas, hace una venia al partido austriaco español. Felipe V entrega sus pasaportes al delegado apostólico, cierra el palacio a la Nunciatura y espera tranquilo. Roma cede: por intermedio de Francia

llega la solicitud del papa para reanudar relaciones. Las paces se ajustan al agrado de España, y quien representa a España en este instante es un hombre inquieto, batallador, de extensa cultura, que ejercerá la más grande influencia en España en el momento en que se adopte la nueva política: es Rafael Melchor de Macanaz.

Macanaz busca el resurgimiento de España por la agricultura, el comercio, las ciencias, las industrias: que se envíen a Roma estudiantes de pintura y escultura; que se creen Sociedades Patrióticas para estudiar la economía de las regiones y traer expertos de naciones más adelantadas para que España aproveche de la experiencia de otros países; que se funde una academia de ciencias y artes. Los jesuitas y la Inquisición se constituyen en apasionados opositores de Macanaz. Y lo hacen porque saben en dónde está el enemigo. Macanaz sostiene que deben clausurarse todos los conventos que se han fundado después de la reforma de Cisneros, es decir: los que propició la casa de los Austria. Los conventos —dice— roban brazos a la agricultura y a la industria y son causa del estancamiento de España. En cuanto a los jesuitas, sostiene Macanaz que son enemigos tenaces de la dignidad episcopal y del Estado: si el Estado se apoderase a una misma hora, de sorpresa, en cierto día, de sus archivos, se encontrarían pruebas evidentes de su ambiciosa malicia y máximas perniciosas.

El superior del tribunal de la Inquisición es Francisco Júdice. Júdice ha querido hacerse a la mitra de Toledo, y Macanaz se interpone en esa ambición suya. El prelado no lo perdona, y cuando sabe que Macanaz está redactando

el proyecto de arreglo con la Santa Sede, mueve contra él la máquina de la Inquisición, y prohíbe las obras francesas que contienen ideas a tono con las de Macanaz. Felipe v se indigna: ordena que el edicto del inquisidor se arranque de las iglesias y prohíbe a Júdice que vuelva a poner los pies en España.

Las ideas de Macanaz están más en el alma del pueblo que en la mente del rey. El rey es popular, porque la bandera que ha tomado simboliza las esperanzas del común. Los ojos están abiertos, y aunque el rey retrocediera ya se ha formado una conciencia en las clases intelectuales, en una burguesía que empieza a surgir. En un último análisis, no es sino el espíritu del siglo que penetra las carnes secas de España. El sentimiento del pueblo contra los jesuitas suele expresarse en formas violentas. En Zamora, para hacer su casa, tienen ellos que levantarla con la protección del ejército, porque muro que levantan en una semana, muro es que en una tarde destruye el populacho. En Toro, cuando van a posesionarse de una herencia, los del vecindario les sacan a piedra. En Vitoria se oponen el cabildo, los franciscanos, los dominicos, las gentes todas a que funden un colegio. No importa que los jesuitas sean los propios confesores del rey. Día llegará en que el rey mismo, de acuerdo con Roma, les haga abandonar el reino.

Desde luego, Felipe v no es precisamente un hombre que se haga célebre por la energía de su carácter. Cuando se casa en segundas nupcias, la nueva reina, Isabel de Farnesio, levanta el partido de Júdice. Macanaz, antes de que la tormenta se le venga encima, pide licencia para ir a Francia

a darse unos baños: diez años se queda en las aguas termales: escampando cárcel. Felipe v acaba su vida en forma harto melancólica: le da por eludir toda forma de aseo; a las dos de la mañana se va a pescar y quiere montarse en los caballos de los tapices. Pero si bien es cierto que Isabel de Farnesio está en España y Macanaz dándose baños en Francia —a nombre del rey—, las enseñanzas del reformista no se han perdido: fundan los vascos la compañía Guipuzcoana, y se forma la primera sociedad de amigos del país. De ahí salen los navíos de la Ilustración, el Iluminismo, las logias que ponen en contacto a los españoles con la gente de Filadelfia, de Inglaterra, de Francia. En una palabra: se produce el renacimiento vasco.

El plan de la compañía Guipuzcoana tiene toda la ambición: hacer que las nuevas ideas mercantiles, políticas y filosóficas se muevan desde los Pirineos hasta las colonias americanas. Es necesario poner a flote, en naves que crucen el Atlántico, las ideas de Macanaz. Holanda, Inglaterra, Dinamarca han fundado en estas aventuras su progreso. Los vascos buscan realizar las mismas ideas sobre un plan de cultura diferente. Su bandera no es la piratería, ni sus empresas se reducen a un plan comercial, ni están limitadas por el fanatismo de una bandera religiosa. Con la mercancía, la Guipuzcoana trae a los puertos de América los libros de la Enciclopedia. Por coincidencia, o quizá porque el espíritu de la reacción contra el fanatismo empuje a enfrentar estas empresas a las de los jesuitas, la compañía Guipuzcoana se organiza en la misma ciudad, y en la misma calle, donde tienen su cuartel y su cuna los

soldados de la Compañía de Jesús. Y las dos grandes empresas vascas quedan frente a frente. Las acciones de la nueva compañía se ponen a la venta, y lo mejor de la burguesía guipuzcoana deposita en ellas su confianza. El rey Felipe compra doscientas, en cien mil pesos: aquí sigue a la letra el consejo de Macanaz, que años atrás le dijo que el rey debería figurar como el primer comerciante, para desvanecer la preocupación sobre lo indecoroso de este ejercicio. La Guipuzcoana tendrá el monopolio del comercio en Venezuela, extenderá las plantaciones de cacao, perseguirá a los contrabandistas holandeses.

Y pronto, en julio de 1730, salen las naves del puerto de Pasajes, en la costa vasca, y se las ve llegar a Puerto Cabello, en Venezuela. Aquí, el primer movimiento es de desconfianza. Holandeses y contrabandistas españoles distribuyen dinero para que la gente se subleve contra la nueva compañía. Los cosecheros esconden el cacao, pero estos vascos son tenaces, irreductibles, y como una cuña se van metiendo sin que haya poder humano que los detenga. Acaban por hacer que los de Caracas se asocien a la compañía. Con acciones que producen hasta el 25 por ciento es fácil convencer a los que tienen dinero para invertir. Desde las enormes casas de la compañía, en Puerto Cabello, que con sus portalones de piedras y sus anchos balcones de madera recuerdan las casas solariegas de Guipúzcoa, hasta dentro de los llanos, donde tienen rebaños de ganado y en las haciendas donde está doblándose la producción de cacao va sintiéndose correr un desconocido influjo de prosperidad. Los correos se multiplican. Llegan

inmigrantes. La bahía de Puerto Cabello, que había sido o campo de batalla o nido de contrabandistas, parece otra con su puerto nuevo adonde llegan las mulas repicando sobre los empedrados y los cargadores sueltan palabrotas de las que nadie se sonroja y chistes de los que todos se ríen. Por encima de la algazara, ahí están los empleados de la compañía, madrugadores, enérgicos, sonrientes, ordenándolo todo con minuciosa exactitud.

En España la sensación es de holgura. Hay dinero. Las fiestas del Patrono de los vascos, que es San Ignacio, ahora son las fiestas de la Guipuzcoana. Los de la compañía de Guipúzcoa le han robado su santo a los de la Compañía de Jesús. El conde de Peñafiorida, cabeza de la Guipuzcoana, construye el mejor palacio que se haya visto por esos lados de España, y allí se reúnen músicos, escritores, amigos del progreso. Un día, el pueblo de Vergara se prepara para una fiesta. Vergara y Beasin han sido dos pueblos rivales, porque de tiempo atrás vienen disputándose la gloria de ser la cuna de un santo. Tras largos forcejeos en Roma, el papa ha resuelto el punto a favor de Vergara. Misas, cohetes, danzas, rosarios, en Vergara. Pero la nota cumbre la da el conde de Peñafiorida. En su casa, todos los ricos se confunden con el pueblo en esta ocasión, y como el conde es aficionado en varias artes, pone en escena con sus amigos, los caballeros de Guipúzcoa y de Vizcaya, cierta ópera cómica que ha traducido del francés, con arreglo de música hecho por él. Tras la función, los del pueblo organizan sus danzas populares, y los burgueses se expanden en esas alegres comilonas con pastel de bacalao

que terminan en alegres coros. Todos felicitan al conde por la comedia, están encantados de su palacio, la comida no ha dejado caer el ánimo. ¿Por qué no fundar una sociedad, como esas que han pintado Macanaz y el asturiano Pedro Rodríguez de Campomanes en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*? ¿Y fomentar una tertulia ilustrada a donde puedan traerse a debate las ideas nuevas que aparecen en otros países, en Francia, en Inglaterra, en la América del Norte? El palacio del conde, con su rica biblioteca y la sala de física y la de música, parece proyectado como para una universidad de este estilo.

El plan se acoge enseguida. Se reunirán siete veces en el año, y hablarán cada vez de un tema diferente. «Los días de esta semana simbólica estaban dedicados al cultivo de una de las ramas del árbol enciclopédico, destinando una jornada a la física, otra a las conversaciones de historia, una tercera a la música y así por el estilo, hasta llenar, con múltiple actividad erudita, el plazo hebdomadario. Los domingos cumplían con los deberes religiosos...». Se dice que para las iniciaciones han acordado el mismo ritual de las logias, y que en la solemne inauguración lo seguirán al pie de la letra.

La sociedad de Vergara es un ejemplo. Enseguida se fundan en Valencia, Sevilla, Zaragoza. Es inútil que el padre Isla haga toda la burla que quiera de «Los caballeros de Azcoitia». Los navíos de la Guipuzcoana, que entran a los puertos españoles con cargas de cacao, regresan a América llevando libros de Montaigne, Voltaire, Rousseau. Y pronto hay sociedades como la de los caballeros de

Azcoitia en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Buenos Aires, La Habana... Las consecuencias son de todo orden. Nuevos planes de estudios, misiones científicas, el establecimiento de la industria metalúrgica en Bilbao. La llamarada de los altos hornos...

El conde de Peñafiorida replica las críticas del padre Isla. Su hijo hace experimentos de química. En Vergara, los hermanos Elhugar y Subiza aíslan el tungsteno. Rousseau tropieza en Venecia con uno de los «caballeritos», con Ignacio Manuel Altuna: «Comprendí —dice en sus *Confesiones*— que era el amigo que me hacía falta; nos hicimos íntimos. Nuestros gustos no eran los mismos: disputábamos a cada rato. Los dos, testarudos, no estábamos nunca de acuerdo en cosa alguna. Con todo, no podíamos separarnos uno de otro... nos unimos tanto que formamos el proyecto de pasar juntos nuestros días. Debía yo, al cabo de algunos años, ir a Azcoitia para vivir con él en su tierra... Sabio de corazón e intelectual, conocía a los hombres. Fue mi amigo...».

Cuando Carlos III sube al trono, España es un hervidero de ideas nuevas. El Monarca se coloca a la cabeza de este renacimiento, resuelto a cambiar el tono de la vida española. Lo que inició Macanaz en materia de regalismo, afirmando los derechos del Estado, lo continúa el ministro Manuel de Roda, y lo remata José Moñino, luego conde de Floridablanca, que obtiene del papa la bula para expulsar a los jesuitas. En literatura, Feijoo, el fraile benedictino, año tras año dispara sus libros del *Teatro Crítico*, en que avienta sobre España cuanto va surgiendo en el mundo en

materia de ciencias o filosofía. Jovellanos, estadista y escritor, pone en marcha la reforma. Se fundan la Academia de la Lengua y la de Historia, se publica el *Diccionario*. El travieso y divertido don Diego de Torres, el de los Almanaques, entra como un remolino de todas sus audacias a la Universidad de Salamanca para tirar de las orejas a los viejos profesores, enseñar números y proyectar la fundación de una academia de matemáticas que coloque a los físicos en línea de batalla contra los metafísicos.

Un día, por instigación del superior de los jesuitas, se llevó a la congregación del Santo Oficio el libro del doctor Mesenghi sobre la doctrina cristiana, que con pequeñas variantes sobre la primera edición viene circulando en el mundo católico, y es tenido por fuente de buena y autorizada doctrina. Los jesuitas dicen que contiene más de mil errores. Un consejo de cardenales, por seis votos contra cinco, anatematiza la obra. Cuando el anatema se le envía a Carlos III, lo devuelve en el acto con orden para el inquisidor general prohibiéndole publicarlo. El inquisidor, o por listo o por tonto, ya ha distribuido el pliego condenatorio por iglesias y conventos, y no tiene cómo parar su lectura. Se lo comunica así, humilde y pavorizado, al rey. Carlos III decreta el destierro del inquisidor a doce leguas de la ciudad, y el inquisidor debe acogerse al monasterio de los benedictinos de Nuestra Señora de Sopetrán. De allí escribe al monarca, de rodillas, pidiéndole perdón. El rey levanta el destierro «por mi propensión a perdonar a quien confiesa su error e implora clemencia». La Inquisición envía una carta de agradecimiento al monarca. Carlos III

responde: «Me ha pedido el inquisidor general perdón, y se lo he concedido. Admito ahora las gracias del tribunal, y siempre le protegeré; pero que no olvide este amago de mi enojo en sonando a inobediencia».

Lo más notable es la expulsión de los jesuitas. La corona de España se incorpora a la corriente universal que viene formándose contra la orden. Don José Moñino obtiene la bula del papa, y se imparten órdenes secretas a todo el reino y las colonias para que en un mismo día, y a una misma hora, se ocupen sus casas y se les saque de los reinos. Es la fórmula que anunciaba Macanaz. Lo mismo en Madrid que en Guatemala, o en Toledo, o en Caracas, o en Lima, o en Santafé de Bogotá, o en las selvas del Paraguay, o en los llanos del Orinoco, en mulas por los caminos de herradura, o en canoas, o champanes por los ríos, con un morral al hombro, salen los padres. En Cartagena, en Veracruz, en La Habana, como en Cádiz, están listas las naves que han de llevarlos a otros países. Ellos han tenido bastante poder para conocer las órdenes secretas, alistarse, esconder las ricas custodias, poner en cada pastilla de chocolate una onza de oro; pero no bastante influencia para que su extrañamiento subleve a los pueblos. Al contrario: al día siguiente, bajo sonrisa paternal y satisfecha de los frailes que no les podían ver, los sermones tienen un fondo de «Bendito sea Dios», que pone una pincelada alegre y maliciosa en cada púlpito. El gobierno procede a ocupar los colegios de la Compañía, a hacer que en ellos se enseñen matemáticas, ciencias naturales, todo según las fórmulas de los iluministas, los enciclopedistas, los mentores del

«despotismo ilustrado». Sobre los esqueletos de las bibliotecas de los jesuitas, vestidos con libros nuevos, empiezan a formarse bibliotecas públicas.

España empieza a ver desfilar por la Corte sabios de toda Europa. Como dijo Luis XIV, se acabaron los Pirineos. En Madrid y Sevilla, Cervi enseña medicina; Virgili, en Cádiz, cirugía; Quer, botánica en el jardín de Madrid; Bowle, mineralogía; Ward escribe un proyecto contra la vagancia; Godin dirige el colegio de guardias marinas; Casiri revela al mundo las riquezas de manuscritos arábigos que se conservan en el monasterio de San Lorenzo. Los sabios franceses que acompañan a La Condamine vienen al Ecuador para hacer sus estudios sobre la longitud de la línea ecuatorial. Humboldt se traslada a América para hacer ese viaje maravilloso que revelará a Europa las riquezas naturales y los valores humanos del Nuevo Mundo. Con los sabios de otros países vienen los españoles: Ruiz y Pavón, Mutis, Jorge Juan, Antonio Ulloa. América se convierte en la universidad del mundo. Se diría que los Austrias mantuvieron cerradas todas las puertas, escondidos los secretos de este hemisferio destinado a ser el hogar de los hombres libres del mundo: con el siglo XVIII empieza la era del descubrimiento, que apasiona lo mismo a americanos que a europeos.

El Caribe es el primer plantel de esta universidad, y el primer lugar en donde entran en conflicto las viejas ideas y los intereses creados; aquí nace el ansia de resurgimiento americano, con el iluminismo y las teorías del despotismo enciclopedista. Caracas es el primer lugar en

donde se encienden los conflictos. En la teoría española del siglo XVIII hay una íntima contradicción. La Escuela que se ha fundado se llama del «despotismo ilustrado». Y cuanto más se difunde por América la ilustración, más se forma una conciencia contra el despotismo. Si se quiere, la influencia de las nuevas teorías es más grande de este lado del Atlántico que en la Europa misma. Aquí los criollos son ambiciosos, han estado oprimidos por los españoles y su entusiasmo por las ciencias —que, si esto es posible, han sido más ignoradas aquí que en España— llega al grado de arrebató. En Madrid han empezado a publicarse pequeñas revistas donde se condensa lo mejor que en todos los periódicos del mundo se publica sobre política, ciencia, historia. Por su formato, técnica y selección de artículos, *El espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa*, de Madrid, corresponde exactamente a lo que doscientos cincuenta años más tarde se llamará *Reader's Digest*. Es curioso que en la revista madrileña, la mayor parte de las selecciones no se haga de revistas francesas, sino de inglesas. Además, se propaga en sus páginas el espíritu de Filadelfia. Los españoles, a partir de Macanaz y el conde de Peñaflo-rida, han estado jugando con candela. Pronto empiezan a publicarse hojas como la de Madrid en México, Guatemala, Santafé, Quito, Lima, Buenos Aires, La Habana. De ahí va a salir algo importante: la independencia de la América española.

Los criollos, en América, como vulgarmente se dice, están que no caben dentro del pellejo. Y ya plantean su pugna contra los españoles. También los del pueblo quieren

alzar banderas. De los campos de Venezuela viene una oleada que se expresa en forma de sublevación contra la Guipuzcoana. Los vascos serán las víctimas primeras de su propio invento. «Los pueblos de estos valles han resuelto conspirar contra la tripulación de Vizcaya». Juan Francisco León, teniente de justicia, a quien se ha notificado que en su puesto se pondrá al vizcaíno Echeverría, avanza sobre Caracas, con una muchedumbre de pie al suelo, que grita: «¡No queremos justicia de Vizcaya! ¡Queremos isleños o criollos, pero vizcaínos no!». Isleños, porque León es nacido en las Canarias. El gobernador no tiene cómo contenerlos. Los amotinados se pasean por las calles con banderas al viento y mucho soplar de cuernos y redoblar de tambores. Se reúne el Cabildo. Se acepta enviar unos pliegos a España aceptando los puntos que piden los de León. En las esquinas, el pregonero va preguntando a voz en cuello: «¿En nombre de quién obra Juan Francisco de León?». «¡De todos los de la Provincia!», en coro replica el pueblo. Para su mejor gobierno, León se instala en casa del obispo, que parece un cuartel general. Es necesario, para el gobernador, hacer mucha política, acceder a muchas cosas, acudir a mucho engaño, pasar mucha saliva. A La Guaira tiene que ir disfrazado de fraile para enviar, escondido, a España su propio informe. Cuando la gente vuelve a los campos y el gobierno se rehace y llegan refuerzos de España, empieza la persecución. León se fuga a los montes, le agarran, le envían a España prisionero. Su casa se echa por tierra y sobre sus escombros se riega sal. Pero el pueblo ha aprendido a sublevarse.

Intelectuales de América van a España a confundirse con los peninsulares en empresas literarias, científicas, filosóficas. Olavide, un peruano, es el maestro ante quien se inclina Jovellanos: se le nombra intendente de Sevilla, traduce a Voltaire; es uno de esos espíritus inquietos que mantienen en ascuas a los del Santo Oficio de apagar las luces. Pero cuando se levanta contra él la reacción, también está en España para defenderle con brillo José Mejía, un quiteño. A uno de la Nueva Granada, Zea, se le nombra director del Jardín Botánico de Madrid. Jacobo Villarrutia, dominicano, es redactor del *Correo de Madrid* y pasa luego a México donde funda el primer diario del país. Nombrarlos a todos sería cosa de no acabar. América está a la orden del día. En Barcelona se funda una garita. La Habana crece, tiene universidad, imprenta. Martín Arostegui, comerciante de Guipúzcoa, establecido en Cuba, funda la Real Compañía de Comercio de La Habana, de la cual el rey se hace accionista con cincuenta mil pesos. Se inician los consulados o universidades de mercaderes, para dar impulso al comercio: en el Caribe empiezan a funcionar los de Caracas, La Habana, Cartagena, Veracruz.

Hasta dónde se irá, nadie lo sabe. Humboldt y cuantos sabios extranjeros visitan la América y tienen ojos para ver y oídos para oír reciben la impresión de que estamos al borde de una radical transformación. La escuela francesa tiene, para España, dos filos. El francés busca ordenar las ideas, reducir a un claro sistema lo que en otras partes se presenta oscuro, nebuloso. Y, además, exalta la libertad. En España el orden puede hacer progresos gracias a una

burguesía naciente, y ya rica, que empieza a tomar para sí el puesto y privilegios que antes tuvieron la nobleza y el clero. En América la consecuencia directa de la nueva filosofía es la conquista de la libertad.

*Le plus part des monuments, quand ils
sont érigés longtemps après l'action, ne
prouvent que des erreurs consacrées; il faut même
quelquefois se méfier des médailles frappées
dans les temps d'un événement. Nous avons vu
les Anglais, trompés par une fausse nouvelle,
graver sur l'exergue d'une médaille: À l'Amiral
Vernon, vainqueur de Carthagène; et à peine
cette médaille fut-elle frappée qu'on apprit que
l'amiral Vernon avait levé le siège. Si une nation
dans laquelle il y a tant de philosophes a pu
hasarder de tromper ainsi la postérité, que
devons-nous penser des peuples et des temples
abandonnés à la grossière ignorance?*

VOLTAIRE

▪ RELATO DEL ALMIRANTE INGLÉS Y EL COJO DON BLAS

LONDRES ATRAVIESA POR UNO de esos momentos en que la demagogia en el Parlamento y las turbas en la calle anuncian grandes acontecimientos. En otras palabras, quiero decir que William Pitt inicia su carrera. Tiene treinta años floridos, y por primera vez encuentra la oportunidad de hacer un gran debate. Se perfila como el gran orador: en los periódicos, las alabanzas llegan hasta compararle con Demóstenes. Cuando el rey abrió las sesiones, pidió a lores y caballeros moderación: «Con menos animosidad y calor —dijo—, no perderemos el tiempo en inútiles sesiones». Pero el rey es impopular. Los periódicos publican caricaturas burlándose de su carácter, y la oposición responde a la insinuación real pidiendo las dos cosas que pueden agitar más los ánimos y entusiasmar a las masas: reducir el ejército y declarar la guerra a España: son las dos tesis de Pitt. De todas las puntas del reino vienen solicitudes en apoyo de esta política: de Londres, Bristol, Liverpool, Lancaster, Aberdeen, Edimburgo, Dundee, y hasta de Kingston, en Jamaica, y de Georgia en la América del Norte. A las ocho

de la mañana, el día del último encuentro oratorio, ya están ocupados más de cien bancos en la Cámara, y repletas las galerías.

Blanco de la ironía y ataques de Pitt, es Walpole, el primer ministro. Él viene empeñado en buscar una solución amistosa con España, y el rey no quiere guerras. Pero el pueblo está alborotado, porque todos los días los guardacostas españoles hacen nuevas presas de barcos ingleses dedicados al contrabando, y el crecimiento de España bajo los Borbones se considera como una amenaza para el poderío marítimo inglés, que es ya una realidad. En el mundo internacional se perfila una alianza de Francia, Austria y España contra Inglaterra. Renace el espíritu de agresión de los marinos en tiempos de la reina Isabel. ¡Al diablo con los españoles! España quiere reservarse para ella sola todo el comercio de América; únicamente ha dejado que la English South Company haga tráfico de esclavos con las Antillas, y eso apenas una vez al año. Cada vez que Walpole trata de insinuar soluciones amistosas, el embajador en Londres, con la mayor imprudencia, responde que el gobierno de España por ningún motivo dejará de requisar los barcos ingleses en América. Y se sabe que basta que se encuentren en el barco unas monedas españolas para que se considere de contrabandistas. En lo cual, por lo demás, los españoles están en lo cierto. Tal es la situación cuando en el Parlamento se produce la sesión memorable de la oreja del capitán Jenkins. La guerra que en esta sesión va a precipitarse pasará a la historia con el nombre de «la guerra de la oreja».

He aquí los antecedentes de esta oreja: Robert Jenkins es un contrabandista que ha tenido sus cuarteles en Jamaica y que hace sus negocios como Dios o el Diablo se lo indican. Su nave es la *Rebeca*. La nave española en esta emergencia es la *Isabel*. Un día la *Isabel* prende a la *Rebeca*. Jenkins cae prisionero, el capitán español le corta una oreja, se la entrega y le dice: «Aquí está tu oreja: tómala y llévasela al rey de Inglaterra, para que sepa que aquí no se contrabandea». Durante siete años, Jenkins anda con la oreja metida en un frasco, resuelto a mostrársela al rey, pidiéndole venganza. Al fin logra, no sólo entrevistarse con el rey sino mostrar la oreja en el Parlamento. La vista del pedacito de carne, seco y arrugado despierta el furor del populacho. Walpole queda abrumado. Se declara la guerra. Las campanas de todas las iglesias de Londres se echan a vuelo.

El más entusiasta es el príncipe de Gales. Cuando Pitt termina su discurso, el príncipe baja de las galerías, cruza todo el salón, lo abraza y lo besa. Salen los heraldos a anunciar la guerra. Tras ellos se forma una enorme manifestación. Entre el pueblo y los burgueses va el príncipe de Gales. Al pasar frente a la taberna de La Rosa pide que todos se detengan: le sirven un vaso de vino que bebe a la salud del pueblo y de la victoria. Es el tono del día. Los literatos echan por el mismo atajo. Johnson suelta la vena lírica y Pope le sigue con sus lánguidos poemas.

A la exaltación de Londres corresponde España con inflamado orgullo y oportunos sarcasmos. De la oreja de Jenkins se hace gran burla en Madrid: porque la oreja que ha mostrado es de otro, y la suya —dicen— la perdió en

farras de contrabandistas. El rey de España afirma que a un español los ingleses no sólo le cortaron orejas y narices, sino que con la amenaza de un puñal se las hicieron tragar. En la costa vasca se arman de corsarios no pocos marinos españoles y en pocos días entran a San Sebastián dieciocho naves inglesas apresadas. Al cabo de un año se dice que los españoles han hecho presas por doscientas treinta y cuatro mil libras.

Entre los miembros del Parlamento, si Pitt ha sido el más elocuente, ninguno ha puesto tan en alto la voz como un valiente marino, que lleva años de estar ocioso, y querría volver a la vida de pólvora y espada. Es sir Edward Vernon. Pertenece a una de esas viejas familias importantes que siempre andan moviéndose por las altas esferas. Su padre fue secretario de Estado de Guillermo III; su hermano, enviado ante la Corte del rey de Dinamarca. Edward mismo ha tenido una carrera brillante. Entró al servicio de quince años y medio, estuvo en la batalla de Málaga y en la de Barcelona, donde aprendió a pelear contra los españoles, fue al Caribe y tuvo el placer de presenciar una batalla contra los buques españoles frente al puerto de Cartagena. Luego, ha pasado cinco años menos dramáticos, en las aguas del mar Báltico. Es, pues, toda una autoridad, y como autoridad dice: «Con seis buques de guerra me como a Portobelo».

Jamás guerra alguna fue tan popular en Inglaterra. A Vernon se le nombra jefe de la escuadra que irá al Caribe. Otra irá por el Pacífico. El imperio de España en América quedará cogido entre las tenazas de la marina británica.

La escuadra del Pacífico la manda el comodoro Anson; sus resultados son excelentes: dobla el cabo de Hornos, toca en la isla de Juan Fernández, asalta e incendia el puerto de Payta en el Perú y cerca de Panamá apresca la nave Nuestra Señora de Covadonga con un botín de trescientas trece mil libras. Pero el interés mayor está del lado del Caribe. La orden que recibe Vernon dice que se le destina a hacer la guerra «contra los perros españoles». Deberá destruir todos los establecimientos españoles en las Antillas y no dejar buque enemigo sin ofenderle, cualesquiera sean los medios a que haya que recurrir.

Y con seis buques, como dijo Vernon en el Parlamento, se toma Portobelo. Cierto es que Portobelo está lejos de ser lo que fue en otro tiempo. La plaza está desmantelada, casi indefensa. Pero flota sobre ella la leyenda de un pasado tormentoso y, cuando menos, la fortaleza de la entrada tiene un nombre que parece una coraza de artillería: San Felipe de Sotomayor de Todo Fierro. La noticia de la victoria, con el antecedente de la profecía, despierta en Inglaterra inusitado júbilo. Las dos cámaras aprueban votos de aplauso a Vernon: se acuñan medallas conmemorativas en que aparece su busto con seis naves al fondo. Hay iluminación en las casas y de villas y ciudades llegan al rey mensajes de congratulación. Las tabernas más antiguas de Inglaterra y Escocia cambian sus nombres tradicionales por otros como Portobelo, etcétera.

Se discute cuál ha de ser el segundo golpe. Si será mejor emprenderla contra La Habana o contra Cartagena. Cartagena es centro de mayor atracción para Vernon, pero para

atacar a Cartagena se necesita una escuadra grande y todo un ejército. Por primera vez en la historia de Inglaterra se pide el apoyo de las colonias en América. En Rhode Island, Connecticut, Massachusetts, Maryland, Pennsylvania, Virginia, North Carolina, se forman las milicias, 3.600 soldados norteamericanos irán con Vernon. En sus filas, la juventud alterna con artesanos y bandidos. Se ha hecho una solemne promesa de botín. En Nueva York se embarcan cinco compañías. En Annapolis se imparte instrucción militar. El rey ha concedido promesa de libertad para todos los que están en las cárceles y entren en la expedición. A los acreedores, poca gracia les hace el ver que así van a quedar sueltos los pícaros que con ellos tienen cuentas pendientes. El alcalde de Anne Arundel comparte esta razonable opinión y no puede menos de expresarla diciendo: «Maldito sea el rey Jorge y todos sus soldados», por cuyas palabras tiene que pagar en la misma celda de donde han salido los deudores su falta de respeto para el monarca.

Vernon confía poco en los americanos. Les encuentra inexpertos. Sospecha de muchos de ellos que sean papistas, de origen irlandés. Sólo en último extremo les confiará misiones importantes. Ellos, sin embargo, son valientes y leales. Ahí va, como ejemplo, Lawrence Washington, medio hermano de Jorge, el futuro libertador de Norteamérica. No sospecha Vernon hasta dónde va a encontrar en este americano a un hombre capaz no sólo de acompañarle en la derrota, sino de honrarle en una forma que sobrepasa toda expectativa.

En Jamaica se incorporan dos mil negros macheteros.

Jamás en las aguas del Caribe se vio flota más imponente. 30.000 combatientes —de ellos, 15.000 marinos— van en más de ciento veinte naves. Vernon es el almirante; Wentworth, general del ejército de desembarque. Vernon ya conoce a Cartagena; ha hecho contra ella un bombardeo de ensayo, arrojando 300 bombas sobre la ciudad. Conoce la entrada de la bahía que está defendida por los castillos más recios del Caribe. Sabe de sus murallas, que son el orgullo de España en el Nuevo Mundo. Pero, después de todo, es la misma Cartagena que asaltó Pointis, y ahora no hay, adentro de las murallas, sino 4.000 soldados para la defensa, contando blancos, indios y negros. Vernon tiene más de siete hombres para lanzar contra cada uno de los defensores. El problema está en las piedras.

El virrey está en Cartagena, cosa inusitada. Lo que ganan los españoles con el estímulo de su presencia aumenta en los ingleses el interés de la ofensiva. Comandante de la plaza es don Blas de Lezo, que como buen vasco es tozudo y quisquilloso en puntos de honor. Pero es el hombre más averiado de todas las milicias del mundo. En 1704, en la batalla de Gibraltar, Vernon y don Blas pelearon en opuestos campos, pero a tiempo que Vernon salió entre los vencedores recibiendo una recompensa de 200 guineas, don Blas, en la derrota, perdió la pierna izquierda. En Tolón y Barcelona perdió en una batalla el ojo izquierdo, en otra el brazo derecho. Curioso: ir dejando en cada batalla un pedazo de cuerpo, para ganar un poquito de gloria. Porque, eso sí: le llenan de galones. Luis XIV le hace alférez. Felipe V le da una recompensa extraordinaria.

El hombre es arrojado: en Barcelona, para llevar el auxilio de un convoy a la ciudad sitiada, incendia unos cuantos de sus buques y entra a los muelles protegido por una doble cortina de llamas. Todo esto lo saben los ingleses. Y lo sabe Vernon, que es violento en la ofensiva. A raíz de la toma de Portobelo, Vernon escribe a don Blas una carta que es un perfecto cartel de desafío. Responde este: «Hubiera estado yo en Portobelo, no hubiera usted insultado impunemente las plazas del rey mi amo, porque el ánimo que faltó a los de Portobelo me hubiera sobrado para contener su cobardía...».

Vernon es celoso hasta en los menores detalles. Va a ser la gran proeza de su vida, y no quiere que una falta de disciplina, una ligereza en el reglamento, se la echen a perder. La tropa —hay que aceptarlo— es heterogénea. Es cierto que este es el ejército, esta es la armada inglesa más grande que haya cruzado estos mares, pero hay mucho borracho. El Caribe está sembrado de ron. Cada isla se conoce mejor por sus botellas que por sus banderas. Y el ron, dice Vernon, conspira «contra la salud de los marinos, arruina su moral y los hace esclavos de pasiones brutales». No es que Vernon sea seco: lo que quiere es método. Decreta que dos veces al día se libe en las naves, y prohíbe mezclar el ron con cosa distinta de agua. Un cuarto de agua por cada pinta de ron es su fórmula. No se da cuenta de que está preparando una nueva receta, y que con ella y por el camino de las tabernas —cosa que ha estado siempre en su destino— pasará a la inmortalidad. De ahí se origina el «grog». La tropa acaba llamándole Grog Vernon. Pronto el nuevo licor inspira

alegres canciones en que los borrachos le recuerdan agradecidos. Y en el mundo de los alcoholes llegará el día en que Vernon con el grog sea tan conocido como el «ron de Jamaica» o el de «Curaçao».

Empieza el sitio. Es una larga lucha penosa, en que si los de Cartagena comen porquerías, los ingleses se estrellan contra las piedras hasta romperse la cabeza. El almirante y el general no se entienden. A Vernon le parece que Wentworth se duerme. A Wentworth, que Vernon le abandona. Pasan los días bregando por tomar el castillo de Bocachica. Mientras los españoles estén ahí Vernon no puede maniobrar con su escuadra. Todas las tardes envía una carta a Wentworth urgiéndole para que avance. Al fin, cae el castillo. Ahora sí, Vernon hará de las suyas. En su euforia, se apresura a comunicarlo a Inglaterra: «El prodigioso éxito en la tarde y en la noche de hoy es tan asombroso que uno no puede menos de exclamar con el salmista: El Señor lo ha hecho, y maravillados lo miran nuestros ojos; por esto, ciertamente, Dios nos obliga a darle gracias». E imparte órdenes, seguro ya de la caída de la plaza, advirtiendo que sólo aceptará entrega incondicional y sin cuartel. En Londres el entusiasmo es indescriptible. Otra vez se acuñan medallas, y ahora, celebrando anticipadamente el triunfo final. Entre las medallas de la caída de Portobelo y estas de ahora, se cuentan no menos de doscientas cincuenta variedades. Las hay de plata, cobre, zinc, bronce, latón, plomo. Todas tienen leyendas alusivas: «La gloria británica revivida por el almirante Vernon», «Verdaderos héroes británicos tomaron a Cartagena», «La soberbia

española abatida por el almirante Vernon», etcétera. En algunas aparece Vernon con los seis buques simbólicos de la toma de Portobelo. En otras, don Blas de Lezo, de rodillas, entregando su espada al almirante. Hay una que tiene las efigies de Vernon, Wentworth y el general Ogle —Ogle contribuyó a la expedición con cerca de noventa naves—, y al pie dos cachorros. Se explica, porque el día en que se recibió en Londres la noticia, una leona de la Torre parió dos cachorros que fueron bautizados Vernon y Ogle... Las medallas circulan como moneda, se sueldan como adorno para cabezas de llaves, se engastan en las cajas de rapé...

Y mientras en Inglaterra se están fundiendo medallas, en Cartagena están muriendo como moscas los ingleses. La ciudad ni cae ni se rinde. El cojo no cede un punto. El virrey está en su puesto. Mientras el castillo de San Felipe de Barajas, o de San Lorenzo, no se tome, no hay por dónde entrar. Y otra vez, Wentworth no avanza. Los blancos no pueden con el calor, los negros no pueden con las balas. Un prisionero español, a quien se obliga para que señale el camino, tiene la ocurrencia de llevarles justamente por la parte más escarpada. Para poner las escalas, esta vez se recurre a los americanos. Washington los guía. Pero las escalas son demasiado cortas, y mueren soldados sin compasión. Además, la fiebre amarilla hace estragos. Wentworth no llama a los médicos de la escuadra por no pedir un favor del almirante. Tobías Smollet, el novelista, que está en la expedición, escribirá impresionantes descripciones de enfermos, heridos, que gritan inútilmente implorando auxilios. Los generales del

ejército deliberan por su lado, y por su lado los oficiales de la marina. Todas las tardes hay cartas de Wentworth para Vernon, de Vernon para Wentworth... En el ataque a San Felipe quedan siete mil muertos de la tropa. Al fin, Vernon toma la decisión heroica, o la toma el consejo general de guerras: salir en derrota. El cojo, el tuerto, el manco de don Blas, ve retirarse a los sitiadores por la boca de la bahía. Parece milagro. Tedéum en la catedral...

Vernon piensa atacar a Cuba. Pero, ¿cómo? ¿Con qué? Dicen las crónicas que la campaña le sale costando a Inglaterra 20.000 soldados. Al fondo, se desvanecen la oreja de Junkins, los discursos de Pitt, el brindis en la taberna de La Rosa... Sólo Vernon y otros como él resuelven que lo que no se ha logrado con los cañones puede hacerse con papel. Y empieza la guerra de los folletos. Ya no son folletos contra España, sino de Vernon contra los de Wentworth, y de Wentworth contra Vernon. Los de España se limitan a coleccionar «medallas de Vernon», para divertirse. Vernon dice que fuera de dos regimientos de veteranos ingleses, lo demás que llevaba el general eran soldados nuevos, caballeritos sin experiencia, y «canalla de las ciudades que después de haberse utilizado en alguna misión sucia en Inglaterra, se recompensaban ahora con puestos en el ejército». De los americanos no se expresa mejor: eran, dice, sastres, zapateros y bandidos. Las réplicas son igualmente violentas. Con esas réplicas, y con las cartas de Vernon, que forman volúmenes, el público se distrae, pero son ya cosas que se leen con melancolía mientras negrean de tristeza las medallas de plomo y de latón.

Vernon resume: «la culpa de estas desgracias está en manos del general Wentworth: aunque yo tengo poca experiencia en asuntos militares de tierra, creo, sin embargo, que si todo el comando se hubiera puesto en mis manos, las fuerzas de Su Majestad hubieran podido quedar en posesión de Cartagena y de Santiago...».

A pesar de la derrota, el nombre de Vernon queda unido a un monumento que vale más que todas las tabernas de Escocia e Inglaterra que quisieron honrarle. Y, precisamente, por la gracia de un americano. Lawrence Washington se mantiene fiel a Vernon. Tanto, que a su casa le da el nombre de Mount Vernon. Esa casa será un altar en la historia de Norteamérica. Vernon, que tan poco creyó antes en los de este lado del Atlántico, al menos cree en Lawrence Washington, y es posible que él mismo le abra a Jorge el camino para que se haga oficial de la marina británica. Es decir: que haya puesto su granito de arena en la pérdida de las colonias inglesas...

*Ainsi, il était décrété que dans l'espace
d'environ un demi siècle depuis la colonisation
de la Louisiane, la France serait réduite à ne
plus avoir un pouce de terrain dans l'Amérique
Septentrionale, dont elle avait possédé la plus
grande partie!*

GAYARRÉ

▪ EL PACTO DEL PRIMO ILUSTRADO Y EL PRIMO CALAVERA

CARLOS III, AMIGO DEL PROGRESO, que escoge sus ministros entre los más eminentes hombres de letras, y amigo de la redención económica e intelectual de España, tiene un primo calavera que es el rey de Francia, Luis xv. El relato que sigue corresponde a estos días en que el rey Luis ha puesto definitivamente a un lado a su legítima mujer, para entregarse en cuerpo y alma a la señora del caballero burgués señor d’Etioules. Esta señora abandona a su marido, y el rey, para recompensarla, le da el título de marquesa de Pompadour. Cuando la Pompadour tenía nueve años, un agorero le predijo que sería la querida del rey Luis xv. La niña no tenía probabilidad alguna de alcanzar un honor semejante, pues fuera de que su madre no dejó huellas muy claras en la vida, su padre había sido condenado a la horca. Saltar de ahí a Versalles es toda una hazaña, pero como la Pompadour ha sido la mejor amazona y danzarina de los contornos parisienses, da el salto y cae muy bien parada sobre sus hermosas bases. Luis xv es el hombre más aburrido de un siglo en que la Corte de Francia

es una corte de aburridos, y en que todo noble tiene fastidio, cansancio y tedio. El abate Galiani dice que Luis XV desempeña el más vil de los oficios, el oficio de rey, enteramente contra su voluntad, y los hermanos Goncourt asienten diciendo que ese es el más cabal retrato que haya podido hacerse del monarca. El caso es que Luis XV va entregando el gobierno en manos de su querida. Cuando uno de sus ministros hace al rey una breve observación sobre las cosas de la Pompadour, el rey le replica con imperio: «Aquí se hace lo que quiera Madame, y se acabó». Y Madame empieza a construir lindos castillos, tiene nuevo programa cada día para el pobre rey, lleva su teatro — que es una maravilla mecánica — de un palacio a otro, para representar ella misma picantes y lindas comedias. Es una fiesta continua en que ella es el centro en torno al cual giran, del rey para abajo, todos los cortesanos de Francia. Ella es quien reúne a los autores de la Enciclopedia y les alienta en sus trabajos. Ella quien sienta a la mesa real a escritores y artistas, empezando por el señor Voltaire. Ella quien idea las guerras, quien mantiene correspondencia con los generales, quien día a día pasa notas al ministro de Guerra, quien trae al señor de Choiseul, le sienta en la silla del primer ministro y aun le acaricia amorosa, porque la señora Pompadour alcanza para todo. Si Luis XIV pudo decir: «El Estado soy yo», porque en la época del Rey Sol el rey era el rey, ahora la Pompadour puede decir, sin embuste y sin jactancia: «El Estado soy yo». Es muy sensible que el gobierno de Madame no esté a la altura del de Luis XIV. En sus manos el imperio se disuelve, la

monarquía se hunde, y se deja como herencia a la república una nación roída por el cáncer de la Corte. Es muy lindo levantar a las alturas a que levanta la Pompadour la fábrica de Sévres, o dejar puesto su nombre en el corazón de una rosa. Pero mientras el pobre rey anda tras ella, y tras algunas otras damas que ella misma le proporciona, aquella orgullosa Francia, que andaba tan empinada por el mundo, pide humildemente la ayuda de España para no dar el tropezón definitivo. Y el primo juicioso, el rey Carlos III, viene en ayuda del primo calavera.

Luis XV difícilmente alcanza a sacar las narices, hundido como está en el lodo de su propia vida. Carlos III está en la cúspide de su gobierno. Entonces Carlos III lanza la peregrina idea de firmar un pacto de familia, uniendo los destinos de las dos casas borbónicas. El pacto está dirigido contra Inglaterra, a cuya corona Carlos III profesa un odio cordial. El momento escogido por España es el menos apropiado, en todo sentido. Francia encuentra su tabla de salvación, e Inglaterra un pretexto para reanudar sus campañas de asalto en el Caribe. En principio, el pacto es secreto, pero Francia se anticipa a aprovecharlo, y Londres sabe del negocio antes de lo que España hubiera querido: «No me admira el poco secreto de Francia sobre el tratado conmigo —dice Carlos III en una carta íntima—: lo uno, porque bien sabes que el secreto les hace siempre indigestión, y así han menester vomitarlo; y lo otro, porque a su parecer les convenía publicarlo...».

Pitt, que cayó del Ministerio por haber aconsejado la ofensiva contra España, se baña en agua de rosas. A una

demanda del embajador inglés en Madrid, Carlos III contesta con una frase que parece una bofetada. Inglaterra arma su flota. Esta vez no cometerá el error de embestir contra Cartagena, cuyas fortalezas ahora tiene por inexpugnables, sino que piensa en La Habana. El gobernador de Cuba hace cuanto puede por enderezar fuertes y murallas, pero cuando sir George Pockoc asoma con sus naves, las esperanzas de resistir son casi nulas. Mujeres, niños, viejos, en precipitada romería, se van al interior de la isla. Adentro de la plaza no hay sino cinco mil hombres, y Pockoc tiene, para dar el asalto, 12.000 infantes que ha traído de Inglaterra, 3.000 que le envían Nueva York y Jamaica, 4.000 negros y 15.000 marinos. Es más o menos la misma proporción que se tuvo cuando el sitio de Cartagena, con esta diferencia: que aquí el almirante Pockoc y el general Albemarle se entienden, y que las defensas de La Habana no son como las de Tierra Firme. El sitio se prolonga por espacio de sesenta y siete días, por heroísmo de los sitiados. Los defensores del Castillo del Morro hacen prodigios de valor. Pero al fin entra el inglés, y esta vez con el ánimo de quedarse en la isla. En 28 naves, salen camino de España, mediante una graciosa capitulación, los novecientos soldados y oficiales que sobreviven a la catástrofe y piden su regreso a la madre patria. El botín se calcula en 736.000 libras, de las cuales se hace un alegre reparto en que los generales quedan un poco mejor que los de la tropa: Pockoc y Albemarle se echan al bolsillo, cada uno, ciento veinte mil libras. El que sigue en jerarquía, Elliot, 24.500, los generales reciben, cada uno, 6.800, los brigadieres, 1.900... Los

soldados a razón de 3 libras, 4 chelines, 9 peniques, y los marinos 4 libras, 1 chelín, 8 y ½ peniques.

Y comienza el dominio inglés en La Habana. El pueblo, al principio, se resiste. El Cabildo se niega a jurar obediencia al nuevo rey, con estas palabras del presidente: «Milord: somos españoles y no podemos ser ingleses: disponed de nuestros bienes, sacrificad nuestras vidas antes que exigirnos juramento de vasallaje a un príncipe para nosotros extranjero...». Las señoras firman un manifiesto a la Corte de Madrid considerando que la rendición de la ciudad fue cobardía del gobernador. El obispo se niega a entregar a Albemarle las listas de los clérigos, con relaciones de sus beneficios, y a darle una iglesia para que los protestantes celebren su culto. Albemarle va arreglando estas diferencias con mano firme, y a veces con tacto. Respeto el gesto de los del Cabildo. Al obispo le conmina con anuncio de destierro. Dice el obispo: «No obedezco sino al papa en lo espiritual, y a mi rey en lo temporal: pero aquí está mi miserable cuerpo a disposición de vosotros, herejes». Albemarle siente impulsos de ahorcarlo: se contenta con enviar a la mañana siguiente un piquete de soldados que baja al obispo en su propia silla, sin que acabe de desayunarse, y lo remite a Florida. A las iglesias impone una contribución para que rescaten las campanas: si no, las funde para cañones. Ceden las iglesias: pagan. Por último, encuentra Albemarle a dos españoles, Peñalver y Oquendo, que dóciles pliegan a servirle.

Pero, de otra parte, Cuba conoce de repente «todas las mieles de la libertad mercantil». En diez meses que dura

la ocupación inglesa entran al puerto de La Habana cerca de mil embarcaciones: antes, al año, sólo llegaban seis. Las tiendas se llenan de mercancías que nunca se habían visto. Da gusto ir al comercio, en donde el movimiento parece una fiesta continua, y corre a chorros el dinero. Da gusto, en el atracadero, ver cómo sudan los negros descargando naves. La agricultura renace con elementos que todos los días llegan de Inglaterra. La compañía de comercio que fundaron los vascos es la que primero sufre la acometida de los invasores. Sobre los despojos de su extinguido monopolio hierve ahora el comercio libre, y los negocios se multiplican. Es una lección que los cubanos nunca olvidarán.

Todo hubiera seguido como miel sobre hojuelas para los ingleses a no ser por los comerciantes y dueños de plantaciones de Jamaica y Barbados. Ellos, que desde los días de Cromwell vienen luchando por tener el monopolio del mercado, ven con malos ojos, con envenenado celo, este competidor que aparece dentro del mundo colonial británico. Su política se concentra en obtener de Inglaterra que devuelva a España la isla de Cuba en cuanto termine la guerra. El propio rey lo promete así a los españoles. Y aunque Pitt, cuando el asunto se discute en el Parlamento, arma de todo esto un gran escándalo, su palabra no logra pesar lo que los intereses de los jamaíquinos. Inglaterra devuelve a España la isla de Cuba, y recibe en cambio la Florida.

Lo de Cuba, como se ve, no es sino un episodio. Las consecuencias del pacto se sienten con mayor violencia hacia el norte, porque, al terminar la guerra, quien paga la

cuenta de gastos es Francia. A Inglaterra entrega el Canadá, Virginia, Carolina, el río Mississippi: todo el imperio de un siglo. Lo único que se reserva es la ciudad de Nueva Orleans. Pero no para sí, sino para regalársela a España como compensación de las pérdidas que ha tenido. «Luis XV, que había despojado a Francia con su política miserable, y que la deshonoraba con sus festines crapulosos, ofreció benévolamente la Louisiana a España para indemnizarla...». El caso es apenas creíble, porque no ha habido la menor presión de parte de España. El propio embajador de Carlos III en París no se atreve a aceptar el regalo sin recibir autorización de su rey. En Nueva Orleans protestan airados los colonos. La ciudad, fundada en las tierras que descubrió Lasalle, la creación de Bienville y hasta de las modistillas de París y los vagos cazados en tiempo de Law, es francesa hasta el fondo del alma. Los colonos viven contentos porque hacen contrabando con los ingleses y contrabando con los españoles: es un sitio ideal para este negocio. No admitirán a los españoles. De todas las parroquias se nombran delegados para una asamblea que se reúne con el objeto de declarar su fidelidad al rey de Francia. Lafrénière, el orador del día, se levanta en una tarima e inflama el patriotismo del pueblo. Corren por las calles, en manifestación, todas las gentes, llevando la bandera blanca del miserable rey, y gritando: «¡Viva nuestro amado monarca!». Se envía un delegado a París para que le exprese a Luis XV cómo Nueva Orleans jamás pasará a manos de nadie, sino que será siempre la hija criolla del rey de Versalles.

Llega a París el comisionado. Se dirige a casa de Bienville, ahora un anciano de ochenta y seis años, por cuya frente pasan los recuerdos de Louisiana. En cuanto oye el relato, se levanta de la silla, toma el bastón, se cuelga la capa de los hombros y temblando más de ira que de vejez va a presentarse ante el ministro Choiseul. Le oye ministro: no le escucha. Para él, como para Luis XV, Louisiana es una carga molesta, y se alegra pensando en el mal que hace a los españoles pasándoles el bulto. El comisionado regresa, derrotado, a Nueva Orleans. Bienville mueve hacia el sepulcro sus pasos silenciosos.

Cuando el gobernador español llega a tomar la colonia encuentra a unas gentes que siguen viviendo al rey de Francia. El gobernador viene inflamado del espíritu renacentista de Carlos III. Quiere el progreso, las ciencias, las artes. En Nueva Orleans tienen sus habitantes el interés del contrabando, y el ideal de las cuarteronas y los cabarets. El choque es interesante, porque quien llega de gobernador es nadie menos que don Antonio Ulloa, el español que ha estado más cerca de los hombres grandes de Francia, el único a quien Voltaire ha señalado como un grande hombre de ciencia, el que acompañó a La Condamine, a Godin y Bouger, cuando vinieron enviados por la Academia de Ciencias de Francia para hacer medida del grado terrestre sobre la línea del ecuador, el autor, con Jorge Juan, de esa espléndida obra sobre América, que traducida al francés ha impuesto su nombre al respeto de todos y le ha conquistado el aprecio de los sabios. Nueva Orleans no tuvo antes un personaje de tanto nombre al frente de su gobierno. Es

casi un fenómeno que haya venido a ocupar esta gobernación, después de que en Madrid ha fundado el Museo de Historia Natural, y en viajes por Francia, por Dinamarca y Suecia y los Países Bajos ha estado recogiendo para el rey todos los datos que puedan servir para una reorganización del comercio y las industrias. Pero Carlos III está interesado en el progreso de América y suele enviar tipos de esta altura para levantar sus colonias. La comparación con los dos gobernadores franceses anteriores es imposible, pues el uno está por el momento en la Bastilla, y el otro es un buen hombre que muere de pena al saber que llegan los españoles.

Antonio Ulloa no es propiamente hombre hábil en la política. Ha llegado con ochenta soldados, pensando que son más que suficientes, pues ahí están los de Francia que deberán incorporarse a su servicio, como que va a pagarlos. Pero los soldados, que reclaman la paga, no prestan el servicio. Los alemanes que vinieron en tiempo de Law, y que forman toda una colonia, atizan a los franceses para que no obedezcan. Las señoras ponen el grito en el cielo porque la esposa de Ulloa, una noble peruana, no llama a una nodriza del lugar para que amamante a su hijo. Las comadres dicen que Ulloa ha prohibido azotar a los negros porque su señora es tan delicada que no resiste sus gritos de dolor: ¡como si eso tuviera nada de particular! La colonia de católicos establecida en Acadia —de las colonias inglesas que se han acogido a la protección de los franceses— está llena de suspicacias. Y así, el ilustre don Antonio de Ulloa, con su mujer, va hundiéndose en las

aguas resueltas del chisme y la revuelta hasta que estalla el populacho un día.

A la cabeza de cuatrocientos alemanes y acadianos, que gritan: «¡Mueran los españoles!», se presenta el señor Villère. Banderas blancas. Vivas al Bien Amado Luis xv. En el momento culminante, la bandera española es arriada. Ulloa y su mujer son llevados a un barco para que no los maten y se suscribe un memorial pidiendo la destitución de Ulloa, claro está que no al rey de España, sino al Bien Amado. Esa noche todo es borrachera, canciones, juerga en Nueva Orleans. Se ven más bonitas las mulatas celebrando con risotadas la independendencia. Hay una boda, donde los alegres vecinos que han bailado hasta el amanecer, y tomado hasta reventar, viendo que la fiesta se les acaba, resuelven salir al dique y dar una serenata a los esposos Ulloa. A la gobernadora —¡tan delicada!— van a rompérsele los oídos con las canciones. Uno, más atrevido, tiene la ocurrencia final: corta las amarras de la nave, para que se la lleve la corriente. Hasta que se pierde en la distancia, la ven bambolearse sin gobierno en el río, como una vagabunda. Milagro es que don Antonio y su mujer lleguen con vida a La Habana, y que de La Habana puedan regresar a Madrid, para dar cuenta de su misión a don Carlos III.

Yendo a la esencia de los hechos, a Nueva Orleans ni le importa el primo calavera que tiene su reino en París, ni le importa el primo progresista que gobierna en Madrid. Los criollos, en sus casas de tablas, viven en un abandono sensual, haciendo comidilla del pleito que sostienen los jesuitas contra los capuchinos. En los cabarets que, de acuerdo

con la ley, deben cerrarse a las nueve de la noche, se bebe y juega hasta el amanecer como en los barrios alegres de París: mucha cultura francesa. Por las calles, que se ponen intransitables de lodo, se cruzan los negros y los blancos: los negros sudando la gota, los blancos torciéndose el bigote. Todos tienen tiempo para eso que llaman, en español, cambiar ideas: hacer proyectos, inventar historias, urdir tramas, sazizando la vida con filosofía de café. En cuanto Ulloa se borra de la escena empiezan los planes. Se llega a concebir que Nueva Orleans sea una república independiente, gobernada por una asamblea elegida por el pueblo. Se publican folletos. Se hacen discursos. La ciudad que ha desafiado a Francia y a España está marcada por sus triunfos. Derrotó a España, porque España estaba representada en ochenta soldados, y ha desconocido las órdenes del rey de Francia, porque a Luis xv Louisiana le importa una higa. Hablando en números Nueva Orleans tiene 3.000 habitantes, y Louisiana toda 13.000. Cuando el nuevo gobernador de España, un O'Reilly, de origen irlandés, se anuncia con una tropa de verdad, en una escuadra de veinticuatro naves, los papeles de la Constitución y la independencia caen precipitadamente a la basura, se acaban las banderas blancas, desaparece el recuerdo del Bien Amado, y en las calles resuena el grito de «¡Viva el rey don Carlos III!». Se grita con un poco de acento francés pero con convicción.

En la plaza, frente al río, se forman las tropas francesas para presentar armas al nuevo gobernador. A la descarga de los cañonazos de saludo, y de la fusilería, con mucho redoble de tambor y banderas desplegadas, entra el general

O'Reilly. Las mujeres se convencen a sí mismas: «Claro, lo que necesitábamos era un general». Tedéum. Lafrénière, el orador de la revolución, es quien primero se adelanta a O'Reilly para decirle: «Venimos, señor, a asegurar a vuestra excelencia la sumisión de la colonia a las órdenes de Su Majestad Católica y Muy Cristiana, y a mostraros su veneración por las virtudes y talentos militares que os han elevado a las eminentes dignidades de que os halláis investido...».

Con el nuevo gobernador el asunto es serio. Se le ha pedido clemencia pero él no deja de adelantar una investigación sobre las revueltas pasadas. La nueva colonia empezará a funcionar sobre la base de un oportuno escarmiento. En la plaza pública se enciende una hoguera y el negro verdugo quema los folletos donde corría publicado el memorial de agravios. A los seis que se consideran promotores del motín contra Ulloa se les condena a muerte, pero como el gobernador es una persona de nobles sentimientos y cree que es ofensivo para la colonia que quien los ahorque sea un negro, y no hay un blanco que sea experto en el oficio, acuerda fusilar a las víctimas. Entre ellas el primero es Lafrénière, que hace su último discurso: exhorta a sus compañeros a no mostrarse débiles, no se deja vendar los ojos y pide a un amigo que la venda se la envíen a su mujer para que, cuando su hijo sea grande, se la entregue. Marquis, viejo capitán de marinos, sigue su ejemplo: no se deja vendar, se rasga la camisa, muestra el pecho, y grita a los soldados: «¡Borregos: disparad!».

Como se ve, todo muy francés. Los fusilados forman el cuadro de los primeros patriotas. Pero con ellos, pasa la

tormenta. O'Reilly impone el orden, prospera la colonia, aumenta la población española, y así van formándose las capas humanas de esta ciudad en donde cada nación arroja un nuevo grupo de colonos, cada continente pone un color, cada lengua un acento, hasta servir una de esas espumosas ollas podridas que son la gloria del puchero universal.

En veinte años la población se triplica. El gobernador crea el Cabildo, organiza el presupuesto, fija un impuesto de cuarenta pesos anuales sobre los billares, tabernas, cafés y hosterías, que es lo que hay en Nueva Orleans. Cada barril de brandy que se importa paga un peso: esta renta es la mejor. Se funda una biblioteca con libros en español, francés y latín, que muy pocos leen. Se abre escuela, y entre los textos que se estudian están Ovidio, Cicerón, Terencio, Julio César: cosas del despotismo ilustrado. Se forma el tribunal de la Santa Hermandad: perseguirá a los que roban y asesinan en despoblado; a los que renieguen de Dios o de la Virgen Santísima se les arrancará la lengua; se flagelará a quien maldiga del rey. En el pueblo subsiste un sedimento de espíritu francés o criollo. Se ve en la sociedad, en la iglesia. Y más que en todo, en el caso del padre Dagoberto. Dagoberto es un fraile bonachón, regordete que prefiere la vida holgada a los cilicios. Despacha la misa en un cuarto de hora y se va a jugar naipe con los vecinos. En su casa mandan unas mulatas, y tiene —dice con aspavientos y persignándose el padre Cirilo, que viene a pasarle una visita— nada menos que tres relojes, y cubiertos de plata, cuando la regla indica que sería bastante la cucharita de madera para menear el café. Todo el pueblo está con el padre Dagoberto, contra

el padre Cirilo. También las monjas, que llevan una vida más que holgada. Pero en torno al padre Dagoberto y al padre Cirilo acaban por formarse partidos que por mucho tiempo agitan a Nueva Orleans, y nace uno de esos pleitos fértiles, que tanto gustan a la gente de España.

El espíritu español, a su turno, se retrata en las dos vidas del padre Antonio. Vino un capuchino, portador de un profundo secreto: el establecimiento de la Inquisición. Y así fue construyendo las cárceles y organizando la sala de los tormentos, a espaldas de la población. Pero lo supo el gobernador, espantado: porque si hay Inquisición no vendrán más inmigrantes, y los colonos empezarán a emigrar. Paró el gobernador los trabajos, y el padre Antonio se fue. Pero ahora vuelve, como simple cura de la catedral: vive en una casa pobrísima, es sobrio, duerme sobre unas tablas, viste burdo hábito carmelita, calza sandalias de madera. Él es quien bendice ahora *todos* los matrimonios, despidе de este mundo a cuantos de él se van, derrama el agua del bautizo sobre cuanta cabecita va brotando en el cálido clima de la ciudad. Durante cuarenta años el padre Antonio cruza así por el más revuelto de los mundos, y quien de inquisidor hubiera hecho una siniestra figura depositaria del odio universal llega a ser tan querido que el día en que le cierran los ojos no queda tienda abierta, ni persona en casa alguna: todos quieren ir tras la pobre caja en que el cadáver del padre Antonio va como navegando al otro mundo sobre las oscuras aguas de su pueblo.

Louisiana ha crecido en importancia. Nueva Orleans, ya más ciudad, se torna un centro estratégico para una

nueva empresa: las colonias inglesas del norte han promovido su guerra de independencia. Oliver Pollock, un irlandés rico, emprendedor, que en tiempos del gobernador O'Reilly ayudó a los españoles con unos cargamentos de harina, ha venido aumentando su capital en el comercio con la colonia. Cuando estalla la revolución norteamericana, bajo su crédito personal, Pollock compra hasta trescientos mil pesos en armas y municiones para los revolucionarios. Obra como el agente confidencial de la revolución. Bernardo Gálvez, el gobernador, le ayuda abiertamente. Los españoles ven con gusto esta revuelta contra Inglaterra, el enemigo de toda la vida. Gálvez le entrega a Pollock el dinero que necesita y, a su turno, el Consejo de Indias escribe al gobernador diciéndole que si Pollock no puede reembolsar a tiempo el dinero, que no se le apremie y se pongan sus obligaciones en la caja como dinero efectivo.

España y Francia están resueltas a ayudar a los revolucionarios norteamericanos. El conde Aranda, embajador de España en París, ha sido el primero en aconsejar a su gobierno la manera de obrar: enviarles dinero, armas y municiones por conducto de particulares que naveguen gozando de la libertad de los mares, y oficiales sueltos, que vayan a ofrecer sus servicios al ejército fingiéndose sin trabajo. En Pensacola y Jamaica, Francia y España mantienen espías. En Santo Domingo se sitúan medio millón de libras tornesas a la disposición de los revolucionarios, y otro medio millón se les envía en armas que salen de los puertos de Francia. Carón de Beaumarchais, el autor de

El barbero de Sevilla y de *Las bodas de Fígaro*, forma una compañía suministradora de socorros, con su gran flota, y bodegas repletas de material para el ejército. Franklin, en Francia, es el centro de atracción general, y el conde Aranda está entre los primeros que con él se entrevistaron. Aunque Franklin no sabe ni francés ni español, y Aranda no sabe inglés, alcanzan a comprender el uno lo que América quiere, el otro la buena voluntad de España. A España entra en secreto el enviado norteamericano y se hace toda una comedia para que cumpla su misión sin llegar hasta la Corte. Pero los hechos van descubriéndose de tal manera, los deseos son tan claros, que España acaba declarando la guerra al monarca británico. Y para bien de los revolucionarios va a emprenderla justamente tomando como punto de partida a Nueva Orleans.

Bernardo Gálvez, el gobernador, sólo tiene veintiún años, es impulsivo, detesta cordialmente a los ingleses, es inteligente y emprendedor, y tiene completo respaldo de España. La familia de los Gálvez es ahora la más mezclada en los negocios de América. El padre de Bernardo es gobernador de Guatemala, y su tío, ministro general de las Indias. En cuanto estalla la guerra prende todos los barcos ingleses que están a la mano, en una corta campaña toma Baton Rouge, regresa luego, pone sitio a Pensacola y la ve rendirse entre sus manos. Esta es su mejor hazaña. Cuando don Bernardo entra en triunfo a la ciudad le acompaña un capitán que será célebre: el capitán Francisco de Miranda. Toda la Florida occidental queda en poder de los españoles. Lo que Carlos III había tenido que entregar para que los

ingleses le devolvieran Cuba lo reconquista el intrépido muchacho.

Y mientras Bernardo hace esta campaña, don Matías, su padre, hace la campaña en Centroamérica, con tal fortuna que en recompensa se le nombra virrey de México: desalojó a los ingleses del castillo de San Fernando de Omoa, les atacó y venció en los establecimientos de Palo de Campeche en Honduras, les persiguió por todas partes.

Esta vez los de Nueva Orleans no sólo aman a su gobernador, tan bien se ha comportado, sino a la gobernadora. Ella es linda, inteligente y buena y, para colmo de perfecciones, ¡nació en Nueva Orleans! Cuando muere don Matías, Bernardo le sucede en el Virreinato de México. Ahora se siente un gran caballero, y en Chapultepec se hace construir todo un palacio para su residencia con la criolla de Louisiana.

Muere Luis xv. Muere Carlos III. De Luis xv queda memoria en las patas de las sillas y en la historia de la señora Pompadour. Sube Luis xvi. Viene la revolución. Francia inventa cosas extraordinarias, como una máquina de cortar cabezas, una canción de guerra y la bandera de la república. Después aparece el primer cónsul, el general Napoleón Bonaparte. En España, la casa de los Borbones salta de la luz a las tinieblas. Carlos iv es un reyezuelo que da vergüenza. La reina María Luisa es la comidilla de todas las comadres de Madrid. De ella, y de Godoy, su privado, canta el pueblo en la calle coplas indecentes. El rey Carlos espía a su hijo Fernando; Fernando traiciona a su padre; el pueblo saca a Carlos como una basura y corona

a Fernando. La Corte está a la altura del padre y del hijo. Del otro lado de los Pirineos está la verdadera águila francesa: Napoleón, que hace y deshace reinos y repúblicas con la natural disposición de quien no nació para otra cosa.

Y Napoleón resuelve ponerle la mano a la Louisiana. Los negros de Santo Domingo están revolucionados, y él quiere reducirlos y restablecer el imperio francés en América. Nueva Orleans ha de volver a poder de Francia y convertirse en la plaza de aprovisionamiento suya en el Caribe. Napoleón sabe que en la decadente Corte de Carlos IV se tiene la misma idea que antes tuvo Francia de Nueva Orleans: que es demasiado problema para que valga la pena romperse la cabeza en él. Y por el tratado de San Ildefonso, Carlos IV entrega la Louisiana al primer cónsul, a cambio de un reino que él inventa —el de Etruria—, que se dará al duque de Parma. Un día llega el prefecto colonial Laussat a tomar posesión de la colonia en nombre de Napoleón. Dice en su proclama: «La separación de Louisiana de Francia es uno de los más vergonzosos recuerdos que empañaron los anales de la monarquía bajo un gobierno débil y corrompido que después de una guerra ignominiosa firmó una paz sin honor... Tan pronto como Francia, por una sucesión prodigiosa de triunfos en la última revolución, ha recobrado su libertad y su gloria, vuelve los ojos hacia Louisiana... Para lograr que las cosas volvieran a su orden natural ha sido necesario que surgiera un hombre a quien nada de lo que sea la nación, la grandeza, la magnanimidad o la justicia le es indiferente; quien, al más extraordinario talento para las conquistas une el muy excepcional de

obtener para ellas los más felices resultados, y quien, por el ascendiente de su carácter, a un mismo tiempo produce en sus enemigos el terror, en sus aliados la confianza. De hoy en adelante ese hombre presidirá los destinos de Francia y de Louisiana, y asegurará su felicidad».

A los pocos días, «ese hombre» vende la Louisiana a los Estados Unidos. Y el distinguido señor prefecto, en un balcón de la plaza, arría la bandera de España, con mucha solemnidad, e iza la de Francia, con mucha solemnidad, y arría la de Francia, con mucha solemnidad, e iza la de Estados Unidos, con mucha solemnidad.

*La culebra tiene los ojos de vidrio;
la culebra viene y se enreda en un palo;
con sus ojos de vidrio, en un palo;
con sus ojos de vidrio.*

*La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la yerba;
¡caminando, se esconde en la yerba!
¡Caminando sin patas!
¡Mayombe-bombe-mayombe!
¡Mayombe-bombe-mayombe!
Tú le das con el hacha y se muere:
¡dale ya!
¡No le des con el pie, que te muerde;
no le des con el pie, que se va!*

NICOLÁS GUILLÉN

▪ LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LOS NEGROS DE HAITÍ

EN TODAS LAS ANTILLAS, NINGUNA colonia ha llegado a tener la importancia que tiene hoy Haití, o Saint Domingo, como suelen decir. No hay en las otras islas colonos más ricos, negocios más activos, haciendas más hermosas. En Jamaica, los ingleses han hecho fortuna, pero no tanta que la isla pese en los destinos británicos. A España, Cuba se le va un día de entre las manos, y apenas si lo advierte. Haití, en cambio, da vida a Marsella, Burdeos, Nantes. A sus puertos llegan, en el año, mil quinientos buques: Marsella no alcanza a cifra parecida. En las 750 naves que están destinadas exclusivamente al comercio con Haití trabajan 24.000 marinos, en Burdeos hay dieciséis fábricas destinadas a refinar azúcar de la isla: allí se importa azúcar, se exporta brandy y hay un centenar de pequeñas industrias que surgen al lado de las destilerías. Los comerciantes de Nantes tienen invertidos cincuenta millones en la isla. Todo el chocolate que se toma en Francia se hace con cacao de Haití. Y, con el cacao, exporta la isla setenta y tres millones de libras de café, seis millones de libras de algodón. Todo esto lo trabajan los

negros. Ellos han limpiado los montes; ellos, plantado el café. Ellos descargan los barcos, barren la casa del patrón, llevan al trapiche la caña. El negro es otra riqueza, otro animal. Los barcos traen negros y brandy.

Los ricos tienen tantas mulas, tantas vacas, tantos negros. Nantes, Burdeos, Marsella, invierten dinero en telares, en fábricas, en negros. Así surge esa burguesía rica que va a hacer la revolución. Gentes satisfechas, orgullosas de su industria, del movimiento que han dado al puerto, de la belleza que es hoy Haití, con los cafetales que parecen olas de espuma cuando están en flor, cascadas de púrpura cuando vienen las cerezas; con las casas de los esclavos que se ven blancas de cal entre las banderas verdes y los racimos monstruosos de los plataneros. En el centro de las haciendas, los caserones de los amos, y los corrales y la capilla, y las criaturitas blancas que arrullan las esclavas cantándoles en criollo, canciones del África. Todo esto es riqueza, prosperidad. Los ríos pueden cruzarse por puentes de sólidos arcos romanos; a los trapiches se lleva el agua por acueductos de piedra. Hablan los colonos de estas cosas no sólo con la natural satisfacción que da el dinero, sino contentos de haber hecho una obra de redención humana, porque han sacado a los africanos del pavoroso infierno de su patria, para acomodarlos en el dulce paraíso de Haití. Medio millón de negros hay en Haití: los blancos son 30.000. Por cada blanco que los mira con el látigo en la mano hay 16 negros que le trabajan.

Port-au-Prince tiene hermosos edificios. Hay mulatos ricos que viven a la europea. Tres compañías de teatro

entretienen a los blancos y mulatos con representaciones de Le Légataire Universelle, Cartouche, L'École y des Pères, en fin: cuantas obras les llegan de París. También florecen los teatros y enriquecen los empresarios en Cap François, que se conoce como el París de las Antillas. Un París con pequeños inconvenientes. Cuando llueve, nadie puede salir de casa por dos días: las calles se tornan ríos de lodo. El servicio de alcantarillado se rige por la vieja fórmula: ¡Agua va, y sálvese quien pueda! Pero si el barbero viene a casa, da gusto verle llegar «con su vestido de seda, el sombrero bajo el brazo, la espada al cinto y bastón en la mano, seguido de cuatro negros; uno de ellos peina al cliente; otro le hace el tocador; el tercero, los rizos, y el cuarto, los últimos retoques. El barbero está atento, vigilando el trabajo, y al menor descuido le da una trompada a un negro, que sigue su trabajo sin chistar, así tenga que levantarse del suelo. Tras lo cual, y terminada la tarea, sale el peluquero con la misma elegancia y dignidad con que llegó a la casa...». En Cap está la logia de Filadelfia, donde los hermanos masones ricos se reúnen a hablar de la Enciclopedia y el progreso. La ciudad tiene 20.000 habitantes; 10.000 son esclavos. Algunas mulatas son hermosísimas. Hay cabarets y casas de vida alegre. De siete mil mulatas, cinco mil viven para divertir a los caballeros. Las señoras de alcurnia tienen justos celos de las mulatas. Y los blancos ricos, de los mulatos ricos.

En las calles del París de las Antillas suele azotarse a los negros. En las heridas se les echa limón y sal para que no gangrenen. A una cocinera se le quema un bizcocho en el horno:

la dueña de casa pasa a la cocina para reprender esta falta que la hará pasar una vergüenza con sus invitados: —Echen esa negra a la estufa —dice a las otras, y mientras la cocinera parece entre las brasas, la señora regresa a atender sus relaciones con toda etiqueta y compostura. En los campos, por faltas menores, se entierra vivos a los negros dejándoles afuera la cabeza y echándoles miel para que vengan las hormigas y terminen el trabajo. Es claro que nadie hace a su gusto estas cosas. Un negro cuesta dinero, y perderlo es como quemar una casa. Pero hay que hacerlo así, porque sólo de este modo se mantiene la moral de los demás. Cuando las señoras van al mercado, donde los negreros sacan de los barcos su mercancía, examinan cada esclavo tocándolo en todas sus partes. Luego, para no dejar una impresión de familiaridad, les escupen la cara. Negro que se compra, negro que se marca con el fierro, y enseguida, al trabajo.

Traer los negros del África es un problema. Se rebelan en los corrales, en las naves. No queda otro recurso sino asegurarlos con hierros en camas largas como mostradores de donde se les saca encadenados una vez al día. Para ganar espacio, a veces se les pone tan juntos que no pueden acostarse sino de lado, «como cucharas». Los muy bestias tienen una rara propensión al suicidio. A veces les obligan a bailar, sobre cubierta, para distraer al capitán, y los más ágiles saltan por la borda y se tiran al mar.

El negro Mackandal tramó una vez una revuelta. Era un orador estupendo. Hablaba con el diablo. En los montes se oía sonar el tambor del Vodú, y a la luz de las antorchas bailaban las negras danzas indecentes. Al negro Mackandal

le adoraban. Todas las negras se enamoraban de él como si les diera a tomar bebedizo. El negro era manco, y accionando parecía una sombra mutilada del infierno: en una lengua de todos los demonios decía las cosas más espantosas. «Vamos a acabar con los blancos », propuso una Vodú. En un mismo día, en cada hacienda se envenenarían los pozos, prenderemos fuego a las casas, descuartizaremos a blancas y blancos, y no habrá más azotes, ni más amos, ni esclavos. La cosa se supo. Mackandal fue quemado vivo. Pero quedó flotando en el aire el poema que en «alejandrinos salvajes» había declamado Mackandal en el Vodú, primer himno a la libertad, un himno feroz, que termina diciendo cómo Dios clama venganza contra los blancos que han hecho padecer y llorar a los negros y sabrá escuchar el llamado de los negros que piden por su liberación:

*Bon Dieu qui fait soleil,
 Qui claire nous en baut,
 Qui soulève la mer,
 Quitfait l'orage gronder...
 Jetez portraits Dieu blanc
 Qui soif de l'eau dans yeus nous
 Coûtez la liberté qui nan coeur à nous tous!...*

Es la Marsellesa que, en francés criollo, inventó el negro Mackandal cuarenta años antes de que los franceses tomaran la Bastilla.

El rey Luis XVI había dictado un código para favorecer a los negros. El código se proclamó primero en las islas,

luego en Louisiana. Lo hizo Francia como a imitación de las leyes a favor de los indios dictadas en España. «Para mantener la disciplina de la Iglesia católica, apostólica, romana, y para reglamentar lo concerniente al estado y calidad de los esclavos en nuestras islas». El código no tiene sino sesenta artículos. Empieza diciendo que los judíos deben salir de las islas, como enemigos del nombre cristiano, en el término de tres meses, so pena de confiscación del cuerpo y de sus bienes. Que los esclavos deben ser bautizados, que los hijos de concubinato sean libres, que los esclavos no trabajen en los días de fiesta, que se les den tantas libras de mandioca a la semana, que dos vestidos al año... Que el esclavo que ataque a su amo o a su mujer sufra pena de muerte, que si roba una oveja, una cabra, una gallina, se le pueda castigar con azotes y herrándolo en la espalda con una flor de lis... Que si huye se le corten las orejas y se le imponga la flor de lis, que si por tres veces reincide, se le ejecute...

En medio de todo, el código es una garantía para los esclavos: a veces tiene una sobra de bondad, y es una ley. Si no se cumple, es una esperanza. «Podrán los amos, cuando crean que los esclavos lo merecen, ponerlos en cadenas y hacerlos azotar con vergas y cuerdas, pero no ponerlos en tortura ni hacerles mutilación de miembro, so pena de perder los esclavos, y proceder extraordinariamente contra los amos». Le Jeune, hacendado de Plaisence, no toma en cuenta el código. En su cafetal han muerto unos cuantos esclavos, y piensa que han sido envenenados. Por vía de información, mata cuatro negros y pone dos mujeres en

tortura. Les disloca los brazos y las piernas, les quema los pies, les pone unos collares de hierro. Es tal el refinamiento del caballero que los negros acuden a la justicia. Aquello es un escándalo y Le Jeune se ha puesto fuera de toda ley. Para defenderse dice que en prueba de que ha habido veneno, ahí está una caja en poder de las negras en que lo tienen guardado, Abren la caja, y no hay nada. Pero si a Le Jeune se le multa será un triunfo para los negros. Es una cuestión de principios. Los propietarios de Haití lo ven muy claro y se movilizan como una sola hermandad para defender a Le Jeune: reuniones en la logia, memoriales, folletos, discursos. Absolución de Le Jeune.

En 1760 vino de intendente Jean-Etienne Bernard de Clugny. Con la fegosidad de sus treinta y un años, una excelente iniciación en la vida administrativa de Francia, imbuido en la Enciclopedia, propaga ideas sobre el gobierno propio, se opone a la aristocracia que quiere enseñorearse del ejército, planea una reforma total de la isla. En este caso, es la burocracia quien reacciona contra él y le obliga a regresar a Francia. Clugny, de intendente de Haití pasa a ser uno de los más grandes hacendistas de Francia, y el sucesor de Turgot, bajo Luis XVI.

El mundo está alborotado. De tanto hablar los burgueses, de tanto querer imponerse con su dinero, de estar viendo tan a lo vivo el envilecimiento de los nobles, va naciendo la idea de la revolución. Los blancos de Haití quieren tener voz en los Estados Generales, lo mismo que las gentes de Marsella, Dieppe o Nantes. Ellos son parte de la nación francesa, y de la nación en lo que tiene de

más rico y productivo. Es cosa nueva que a los Estados Generales quieran ir delegados de las colonias, pero para algo se está al borde de la revolución, y con los colonos están, en las ciudades comerciales de Francia, quienes viven de las colonias y son, en cierto modo, cabeza de la nueva política. Los colonos quieren gobernar ellos mismos en la isla, como lo dijo Clugny, y sacudir el yugo de una burocracia escogida por el rey. Es la misma ambición de los franceses en Francia. Es el legítimo deseo de querer tener el mando quien tiene el dinero. Con derecho a hacerlo, o sin él, los colonos forman en Haití su asamblea, y eligen representantes para los Estados Generales. Con música se les despide en los muelles. En París, los colonos se reúnen en casa del marqués de Massiac, propietario de una azucarería y comerciante en índigo. Haití quiere su asamblea propia, decretar sus propios impuestos y conservar cada vez más pura y pujante la casta de los propietarios blancos, sin interferencias por parte de la corona.

En los Estados Generales se discute si pueden tener asiento los delegados de Haití. Pretenden los colonos que les corresponden 24 puestos. Brissot, que forma parte de la Asociación de Amigos de los Negros, lo mismo que Mirabeau, protesta indignado: «Estos señores —dice— cuentan a los negros de la isla y los elevan al rango de hombres, sólo para alcanzar esa representación, pero no quieren representarlos sino para degradarlos y ponerlos por debajo del resto de los hombres». Mirabeau es más gráfico: «Los esclavos, o son hombres o no lo son: si los de las plantaciones les consideran hombres, libértenlos y

háganlos electores y elegibles para que vengan a ocupar sus puestos en esta asamblea; si no es este el caso, ¿vamos nosotros, al computar el número de diputados que corresponde a la nación francesa, a tomar en cuenta el censo de mulas y caballos?».

Pedir los colonos la admisión en los Estados Generales es abrir la discusión sobre el tema de los negros. En Inglaterra ha venido armándose una escuela de defensores de la libertad de los esclavos. Tiene orígenes curiosos esta nueva política en quienes, hasta la víspera, han venido reclamando el monopolio del negocio negrero. Adam Smith y Arthur Young, «los precursores de la nueva era, condenan el sistema de la esclavitud como el más costoso del mundo». Acaban de descubrir los ingleses que ha sido una permisión de Dios el haber perdido las colonias de Norteamérica, porque en la India se produce todo más barato.

Pitt hace la revelación de que, de los esclavos que llevan los ingleses a las Antillas, son vendidos por mitad a los franceses de Haití, y ahora el florecimiento de la isla no viene sino a perjudicar al imperio inglés. ¿Por qué no traer azúcar de Oriente? Y empieza a hacerse el ensayo con todo éxito. Es mucho mejor trabajadores libres en la India, a penique el día, que esclavos caros en las Antillas. Y nace la Abolitionist Society, que tan humanitarios catálogos imprime. Los más generosos espíritus franceses quedan cautivados de tan bellas palabras. Y así nace en Francia la sociedad de amigos de los negros con Mirabeau, Brissot, Condorcet, Pétion...

Los pobres negros de Haití están muy lejos de saber lo que piensan y hacen estos inesperados defensores

suyos, pero los negros ricos, los que se han emancipado, y los mulatos, no sólo aprovechan estos alegatos sino que quieren también abrirse paso para llegar a los Estados Generales. Muchos de ellos se han educado en Francia, donde el color no crea mayor resistencia, pero mantienen constante lucha con los blancos ricos de Santo Domingo. Los blancos les odian por dos razones: porque estos negros están más cerca de sus hermanos de color —muchos de ellos tienen todavía a su padre esclavo— y porque saben que en el momento de un levantamiento los mulatos contarán con el respaldo de los negros; y, además, porque gastan menos que los blancos, suelen ser sus banqueros, y el blanco debe pasar por la humillación de solicitar de ellos dinero. Se dictan ordenanzas para que los mulatos no puedan llevar espadas, para que no se les vendan tierras sino en ciertas partes de la isla, para que no se les pueda tratar de monsieur ni de madame. Pero los mulatos echan para adelante. Ahora son contrarrevolucionarios. Contra la revolución burguesa de los hacendados levantan el estandarte de la monarquía. Frente a los blancos que se han puesto en oposición al gobernador, el gobernador busca apoyo en los mulatos, y así la divisa de la monarquía cubre a los burócratas y a la mulatería. Los blancos les hacen la guerra a muerte. Los mulatos llegan hasta la Asamblea Nacional en París, y en asamblea, en una de esas jornadas de ebriedad democrática y promesas en que no se miden las palabras, un antiguo propietario exclama: «No sólo creo que deben reconocérseles los derechos a los mulatos, sino darles libertad a los negros». Los mulatos, a su turno,

hacen cosas inteligentísimas: acompañan a sus memoriales una discreta ayuda para gastos de la asamblea, consistentes en un millón doscientos mil pesos. En Haití, los blancos toman sus represalias: al que ha proclamado los derechos de los mulatos le ahorcan.

Pero ahora los mulatos están poderosos. Oge, uno de ellos, amigo de los hombres más importantes en la Asamblea Nacional, resuelve llevar la revolución a Haití. Se lanza a la campaña y le derrotan. Le sacrifican los blancos después de seguirle un juicio que es todo un refinamiento de crueldad. La sentencia consiste en partirle a golpes de martillo los brazos, las piernas, las costillas, para amarrarlo en la rueda mirando el cielo hasta que Dios se apiade él y le quite la vida. Cuando muere, su cabeza se cuelga como trofeo en el camino que va a Dondon, su pueblo. París se horroriza al oír las noticias. Robespierre declara en la Asamblea que es mejor que Francia pierda sus colonias, si ese es el precio que hay que pagar por la libertad.

Están oteando los negros lo que conversan los blancos. Los negros están mirando las peleas de los mulatos. En el fondo de los montes, los negros están tocando, cantando: ¡Mejor morir que seguir esclavos!

Nadie lo ha pensado, nadie lo pensaría. Christophe, un criado del hotel de Cap François, ríe mientras tiende el mantel y escucha a los blancos enfurecidos. También ríe el cochero del señor Bayon de Libertat, que es el negro Toussaint. Y hasta ríe Desalines, que es menos que todos: esclavo de un negro. Estos son los que nada hacen: escuchan, y eso es todo. Y, además, escuchan la llamada de los

tambores al Vodú. Con menos ruido que el que hace una culebra, corren de grupo en grupo los esclavos que llevan el mensaje para el Vodú. De veras que no parecen hombres: parecen sombras.

Nunca el Vodú hizo temblar, sudar, reír con los dientes blancos, parar los ojos de asombro, como en esta noche decisiva para los negros. Mientras la culebra encantada va soltando los anillos, la muchedumbre de los negros que por todos los senderos han venido afluyendo al mágico altar, presta juramento. Los blancos han creído que será alguna boda, y no descubren que los tambores llaman a juicio. Las negras parecen más elásticas que la propia serpiente. Las antorchas pintan de sangre las hojas en las ramas de los árboles y el sudor que rueda por las caderas de las negras. Los fieles chupan la sangre de un cochino que les deja en los labios un gusto salado, preludio de aventura. Boukman, Biassou, Jean François dan los gritos de guerra:

Eh! Eh! Bomba, ben! Hen!

Canga cafio te

Canga moune dele

Canga doki la

Canga li...

Sí: ¡antes morir que ser esclavos! No se ha vivido en Haití una noche de más tensa emoción que esta noche del gran Vodú: ¡hoy, 14 de agosto de 1791!

Empieza a teñir la mañana. Todavía se recortan las palmeras, los plátanos, las crestas de los cerros, contra el cielo de

rosa cuando empiezan a crepitar las llamas en los trapiches, en los cañaduzales, en las casas de los amos. Los gritos de los negros parecen salir de mil clarines. Hay risas que cortan como serrucho. De cada casa, de cada cañada, de cada monte, brota un negro con una antorcha. De Cap François, hacia los montes sólo se ve una hoguera que crece y crece entre los gritos de pavor de los blancos y los mulatos, los gritos de alborozo de los negros. Es como una ola de lava, dice Waxman. El bagazo ligero de los trapiches da vueltas en el aire, gira, sube, baila, vuela, como los copos de la nieve. La humareda se ve a leguas y leguas de distancia. Con sus machetes que relampaguean por el aire, van los negros rajando blancos. La sangre del cochino se ha multiplicado, salpica todo el suelo de Haití, y los negros diabólicos parece que saltaran sobre las llamas con guantes y medias rojas. A un carpintero le han puesto entre dos tablas y le han serruchado. A un hacendado le han clavado a las puertas de su propia casa y le han cortado las piernas. Durante tres semanas no se distingue el día de la noche. El viento lleva los blancos copos de la caña encendida balanceándose sobre la ciudad, llevándolos hacia el puerto, hacia los montes.

Viene la represalia. Los negros apenas si han sido tan crueles como sus amos. Pero ahora los amos empiezan a cobrarlas. A todo lo largo del camino que conduce a Cap François no se ven sino negros que cuelgan de los árboles. 200 blancos matan los negros, 10.000 negros cuelgan los blancos. 280 haciendas son ahora manteles de cenizas. Se han quemado dos millones de dólares. Dos meses ha durado la fiesta. Apenas se está comenzando.

El cochero del señor Bayon de Libertat tiene unos cuarenta años. Su padre era un cacique, el príncipe de Guiaou-Guinou. Los blancos lo cazaron, y así vino a dar a Haití. Toussaint fue de muchacho muy débil, pero callado, resuelto, inteligente. Fue endureciendo. Se hizo el mejor jinete de los contornos: llegó a ser llamado el Centauro de las Sabanas; el mismo nombre que más tarde se le dio a Bolívar. Se hizo querer de su amo. Le bautizaron, aprendió a leer, y otro negro le sirvió de maestro y le enseñó las cosas de las yerbas. Ha llegado a ser cochero, puesto que para ser esclavo es muy elevado. Más aún: desempeña funciones de mayordomo. Ha leído los *Comentarios* de Julio César, la *Historia de las guerras* de Herodoto, *Las fantasías* del mariscal de Sajonia. Pero lo que influido más en sus lecturas es el libro del abate Raynal: *La historia filosófica y política de los establecimientos europeos en las dos Indias*. Ahí ha encontrado las palabras que anuncian la insurrección. Dice el abate que a los esclavos se les trata peor que a los perros, pero ve los relámpagos que anuncian la tempestad. «Lo único que se necesita es un jefe valeroso. ¿Quién será? De que habrá de aparecer, no hay duda: vendrá y cantará el estandarte sagrado de la libertad». Cuando el cochero medita en estas palabras, se queda silencioso y las vuelve a leer, y sueña...

El negro Toussaint no fue al Vodú. Es católico: no quiere asesinatos ni incendios. Quiere la libertad de los negros y nada más. En la hacienda del señor Bayon de Libertat no hay incendio. Toussaint ordenó paz a los esclavos. Lo obedecieron. Hay algo que impone respeto

en el mayordomo. Pero Toussaint, quieto, lo ve todo. Ve la ola de venganza de los blancos que ahoga a su pueblo en sangre, ve la furia de los negros que corona de llamas los montes. Y que no es posible permanecer neutral. A la señora de la hacienda la pone a salvo, y favorece la huida de la familia a los Estados Unidos. Él se incorpora al ejército rebelde. Poco le creen los jefes, porque no le vieron desde el primer día, cuando todos saltaron como tigres a proclamar la venganza. Pero en Toussaint hay un poder magnético. Le encumbra eso de saber leer, y haber pasado horas y años en silencio, y el conocimiento de las yerbas que le da toques de brujería, y la dignidad de su porte, y la forma como en él van afirmándose las ideas. Se le recibe como médico. Al poco tiempo es el jefe de los rebeldes. Acabará por hacerle perder la paciencia a Napoleón y ser considerado como uno de los hombres más grandes de su siglo. Lamartine escribirá un poema poniendo a Toussaint por el héroe principal. Auguste Comte le exaltará en su *Calendario Positivista*. Chateaubriand, en sus *Memorias de ultratumba*, acusará a Bonaparte del crimen de haber asesinado a Toussaint.

En Francia se leen con pavor los relatos de los negros alzados. Blancos y mulatos van a unirse contra el enemigo común. Hay juntas de patriotas, asambleas de notables, hermosos gestos en que los blancos dicen a los mulatos: «Somos hermanos, olvidemos nuestros mutuos errores, perdonémonos las injurias, trabajemos unidos por la paz de Francia y el bienestar público». La Asamblea Nacional proclama la igualdad de los blancos, los mulatos y los

negros libres. En Haití los blancos ofrecen una suntuosa comida a los mulatos, los mulatos ofrecen un banquete a los blancos. El alcalde de Le Cap dice: «Las disensiones que han reinado hasta hoy pasan a la historia; aquí no tenemos diferencias de color: sólo habrá ciudadanos libres, y esclavos. En cuanto a los esclavos, es obvio que no vamos a traerlos del África, gastando inmensos capitales, para hacerlos ciudadanos franceses libres en Haití».

Toussaint ha formado su ejército. Seis mil hombres van tras él, resueltos a vencer o morir. Hay que ver cómo brotan de los montes negros armados de palos y machetes y hachas, y cómo van vistiéndose los generales de cintas y decoraciones, de todas las cosas brillantes que caen en sus manos. Los títulos de que se invisten no son los más modestos: todos son almirantes, generalísimos, brigadieres. Uno se titula virrey de todos los territorios conquistados. Todos están contra la revolución de los burgueses. De pronto, llega la noticia gorda: que la revolución ha decapitado a Luis XVI. Apenas puede creerse: ¡bajarle la cabeza a un rey! Toussaint dice: «Nosotros tenemos que tener un rey: pasémonos a Santo Domingo, coloquémonos bajo las banderas de Carlos IV, rey de España, y luchemos con ellos contra los republicanos de Haití». Y a Santo Domingo se va el torrente de marfil negro, con gritos salvajes de alegría. Los españoles, que están en guerra con Francia, ofrecen la libertad a todos los esclavos que pisen territorio español, y confirman en sus títulos de generales y brigadieres a los capitanes de los esclavos. Ahora Toussaint va empujándose, y su nombre empieza a circular como un talismán.

Infatigable, no se baja del caballo, está en todos los sitios de peligro, es el hombre que abre el camino de la libertad, y ya no firma Toussaint simplemente, sino que inventa su nombre de batalla: Toussaint L'Ouverture. «Hermanos y amigos: yo soy Toussaint L'Ouverture; quizá mi nombre ya os es conocido; he venido para vengaros. Es mi deseo que la libertad y la igualdad reinen en Haití. He venido para conquistarla. ¡Venid, uníos con nosotros, hermanos, y con nosotros pelead por la misma causa!». Toussaint hace una campaña relámpago. Su ejército se multiplica en cada lugar donde llega; los negros han encontrado su libertad. En sus filas, la disciplina es cuando menos tan perfecta como en los ejércitos europeos. España, en esta guerra, no tiene jefe alguno que pueda compararse a Toussaint. Prohíbe los excesos. Es tan buen militar como diplomático. Al final de la campaña, el marqués de Hermosa recibe a Toussaint con todos los honores y le regala una espada a nombre del rey Carlos.

Los blancos pierden tierras, pueblos, ciudades; acaban por huir a los Estados Unidos. Su única solución es aliarse a los ingleses; a Jamaica envía el gobernador unos delegados implorando su ayuda. Como Toussaint y los suyos se pasaron a la bandera de España, los propietarios se pasan a la de Inglaterra, y de un modo más explícito: «Los ciudadanos de Haití, no pudiendo recurrir a su legítimo soberano para que los libre de la tiranía que los oprime, invocan la protección de Su Majestad británica, le prestan juramento de fidelidad, le suplican conserve la colonia, y los trate como fieles y buenos súbditos hasta que venga la paz

y las potencias aliadas decidan de la suerte del país». En Inglaterra Pitt ve una nueva oportunidad. El Parlamento declara que la guerra que se emprende no es una guerra para favorecer a los ricos, sino una guerra de seguridad. Jamaica empieza a enviar regimientos a Haití.

En Francia la revolución progresa. Un día se presentan a la Asamblea Nacional tres delegados de Haití: Bellay, un antiguo esclavo que ha comprado su libertad; Mills, un mulato; Dufay, un blanco. Van a tomar sus asientos confundiendo con los ciudadanos franceses. Un diputado se levanta exaltado y dice:

«La aristocracia de nacimiento y religión terminó en 1789. Quedaba en pie la aristocracia de la piel: hoy damos este último paso hacia la igualdad: un negro y un amarillo de Haití van a sentarse con nosotros». El orador recibe una inmensa ovación. Otro diputado: «La asamblea esperaba ansiosa este momento: pido que la entrada de los nuevos delegados sea sellada con abrazo fraternal de la presidencia». Inmensos aplausos. Los delegados avanzan hasta el solio presidencial, y el presidente los abraza y besa en las mejillas. Nuevos aplausos. El delegado negro habla al día siguiente. Lo hace para pedir la abolición de la esclavitud. Cuando termina su discurso, Lavasseur se levanta y dice sólo estas palabras: «Cuando se redactó la Constitución de Francia, el pueblo francés no se acordó de los negros desventurados. Por eso la posteridad habrá de reprocharnos. Reparemos este error y proclamemos la libertad de los negros. Ciudadano presidente: no sometamos la Convención a la vergüenza de discutir el paso que vamos a dar». La Convención se pone

de pie. El negro y el mulato son conducidos en triunfo al solio presidencial y reciben otra vez el beso francés.

Así se declara abolida la esclavitud. Un negro que fue esclavo ha hecho palpar el corazón de Francia en la ciudad de París, cuando Francia vive en el clima de su emoción política.

Toussaint puede ahora galopar bajo las banderas de la República francesa. El gobernador español ve que la sombra prodigiosa se le va de entre las manos, y Laveaux, el comisionado de Francia, que ha venido para luchar sin esperanza contra los ingleses, ve regresar a su adversario de la víspera para juntársele en la campaña común. Toussaint recibe el nombramiento de brigadier-general. Va a luchar contra Inglaterra, contra España, contra los blancos, por la república y la libertad. Pero no hay que olvidar que Haití es un país de negros. Toussaint muchas veces no tiene ni que pelear. Con una carta disuelve una batalla y se pasan tres mil negros a sus filas. A Laveaux, el comisionado francés, le hacen prisionero los mulatos; no le queda sino una esperanza: que venga Toussaint y lo libere, y Toussaint organiza el ataque sobre Cap François y lo libera. «Irrespetar al gobernador —dice en una proclama a la ciudad— es irrespetar a Francia». La entrada de Toussaint a Cap François es una jornada de gloria. Laveaux reúne al pueblo, se forma el ejército en la plaza, y Toussaint es proclamado ayudante del gobernador: «Nada haré —dice Laveaux— sin tomar su parecer; he aquí en este hombre al Espartaco negro que anunció el abate Raynal, cuyo destino es vengar los ultrajes de su raza».

Empieza la luna de miel entre los comisionados franceses y el antiguo cochero del señor Bayon de Libertat. Los dos hijos de Toussaint se envían para ser educados en Francia. Toussaint coloca el gobierno bajo el ala de sus victorias, y la colonia empieza a rehacerse de las inmensas devastaciones de la guerra. Se desarrollan planes para impulsar la agricultura, se abren escuelas, Francia concede siete puestos en el Parlamento a Haití. Toussaint maneja las acciones con la suficiente habilidad para que sean elegidos los comisionados de Francia, salgan de la isla y quede él solo. Solo va a derrotar a los ingleses.

Durante cien años se ocultará la derrota que Toussaint inflige a Inglaterra. «Por años —dirá el historiador C. L. R. James— Pitt y Dundas continuaron arrojando hombres y dinero en las Antillas contra los que ellos se complacían en llamar unos bandoleros; pero los campesinos negros, que hasta la víspera habían sido esclavos, ayudados por el clima y por los mulatos leales, infligieron a la Gran Bretaña la más grande derrota que conozcan sus fuerzas expedicionarias desde los días de la reina Isabel hasta la guerra de 1914».

Los ingleses, ayudados por los blancos de las plantaciones, se han hecho a las plazas de Jérémie, Port-au-Prince, Arcahaie, Saint-Marc y Mole Saint-Nicolas. Dondequiera que van estableciéndose, devuelven sus antiguos privilegios a los blancos. Whitelocke ha inundado la isla con una proclama en donde exhorta a los colonos presten obediencia a la Gran Bretaña. Ofrece que a nombre del rey dará toda suerte de facilidades a quienes estén cargados de deudas. El gobernador español de Santo Domingo, a su turno,

para no ser menos, promete esta vida y la otra a quienes se coloquen bajo el pabellón de Carlos IV.

Pero como se movieron los negros contra los amos ahora se vuelven contra los ingleses, y mañana lo harán contra los españoles. Ellos sólo oyen a Toussaint, a Dessalines. Y la fiebre amarilla hace lo que no logra la mano negra. Cosa de ochenta mil hombres sacrifica Inglaterra en esta lucha. En sólo el año 1796 los gastos de las fuerzas inglesas en Haití suben a dos millones seiscientas mil libras. Una a una tienen que entregarse las plazas que se han tomado. Hasta que llega el día en que Toussaint entra en triunfo en Port-au-Prince. Campanas, arcos triunfales, banderas, carrozas, muchachas blancas que le arrojan flores, bailes, iluminaciones, banquetes. Toussaint permite a los ingleses que se retiren a Mole Saint-Nicolas, donde habrá de firmarse la capitulación. Allí le recibe el general Mitland con las tropas formadas en gran parada, le ofrece a nombre del rey el servicio de plata que se ha usado en el banquete, y forma el ejército de S. M. B. para que le pase revista el antiguo cochero del señor Bayon de Libertat. Toussaint celebra el tratado con los ingleses como si fuera la primera autoridad de la isla. Cuando el general inglés acude a la cita que le ha dado el negro, el negro le hace aguardar una antesala de bastantes minutos. ¿Falta de cortesía? ¡Jamás! Sale y le explica la causa de haberle hecho esperar. Estaba contestando una carta. Muestra la que recibió y la contestación que ha dado. En la carta le proponían que pusiera preso al inglés; en la respuesta explica que él no cometería jamás semejante deslealtad. Los ingleses, a su turno, le

tientan. Que si quiere ser rey de la isla bajo la protección británica. El negro rehúsa con idéntica firmeza. Da gusto ver cómo se afirma en la física tierra que le vio nacer.

En Francia han vuelto a levantar cabeza los reaccionarios de la Convención. Vaublanc ha pronunciado un discurso violento mostrando cómo hay que poner algún dique a las insolencias de los negros contra los blancos. Toussaint escribe entonces una carta al Directorio, que es una de las piezas más diáfanas que se hayan escrito en América a favor de la democracia. Con un valor tranquilo, con una energía admirable, este hombre, que no sabe escribir, pero que sabe leer y dicta cartas a cinco secretarios, y no firma nada sin repasarlo letra por letra, deja una serie de documentos que podrían envidiar muchos letrados. «Francia —dice— no revocará sus principios... no permitirá que aquello que más la honra se destruya, que se degrade la más hermosa de sus conquistas, que se revoque el decreto del 16 Pluvioso que tanto enaltece a la humanidad. Pero si esto fuera a hacerse, restableciendo la esclavitud en Haití, debo declararos que semejante tentativa sería imposible; nosotros sabemos cómo hacer frente a los peligros que atentan contra nuestra libertad, y para mantenerla sabremos desafiar la muerte. Esta, ciudadanos del Directorio, es la moral del pueblo de Haití; estos, los principios que Haití os hace llegar por mi conducto».

Los blancos han escogido a Hédouville, uno de los más hábiles generales de Francia, que se ha distinguido en la pacificación de La Vendée, para que vaya a Haití y, primero con maña y diplomacia, y luego con la fuerza,

controle al negro Toussaint. Pero Toussaint es más hábil diplomático que Hédouville. Se le escapa como una sombra, busca cualquier pretexto para no entrevistarse con él, y le va dejando gobernar, que es lo mismo que dar tiempo para que se equivoque. El pacificador de La Vendée ignora las cosas del país; trata de suplantar a uno de los generales negros por un francés, viene el alboroto, Toussaint ordena al antiguo sirviente del hotel de Cap François, al negro Dessalines, que ataque, y Hédouville sólo encuentra un camino de salvación: embarcarse para Francia con la gente que alcanza a salvar. Toussaint entra victorioso en Cap François, y el discurso que pronuncia al día siguiente es una completa afirmación de autoridad: «Ha dicho Hédouville que yo estoy contra la libertad, que quiero entregarme a los ingleses y quiero hacerme independiente. ¿Quién podrá amar más la libertad, Toussaint L'Ouverture, esclavo de Bréda, o el general Hédouville, antiguo marqués y caballero de la Orden de San Luis? Si yo quería entregarme a los ingleses, ¿por qué los expulsé del país? Recordad que en Haití no hay sino un Toussaint L'Ouverture, y que, al oír su nombre, todo el mundo debe temblar...».

Ahora la guerra va a ser contra los mulatos. El general Hédouville, para despedirse, hace lo último que puede para destruir el poder de Toussaint: deja una carta al general Rigaud, un mulato rival de Toussaint, dándole todo poder y estimulándolo para que reúna a los mulatos contra Toussaint. La guerra que se desencadena alcanza extremos de violencia increíbles. Dessalines es el tigre de ébano que no perdona vidas. Los mulatos parece que odiaran a los negros

más de lo que los odian los blancos. El único que perdona es Toussaint. Cuando entra en Cap François hace lo de siempre: ordenar que se reúnan los mulatos todos en la iglesia. A Toussaint le gusta hablar desde los púlpitos. Los mulatos entran con carne de gallina. Su vida está a merced de este hombre feo y poderoso que, con su casaca de colores, su enorme sable, charreteras, bandas, botones de oro, parece aún más espantable. Lo que esta vez dice apenas es creíble. Habla de misericordia y perdón. No quiere aprovecharse de la victoria. Le parece que ya están más que castigados los mulatos, y que como él los perdona, el pueblo todo puede perdonarlos; que los que quieran salir a buscar a sus familias tendrán un salvoconducto para hacerlo; los que quieran quedarse serán tratados como hermanos y tendrán su protección... Cuando Toussaint desciende del púlpito los oyentes lloran, le aclaman con fanatismo, le bendicen.

Sólo el mulato Rigaud no se entrega. Acosado, un día intenta suicidarse. Finalmente, escapa como puede para Francia. De los que están más cercanos a él muchos huyen para Cuba. El odio alcanza en ellos la fuerza de una obsesión. Los otros negros tampoco tienen la magnanimidad de Toussaint. Dessalines corta cabezas con un entusiasmo de todos los diablos. Toussaint dice: «Les he dicho que poden el árbol; no que lo arranquen de cuajo...».

Enseguida viene la guerra contra los españoles. En Santo Domingo los españoles mantienen su comercio de esclavos. Toussaint resuelve notificarles que no deben hacerlo, por conducto de otro comisionado francés que ha llegado a Haití, y a quien Toussaint materialmente le

dicta la carta. Pero al enviársela a don Joaquín García, el gobernador de Santo Domingo, el comisionado le hace saber que ha escrito bajo la presión de Toussaint, y que puede contestarle con una gentil excusa, con lo cual el negro quedará satisfecho, y cancelado el incidente. Don Joaquín accede al plan del comisionado francés, devuelve a los dos generales y sus escoltas, que le han traído el mensaje, con una cordialísima carta que no dice nada. Pero Toussaint ha oído el enredo, arresta al comisionado francés, le deja sin funciones y les dice a sus negros: «¡Ahora, contra los españoles!».

Hace la guerra y la gana sin mayor esfuerzo, porque los españoles no tienen mayor ejército que enfrentar a las tropas de Toussaint, y la capitulación ocurre con muestras de la mayor caballerosidad. En una ceremonia, donde a cada cual se le rinden sus honores, la bandera de España es arriada con veintiún cañonazos, y se iza la francesa, con veintidós. Pide don Joaquín a Toussaint, por la Santísima Trinidad, jure gobernar justa y fielmente la tierra que ha conquistado. Con toda cortesía contesta el negro: «No puedo hacer lo que me pedís, pero juro de todo corazón, ante Dios que me escucha, que el pasado queda borrado y que todos mis esfuerzos y mis actos no tendrán otro propósito que el de mantener felices y contentos a los españoles que ahora pasan a vivir bajo la bandera de Francia».

Y así Toussaint entra a gobernar la isla de una punta a la otra. El comisionado francés ha salido discretamente para la madre patria, como todos los anteriores. Toussaint empieza a reorganizar la administración pública en la

colonia española, como en Haití. Establece nuevas bases para la hacienda pública, baja los derechos de aduana, estimula el comercio, impulsa la agricultura, construye caminos, abre escuelas. Todo con orden y precisión militares, y con un estilo al propio tiempo europeo y revolucionario. De Santo Domingo regresa a Haití. Es ahora más activo que en tiempo de combates. Hay que levantar a la isla de entre las cenizas de diez años de guerras. A su propio sobrino le fusila por discutir su autoridad y fomentar un movimiento sedicioso. Por último, da el paso decisivo: designa a un grupo de personas escogidas para que redacten una Constitución. Se ha llegado al punto en que el país necesita su propia ley. Sin haber proclamado la independencia de Francia, Toussaint ha estado gobernando, tratando con los gobiernos extranjeros, haciendo la guerra, dictando la paz, creando impuestos, sin preocuparse de la madre patria sino en una forma simbólica. Los redactores de la Constitución son blancos y mulatos, pues él sabe que entre los antiguos esclavos, que ni siquiera saben leer, no hay quienes estén preparados para la tarea. Es más: no deja de aprovechar, hasta donde le es posible, las capacidades y preparación de los blancos, para dar eficiencia a la administración. A su antiguo amo le ha invitado a que regrese, así como a cuantos quieran ponerse a la sombra de la bandera de los negros, que simboliza en sus manos libertad. No pocos han atendido la invitación. En su palacio suele hacer recepciones, o tener reuniones íntimas, que preside ceremonioso, cordial, manteniendo al mismo tiempo una reserva impenetrable y una cuidadosa atención para escuchar a todos, para mostrarse

amable y cortés. Suele salir por las calles precedido de dos trompeteros que llevan escudos de plata, con su guardia de 1.500 jinetes vestidos de ricos uniformes, y él con levita azul, de puños rojos galoneados de oro, charreteras con barba de oro, chaleco escarlata, sombrero de copa con plumas rojas y la cinta de la república, y una larga espada...

*Napoleon, through a blur of contemptuous
hatred, saw in Toussaint a black caricature of
himself, whose very success, in some mysterious
manner, seemed to cast a shadow over his
own achievements. Such a mental picture made
a violent assault on Napoleon's pride.*

PERCY WAXMAN

▪ **NAPOLEÓN, LA
EMPERATRIZ CRIOLLA
Y LOS EMPERADORES
NEGROS**

Y VIENE LA PARTE CON NAPOLEÓN. Las conexiones de Napoleón con las Antillas son más íntimas de lo que pudiera esperarse en un distante hijo de Córcega. Después de tres siglos, el Mediterráneo y el Caribe han vuelto a darse un abrazo, que esta vez ocurre, para ser exactos, en el propio lecho nupcial del primer cónsul. Precisamente por los años en que el antiguo cochero del señor Bayon de Libertat sube a los púlpitos de Haití para dirigir sus arengas, y derrota a los ingleses, a los españoles, a los franceses, y se viste de levitas azules y rojas y sombrero de plumas, una criolla de Martinica, por cuyas venas corre sangre de dos familias establecidas en la isla desde tiempo de los bucaneros, ha formado un salón en París, en la Calle de Chantereine, donde suele reunirse gente de mucho mundo. La criolla se llama Josefina. Es viuda. A su marido le bajaron la cabeza en la guillotina. Tiene dos hijos. Su belleza antillana está en el punto de la perfecta madurez. Su hijo se presenta un día a las oficinas de un general Bonaparte que después de cierta brillante campaña ha sido nombrado

comandante del ejército: viene a suplicar le devuelva la espada de su padre, el vizconde de Beauharnais, decapitado pocos días antes de la caída de Robespierre. Napoleón accede a la solicitud, se muestra cariñoso. Le ha conmovido ver la emoción en el muchacho de catorce años. La madre, agradecida, va al día siguiente a expresar su reconocimiento al general. Y ahí se conocen Napoleón Bonaparte, de Córcega, y Josefina de Beauharnais, de Martinica. Napoleón tiene 26 años; Josefina, 32. Un año más tarde, en la prefectura de la segunda división, en París, Napoleón se casa con la viuda del general Beauharnais. Ninguna otra mujer ocupará en el corazón del futuro emperador de Francia el lugar de Josefina. Es su más grande amor, su más ardiente pasión.

Los héroes son como pedacitos de madera que el oleaje de los pueblos saca de los abismos, encumbra hasta las nubes y torna a hundir con rapidez que dan vértigo. Pero jamás las olas se han visto tan hinchadas, ni han disparado a los héroes a mayores alturas que en estos días. La revolución tiene los elementos contradictorios de un drama, y no hay pasión que ellos no exalten, oportunidad que no ofrezcan a los caracteres que sientan la tentación de lo heroico. El negro Toussaint, la criolla Josefina y el soldado de Córcega son tres ejemplos perfectos de la época. No se sabe cuál realiza proeza mayor. La del negro es fantástica. La del corso es pasmo del Universo. Pero la de Josefina es de esas que hacen llevar las manos a la cabeza.

A los 16 años Josefina es una belleza que sólo ha conocido la caricia estimulante del sol del Caribe. Las

esclavas que la han cuidado, contándole historias mágicas, la miman, porque estas nodrizas suelen mimar, y porque Josefina es amorosa, suave y pródiga. Tiene el abandono tropical de las hijas de los colonos, lleva en el alma una hamaca, y se inicia en la vida con la sencillez de quien se ha criado con leche al pie de la vaca, plátano verde asado, yuca y carne de coco. Tiene en París una de esas tías ambiciosas y cortesanas, que alguna vez anduvo por Martinica, y concibe ahora la peregrina idea de hacer de ella, o de su hermana, algo que valga en la capital de Francia. Y el milagro va a ocurrir por esa magnética atracción de las Venus del Caribe, que ya anunció en el principio de la historia el genio alegre de Américo Vespucci. Una esclava que sabía leer en las manos, se lo había dicho a Josefina: Tú serás una reina. Son las cosas que siempre dicen las adivinas a las niñas. Pero esa adivina era especial. A otra le dijo: Tú llegarás casi a ser reina; y a una tercera: Tú, velada, serás más que una reina.

Vio el viento de la vida. Las tres muchachas se regaron por el mundo. Y como dijo la adivina, la una, que fue Madame Maintenon, fue casi una reina; a la otra se la robaron los piratas, cayó en Constantinopla en el serrallo de un sultán, y mandó más que una reina. En lo de Josefina, apenas erró en lo del título: no será reina sino emperatriz. Llega Josefina a París, la tía la acicala, la afina, la casa con el señor de Beauharnais, y empieza así su increíble historia. Es apenas verosímil ver que un día llega a París el papa Pío VII a coronar emperador a Napoleón. En París sorprenden al papa con la nueva de que, además, será testigo de

la coronación de Josefina. El papa y la criolla conversan largamente. Josefina se acoge a su paternal grandeza con delicada dulzura. Tiene un escrúpulo de conciencia: su matrimonio no ha recibido la bendición católica. Aunque Francia le haya dado el título de emperatriz ya, sabe que ante Dios no es sino la concubina de Napoleón. El papa lo arregla todo, y esta vez el sorprendido es Napoleón: en una ceremonia íntima, en el Palacio de las Tullerías, el cardenal Fesch bendice la católica unión de Napoleón y Josefina. Y viene la fiesta esplendorosa. La más grande que París haya conocido en su historia. Ahí está Francia entera. Las señoras, desde las dos de la mañana, sin dormir en toda la noche, en manos de los peluqueros. Los diez mil jinetes de la guardia. Uniformes, medallas, casacas de oro, diamantes. La carroza de las cuatro águilas imperiales sosteniendo la corona. Cañonazos, bandas militares, orquestas que siguen momento a momento la coronación. Y el papa en París, ciñendo de oro las sienes del aventurero de Córcega. Y Josefina, bella como una diosa, con suavísimo toque de canela antillana. Las hermanas de Napoleón palidecen de envidia, ira, celos. ¡Tendrán que llevarle la cola! Ha sido preciso, para doblegarlas, que Napoleón se los ordene con más imperio del que ha puesto en las batallas. Y con todo, poco falta para que hagan dar traspié a la emperatriz. Las muy ruines le dejan a Josefina cargar todo el peso del manto. Sembrado de abejas de oro, el enorme paño de terciopelo, con su vuelta de armiño, sólo puede arrastrarlo una criolla brava que se haya criado con leche al pie de la vaca y plátano verde asado. Pero Josefina, de 41,

años parece de 25. Jamás se vio más hermosa. Las manos del emperador son dos caricias de amor cuando colocan sobre su cabeza la linda corona de diamantes. En la mayor altura de su gloria, Napoleón parece repetir en el gesto de la coronación aquellas demostraciones que quedaron ardiendo para siempre en sus cartas como incensario de devoción a Josefina: «Mi alegría es estar cerca de ti... Tus cartas son la alegría de mis jornadas...Te envío mil besos tan ardientes como mi corazón, tan puros como tú...». Josefina ha sido liviana con Napoleón, pero, en este instante, y si hay algo hermoso en la coronación, es que parece un renacimiento del amor.

Dejemos a la criolla en Notre Dame y volvamos a los negros de Haití. Napoleón no ama a los negros. Como esclavos, está bien: se les puede querer como a los perros, como lo hacía Josefina en su infancia. Pero el negro alzado sólo sirve para bajarle la cabeza. Al general Dumas, padre del autor de *Los tres mosqueteros*, Napoleón le releva del comando de las tropas sólo por ser hijo de una negra de Haití. Su primer impulso, al ser primer cónsul, es frenar la loca carrera de los seguidores de Toussaint. Pero fuera de que la guerra con la Gran Bretaña le hace imposible proceder sobre Haití, quienes de allá vienen le aconsejan cautela. Resuelve enviar a unos comisionados con una proclama flamante que termina con estas palabras: «Los principios sagrados de libertad e igualdad para los negros no sufrirán ningún ataque ni modificación». El decreto correspondiente a esta proclama confirma a Toussaint L'Ouverture como general en jefe del ejército y ordena

que en las banderas de la isla se inscriba esta leyenda: «Negros valientes: recordad siempre que sólo el pueblo francés ha reconocido vuestra libertad y vuestra igualdad de derechos».

Toussaint recibe a los delegados, pero no le satisface la forma en que ha procedido el primer cónsul. Ha debido dirigirse a él personalmente. Por esta sola razón no cumple sus deseos de inscribir en las banderas las palabras propuestas. No quiere Napoleón que Toussaint haga la guerra contra los españoles, pero Toussaint la hace porque quiere establecer un dominio completo sobre la isla. Por último, Toussaint, que tiene ya lista la nueva Constitución de la isla, la hace pasar en limpio, se la entrega al comisionado francés de Napoleón, y le dice: «Os ruego regreséis a Francia para que pongáis en manos del primer cónsul la Constitución y esta carta personal mía». La Constitución misma dice que Toussaint deberá enviarla al gobierno francés para su sanción, pero agrega que vista la ausencia de leyes y la urgencia de un sistema, se invita a Toussaint por el voto unánime de los habitantes de la isla a ponerla en ejecución; al propio tiempo, declara a Toussaint gobernador vitalicio de la isla, debiendo él nombrar su sucesor en un sobre lacrado que sólo se abrirá el día en que él muera. Observa el comisionado que en la Constitución se olvidaron dejar un sitio para las autoridades francesas. «Francia —responde Toussaint— enviará a sus comisionados para que hablen conmigo». «Como se ha aprobado, tendría que enviaros ministros o embajadores, como pudieran hacerlo los americanos, españoles o ingleses...».

En la carta a Napoleón, le dice Toussaint: «Ciudadano Cónsul: tengo la satisfacción de anunciaros... la Constitución que promete felicidad de los habitantes de esta isla... puesta hoy toda bajo un solo gobierno... La asamblea central me ha suplicado que la ponga en ejecución provisional, como el medio de mover más rápidamente la colonia a su progreso; yo me he rendido a sus deseos. La Constitución ha sido saludada por todos los ciudadanos con transportes de gozo... Recibid mi saludo y profundo respeto...».

El comisionado llega a Francia. Napoleón monta en cólera. ¡No dejará sobre el hombro de negro alguno una charretera! El comisionado le explica el poder de Toussaint y la necesidad de proceder con cautela. Napoleón le responde enviándole deportado a la isla de Elba. Comienza a prepararse la guerra. Josefina ayuda a Napoleón en una correspondencia que sostiene por un tiempo con Toussaint a propósito de una plantación de la familia. Josefina la pone al cuidado de Toussaint, y Toussaint, que le va rindiendo cuentas, de paso le ruega le envíe la emperatriz a sus hijos. Josefina atiende con ternura a los muchachitos, pero no se los devuelve: son la prenda viva que Napoleón aprovechará en el momento oportuno. En cuanto termina la guerra con la Gran Bretaña, Napoleón anuncia la expedición contra Haití: «Los esclavos han ultrajado la majestad de Francia: tenemos que vengar el honor nacional».

Para que se conozca en su verdadera magnitud, la expedición se prepara en los puertos de Francia, España y Holanda. Es más grande que la que Napoleón mismo condujo a Egipto. Da gusto ver al primer hombre de Francia

reuniendo las fuerzas de los países aliados, preparando naves, amontonando municiones, para matar al negro como quien mata a una cucaracha. «Las mejores tropas de Francia, los soldados de Jourdan, de Moreau, de Hoche, de Bonaparte, vencedores en Alemania, en Italia, en Egipto, se movían a marchas forzadas hacia los puertos del Mediterráneo y del Atlántico. Francia no ha visto nunca un despliegue igual de fuerzas navales. España y Holanda, aliadas, entregan sus contingentes...». En dos años, Francia envía 10.000 hombres a Haití.

Al frente de la expedición va el general Leclerc. No es sólo uno de los buenos generales de Francia: es cuñado de Napoleón. Paulina Bonaparte, su mujer, ve la expedición como la conquista de un reino para ella. Napoleón Bonaparte en Francia, Paulina Bonaparte en América: he aquí una división fraternal del mundo. En su nave, donde también viene Jerónimo Bonaparte, el hermano menor, se llevan tapices, muebles, cuadros, músicos, artistas, bufones... y los hijos de Toussaint. El emperador les ha llamado, les ha ofrecido un gran banquete en su palacio, les ha regalado lindos uniformes, les ha dicho: «Francia dará a vuestro padre protección, gloria, honores: vosotros le llevaréis el mensaje de mi amistad». Al mismo tiempo, da al general Leclerc las instrucciones secretas de la campaña, para que todo se haga de acuerdo con el plan. La acción comprenderá tres periodos. En el primero, se harán a Toussaint las más amables promesas, se confirmará en sus grados a todos los negros, no se hará daño a nadie, y sólo se procederá contra los que alcen en armas; en el segundo,

se perseguirá a muerte a los rebeldes, y aunque se conserve en sus rangos a los oficiales y a Toussaint mismo, se les acreditará todo cuanto sea posible; en el tercer periodo, se embarcará para Francia a Toussaint, Dessalines, etcétera: si resisten, se les seguirá consejo de guerra y se les ejecutará en veinticuatro horas; si ayudan a la pacificación, se les enviará con sus grados a Francia. Las instrucciones están escritas de puño y letra de Napoleón, y así se conservarán en el archivo de París.

Toussaint vio venir la guerra a tiempo. Alcanzó a comprar 30.000 rifles. Sus agentes le han anunciado la expedición, pero ignora su magnitud. Cuando, desde un cerro, ve llegar la caravana de naves, «¡Francia entera se vino sobre nosotros!», grita aterrado, pero enseguida toma su caballo y va a organizar la resistencia. A no dejar entrar ningún barco. Primero el fuego y la muerte que la esclavitud. Los correos se riegan por toda la isla. Leclerc ha planteado un desembarco simultáneo por muchas partes de la isla, y él se dirige a Cap François, el París de las Antillas. Paulina alista sus tocados. Un mensajero es enviado adelante para que requiera de Christophe, el gobernador local, organice la solemne recepción. El antiguo criado del hotel de Cap recibe al delegado de Leclerc en su palacio, que es toda una señorial mansión. Le festeja en su mesa, sirviéndole en vajilla de oro. El delegado queda perplejo al ver el fasto. «No estoy autorizado para recibir al general Leclerc —dice Christophe—: tendré antes que consultar al gobernador Toussaint». Apenas puede imaginar Leclerc la respuesta que le trae el delegado. Lo devuelve

para explicar que no podrá excusar dilaciones, y para que, de paso, deje caer en el camino la proclama de Napoleón, que las gentes empiezan a conocer. El alcalde, que la ve, la hace leer del pregonero. En la ciudad, las opiniones están divididas. Pero Christophe sabe qué debe hacer. Amable, con esa prodigiosa gentileza de quienes alguna vez han sido lacayos, no dice sino palabras finas al delegado de Leclerc. Pide cuarenta y ocho horas de espera, que será lo más que se demoren en llegar las instrucciones de Toussaint. Y mientras esas horas pasan distribuye a su tropa con órdenes claras. Toda la población debe evacuar la ciudad e irse a los montes. Cada soldado tendrá una antorcha lista. Cuando Paulina Bonaparte y su marido el general entran, ya la cortina de fuego va por los montes: la ciudad es un tapete de cenizas.

Se precipita la guerra. Leclerc va envolviendo y estrechando a Toussaint en un círculo que metódicamente forma con sus tropas. Los rebeldes se defienden como héroes o como bestias entre los montes, pero llega el instante en que Toussaint está metido entre el anillo mortal. Entonces los negros fingen un ataque concentrado en un lugar, las tropas de Leclerc corren a reforzar ese punto, y por la brecha que deja débil, Toussaint y los suyos salen en tropel y hacen una perfecta retirada.

Son largas jornadas, meses de tediosa lucha, en que las napoleónicas tropas sufren lo que no sufrieron jamás del otro lado del Atlántico. Hay un momento en que logra establecerse un contacto de correspondencia entre Leclerc y Toussaint. Le envía de mensajeros a sus propios hijos,

con palabras de amistad, y la carta personal de Napoleón para el negro, una larga carta llena de consideraciones y respetos. Toussaint la lee, y con toda calma y gentileza responde enviando al diablo al general de Napoleón. Si las intenciones de Francia son las de esta carta, ¿por qué, entonces, han entrado en son de guerra y han matado a los haitianos que han matado?

A la lucha sin término viene a sumarse para Leclerc la fiebre amarilla. Leclerc escribe a Napoleón pidiéndole nuevos ejércitos: no ha sido tan fácil aplastar la cucaracha. La isla está bañada en sangre. Quizá sea mejor optar por la diplomacia. Leclerc empieza a negociar separadamente con los generales de Toussaint, haciéndoles las más solemnes e ilimitadas ofertas, en bien de la paz y de un pueblo donde todos deben ser hermanos bajo la gloria común de Francia. Y triunfa. Se le van entregando generales. Llega un momento en que Toussaint ha perdido el control de su estado mayor y no le queda más camino que aceptar esta paz peligrosa. Viene una serie de cartas, embajadas, propuestas, siempre Leclerc prometedor y abierto. Toussaint acaba por aceptar entrevistarse con Leclerc para terminar la guerra. A lo largo del camino por donde él avanza, la muchedumbre le rinde un tumultuario homenaje de cariño. Es el héroe indiscutible de su pueblo. Banquetes, discursos. Tedéum, procesiones, paradas. ¡La paz!, cantan gozosas las campanas. Toussaint la acepta, pero con su total retiro de la vida pública. Se irá a su hogar, para gozarlo en paz después de tantos años de lucha: quiere a su mujer, adora a sus hijos. Se despide de las tropas. Por las

caras salvajes de los soldados ruedan lágrimas, y las manos que han hecho relámpagos con los machetes tiemblan de emoción. El hombre se va, por los caminos del monte, a su casa. Como si fuera a reanudar el diálogo con las yerbas.

Cuando todo está quieto se tiende la celada. Es una conferencia a la que el general Brunet ha rogado a Toussaint que asista. Todo como en una luna de miel. Toussaint no puede excusarse. Los dos empiezan a conversar cordialmente; Brunet le ruega excusarle un momento, sale a la oficina inmediata, y entran de golpe por todas las puertas los soldados que intiman la rendición de Toussaint. En la misma fragata en que se despacha a Toussaint a Francia, Leclerc escribe pidiendo envío de tropas. El ilustre cuñado se quedará sin saber el final de las historias, para su eterno descanso. La fiebre amarilla, a poco, se lo lleva. Paulina, viuda ahora, muy desmoralizada, regresa a Francia como amante del gallardo general Humbert. En su justo furor, Napoleón expulsa a Humbert a Inglaterra, de donde él se fuga para Estados Unidos, por precaución. Jerónimo Bonaparte también queda sumergido en la muchedumbre democrática de los Estados Unidos. A Toussaint se le prepara la prisión más segura que hay en toda Europa: el castillo de Joux, que un caballero ofendido construyó desde tiempos de las cruzadas para encerrar en él a su mujer infiel. Allá va a dar Toussaint. Muere en menos de un año, gracias al cuidadoso esmero que en destruirlo ponen sus carceleros. Así, cogido a traición, muere el hombre a quien no pudieron vencer ni Inglaterra, ni España, ni Francia, ni Napoleón. Quizá no ha sido él un hombre sino un pueblo. El hecho

es que sigue, desde el otro mundo, luchando. Su sombra anda suelta por los montes, como cuando en las noches de sus desvelos soñadores, galopando, en las herraduras de sus caballos voladores, los negros oían cantar la libertad. Francia no deja en Haití sino montañas de cadáveres. Tras Leclerc, viene Rochameau, y capitula. El balance final deja 60.000 muertos en contra del ejército francés. Ha sido la campaña más costosa de Napoleón. Para nada. Desde el principio de su lucha, los de Haití han perdido 150.000 vidas.

Dessalines se hace emperador. Se le corona con el nombre de Jacques I. Cuando Francisco Miranda, el precursor de la revolución en Sudamérica, pasa por la isla, le acoge con cariño y le da una fórmula segura para acabar con los españoles: cortarles la cabeza y quemarles las casas. Jacques es emperador porque, si Napoleón lo es, él no tiene por qué ser menos. No crea nobleza, porque sólo él es noble. En cada punta de los cerros hace construir una fortaleza. Muere asesinado. Y viene enseguida Christophe: se corona rey; toma el nombre de Henri I. Los joyeros de Le Cap le hacen la corona, el cetro y la mano-de-la-justicia: tres piezas maestras de orfebrería. Se construye una iglesia para el solo efecto de la coronación. Pasada la coronación, se destruye. Henri crea nobleza con príncipes de la sangre, duques, condes y barones. Los patronos de las monarquías europeas parecen hechos a propósito para satisfacer el gusto africano. Henri se hace construir doce palacios: el de Sans Souci es tan imponente como el mejor castillo francés.

Por inevitables disensiones, la isla se divide en una república, que manda Pétion, y el reino de Christophe.

Pétion es ilustrado, tuvo oportunidades para educarse, y en su gobierno es liberal y magnánimo. Personalmente es modesto. Ama la libertad. Ofrece a Bolívar su apoyo, cuando Bolívar, derrotado en las Antillas, más lo necesita. Con los negros de Pétion y puñados de blancos, el Libertador avanza sobre Venezuela: es un momento decisivo en sus luchas, y quiere recompensar en alguna manera a Pétion. Lo único que este acepta, y lo único que pide, es la libertad de los esclavos de Venezuela. Bolívar se la ofrece, y cumple.

En Haití todo gira en torno a la amenaza de una segunda campaña napoleónica sobre la isla. Para quienes han conquistado la independencia a costa de tamañas luchas, la perspectiva es de vida o muerte. El rey hace que trabaje todo el mundo, hasta los viejos, las mujeres y los niños, de día y de noche, en los montes y en los pueblos, montando fábricas de ladrillos, arrancando piedras de las rocas y labrándolas, trayendo vigas de lugares distantes, trepando cañones, izándolos por las empinadas cuestas, para levantar una fortaleza de tales proporciones que pueda alojar buena parte de su pueblo y resistir un sitio de meses y años, de tales muros, sobre tal eminencia de los montes, que nadie pueda abatirla ni tomarla. *La Citadelle* llega a considerarse como la octava maravilla del mundo, y si se toma en cuenta el valor humano de la gigantesca estructura, que es sólo insignificante testimonio del fuego sagrado que en levantarla pusieron estos locos enamorados de su libertad, no hay exageración en decir lo de la octava maravilla. Quizá podría irse más lejos, y decir que es la primera maravilla de la libertad.

«Cuando desembarque el ejército francés —dicen las instrucciones de Christophe— todas las ciudades, burgos, casas, manufacturas, y cualquier otro establecimiento situado en la llanura, quedarán incendiados completamente para quitarle al invasor toda clase de refugio contra la influencia del clima; toda la población se moverá hacia las montañas; los puentes serán cortados y destruidos; los diques de los ríos y sus afluentes, y los de las lagunas, serán también destruidos; las aguas, vertidas sobre las carreteras, y todas las carreteras interrumpidas; las reses y el ganado caballar llevados a los lugares más recónditos e inaccesibles; los carros, coches, volantas y todos los demás objetos, sin distinción, que pudieran servir de recurso al enemigo, destruidos y puestos fuera de estado de serles útiles en manera alguna, para que no encuentren al desembarcar sino escombros y ruinas, un terreno devastado en todos los lugares en que las ciudades, los burgos y las casas existieron...».

Sobre el pico de La Ferrière, por siglos, podrá verse *La Citadelle*, como una superación de la montaña, sus muros a plomada sobre el abismo, con sus 200 metros de longitud, 150 de anchura, 87 de alto. La idea de Christophe es hacer de *La Citadelle* una fortaleza y un refugio. Almacena comida, drogas, armas para que 15.000 hombres puedan resistir un sitio de un año dentro de sus muros. Catorce millones de libras de café, ocho de algodón, y lo mismo garbanzos, arroz, maíz, sal, se acumula en sus sótanos, y cada tres meses se renueva. Se ha ideado un complicado sistema de cisternas para conservar el agua, y se han hecho

cañerías para conducirla por entre los muros que tienen en la base cuatro metros de espesor: 300 cañones la defienden. 40.000 fusiles y sables y machetes y balas y toneladas de pólvora están ahí esperando la acometida de Napoleón.

Se exageran las intenciones de Napoleón: él ha aprendido bastante en estas guerras remotas, donde no hay ejército europeo que se enfrente al hombre negro y a la fiebre amarilla. Unos años antes, cuando soñó en reconstruir el imperio francés en América y obtuvo de España la devolución de Louisiana, pensó en convertir a Louisiana en un campo de aprovisionamiento para enviar a Haití víveres, ganados y maderas que mantuvieran la isla como la flor de las colonias francesas. Entonces, farolón y retórico como siempre, decía: «Francia no puede resignarse a una existencia inerte, a esa tranquilidad estacionaria con que Alemania o Italia se contentan: los ingleses responden con el desdén a mis ofertas de paz; pues bien: yo haré de Haití un vasto campamento y tendré allí, siempre listo, a mi propio ejército para llevar la guerra hasta sus mismas colonias». De estas palabras no quedan sino cenizas. Napoleón renuncia a Haití y vende la Louisiana. Cuando convoca a sus ministros para discutir la venta, sólo tiene una frase que resume sus ideas. «Cincuenta millones y ni un centavo menos». Hay un ministro valiente que se atreve a discutir el proyecto, que muestra lo que puede ser Nueva Orleans en el futuro, frente, dice, a Panamá, que será la llave del comercio en el porvenir: si Francia conserva la Louisiana seguirá siendo un árbitro en los destinos del nuevo mundo. Napoleón sólo quiere vender. «Cincuenta millones y ni

un centavo menos». Robusteciendo, argumenta, con esa tierra a los Estados Unidos, «vamos a crearle un dolor de cabeza a Inglaterra. Y, en todo caso, yo necesito cincuenta millones para la guerra».

Los negros de Haití, que tienen, como el ron, un diabólico poder en las entrañas, y ríen al fondo de la comedia, con sus dientes blancos como carne de coco.



LIBRO CUARTO

EL SIGLO DE LA LIBERTAD

A la memoria de Tomás Rueda Vargas

▪ PREFACIO

CUANDO ENTRA EN LA ESCENA el siglo XIX todo está preparado. El pueblo ha empezado a sacudir las cadenas, sabe cómo se hace la guerra. Los criollos conocen todas las filosofías que en Europa han proclamado los hijos de la revolución. Los derechos del hombre enseñan al individuo que hay en él una soberanía irrevocable. *El contrato social* da fórmulas concretas para hacer repúblicas. Los blancos tienen en Norteamérica su federación; los negros, en Haití, su reino independiente. Los burgueses han hecho en Francia su república. Por las aguas del Caribe empiezan a cruzar esas siluetas gallardas, heroicas, de los Mirandas y Bolívars. El cura Hidalgo da una campanada en México que hace conmovir hasta las piedras de la vieja catedral.

La América española es una emoción sin fronteras. Los ejércitos corren sin freno por todo México y Centroamérica, y desde Venezuela hasta Chile, desde la Argentina hasta el Perú van movidos por una palabra mágica: Libertad. Una palabra que entienden todos: los indios, los criollos, los negros, los pobres, los ricos.

Y los pueblos pierden la cabeza, y sienten que les brinca el corazón. La ebriedad de la victoria, el júbilo que se expresa en esas expansiones líricas del romanticismo, hacen imposible sujetar a ningún orden estas repúblicas que durante tres siglos han estado encogidas y humilladas. La América es todavía, y lo será por cien años, una tupida floresta, una llanura que no ha sentido el roce de las ruedas, donde los jinetes volarán, porque el aguardiente les clava las espuelas, y hay un gusto espectacular por la proeza. Son cosas de la libertad.

Desde España se ve este nuevo aspecto de nuestra América a veces con curiosidad, a veces con horror. El viejo mundo hace demasiado el señor, la academia, el preceptor, el importante. Al principio, Bolívar o Miranda se pasean por las cortes de Europa arrastrando la admiración de las gentes. Luego, ante el pródigo espectáculo de nuestras guerras civiles, se empieza a hablar con insistencia de «los países salvajes de la América Española». Por último, hay un notorio deseo de meter al Nuevo Mundo dentro de la órbita de la latinidad, o dentro del puño del imperialismo. Hacer una América Latina, o una semicolonía.

Pero todas las intemperancias, locuras, guerras, epopeyas, aventuras, novelas, poemas del siglo XIX, dejan algo indestructible y profundo en el espíritu de estos díscolos cachorros de la América: el amor a la libertad.

Al fondo, atrás, queda una historia turbia y caótica, como son todas las historias verdaderas. El pueblo que la ha hecho es un pueblo en donde hay de todo. Si fuéramos a quitarle sus manchas a la historia de América no quedaría

en nada. Porque todo eso que hay de negro en nuestra vida es el carbón de donde brotan nuestras llamaradas. En el siglo XIX hay más barbarie en América, si esto es posible, que en el propio siglo XVI, que fue el de la conquista. A veces los caballos brincan entre charcos de sangre. La guerra a muerte de Bolívar es de una ferocidad absoluta. La reconquista de Morillo, más feroz aún.

Llegamos a la conquista de la libertad por la violencia. Del mismo modo que ahora buscamos la justicia con pasión. Nuestro destino, por las circunstancias en que la historia ha venido colocándonos, ha tenido que aceptar un planeamiento dramático de la vida. Las escenas del siglo XIX quizá no se repitan, pero hay que verlas como han sido, para sentir esa emoción peculiar de nuestra historia que va siempre bordeando los abismos.

Un siglo que empieza en el mar Caribe con Bolívar, y que en el mismo mar se cierra con José Martí, tiene que quedar en la historia de la humanidad como lámpara de claridad inextinguible.

*Tell your commander I found the principal
of this gang so and old offender, and so very
bad a man, that I have saved him the trouble of
taking him to the United States. I hung him myself.*

LAFITTE

▪ LOS ÚLTIMOS PIRATAS

SON LOS ENEMIGOS DEL género humano, *Hostes humani generis*, dice el capitán Johnson en su historia de los piratas. Con la bandera negra en el palo mayor, decorada con la clásica calavera y las canillas, sus barcas siniestras levantan la proa entre espuma de sangre. Su leyenda es la leyenda del Caribe. Ante su solo nombre tiemblan en La Habana los españoles, en Kingston los ingleses, en Martinica los franceses, en Curaçao los holandeses, en el mar los marinos, en tierra los ricos, y hasta en la sombra de los montes las mujeres, los frailes y los niños. En tiempos de la reina Isabel se empezaba siendo pirata: se terminaba de almirante del reino. Pero llega el momento en que los ingleses se sienten víctimas de su propio invento. El reino pierde más buques y dinero en manos de los piratas que en las de franceses y españoles reunidos. Y el rey termina lanzando su célebre decreto de persecución a los piratas, en que sólo ofrece el real perdón a quienes con humildad lo demanden antes del 15 de septiembre de 1718. De esa fecha en adelante tendremos pelea contra los piratas para cien años.

El capitán Teach, Barba Negra, que ha sembrado de pavor las Antillas, se presenta compungido ante el gobernador de Carolina del Norte: el gobernador le concede la real gracia. El pirata, reformado, se casa con una niña de dieciséis años. El gobernador es testigo de esta edificante unión, y del fondo de su ánima conmovida, dice: «¡Salud y vida nueva!». Barba Negra entra a su buque, y al poco tiempo el manto de terror cubre todo lo largo del río. En las aldeas, desde los campanarios; en el río, desde la cubierta de los buques, las gentes espían atemorizadas, esperando a cada instante ver las barbas de este escocés singular que trae más calamidades a estas gentes, con sus barbas, que cometa alguno haya anunciado en los cielos. Son unas barbas larguísimas, que el pirata se peina con cintas. Lleva encendidas unas mechas bajo el ala del sombrero, que dan aspecto más diabólico a su cara y sirven para tener listo el fuego para las pistolas. A veces el diablo va en la tripulación de su nave. Suben noventa en el puerto, y cuando van a hacer la cuenta encuentran noventa y uno. Noventa se cuentan a los pocos días. El Pata de Cabra sube al barco y baja de él, nadie sabe cómo, nadie sabe cuándo. Y así, entre verdades y leyendas, sólo se descansa el día en que le prenden y cortan la cabeza, y la cuelgan como farol de victoria al palo mayor de una nave. Aún en las noches, suele flotar sobre los montes la barba como el cometa negro. Los hombres que nacieron piratas, piratas tienen que morir.

En la isla de Providencia, en las Bahamas, suelen hacer su cuartel. En la historia de los piratas —vaya usted a averiguar por qué— la gran mayoría resultan ser venidos de

Escocia. Sus robos se extienden a Cuba, México, Martinica, Cartagena. Para ellos, lo mismo es que el barco sea español, francés o inglés. En los años que siguen al decreto del rey de Inglaterra, quienes más duro pagan la cuota son los ingleses. El rey mueve su justicia con diligencia: sus barcos también rondan todo el Caribe. Los piratas no les temen y llegan en sus hazañas hasta las costas de África. Les gusta vagabundear sobre las olas. A veces, la justicia logra pequeños triunfos. En Charleston, en Nueva York, en Jamaica, suelen celebrarse juicios, que terminan como es debido. Un día, en White Point, cerca de Charleston, el pueblo tiene la satisfacción de ver 24 piratas colgando de los árboles. Son los compañeros del capitán Bonnet. Todas, gentes de Aberdeen, Bristol, Dublin, Glasgow. Los pobres han hecho cuanto ha estado a su alcance para que Stevenson tenga buenos modelos con que llenar su *Isla del Tesoro*.

Pero, claro, los hay de todas las naciones. Jamaíquinos han sido no pocos. Algunos neoyorquinos. Y españoles, como don Pedro Gibert, un catalán hermoso que las mujeres encuentran el más seductor de los hombres con sus grandes ojos negros, sus dientes como dos hileras de perlas, el pelo como ala de cuervo, la ancha frente desafiadora. Sale de La Habana cierto día. Desde el Castillo del Morro se ve su vela galana correr por las sabanas verdes del mar. El primer buque que se cruza en su camino es el Mexicano, que viene de Massachusetts, de Salem. Gibert no deja nada que no atrape: los barriles repletos de monedas, los dos relojes de oro. Y al África va a dar. Se hace amigo de un rey negro, entierra en la arena las monedas, compra mucho

marfil, tortugas de carey, aceite de palma y esclavos. Pero hasta allí van persiguiéndole los ingleses y le atrapan. Le llevan a Boston para el juicio. Son doce los piratas. Con Gibert están Francisco Ruiz, Bernardo de Soto, Antonio Ferrer... La defensa hace cuanto puede por salvar al menos a Bernardo de Soto y al pobre negro cocinero. Bernardo de Soto, en una ocasión, con su arrojo, salvó a setenta americanos. «El sultán de Turquía —dice el defensor— puede meter en talegas a unas cuantas mujeres y arrojarlas al Bósforo sin que esto dé para una hora de comentarios en Constantinopla. Pero aquí no: aquí la vida tiene un valor: Pensad...». Y en esto llega la mujer de Bernardo de Soto, que ha navegado desde Barcelona para salvar a su marido, que se postró de rodillas ante el presidente Jackson, y que con su gesto le arrancó una carta de perdón. Escapan de ser colgados el negro cocinero y Bernardo de Soto. «Morimos —dice Gibert— como valientes españoles». El cura Varella, que los despide, en cuanto les ponen el lazo al cuello para izarlos, dice: «Españoles, subir al cielo».

Los piratas de La Habana embisten a todo buque americano que encuentran, porque están estorbando la trata de negros. Así cogen al capitán Johnson, que iba camino de Boston: le despojan del reloj de oro, de las dos cajas de tabaco. Al capitán Lincoln, cuyo buque parece una plaza de mercado, le roban harina, carne de puerco, manteca, pescado, cebollas, papas, manzanas: cosas que se exportan de Boston para Cuba. Como en los buques andan revueltos piratas franceses, portugueses, españoles, escoceses, a la hora del asalto izan la bandera que les viene

en gana, cuando no se contentan con la negra. Al capitán de la nave americana le asaltan bajo la bandera de México. «Me entrego a vuestra bandera mexicana —dice—, que indica honor y amistad, cosas que podemos esperar hasta de los españoles...». Sueltan una carcajada los piratas, se meten en la bodega, beben hasta reventar, y ante los ojos pavorizados del capitán preparan la más copiosa cena que ojos humanos hayan visto.

Hay una teoría histórica que dice: se nace pirata, como se nace caballero. Una persona que nace en el corazón de la noble Inglaterra, en el propio Westminster, lo natural es que sea un caballero. Pero Edward Low nace pirata. En la escuela no hace sino repartir trompadas entre sus compañeros. Todavía muchacho, cruza el mar y llega a Boston para tentar fortuna. Viaja a Honduras, a las islas de Barlovento, hasta que en Martinica le cuelgan. Más inquieto es el notable pirata norteamericano Charles Gibbs. Nace en Rhode Island, y sus excelentes padres, que no pueden enderezarle con férula ni consejos, acaban por morir de pena. El muchacho se ha fugado y anda en un barco de guerra. Está en la batalla de Chesapeake, pero no se acomoda a tener superiores. Abre una tienda de granos en Boston, cerca de Tin Top, la taberna a donde van todas las mujeres perdidas y los borrachos de la ciudad. Se hace amigo de todos, les abre créditos en su tienda, pierde lo que tiene y, para resarcirse organiza pillajes que le llevan desde la Florida hasta Buenos Aires. En Buenos Aires se casa. Se cuenta que ha alcanzado a matar a cuatrocientas personas. Vuelve a La Habana, a Nueva York, y como lleva entre el

bolsillo \$ 30.000 parece un caballero. Entonces estalla la guerra entre el Brasil y la Argentina, año 1826. Ofrece sus servicios a la Argentina y se presenta ante el almirante Brown en Buenos Aires. Le incorporan a la tripulación del barco 25 de Mayo. Cuenta Gibbs que el almirante le dijo: «Lo que no quiero es cobardes en la marina». «Por mí no tenga cuidado», le replicó Gibbs. E hizo una buena campaña. Sabe de la guerra entre Francia y Argelia: se va a ofrecer sus servicios al rey. Llega al desierto, ve las arenas, y dice: «Esto no es para mí». Y regresa. «Me divertí viendo las ruinas de Cartago y acordándome de la guerra que tuvieron con los romanos». Al fin llega a su centro: a Nueva Orleans. Despliega toda su actividad, con éxito. Un día, en el asalto a un barco, mata al capitán y se va con un barril de dólares mexicanos. Al fin, le agarran, y en Nueva York sentencian así: «Colgarlo hasta que muera, y regalar el cadáver para el colegio de médicos y cirujanos».

Pero la flor de la piratería está en Nueva Orleans. Es el *rendez-vous* de los contrabandistas, el Versailles de los reyes de la bandera negra. Cuando Jean Lafitte se pasea por la Plaza de Armas, en Le Vieux Carré, detrás de sus ojos atrevidos, de su hermoso mostacho, de su abundante cabellera castaña, se van las miradas de las cuarteronas, de las blancas, del pueblo. Es un señor magnífico, que brilla primero en la Ópera, que en los bailes y en la mesa de juego no puede dejar de verse sin pensar: ¡Y este es Jean Lafitte...!

Nueva Orleans es el mercado natural del contrabando. Las colonias de Inglaterra, Francia, España, la naciente república de los Estados Unidos no pueden defenderse de

los temerarios y hábiles negociantes que se deslizan por los canales del Mississippi. Cada isla es un campamento misterioso. Parecen jardines flotantes de la leyenda negra, a donde gustosos acuden colonos y mercaderes de muchas millas a la redonda, para comprar en los remates de Jean Lafitte mercancía robada a las naves españolas. Inglaterra se ha apoderado de las islas de Guadalupe y Martinica, y ha restringido la importación de esclavos, y los hacendados del sur tienen que ir a la isla principal del pirata a procurárselos: a Barataria. Barataria: es curioso ver en lo se ha convertido la fantástica gobernación de Sancho Panza... Lafitte vende sus esclavos pesándolos: a dólar la libra.

Nueva Orleans tiene cosas de gran mundo. Es cierto que a veces, en los finos trajes de brocado que llevan las damas, se ven gotitas de sangre: no puede esperarse que se haga el despojo de un barco sin que alguno salpique. Pero es la primera ciudad cuyos salones van vistiéndose de espejos, alumbrándose de enormes arañas de cristal, adornándose con hermosos muebles de estilo. Mucho más hermosos que los bailes de las blancas son los de las cuarteronas. Los viajeros de Europa llegan atraídos por la fama de estas, en donde las hijas de las mulatas suelen ser de una belleza que seduce a los más exigentes caballeros de la otra orilla del Atlántico. Las cuarteronas despiertan a tal extremo los celos de las blancas que el gobierno tiene que dictar una ordenanza prohibiéndoles usar ciertas prendas de lujo, para que en la Ópera no eclipsen a las señoras de la alta sociedad. Es inútil: la ardiente atracción de estas mujeres desencadena románticas pasiones. Nueva Orleans

es el jardín de los duelistas. No hay noche en que, por los bosques vecinos, no se oigan los pistoletazos de las citas de honor, o alumbre el relámpago de los sables. Siempre por causa de alguna cuarterona. En el cementerio son innumerables las piedras en donde se lee por todo comentario: «Cayó en un lance de honor».

Es curioso ver la velocidad a que Nueva Orleans se pule, acicala y adquiere un singularísimo carácter. Tiene un orgulloso señorío, como el de los caballeros que alternan la azarosa lucha del mar con los buenos modales de los jugadores del club. Empinadas fórmulas sociales nacen del escrupuloso sentido del honor que tienen los tahúres. Hay gestos galantes que se forman en bailes de seda, espejos y buen brandy. Y todo esto, que es producto del margen de ilicitud en que hay que vivir, alternando con la auténtica distinción de esos grandes dueños que están al fondo, en las plantaciones, donde va formándose una aristocracia refinada y pulida, la más culta y ceremoniosa de estas latitudes. La Plaza de Armas de Nueva Orleans parece un rincón de Europa. Los criollos no pueden con la ruda barbarie de los americanos del norte —los Kaintockes, como les llaman. Nueva Orleans va llenándose de historia: es uno de esos lugares en donde le dirán al viajero: Aquí tuvieron preso a Pierre Lafitte, en esta taberna estuvo el general Jackson la víspera de la batalla, o esta era la casa destinada a Napoleón. Todo en la misma forma en que pueden enseñarle a usted las reliquias de Salamanca, Rouen o Canterbury en el otro hemisferio.

Pero, desde luego, el sitio más importante es la vieja herrería en donde Lafitte empezó su negocio. Era el sitio a donde llegaban los hacendados y le decían: necesito veinte negros. Al día siguiente, Jean Lafitte salía con el hacendado por los canales, y en Barataria podría escoger el comprador a su antojo. Lafitte atendía a sus huéspedes a manteles, en servicio de plata, les ofrecía buenos vinos franceses, deliciosos cigarros. Los contrabandistas de Barataria le saludaban como a su capitán. Amparados por su prestigio, su valor, su buena política, todos se sentían seguros. Y la flora de Lafitte no vagaba, así tuviera que atrapar los propios barcos de los Estados Unidos o los de los ingleses.

Lafitte no permite jamás que se le llame pirata. Soy corsario —afirma orgulloso— y mi bandera es la de Cartagena. Las colonias españolas se han levantado contra el rey. Bolívar está haciendo la guerra a muerte. En la Nueva Granada, Cartagena ha sido una de las primeras en proclamar su independencia. Lafitte dice que no tiene patente de corso de la república de Cartagena para atacar a los barcos españoles, y en los contornos de la isla de Barataria no se ven sino banderas de Cartagena.

Llega un día en que Barataria es el terror de los mares. Ya no puede viajar-se seguramente al puerto de Veracruz. Los inmensos paquebotes que bajan por las aguas del Mississippi, empujados por las palancas que los bogas se clavan contra el pecho, navegan en constante zozobra. Un capitán, a quien han robado en el Golfo, llega a Nueva Orleans y a grito herido pone en la plaza, en el atrio, en la esquina, en la calle, en la casa del gobernador, la queja: ¡Piratas! ¡Piratas! Por

debajo, hay otra palabra que le hace eco: ¡Lafitte! ¡Lafitte! Las calles que dan a la plaza están atestadas de gentes. Los de Barataria recogen el murmullo y siguen tranquilos ofreciendo ostras, cangrejos, camarones, en sus puestos de pescadores. Hay indignación y cobardía. De pronto se hace un silencio de pasmo. Gallardos, sonrientes, pasan Pierre y Jean Lafitte por en medio de todos, de los grandes y de los humildes, que se inclinan satisfechos ante este desdeñoso desafío. Nueva Orleans premia la temeridad, el coraje. Los hermanos Lafitte se quitan el guante para saludar a las señoras, se pasan las finas manos por los crespos bigotes, llevan la espada al cinto como puede llevarse un pañuelo en la boca del bolsillo.

Un día el gobernador no puede más. Ha querido limpiar de contrabandistas a Nueva Orleans. Ha pedido al Congreso auxilios una y otra vez, y no se le ha oído. Se siente humillado al ver cómo los Lafitte se le burlan en sus propias barbas. Prepara una trampa judicial. Por su oficina hace desfilar a los vecinos de nota para algo muy confidencial, y tomándoles declaraciones levanta un proceso secreto contra Jean Lafitte. En las esquinas de la ciudad aparecen los avisos del gobernador: 500 dólares de recompensa se darán a la persona que entregue a Jean Lafitte, que ha mantenido un tráfico infame, que no se ha querido presentar a las autoridades, que ha violado la ley... Dos días después, en las propias esquinas donde han aparecido los avisos del gobernador, aparece uno de Jean Lafitte: es copia textual del gobernador, con dos pequeños cambios: que dará 500 dólares a quien le entregue la persona del gobernador, y

firma Jean Lafitte. Nueva Orleans, por segunda vez, celebra alborozada las baladronadas de Jean Lafitte...

Pero alguna vez había de ganar el gobernador. Pierre Lafitte está en la cárcel. Jean brama de ira. Hay en Nueva Orleans dos abogados, que son los mejores de Louisiana y están entre los primeros de todo el país. Son Livingston y Grymes. Livingston ha sido alcalde de Nueva York y abogado del gobierno federal cuando Jefferson. Grymes es el procurador de Nueva Orleans, puesto que deja para encargarse con Livingston del caso de Pierre Lafitte. Pero el gobernador ha comprometido en este arresto todo su prestigio. Los abogados no logran sacar de la cárcel a Pierre. Reciben, sí, los cuarenta mil dólares que por la defensa les paga Jean Lafitte en buenas monedas de oro. Cuando van a percibir sus honorarios, Lafitte les agasaja como un príncipe de Barataria. El exprocurador Grymes, que pasa allí toda una semana, declara no haber estado antes en casa de ningún otro caballero tan gentil como Jean Lafitte.

Llega a Barataria una escuadrilla inglesa. El capitán quiere hablar con Jean Lafitte. Trae cartas de la corona en que se le ofrece una gruesa suma de dinero y un alto puesto de oficial de la marina inglesa, si toma el partido de Inglaterra en la lucha contra los rebeldes norteamericanos. Lafitte tiene a su hermano en las garras del gobernador, sus vínculos con la naciente república son los más lánguidos, no ha tenido otra bandera que la de Cartagena. Lee las cartas muy atentamente. Recibe al inglés con muestras de la mayor cortesía. No hay que olvidar nunca que Lafitte es el gran caballero. Pide un término para contestar: tiene

que hablar con sus compañeros, y en cuanto con ellos se decida el asunto dará respuesta al oficial inglés. Le acompaña hasta el barco, agradeciendo infinitamente las pruebas de aprecio que le da Inglaterra.

El tiempo que Lafitte se toma es para enviar todas las cartas de Inglaterra al gobernador y a un amigo suyo que es diputado en la Asamblea de Louisiana, diciéndoles que como buen americano está dispuesto a ir con toda su gente a la defensa de Nueva Orleans. Sólo pide su puesto en el ejército y que se levante el predicamento en que se les ha puesto a él y a sus gentes. La propuesta es tentadora, pues Nueva Orleans está muy mal en su defensa, y tener un ejército de bandidos es lo mejor a que puede aspirarse para pelear en una guerra. Pero el gobernador no sólo no contesta a Lafitte sino que organiza una expedición militar contra Barataria. Se asalta de sorpresa la isla, se posesiona el gobierno de los depósitos generales en donde la mercancía confiscada sube a cosa de medio millón de dólares, y muchos compañeros de Lafitte quedan prisioneros y van a la cárcel. Lafitte escapa de milagro.

Lafitte, con todo el despojo y la pérdida de su isla, sigue siendo un hombre fuerte. Tiene armas, le quedan hombres. La guerra de los ingleses se viene sobre Nueva Orleans. El general Jackson llega a organizar las defensas y dar la batalla. En el consejo de defensa que él forma están varios amigos de Lafitte. En Nueva Orleans le enseñarán a usted un siglo más tarde, y siempre, una taberna en donde se vendía ajeno. «Aquí —le dirán a usted— Jackson y Lafitte tuvieron su entrevista». Pierre Lafitte escapa de

la cárcel. Todos los de Barataria, con Lafitte a la cabeza, entran a engrosar el ejército de Jackson. Lafitte vuelve a ser el personaje popular. Los testimonios que deja el general Jackson de la batalla son los más lisonjeros para él. El más cercano compañero de Lafitte, Dominique You —que vino a América con la tropa de Leclerc cuando la ofensiva de Napoleón contra Haití—, es uno de los héroes en la batalla de Nueva Orleans.

Cuando se da el gran baile para celebrar la victoria ahí están, con sus levitas de lindos colores, los contrabandistas de Barataria. Pero Jean Lafitte es la atracción de la fiesta. Las muchachas apuntan en sus diarios: Hoy conocí a Jean Lafitte. Las señoras: Jean Lafitte me dijo... O, Jean Lafitte me contó que una vez...

Nueva Orleans vuelve a su vida de siempre. Ópera, bailes de cuarteronas, duelos, jugarretas, cangrejos, ostras, arroz con pollo, cocina criolla, vinos franceses, arañas de cristal, trajes de brocado. En un gran patio enladrillado de la calle de Dumaine, la cuarterona Sanité Dédé hace la reina del Vodú. El Vodú en Nueva Orleans sólo tiene un rival: el de Haití. Nueva Orleans es una gran plaza para los brujos, que venden pelos, patas de araña, uñas de gato, tripas de rana, para ahuyentar espíritus, conquistar corazones, alcanzar la muerte de los enemigos. Se ha luchado para que no sigan introduciéndose negros del Congo, que son los responsables de estas supersticiones, pero siguen entrando negros de todas las denominaciones africanas, y el Vodú es sagrado para los negros. Quitarles a ellos el Vodú es como si le hubieran arrancado a Drake la Biblia de Eduardo VI.

Y los negros se agolpan en el patio enladrillado. Sanité Dédé conversa con la serpiente encantada: el animal saca la lengüecita, delgada como una paja, y contesta con ella a todas las preguntas. Los negros sudan, gritan, cantan, lloran, ríen. Además, tienen su baile en la plaza. Lejos de estos salvajes regocijos, es decir, a tres o cuatro cuadras, se despliega la vida fastuosa de las casas de juego y las casas de placer.

Los héroes de Barataria se aburren. Lafitte piensa fundar un nuevo imperio. Una segunda república de piratas. Se van a Galveston, y en la isla de Campeachy empieza a desplegar el negocio. Primero compra ocho barcos. Luego aumenta la flota. Otra vez el negocio prospera. Lafitte trabaja bajo bandera mexicana, o venezolana, o de Bolívar. Viene un huracán. Arrastra todas las casas de Campeachy. Lafitte vuelve a levantarlas. Es invencible, mientras está en su elemento, que es la tormenta. Pero el siglo XIX avanza demasiado para que los piratas subsistan. Se forma una expedición militar para acabar con la nueva república. El oficial que debe cumplir la comisión se entrevista con Lafitte. Lafitte ve que no hay manera de resistir. «Déme usted dos meses —replica— y le dejaré complacido». «Convenido —acepta el oficial—. Aquí espero». Lafitte va devolviendo su gente a la vida común. Establece a bandido por bandido, donde cada cual quiere. Hasta que la isla, con sus buenas casas de ladrillo, sus grandes depósitos, su real importancia, queda desierta. Los dos meses están cumplidos. Lafitte prende fuego a todo, lo vuela hasta que no queda ladrillo. Su silueta se borra en la leyenda.

Dominique You tiene otros pensamientos. Él se ha quedado en Nueva Orleans, como honrado y pacífico burgués. Es una figura popular y querida. En el Caribe la historia de Napoleón ha quedado cerniéndose en el aire: como enredada en el peine de las palmeras. You, después de todo, y antes que todo, fue soldado de las tropas napoleónicas. Y para él, como para todo pirata, Napoleón es el gran capitán. Ahora los ingleses le tienen prisionero en Santa Elena, y no hay quien no piense en robárselo a los ingleses, libertarlo, traerlo a las Antillas, a Nueva Orleans, una plaza digna de su genio. Gente que sabe lo que dice cuenta que él ha querido venirse para América. El alcalde de Nueva Orleans, que es un millonario, dice: «Yo pago los gastos». Se le prepara una espléndida casa, y se despacha en sigilo la nave que hará la proeza. El último sueño de los piratas es robarse a Napoleón y traerlo a Nueva Orleans. También es el último sueño de Dominique You.

Y las viejas contarán después en voz baja y misteriosa a los niños: «Se lo robaron... El que está enterrado en París es otro: el de verdad está aquí en Nueva Orleans». Y es la verdad: no precisamente porque sus huesos vinieran a caer en estos cementerios donde los ataúdes navegan en lagunas de fango, sino porque el capitán de las águilas francesas hizo su último nido en el corazón de los piratas de Barataria. En la mente del último corsario.

*Cambio mi vida por la cándida aureola
del idiota o del santo;
la cambio por el collar
que le pintaron al gordo Capeto;
o por la ducha rígida que le llovió en la nuca
a Carlos de Inglaterra...*

LEÓN DE GREIFF

▪ ROMANTICISMO, GUERRILLEROS, POETAS Y FILIBUSTEROS

LA REVOLUCIÓN FRANCESA, la Independencia de América, el triunfo de los burgueses sobre los reyes, la emancipación de los esclavos, el imperio de los librepensadores levantado sobre los escombros de la Inquisición, le dan al siglo XIX un atrevimiento sin precedentes. Las juventudes que han estado encogidas dentro de las escuelas dogmáticas tienen la física impresión de que el mundo se abre ante sus ojos. En México, Iturbide pierde la cabeza y se hace coronar emperador con la esperanza de incorporar a México toda la América Central. En el sur, el presidente de Paraguay declara la guerra al Brasil, la Argentina y el Uruguay. Rosas en la Argentina, con sus gauchos alevosos, desafía a Francia. En Colombia se aprueba la Constitución más liberal del mundo para que Victor Hugo la consagre como la conquista máxima de estos tiempos electrizados por una fe nueva en los destinos del hombre. El dictador de Bolivia monta en un burro al ministro de la Gran Bretaña y lo pasea por las calles. Las colonias, al trocarse en repúblicas, planean ambiciosos sistemas. Los políticos de los

Estados Unidos creen que el manifiesto destino de su país les ha de llevar al dominio del mar Caribe, en un incontenible ensanche de las zonas de influencia que domina la política del dólar. El descubrimiento de las minas de oro en California es un golpe de fortuna que convierte los sueños más optimistas en pálidas imágenes de lo que la realidad pone entre las manos de los norteamericanos. Por las praderas del Mississippi vuelan los convoyes, y en Panamá y Nicaragua se improvisan caminos que aseguren la más veloz llegada a California.

Centroamérica se convierte en un campo de luchas religiosas desde el momento mismo en que se piensa en la independencia. Hay dignidades eclesiásticas que están con la república, y dignidades eclesiásticas que están contra la república. Desde el arzobispo hasta el último lego de San Francisco, abiertos en dos partidos, descienden a las piedras de la calle, y vuelan por el aire guijarros, botellas, excomuniones, plomo. Hay revuelo de machetes: saltan brazos y cabezas chorreando sangre. El cura doctor Delgado, de San Salvador, de los precursores de la Independencia, es el primero que se ve en las conspiraciones contra el intendente español, el que redacta los papeles de la Independencia, y no hay junta, tertulia o asamblea revolucionaria que no honre con su presencia y en donde no atice con su palabra. Se enfrenta al arzobispo de Guatemala, que hace cabeza de la reacción. El arzobispo pone todo el poder de su autoridad sobre el platillo derecho de la balanza y, sin embargo, el platillo se alza como si no fueran sino de paja y corcho el báculo y la mitra. Centroamérica no quiere seguir siendo

colonia. La república erige en obispado a El Salvador para recortar la jurisdicción del arzobispo, y consagra obispo al padre Delgado. Viene el cisma. Los frailes no quieren aceptar la Constitución; les amenaza el gobierno y terminan doblegándose sumisos, bajo la bandera de la Independencia, y jurando el código de la república.

Pero a poco, desde los púlpitos, se enciende la discordia. Las mujeres se dividen en partidos y se arremolinan en torno a los pastores. El obispo de El Salvador y el arzobispo de Guatemala mantienen en Roma a sus respectivos abogados. El papa termina fulminando al padre Delgado: «Y habiendo cometido tantas y tan horribles cosas, con toda verdad se te puede aplicar aquello del Evangelio —lo decimos llorando—, que has entrado como ladrón y saltador en el rebaño de las ovejas... para matar y perder... Si supiéramos que en el término señalado para la enmienda del crimen cometido, tú no has satisfecho a la Iglesia... aunque nos causara dolor —para usar las palabras de Crisóstomo—, lloraremos y nos lamentaremos, y nuestras entrañas se cortarán, como que nos privamos de nuestros propios miembros... pero llegaríamos al punto... de pronunciar contra ti sentencia de excomunión». Son palabras de León XII contra el padre Delgado.

Los clericales se pronuncian contra un médico, el doctor Cirilo Flores, vicepresidente del estado de Guatemala. El suceso ocurre en Quezaltenango. El médico busca asilo en la iglesia. Las mujeres se arrojan sobre él, le tiran el pelo hasta arrancárselo, le dan de palos. El vicepresidente se sube al púlpito. El sacerdote saca a Nuestro Amo y pide paz. Las

beatas y los jovencitos más apasionados alcanzan el púlpito. Uno le tira de puntapiés y sigue arrancándole pelo. Al fin le bajan, le sacan de la iglesia y a palos le dejan muerto. En Honduras declara el Congreso que las resoluciones de la Santa Sede no tendrán efecto en el país mientras no reciban aprobación del gobierno. En El Salvador, donde las turbas clericales han quemado la biblioteca del doctor Herrera y los frailes se declaran a favor del imperio, el Congreso clausura los conventos. Las tropas del emperador Iturbide invaden Centroamérica.

Son luchas naturales porque España, ejerciendo durante la Colonia el poder absoluto, no educó a los criollos para gobernarse a sí mismos. En los Estados Unidos, donde los americanos venían gobernándose por sí mismos desde antes de la guerra de Independencia, no pasó nada. En la América española todo tiene que ser tanteo, ensayo, y en el momento mismo en que la masa está caliente todavía con la guerra de Independencia, la reacción tiene metidos sus caballos de Troya, sus quintas columnas, donde más fácilmente puede armarse el alboroto. Hay grandes y nobles ambiciones, proyectos admirables que propugnan los hombres ilustrados, pero que no pueden apoyarse en la turbulencia de un pueblo analfabeto, que no da paz para resolver los problemas internos y que está bajo la influencia de fuerzas exteriores que agitan más de lo justo las aguas ya revueltas. En el Congreso de Guatemala se ordena abrir el canal interoceánico. El doctor Valle, en 1822, propone la Unión Panamericana. Son tributos a la religión del progreso, a la fraternidad americana, que la guerra echa a

perder. Mozarán expulsa al arzobispo de Guatemala y a los sacerdotes turbulentos, que no dejan gobernar. Se ordena vender las tierras de manos muertas. Guerras. Mozarán cae en la revuelta. En Honduras se establecen dos capitales: en León están los liberales, en Granada los conservadores.

En 1822 se declara abolida la esclavitud en Centroamérica, decisión romántica si se considera que en 1823 Inglaterra no ha podido tomar una resolución tan radical, y si además se ve que en ese año, cuando en el Parlamento de Londres se aprueba un proyecto para la abolición gradual, los propietarios de Jamaica dirigen un memorial al rey en que dicen: «Si esta isla ha de ser escenario de un experimento tan temerario, pedimos que no se nos envuelva en sus horribles consecuencias. Si la esclavitud es una ofensa a Dios, también lo es la anarquía, la desolación y la sangre. Que el Parlamento de Inglaterra se haga propietario legal de nuestras propiedades comprándolas, y nosotros nos retiraremos de la isla, dejando libre el campo a la filantropía moderna para que las trabaje». En los Estados Unidos la república está en vísperas de su guerra más sangrienta porque los esclavistas del sur, que en los esclavos apoyan su economía, que con negros han fundado sus haciendas y con negros recogen las cosechas, chocan contra los liberales y humanitarios burgueses del norte, que no tienen un negro en sus campos ni fábricas, y que pueden, sin perjuicio para sus intereses, cantar la libertad.

En Nueva Orleans vive un joven e impetuoso periodista, que se ha graduado en leyes y en medicina, y que cree que la esclavitud es el destino natural del negro, y el

legítimo negocio del blanco. Es William Walker. También cree Walker que el destino manifiesto de los Estados Unidos es tragarse las tierras del Caribe. Además, tiene alma de aventurero y pasará a la historia como el último de los filibusteros. Su mujer muere de fiebre amarilla, y Walker, para ahogar la pena, vuela de Nueva Orleans a San Francisco, donde en vez de la fiebre amarilla aparece la fiebre del oro. Allí hace periodismo y se incorpora en dos expediciones para invadir las tierras mexicanas de Sonora y Baja California y pedir su incorporación a los Estados Unidos, aplicando el mismo sistema con que se redujo Texas a estado de la Unión. Fracasa en estas tentativas, se le sigue un juicio como filibustero, se le absuelve y su nombre empieza a tomarse como el de un adalid.

La oportunidad que enseguida ven los ojos de Walker es Centroamérica. Se puede aprovechar la agitación que reina en los pequeños estados para una penetración. El interés de los americanos es enorme ahora, porque en Panamá y Nicaragua empiezan a desarrollarse ricas empresas de transporte para movilizar a los inmigrantes del este que se dirigen a California. El comodoro Cornelius Vanderbilt, de Nueva York, por ejemplo, ha celebrado con el presidente Chamorro un contrato para establecer el tráfico de pasajeros por el lago de Nicaragua. Los buques de Nueva York llegan al puerto de San Juan del Norte: allí están los buques del comodoro listos para llevar a los buscadores de oro primero por el río, luego por el lago de Nicaragua y, por último, en la orilla del lago les esperan los ómnibus que les dejan en el puerto del Atlántico. El negocio es espléndido.

Las oportunidades en la zona, las mejores. En California y en Nueva Orleans se piensa que ese país de tránsito, en vez de estar dominado por las estúpidas gentes del país, quedaba mejor bajo la bandera norteamericana. Walker propone ir a colonizar en Nicaragua. Con 56 colonos llega a León, se mezcla en la política y en las guerras, se hace jefe del ejército, y cuando menos lo sueñan los centroamericanos, el filibustero Walker, que sólo tiene 31 años, es dictador de Nicaragua. Costa Rica, Guatemala y El Salvador se oponen a Walker, pero él domina en Honduras.

En un principio, Walker se contenta con ser jefe del ejército, gobernador por medio de un presidente títere: don Patricio. Envía don Patricio de ministro a Washington al padre Vigil, que es recibido por el presidente Pierce. Pronto Walker pone a un lado a don Patricio, se hace elegir presidente de Honduras, y a los ocho días de haber prestado el juramento de rigor llega el ministro de los Estados Unidos al palacio presidencial y le dirige estas palabras: «Tengo instrucciones del presidente de los Estados Unidos para expresar a Vuestra Excelencia que mi país ha resuelto iniciar relaciones con este estado». El filibustero Walker, en el libro de sus memorias, deja expreso reconocimiento de la alta idea que ha podido formarse de este excelente ministro americano. Él ha visto con claridad la situación del país, y ha podido obrar sin los estorbos y demoras que en Washington encuentra el padre Vigil, donde los diplomáticos de otros países se han empeñado en crearle mal ambiente. Walker tiene todo un ejército de norteamericanos que ha venido atrayendo. En California sus escritos

han despertado el mayor entusiasmo. No se ven sino nombres ingleses en las altas jerarquías. Walker hace y declara la guerra. Al señor Salazar, adversario suyo, le ahorca un domingo en la plaza, en medio de general regocijo y aprovechando la circunstancia de ser día de mercado, para que el mayor número de personas pudiera disfrutar de un espectáculo tan solemne.

Los fundamentos administrativos de Walker son la fiel expresión de su carácter: hacer que el inglés sea un idioma oficial, lo mismo que el castellano. Que las tierras vayan a manos de los blancos. «Todos los actos y decretos de la Asamblea Federal Constituyente se declaran nulos y sin ningún valor». Pero el punto fundamental es el de la esclavitud. «Las locas fantasías de Rousseau —escribe—, el penetrante sarcasmo de Voltaire, infectaron a los lectores de su tiempo con una especie de hidrofobia —una aversión mortal a la palabra esclavitud. Hamilton y Washington, aunque luchando contra nociones francesas, estaban en cierto modo colocados bajo la influencia de los desvaríos del ginebrino sobre igualdad y fraternidad. Mr. Jefferson no sólo se entregó a las maneras de pensar y sentir de los franceses, sino que aun las acarició como si fueran frutos de la razón y la filosofía». No: Walker está muy por encima de esos tontos. Él sabe lo que la esclavitud significa en el mundo moderno, en el progreso: «En la conservación de la esclavitud —dice— descansan las relaciones vitales entre el capital y el trabajo, porque poniendo al trabajo sobre una base sólida permite a la sociedad inteligente avanzar resuelta a la conquista de nuevas formas de civilización...».

Otro punto importante: Walker confisca las propiedades del comodoro Vanderbilt. Y aquí sí hay las de Dios es Cristo. El comodoro jura acabar con el filibustero. Vanderbilt se une a los ingleses de Belice y respalda a los revolucionarios de Costa Rica. Viene la guerra. Walker se ve perdido en la ciudad de Granada, que resuelve incendiar, pero acaba por entregarse y regresar a los Estados Unidos. En Nueva Orleans y hasta Nueva York se le recibe como a un héroe. Todo el mundo quiere agasajarle, y no encuentra dificultad para hacer una segunda incursión en Nicaragua. Pero esta vez sus éxitos son más fugaces. De nuevo tiene que regresar, y llega a Nueva Orleans, donde se le sigue un proceso que no sirve sino para realzar su prestigio: queda consagrado como el último filibustero. Y hace una tercera tentativa. Pero esta vez lo derrotan los ingleses de Belice y le entregan a las autoridades de Honduras. Walker es ejecutado.

Los amigos de Walker pronuncian encendidos discursos de protesta en los Estados Unidos. En los periódicos se llenan columnas encomiando su memoria. Henningsen, que había sido su compañero en las campañas, publica en un diario de Nueva York, en el *Day Book*, una carta que termina así: «Muy lejos de creer que el espíritu emprendedor que animó a William Walker haya quedado sepultado en la tumba, puedo predecir con toda seguridad que de cada gota de su sangre saldrá otro ardiente cabecilla. Desde el momento en que se tuvo noticia de la muerte de Walker, debida a la intervención inglesa, me he visto inundado de las comunicaciones de hombres activos, impacientes y

deseosos de volar a la escena de la tragedia, como también de personas que se limitan a sostenernos con sus recursos. Contestaré a unos y a otros diciéndoles que esperen y que cuando llegue el día no faltará quien dirija su causa».

Os doy un trono sobre una montaña de oro.

NAPOLEÓN III A MAXIMILIANO

Debo escuchar el dulce cantar de las sirenas.

MAXIMILIANO

▪ EL BAZAR FRANCÉS

FRANCIA Y AMÉRICA... ESTE es el nuevo guion que aparece cuando ya no quedan de España en América sino las colonias de Cuba y Santo Domingo, y en cada lugar se sueña un poco con las cosas de Francia. También en Francia, Lamartine y Chateaubriand reconstruyen en sus lirismos nuestros paisajes, y los herederos de Napoleón piensan que las águilas de Francia podrían intentar otro vuelo para caer sobre estas playas. Los militares hablan de conquistas; los ideólogos, de la América Latina. Victor Hugo llega a ser una figura familiar en los nuevos países: sus barbas estarán en todas las casas como un obligado retrato de fondo, una especie de abuelo poeta. Un retrato de Victor Hugo y un busto de Napoleón, una mesita Luis XV y sobre la mesita la *Historia de los girondinos* por Lamartine, constituyen la sala de recibo en cualquier casa de aldea en la «América Latina». El himno nacional de los borrachos es La Marseillesa. Nuestro primer libro de lectura, *Los tres mosqueteros*.

Pongamos un caso de romance en Nueva Orleans. Y un caso de historia en México.

El romance de Nueva Orleans.

Un rico de Nantes hace fortuna trayendo a Santo Domingo sedas, terciopelo, vinos. Por años y años su nave afortunada y metódica pasará por entre las de los ingleses sin sufrir un abordaje. El capitán tiene sus romances en la isla, su mujer en Nantes, sus morrocotas de oro al fondo del baúl. En Santo Domingo tiene una plantación. Alguna vez llega a Francia con un niño. ¿De dónde lo ha sacado? ¿De Santo Domingo? ¿De Nueva Orleans? El capitán no tiene hijos y adopta a este. Es la historia con misterio que naturalmente debe rodear a un capitán de buque que enriquece entre Nantes y las Antillas. Pero algún día los curiosos empezarán a hacer cuentas: el niño tiene la misma edad que deberla tener el hijo de Luis XVI: el capitán es de los ricos de La Vendée, que siempre fueron realistas. Luego... Cuando el niño se hace grande, siempre rodea de misterios sus orígenes. En toda ciudad de América que se estime debe haber una familia que se considera descendiente del Delfín de Francia. Y así va a pasar con este niño. En cuanto llegue a América, las gentes que le vean tocar la flauta, el violín o la dulzaina, o leer a La Fontaine bajo los árboles, o bailar gavotas, pавanas o minuetos, no podrán dejar de pensar en el Delfín.

El capitán Audubon, en realidad, ha puesto en cuidar a este niño un empeño que no es común. Quiere que estudie muchas cosas, que sea oficial de marina. Pero el muchacho prefiere cazar mariposas en el bosque, recoger nidos, pintar pajaritos. Tiene una disposición singular para el dibujo, y el capitán le lleva al estudio de David con

la ilusión de que el pintor de esos retratos tan cortesanos, de esos medallones heroicos, le inicie en los secretos de su arte. Pero el muchacho prefiere dibujar pájaros a trazar con carbón, en papel crema, perfiles de yesos. El capitán, por cualquier razón que debe suponerse secreta, envía al muchacho a Estados Unidos. Aquí su vida es accidentada. Se casa. Pinta. Colecciona pájaros. Unos comerciantes le roban la pequeña fortuna que trae, pero es el momento en que la frontera va moviéndose de este a oeste, en que el Mississippi es como el camino real de la América del Norte, y por el Mississippi abajo llega a Nueva Orleans, y se pasa los días, los meses y los años, por los canales del delta, por los campos vecinos, por Natchez, por las islas en donde Lafitte tuvo su república de piratas. Siempre pintando pájaros. Quiere que no haya ninguno que escape a la cacería de sus pinceles, recoger la silueta esquiva, el vuelo de los colores, y fijarlo en una estampa. Llegará un día a presentar en un libro la más completa visión de las aves de América.

Nueva Orleans, con las ricas damas de su extraña sociedad, es un centro de artistas. Se hace vida bohemia, y los pintores viven en los canales, en casitas flotantes. Jean Jacques La Foret Audubon pinta el retrato de la mujer del zapatero, para hacerse de un par de zapatos, o de la hija de un rico para enviarle un regalo a su mujer. Y así se defiende, con harta heroicidad, hasta que el mundo le consagra como uno de los más estupendos artistas, y las láminas de sus pájaros son un lujo que persiguen quienes saben gustar de estas cosas. Entonces, comadres y cronistas

se entregan entusiastas a abonar las raíces de su árbol familiar de Audubon con la leyenda del Delfín. Está bien esta fantasía para consagrar a quien ha hecho de su cabeza un nido de pájaros. Lo único cierto, sin embargo, es que en la nave del capitán de Nantes se meció la infancia de un hombre que hace lindas estampas. Y esto es bastante para poner bajo el ala de Francia este momento de la vida de Nueva Orleans.

La historia de México es de otra manera. Allí la escena francesa es más real. El caballero que llega no tiene nada de fantástico y está precedido por treinta mil soldados. Los envía Napoleón III, que sueña establecer una América Latina dirigida por él mismo. Cree que la conquista de México será la obra más grandiosa de su reinado. ¿De dónde ha podido venirle esta idea?

El proceso de México es el más trágico en la historia de la independencia de América. Ha sido un constante oscilar entre la dictadura y las pretensiones imperiales, de un lado, y la revolución romántica del otro. La guerra es el tono normal de la vida, y a través de la guerra el Estado empobrece. Se acude a acreedores que sólo avanzan dinero a cambio de fantásticos intereses, y llega el momento en que el gobierno no tiene con qué pagar ni los intereses ni sus empleados ni sus tropas. La riqueza está en manos de la Iglesia, y expropiarla es la única solución que encuentran los revolucionarios. La guerra adquiere un aspecto de lucha anticlerical. La Iglesia defiende sus bienes temporales con inflexible ardencia. Las batallas suelen ser encuentros de campesinos armados contra sacristanes. En medio de la

anarquía, los conservadores aprovechan esta oportunidad para lanzar invectivas contra la democracia, la federación y la república. Ellos sueñan con el imperio, la dictadura, la importación de un príncipe. Les domina —cosa que suele ocurrir muchas veces— una nostalgia colonial. Poco a poco México queda como un triángulo apretado por tres poderes que quisieran enseñorearse de su porvenir: Inglaterra, Francia, los Estados Unidos. Cuando Yucatán trata de independizarse, de la colonia inglesa de Belice se envían armas a los sublevados. Los acreedores del imperio británico reclaman su libra de carne con una impertinencia que está a la altura de su indiscutible derecho. La Tesorería federal no tiene un cobre. Santa Ana se hace dictador para poner orden. Su plan es sencillo: apoyarse en el elemento clerical, favorecer la reacción, nada de congresos, gobierno fuerte, central, sin algazaras democráticas, sin libertades federales, sin prensa libre, sin irrespetos a la Iglesia. Sus amigos le llaman emperador, y él mismo se acuerda de Iturbide, y ve en Napoleón III un modelo digno de imitarse. Pero México no se resuelve a ahogar su lucha por la independencia en este sueño de los conservadores, y Santa Ana tiene que huir para salvar el pellejo. De todo el suelo mexicano brotan bayonetas, ejércitos del pueblo.

Pero la revolución no tiene sino el ideal de la lucha. Ya se ha visto que en la Tesorería no hay ni un cobre y que la riqueza está en manos de la Iglesia. Se le embargan los bienes y la Iglesia se declara en rebelión contra el gobierno. Los curas fulminan excomuniones. El papa desaprueba la nueva Constitución. Las pasiones se encrespan. Se les quitan a

los curas sus huertos. Se expulsa hasta a las Hermanas de la Caridad. La guerra que encabeza Juárez tiene un fastidioso nombre protestante: la Reforma. Juárez busca el apoyo de los Estados Unidos y contrata con ellos un empréstito en que al jefe de la revolución se le va la mano en las garantías que ofrece a los prestamistas. El ministro de España, en connivencia con la Iglesia, fomenta la desobediencia al gobierno y Juárez le envía los pasaportes. Es el cartel de desafío. España, Francia e Inglaterra quedan frente a un país destrozado por la anarquía. Los Estados Unidos podrían ayudar a México, pero con la guerra de secesión apenas alcanzan a sus negocios internos. Los reaccionarios en México están de acuerdo con la gavilla europea y quieren importar emperador, envolver la miseria con la farándula de un manto imperial. Napoleón III envía sus tropas para invadir a México. La invasión implica la posibilidad de que tras de las tropas venga un príncipe extranjero a ser el emperador de México.

Las tropas francesas desembarcan y empieza la invasión. Su primer contacto con los revolucionarios es un fracaso. El 5 de mayo el general Zaragoza les derrota en Puebla. No es una gran batalla, pero sí una gran victoria del pueblo mexicano. Zaragoza, vencedor de los ejércitos de Francia, es un héroe que cuando muere, en toda la gloria de su juventud, recibe el más grandioso tributo que un pueblo puede rendir a la memoria de sus hijos. Pero los franceses acaban por imponerse y entran a la capital. El clero acude encantado a recibirlos. Lluven flores sobre los extranjeros, que son una promesa de traer emperador. Ante

el representante de Francia desfila todo el ejército gritando: «*Vive l'Empereur!*». Se forma una junta de gobierno con el arzobispo a la cabeza. Se convoca la inevitable asamblea de notables. Y los notables piden emperador. Todo como lo tenía previsto Napoleón III.

El emperador que Napoleón III les tenía preparado es Maximiliano, hermano del emperador de Austria. Al castillo de Miramar llegan los delegados de México y ofrecen a Maximiliano la corona. El hombre es aventurero por temperamento, segundón por nacimiento, poeta por vocación. Piensa en un imperio de verdad. «Lo que me traéis —dice a los delegados— es sólo una solicitud de los notables de la ciudad de México. Para aceptar vuestro generoso ofrecimiento necesitaría que la nación lo pidiera». Para responder a estos deseos están los conservadores en México y los franceses. El plebiscito se hace en menos de dos por tres. Y Maximiliano, después de recibir la bendición emocionada del papa Pío IX, se embarca con Carlota. Entran a México. Los indios, curiosos de ver emperador, se agolpan en las calles y ríen con una malicia que lleva envuelta la burla, la complacencia y la duda. El espectáculo es bonito, pero el porvenir no es risueño. La emperatriz —hermosa flor de Habsburgo caída en tierra bárbara, como dirá D'Annunzio— pasea su erguida silueta por los salones de Chapultepec. Los blancos se sienten felices.

Maximiliano es más francés en sus ideas de lo que se imaginaba. Mucho liberalismo quiere, y mucho poder del Estado. Que se cumplan las leyes de la reforma, es lo primero que dice. El nuncio de Su Santidad se exalta, le

discute, y Maximiliano le para en seco. Los ministros que nombra son liberales. Y el desventurado emperador va perdiéndolo todo. Los liberales en México quieren mexicanos; los conservadores quieren emperador, pero reaccionario; el clero está contento con que haya imperio, pero no le agrada que en vez de rematar la corona de Maximiliano en una cruz remate en una piña. Crece la revolución. Los americanos, que han terminado su guerra civil, ahora apoyan a Juárez; Maximiliano no tiene ahora ni siquiera el apoyo de Francia. Napoleón III, acosado por Bismarck, necesita un gran ejército y sus generales le dicen: «Majestad, el ejército está en México». «Que se vaya al diablo el maldito México, pero que me devuelvan a mi gente». Por cinco años Napoleón ha prometido su apoyo a Maximiliano, y ahora que este lo necesita se encuentra con una orden de Napoleón que ha dicho: «Que se venga el ejército, y si es preciso que se traigan con el equipaje a Maximiliano».

La emperatriz Carlota enfurece. Irá personalmente a exigir a Napoleón el cumplimiento de sus promesas, y que, en tanto, Maximiliano resista la tormenta. Desfilando a caballo por los caminos de piedras que van de la capital al puerto, en medio de horribles borrascas, al sol y al agua, la emperatriz vuela —dicen los historiadores— como si fuera una estampa de doña Juana la Loca. Cuando llega a París, el emperador la recibe con una brutal negativa a cumplir ninguna de sus promesas. Carlota pierde lo último que pudiera quedarle de balanza en su espíritu. En tanto, Maximiliano ve levantarse la marea de la revolución. El último batallón francés que sale de Veracruz, para cumplir

la llamada de Napoleón III, lleva «la bandera ennegrecida; va de la tragedia de aquí a la tragedia de allá».

En el Cerro de las Campanas, Maximiliano, el general Miramón y Tomás Mejía van a ser fusilados. Miramón, el general conservador, desde los veinticinco años ha llevado la bandera de la reacción con inextinguible coraje, y el propio emperador, en el momento de pasar al otro mundo, lo reconoce y le cede el puesto de honor. Tomás Mejía es el católico fanático; puso en el imperio todas sus esperanzas, y muere con su fe más exaltada aún, feliz de ser un mártir, despreciando a quienes le van a disparar a nombre de una reforma maldita que sólo tiene para él el valor de una victoria fugaz de los herejes protestantes. Maximiliano, confundido ya con su propio imperio, despreciando a Napoleón que le traicionó, fiel a su real misión, ha quemado en Querétaro el último cartucho, ha resistido a la República hasta el último momento, y no tiene nada que objetar a su destino. Escribe a Juárez una carta muy digna. Juárez es ahora la figura central. Es el indio que ha mantenido el fuego de la República, y que a nombre del pueblo parece, al negar el indulto que hubiera ahorrado la vida de Maximiliano, fusilar la propia sombra de Moctezuma. No cierra este fusilamiento el episodio de una invasión francesa; quiere cerrar una historia de cuatro siglos más. Cuando suenan los disparos del pelotón que despacha de este mundo a los tres hombres que simbolizan el imperio, la reacción y la colonia resuenan en el Cerro de las Campanas, el bronce de Juárez se estremece de emoción.

Es un Quijote, con la diferencia de que no está loco.

NAPOLÉÓN

▪ MIRANDA, VAGABUNDO DE LA LIBERTAD

ES EL MES DE ENERO DE 1787. En el coche del príncipe Grigori Potiomkin —el tuerto favorito de la emperatriz Catalina de Rusia— viaja, camino de Crimea, el venezolano Francisco de Miranda.

Atrás quedan las calles de Kherson —calles puercas, como dice Miranda— que son avenidas de lodo; adelante se extiende la estepa, cubierta por los blancos manteles del invierno. Los caballos pasan a galope sobre el duro hielo que cubre la superficie del Dnieper. El príncipe se vuelve al venezolano: —Espero, señor conde, que esta experiencia sea nueva para usted; supongo que, en su patria, los ríos se cruzarán de otra manera.

El príncipe trata de conde al venezolano, porque así reza el pasaporte que le dio en Constantinopla el ministro de Austria. El venezolano no lleva papeles del gobierno español, que le persigue como a un enemigo. Hace poco tiempo, el embajador de España en Londres recibió instrucciones de Floridablanca para que agarrara a Miranda por contrabandista. Conde o contrabandista, hay en este viajero algo que intriga al príncipe Potiomkin. Son los

relatos de sus aventuras guerreras, de sus viajes, de la extraña vida en el desconocido continente americano, de la España frailuna donde los inquisidores ejercen una dictadura a la luz medieval, a la luz de las hogueras. Miranda observa, maravillado, rebaños de carneros, vacas y caballos que pastan sobre la nieve, grupos de tártaros y cosacos del Don que llegan a presentar serviles homenajes al príncipe. La banda de cuernos de caza de la estepa les ofrece una sonora serenata. Se detienen ante el monasterio de los derviches. Hace frío y nieva que es un contento. Los campesinos, para calentarse las entrañas, toman té y aguardiente. Un día, en una ciudad, asisten a un concierto. A Miranda le sorprenden la disciplina y acuerdo de los músicos. ¿Cómo es posible conseguirlos? «Como se hace música aquí —se le responde—: a palos». El príncipe relata la historia de la guerra de Crimea: es la historia de su vida.

Miranda tiene 37 años. Hasta conde será... Viene de aquella familia de los duques de Miranda que por su parentesco con los Caraccioli resulta del mismo árbol genealógico de Santo Tomás de Aquino. Por la limpieza de su sangre se le admitió en España, recién venido de Caracas, muchacho de 22 años, de capitán en el Regimiento de la Princesa. La descripción de su blasón empieza así: «Un escudo de campo rojo y en él colocados cinco medios cuerpos de doncellas sin adorno...». Su destino, pues, vaticinado por la heráldica, serán las guerras y aventuras entre doncellas sin adorno.

Pero lo que al príncipe intriga es la vida vagabunda del aventurero. Él no fue a España para retorcerse el mostacho haciendo la guardia en el regimiento. Fue a conocer mundo

y pelear. Tras hacer méritos en una campaña de África, se le traslada al teatro de América; al mar Caribe. Llega a Cuba, y de Cuba pasa a Louisiana, donde el gobernador Bernardo Gálvez sale de Nueva Orleans para darles guerra a los ingleses. Y con él, Miranda es de los vencedores de Pensacola, que entra a la ciudad sitiada para arriar la bandera de la Gran Bretaña, izando la española. Así ascendió la estrella de Miranda. En Cuba, el gobernador le cobró afecto, le nombró teniente coronel, le envió con misión especial a Jamaica. Y vinieron los celos y rivalidades. Se le acusó de contrabandista. Empezaron contra Miranda los interminables juicios españoles... Mientras en la cámara lenta de la justicia se amontonaban papeles, Miranda puso aguas de por medio. Se fue a Estados Unidos. Por ahí comenzó la cadena de sus viajes, que cada día tira más lejos sus eslabones. Hasta llegar ahora a las estepas de Crimea.

¿Cuál es el amor que empuja al conde Francisco de Miranda? La libertad. El azar le va llevando hasta la propia Corte de Catalina de Rusia, otra aventurera ambiciosa y fantástica, que salida de la bárbara cuna de un minúsculo principado alemán llega a golpes de suerte y azar a ser la emperatriz libertina y liberal que remozca la Corte de los zares, se rodea de artistas y gallardos militares, e instaura ese despotismo ilustrado que presiden en su alcoba sus apasionadas lecturas de Voltaire.

Al desprenderse del servicio de España, Miranda ha presenciado en los Estados Unidos el nacimiento de una república. Su diario, que nunca deja de escribir, está lleno de nítidas estampas. El lector puede ver allí cómo va surgiendo

la nueva nación anglosajona, en donde alternan la ingenua alegría popular con la ambición de los grandes estadistas. Un día estaba Miranda en Newberne, en Carolina del Norte, cuando a son de caja se anunció en el pueblo la suspensión de hostilidades con Inglaterra: se descargaron cuatro piezas de artillería, «y a eso de la una del día hubo *barbecue* —esto es, un cochino asado— y un tonel de ron, que promiscuamente comieron y bebieron los primeros magistrados, y gente del país, con la más soez y baja gente del pueblo; dándose las manos y bebiendo en un mismo vaso. Es imposible concebir sin la vista una asamblea más puramente democrática, y que abone cuanto los poetas, historiadores griegos, nos cuentan de otras semejantes entre aquellos Pueblos Libres de la Grecia. Al remate hubo algunos embriagados, se trompearon de buena gana, hubo un herido, y al anochecer cada uno se retiró a dormir; con lo cual, y quemar algunos barriles vacíos por modo de *feu-de-joy*, concluyó la fiesta».

Y fue Miranda a Filadelfia. Justamente cuando Washington pasaba por allí, en viaje para Annapolis, donde presentaría al Congreso renuncia de comandante en jefe del ejército. En las calles se agolpaban niños, hombres, mujeres, para vitorear al héroe: «como si el Redentor hubiese entrado en Jerusalén». Durante los días que Washington permaneció en Filadelfia Miranda se sentó a la misma mesa con él. Washington, de 51 años, en la cumbre de su gloria, ofrecía al inexperto venezolano, de sólo 23, la visión espléndida del hombre que ha libertado a un pueblo.

La campana de Filadelfia se ha echado a vuelo en el corazón de Miranda. Queda transformado en el caballero

andante de la libertad. En Boston traza los primeros planes para la independencia de la América española, y los discute con generales norteamericanos. De América se dirige a Londres porque piensa encontrar allí sus posibles aliados. Luego, peregrinando por Europa va estudiando la vida política de las naciones, planeando el sistema de gobierno que tendrán las colonias cuando él lleve a su corazón la guerra libertadora. Tiene una juventud ardiente, curiosa, que va quedando, como en su escudo, sembrada de lances amorosos. En cada ciudad hay una mujer ante la cual se detiene, como se para delante de las catedrales, o hace en los museos una breve pausa. Son momentos que consagra al goce fugaz. Su amor constante es el amor a la libertad. Pertenece a un ejército de libertadores que sólo existe en su imaginación, y no quiere retardar su llegada a la cita del combate. Andando al vaivén de sus quimeras ha llegado a Rusia.

El príncipe Potiomkin se vuelve al conde de Miranda: «Mi querido conde, sería muy mal visto que partieseis de Rusia sin presentaros ante la emperatriz...», y Miranda se dirige a Kiev, donde está la Corte. De Kherson parte en una *kibitka* voladora. Va en busca del corazón de Rusia y del corazón de Catalina. Bosques, ríos helados, aldeas, desfilan ante sus ojos, hasta que al fin, a 14 verstas de distancia, desde una altura, tras el río, divisa la ciudad: con sus iglesias de cinco cúpulas doradas, como cinco cabezas de cebolla.

Escucha la emperatriz los relatos del venezolano. Se siente orgullosa de verse por encima de los retrógrados

reyes españoles: resplandece más en su Corte el favor que se dispensa a las letras de Francia cuando se habla del oscuro despotismo de la Inquisición. Celosos y serviles, los cortesanos se inclinan ante el venezolano, porque el venezolano deslumbra con sus historias a Catalina. Él es la crónica viva de los dos hemisferios, con relatos, al fondo, del otro mundo. Catalina le detiene amorosa cuando le parece que hace mal tiempo y sería peligroso para Miranda el paso de los ríos. Le insta para que se quede en Rusia como oficial del ejército. Le relaciona con el rey de Polonia. Está atenta para que no falte a las reuniones de la Corte. Le distingue en la mesa. Le hace palpar la tela de sus vestidos para despertar, a través de estos toques familiares, un sentimiento de mayor intimidad.

Catalina es una reina madura, veterana, inteligente, ilustrada, liviana, atrevida. Miranda tiene 31 años, Catalina 58: puede ser su madre. El fuego juvenil de Miranda le mueve a la gloria de ser el libertador de América. Se aleja de Rusia. Las cartas de Catalina, y su dinero, van abriéndose caminos en Suecia, Noruega, Dinamarca, Prusia. Viaja con nombres supuestos, le persiguen los embajadores de España, pero en cada nación encuentra la sombra protectora de la emperatriz. Conversa con reyes y les ilustra para que hagan progresar a sus países. Entra en las logias. Se informa de las cosas de América: ya los comuneros han lanzado el grito de independencia...

En Inglaterra, Miranda se pone en contacto con Pitt. El primer ministro le recibe en su casa de campo, y con él inicia gestiones por la independencia de América. Formula

su plan de guerra y de gobierno. Se proclamaría un imperio independiente que iría desde el estrecho de Magallanes hasta el paralelo 45 en América del Norte, fijando el Mississippi como límite entre los Estados Unidos y la nueva nación. La Habana quedaría como una llave del golfo de México y en Panamá se abriría un canal para facilitar el comercio con la China... El emperador sería un descendiente de los incas, y el sistema parlamentario funcionaría como en Inglaterra, con una Cámara de los Comunes, elegida por el pueblo, y un Senado de caciques.

Pitt no adelanta. Las memorias de Miranda se traspapelan. Y mientras Londres demora, del otro lado del canal de la Mancha prende la revolución. Luis XVI ha caído en manos del pueblo. Prusia está en guerra con Francia. La burguesía se prepara a defender sus conquistas a sangre y fuego. Es un teatro ideal para Miranda, que quizá pueda pescar, en el río revuelto, la ayuda que busca para la independencia de América. Cruza el canal. Se le nombra general de los ejércitos franceses y, bajo las órdenes de Dumouriez, hace la campaña del norte contra los prusianos. Presencia la derrota de estos en Valmy. Sitia y toma a Amberes y, en las ausencias de Dumouriez, es el general en jefe de los ejércitos de Francia. Un día se piensa en confiarle la campaña de las Antillas, para reconquistar a Santo Domingo, y desde allí irrumpir en las colonias españolas y romper para siempre «las cadenas forjadas por Cortés y Pizarro». Miranda es una celebridad política, pero ya bordea los abismos de su infortunio. Dentro de la permanente contradicción que de ahora en adelante irá llevándole del

triunfo a la derrota, se verá con frecuencia en una antesala que, debiendo ser la de su consagración, será la de la cárcel. Dumouriez, que acaba traicionando a la República, planea erradamente la nueva campaña del norte, y Miranda tiene que retirarse en la batalla de Neerwinder y es llamado a juicio. Le juzgará en París el tribunal revolucionario.

El proceso de Miranda apasiona al pueblo, a los intelectuales, a los poetas. Altivo, resuelto, seguro de sí mismo, el venezolano confunde a sus acusadores y hace un discurso formidable. Estas cosas se pagan muy bien en el París de la Revolución. El tribunal lo absuelve, el pueblo lo corona, las gentes se precipitan a abrazarlo. Se le lleva en triunfo a su casa. A los pocos días caen los girondinos, sube La Montaña; Robespierre —el hombre del día— no es amigo de Miranda, y el Comité de Salud Pública decreta otra vez su prisión. Hubiera sido fusilado, como lo fueron algunos de sus compañeros, si la muerte de Robespierre no le hubiese abierto las puertas de la cárcel.

En Francia, Miranda queda cogido dentro del tempestuoso vaivén de estos tiempos en que se va del estúpido reinado de Luis XVI al caótico triunfo de la Revolución, de las luchas del Directorio a las llamadas guerras del Primer Cónsul. Él llega en un momento a soñar, porque a ello le autorizan sus andanzas, con ser uno de los cónsules de Francia; visita los salones de moda, se corresponde con Madame de Staël. Napoleón le considera un Quijote a quien sólo falta ser loco para identificarse con el personaje cervantino... El Directorio ordena su prisión. Se fuga a Inglaterra y entra a la isla con peluca blanca y

anteojos verdes, como el señor Mirandov, para entrevistarse de nuevo con Pitt en su casa de campo, reanudar sus trabajos por la independencia de América. Tampoco, esta vez, avanza en Inglaterra. Sus ojos miran ahora al otro lado del Atlántico. Viaja a Estados Unidos. Al fondo, ha dejado en París la novela de sus amores con la liviana Delfina, marquesa de Costine, cuyas caricias han transformado a Chateaubriand, a Fouché, a Alejandro de Beauharnais... En el Arco de Triunfo de París, Francia hará que se grabe el nombre de Miranda.

En el invierno de 1805, en Nueva York, cuando asoma por las ventanas la barba de algodón de San Nicolás, y los niños sueñan en el trineo repleto de juguetes que viene haciendo sonar sus cascabeles por las nubes, don Francisco Miranda y místico Ogden alistan un buque misterioso —el Leandro— que ya se quisieran unos corsarios ladrones. Ahí van más de quinientos fusiles, trabucos y carabinas, 19 cañones, machetes, sables, alfanjes, 6.500 cartuchos, 10.000 pedernales de fusil, cinco toneladas de plomo. Sólo místico Ogden o don Francisco saben estas cifras. Pero los cargadores que suben las pesadas cajas lo sospechan, y en las tabernas cercanas a los fuelles se cuchichea. ¿Adónde irá el Leandro?

Pasan las nieves de enero. Va aclarando febrero. Pronto la primavera encenderá los primeros botones en los árboles. Empiezan a desperezarse al sol el espíritu, los brazos de los hombres. Místico Ogden y los suyos, sigilosos, invitan a los que tienen facha de aventureros a meterse en el Leandro. Los vagabundos fantasean; unos hablan de que

será para la «guardia del presidente», otros de pepitas de oro, los más, o todos, de empresas de filibusteros. ¿Quién, desde niño, no ha soñado con ser un filibustero? Nueva York en 1806 es un pequeño puerto que hierve de ambición. Ya tiene casi 80.000 habitantes. Hormigueando por las calles y callejuelas, que en la punta de la isla de Manhattan parecen desprenderse de la iglesia de la Trinidad, los neoyorquinos de abigarrada estampa ven crecer el mundo en torno suyo.

Cuando el Leandro se desprende del muelle y abre las velas, los doscientos americanos que se han embarcado no saben adónde van. Pronto se aclara el misterio, porque el general Miranda, a quien suele verse en la cubierta, parece que ha de comandar la expedición y revela algo de sus propósitos. De las cajas van sacándose las armas, y todos se aprestan a ponerlas relucientes. Los carpinteros fabrican astas para las lanzas. Los que saben algo de milicia se gradúan de sargentos para instruir a los demás en las artes militares. Se forman compañías. Miranda ha inventado un nombre: Colombia. Ha inventado una bandera: la bandera colombiana —roja, azul, amarilla—, que iza en el palo mayor. Por primera vez el viento de América, la cálida brisa del Caribe, acaricia ese trapo divino, que se mueve como una llama, que palpita como un corazón, en el centro mismo de la bóveda azul; sobre la llanura del inquieto mar de las Américas le rinden los honores los doscientos soldados —otra invención de Miranda— sacados de las tabernas, de las sastrerías, de las carpinterías de Nueva York. Hay un redoble de sangre alocada en el corazón marcial

del venezolano, que aparece vestido de gala. Con las lanzas y las espadas Miranda ha traído una imprenta, y en el buque mismo empieza a editar proclamas. Napoleón ha enseñado que la guerra se hace, en primer término, con literatura. El Caribe, el viejo mar de la esclavitud, es ahora el nuevo mar de la libertad.

Después de estar tan cerca de los tronos, de haberse sentado a manteles con tanta gente grande, Miranda se creyó autorizado, en sus buenos días, para planear una gran coalición europea contra España. Siempre tuvo éxito, hasta el momento de presentar su idea de la liberación de América. Entonces todos dudaron, se le escabulleron. En el fondo, no les importaban los países salvajes de la América del Sur. Por eso riñó con los franceses, por eso se alejó de Pitt. Jefferson, también, que acababa de comprar la Louisiana, que veía ensancharse la vida internacional de los Estados Unidos, no estaba por un conflicto con España: al salir Miranda en el *Leandro*, el presidente escribió una carta al periódico de Franklin negando que hubiese ayudado al conspirador. Pues bien: si nadie le ayudaba oficialmente, Miranda saldría como un filibustero. Y así salió, y por eso le vemos ahora, con sus doscientos aventureros, encaminándose a libertar a Venezuela. En Santo Domingo se le agregan dos barquichuelos más. Con estas tres velas solitarias, Miranda, el general veterano de Europa, el que venció con sus ejércitos a los sabios militares de Alemania, va a desafiar al más grande de los imperios del mundo y a disputarle el derecho a gobernar las colonias que tienen tres siglos de estar bajo sus banderas. Esto parece atrevimiento

insensato, no propio de un guerrero con experiencia sino de un jovenzuelo aprendiz de revolucionario.

En la raya del horizonte ve ya los lomos de los cerros, el perfil de la patria, por más de treinta años escondido a sus ojos. La nave capitana lleva como bandera de guerra, sobre un fondo azul, una blanca luna que declina y un rubicundo sol que se levanta. Y, además, en un gallardete escarlata, esta divisa: «Muera la tiranía. Viva la Libertad».

El sueño de Miranda se quema esta vez como se quema una hoja de tabaco. En los Estados Unidos se hizo pública su aventura en cuanto el Leandro se hizo a la alta mar. Pero a tiempo que algunos periódicos veían en ella la bendita liberación del continente, y se vendían pañuelos con los retratos de Washington y Miranda y la leyenda: «La Aurora de la América del Sur», el ministro español, Marqués de Casa Yrujo, enviaba noticias a Caracas, a México, a La Habana, para que los españoles se aprestaran a la defensa. Cuando Miranda llegó a las costas de su patria, los guardacostas le esperaban con los cañones listos y tuvo que retroceder. Desembarcó luego en la Vela del Coro, y tras una breve lucha en la que logró vencer a la guarnición española y enarbolar su propia bandera donde antes flameaba la enemiga, un ejército de mil quinientos españoles fue cercándolo. No era difícil, con ese número, desalojar a los pocos filibusteros de Miranda, que hablaban inglés y que no habían podido ponerse en contacto con la gente común de los contornos, en quien había edificado el general la fortaleza de sus ilusiones. Y se retiró Miranda, pasando a las islas y dejando en Venezuela pedazos de cosas, la imprenta, el desconcierto.

Y vuelve Miranda a Londres, a empezar otra vez, muerto ya Pitt. Con sir Arthur Wellesley —el futuro duque de Wellington— discute acremente porque Inglaterra no se pliega a seguir sus planes de hacerle la guerra a España en América. En tanto circula por las colonias el *Retrato y biografía del traidor Miranda*: se queman en Caracas su efigie y su bandera, no se le rebaja de traidor y ladrón...

España se hunde. No la España del pueblo, que después de todo pondrá en fuga a los soldados de Napoleón, pero sí la España real, sobre cuyas miserias pueden pasearse ufanos el César de Francia y aun su alegre hermano, don José Bonaparte, a quien, por borracho, se le llama en Madrid Pepe Botellas. Dice Madariaga, para resumir: «Carlos IV por su imbecilidad, y Fernando VII por su crueldad y bajeza, deshonraron la corona al identificarla con sus indignas cabezas». En América se levantan los pueblos. Los cabildos abiertos proclaman adhesión a Fernando VII, porque él representa un símbolo contra la ambición napoleónica, pero en el fondo lo que bulle es la idea de Miranda, la vieja esperanza de los comuneros: la independencia. En las propias juntas de Bayona, Francisco Antonio Zea, el granadino inquieto que representa a Guatemala, subraya y acoge las ideas del cuerpo legislativo francés que ha declarado, no se opondrá a la independencia de las colonias españolas por considerarla en el orden natural de los sucesos. Quito, México, Caracas, Santafé, Buenos Aires... cada ciudad de América es una hoguera que empieza a arder, y en Londres, en su casa de Grafton Street, Miranda acoge a todos los amigos de la revolución: conspiradores

de la América española que se mueven por Inglaterra, por España, por Francia, visitando logias, buscando armas. Miranda publica un periódico: *El Colombiano*. Por medio de su amiga lady Townsend se relaciona con el duque de Cumberland y con los políticos del momento: explica a Jeremías Bentham los problemas de América... Recibe a los delegados de Caracas que llegan a buscar el apoyo de Inglaterra: López Méndez, Andrés Bello, Simón Bolívar...

Miranda tiene 60 años: Bolívar, 27. Bolívar mira el futuro con el optimismo, la fe, el fervor de su juventud. El pintor Gill lo relata sin una arruga en la frente, los grandes ojos oscuros bien abiertos, la cabellera abundante flotando como fértil bandera negra de conquistador, en los labios carnosos la sonrisa satisfecha de quien ha descubierto el verdadero camino de su vida, sobre los hombros firmes la capa elegante de buen paño con broche de oro. Miranda tiene la cabeza blanca, y en su enérgico perfil militar la vida ha puesto un austero toque de firmeza de donde huye toda sonrisa graciosa; al donjuanismo de su vida vagabunda ha sucedido un discreto reposo, bien guardado en la fortaleza de sus costumbres. Bolívar se embarca en el *Sapphire*, y un mundo que nace, una historia que empieza, una gloria que apenas se insinúa, se sonríen: son su equipaje. A los pocos meses, Miranda se embarca en el *Avon*; lleva consigo papeles, memorias, el peso de una historia que termina, de una vida que concluye, de una gloria que huye esquiva a las solicitudes del viejo soñador.

A la ciudad de Caracas llega la cabalgata. Bajaron hasta el puerto de La Guaira, a encontrar a Miranda, muchos

ciudadanos; el joven Simón Bolívar, gentes que querían estrechar la mano del compatriota cuya vida dramática se había paseado por cinco continentes. La muchedumbre se agolpa para ver la estampa legendaria. Quién sabe qué ideas más diabólicas puede traer este soldado de la Revolución francesa, piensan los notables de la ciudad... Y Miranda, templando las riendas de su caballo blanco, que golpea menudito en las piedras redondas de la calle, mira a la muchedumbre, a la plebe que le aclama como a un salvador, como el Washington de la América española, y él cómo halaga con sonrisas y saludos. ¿Recuerdas tú, Miranda, cuando Filadelfia parecía Jerusalén rediviva? Qué hermosas le parecen al revolucionario las calles de Caracas, con sol y democracia, al recordar las de Nueva York cubiertas de nieve y él mendigando el favor de los filibusteros; cuando piensa que por años recorrió las de Londres negociando sin éxito entre la bruma nórdica y la circunspección de los caballeros de la City. Miranda se aloja en la casa del joven Bolívar.

Ahora es teniente del ejército. Al viejo, sin embargo, la nación no se le entrega así no más. Sigue la desconfianza de los notables: surge la competencia con jóvenes que quieren sobresalir. Para el Congreso que se va a reunir, apenas si se le elige diputado por la población de San Juan Bautista de Pao, perdida en los llanos ardientes, donde las gentes —todos rudos vaqueros— sólo saben de yeguas, mulas y ganados, y se ganan la vida fabricando quesos. Caracas no ha pensado en su nombre. Designa el Congreso un triunvirato para que ejerza el gobierno, y Miranda queda

excluido: sólo alcanza ocho votos. Pero el hombre tiene su asiento en esa asamblea, hace discursos a favor de la independencia inmediata, es elocuente, se le oye. Se le nombra en comisión para que diseñe la bandera, y presenta sus tres colores —amarillo, azul y rojo—, que los diputados saludan como el símbolo nacional. En la plaza mayor de Caracas, cinco años antes, las autoridades españolas habían quemado esos colores, sus colores...

Y empieza la guerra. Miranda —no puede ser otro— marcha a la cabeza del ejército. Un ejército que no es de soldados sino de pueblo. No son las tropas lúcidas y diestras con que luchó contra los alemanes en Bélgica, ni los maravillosos cuadros de los rusos que Catalina le ofrecía para que comandase: son vaqueros de los llanos, campesinos de la provincia, artesanos de Caracas. Y viene el fracaso. Bolívar tiene el encargo de defender la plaza de Puerto Cabello y la pierde por la traición de Vinoni.

«¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a usted, habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello?», escribe a Miranda. Miranda ve que, por el momento, la guerra está perdida. Su mirada veterana coge de un golpe el sentido de esta derrota. Él y cuatro amigos están en su pieza, con el comunicado de la catástrofe en las manos, las lenguas calladas, las frentes caídas. Pedro Gual entra en ese instante. «¿Qué pasa?... ¡por Dios: qué pasa!». Y Miranda: «*Tenez: Venezuela est blessée au coeur*».

Se firma un armisticio. Los patriotas se evaporan. Los españoles se insolentan. Pero si Monteverde, el español,

cumple lo firmado, no todo se habrá perdido. Miranda, en La Guaira, se alista para escapar. Hay que buscar refugio en las Antillas, quizás huir a Europa, mientras pasa el descalabro. Tal es, y tal será, en varios años de guerra, la solución natural de los patriotas. Pero en las calles del puerto andan grupos de jóvenes turbulentos: que Monteverde no ha de cumplir; que la culpa —lo de siempre— es de Miranda, que ha sido estúpido firmar el armisticio. El más exaltado es Bolívar. «Entreguemos —dice— a Miranda a los españoles: ¡que no se vaya!».

Son las tres de la mañana. Golpean a la puerta de la habitación de Miranda. Este se levanta, abre la puerta, y a la luz de la lámpara ve los rostros de la juventud precipitada que le intima prisión: les acaudilla Simón Bolívar. Miranda, con un poco de hastío, sin emoción y sin resistencia, se entrega y dice: «Bochinche, bochinche: esta gente no sabe sino de bochinche...».

Le entregan a las autoridades españolas. Antes de que raye la alborada ya está el viejo desandando las calles de La Guaira bajo la ruda insolencia de los soldados de España. Se le confina primero en el Castillo de San Carlos, y luego se le pasa a una celda para castigar bandidos, donde el agua le da a los tobillos. Se le asegura con una cadena, se le sostiene a pan y agua. Lo que desde ese agujero ve Miranda es peor que lo que contempla en su propio calabozo: flota al viento, otra vez, la bandera española, y ve llegar «recuas de los hombres más ilustres y distinguidos estados, clases y condiciones tratados como facinerosos: los vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras...».

Seis meses en la prisión de La Guaira. Luego seis meses en las bóvedas —cementerio de vivos— del Castillo de San Felipe en Puerto Cabello: el mismo castillo en donde se perdió la guerra cuando Vinoni traicionó a Bolívar y a Miranda. Luego, seis meses en las prisiones del Castillo del Morro, en Puerto Rico. Y de allí, a la Carraca de Cádiz.

En Venezuela y en toda América, la guerra —ya la prodigiosa guerra de Bolívar— se ha reanudado y ha hecho victorias y reveses. Dos años lleva Miranda en la Carraca, y le llegan las noticias del puerto: más de diez mil hombres, armados de todas las armas, están saliendo bajo el comando del general Morillo para ir a la reconquista de América. Pronto caen Caracas y Santa Marta. En Cartagena resisten los patriotas un sitio de tres meses, hasta que Morillo entra en la ciudad heroica para encontrar que la tercera parte de los habitantes han muerto de hambre. A los dirigentes que aún viven los fusila. Avanza sobre Santafé: las familias, con mujeres enfermas, con viejos reumáticos, con niños de pecho, salen en precipitado éxodo, cruzando los páramos para buscar refugio en las ardientes pampas solitarias. Allí mismo Santander y Páez organizan ejércitos de llaneros y refugiados que luego serán el brazo de la victoria republicana. Bolívar va a refugiarse en Jamaica, y escribe su carta inmortal.

El tiempo sigue su marcha. Bolívar se mueve de Jamaica a Haití, donde el negro Pétion le da la mano y le ofrece ayuda para la idea que tiene Bolívar de iniciar otra vez la guerra en Venezuela. Son apenas ilusiones, porque Morillo está más firme que nunca en las colonias reconquistadas,

y en ese momento firma en Santafé sentencias de muerte contra los patriotas y destierra a las señoras que resultan sospechosas por haber tenido a sus hijos o a sus esposos en los ejércitos republicanos. Miranda agoniza. Tres años y medio lleva de estar en la cárcel de Cádiz.

Hoy es el 14 de julio de 1816. Es el aniversario de la toma de la Bastilla. Pedro José Morán, el criado de Miranda que le ha asistido como un perro fiel, escribe este día la siguiente carta a sus señores de Cádiz:

«Mis venerados señores: En esta fecha, a la una y cinco minutos de la mañana, entregó su espíritu al Creador mi amado señor, don Francisco de Miranda. No se me ha permitido por los curas y los frailes le haga exequias ningunas, de manera que en los términos que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama, lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; de seguida vinieron y se llevaron todas sus ropas y cuanto era suyo para quemarlo. Es cuanto puedo noticiar a ustedes, y ruego que me digan qué he de hacer con unos papeles que él guardaba mucho».

La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo.

BOLÍVAR

▪ EL MAR DE SIMÓN BOLÍVAR

19 DE ENERO, 1799. UN VIENTO cálido, impregnado de sal, hincha las velas. Los grumetes se mueven como maromeros y dibujan en el aire chistes maliciosos. Del punto de La Guaira se desprende la nave San Ildefonso. Se han levado las anclas, se han aflojado los cables como una humilde respuesta a la gruesa voz de mando del capitán, y a las interjecciones de los marineros. Ahora, cruje el maderamen del casco y las gentes del puerto —blancas, pardas, negras— forman un grupo de bronce en la playa que apenas respira siguiendo la maniobra con más emoción que curiosidad. En torno a la nave viajera rematan en sus botes, canoas o potrillos, bogas de ébano.

Va el San Ildefonso para España, pero ni en enero ni en marzo ni en abril estará al otro lado del charco. Primero holgazaneará por el Caribe. Irá a Veracruz. Esto satisface la curiosidad del muchacho de diecisiete años que va a bordo y que por primera vez pisa las tablas de un barco. El corazón le palpita con anuncio de aventuras. El ancho mundo va a abrirle sus secretos. Es casi un analfabeto y es

rico y gallardo. Simón Rodríguez, su maestro, siguiendo los consejos de Rousseau, le ha educado como a un salvaje, para trepar montes, cruzar ríos a nado y galopar como un centauro por las llanuras. Hace dos años se enroló en el batallón de voluntarios blancos de los valles de Aragua: con su rostro finamente acanelado y los colorines del uniforme, le miraban sus primas encantadas. Su casa de la ciudad, sus minas de oro, el cacaotal, el hato, el ingenio de San Mateo, le situaban en un plano de preeminencia entre los criollos de Caracas. Ahora, ¿qué le reserva esta salida por los mares? ¿En qué piensa Simón Bolívar, Simoncito? ¿En las Aristiguetas, sus primas? ¿En los negros, sus esclavos? ¿En ese loco de Simón Rodríguez, que cuando él tenía catorce años ya le hablaba de filosofías libérrimas, y que ahora debe andar por Norteamérica o por Francia, desterrado, por haberse metido a conspirador?

Los tres palos del San Ildefonso oscilan, rayando el azul del cielo, meciéndose entre un vuelo de gaviotas. La vida del viajero discurre tan lenta como la sombra de un puntero en un reloj de sol. El muchacho que antes tuvo por teatro las llanuras de Venezuela, o donde era un gozo avivar el galope con las espuelas nazarenas, sólo tiene aquí, para desentumir las piernas, los contados pasos del puente. Pasan dos semanas. Se acercan a las costas de México, a Veracruz. Aquí el buque hará una larga parada. El muchacho salta a tierra. Quiere sacudirse. Alquila una bestia y hace las doscientas sesenta millas que separan el puerto de la capital, como quien da una vuelta en torno de su casa. Conoce al arzobispo y al virrey, mira por primera vez el

esplendor de una corte virreinal. Pasan febrero y marzo, Bolívar regresa al puerto, reanuda el San Ildefonso la marcha, demora dos días en La Habana y, al fin, navegan por el océano. Habrán de entrar a España por la tierra de sus abuelos, por el país vasco de los Bolívares. Llegará el barco al mar de Vizcaya, fondeará en la bahía de Santoña, irán por la rada del Nervión, a Bilbao. A pocas horas de Bilbao está el pueblo de Bolívar, la casa solariega de los Bolívar Jáuregui. El muchacho, liviano y afortunado, tendrá a la vista, para recrear su curiosidad, al continente de los reyes despóticos y los filósofos libres de que hablaba don Simón Rodríguez.

Julio de 1802. Corre la gente de La Guaira por las estrechas callejuelas que, como escaleras de piedra, bajan al puerto. Ha llegado el San Ildefonso. Tres años y medio hace que salió de allí, en el mismo barco, el niño Simón Bolívar, y ahora regresa hecho un hombre y casado con María Teresa Toro, la sobrina del señor marqués. Enseña Simón a María Teresa el perfil inicial de su patria: allí la ermita del Carmen y el campanario de San Juan de Dios y la torre de El Guamacho, que tiene arriba un balcón que le da la vuelta, y en la punta del cerro la fortaleza del Vigía. Serpenteando, sube el camino de herradura en dirección a Caracas.

Este trazo de la patria hace olvidar a Bolívar las estampas de su estada en Europa, donde puede decirse que aprendió a leer y se hizo gran bailarín. Ahora le separa el océano de la casa de su tío Esteban Palacios, el hombre que descorrió la cortina para que viese las indecencias

y pequeñeces de la Corte, con la reina María Luisa a la cabeza, vieja desdentada, de buenas carnes y vida licenciosa, «capaz de comprometer a un reino con tal de engrandecer a su amante», que andaba en amores simultáneos con un capitán de la guardia, el venezolano Manuel Mallo, y con Godoy, el primer ministro. Le pasa como relámpago el recuerdo de la celada que le tendió Godoy, el día en que los guardias le detuvieron en Madrid creyendo que llevaría un mensaje amoroso de la reina para Mallo: él tuvo que defenderse desenvainando su acero. Todo esto, y la imagen de Napoleón, a quien vio aclamado por el pueblo de París como el salvador de la república, y la de su amigo el marqués de Estariz, que le inició en la lectura de los franceses, ya no cuenta. Aquí está en Venezuela, que va a endulzar las horas felices de su luna de miel.

Esta es La Guaira Guayra: esta es la Guaira sonora. La Guaira arisca, conspiradora y liberal. Aquí cayeron y germinaron las semillas de la revolución francesa traídas en los navíos de la Guipuzcoana. Aquí, hace cinco años, anduvieron José María España y Manuel Gual tramando una guerra de independencia. Aquí, a los tres meses de que el niño Bolívar saliera para Europa, cayó José M. España en manos de los españoles: en la plaza mayor de Caracas le descuartizaron y su cabeza, metida en una jaula, se envió como presente a La Guaira.

La cabalgata de Simón y María Teresa avanza entre los parabienes de los amigos y los vítores de los esclavos. Ahí está la casa de España, el mártir, en donde se reunían los conspiradores y se hallaron los cien volúmenes prohibidos

de obras en francés, inglés y aun castellano, que escandalizaron a los oficiales del rey. Ahí la sala de los juramentos, donde se redactaron las instrucciones de la revuelta y prometieron los rebeldes antes morir que abandonar la justicia de su causa: se acordaba la publicación de los Derechos del Hombre para distribuirlos por toda la nación, se daba como consigna para el levantamiento la voz de «¡Viva el pueblo americano!». Se libertarían los esclavos y declararían iguales a los blancos, indios, pardos y morenos; se abolirían los impuestos, se erigiría gobierno, se tendría bandera...

Simón y María Teresa avanzan alegres a su luna de miel. Toda esa crónica de la ciudad queda ahogada entre el canto de las herraduras y la algarabía de los arrieros y las miradas de amor que se cruzan los recién casados. Apenas ve María Teresa, metida en una jaula, la calavera amarillenta de José María España.

Junio de 1803. Otra vez en el puerto de La Guaira Simón Bolívar, y otra vez camino de Europa. Ha fletado un buque. El ala de la tragedia ensombrece su frente y madura su juventud. Se hundió en las tinieblas su breve luna de miel. ¡Qué horrible noche aquella en que los esclavos, con antorchas, bajaban de San Mateo a María Teresa, casi moribunda! Qué pesadilla el día en que a María Teresa la llevaron a enterrar. Por primera vez, en el rostro de Simón Bolívar, se le ve la sombra de su destino. Entra al barco llevando por compañeros libros de Plutarco, Montesquieu, Rousseau, y cargas de cacao, añil, azúcar, que le abrirán los caminos del mundo. Ahogará, romántico, su pena en la vorágine de la vida europea.

Febrero de 1807. Este es el puerto de Charleston, en Carolina del Sur, sobre la costa atlántica de los Estados Unidos. Al pequeño buque de carga que zarpa con destino a La Guaira sube un hombre gastado por la vida ardiente de París: es Simón Bolívar, que regó el oro del cacao y del añil como polvo de canela sobre la golosina de los rincones rojos de la amorosa Francia. Ya enfermo, un día le arrancó don Simón Rodríguez, el loco, de esa vida, y se lo llevó a caminar por las montañas de Suiza. Bolívar, por jugador, llevaba la bolsa flaca. Rodríguez le enseñaba páginas de Rousseau. Caminando, caminando, llegaron a Italia. Hablaban de libertad. En la cima del monte Aventino, mirando abajo el panorama de Roma, Bolívar se exaltó. «Yo libraré —juró— a América de los españoles». Y en vez de tornar a la Ópera de París, a los salones, a los casinos, anduvo por las logias. Mantenía paliques con americanos que conspiraban. Fanny de Villars, que le deseaba, no pudo retenerle. Se fue para Hamburgo, se embarcó de regreso a América. Visitó en Estados Unidos a Filadelfia y a Washington, las ciudades de la independencia del norte. Recogió en Boston y Nueva York la crónica de Miranda, el precursor.

Cuando sube al buque es un hombre que ha tenido fiebres malas, pero a quien ya le brillan los ojos como relámpagos. El buque dobla la punta de la Florida, pasa frente a las Antillas, está a la vista de La Guaira. Como un botón de fuego, se enciende en Bolívar el recuerdo de su tío, José Félix Ribas, un conspirador fanático que asistía en París a las reuniones secretas llevando en la cabeza el gorro encarnado de la libertad.

9 de junio, 1810. América es otra cosa: parece un Nuevo Mundo. El almirante Cochrane, gobernador de Jamaica, ha puesto a las órdenes de la junta patriótica de Caracas, que se apoderó del gobierno, un bergantín de guerra para que se envíen diputados a Londres. Y a bordo del General lord Wellington suben hoy aquí, en La Guaira, el «coronel y diputado» general Simón Bolívar, López Méndez —el segundo diputado— y el secretario señor Andrés Bello. ¿Cómo ocurrió el prodigio?

En las casas de los criollos de Caracas, en la del tío José Félix Ribas, se reunían los amigos de la patria libre a celebrar veladas clandestinas. Como en los tiempos de los comuneros y de José María España y de Miranda, se habló otra vez de independencia. Cualquier día se pidió cabildo abierto. Era la revolución. Un cura chileno, el canónigo Cortés de Madariaga, hizo un discurso encendido incitando a tomar el gobierno. Emparán, el comisionado español, cayó bajo la presión de la junta patriótica. En la plaza y calles de Caracas se impuso un nuevo soberano: el pueblo. El pueblo legisla, ordena y ejecuta. A esto seguirá una guerra, pero para la pelea se necesitan armas, dinero, y los criollos vuelven los ojos a Washington, viajan a las Antillas inglesas. Es entonces cuando Cochrane, desde Jamaica, les sugiere ir a Londres. Y Bolívar, que es un mozo viajado y rico, que puede pagar los gastos de la misión y que tiene perfil y arrogancia revolucionarios, aparece en la escena. Los aires de San Mateo le han devuelto el vigor juvenil.

Diciembre 5, 1810. No han pasado seis meses y ya otra vez Bolívar entra en La Guaira. Llega en el Avon, bergantín

inglés. Tras él vendrá, a los pocos días, Miranda, el precursor, padre intelectual de la revolución, en el Sapphire. Bolívar le ha conocido en Londres, en su casa de Grafton Street, donde buscaban refugio natural los agitadores de toda América para planear empresas guerreras. Abrió Miranda a Bolívar las puertas de los salones de Londres, y le llevó al estudio de Gill, discípulo de Reynolds, quien, al retratarle, pintó sobre su pecho una medalla que dice: «Sin libertad no hay Patria». Estas palabras, certeramente apuntadas a su corazón, fijan su destino. Bolívar será el libertador. No ha conseguido ayuda directa de Londres, pero sabe que Inglaterra verá con gusto una guerra de independencia que destruya el poderío de España en América. Ha arrancado de Londres al viejo Miranda, que vendrá a ponerse como un penacho florido a la cabeza de los ejércitos patriotas. El Caribe brilla ahora ante sus ojos con la promesa de una luz nueva: la guerra por la libertad.

Agosto 27, 1812. Ya no es el gallardo bergantín de guerra General Lord Wellington, en que cruzó el Atlántico. Ni el Avon gentil que con su quilla esbelta era la proa de sus sueños. Ahora es una goleta entregada a la misericordia divina: la Jesús, María y José. Sentados sobre rollos de cables, Simón Bolívar y su tío José Félix Ribas dialogan sin hablar. Van de La Guaira a Curaçao. Son naufragos de la guerra de Miranda. Bolívar perdió a Puerto Cabello, y con Puerto Cabello se perdió la guerra y fracasó la primera república de Venezuela. El español Monteverde, tras haber firmado una capitulación con los patriotas, faltó a

sus promesas y ha desatado una campaña de crueles represalias. Las cárceles de La Guaira están repletas de patriotas blancos encadenados con negros, para que practiquen en la irónica penumbra de los calabozos la igualdad que han predicado. Bolívar ha pasado las horas más tormentosas de su vida. Escribió a Miranda una carta desgarradora, considerándose un miserable por la pérdida de Puerto Cabello, y entregó luego, en un momento de exaltación, a este jefe, símbolo precursor de la libertad, confundiénolo con un traidor. Ahora, sale como fugado de Venezuela, con un pasaporte del jefe español: se lo ha dado por considerar que Bolívar no vale un cobre. Llega a Curaçao con diez mil pesos que las autoridades de la isla le confiscan. Con sus haciendas de Venezuela en manos de los españoles, vencido, tiene que comenzar una nueva vida a partir de cero. Ha pensado en soluciones desesperadas. Entre otras, irse a España a pelear al lado de sir Arthur Wellesley contra Napoleón.

Noviembre, 1812. Apenas hace dos meses que llegó a Curaçao y ya se embarca en un bergantín que fleta vendiendo lo último que le quedaba: un puñado de joyas. Va con él José Félix Ribas. ¿Hacia dónde se encaminan? A Cartagena. También en la Nueva Granada se ha cantado a Independencia. Los pueblos andan revueltos. Los cabildos se convirtieron en focos revolucionarios, y Cartagena, la de las murallas de piedra y sangre y sol, está en poder de los patriotas. Bolívar desembarca, y dice: «Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado milagrosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel

al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en estos estados».

El comandante de la plaza entrega unas tropas a Bolívar. Llega siendo un don Nadie; y nace o renace en medio de estas piedras para surgir de un salto como el libertador de América. Con esas tropas, subiéndolas en «champanes» por el río, tomará los puertos españoles sobre las orillas del Magdalena, conquistando el camino que lleva al interior de la Nueva Granada y uniendo las dos ciudades de la Independencia: Cartagena, el puerto del Caribe, y Santafé, la capital de los Andes. El “ejército” es un puñado de «mestizos de la hez del pueblo, campesinos arruinados o indios medio salvajes que se alistan voluntariamente bajo las banderas desacreditadas de la revolución: tropas sin orden y casi sin armas, descalzas, sin más ropa que un pantalón remendado y un cuadrado de mísera manta, con un agujero en el medio por donde asoma la cabeza, cubierta por ancho sombrero cuyos bordes se deshilachan». Con esta gente asalta y toma por sorpresa a Tenerife, luego a Mompox, limpia la entrada del Magdalena, se encarama a la cima de los Andes metiéndose por las selvas ardientes hasta coronar las cimas de hielo, y cae sobre Venezuela. Hace una guerra feroz, «a muerte», en que se pasan por las armas o se matan a piedra los prisioneros y hasta los enfermos de los hospitales. Con la espada roja de venganza entra en triunfo a Caracas. La ciudad se derrama en flores sobre sus hombros triunfadores. Los esclavos le besan los pies. ¡Así nace el Libertador!

8 de septiembre, 1814. A bordo de la goleta Arrogante, del corsario italiano Bianchi, otra vez huyendo de Venezuela. Bolívar ya no es el hombre de la victoria sino la sombra de las derrotas. Tiene 31 años, y dice el biógrafo que revela cuarenta. En menos de dos años, desde que inició su milagrosa campaña de Cartagena a Caracas, su nombre ha pasado de la más alta gloria al más hondo infortunio. Con esa guerra a muerte no logró contener las hordas bárbaras de Boves, que pasarán a la leyenda. Boves es un oscuro comerciante español que tenía su tienda en los llanos, en Calabozo, y que de repente se hizo caudillo de la reacción realista. Con sus indios jinetes, que llevaban por divisa en los sombreros las orejas de sus víctimas, fue disputando a Bolívar, una a una, todas sus conquistas, hasta que desde el señorío de Caracas a la humildad de las aldeas no quedó nada en poder de los patriotas. Es la guerra más sangrienta de la historia. De los 421.000 habitantes que tenía la provincia de Caracas, perecieron 228.651. Bolívar ha tenido que abandonar Caracas a la cabeza de una muchedumbre que emigra en masa a los llanos: las mujeres con sus críos, los viejos con sus barbas blancas, todos con su miseria, para dejar las calles desiertas al arbitrio del Tigre de los Llanos. Ricaurte, en San Mateo, voló el parque concentrado en las casas de la hacienda de Bolívar, para detener con esa llamarada en que volaban pedazos de su cuerpo, el huracán en marcha de las lanzas coloradas de Boves. Con las derrotas de La Puerta y de Aragua, Bolívar queda borrado de los cuadros de la guerra. Su propio tío, José Félix Ribas, se alza con el mando, le expulsa del ejército, le

acusa de ladrón. Boves —el «taita Boves», como le dicen los llaneros— muere de una cuchillada en pleno combate, pero sus bestias vengan su memoria bajándole la cabeza a José Félix Ribas y echándola a freír en aceite para exhibirla luego en Caracas.

Eso es lo que deja atrás Bolívar. Pero como es tozudo en su fe, Arrogante abre los trapos camino de Cartagena. Si en Venezuela se ha perdido esta segunda guerra y esta segunda república, ahí está la Nueva Granada para rehacerse por segunda vez y triunfar.

Hoy es 6 de septiembre de 1815. Esta es la ciudad de Kingston, en Jamaica. Bolívar termina de escribir una carta «a un caballero de la isla». Así como Colón, en esta misma isla, escribió el más patético de sus papeles y buceó en el fondo de sus desventuras para hacer una de las páginas más tremendamente dolorosas que guarde la historia, Bolívar concluye aquí, ahora, la carta más sagaz y penetrante de su vida. Habla como un jefe de Estado, o como un visionario, para valorar las posibilidades de América, anunciar su liberación y pintar los elementos anárquicos que harán inestable su existencia: pero su punto de partida para discutir estas cosas es la miseria de su tercera derrota. Una derrota sin combates. El que fue criollo rico de Venezuela, que hizo ruido en los salones de París, el hermoso caballero de la libertad en el pecho que pintó Gill en Londres, ahora es un pobre diablo, otra vez sin cobre en la bolsa, que riñe con la casera, habla de suicidio, anda pidiéndole prestados cien pesos a míster Hyslop para pagar a la lavandera, al impresor, a la francesa criolla que le alquila piezas y a cuya

posada se acoge como cualquier marino de goleta. Bolívar, en la Nueva Granada, no encontró cómo hacer frente a los ejércitos de la reconquista española. «La Providencia —dice— ha decretado la ruina de estos desgraciados países». Y quien ahora domina Caracas y pone sitio a Cartagena no es un caudillo improvisado como Boves sino con un ejército de veteranos que derrotaron a Napoleón y con una voluntad de dominio que hace ahogar en el lazo oprobioso las gargantas de todos los paladines de la libertad.

Bolívar hace de periodista, escribe en la *Royal Gazette*, redacta cartas, memoriales, para buscar ayuda a la causa de la independencia. «Nosotros —dice— no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos, nuestras lanzas: el débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio». En la carta que hoy termina de escribir se coloca, como en toda su literatura política, por encima de las pequeñas y grandes angustias de su propia vida y, más que como jefe que ha sido de los ejércitos de Venezuela y la Nueva Granada, como hombre que columbra su grandeza y desventuras, que sabe lo que va a ser de América, hace el balance descarnado y real de este mundo contradictorio, anárquico y disímil, ataca el mito de su unidad que sólo es cierta en su destino final, y pinta al «caballero de la isla» un cuadro profético.

«Las provincias americanas que se hallan lidiando por emanciparse al fin obtendrán el suceso; algunas se

constituirán de un modo singular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías, casi inevitablemente, en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos ya en la actual, ya en futuras revoluciones. Una gran monarquía no será difícil consolidar; una gran república, imposible... Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse: mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América... ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!... Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo...».

A los tres meses de escribir esta carta, cierto criado de Bolívar, un liberto pagado Dios sabe por quién, entra, en una noche tan negra como su piel y como su alma, se acerca a la hamaca del Libertador y descarga sobre el bulto unas cuantas puñaladas. Yerra el golpe: esa noche, no es Bolívar quien duerme ahí. A los pocos días, Bolívar está ya vagabundeando por los mares, iniciando una peregrinación por las islas. Llega a Haití. Gobierna en la isla el hijo de la negra Úrsula, Alejandro Pétion, el herrero. Él ha

ofrecido a Bolívar su apoyo para la expedición libertadora. El presidente de la república negra y el hijo de los blancos de Caracas se dan la mano e inician una noble amistad. En los cayos de San Luis, Bolívar reúne a los patriotas. Los soldados de la libertad, que desde diez islas están al acecho de la hora de partir, se dirigen al lugar de la cita. Dialogan al amparo del pabellón de los negros. Brion, un armador holandés, y Luis Aury, un corsario de Francia, están con ellos. Pronto reúnen una flotilla: seis goletas y falucho: el Bolívar, la Nariño, la Constitución, la Brion, la Piar, la Feliz y el Conejo. Cada uno de estos nombres —repáselos despacio el lector— es todo un símbolo en esta historia de aventuras y contradicciones. Y Bolívar y sus conspiradores se lanzan al mar, a la reconquista de Venezuela para la libertad; a la liberación de los esclavos, que es todo lo que pide el hijo de la negra Úrsula; a buscar el apoyo de los llaneros que ahora no van con sus lanzas tras Boves el de España, sino siguiendo la cabezota de Páez, el tigre republicano; a crear en las orillas del Orinoco, en Angostura, un periódico, un congreso, una capital, un estado, desde donde Bolívar, con un ejército que se cubre con sombreros de paja y lleva palos en las manos, se dirigirá a las naciones con el plomo de un soberano. Y así irá el Libertador hasta Boyacá, Junín, Ayacucho, desde el borde del Caribe hasta las fronteras de la Argentina, levantando negros, pardos, indios, blancos, mestizos, en una avalancha humana que deja convertidos los Andes en bosque de laurel, y clava claras banderas republicanas a todo lo largo de los antiguos virreinos.

Junio 24, 1830. Cartagena. ¡Cuántas guerras han pasado en estos quince años de pelea! Dentro de un mes Bolívar cumplirá 47. En su pecho hundido, en la piel tostada de su rostro arado por los trabajos y las amarguras, no se ven sino las sombras de la noche larga que le llama. Ya está en la barca negra, en la bahía azul, entre trigales de sol, esperándole. En ese mar Caribe que tiene por delante, en malas goletas, en bergantines de guerra, en tablas, soñó en la libertad. Claras noches de amor, turbios días de derrotas, alboradas de fe: todo lo han merecido estas olas caprichosas. Desfilan por su mente los nombres del San Ildefonso, de Jesús, María y José, el Avon, la Arrogante, el Bolívar... unidades sueltas de una flotilla ideal que sólo ahora se reúne en la imaginación cerca del puerto de la muerte. Aquí, en el Caribe, están Curaçao, Jamaica, Haití; las islas que fueron el refugio en sus derrotas. Aquí los puertos por donde entró y salió en cada cambio de escena en el drama de su vida. Aquí las murallas de Cartagena, allí las piedras de La Guaira Guayra, y en Puerto Cabello los castillos infernales.

Este hombre es ahora la sombra de su sombra. Desde el Perú hasta Venezuela, en cada provincia donde ganó una victoria por la libertad prende ahora el chispero de la anarquía. Los generales que le acompañaron en la guerra de Independencia no quieren conceder las gracias de la libertad ni el regalo de la paz. La Gran Colombia salta en pedazos. Hasta en su alcoba entraron en Santafé los conspiradores para matar en él a la dictadura. ¡Esto es para huir, para buscar puerto seguro al otro lado del charco! Sí: él quiere cruzarlo, pero, ¿qué capitán de nave va a meter en

la suya ese cuerpo destrozado donde la tisis labra sus cavernas? Y la tisis va desgarrando por dentro a aquel gallardo jinete que volaba por las llanuras y saltaba montañas, a aquel bailarín gentil que en el año 6, golosa y amorosa, acariciaba en París Fanny Villars.

En una casita, al pie del cerro de la Popa, asistiendo a su propio ocaso, recibe Bolívar un anuncio violento de la muerte: al más fiel de sus amigos, al más gallardo de sus generales, le han asesinado en las montañas...

Al pie de las murallas, sin impaciencia, la barca negra espera.

Bolívar no se embarca en la nave negra. Asfixiándose por el calor que se encierra en el recinto de las murallas, se va, por tierra, a Soledad, a Barranquilla, y agarra una goleta. «Vamos —dice— a Jamaica». A la isla de sus amigos ingleses, de míster Hyslop, del criado asesino que fue ajusticiado en la plaza de Kingston, de la carta profética.

Con estos encrespamientos del Caribe brinca sobre las olas la goleta. Bolívar se les muere. Supersticiones, los marineros ven la silueta de la barca negra. Tuercen el rumbo, cortan el viaje, arriman a Santa Marta. Una ciudad blanca, una bahía azul, la herradura perfecta de unas costas de arenas de oro y montes verdes. Bajan a Bolívar de la goleta con el cuidado con que se mueve un saco de huesos en donde todavía hay un corazón que palpita.

Diciembre 17 de 1830. Esta es la casona, en la Hacienda de San Pedro, del hidalgo español don Joaquín de Mier. No se oyen por los corredores las pisadas de los negros descalzos; no se oyen en la alcoba los sollozos de los blancos. El

Libertador agoniza. Adelante, alumbran fulgores de gloria. Atrás, quedan resonando las palabras que el moribundo dictó al notario: «Colombianos: habéis presenciado mis esfuerzos por plantar la libertad donde antes reinaba la tiranía... Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado... mi amor a la libertad. Mis perseguidores me han conducido a las puertas del sepulcro: Yo los perdono... Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

Hoy ha muerto Simón Bolívar en Santa Marta, frente al mar Caribe, al Mar de la Libertad.

*Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago,
en un coche de agua negra.
Cantarán los techos de palmera.
Iré a Santiago.
Cuando la palma quiere ser cigüeña,
iré a Santiago.
Y cuando quiere ser Medusa el plátano,
iré a Santiago.*

*¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
Iré a Santiago.
¡Oh cintura caliente y gota de madera!
Iré a Santiago.
Arpa de troncos vivos. Caimán. Flor de tabaco.
Iré a Santiago.
Siempre he dicho que yo iría a Santiago.
En un coche de agua negra.
Iré a Santiago.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

▪ RELATO DE CUBA LIBRE

DESPUÉS DE AYACUCHO YA NO queda nada del dominio de España sobre el continente americano. Los últimos virreyes, gobernadores, generales, si no han dejado sus huesos para abono de la tierra americana, tienen que regresar a la península a decirle a su rey, o a quien sea, que América no es tierra para reducir a servidumbre, sino antorcha viva de la libertad. Cada nuevo intento de reconquista es un descalabro, y de lo que fue el imperio colonial de España en América no quedan sino las islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico, buques solitarios a cuyo abrigo se acogen los derrotados por Bolívar como quien se agarra a una tabla de naufragio. Las tropas que regresan a España, por Cuba han de pasar. Son soldados que vienen de la Florida, México, la América Central, la América del Sur. La coraza de piedra del Morro en La Habana les da, al fin, una impresión de seguridad, entre el corpiño de encaje de las olas calientes. Adentro, en la ciudad, la vida canta, y cantan las mujeres, sin despegar los labios, cuando envuelven el tabaco para el padre, el novio o el hermano.

Más adentro, en las vegas, están los cosecheros libres que ven crecer la hoja de esmeralda y la cultivan «como si cada planta fuera delicada dama». Y luego, las plantaciones de caña, y los esclavos que se doblan como pulidas bestias ensanchando el corte. Es el contrapunteo del tabaco y del azúcar, de que habla don Fernando Ortiz, y el contrapunteo se ahoga, como dice él, en una botica, en un trago, en una botella de alcohol.

No sólo es Cuba refugio de soldados sino de piratas, o corsarios. Con las banderas de Colombia y México, los vagabundos del mar nacidos en Inglaterra, en Francia, en Norteamérica, graciosamente se desprenden de la isla, o se ocultan en sus recodos, para dar la sorpresa al inglés.

¿Qué haremos con Cuba? Los ejércitos de la independencia, que fueron desde Caracas hasta el borde de la Argentina, que corrían desde México hasta Costa Rica, eran ejércitos de infantes o jinetes que se consideraban dueños de la tierra, que doblaban los Andes, pero que no se atrevían al tembloroso camino de las olas. Los cubanos no han podido libertar su isleta, luchar solos contra el poder de España. Los refugiados publican las estupideces de la madre patria, pero en sus pechos se alberga el último aliento de la soberbia española.

Los hacendados miran con terror la república negra de Haití, y se estremecen pensando que cualquier día la bestia negra despierte en Cuba: más de la mitad de la población es negra, y de cuatrocientos mil negros, doscientos noventa mil son esclavos. Los jóvenes piensan en las glorias de Bolívar.

El tema de la independencia es obligado, pero los intentos para lograrla no tienen ni importancia ni posibilidades de éxito. Hay quienes aspiran a una incorporación de Cuba a los Estados Unidos, pero el presidente Monroe es adverso a esta idea. Bolívar y los mexicanos hacen circular el cuento de que preparan flotas para invadir la isla, invasión que sólo detendría el inmediato reconocimiento de la independencia del continente por parte de España. Es una jugada política que enciende en los isleños la esperanza. Hay colombianos que se mueven desde Nueva York hasta La Habana sembrando de pólvora el camino. La logia masónica Soles y Rayos de Bolívar se mueve en la sombra. Llega el momento en que el movimiento separatista parece que va a estallar, pero, al borde de la acción, los conspiradores que se acercan a Bolívar y a Santander reciben de ellos la respuesta de que, aunque simpatizan con la idea, no tienen velas para cruzar el mar. Con ejecutar en la plaza de Puerto Príncipe a dos hijos de Camagüey, Francisco Agüero y Manuel Andrés Sánchez, se quita a las gentes el embeleco de la guerra. Agüero y Sánchez habían ido de las islas a Filadelfia, de Filadelfia a Cartagena, de Cartagena a Kingston, de Kingston a Puerto Príncipe, intrigando en todas partes por levantar recursos para la revuelta. En Cartagena les habían graduado de subtenientes de la marina colombiana...

España va rodando al abismo de estupidez de los Borbones, que sólo han conservado de la divisa de Carlos Tercero, del «despotismo ilustrado», la primera palabra. Fernando VII las emprende contra los constitucionalistas

de Cádiz, contra los liberales, con todas las fuerzas que le dan sus poderes y su fanatismo. En las rogativas que se hacen para restablecer la paz alterada por la sublevación de Riego, van «muchos frailes, ceñidas las espadas por encima de los hábitos, con el crucifijo pendiente del sayal y debajo el puñal, y la cuerda seráfica sosteniendo las pistolas». En España la pelea es peleando, y cuando vienen los «holocaustos de piedad», el monarca no dirige propiamente a un reino cristiano, sino preside una farándula sangrienta en que las ejecuciones no ocurren por decenas ni centenares sino por millares. Tres diputados de Cuba, que habían logrado en las cortes de Cádiz un voto a favor de la autonomía de la isla, salvan el pellejo fugándose a Gibraltar y de Gibraltar huyendo a los Estados Unidos.

Por fortuna, Cuba no es un arrabal de Madrid, y a Cuba no llega el brazo vengador de Fernando VII, que es de corto alcance. Muchos liberales de España se refugian en la isla y encuentran ese delicioso rincón cálido y sensual, en donde las mujeres, como las palmas deliciosas, «nacén del sol a la sonrisa, y crecen, y al soplo de las brisas del océano, bajo un cielo purísimo, se mecen».

En realidad, el gobierno de España ha aprendido muy poco de las guerras de América. Son cada vez más grandes los vínculos de sangre que unen a las familias de la península con las de la isla, son muchos los españoles que se tornan indios cruzando el mar para gozar la tierra de los tabacales y, sin embargo, en ningún otro pedazo de tierra gobiernan los reyes con tan ciega torpeza. Castelar dirá que los reyes que eran constitucionales en España

eran absolutos en Cuba; que los ministros que debían ser responsables en España eran arbitrarios en Cuba. Los diputados que elige Cuba a las cortes de España deben regresar sin cumplir su misión porque a Cuba se le han ofrecido leyes especiales y, mientras no se dicten, los cubanos no pueden hablar en España. Las leyes se demoran sesenta años en llegar. Quienes gobiernan a España no tienen en mientes sino un negocio: el de la esclavitud. Lo que importa a los gobernadores de la isla es hacerse ricos en complicidad con los negreros. En diez años, de 1821 a 1831, trescientas expediciones fraudulentas de negreros, que Inglaterra no logra detener, dejan un balance de sesenta mil esclavos más para la isla. Los gobernadores pueden dignificar su propio negocio, mostrando en la duquesa de Riansares, viuda de Fernando VII, a una negrera accionista de las compañías que hacen el tráfico.

De estas circunstancias va naciendo, como reacción, la rebeldía, ideal de poetas y aventureros. Todos los cubanos que han soñado y soñarán en la libertad son, sin excepción, poetas. Cada diez, cada veinte años, hay alguien que toma a su cargo el promover alguna conspiración. Y siempre ha de ser un iluso, que pague su atrevimiento en el patíbulo o que caiga herido en el combate. Cuba, desde Plácido hasta José Martí, es un símbolo de este destino en la historia de América, que está siempre empujada a empresas fantásticas por hombres de imaginación que, cuando van a hablar, suelen cantar.

Plácido es el primero que cae, en 1844, y está bien que así sea porque en él es más completo el símbolo: además

de poeta tiene sangre negra. A látigo le arrancan la confesión de su delito, y como el negro Pimienta, el músico, y sus demás compañeros, es de los negros libres que mueren por buscar la libertad de los negros esclavos. Tras ellos viene Narciso López, aventurero que terminó su vida en el garrote, y Céspedes y Figueredo, los del grito de Yara, que es como la primera fecha en la independencia de Cuba.

Céspedes se lanza a la lucha con «un bastón de carey de puño de oro». Es el abogado fino y linajudo, que unas veces escribe amorosos poemas, y otros sonetos en donde el paisaje de su tierra, de Bayamo, queda tan bien pintado que las muchachas se lo saben de memoria. Un día Céspedes se lanza a la guerra, y durante diez años se lucha en Cuba con tal violencia, que doscientos mil cadáveres quedan como saldo de la contienda. España promete una paz generosa, que una vez lograda se burla con real felonía. De la lucha quedan algunas estampas bárbaras, como aquello de cierto día en que Céspedes hace ensillar el *Telémaco* y monta para ir a enseñar a leer a los chiquillos del pueblo de San Lorenzo. Céspedes ha perdido el mando, se ha refugiado en los montes y va muy caballero en el *Telémaco*, con su chaleco de terciopelo y su revólver con seis tiros. Los españoles le sorprenden y disparan contra él la fusilería. Céspedes se defiende en retirada por el filo de un barranco. Descarga uno a uno sus cartuchos, reservándose el último. Alguna vez había dicho: «Ruego a Dios me dé valor suficiente para morir con la dignidad con que debe morir un cubano, aunque creo que ese caso no llegará, porque mi revólver tiene seis balas, cinco para los españoles y una

para mí». No hubo tiempo. La bala de Brígido Verdecía le atraviesa el corazón y el cuerpo de Céspedes rueda por el barranco. Cuando sacan el cadáver todavía le queda un cartucho en el revólver.

Perucho Figueredo es también, como Céspedes, de Bayamo, y como él, rico, linajudo, romántico. En tertulias, en logias, Perucho habla de la revolución. En su vieja casa de campo en Bayamo sueña en su Cuba libre, mientras sentado al piano compone aires que luego se hacen populares. Escribe versos, satiriza en caricaturas, dibujadas con maestría. Pone un fondo de música guerrera en su vida: una marcha que él compone y acaricia como su propia Marsellesa y que, sin saber su intención, se toca en todos los pianos, se silba en las calles, la susurran los negros esclavos en la hacienda. La Marcha de Perucho, la llama la gente. Hasta el propio gobernador arrulla a su hijito con esa canción de cuna, sin sospechar que es la canción de cuna de la libertad. Estalla la revolución. En Las Mangas, la hacienda de Perucho, se trabaja día y noche, como en un arsenal, haciendo balas, tratando de montar una fábrica de pólvora. La división que ha formado el revolucionario, La Bayamesa, va reuniéndose en los patios de su hacienda. Por las calles de su propia ciudad de Bayamo, a pleno sol, bien montado en su fino caballo, Perucho pasa veloz, repartiendo la proclama guerrera en que llama a las armas al pueblo. Cuando el gobernador acuerda, el papel inflamante está en todas las manos y Perucho, camino de su hacienda, vuela a alistar el ataque con Bayamo. La Marcha de Perucho canta en el corazón de los patriotas,

y empieza a sonar a desafío. En el cuartel revolucionario hombres y mujeres tratan de combinar una bandera que tenga los mismos colores de la que trajo Narciso López. Para hacerse a un pedazo de trapo azul, Perucho arranca el velo que envuelve el retrato al óleo de su esposa. Para idear la combinación de los colores, se consulta un libro en donde están pintadas todas las banderas. Ya la bandera de Cuba libre está lista. Todos —las niñas, la mujer, los blancos y los negros— juran entregarle sus vidas. Se declaran libres los esclavos, que saltan como diablos alcoholizados gritando palabras africanas, silbando la Marcha de Perucho. Se pone cerco a Bayamo. La matanza es terrible, el triunfo, rápido. Muy pronto las campanas se echan a vuelo y los cañones anuncian la victoria. Perucho grita en la plaza: «¡Viva Cuba libre!». Un coro monstruoso tararea su marcha. El pueblo le pide a voces que escriba la letra. Sobre la cabeza de la silla jineta, conteniendo por un momento su caballo, improvisa las estrofas. Es un momento en que el vocerío se acalla, como se doblan las cabezas cuando alzan a los santos en la misa del domingo. Silencio, que va a nacer la canción de Cuba libre, la canción de Bayamo. Perucho escribe nervioso, y luego canta:

¡A las armas corred, bayameses,
que la patria os contempla orgullosa:
no temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir...!

Ya nadie se acuerda de los muertos. Por las calles avanza el pueblo con su nueva canción. Perucho va a la cabeza, y al lado de Perucho su abanderada. La abanderada es Candelaria, su hija. Tiene dieciséis años.

Viene la larga guerra, los reveses, la persecución. Perucho, enfermo, solo con su criado, se ve cercado por las guerrillas. Se defiende hasta que quema el último cartucho y, ya perdido, trata de suicidarse arrojándose con todo el peso de su cuerpo contra la punta de su sable. Le traicionan sus propias fuerzas. Le atrapan vivo. Desde la capilla en donde espera la sentencia, que habrá de ejecutarse al día siguiente, escribe a su esposa: «Queridísima Isabel: Ayer tarde llegué a esta sin novedad, y ruego a Dios que tú y nuestros hijos gocen de salud. Hoy se ha celebrado consejo de guerra para juzgarme y, como el resultado no puede ser dudoso, me apresuro a escribirte para aconsejarte la más cristiana resignación...».

En la Florida, en Nueva York, en México, en Guatemala, en Bogotá, en Caracas, hay hogares de inmigrantes cubanos que alimentan la llama de su esperanza. Se perdió la primera guerra, pero ahora es más decidida que antes la voluntad de libertar a Cuba. En La Habana, en el teatro, cuando un cómico dice, siguiendo el libreto de *El perro huevo*, «Viva la tierra que produce la caña», uno del paraíso replica: «¡Viva Cuba!», responden los de la cazuela «¡Viva España!», vuelan las sillas, hay vidrios rotos y tiros de revólver. Cuando los voluntarios que se han enrolado en el ejército español desfilan por las calles, desde las ventanas les sonrían irónicos estudiantes y muchachas,

y los voluntarios irrumpen en las casas de los irreverentes para echarlos en la cárcel. Un voluntario recibe cierto papelito de tres condiscípulos que le preguntan: «¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía?». El chico ofendido lleva el papel a las autoridades, y al día siguiente ya están en el presidio los tres firmantes. A quien redactó el papel se le castiga a trabajar seis años en las canteras. Es José Martí. Apenas un niño. En las canteras, reventando piedra bajo un sol de fuego, mueren a su lado, bajo las tareas abrumadoras, duros criminales. Como Plácido, como Céspedes, como Perucho, Martí es un poeta. Y como Perucho, al entrar a la cárcel escribe una estrofa que recuerda la de la Marcha:

La Patria así me lleva. Por la Patria
morir es gozar más.

Cualquier día, un hombre piadoso e influyente saca a Martí del presidio, y le envían desterrado a España. El poeta, el orador, discute en el café, a la salida del teatro, dondequiera que hay dos españoles dispuestos a discutir, es decir: en todo tiempo y lugar. El jovencito es pálido y enfermo, pero tiene un nervio que le carga de electricidad, que le conquista amistades y amores. Parece el último romántico. En La Habana los estudiantes siguen siendo blanco de las iras españolas. Por cualquier pretexto, ocho de Medicina son fusilados y treinta y cinco condenados a presidio. Entre ellos están los amigos de Martí. Martí levanta en Madrid el grito airado de la protesta. Discursos

en las logias, artículos en los periódicos, un pequeño libro. El muchacho que entra a las reuniones como un pálido jovencuelo de ojos brillantes y ancha frente, sale aplaudido, respetado. Le llaman el apóstol.

De España a México, a Guatemala, a Nueva York... Es el itinerario de una vida, siempre la misma, que vive Martí con el mismo ardor, los mismos versos amorosos, los mismos discursos que hacen levantar los corazones de toda América. El grito de Cuba libre es ahora un grito continental. El nombre de Martí, una bandera, lo mismo en Cuba que en México o en Colombia. Viene la hora de actuar. Es increíble, pero este poeta que no hace sino discursos, en la hora oportuna tiene en Nueva York tres naves repletas de municiones. Los generales en proyecto le atienden. Los cubanos le esperan. Hay, naturalmente, un traidor, y el gobierno americano descubre las naves y las confisca. La policía está a la caza de Martí. El hombre vuela a caballo por los caminos, pasa como una sombra por las ciudades, mantiene sus contactos con los conspiradores, rehace con centavos el precario capital de la revolución, convence a todo el mundo. Saben en Cuba que el apóstol está por llegar y se precipita la guerra. Martí arde de júbilo: «Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber... Mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador...».

Ya divisa, en la tarde, las montañas de Cuba, desde el barco frutero que le devuelve a la patria. El mar *está* Caribe. La costa, a tres millas, recibe el tumulto de las olas. En un botecillo van seis hombres. Sobre esa cáscara,

que a veces está suspendida entre el viento furioso, que a veces cae de golpe sobre las olas recias, arde el hombre por llegar. Tocaban la tierra sagrada, y brillan las estrellas en la noche de vísperas.

Es la emoción de Cuba libre que nace entre sus manos, ahora sí, para siempre. Cortando ríos, atravesando montes y pantanos, Martí quiere estar codo a codo con los soldados, sentir él mismo —con su pueblo— la emoción del peligro, confundirse en el riesgo y la lucha con el blanco y el negro, con el estudiante y el veterano, con cuantos aman la libertad. Y cuando viene la batalla, absurdo, temerario, sin que la cabeza pueda frenar a un corazón que galopa, a un corazón que ya no está batiendo el pulso en el reloj de la vida sino convidando a volver a la muerte, se lanza al galope, a la carga, como el primero de la vanguardia, para que el enemigo le deje sobre el campo envuelto en la bandera escarlata de su propia sangre.

Cuando en una parihuela, metido el cadáver en un cajón de tablas sucias, llevan los españoles a Santiago ese trofeo de una batalla que ellos van a perder en el balance último de la guerra, no imaginan que en ese morir por la patria que es vivir, hay una suerte grande para la consagración de Martí. Es el tránsito inmediato a la gloria. La isla es ahora un enorme barco salpicado de sangre, como han estado siempre todos los barcos de las Antillas, que se ve cubierto bajo un pabellón de canciones: son los cantos vivos de José Martí.

Del drama inmenso de la guerra cubana no nos quedó ninguna enseñanza, dice don Ángel Osorio: sólo

nos quedó una zarzuela: *Gigantes y Cabezudos*. La guerra se precipitó como tenía que venir. El gobierno de España hace mofa de Maura o de Pi Margall, que proclaman la necesidad de abrir el compás para que Cuba sea independiente en la misma forma en que lo son y han de serlo todas las antiguas colonias. De esto ríen los de Madrid, y ríen los generales, y ríen los señoritos, mientras en los Estados Unidos se avanza hacia la solución inevitable, que puede significar una mengua para la soberanía de la república en proyecto. Valeriano Weyler, el general a quien España confía la suerte de sus ejércitos, convierte a Cuba en campos de concentración, donde hombres, mujeres y niños, sospechosos de su amor a la libertad, viven como bestias. A diario mueren de hambre o de fiebres centenares de ellos. El cónsul americano anuncia a su gobierno y al mundo que hay cuatrocientas mil personas metidas en estos cementerios vivos. Más de la mitad de la provincia de La Habana está en estos campos.

Tales son las bases en que coloca el gobierno de España la cuestión de Cuba, que por eso se resuelve como se resuelve. Intervienen los Estados Unidos, y España pierde a Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cuba tiene que seguir luchando por la libertad que le negaron los señoritos de Madrid.

Speak softly and carry a big stick.

THEODORE ROOSEVELT

▪ PRELUDIO DEL CANAL DE PANAMÁ

DESDE EL PROPIO DÍA EN que Balboa vio el mar Pacífico, la imagen del canal fue tomando la forma de un sueño que obsesionó a los hombres por espacio de cuatro siglos. Puede afirmarse que este enérgico conquistador, salido del común del pueblo, llevó sobre sus hombros las primeras naves que cruzaron el istmo. Quería explorar el nuevo mar: su mar. Se fue con los macheteros a los montes, cortó los troncos más altos y parejos para mástiles, aserró como pudo las tablas, y sobre los hombros de los indios y los blancos, doblando las cumbres, fue pasándolo todo, vigas, tablas, trapos, clavos, a las orillas de un río donde armó sus barcas para bajar con ellas hasta las aguas azules del mar. Lo que veía él, lo que veían sus compañeros, en los pedazos de cosas que llevaban cuando iban por las trochas del monte, era la nave. Cada cual, en las manos que apretaban el hacha, en los hombros que cargaban los palos, en las espaldas que se inclinaban bajo el peso de los cables, llevaba un pedazo de la nave. Las faldas de los cerros eran un monte tupido, hirviente, en que las ramas de las brillantes hojas

verdes —laureles—, golpeando la frente de los hombres, sirviendo de sombra contra el sol bravo, y de abrigo contra las lluvias torrenciales, fingían olas de un mar vegetal: sobre estas olas avanzaba, balanceándose en la imaginación de los conquistadores, la nave. Cuatro siglos más tarde, los ingenieros rompen el cerro, atan los mares y pasan por el canal los trasatlánticos de hélices mecánicas: esta maravilla no logrará nunca borrar la grandeza de la primera estampa —bárbara, sudorosa, apasionada—, en donde se confunde la violencia de estos hombres guerreros y duros en el candor de sus ensueños de descubridores. La desproporción que hay entre las manos toscas, hombrunas, de Balboa, que se juntan para recibir en un cuenco al más grande de los mares de la tierra, al océano que queda entre ellas palpitando como un pájaro en su nido: la fantasía de armar las naves en las cabeceras de los montes, para meter en ellas la tropa y bajar a reconocer las cosas innumerables, las islas de los huevos de oro y las bahías con sus bancos de perlas: la locura de desplegar los trapos entre la floresta, de tomar el mar por el hilo del río, de acunar el sueño del océano cuando más agarrados estaban por la tierra firme: todas estas cosas son epopeya en la historia del canal.

Buscando el estrecho, el paso directo, se mueven después de Balboa los navegantes, los geógrafos, los ingenieros de todo el mundo. Con sus nombres se puede formar el más completo catálogo de ilusos que recuerde la historia maravillosa de los descubrimientos.

La historia del canal de Suez ocurre de la misma manera. Los dos canales se hermanan en los relatos de

la lucha del hombre por conquistar los mares. Una vez más el Mediterráneo y el Caribe retratan mutuamente sus imágenes en los distantes espejos de sus aguas. Y bajo el nombre de Ferdinand Lesseps las dos palabras se atan en el nudo de una vida que oscila entre la gloria y los abismos de la miseria humana.

Es casi imposible decir cuándo empezó la historia de Suez. El problema del canal, en el viejo mundo y en el nuevo, se impone desde el propio instante en que el hombre se mueve por los istmos de Suez y Panamá. En los mapamundis, las tres gigantescas masas de tierra que son África, Asia y Europa aparecen unidas sólo por el nudito de tierra que se interpone entre el mar Rojo y el Mediterráneo, y como para el hombre en movimiento estas ataduras de la tierra no son sino un estorbo, cortar ese nudo era como lanzar un grito de independencia y libertad. Así lo sintieron los egipcios, los griegos, los asiáticos, desde el día en que abrieron las alas. En las ruinas del templo de Karnak existe una inscripción en que se da cuenta de cómo el canal existía 1.380 años antes de Cristo. Pasó ese canal a la historia, y el faraón Necho intentó uno nuevo: 120.000 hombres murieron trabajando por abrirlo. Pero varias veces, en épocas remotas, las naves pudieron pasar del mar Rojo al Nilo, y de allí al Mediterráneo, cargadas de alcanfor, de perlas, de pimienta, de eunucos...

En tiempos más recientes, en el siglo XV, los venecianos quisieron negociar con Egipto la apertura del canal; Leibnitz, en el siglo XVII, lo recomendaba a Luis XIV; a fines del siglo XVIII, Napoleón quiso hacerlo y ordenó el

levantamiento de los planos; a principios del siglo XIX los saintsimonianos franceses concebían la apertura de los dos canales, el de Suez y el de Panamá, como parte de su plan para recuperar al mundo. Fernando Lesseps buscó el momento oportuno unos años después, interesó en la obra a poderosos y humildes, hizo el canal y, cuando estuvo hecho, el genio de Disraeli le puso la mano con una elegante presteza que hace inolvidable su nombre en los anales del imperio británico.

En la historia de América, los descubrimientos giraron en un principio en torno al mismo problema. El continente iba desplegándose ante los ojos atónitos de los navegantes que no querían tal continente sino un paso directo hacia la India. Fortuna grande para América fue ese pequeño obstáculo que detuvo a los hombres en su carrera... Cuando todo estuvo visto, y se supo que lo que había no era un estrecho sino un istmo, vinieron los proyectos para abrir el paso que olvidó la geografía. Una historia de dos siglos. Hasta el último día, los españoles estuvieron dándole vueltas al problema. Fue una de las causas que motivaron el viaje de los geógrafos Jorge Juan y Antonio Ulloa. Para España la empresa no parecía desproporcionada. No muy lejos de Panamá se había construido un canal de muchas leguas de longitud para comunicar a Cartagena con el río Magdalena. Fue el canal del Dique, en donde docenas de miles de esclavos, cavando en las arenas, abriendo paso en las ciénagas, trabajaron hasta que pudo navegarse con holgura y comunicar el gran puerto con el interior del Virreinato. Y aun hubo quien por cuenta propia intentara

y lograra la comunicación interoceánica. Antonio Cerezo, un cura de Nóvita, hizo un pequeño canal uniendo el río San Juan a un afluente del Atrato: en 1788 por ahí pasaban las canoas de océano a océano. Como en el caso de Suez, también el canal de Panamá tiene estampas de su prehistoria...

El problema inicial era saber por dónde se abriría el canal. Francisco Miranda interesó a Pitt en Inglaterra para que se estudiase la ruta de Panamá. La Condamine, en la Academia de Ciencias de París, propuso la ruta de Nicaragua. Las cortes españolas, en 1814, propugnaron su construcción por el istmo de Tehuantepec. Humboldt señaló nueve rutas posibles: cinco de ellas situadas en diferentes puntos entre Colombia y México. Todo era confuso. Como decía Humboldt, siendo este un problema fundamental para el comercio del mundo, no se había hecho una exploración que sirviera de base a ninguna conclusión científica. Cada cual lanzaba sus ideas al azar. A veces, quienes acertaban eran los menos calificados. Un campesino francés, provenzal, que por cierto delito estaba condenado a galeras, y era el forzado número 1336, dirigió a Franklin un proyecto sobre la paz perpetua. Franklin no pudo menos de entusiasmarse al leerlo, y lo editó. El condenado tenía una clara idea de la navegación en los siete mares, que pudo elaborar a espacio en sus largos años de meditar agarrado al remo del oprobio. «Hay el istmo de Panamá en América —decía— y el de Suez entre Asia y el África, que impiden la unión de los cuatro mares y que obligan a quienes le dan la vuelta al mundo a emplear en

ello tres años, exponiendo sus vidas por mares tormentosos y a veces helados, y tocando en costas inhabitadas. Estos dos istmos hay que cortarlos por dos canales de unos sesenta pies de anchura, treinta de profundidad, en una extensión de unas cuarenta leguas. Por medio de ellos se le podrá dar la vuelta al globo terrestre...».

El propio Goethe no vio el problema con tanta claridad como el condenado. Pero en algunas cosas mostró un olfato digno de un político. «Humboldt —decía Goethe—, con gran conocimiento del problema, señala algunos otros puntos quizá mejores que Panamá, para hacer el canal aprovechando las corrientes del golfo de México. Pero yo me pregunto si los Estados Unidos dejarán que esta oportunidad se les vaya de entre las manos. Para ellos es absolutamente indispensable hacer un paso del golfo de México al océano Pacífico, y estoy seguro de que lo harán...».

Hasta aquí la historia. Ahora, empiezan los proyectos. ¿Por dónde ha de construirse el canal? ¿Por Panamá? ¿Por Nicaragua? ¿Por Tehuantepec? Y no es sólo el problema de la ruta. Aun donde hay istmos más estrechos, están los cerros. En una época de grandes construcciones y de máquinas, la mente se exalta con fantasías ingenieriales. El capitán James Buchanan Eads propone un ferrocarril a lo Gargantúa en el istmo de Tehuantepec, que reciba en el Atlántico los buques y los transporte al Pacífico en enormes plataformas rodantes, «lo mismo que una madre lleva a su hijo en brazos». Sobre seis rieles, y arrastradas por tres juegos de locomotoras, aparecen en los dibujos del capitán las plataformas llevando los trasatlánticos: el proyecto despierta

entusiasmo y podrá verse muchos años más tarde como una de las más lindas estampas de estos tiempos. Otros proponen abrir un túnel: abrir el canal a nivel parece imposible, y mientras los de la escuela mecánica hablan de las esclusas, los de la escuela de construcciones terrestres hablan de túneles. Un francés, Airiau, redacta cierta memoria sobre el canal del Darién, dirigida al presidente de Colombia, en donde lo primero que sorprende al lector, cuando abre el libro, es un plano en colores de la proyectada capital del Darién —la ciudad más grande del mundo—: del centro de una plaza octagonal, que atraviesa el canal, salen las avenidas formando una estrella: todo está adornado con las más geométricas calles y jardines, y en torno a la metrópoli están los bulevares de Antioquia, Cauca, Boyacá, Cundinamarca y Santander, Panamá. Los edificios habrán de mirarse en los espejos del canal, que tiemblan al paso de las naves.

Lentamente va eliminándose la fantasía, y la opinión se fija en los dos puntos del dilema: o Panamá o Nicaragua. Para abrir la ruta de Nicaragua, sucesivamente obtienen privilegios una compañía francesa, el obispo de El Salvador —monseñor Viteri— y una firma de negociantes de Nueva York y Nueva Orleans. Ninguno avanza una pulgada. En Centroamérica, como en todas las antiguas colonias españolas, quizá como en todo el mundo, Francia es la esperanza. En Francia están los hombres de ciencia, de Francia vienen las inspiraciones audaces. En Centroamérica están los románticos. Y los románticos sueñan en liberar a Luis Napoleón, que está prisionero de Luis Felipe en la fortaleza de Ham, traerle a Centroamérica

y ponerle a la cabeza de la más grande obra del siglo: el canal interoceánico, el canal de Napoleón. El ministro de Centroamérica en París, con cualquier pretexto de cortesía, logra visitar al prisionero y le explica el proyecto. Más tarde, Luis Napoleón logra escapar a Inglaterra, toma a pecho la empresa, publica un folleto invitando a la gente amiga del progreso a realizarla y, repitiendo la conocida fraseología, dice: «Como Constantinopla fue el centro del mundo antiguo así ahora...». Pero viene la revolución del 48. Luis Napoleón regresa a Francia, sube a la Presidencia de la República, se corona con el nombre de Napoleón III, y se olvida de Nicaragua. Piensa en México, y ya sabemos lo que le ocurre a su ejército en México, y a Maximiliano, su pretendido emperador.

En los propios días en que Luis Napoleón lucha por la presidencia de Francia, de este lado del Atlántico ocurre un acontecimiento que invierte los términos de la vida en América: el descubrimiento de las minas de oro de California. Hasta la víspera, el canal carecía de sentido americano. Se pensaba en él para pasar al otro océano, siempre con la idea de que el mundo no tenía sino dos centros de interés: Europa y Asia. Por siglos, Europa nunca tuvo otra preocupación sino la de comprar cosas de Oriente: era lo que querían tener los ricos en sus casas, lo que movía la ambición de los burgueses. Por abrir los caminos que comunicaran con el Asia, fueron los comerciantes de Italia a las Cruzadas: por hallar otros más baratos y seguros, Colón descubrió el Nuevo Mundo. Todavía Humboldt, La Condamine, Miranda o el condenado a galeras número

1336, no pensaban en el canal sino para ligar los dos términos de la ineludible ecuación: Europa, Asia. Y, sin embargo, la verdad es otra. Ya la pimienta no vale lo que valía en el siglo xv. El paso al otro océano representa, ante todo, la conquista de América. Quizá pueda el Pacífico, con los siglos, tener ese valor de Europa-Asia que le dieron los eruditos del xvi. Pero hoy su conquista, su fácil acceso, tiene otro sentido: darle circulación a la vida de América. Europa venía considerando a América como una estación de tránsito: tres siglos y medio no le habían hecho comprender que se trataba de un Nuevo Mundo.

El descubrimiento de las minas de California determinó el cambio de criterio. Vino la estampida, la carrera vertiginosa de los americanos del este hacia el Pacífico. La frontera de la América del Norte, que se había movido en trescientos años a paso de tortuga, que en 1800 no pasaba del Mississippi y dejaba la mitad del continente al norte como una pradera reservada a los bisontes y a los indios salvajes, se mueve ahora a toda velocidad. Los carromatos saltan sobre la ondulada llanura entre nubes de tierra, al vuelo de los caballos que azotan enloquecidos los cazadores de oro. Pero ¡caramba si son anchas las llanuras!... No se las acaba de cruzar. Mientras revientan los caballos y brincan los carros y pasan los días, los cazadores que van por tierra ven en su mente febril que otros más afortunados llegarán primero. ¿Cómo acelerar las marchas? Por el mar. Tomando en Nueva York o Nueva Orleans buques de vapor que les lleven a Panamá o Nicaragua, dando un salto sobre el istmo y tomando en el Pacífico el otro buque.

La primera compañía de vapores para la navegación del Pacífico se constituye incidentalmente en vísperas del descubrimiento de las minas. El barco que se envía para inaugurarla, volteando por el estrecho de Magallanes, llega al puerto de El Callao justamente cuando la noticia de las minas se ha regado por el mundo, y cien peruanos entran al buque, para desconcierto y sorpresa del capitán. Cuando llegan a Panamá, quinientos americanos están esperando en el puerto. Los americanos quieren sacar a puntapiés a los peruanos. Las oficinas de la compañía, convertidas en campo de batalla, se ven envueltas en un torbellino de agresivos solicitantes. No hay quien se resigne a perder el primer buque que llegará a San Francisco. Para asegurar su derecho de prioridad, los peruanos, aunque están fritándose con el sol de Panamá, no bajan a tierra a respirar aire libre. Abriendo catres en los corredores, amontonándose en los camarotes, tirándose en el suelo, trescientos sesenta y cinco pasajeros salen para San Francisco. No hay comida, no hay baños. Al buque se le acaba el combustible: sillas, puertas, mesas, se echan al hogar para levantar el vapor en las calderas, pero ni aun así se llega al puerto. El viaje sigue a vela. Se avanza. ¡Ya se ve la boca de la bahía de San Francisco! Un instante después no hay un alma en el barco. Hasta los cocineros saltan como gamos para ir al interior, a las minas, a la riqueza.

Y así sigue la línea de vapores. Son apretados racimos humanos que avanzan lentamente al compás de las ruidosas ruedas del buque, y que se distraen jugando al dado, bebiendo, diciendo horribles palabrotas, concertando

duelos, siempre al borde de la tormenta humana, que se disipa como por encanto en cuanto el buque entra a San Francisco por la puerta dorada. Y los capitanes lo saben: no han acabado de tender las escaleras para bajar a tierra, cuando el buque se vacía y el capitán sólo alcanza a ver el polvo que dejan en la carrera los veloces galgos que van tras el oro.

A tiempo que, de este modo, el paso por Panamá negrea de aventureros, en Nicaragua ocurre lo propio. Una compañía americana que obtuvo concesión para abrir el canal y establecer el tránsito, ve lo de Panamá. Deja de lado el proyecto del canal, y el comodoro Vanderbilt, que es la cabeza de la compañía, se alista para la competencia a toda velocidad. Pronto tiene buques —se dice que son pocilgas flotantes— que van de Nueva York al puerto de San Juan del Norte: por el río San Juan entran los pasajeros en buquecitos que llegan al puerto del fuerte de San Carlos, sobre el lago, y de allí al Atlántico, cuando no a lomo de mula, siguen en los flamantes ómnibus de la compañía, pintados de azul y blanco: los colores de Nicaragua.

Los americanos que van llegando a Panamá encuentran una región quizá más agreste aún que la que Daré conoció en sus días. En tiempo de la Colonia, por ahí corría el camino que seguían hasta los comerciantes de la Argentina, porque el puerto de Buenos Aires, en trescientos años, sólo una vez lo abrieron al comercio libre los españoles. Vino la independencia, y aquello dejó de ser el paso del continente. Las repúblicas nacientes se aislaron. Creció la yerba entre las piedras del camino de herradura.

El gobierno de Bogotá mantiene una lánguida y difícil comunicación con el istmo. A Panamá la muerta, con su fiebre amarilla y sus culebras, no se llega fácilmente. Los franceses han negociado una concesión para construir el ferrocarril, pero el ferrocarril no avanza. Las primeras oleadas de americanos cruzan el istmo en mulas y en canoas, se amontonan en las posadas, están más en un frente de batalla y campamento de gitanos que moviéndose por caminos civiles y habitando en ciudades de verdad. Lo que las gentes ven llegar es una avalancha de locos. Por una parte se forman compañías de transporte a lomo de mula; por otra parte, partidas de ladrones. Los que llegan deben hacer alto en el puerto, y mientras llega el buque, juegan, beben, pelean, vagabundean. De Panamá hacia California se ven habilitadas como buques embarcaciones rudimentarias en que viajan las gentes en racimos.

Unos americanos toman a su cargo la construcción del ferrocarril. Pronto el ferrocarril y la compañía de vapores son una misma empresa. Con una docena de macheteros se empieza a abrir el monte. El calor, los mosquitos, las fiebres, van matando obreros como moscas. Las traviesas se pudren. La compañía varias veces se ve al borde del fracaso. Se importan obreros de todas partes, hasta de la China. Los chinos traen el té y el opio. Los blancos mueren de fiebre: los chinos de nostalgia, suicidándose. Pero al fin la obra se concluye. Al puerto terminal en el Atlántico, que Colombia quiere que se llame Colón, la compañía da el nombre de Aspinwall: el director de la Pacific Mail. Para imponer su punto de vista, el gobierno de Colombia da

orden en la oficina de correos para que devuelvan toda correspondencia que llegue dirigida a Aspinwall, por ser lugar desconocido. Colón queda Colón. Por el ferrocarril pasa todo el oro que California envía a Nueva York. El ferrocarril se convierte en un negocio formidable, y llega a dejar dividendos del 44 por 100. Entre 1856 y 1904 se hace una utilidad de 37.800.000 dólares.

Un día, en abril de 1856, 950 pasajeros esperan en Panamá para embarcarse en los buques de la Pacific Mail. El buque demora esperando a que suba la marea, y se anuncia que no saldrá antes de las once de la noche. Los pasajeros vagabundos se riegan por tabernas y hoteluchos y, tomando, matan las últimas horas. Mujeres y niños aguardan en la sala de espera de la estación del ferrocarril. Jack Olivier está borracho: se acerca a un puesto donde un negro vende sandías, toma una tajada y vuelve la espalda. «¡Mijte! —dice el negro—, ¡vale die centavo!». El místico se ríe y no paga, porque no le da la gana y porque es divertido ver rabiar y llorar a un negro. El negro corre tras el místico. Escándalo, gritería. El negro saca el cuchillo, otro místico le tira una moneda, pero ya es tarde. Se arma la gresca. Los vecinos están con el negro. Los americanos con el blanco. Viene la batalla: los americanos se refugian en la estación del ferrocarril: quince pasajeros y dos panameños quedan muertos en el campo. Además, hay 13 panameños y 17 americanos heridos.

El comisionado americano que investiga el caso llega a la conclusión de que Jack Oliver sacó su pistola contra el negro, pero que otro americano se la arrebató y dio el primer

disparo. El gobernador de Panamá declara que la agresión vino de los americanos, y lo mismo declaran los cónsules de Gran Bretaña, Francia y Ecuador. El comisionado americano aconseja a su gobierno una inmediata ocupación del istmo, de océano a océano, a menos que Colombia asegure la más perfecta protección a los americanos. En consecuencia, se presentan dos buques de guerra que desembarcan sus tropas. No hay nada. No se dispara un tiro, las tropas vuelven a los buques, los buques vuelven a hacerse a la mar.

En Washington las noticias de la pequeña guerra de la tajada de sandía se reciben en los días en que el presidente Pierce, el más joven de los mandatarios que hasta entonces ha tenido la Unión, desarrolla su política de agresivo expansionismo. El «destino manifiesto» de los Estados Unidos es ejercer su imperio sobre la zona del Caribe. Pierce mira a los negros con el criterio de un abierto partidario de la esclavitud. Ha visto con buenos ojos la intervención de Walker en Nicaragua, ha reconocido su gobierno. En Ostende, tres ministros suyos firman un manifiesto pidiendo la anexión de Cuba. Ahora el presidente va a apretar sus tenazas sobre Colombia.

Pierce designa al ministro americano en Bogotá, y al señor Isaac E. Morse, para que presenten «la reclamación». Piden que Colombia declare ciudades libres a Colón y Panamá, que ceda a los Estados Unidos las islas de la bahía de Panamá para bases navales, que transfiera a los Estados Unidos los derechos sobre el ferrocarril y que pague una indemnización por las pérdidas de vidas de los americanos.

Colombia recibe esta demanda con indignación. Viene una larga controversia. Conferencias, cartas. Los americanos estiman en 400.000 dólares el valor de los muertos americanos, que Colombia debe pagar. Después de mucho forcejeo, Colombia se ve obligada a firmar un convenio comprometiéndose a pagar 195.410 dólares por los muertos, 65.070 por otras reclamaciones anexas, 9.277 por «gastos de la comisión» y 142.637 por intereses: total, 412.394 dólares. Es la manera como las grandes potencias suelen, por causas parecidas, hacer sus cobros en la América Latina. En Nicaragua ocurre algo parecido. El capitán del Routh, bajando del lago de Nicaragua al puerto de San Juan del Norte, dispara sobre un boga y lo mata. Uno de los pasajeros, el clásico míster, niega todo derecho a las autoridades locales para que procedan contra un ciudadano norteamericano y hace que los negros vuelvan a sus trabajos, dejando a su perro muerto en el camino. Pero los negros, en la noche, forman un tumulto, y al míster que ha dicho estas cosas le tiran a la cara un botellazo. Y viene la reclamación de la botella. Orden del secretario de Estado en Washington al agente comercial de los Estados Unidos para que exija del gobierno de Nicaragua satisfacciones, e indemnización de 24.000 dólares por el botellazo. Además, instrucciones para que si no tiene éxito ordene el bombardeo de San Juan del Norte. El comisionado cumple. La ciudad es bombardeada, y a lo que queda en pie se le prende fuego. Son cosas de estos tiempos. Tiempos del presidente Pierce. Cuando Pierce sale de la presidencia, y

empieza a apuntar en el horizonte la figura de Lincoln, los negros de Cuba cantan:

¡Avanza, Lincoln, avanza,
que tú eres nuestra esperanza!...

*The pity of it was that Roosevelt could not
be patient enough to do it honestly.*

JAMES TRUSLOW ADAMS

*Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas manos.
Y, pues, contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

RUBÉN DARÍO

▪ GEOGRAFÍA

HUMANA DEL CANAL

ESTAMPA DE COLÓN Y PANAMÁ: la fiebre amarilla, el pobre negro, el borracho blanco, las casas de luz roja, la mesa de tapete verde, los mosquitos. Se dice que por cada traviesa en la línea del ferrocarril ha muerto un obrero: de ahí quizás el que se llame en Colombia «durmientes» a las traviesas. Cuentan que de los techos de las casas caen alacranes, que por debajo de las camas se deslizan las culebras, que los caimanes se pasean por la plaza. Exageraciones, fantasías. Pero el hecho es que el oro de California se transporta por el ferrocarril y los ojos del mundo empiezan a fijarse en el istmo como el camino crucial de las naciones de que habló Bolívar. La zona, por consiguiente, es peligrosa. En Colombia se dice que el país paga cuatrocientos mil dólares por una tajada de sandía que no valía diez centavos para Jack Oliver. Los románticos radicales, que se han reunido para darle una nueva Constitución al país, proponen que la capital se mueva de Bogotá a Panamá: en Panamá —dicen— está el futuro del mundo. Un convencionalista malicioso y cínico, dice: «Fíjense ustedes

que Colombia tiene la forma de un gallo, con Panamá por pescuezo perdemos todo...». Nadie vuelve a mencionar el proyecto.

Del otro lado del Atlántico se acaba de inaugurar el canal de Suez. Lesseps, que es el hombre de las grandes exhibiciones, de la representación, de las inauguraciones, organiza la ceremonia inolvidable. La preside fastuosamente el Khedive. 68 naves de las más diversas banderas pasan del mar Rojo al mar Mediterráneo. A la cabeza va un «cruceiro de reyes»: la emperatriz Eugenia de Francia, el emperador de Austria, el príncipe de Gales, el heredero de la corona de Prusia... La fama de Lesseps cruza los continentes: sobre su pecho no caben las condecoraciones. Gambetta lo consagra «el gran francés». Victor Hugo acuña su frase: «Lesseps asombra al mundo enseñándonos las cosas que pueden hacerse sin las guerras». Europa no tiene sino una religión: la del progreso.

Quinientos buques al año pasan por el canal de Suez. En París se reúne una conferencia de sabios bajo los auspicios de la Sociedad Geográfica. Se han convocado para estudiar la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, abriendo un canal por Centroamérica. Lesseps explica lo que ha hecho en Suez, los sabios convienen en la posibilidad de la obra, la *Société Civile Internationale du Canal Interocéanique du Darién*, propone hacer a su costo los estudios preliminares, se envía un comisionado a Bogotá para que obtenga la autorización provisional para planear la obra. El subteniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse, con un grupo de técnicos, va a Panamá a estudiar el terreno.

De nuevo aparece en el mapa del Caribe el nombre de los Napoleones. Este de ahora es hijo ilegítimo de la princesa Leticia Bonaparte, sobrina de Napoleón, y del amante a quien ella se ha unido, estando separada de hecho de su legítimo esposo el escritor irlandés Thomas Wyse. El hijo, pues, no es Wyse, pero es Napoleón, y listo, enérgico, ambicioso. En pocos días despacha los trabajos técnicos, ve todas sus posibilidades, y a lomo de mula corre a Bogotá, atravesando desde Buenaventura las tres ramas de los Andes que separan el puerto de la capital. Va a obtener la concesión definitiva, logra que el gobierno la otorgue, el Congreso la apruebe y la sancione el presidente, en dos meses de febril actividad. Regresa a Panamá, prepara los proyectos, e inventando presupuestos y detallando con la imaginación las obras técnicas esenciales, se prepara a regresar a París, tocando de paso en Nicaragua y en Washington. Señala cuatro posibles soluciones: el canal profundo a nivel de los océanos, o el canal con esclusas, o el canal con un túnel de diez millas, u otro que sólo requiere un túnel de tres millas y media. Aun este túnel, anota, podría eliminarse con un gasto adicional de 3.000.000 de dólares. «Quitar el túnel —dice— sería un gran alivio para la gente miedosa: pero, ¿vale la pena tomarlas en cuenta?».

Wyse trata de interesar en Nueva York y en Washington a los americanos y los invita al congreso de sabios que se reunirá en París. Habla con el presidente Hayes y sus secretarios en Washington. Sólo en el secretario Evarts encuentra una persona cavilosa y desconfiada, dura de convencer. «Tuve una entrevista difícil con él, porque cree ver,

detrás de este negocio, moviéndose la mano del gobierno francés: no tiene en cuenta que, debido a mis relaciones con la familia imperial, yo tengo que soportar el embate del gobierno de la república».

El congreso de París es una de las asambleas más imponentes y teatrales que puedan imaginarse. 136 sabios, banqueros, políticos, de 36 naciones, ocupan el escenario de la Sociedad Geográfica en el Boulevard Saint-Germain. Abajo, en las butacas, un apretado concurso de señoras. Discursos. Fervor. Trabajos en los comités. Banquetes, muchos banquetes. Durante quince días, este congreso es la atracción de Francia. Napoleón Bonaparte Wyse va triunfando con sus ideas y sus planes, hasta el extremo de que hay quien dice que el congreso se ha hecho sólo para él. En esto hay exageración. A quien se dirigen las miradas es al viejo Lesseps, que con sus setenta y cuatro años gloriosos parece un roble por la dureza, y es una nota de claridad por el gesto cordial, la sonrisa, el saludo con que se inclina ante el saludo de las damas envolviendo las palabras en finísimas galanterías. De los poros le brota optimismo de viejo afortunado.

En la sesión plenaria final, Lesseps se levanta y propone una resolución en que el congreso declara factible la obra del canal interoceánico al nivel del mar, partiendo del golfo de Limón en la bahía de Panamá. La votación para decidir sobre ella se hace nominalmente. Cuando llega el turno de Lesseps, se pone de pie y exclama con profunda voz que llena la sala y queda retumbando en el aire: «¡Voto, SÍ, y he aceptado la dirección de la empresa!».

ovación. Lesseps, y Francia con él, unirán sus nombres a los dos grandes canales del mundo.

La biografía de Lesseps es apasionante. Es uno de esos tipos de gardenia en el ojal y zapato francés de resonante suela, que se forman en el mundo internacional, que saben los secretos de la buena mesa, de los bailes en salones de espejos, de los clubes. Ha sido el gran nadador, el gran jinete, el gran cazador y el gran bailarín. Empieza su carrera como cónsul en Túnez, Alejandría, Barcelona, Madrid. Pasa a ministro en Roma. Se hace amigo de Mohammed Said, el hijo de Abbas Pashá, y cuando Abbas Pashá muere, Mohammed se apresura a invitar a Lesseps a las fiestas de inauguración de su gobierno. Mohammed y Lesseps, jinetes en finos corceles árabes, irán de Alejandría a El Cairo, a través del desierto. Lesseps ha leído la memoria de Le Père, ingeniero jefe de la expedición que nombró Bonaparte para estudiar el canal, y concibe la idea de hacerlo interesando al Pashá. Calculando las palabras que habría de decirle y el momento y lugar de insinuarle la idea, mientras cabalgan por los arenales, Lesseps habla. El Pashá ve que la suerte le sale al encuentro: se vinculará a una de las más grandes empresas de la humanidad; reanudará en Egipto una interrumpida tradición de dos mil años, volviendo a abrir el paso entre los dos mares. En el banquete inaugural, el Pashá se levanta y anuncia la obra al momento del brindis. Lesseps, su amigo, hará el canal.

Y vienen las batallas para vencer la sinuosa oposición de Inglaterra, para librarse de los banqueros que piden el 5 por 100 de comisión por vender las acciones, para

convencer al sencillo pueblo de Francia pidiéndole que le confíe sus ahorros. Lesseps gana todas estas batallas. Tiene una simpatía irresistible que atrae a las gentes humildes y le hace imponerse entre los poderosos. Las 400.000 acciones se suscriben entre el imperio otomano, Mohammed y los mozos de café de Francia. De las 400.000 acciones, 207.111 las compran los mozos, las modistillas, los zapateros en París, en Burdeos, Nantes, Cherburgo... Una noche, Lesseps baja de un coche de punto y al pagar al cochero le ve cierta sonrisa bonachona que bajo el monte de los mostachos tiene la gracia de una burla. «¿Me conoces?». «¿Cómo no he de conocerle, señor Lesseps, si yo soy uno de los accionistas de su compañía?...». Y es lo que Lesseps dice: «Esta gente común que hizo a Suez, ahora hará a Panamá».

Charles Lesseps, hijo de Fernando, no ve tan claro lo de Panamá como lo ve su padre. Napoleón Bonaparte Wyse es un charlatán. No tiene estudios para el trazado. Su padre ya está viejo, no es ingeniero, y sólo sabe de Panamá de oídas. «—En la vida —le dice cariñosamente— no se hace sino un sólo milagro... No te preocupes, hijo: en la mía se realizarán dos». Y Charles, que no cree en la obra, tendrá que ir de ahora en adelante, ciego, tras su padre, porque no le abandonará. Y con esta devoción irá hasta la cárcel. Porque la empresa se convierte en uno de los más grandes escándalos del siglo, llevándose de calle buena parte del prestigio de Francia en el Nuevo Mundo.

Lesseps, aunque es el gran promotor, ha olvidado un detalle: la prensa. Como la prensa no ha recibido las

propinas acostumbradas, se vuelve contra el proyecto. Se publica que Panamá es un moridero. Lesseps resuelve hacer un gesto teatral: ir con su mujer y tres de sus hijos a inaugurar las obras. Una de las atracciones que tienen los paseantes habituales del bosque de Bolonia es ver a Lesseps con su mujer y sus últimos nueve pequeños hijos, paseándose los domingos como una demostración de calor paternal e in exhausta virilidad, que aprecian en todo lo que vale los burgueses, saludando con veneración al señor Fernando y sonriendo a la pluralidad de las criaturas. Y el señor Fernando sale, como lo ha publicado, camino a Panamá. La ciudad se apresta a recibirle: quema pólvora, enciende luminarias. Y en el año 1880, el día de Año Nuevo, Lesseps y su mujer y sus criaturas, y los empleados públicos, y el obispo, y los ingenieros, y los del periódico, se meten en el Taboguilla, un barquichuelo, para ir a la ceremonia formal de la inauguración. Entre almuerzos, besamanos y galanterías se les ha ido el tiempo. Llega la noche y están lejos del punto en donde Tototte Lesseps, con la gracia de sus siete años, deberá dar la primera palada para inaugurar los trabajos. Como el asunto es simbólico, dicen que Tototte metió la pala en un cajoncito de arena, sobre la cubierta del Taboguilla, y el obispo echó la bendición. Así empieza el canal de Panamá.

Lesseps se dirige a Estados Unidos. Visita Nueva York, monta en el elevado, admira el edificio de la Equitable Life, que tiene seis ascensores, va a las estaciones de ferrocarril. Banquetes, discursos, recepciones. Rozagante, torciéndose las puntas del mostacho, goza viendo las cosas del progreso.

Y rectifica un error inicial: el olvido de la prensa. Ahí, se va de bruces. La empresa se convierte en un canal de papel. La publicidad absorbe dinero en forma vertiginosa. Los bancos cobran a razón de 50.000 dólares anuales sólo por prestar sus nombres para las operaciones; Lesseps ya no es el hombre celoso de los centavos que, para librarse de las comisiones que pedían los Rothschild por vender las acciones de Suez, rompió la tradición del mercado haciendo la venta directa. Ahora empieza a soltar el dinero con una ligereza senil. Al comité que se constituye en Nueva York para agenciar compras paga un millón doscientos mil dólares por servicios no prestados. Los céntimos del cochero de París ruedan veloces por los canales ávidos de los comisionistas. En Panamá, después de que Tototte dio la primera palada, las palas no se mueven.

El error fundamental de Lesseps consiste en tomar la decisión de hacer el canal al nivel de los océanos. Durante siete años se trabaja sobre esta base, y se consumen millones de francos sin esperanza. A cada nuevo empréstito, Lesseps organiza conferencias por toda Francia. Van él y su hijo de teatro en teatro. Charles habla. Fernando, sentado en el escenario, aprueba con la cabeza, sonrío. Es el principio de la tragedia. La prensa se declara favorable; rectifica sus primeros ataques: no hay periódico que no reciba dinero de la compañía. El gobierno ayuda. También recibe dinero. Pero pasan los años, no hay montaña de oro que dé abasto para lo que se hace, y el canal no avanza. Ya es tarde, se adopta la idea de las esclusas. Gustav Eiffel, el de la torre de París, las hará.

En ocho años la compañía ha gastado cerca de 13.000.000 de francos en ganar el afecto de 2.575 periódicos. Llega un día en que sólo se ve una solución: obtener del Congreso una ley que autorice para la suspensión de pagos. La ley no pasa. Quiebra la compañía y viene el juicio criminal contra Lesseps y sus socios. Se ventilará en la Alta Corte de París, en atención a que Lesseps es oficial de la Legión de Honor. Lesseps tiene 87 años. Un periódico, *La Libre Parole*, denuncia que para pasar la ley que autorizó los últimos empréstitos, veinte senadores y diputados vendieron sus votos: señala concretamente como autores del soborno al barón de Reinach y a los señores Cottu, Blanc y Arton. El ministro de Justicia hace que se adelante la investigación, y a cada nuevo paso que se da se ven mejor las proporciones monstruosas de un escándalo en que quedan complicados personajes que se han movido por las alturas. Reinach, Herz, Arton son unos judíos de origen alemán. El pueblo, apasionado en un proceso que investiga cómo se han tirado al caño sus ahorros, desencadena una tormenta de odio a los judíos y se origina el proceso contra el capitán Dreyfus. Reinach declara sobre los tres millones de francos que han pasado por sus manos para la publicidad, y después de que estrecha la mano de su amigo George Clemenceau se retira a su departamento, donde muere, al parecer envenenado. Arton, a quien Reinach señala como la persona que manejó directamente el asunto, se fuga a Inglaterra. Después de una espectacular cacería, en que los detectives le siguen los pasos por media Europa, un periodista le descubre: el hombre va a dar a la

cárcel, después de que, con sencillez y cinismo, ha declarado ante los jueces cómo distribuyó los dos millones de francos que le entregó el barón de Reinach: «Yo no he comprado a nadie: he dado cheques por diez, veinte, cincuenta, cien mil francos, en la misma forma en que se obsequia con una caja de cigarros a una persona para quien uno se siente obligado». Herz, el más vivo de la pandilla, se fuga y desde un balneario en Inglaterra se distrae viendo la impotencia de las autoridades para obtener su extradición.

Estas gentes han obrado como banqueros, por el interés de la comisión. El dinero ha salido por las manos de Charles Lesseps de las arcas de la compañía. Ha obrado engeguedido por la obsesión de hacer el canal, no sólo rompiendo rocas en Panamá, sino cavando lodo en París. Confiesa su culpa, y hace su descargo diciendo que su crimen es el de haber sido asaltado por la voracidad insaciable e ineludible de los políticos franceses.

La historia del escándalo abarca volúmenes. Entre quienes llegan a precisar mejor las cosas hay dos escuelas: unos dicen que fueron 150 los diputados que vendieron sus votos; otros que 104. A Floquet, primer ministro, se dice que le han pagado 250.000 francos. Lesseps declara que tuvo que darle 375.000 al del Interior, Baïhaut, y Baïhaut acaba confesándose en forma patética: «Soy culpable: durante quince años he servido a Francia lealmente como diputado y como ministro, llevando una vida irreprochable. Todavía, ahora, no puedo explicarme cómo he podido caer en el pecado...».

El escándalo no tiene límites. Un día el diputado Déroulède tiene el coraje suficiente para decir: «Hay un

nombre, señores diputados, que está en los labios de todos ustedes, pero que ninguno se atreve a pronunciar por miedo de tres cosas: su espada, su pistola y su lengua... pues bien: yo voy a desafiar esas tres cosas y a nombrarlo: ¡¡¡es el señor Clemenceau!!!...». Clemenceau, en efecto, entre otras circunstancias, aparece recibiendo dinero de Herz para su periódico *La Justice*. Viene el desafío. Se cruzan los disparos. En esta ocasión, el señor Clemenceau no hace blanco.

Retrocedamos un momento en esta historia y tomémosla por otro lado. En la Escuela Politécnica de París estudia un muchacho ambicioso, que está resuelto a hacer de su vida una novela, porque lleva en el alma sino de aventurero. Dice que un día, leyendo las noticias sobre la apertura del canal de Suez, le dijo a su madre: «Soy un desgraciado porque no he tenido la oportunidad de vincular mi nombre a esa obra». «No te inquietes —le responde la madre—: Suez está concluido, pero ahí está por hacer el canal de Panamá: puedes hacerlo». En la escuela tiene por compañero a un muchacho que luego pagará bien cara su sangre de judío: Alfred Dreyfus.

Viene el proyecto de Panamá. Empiezan los trabajos. Se alza la figura de Lesseps, y el muchacho, que en este momento recibe su título de ingeniero en la Escuela de Puentes y Calzadas, quiere incorporarse enseguida a esta última grande aventura del siglo. Pero Panamá es una empresa privada, y de acuerdo con los reglamentos de la escuela ha de servir cinco años en trabajos públicos. Va al África, luego a la carretera que se construye entre París y Cherburgo, hasta que se realiza su sueño: Panamá.

Por circunstancias accidentales, llega a ser allí ingeniero jefe. Tiene veintiséis años. Estudia otra vez el proyecto del canal con esclusas y, aunque ya tarde, logra que la compañía francesa lo adopte. Al propio tiempo se inicia en dos aspectos fundamentales de la vida en Panamá: las fiebres y los hombres. Por las fiebres debe regresar a Francia. Y a tiempo que va mezclándose en muchos negocios, ve hundirse a la compañía de Lesseps, y piensa entonces que lo que Lesseps no pudo hacer es lo que el destino le tiene reservado a él. Este ingeniero con alma de mosquetero y negociante, sagaz, ambicioso, conservador, intrigante, se llama Philippe Buneau-Varilla. En el curso de pocos años, y renunciando a su título de ingeniero de la Escuela de Puentes y Calzadas para mezclarse en toda suerte de especulaciones, es ingeniero en el ferrocarril del Congo Belga, trabaja en la regularización de los ríos de Rumania, es presidente de la Compañía del Ferrocarril Madrid-Cáceres-Portugal, se hace uno de los principales accionistas del diario *Le Matin* de París, escribe editoriales, lanza su candidatura para diputado con la idea de empujar a Francia, otra vez, desde la tribuna de la Cámara, a la empresa del canal. Es derrotado en las elecciones y termina publicando un libro: *Panamá — Le passé — Le présent — L'avenir*.

En un tren se relaciona Buneau-Varilla con el conde ruso Sergio Witte, le habla de Panamá y trata de demostrarle que en Panamá está el futuro gran imperio ruso. Así como el canal de Suez es la espina dorsal del mundo anglosajón, y es la continuación de los ferrocarriles que cruzan el continente americano, el canal de Panamá —le

dice— debe ser un desarrollo natural del ferrocarril transiberiano. El conde queda deslumbrado y convencido. Sin vacilar ofrece a Buneau-Varilla que en cuanto llegue a San Petersburgo pondrá el asunto a la consideración del zar...

Mientras las cosas en Rusia avanzan o no avanzan, Buneau-Varilla se dirige a los ingleses y les dice lo mismo que dijo al conde, pero al revés. Porque entonces lo que le importa a Buneau-Varilla es la gloria del imperio británico.

Pero como las cosas en Inglaterra poco avanzan, Buneau-Varilla vuelve los ojos a los Estados Unidos, porque en el canal de Panamá está el futuro de los Estados Unidos, en el cual pone toda su fe el convincente ingeniero...

El interés de Buneau-Varilla en buscar al capitalista lo explica su ardiente deseo por salvar la gloria de Francia. Y otra cosa: al recibir Francia la quiebra de Lesseps, la única solución que se encontró para que no se perdiera todo fue la formación de una nueva compañía, y Buneau-Varilla ha invertido en esta especulación final buena parte de su dinero, que no es poco. La concesión colombiana está por expirar, y si Rusia, o Inglaterra, o Estados Unidos, no entran en una operación cualquiera, y si no consigue la liberalidad de Colombia para efectuarla, el ingeniero perderá su plata.

En Estados Unidos, lo primero que debe hacer Buneau-Varilla es convencer al gobierno y al Congreso de que Nicaragua no es el sitio para hacer un canal, como lo está pensando quizá la mayoría de las gentes. Empieza, pues, el trabajo en los pasillos del Congreso, en los periódicos, en los clubes, en las comidas. Otro aventurero se le asocia: el

abogado Cromwell, de NuevaYork. El público se ha dado cuenta de la urgencia de hacer un canal por una circunstancia incidental: durante la guerra de Cuba hubo que pasar a toda máquina el acorazado Oregón, que estaba en San Francisco, para entrar en la batalla de Santiago: batiendo un récord, hizo las 13.000 millas del recorrido, pasando por el estrecho de Magallanes, en 68 días. Es obvio que mientras subsista esa situación, los Estados Unidos estarán a merced de sus adversarios. Buneau-Varilla publica un folleto. Insiste en la grande equivocación de Nicaragua, donde la obra sería mucho más larga, y en donde habría que hacer el canal cruzando una zona sembrada de volcanes. El mapa que pinta el francés de Centroamérica está lleno de bocas de fuego. Sólo Panamá es tierra firme. El argumento es psicológico. En Martinica acaba de hacer erupción el Mont Pelée, y la ciudad de Saint Pierre ha quedado sepultada bajo sus propias ruinas. El público americano, impresionable de sí, está dominado por la publicidad espectacular que se ha dado a estas noticias. El francés no tiene que hacer una indicación: «Véanse en este espejo, señores amigos del canal por Nicaragua: en Nicaragua les aguarda el Momotombo: en Panamá estamos tan lejos de un temblor, que desde los días en que Morgan asaltó la ciudad, está en pie el arco del templo de Santo Domingo, que fue de lo poco que se salvó de las llamas: ese arco, abierto y fino, se ha mantenido intacto, porque Panamá es tierra firme».

La propaganda de los terremotos es tan intensa que el gobierno de Nicaragua se considera obligado a intervenir. En Nicaragua no hay terremotos ni temblores, dice un

comunicado oficioso, desde 1835. El francés desmenuza esta afirmación, con esta verídica historieta: en 1902 el Momotombo hizo erupción, y con un sentido italiano de tarjeta postal, el gobierno nicaragüense lanzó una estampilla de correos en que aparece al fondo el volcán como un Vesubio y al pie el lago y el ferrocarril. Buneau-Varilla compra en el mercado filatélico de Nueva York cuantas estampillas logra encontrar, y las adhiere a unas finas hojas de papel de esquila que coloca en el pupitre de cada senador en Washington, con una leyenda que empieza:

«Testigo oficial de la actividad volcánica es el istmo de Nicaragua...».

Al fondo, como espectador interesado en estos debates, está un personaje casi mudo: Colombia. Panamá es tierra colombiana, y la república sabe que ahí está la clave de su porvenir. En el escudo nacional está dibujado el istmo, en la base, como un brazo de tierra dorada entre dos mares azules: encima dibujaron los heraldistas el gorro frigio de la libertad, y más arriba dos cuernos de la abundancia. Más que un escudo, aquello parece una estampa de toda la historia de ese pueblo, que empezó a moverse trescientos, cuatrocientos años atrás, y a partir de ese pedazo de tierra, iluminado con la idea de que algún día encontraría libertad y abundancia.

Pero Colombia para organizarse y surgir ha tenido, como todas las repúblicas de la América española, que desangrarse en guerras civiles y pasar por la romántica y heroica anarquía del siglo XIX. Ahora mismo los partidos se debaten en una lucha violenta. Los conservadores, que

son quienes gobiernan, amarraron a su propio presidente, viejo de más de ochenta años, y treparon al vicepresidente, de la misma edad, con esa ligereza y glotonería que suelen avivar las disputas familiares. El nuevo mandatario, escéptico y vacilante, está ya en ese punto de la vida en que si no encuentra la paz en la política sabe que la encontrará muy pronto cuando doble la cabeza sobre el almohadón de piedra.

Desde el balcón remoto de Bogotá, en un altiplano que a veces está por encima de las nubes, se ve un panorama confuso. Esa Francia que apasionadamente se ha venerado como hogar de la inteligencia, cuna de libertades, madre del progreso —todo en sentido superlativo, como cumple a una época romántica—, es ahora el teatro del escándalo. El nombre de Panamá, entre las manos del gran francés que dijo Gambetta, se ha convertido en una palabra sucia, y palabra tabú. El país ve que la tragedia se precipita en forma de pesadilla, porque Colombia no puede moverse. Los ferrocarriles no se construyen por los desfiladeros de los Andes con la facilidad con que se tienden rieles sobre las praderas del Mississippi, y todavía hay que andar en mulas. Más cerca está Panamá de Nueva York, por los vapores del mar, que de Bogotá por caminos de herradura.

Entre ilusos, pícaros, negociantes o agentes progresistas, se planean en Francia o Estados Unidos combinaciones para una empresa que debe hacerse en territorio colombiano. En Washington se llega a un acuerdo para el traspaso de la compañía francesa al gobierno americano, sobre las bases que ha elaborado Buneau-Varilla. Entre el secretario

de Estado y el ministro de Colombia se conviene un tratado, para aprovechar ese acuerdo y hacer el canal, que los dos gobiernos presentarán a la consideración de los Senados en Washington y Bogotá. El ministro colombiano ha hecho cuanto ha podido por obtener buenas bases, pero el texto definitivo del convenio, que en gran parte es la obra del abogado Cromwell de la compañía francesa, no satisface a los colombianos. El convenio de Buneau-Varilla y el tratado de Cromwell colocan, como obvio, en primer término, los intereses de la compañía francesa: los Estados Unidos le pagarán cuarenta millones de dólares, que es pagar bastante por un cadáver. Los franceses pedían 10.141.500 dólares. Pero esto no es lo más grave: son los términos en que está concebido el tratado: Colombia ve disminuida su soberanía en el istmo, y el país se considera en la misma situación en que quiso poner a los Estados Unidos el secretario Hay, cuando firmó el convenio anglo-americano sobre canales en Centroamérica, con el ministro inglés Paucenfote. El Senado americano negó el tratado con Inglaterra en defensa de los intereses de Estados Unidos, y quien movió a esa negativa, en ardiente campaña, fue Theodore Roosevelt. Es un derecho elemental de los Parlamentos.

Ahora el mismo Roosevelt, desde la presidencia, logra que el Senado apruebe en Washington el tratado que se ha firmado con Colombia, y espera que el de Colombia haga lo mismo, pero obligando a Colombia más por la fuerza que por la razón. El presidente es un hombre de avasalladora energía, cazador de tigres, rancharo, que

crea que el destino manifiesto de los Estados Unidos es dominar el Caribe, y mira a los paisecillos de la América Latina como ratas. Un día, Inglaterra, Italia y Alemania bloquean la costa de Venezuela y bombardean dos fuertes para cobrar una deuda, al estilo europeo. Roosevelt deja por un momento de lado la Doctrina Monroe, porque le parece excelente que «le den duro en las nalgas» —son sus palabras— a Venezuela, por sinvergüenza; para que aprendan a cumplir sus compromisos. El presidente se mueve dentro de un insolente optimismo porque su país se está imponiendo en el mundo a causa de su vertiginoso progreso. Inglaterra ha declarado que vería con buenos ojos el que los Estados Unidos asumieran la tutoría de la América Latina, para salir de embrollos y tratar con una potencia responsable.

En Bogotá, el presidente es un hombre de ingenio y pantuflas y gorro de lana, rodeado de guerrilleros y conspiradores. Subió malamente al poder: saldrá de allí peor librado.

Cuando el tratado se lleva al Congreso de Colombia no hay esperanzas de que se apruebe. Los patriotas lo atacan con el argumento de la soberanía. Los prudentes, en el terreno de lo que va a recibir Colombia como indemnización. Todos, porque Washington no habla de discutir sino de imponer. El ministro de los Estados Unidos en Bogotá transmite a su gobierno una sugerencia: que de los cuarenta millones que se le ofrecen a la compañía francesa, diez sean para Colombia, y que en vez de diez por la concesión, se le den quince. Cosa de pesos y centavos, pero

que impresionarán a Colombia, que ha visto a la compañía americana del ferrocarril ganarse en unos años cincuenta millones de pesos. Colombia considera, además, como una ofensa el que se la estime y coloque muy por debajo de la compañía francesa, que aparece como hijo natural de la madre del escándalo. Roosevelt niega de plano toda modificación. «Aunque ya el presidente se había formado un concepto a favor de Panamá —dice Miles P. Duval—, tenía que entenderse con el Senado americano y prepararse para una elección en noviembre».

Otra cosa es que Roosevelt, que determinó al Senado americano a negar el tratado Pauncefote, no acepte que el Senado en Colombia pueda ser un cuerpo deliberante. En la prensa norteamericana se notifica al Senado de Colombia en estos términos: «El presidente Roosevelt ha optado por la ruta del canal por Panamá. No tiene intenciones de iniciar negociaciones con Nicaragua... Las noticias que diariamente se reciben de Bogotá indican que se ha formado una gran oposición al tratado... También llegan informaciones a esta ciudad de que el estado de Panamá está listo para separarse de Colombia y firmar el tratado con los Estados Unidos... Se organizará una nueva república... El presidente de los Estados Unidos estaría pronto a reconocer al nuevo gobierno...». A su turno, el secretario de Estado telegrafía al ministro americano en Bogotá: «Si Colombia rechazara ahora el tratado, o demorara indebidamente su ratificación, la amistosa inteligencia entre las dos naciones quedaría a tal punto comprometida que las providencias que tomaría nuestro Congreso en el próximo

invierno habría de deplorarlas todo amigo de Colombia». Y Buneau-Varilla, que no se cree menos que nadie, cablegrafía al presidente de Colombia: «La no ratificación del tratado abriría dos caminos: o la construcción del canal por Nicaragua... o la construcción por Panamá después de la separación y declaración de independencia del istmo bajo la protección de los Estados Unidos, como sucedió en Cuba...». Se inflama el debate en Bogotá. Las notas del secretario de Estado caen como una bomba. Roosevelt se impacienta y con su lenguaje inconfundible dice al secretario de Estado: «Hágale saber usted tan fuertemente como le sea posible, al señor Beaupre (el ministro americano en Bogotá), que debe mostrar a esas despreciables criaturillas de Bogotá hasta dónde están comprometiendo las cosas y estorbando nuestro futuro». El ministro Beaupre, siguiendo la receta, se dirige al ministro de Relaciones de Colombia, justamente cuando se está discutiendo el tratado, y le escribe: «... Si Colombia realmente desea mantener las relaciones amistosas que existen entre las dos naciones... el tratado que está pendiente debe ser ratificado exactamente como está, sin ninguna modificación».

En Colombia, el Senado niega el tratado.

La reacción de Roosevelt está clara en estas palabras de una carta íntima que dirige al secretario de Estado: «Mi querido John: me temo que tengamos que dar una lección a esas liebres del monte...» —Así llama siempre a los colombianos—.

A su amigo Schurman escribe: «Si el Congreso me diera una cierta cantidad de libertad y una cierta cantidad

de tiempo, creo que podría hacerlo mejor que tomando una acción inmediata. Pero, naturalmente, lo que hará el Congreso es cosa que yo no sé». Y cinco días después escribe al secretario de Estado: «Por el momento, veo dos alternativas: 1, decidirnos por Nicaragua; 2, en alguna forma o por algún medio intervenir en el momento preciso para asegurarnos la ruta de Panamá sin más tratos con esos necios y sanguinarios sobornadores de Bogotá. Yo me inclino a no tener nada más que ver con esa gente de Bogotá».

Desde luego, este es el temperamento del presidente, y el lenguaje de la época. Cuando en los periódicos americanos se sugiere que hay un distanciamiento entre el presidente y su secretario de Estado, el presidente escribe a «su muy querido John» una carta en que le dice: «desde luego no hay ni que pensar por un momento en los periódicos y en otras porquerías que se deleitan inventando cuentos sobre nuestras relaciones...». El senador Hanna escribe a Roosevelt: «Debemos hacer algunas concesiones debido a la situación política de Colombia y a la naturaleza de los animales con quienes estamos tratando...». Contestación de Roosevelt: «No me siento tan seguro como se siente usted de que la única virtud que debemos ejercer sea la de la paciencia. Pienso que sería más provechoso considerar si no sería mejor advertir a estas liebres que por grande que haya sido nuestra paciencia, puede acabarse...».

Desde antes de firmarse el tratado que deberían estudiar los dos congresos, Roosevelt ha tomado medidas. Dos

oficiales americanos que estaban en Venezuela recibieron orden para trasladarse a Panamá en traje de civiles, ocultando su identidad. Deberán mostrar que viajan por su propia iniciativa. Los oficiales cumplen su misión, regresan a Washington e informan al presidente que en Panamá hay la creencia de que estallará una revolución separatista. Buneau-Varilla escribe en *Le Matin* un editorial anunciando que en Panamá habrá revolución, que declarará su independencia de Colombia y que Roosevelt negociará con Panamá, enseguida, un tratado. «Porque los derechos de las naciones como Colombia —dice— tienen un límite: el bien de la humanidad». Y Roosevelt —agrega— actuará fundándose en este principio. Buneau-Varilla envía un recorte de su artículo al presidente, viaja luego a Estados Unidos y se instala en la pieza número 1162 del hotel Waldorf Astoria. En Panamá se ha formado un grupo de amigos de la independencia, y uno de sus líderes, el doctor Amador, va a Nueva York y entrevista a Buneau-Varilla en la pieza 1162. Allí Buneau-Varilla le sugiere un plan completo: Buneau servirá de intermediario para conseguir barcos de guerra para que Colombia no pueda desembarcar tropas y revelar la revuelta. Panamá nombrará a Buneau-Varilla su primer ministro plenipotenciario en Washington y él conseguirá que enseguida se firme el tratado para la construcción del canal. Todo queda aceptado.

Buneau-Varilla se traslada a Washington, conversa con Roosevelt, y queda convencido de que Roosevelt, en cuanto se presente la oportunidad, no habrá de perderla. Roosevelt deja una impresión de esta entrevista en la carta

que escribe a un amigo. «Privadamente, podría decir que me encantaría que Panamá fuese un estado independiente, o que pudiera convertirse en tal en este momento, pero para mí, decirlo ahora en público, sería tanto como una instigación a la revuelta, y por tanto no puedo hacerlo...».

Buneau-Varilla trabaja. Redacta una Constitución y una declaración de Independencia. Inventa una bandera nacional, que su mujer borda. Se tuerce el frondoso moztacho francés y sueña: «Estoy haciendo una república». En Panamá no toman en cuenta estas cosas, pero la verdad es que todos descansan en sus promesas de dinero, de reconocimiento, de apoyo militar. Sin que nada le digan directamente, Buneau-Varilla sabe que Washington mandará los buques, y así lo asegura a los panameños. Ningún hombre parece haber practicado mejor que él el arte de la lectura entre líneas, ni haber tenido mayor precisión para oír las palabras que no se dicen.

A Colón llegan algunas tropas colombianas. Es algo incidental. De revolución no hay nada. Las tropas deben pasar de Colón a Panamá, y de allí, quizás, a la frontera con Costa Rica. Míster Shaler, el encargado del ferrocarril en Colón, recibe a los oficiales, les atiende muy gentil en el carro de lujo, y hace partir la locomotora. «¿Y las tropas?», preguntan los oficiales. «Yo se las hago seguir en el próximo tren». Llegan los oficiales a Panamá. Solemne recepción en la casa de Gobierno. Los oficiales encantados, pero no han venido a eso. Hacen que el propio gobernador pida al ferrocarril el transporte de las tropas. Del ferrocarril: «No las transportamos si no pagan adelantado los pasajes».

Los oficiales: «Se pagan los pasajes en el acto, pero hagan ustedes que vengan las tropas». Dice el gobernador: «No se preocupen ustedes, que ya vienen...». No llegan: es la contribución de mister Shaler para que la revolución ocurra sin derramamiento de sangre... La revolución no ha estallado.

Mister Loomis, el amigo de Buneau-Varilla, secretario del Departamento de Estado, envía de Washington un telegrama angustioso al cónsul americano en Panamá: «Comunican que ha habido un levantamiento en el Istmo. Mantenga a este departamento rápida y completamente informado». Respuesta del cónsul: «Levantamiento aún no ha ocurrido. Dicen que será en la noche...».

Y estalla la revolución. Ni un muerto. Un minúsculo cañonero de Colombia que logra aproximarse dispara los seis únicos tiros que tiene y caen en las calles de la ciudad un chino y un burro. Dos buques de guerra americanos, de acuerdo con el plan, se sitúan automáticamente a la entrada del puerto para impedir el desembarco de las tropas colombianas: son el Mashville y el Dixie. El 6 de noviembre —un día, 17 horas y 41 minutos después de que se recibe en Washington el informe del cónsul americano sobre la revolución—, el secretario de Estado declara: «El pueblo de Panamá, por un movimiento aparentemente unánime, ha disuelto sus conexiones políticas con la República de Colombia y asumido su independencia». Y enseguida imparte instrucciones al ministro americano en Bogotá para que notifique al gobierno colombiano que los Estados Unidos han reconocido a la nueva república y que

lo mejor sería que Colombia entrara en relaciones con el nuevo estado.

Sobre la marcha, Buneau-Varilla es nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Panamá ante el gobierno de los Estados Unidos. El 13 de noviembre Roosevelt le recibe oficialmente en la Casa Blanca. El 15 —domingo— recibe del secretario Hay el proyecto de tratado. El 16, a las diez de la noche, Buneau-Varilla ha terminado el texto completo y definitivo, que devuelve el 17 al secretario de Estado. Cuando la comisión de juristas que Panamá envía para revisar el texto de un tratado que ha de decidir de su vida futura llega a Nueva York, Buneau-Varilla les telegrafía: «Quédense ustedes allá y no digan a qué vienen...». El 18, con gran solemnidad, se firma el tratado entre el secretario Hay y Buneau-Varilla, a nombre de los dos gobiernos. Usan el tintero que fue de Lincoln y, para sellos, Hay ofrece dos anillos a elegir: el que llevaba lord Byron el día de su muerte, o el del escudo de armas de la familia Hay. Buneau-Varilla sella con el anillo de los Hay: Hay con el de lord Byron. Al abogado que ayudó a Buneau-Varilla a perfeccionar el texto del tratado, el domingo en la noche, se le pagan diez mil dólares. El 24 se envía el tratado en el barco que sale de Nueva York para Colón. El buque llega a Colón el 1 de diciembre. El 2 aprueba el tratado el gobierno de Panamá. El 4 se devuelve con todos los sellos. El 7 Roosevelt abre el Congreso con un mensaje en donde cuenta lo que ha pasado. Aunque el escándalo de Panamá es otra vez mayúsculo, y aun llega a pedirse en el Senado que se abra una investigación sobre

los procedimientos de Buneau-Varilla, se aprueba el tratado y no se hace la investigación. Después de todo Buneau es representante oficial de una nación amiga.

Comentario de Roosevelt, en una carta al director del *OutWest*, periódico de Los Ángeles: «... Acerca de este negocio de Colombia, mi impresión es que si algo ha habido es que no fui tan lejos como he debido. Fuera de Turquía no existe un despotismo igual en el mundo como el de la llamada República de Colombia, bajo su actual dirección política y eclesiástica... A los peores caracteres de la España del siglo XVII, y de lo peor de España bajo Felipe II, Colombia ha agregado su propio escuálido salvajismo y ha combinado con exquisita escrupulosidad las peores formas de despotismo y de anarquía, de violencia y de necia fragilidad, de lúgubre ignorancia, crueldad, felonía, codicia, y absoluta vanidad. No puedo sentir mayor respeto por un país semejante...». Estas discretas expresiones de Roosevelt tienen como causa el que el Congreso de Colombia no aprobó un tratado que no juzgó bueno.

A los tres meses y veinte días de haberse declarado la independencia de Panamá, el Senado de Washington aprueba sin ninguna modificación el tratado de Buneau-Varilla, por 66 votos contra 14. El 25 se canjean las ratificaciones. Buneau-Varilla escribe: «He defendido la obra del genio francés; he vengado su honor; he servido a Francia». Dos meses después la Tesorería de los Estados Unidos extiende un cheque por cuarenta millones de dolares a favor de la compañía francesa. «El gran misterio que ha quedado —escribe Flagg Bemis— es el de saber quién cogió los

cuarenta millones». Buneau-Varilla se retira de la diplomacia, renunciando a su puesto de ministro: su misión está cumplida; dice no haber tomado sino un poco más de cien mil dólares, valores de sus acciones. Francia le hace oficial de la Legión de Honor.

En 1906 la Academia de Suecia distingue a Roosevelt con el Premio Nobel de la Paz. En 1911, en la Universidad de California, con la toga académica cayendo de sus anchos hombros, habla Roosevelt ante la juventud americana congregada en el teatro griego del hermoso *campus*. Ya la obra del canal está por terminarse y pronto se unirán los mares. Roosevelt, con voz resonante y palabra sarcástica, dice entre las risas y los aplausos de los oyentes: «Afortunadamente la crisis vino en un momento en que yo podía actuar sin impedimentos. En consecuencia, yo cogí el istmo, inicié el canal, y dejé al Congreso para que discutiera ya no sobre el canal, sino sobre mí...».

Pasan los tempestuosos tiempos del imperialismo. Roosevelt se va a las selvas del Brasil a explorar, a matar culebras y caimanes. Wilson sube al poder. Es él quien, oprimiendo desde Washington un botón eléctrico, hace volar la última roca para que las aguas de los mares se junten. Pero su actitud internacional es de rectificación. Frente a Colombia reconoce que Roosevelt procedió con violencia. Condena al imperialismo en los discursos. Se proyecta un tratado que empieza con una cláusula en que el gobierno americano expresa su sincero pesar por lo ocurrido. Cuando Roosevelt, de vuelta de la selva, encuentra la nueva situación, estalla con estas palabras: «El tratado

que se propone es un crimen contra los Estados Unidos. Es un ataque al honor nacional que, si se aprobara, dejaría convictos de infamia a los Estados Unidos... La indemnización que se propone sólo podría justificarse sobre la base de que el país ha hecho el papel de un ladrón, o ha actuado como depositario de cosas robadas...».

El Senado americano sólo aprueba el tratado en 1922, cuando hace ya tres años que Roosevelt ha muerto.

El canal es una realización magnífica. Francia pagó la experiencia. Colombia recibió el golpe. Gorgas mató los mosquitos, se hicieron las esclusas, pasaron los buques. Es como de maravilla, o como de teatro infantil, ver de lejos, desde las carreteras de la zona, cómo entran los enormes trasatlánticos, suben de nivel en las esclusas, y van luego del Atlántico al Pacífico, del Pacífico al Atlántico, arrastrados por unas mulitas mecánicas. Parecen elefantes, que unos perritos llevaran tirados de cadenas. Truslow Adams, el gran historiador de los Estados Unidos, sólo deplora que Roosevelt no hubiera tenido la paciencia necesaria para haber hecho las cosas con honradez. Bemis anota: «La intervención de 1903 es, en realidad, la mancha negra en la política latinoamericana de los Estados Unidos y, además, una gran mancha negra». En Nicaragua no se hizo nada, pero de Nicaragua salió la expresión lírica en que la América española condenó a Roosevelt. Para las gentes de esa América, el apóstrofe de Rubén Darío representa lo que los poemas de Whitman para la América del Norte.

▪ PRÓLOGO DE LA VIDA

ESTE LIBRO DE HISTORIA, como todos los libros de historia, ha de cerrarse, paradójicamente, con un prólogo, porque al final de la historia está el prólogo de la vida.

El siglo xx tiene ya 44 años. Es edad madura para un siglo, y más para un siglo en que la vida se mueve a velocidades vertiginosas. Y, sin embargo, lo que será del siglo xx en la historia aún es una incógnita. Las guerras han logrado alcanzar una nueva dimensión: ahora son intercontinentales, se pelea en los siete mares, en los cinco continentes, en el fondo de los océanos y en el aire. ¿Por qué se pelea? ¿Qué se busca? El hombre no puede vivir en paz, no puede mantenerse quieto, tiene que luchar por algo. Si ha de haber paz, la paz tendrá que ser activa, los motivos de la lucha han de mantenerse vivos para darle empleo a la ambición del hombre, a su ingenio, a su espíritu inestable.

¿Qué queda atrás, al fondo de estos relatos de la vida del Nuevo Mundo? Historias de bandidos dirán algunos. Porque en el mundo, los pueblos no se mueven como los

coros celestiales, y en medio de la lucha las pasiones humanas salpican de sangre y hasta de lodo más de una página en el libro de los anales. Pero debajo de esa turbia muchedumbre que lleva cuatro siglos de estar moviéndose en el subterráneo de la vida americana, ha corrido la savia de aspiraciones más altas. La historia de los ideales de América es una historia del pueblo. A veces el pueblo ha encontrado conductores generosos, a veces sus capitanes han sido bandidos, a veces el adalid ha sido a un mismo tiempo fuego purificador y fuego exterminador. Pero del fondo de estos contradictorios elementos ha salido el Nuevo Mundo como la promesa de los hombres libres.

El pueblo de América ha pasado por una serie de etapas de superación. En el siglo XVI tuvo la ambición de conquistar un mundo, en el XVII la de confundir su sangre con la del mundo conquistado, en el XVIII la de alcanzar su libertad, en el XIX la de afianzar su independencia. Son fragmentos de una palabra —democracia— que aún sigue siendo sólo una fórmula, una esperanza, un ideal de la lucha para el hombre. Sólo habrá democracia cumplida cuando haya justicia para los humildes. Cuando haya, no tolerancia: respeto para el prójimo. Capacidad para trabajar y convivir en una comunidad de hombres diversos.

El Caribe ha sido el charco violento por donde se han paseado todos los huracanes. Seguirá siéndolo en el futuro. El ideal de los caudillos era revolver las aguas y dominar los pueblos. El ideal de los pueblos es conquistar su libertad y la justicia. El destino manifiesto de América no se considera hoy como la ambición imperial de un Estado,

sino como la imposición de los ideales democráticos en el hemisferio. Desde Alaska hasta la Patagonia, así lo entienden cuantos habitan estas tierras. Repasando las leyendas de los héroes, siguen cantando en las islas las gentes morenas, y las cobrizas y las blancas:

¡Avanza, Lincoln, avanza,
que tú eres nuestra esperanza!

Y las naves de alegres banderas de colores que se lanzan hoy al mar de las tormentas sí son naves del pueblo, navegan bajo el amparo de las mismas palabras que entregó Bolívar por escudo a sus guerreros en el momento de lanzarse a la batalla: «La libertad de América es la esperanza de la Humanidad».

Cuba libre, Costa Rica democrática, Venezuela redimida, México batallador, Martinica vocinglera, Estados Unidos todopoderosos, Panamá corazón de la rosa de los mares, Guatemala que viene del más remoto sueño de los indios, Colombia henchida de la emoción de la República, Haití musical, Puerto Rico el de Ponce de León, Santo Domingo el de Colón, Nicaragua la de Darío, Honduras tantas veces oprimida. Islas menudas, grandes continentes, pequeñas repúblicas, todos se miran en esta agua y ponen en ellas su temor y su esperanza.

Las islas, las pequeñas repúblicas, están sembradas de dictadores, de caudillos bárbaros que son los últimos sobrevivientes del siglo XIX. Ellos no subsistirán. Uno a uno irán cayendo por el empuje de los pueblos. Ya se les ve

a muchos bambolearse sobre las olas oscuras del pueblo, vestidos con sus casacas de opereta, sus sables de lata, sus pechos de medallas. El siglo xx no ha dicho todavía su última palabra. Pero como en la madurez del mar Mediterráneo se vio salir de sus aguas el cuerpo de la Venus rediviva, las cálidas brisas del Caribe se preparan a jugar con las banderas de la democracia para que floten al viento como la esperanza de los pueblos de América, como la promesa de las palabras de Bolívar.

▪ BIBLIOGRAFÍA

▪ DEL MAR GRECOLATINO AL MAR DE LOS CARIBES

- C. F. Young, *The Medici*, New York: Modern Library, 1933.
- Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, New York: The Modern Library, 1933.
- Emil Ludwig, *The Mediterranean: Saga of a Sea*, New York and London, Whittlesey House, McGraw-Hill Book Company, 1942.
- Francisco Adolfo de Varnhagen, *Amerigo Vespucci, son caractère, ses écrits, et ses navigations, avec une carte indiquant les routes*, Lima: Mercurio, 1865.
- Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid: Imprenta Real, 1829.
- Stefan Zweig, *Amerigo, a Comedy of Errors in History*, New York: The Viking Press, 1942.
- Wilhelm von Bode, *Sandro Botticelli*, New York: Charles Scribner's Sons, 1925.

▪ RELATO DE CRISTÓBAL EL DESVENTURADO

Andrés Bernáldez, Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel*, Sevilla: José María Geofrin, 1870.

Alexander von Humboldt, *Colón y el descubrimiento de América*, Madrid: Biblioteca Clásica, 1926.

Duquesa de Berwick y de Alba, *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón*, Madrid: 1902.

Fernando Colón, *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, Madrid: Tomás Minuesa, 1892.

Manuel Serrano y Sanz, *Orígenes de la dominación española en América*, Madrid: Bailly-Balliere, 1918.

Martín Fernández de Navarrete, *op. cit.*

Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Buenos Aires: Sudamericana, 1940.

Samuel Eliot Morison, *Admiral of the Ocean Sea*, Boston: Little Brown & Company, 1942.

William Hickling Prescott, *History of the Reign of Fernando and Isabella, the Catholic of Spain*, London: Richard Bentley & Son, 1849.

▪ SANTO DOMINGO, O EL MUNDO QUE NACE

Fray Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, Madrid: Miguel Ginesta, 1875.

Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid: Real Academia de Historia, 1853.

Manuel Serrano y Sanz, *op. cit.*

Martín Fernández de Navarrete, *op. cit.*

Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos v*, Pamplona: Bartholome Paris, 1634.
William Hickling Prescott, *op. cit.*

▪ EL PACÍFICO, COSAS QUE LOS DEL PUEBLO DESCUBREN

Ángel de Altolaguirre, *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid: Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1914.
Fray Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*
Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*
José Toribio Medina, *El descubrimiento del océano Pacífico*, Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1913.
Manuel José Quintana, *Vida de españoles célebres*, París: Baudry, 1845.
Manuel Serrano y Sanz, *op. cit.*
Martín Fernández de Navarrete, *op. cit.*
Pietro Martire d'Anghiera, *De orbe novo decades*, Sevilla: Crombrerger, 1511.

▪ RETOZOS DEMOCRÁTICOS BAJO CARLOS V EL MELANCÓLICO

Alonso de Santa Cruz, *Crónicas del emperador Carlos v*, Madrid: Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares, 1920-1922.
Bernal Díaz del Castillo, «Verdadera historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España», en *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid: Manuel Rivadeneyra, 1853, tomo II.
Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Madrid: The Hispanic Society of America, 1914.

- Francisco López de Gómara, «La conquista de México», en *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid: Manuel Rivadeneyra, 1852, tomo I.
- Hernán Cortés, «Cartas de relación de Fernando Cortés», en *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid: Manuel Rivadeneyra, 1852, tomo I.
- Miguel M. Lerdo de Tejada, *Apuntos históricos de la heroica ciudad de Vera Cruz*, México: I, Ignacio Cumplido, 1850-1858, 3 vols.
- Prudencio de Sandoval, *op. cit.*
- William Hickling Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, London: Richard Bentley, 1849.

▪ EL DORADO Y LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

- Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y relación de la jornada que hizo a la Florida*, Madrid: Espasa-Calpe, 1922.
- Barnard Shipp, «The Elvas Account of De Soto from the Beginning of his Enterprise to his Arrival and Encampment in Florida», en *The History of Hernando de Soto and Florida*, Philadelphia: Collins, 1881, pp. 614-620
- Germán Arciniegas, *El caballero de El Dorado*, Buenos Aires: Losada, 1942.
- Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*
- Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida del Ynca: Historia del adelantado Hernando de Soto*, Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1605.
- Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla: Juan de León, 1590.
- Leonard Olschki, «Ponce de León's Fountain of Youth: a History of a Geographical Myth», en *Hispanic American Historical Review*, agosto de 1941, pp. 361-385.

▪ COMIENZA EL ZAFARRANCHO
CON PIRATAS DE FRANCIA Y
AVENTUREROS ALEMANES

Albert Frederick Pollard, *Henry VIII*, London: Longmans, Green & Company, 1934.

Alonso de Santa Cruz, *op. cit.*

Francisco López de Gómara, «Anales del emperador Carlos v», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid: Fortanet, 1913, vol. LXII.

François Rabelais, *Gargantua et Pantagruel: Oeuvres complètes*, Paris: F. Roches, 1929, 5 vols., vols. I y II.

François-Auguste Alexis Mignet, *Rivalité de François 1^{er} et de Charles Quint*, Paris: Didier et Cie, 1875.

Germán Arciniegas, *Los alemanes en la conquista de América*, Buenos Aires: Losada, 1941.

Henri Lemonnier, *Histoire de France*, Ernest Lavissee, éditeur, Paris: Paul Brodard, 1904, vol. v.

Henry M. Baird, *The Rise of the Huguenots of France*, New York: Charles Scribner's Sons, 1879.

Inca Garcilaso de la Vega, *op. cit.*

James Carson Brevoort, *Verrazano the Navigator*, New York: The Argus Company, 1874.

Leonard Olschki, «The Columbian Nomenclature of the Lesser Antilles», en *Geographical Review*, noviembre de 1943.

W. Adolphe Roberts, *The French in the West Indies*, Indianapolis: Bobbs-Merrill Company, 1942.

▪ LA REINA DE INGLATERRA Y SUS CUARENTA LADRONES

- A.E.W. Mason, *The Life of Francis Drake*, New York: Doubleday, Doran & Company, 1942.
- Ernesto Restrepo Tirado, «Documentos del Archivo de Indias», en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: 1933, vol. xx.
- Francis Hackett, *Henry the Eighth*, New York: Horace Liveright, 1929.
- Fray Pedro Simón, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales*, Bogotá: Medardo Rivas, 1882.
- Geoffrey Callender, *The Naval Side of British History*, London: Christophers, 1924.
- John Ernest Neale, *Queen Elizabeth*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1934.
- James Anthony Froude, *English Seamen of the XVI Century*, London: Longmans, Green & Co., 1923.
- Joan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de Yndias y su conquista*, Madrid: Hernández, 1878.
- John Sparke y John Hawkins, *Narratives*, London: Hakluyt Collection, 1893.
- Juan de Castellanos, *Discurso del capitán Draque* (con prólogo, notas y documentos de Ángel González Palencia), Madrid: Instituto de Valencia de D. Juan, 1921.
- Julian S. Corbett, *Drake and the Tudor Navy*, London: Longmans, 1898.
- Lady Elliot-Drake, *The Family and Heirs of Sir Francis Drake*, London: Smith, Elder & Company, 1911, 2 vols.
- Lope de Vega, *La Dragontea*, Valencia: 1598.
- Pedro Henriquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires: Instituto de Filología, Universidad de Buenos Aires, 1936.

- R. A. J. Walling, *A Sea-Dog of Devon: A Life of Sir John Hawkins*, London: Cassell and Company, Ltd., 1907.
- Sir Francis Drake, *The World Encompassed*, London: Hakluyt Society, 893.
- Zelia Nuttal, *New Light on Drake*, London: Hakluyt Society, 1914.

■ EL DORADO, PRINCIPIO Y FIN DEL SIGLO DE ORO

- Fray Antonio Caulín, *Historia coro-gráfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del Rio Orinoco*, Madrid: Juan de San Martín, impresor de la Secretaría de Estado, y del Despacho Universal de Indias, 1779.
- Fray Pedro Simón, *op. cit.*
- Irvin Robert H. Schomburgk, *The Discovery of the Empire of Guiana by Sir Walter Raleigh*, London: Hakluyt Society, 1848.
- — —, *The History of the World (with the Life and Tryal of the Author)*, London: 1687.
- — —, «*His Last Speech*», en *The World's Best Orations*, David J. Brewer, editor.
- J. A. Van Heuvel, *El Dorado*, New York: J. Winchester, 1844.
- John Ernest Neale, *op. cit.*
- Joseph Gumilla, *El Orinoco ilustrado*, Madrid: Manuel Fernández, 1741.
- Juan Flores de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, Madrid: Joseph Fernandez de Buendía, impresor de la Real Capilla de Su Majestad, 1674.
- Lytton Strachey, *Elizabeth and Essex*, New York: Harcourt Brace & Company, 1928.

▪ EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS SIETE COLORES

Arthur Percival Newton, *The Colonizing Activities of the English Puritans*, London: Oxford University Press, 1914.

E. A. Cruickshank, *The Life of Henry Morgan*, Toronto: Macmillan Company of Canada, 1935.

James Burney, *History of the Buccaneers of America*, London: L. Hansard & Sons, 1816.

John Exquemeling, *The Buccaneers of America*, London: G. Allen & Company, 1684.

John Fiske, *The Dutch and Quaker Colonies in America*, Boston: Riverside Pocket edition, Houghton Mifflin Company, 1903.

John Lothrop Motley, *The Rise of the Dutch Republic*, London: George Routledge and Sons, 1899.

Lenis Blanche, *Histoire de la Guadeloupe*, Paris: Maurice Lavergne, 1938.

Philip Ainsworth Means, *The Spanish Main Focus of Envy 1492-1700*, New York: Charles Scribner's Sons, 1935.

Walter Adolphe Roberts, *The French in the West Indies*, Indianapolis: The Bobbs-Merrill Company, 1942.

▪ LA ISLA DE CROMWELL, EL PROTECTOR, Y MORGAN, EL PIRATA

Charles Strachan Sanders Higham, *The Development of the Leeward Islands under the Restoration*, Cambridge: University Press, 1921.

E. A. Cruickshank, *op. cit.*

Edward Long, *The History of Jamaica*, London: T. Lowndes, 1774.

James Burney, *op. cit.*

John Exquemeling, *op. cit.*

Thomas Gage, *A New Survey of the West Indies*, London: E. Coates, 1655.

Vincent T. Harlow, *A History of Barbados*, Oxford: Clarendon Press, 1926.

Walter Adolphe Roberts, *The Caribbean: The Story of our Sea of Destiny*, Indianapolis: The Bobbs-Merrill Company, 1940.

▪ LA RIÑA DE GALLOS

Jean-Baptiste du Tertre, *Histoire général des Antilles habitées par les François*, Paris: Thomas Jolly, 1667-1671.

Jean-Baptiste Labat, *Nouveau Voyage aux îles de l'Amérique*, La Haye: P. Husson. T. Johnson. P. Gosse. J. Van Duren. R. Alberts. & C. Le Vier, 1724.

Jean Bernhard Desjeans, *A Genuine and Particular Account of the Taking of Carthagena by the French and Buccaneers, in the year 1697*, London: Oliver Payne, 1740.

Jerónimo Becker y José María Rivas Groot, *El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*, Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1921.

John Fiske, *op. cit.*

Nellis M. Crouse, *The French Struggle for the West Indies*, New York: Columbia University Press, 1943.

Walter Adolphe Roberts, *The French in the West Indies*, Indianapolis: The Bobbs-Merrill Company, 1942.

▪ EN COPENHAGUE, COMO EN
EDIMBURGO, HAY QUIENES
SUENAN SOBRE LA ROSA DEL MAR

Edward Long, *op. cit.*

Francis Russell Hart, *The Disaster of Darien*, Boston: Houghton Mifflin Company, 1929.

Frank Cundall, *The Darien Venture*, New York: Hispanic Society of America, 1926.

George Pratt Insh, *The Company of Scotland Trading to Africa and the Indies*, New York: Charles Scribner's Sons, 1932.

Gerstle Mack, *The Land Divided*, New York: Alfred A. Knopf, 1944.

Graham Balfour, *The Life of Robert Louis Stevenson*, London: Methuen, 1901.

James Samuel Barbour, *William Paterson and the Darien Company: Original Letters and Official Documents*, London: W. Blackwood & Sons, 1907.

Waldemar Westergaard, *The Danish West Indies under Company Rule*, New York: The Macmillan Company, 1917.

William Lee, *Daniel Defoe: his life, and recently discovered writings, extending from 1716-1729*, London: John Camden Hotten, 1869, 3 vols.

▪ CANCIÓN DE CUNA DEL
MISSISSIPPI

Charles Gayarré, *History of Louisiana*, New Orleans: 1885.

Hodding Carter, *The Lower Mississippi*, New York: Farrar & Rinehart, 1942.

Walter Adolphe Roberts, *op. cit.*

▪ **LOS CABALLERITOS, LA
ENCICLOPEDIA Y EL SOMBRERO
DE TRES PICOS**

Antonio Cánovas del Castillo, *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España*, Madrid: Fortanet, 1911.

Antonio Ferrer del Río, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid: Matute y Compagni, 1856.

Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*, Madrid: Carlos Bailly-Baillièrre, 1868-1878.

Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*

Ramón de Basterra, *Una empresa del siglo XVIII: Los navíos de la Ilustración*, Caracas: Imprenta Bolívar, 1925.

▪ **RELATO DEL ALMIRANTE INGLÉS
Y EL COJO DON BLAS**

Anónimo, *A Journal of the Expedition to Carthagena*, London: J. Roberts, 1744.

Clayton C. Hall, «Maryland's Part in the Expedition against Carthagena», en *Hispanic American Historical Review*, mayo de 1943.

Edward Vernon, *An Account of the Expedition to Carthagena in 1740*, London: reimpresión en Edinburg, 1743.

Francis Russell Hart, «Ataques del almirante Vernon al continente americano», en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: año 11, n.º 129, julio de 1917.

José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Bogotá: F. Mantilla, 1869.

Leander McCormick Goodhart, «Admiral Vernon, his Marylanders and his Medals», en *Maryland Historical Magazine*, 1935, vol. 30, pp 240-257.

Modesto Lafuente, *Historia general de España*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1860.

▪ EL PACTO DEL PRIMO ILUSTRADO Y EL PRIMO CALAVERA

Antonio Ferrer del Río, *op. cit.*

Arthur P. Whitaker, «Antonio de Ulloa», en *Hispanic American Historical Review*, mayo de 1935, vol xv, N.º 2, pp. 155-194.

Charles Gayarré, *op. cit.*

Edmond y Jules Goncourt, *Madame de Pompadour*, Paris: Charpentier, 1878.

Herbert Asbury, *The French Quarter*, New York: Alfred A. Knopf, 1936.

Jacobo de la Pezuela, *op. cit.*

Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la guerra de independencia de los Estados Unidos*, Lérida: Academia Mariana, 1925, 2 vols.

▪ LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LOS NEGROS DE HAITÍ Y NAPOLEÓN, LA EMPERATRIZ CRIOLLA Y LOS EMPERADORES NEGROS

Adolphe Cabon, *Histoire d'Haïti*, Port-au-Prince: 1921-1937, 4 t., 3 vols.

- Arthur Ramos, *As culturas negras no Novo Mundo*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1937.
- Baron de Méneval, *L'Impératrice Josephine d'après les témoignages de ses principaux historiens*, Paris: Calmann-Lévy, 1910.
- Cyril Lionel Robert James, *The Black Jacobins*, Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution, New York: The Dial Press, 1938.
- Dantès Bellagarde, *Haïti et ses problèmes*, Montreal: Éditions B. Valiquette, 1941.
- J. P. Davis, *Black Democracy: The Story of Haiti*, Toronto: Lincoln Mac Veagh, The Dial Press, Longmans, Green & Company, 1928.
- Joseph Turquan, *L'Impératrice Josephine, d'après les témoignages des contemporains*, Paris: Librairie Illustrée, 1895-1896.
- Percy Waxman, *The Black Napoleon: The Story of Toussaint Louverture*, New York: Harcourt, & Company, 1931.
- Thomas Madiou, *Histoire d'Haïti*, Port-au-Prince: Department de l'Instruction Publique, 1922.

▪ LOS ÚLTIMOS PIRATAS

- Captain Charles Johnson, *A General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pirates*, London: T. Warner, 1724.
- Charles Ellms, *The Pirate's Own Book: Authentic Narratives of the Lives, Exploits and Executions of the Most Celebrated Robbers*, Salem, Massachusetts: Marine Research Society, 1924.
- Constance Rourke, *Audubon*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1936.
- Herber Asbury, *op. cit.*
- Lyle Saxon, *Lafitte, the Pirate*, New York: Appleton-Century Company, 1930.

▪ ROMANTICISMO, GUERRILLEROS, POETAS Y FILIBUSTEROS

Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones en Centro-América*, Guatemala: Tipografía de El Progreso, 1877-1878, 2 vols.

Lorenzo Montúfar, *Walker en Centro-América*, Guatemala: Tipografía La Unión, 1887.

Robustiano Vera, *Apuntes para la historia de Honduras*, Santiago de Chile: Imprenta de El Correo, 1899.

William Walker, *The War in Nicaragua*, New York: Mobile, S. H. Goetzl & Company, 1860.

▪ EL BAZAR FRANCÉS

Archivo del General Miranda, Caracas y La Habana, 1929-1950, 24 tomos.

José Núcete Sardi, *Aventura y tragedia de don Francisco Miranda*, Caracas: 1935.

Ricardo Becerra, *Vida de don Francisco Miranda*, Caracas: Imprenta Colón, 1896.

R. Botero Saldarriaga, «Los afrancesados», en *Revista de Indias*, Bogotá: abril de 1939, tomo II, N.º 5, pp. 36-57.

Salvador de Madariaga, *España*, Buenos Aires: Sudamericana, 1942.

William Spence Robertson, *La vida de Miranda*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1938.

▪ MIRANDA, VAGABUNDO DE LA LIBERTAD

- Casto Fulgencio López, *La Guaira, causa y matriz de la independencia Hispano Americana*, Caracas: Elite, 1941.
- Francisco Rivas Vicuña y Laureano García Ortíz, *Las guerras de Bolívar*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1934-1938.
- Jules Mancini, *Bolívar: La emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*, Paris: Vda. de C. Bouret, 1930.
- Luis Bermúdez de Castro, *Bobes*, Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Thomas Rourke, *Man of Glory: Simón Bolívar*, New York, William Morrow & Company, 1941.
- Vicente Lecuna, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas: Litografía y Tipografía Del Comercio, 1939.

▪ EL MAR DE SIMÓN BOLÍVAR

- Ángel Ossorio y Gallardo, *Orígenes próximos de la España actual (de Carlos IV a Franco)*, Buenos Aires: Aniceto López, 1940.
- Fernando Figueredo Socarrás, *Discurso sobre Pedro Figueredo*, La Habana: Academia de Historia de Cuba, 1924.
- Fernando Ortiz, *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*, La Habana: Jesús Montero, 1940.
- H. Portell Vilá, *Céspedes: El padre de la patria cubana*, Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
- Jorge Mañach, *Martí, el Apóstol*, Madrid: Espasa-Calpe, 1933.
- Ramiro Guerra Sánchez, *Manual de historia de Cuba*, La Habana: Cultural, 1938.
- Salvador de Madariaga, *España, ensayo de historia contemporánea*, Buenos Aires: Sudamericana, 1942.

▪ RELATO DE CUBA LIBRE Y
PRELUDIO DEL CANAL DE
PANAMÁ

Allan Nevins y Henry Steele Commager, *America, the History of a Free People*, Boston: Little, Brown & Company, 1943.

André Siegfried, *Suez and Panama*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1940.

Gerstle Mack, *op. cit.*

Miles P. Duval, *Cádiz to Cathay*, London: Stanford University Press, 1940.

Samuel Flagg Bemis, *The Latin American Policy of the United States*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1943.

▪ CRONOLOGÍA

AMÉRICA	EUROPA
	1451 Nacimiento de Colón en Génova
	1454 Nacimiento de Vespucci en Florencia
	1475 Simonetta Vespucci es elegida reina de la belleza en Florencia
	1476 Muerte de Simonetta Vespucci
	1485 Enrique VII es coronado rey de Inglaterra
1492 Descubrimiento de América	1492 Los Reyes Católicos toman Granada 1492 Muerte de Lorenzo de Médicis
1493-1496 Segundo viaje de Colón	1493 El papa Alejandro VI dicta una bula por la cual divide entre España y Portugal las nuevas tierras descubiertas

AMÉRICA	EUROPA
	1494 Nacimiento de Francis Drake
1497 Primer viaje de Juan Gaboto	1497 Vasco da Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza
1498-1500 Tercer viaje de Colón	
1499 Viaje de Sebastián Gaboto	
1500 Cabral descubre Brasil	
1502-1504 Cuarto viaje de Colón	1504 Muerte de la reina Isabel de España
	1505 Muerte del papa Alejandro VI
	1506 Muerte de Cristóbal Colón 1506 Felipe el Hermoso entra en España y muere el mismo año
	1509 Muerte de Enrique VII de Inglaterra. Le sucede Enrique VIII (n. 1491)
1510 Son llevados a las Antillas los primeros esclavos negros	
1513 Balboa descubre el Pacífico 1513 Ponce de León descubre la Florida	
	1515 Francisco I (n. 1494) es coronado rey de Francia
	1516 Muerte de Fernando el Católico. Comienzo de la regencia de Cisneros

BIOGRAFÍA DEL CARIBE

AMÉRICA	EUROPA
	1517 Carlos v (n. 1500) es coronado rey de Castilla
1519-1522 Viaje de Magallanes 1519-1522 Conquista de México por Cortés 1519 Aparición de los corsarios ingleses	1519 Carlos v de España es elegido emperador de Alemania 1519-1521 Guerra de los Comuneros en España
1523 Verrazano captura un barco cargado de tesoros enviado a España por Cortés	
	1525 Francisco I es hecho prisionero en Pavía
1527 Expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida	
1528 Viaje de William Hawkins al Brasil	
1531 Conquista del Perú por Pizarro	
	1534 Rabelais publica <i>Gargantúa</i>
1536-1538 Conquista de Nueva Granada por Jiménez de Quesada	
1538 Se funda en Santo Domingo la primera universidad de América	

AMÉRICA	EUROPA
1539 Expedición de Hernando de Soto a la Florida 1539 Se publica el primer libro en México	
	1547 Muerte de Enrique VIII de Inglaterra. Lo sucede Eduardo VI 1547 Muerte de Francisco I de Francia. Lo sucede Enrique II 1547 Muerte de Hernán Cortés en Sevilla
1551 Se funda la Universidad de México	
	1553 Muerte de Eduardo VI de Inglaterra. Lo sucede María Tudor
	1556 Carlos V abdica en favor de Felipe II
	1558 Isabel asciende al trono de Inglaterra
1562 Primer viaje de John Hawkins	
1564 Segundo viaje de John Hawkins	
1567 Tercer viaje de Hawkins y su derrota en San Juan de Ulúa	
1572 Incursiones de Drake en Panamá	

BIOGRAFÍA DEL CARIBE

AMÉRICA	EUROPA
	1577 Drake navega alrededor del mundo
1585 Raleigh funda la colonia de Virginia	
1586 Incursiones de Drake en Santo Domingo y Cartagena	
	1587 Incursión de Drake en Cádiz
	1588 Desastre de la Armada española
1595 Primer viaje de Raleigh a la Guayana 1595 Último viaje y muerte de Hawkins y Drake	
	1598 Muerte de Felipe II. Lo sucede Felipe III
	1600 Se funda en Inglaterra la East India Company
	1603 Muerte de la reina Isabel de Inglaterra. La sucede Jacobo I
	1605 Publicación de <i>Don Quijote de la Mancha</i>
	1610 Asesinato de Enrique IV de Francia
	1612 Viaje de La Ravardière al Amazonas

AMÉRICA	EUROPA
1617 Último viaje de Raleigh a la Guayana	
	1618 Raleigh es decapitado
1620 García Girón de Loaisa rechaza las incursiones de los corsarios en Cartagena	
1625 Atacan Puerto Rico piratas holandeses	
	1635 Se organiza bajo los auspicios de Richelieu la Compagnie des Isles de l'Amérique 1635 Nacimiento de Henry Morgan
	1648-1661 España pierde los Países Bajos
1655 Ocupación de Jamaica por Penn y Venables	
	1658 Nacimiento de William Paterson
1665 Ocupación de San Eustasio, Saba y Tobago por los ingleses	1664 Se funda bajo los auspicios de Colbert la Compagnie de la France Equinoctiale
	1665 Carlos II es coronado rey de España

BIOGRAFÍA DEL CARIBE

AMÉRICA	EUROPA
1666 Ocupación de Antigua, Monserrate y San Cristóbal por los franceses 1666 Ocupación de la Guayana por los holandeses	
	1667 Paz de Breda
1668 Morgan captura Portobelo	
1671 Los dinamarqueses ocupan Santo Tomás 1671 Morgan toma Panamá	1671 Fundación de la Compañía Danesa de las Indias Occidentales
	1678 Se publica el libro de Esquemeling
	1685 Luis XIV dicta el Código Negro
1688 Muerte de Morgan	
1695 Ducasse ataca Cartagena	1695 Se funda la Company of Scotland Trading to Africa and the Indies
1698 Paterson ocupa Darién	
	1700 Muerte de Carlos II de España y fin de la dinastía de los Habsburgos. La corona pasa a Felipe V, que inaugura el reinado de los Borbones en España
	1702-1713 Guerra de Sucesión española

AMÉRICA	EUROPA
	1704 Los ingleses ocupan Gibraltar
1707 Se publica el primer libro en La Habana	
1718 Se funda Nueva Orleans	1713 Tratado de Utrecht. Inglaterra concede el monopolio del tráfico de esclavos
	1717 Se funda en Francia la Compañía del Mississippi
	1719 Se publica <i>Robinson Crusoe</i>
1721 Se funda la Universidad de Caracas 1721 Se funda la Universidad de La Habana	
1722 Aparece en México el primer número del periódico <i>Hoja Volante</i>	
	1728 Se organiza la Compañía Guipuzcoana
1729 Se publica la <i>Gaceta de Guatemala</i>	
1739 Vernon toma Puerto Cabello	
1741 Vernon levanta el asedio de Cartagena	

BIOGRAFÍA DEL CARIBE

AMÉRICA	EUROPA
	1746 Muerte de Felipe V de España. Lo sucede Fernando VI 1746-1804 Se fundan en España las Sociedades de Amigos del País
	1749 Muerte de Fernando VI de España. Lo sucede Carlos III
	1759-1772 Se publica en Francia la <i>Encyclopédie</i>
	1761 Se firma el Pacto de Familia: Francia y España contra Inglaterra
1762 Los ingleses ocupan La Habana	
1763 Francia cede a Inglaterra la Florida, Canadá, San Vicente, Tobago, Dominica y Granada	1763 Tratado de París
1767 Expulsión de los jesuitas de la América española	1767 Expulsión de los jesuitas de España
	1788 Muerte de Carlos III de España. Lo sucede Carlos VI
	1789 Estalla la Revolución francesa
1795 Toussaint L'Ouverture instituye su gobierno en Haití	
	1796 Napoleón desposa a Josefina
1801 Haití declara su total independencia	

AMÉRICA	EUROPA
1802 Leclerc arresta a Toussaint L'Ouverture	
1803 Compra de Louisiana por Estados Unidos 1803 Francia se retira de Haití	
1806 Miranda desembarca en Venezuela	
	1808 Sedición en Aranjuez a favor de Fernando VII 1808 Fernando VII y Carlos IV abdican en Bayona. José Bonaparte es convertido en rey de España 1808-1814 Guerra del pueblo español contra Napoleón
1809 Martinica y Guadalupe son ocupadas por los ingleses	
1810-1824 Guerras de independencia hispanoamericanas 1810 El filibustero Jean Lafitte encabeza a los contrabandistas de Barataria	
	1812 Constitución de Cádiz
	1814 Fernando VII vuelve a España y abroga la Constitución de Cádiz

BIOGRAFÍA DEL CARIBE

AMÉRICA	EUROPA
1822 Iturbide es coronado emperador de México	
1823 Proclamación de la Doctrina Monroe	
1830 Muerte de Simón Bolívar	
	1836 España reconoce la independencia de las repúblicas sudamericanas
1851 Walker parte de América Central	
1855 William Walker presidente de Nicaragua	
1860 Walker es ejecutado en Honduras	
1863 Ocupan México tropas de Napoleón III	
1867 Es ejecutado el emperador Maximiliano de México	
	1869 Es inaugurado el canal de Suez
1868-1878 Primera guerra de la independencia cubana	
	1879 Reunión en París del Congrès International d'Études du Canal Interocéanique

AMÉRICA	EUROPA
	1880 Lesseps inicia los trabajos del canal de Panamá
1895 Segunda guerra de la independencia cubana. Muerte de Martí	
1898 España pierde Cuba y Puerto Rico	
1902 Cuba es declarada independiente	
1903 Roosevelt decide construir el canal de Panamá 1903 Panamá se separa de Colombia	



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2016. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RBNP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RBNP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN